



Historia Social General



Universidad
Virtual
de Quilmes



*Gobierno
de la Provincia
de Santa Cruz*

***Diploma Universitario de
Formación Docente con
Mención en Ciencias Sociales***

**Historia Social
General**

Susana Bianchi

Carpeta de trabajo

© **Universidad Nacional de Quilmes**

Historia Social General

Segunda edición: marzo de 2003

Diseño de Tapa: *Lorenzo Shakespear*

Diseño de Interior: *Hernán Morfese*

Procesamiento Didáctico: *Adriana Imperatore*

La Universidad Nacional de Quilmes se reserva la facultad de disponer de esta obra, publicarla, traducirla, adaptarla o autorizar su traducción y reproducción en cualquier forma, total o parcialmente, por medios electrónicos o mecánicos, incluyendo fotocopias, grabación magnetofónica y cualquier sistema de almacenamiento de información. Por consiguiente, nadie tiene facultad de ejercitar los derechos precitados sin permiso escrito del editor.

Esta Carpeta de trabajo se complementa con un CD, también editado por la Universidad Virtual de Quilmes, que contiene recursos multimediales que forman parte de los contenidos de esta asignatura.

Impreso en Universidad Nacional de Quilmes

Roque Sáenz Peña 180 Bernal. Pcia. de Buenos Aires

Teléfono: (5411) 4365 7100

<http://www.cvq.edu.ar>

Impreso en Argentina

Íconos



Lectura obligatoria

Es la bibliografía imprescindible que acompaña el desarrollo de los contenidos. Se trata tanto de textos completos como de capítulos de libros, artículos y "papers" que los estudiantes deben leer, en lo posible, en el momento en que se indica en la Carpeta.



Actividades

Se trata de una amplia gama de propuestas de producción de diferentes tipos. Incluye ejercicios, estudios de caso, investigaciones, encuestas, elaboración de cuadros, gráficos, resolución de guías de estudio, etc.



Leer con atención

Son afirmaciones, conceptos o definiciones destacadas y sustanciales que aportan claves para la comprensión del tema que se desarrolla.



Para reflexionar

Es una herramienta que propone al estudiante un diálogo con el material, a través de preguntas, planteamiento de problemas, confrontaciones del tema con la realidad, ejemplos o cuestionamientos que alienten la autorreflexión, etc.



Lectura recomendada

Es la bibliografía que no se considera obligatoria, pero a la cual el estudiante puede recurrir para ampliar o profundizar algún tema o contenido.



Pastilla

Se utiliza como reemplazo de la nota al pie, para incorporar informaciones breves, complementarias o aclaratorias de algún término o frase del texto principal. El subrayado indica los términos a propósito de los cuales se incluye esa información asociada en el margen.



Este ícono señala la correspondencia entre los contenidos y los recursos multimediales que se encuentran en el CD que acompaña a la Carpeta de trabajo. Puede tratarse de textos, imágenes, música o video.

Índice

Introducción	11
Objetivos	11
1. La sociedad feudal	19
1.1. De la antigüedad al feudalismo: los tres legados.....	19
1.1.1. El legado romano	19
1.1.2. El cristianismo	22
1.1.3. Los germanos.....	23
1.1.4. La lenta fusión de los legados (siglo VI-VIII)	24
1.2. La sociedad feudal	25
1.2.1. Señores y campesinos	26
1.2.2. Monarquías y nobleza feudal	28
1.2.3. Propiedad y familia señorial	29
1.2.4. La Iglesia y el orden ecuménico	30
1.3. Las transformaciones de la sociedad feudal.....	31
1.3.1. El proceso de expansión.....	31
1.3.2. Las transformaciones de la sociedad	35
1.3.3. Los cambios de las mentalidades	42
1.4. La crisis del siglo XIV.....	47
1.4.1. La crisis del feudalismo.....	47
Cronología.....	55
Guías de lectura y actividades	61
Fuentes.....	71
Referencias bibliográficas	89
2. La época de la transición: de la sociedad feudal a la sociedad burguesa (siglos XV-XVIII)	91
2.1. La expansión del siglo XVI.....	91
2.1.1. La formación de los imperios coloniales	92
2.1.2. Las transformaciones del mundo rural. Agricultura comercial y refeudalización	92
2.1.3. Las transformaciones de las manufacturas y el comercio. Capital mercantil y producción manufacturera	94
2.2. El Estado absolutista y la sociedad	95
2.2.1. La formación del Estado Absolutista	95
2.2. Las resistencias al Estado Absolutista: sublevaciones campesinas y revoluciones burguesas	97
2.2.3. Aristocracias y burguesías. La corte y la ciudad	99
2.3. Las transformaciones del pensamiento	103
2.3.1. La división de la Cristiandad	103
2.3.2. Las nuevas actitudes frente al conocimiento. Del desarrollo del pensamiento científico a la Ilustración ...	107

2.4. La “crisis” del siglo XVII	112
Cronología.....	115
Guías de lectura y actividades	121
Fuentes.....	129
Referencias bibliográficas.....	149
3. La época de las revoluciones burguesas (1780-1848)	151
3.1. La época de la “doble revolución”	151
3.1.1. La Revolución Industrial en Inglaterra	151
3.1.2. La Revolución Francesa	162
3.2. El ciclo de las revoluciones burguesas	173
3.2.1. Las revoluciones de 1830	173
3.2.2. Las revoluciones de 1848:	
“la primavera de los pueblos”	177
Cronología.....	181
Guías de lectura y actividades	189
Fuentes.....	199
Referencias bibliográficas.....	211
4. El apogeo del mundo burgués (1848-1914)	213
4.1. El triunfo del capitalismo.....	213
4.1.1. Capitalismo e industrialización.....	213
4.1.2. Del capitalismo liberal al imperialismo	219
4.2. Las transformaciones de la sociedad.....	223
4.2.1. El mundo de la burguesía	224
4.2.2. El mundo del trabajo	228
4.2.3. Un mundo a la defensiva: aristócratas y campesinos	233
4.3. Las ideas y los movimientos políticos y sociales	235
4.3.1. Las transformaciones del liberalismo:	
democracia y nacionalismos militantes	235
4.3.2. El desafío a la sociedad burguesa:	
socialismo y revolución	240
4.4. Anexo: Acerca de las unificaciones de Italia y de Alemania.....	243
4.4.1. La unidad italiana	243
4.4.2. La unidad alemana	244
Cronología.....	245
Guías de lectura y actividades	251
Fuentes.....	255
Referencias bibliográficas.....	297
5. El siglo XX: la sociedad contemporánea (1914-1991)	299
5.1 El mundo en crisis (1914-1945).....	299
5.1.1. 1914: continuidades, rupturas y significados	299
5.1.2. La guerra y la revolución.....	304
5.1.3. La crisis económica	312
5.1.4. La crisis de la política: el fascismo	319
5.2. La sociedad contemporánea.....	330
5.2.1. El mundo de la posguerra.....	330
5.2.2. La evolución del mundo capitalista	341
5.2.3. La evolución del socialismo “real”	347
5.3. Anexo: De los Frentes Populares a la Guerra Civil española.....	351

5.3.1. El caso francés.....	351
5.3.2. El caso español.....	532
5.4. Anexo. El otro comunismo: la revolución china.....	533
5.5. Anexo: los conflictos de Medio Oriente.....	358
5.5.1. La nueva presencia del mundo árabe.....	358
5.5.2. El Estado de Israel y Palestina.....	360
5.5.3. La guerra del Golfo.....	360
Cronología.....	363
Guías de lectura y actividades.....	369
Referencias bibliográficas.....	379

Presentación de la materia

El curso de Historia Social General se propone iniciar a los alumnos en el conocimiento histórico a partir del análisis de los mismos procesos históricos, dando una clave para su interpretación, de modo de otorgarles los marcos generales apropiados para comprender los procesos específicos. Para ello, el curso se centra en el ámbito de lo que José Luis Romero llamó la *cultura occidental*, es decir, la peculiar sociedad que se constituye en Europa a partir de la disolución del Imperio Romano.


La fusión de los legados romano, germánico y cristiano; la constitución de la sociedad feudal, la inserción en dicha sociedad del mundo burgués; los procesos de transición al capitalismo y su emergencia a través de las revoluciones burguesas; el apogeo de la sociedad burguesa y liberal; las distintas expansiones del núcleo europeo; la crisis del mundo burgués, el desarrollo del mundo socialista y del “tercer” mundo, y los principales desarrollos contemporáneos -como el neoliberalismo y la disolución de la Unión Soviética- son las principales etapas del proceso a analizar. Sobre este proceso histórico, en el que consideramos pueden encontrarse las claves de nuestro pasado, aspiramos a iniciar a los alumnos en la perspectiva de la Historia Social, entendida como señala Eric J. Hobsbawm, como “historia de la sociedad.”

Se trata de alcanzar, desde la perspectiva de sus actores, la percepción de la realidad histórica entendida como un proceso único, complejo, y a la vez coherente y contradictorio. Para ello consideramos fundamental partir del análisis específico de los distintos niveles que -como veremos- lo constituyen: el de las estructuras socioeconómicas, el de los sujetos sociales y sus conflictos, el de los procesos políticos, el de las mentalidades e ideologías. A partir de este análisis se establecerán las relaciones específicas que vinculan a estos niveles y que permiten su integración dentro de un proceso general.

Objetivos


Según lo señalado anteriormente, el curso se propone los siguientes objetivos:

1. Comprender el desarrollo de los grandes procesos históricos a través del análisis de sus distintos niveles, de sus problemas y articulaciones específicas
2. Introducir a los alumnos en el significado de conceptos y categorías teóricas imprescindibles para el análisis histórico
3. Presentar el carácter inacabado del conocimiento histórico a través de distintos enfoques y debates historiográficos.

 HOBBSAWM, ERIC. J. (1976): “De la Historia Social a la Historia de las Sociedades”, *Tendencias actuales de la historia social y demográfica*, México, SepSetentas.

Acerca de la Historia Social


El concepto de Historia Social

FEVRE, LUCIEN (1970):  *Combates por la historia*, Barcelona, Ariel.

¿Qué entendemos por Historia Social? En 1941, el historiador francés Lucien Febvre señalaba:

■ “No hay historia económica y social. Hay historia sin más, en su unidad. La historia es por definición absolutamente social. En mi opinión, la historia es el estudio científicamente elaborado de las diversas actividades y de las diversas creaciones de los hombres de otros tiempos, captadas en su fecha, en el marco de sociedades extremadamente variadas...”. ■

En síntesis, para los fundadores de la escuela de los *Annales*, el eje de la preocupación de los historiadores, el objetivo de la historia estaba dado por el hombre y sus actividades creadoras. Sin embargo, como aclaran Cardoso y Pérez Brignoli, es preciso evitar las confusiones de vocabulario. El término *hombre* no significaba *personaje*, en el sentido que lo empleaban los historiadores del siglo XIX, que consideraban a la historia como el resultado de las acciones de individuos destacados en el campo de la guerra y la política. El término *hombre* incluía un sentido colectivo. En este sentido, el mismo Lucien Febvre agregaba:

CARDOSO, CIRO F. S. y PÉREZ BRIGNOLI, HÉCTOR (1984):  *Los métodos de la historia*, Barcelona, Crítica, Capítulo VII: “La historia social” (pp. 289-336).

■ “... el objeto de nuestros estudios no es un fragmento de lo real, uno de los aspectos aislados de la actividad humana, sino el hombre mismo, considerado en el seno de los grupos de que es miembro”. ■

En otras palabras, la historia social, en sus orígenes, intentaba ser no una especialización (como la historia económica, la historia política o la historia demográfica) sino una historia global de la “sociedad en movimiento.”

En rigor, también existe una concepción de la historia social como una especialidad, junto con la historia económica, demográfica, política, etc. Su objeto está delimitado al estudio de los grandes conjuntos: los grupos, las clases sociales, los sectores socioprofesionales. Como lo expresaba Albert Soboul: “La historia social quiere ser también una disciplina particular dentro del conjunto de las ciencias históricas. En este sentido más preciso, aparece vinculada al estudio de la sociedad y de los grupos que la constituyen...”. Sin embargo, desde la óptica de los fundadores de *Annales*, la historia social debía constituirse en una *síntesis* de los diferentes aspectos de la vida de la sociedad. Para ello, para cumplir con esta vocación de síntesis, se consideraba necesario además recurrir a la colaboración de las distintas ciencias sociales, fundamentalmente de la geografía, de la sociología y de la economía.

¿Cuáles son los requisitos metodológicos necesarios para poder alcanzar esta “vocación de síntesis”? ¿Cómo encarar una historia que debe integrar los resultados obtenidos por la historia demográfica, la historia económica, la historia política, la historia de las ideas? Según George Duby, la historia social debe construir un camino de convergencia entre una historia

de la civilización material y una historia de las mentalidades colectivas. Y para alcanzar este objetivo fija tres principios metodológicos. En primer lugar, como ya analizamos, destaca que “el hombre en sociedad constituye el objeto final de la investigación histórica”. La necesidad del análisis es lo que lleva, en la totalidad del conjunto, a disociar diferentes *niveles* de análisis, a disociar los factores económicos de los políticos o de los mentales. “Su vocación propia es la síntesis. Le toca recoger los resultados de investigaciones llevadas a cabo simultáneamente en todos esos dominios, y reunirlos en la unidad de una visión global”.



DUBY, GEORGE (1977): “Las sociedades medievales. Una aproximación de conjunto,” en: *Hombres y estructuras de la Edad Media*, Madrid, Siglo XXI, pp. 250-271.

El segundo principio, según Duby, es “ocuparse de descubrir, en el seno de una globalidad, las articulaciones verdaderas”. Y tratar de descubrir las “articulaciones verdaderas” significa establecer las vinculaciones relevantes, las relaciones significativas entre los diferentes niveles de análisis que hacen comprensible a la totalidad de la sociedad. En síntesis, en este principio se plantea la necesidad de establecer los complejos nexos entre lo económico, lo político y lo mental.

El tercer principio se refiere a otro problema de gran complejidad: el tiempo histórico. “La investigación de las articulaciones evidencia, desde un principio, que cada fuerza en acción, aunque dependiente del movimiento de todas las otras, se halla animada sin embargo de un impulso que le es propio... cada una se desarrolla en el interior de una duración relativamente autónoma”. En síntesis, se trata del problema de la duración, de los ritmos diferentes que afectan a cada nivel de la vida social. De este modo, Duby remarca la necesidad de estudiar, dentro de la globalidad, la evolución de los distintos niveles, tanto en sus sincronías como en sus diacronías.

Los niveles de análisis

Indudablemente, la historia social encuentra en la *economía* un punto de referencia imprescindible. Como señalan Cardoso y Pérez Brignoli: “Ningún historiador podría negar hoy que la estratificación social, la constitución de los grupos humanos, la estructuración de las relaciones sociales entre grupos e individuos, puedan estudiarse, siquiera comprenderse, sin tener en cuenta las bases materiales de la producción y distribución del excedente económico”. Resulta indudable que cada sociedad distribuye socialmente su excedente económico según reglas específicas y en esta distribución se fundamentan las jerarquías sociales. Además, en esta distribución se fundamentan las relaciones de fuerza entre los distintos grupos sociales y en ella se encuentran, muchas veces, las motivaciones de los conflictos sociales. También es necesario advertir contra un excesivo “economicismo”: en los comportamientos de los grupos sociales, en sus relaciones de fuerzas, en las bases de sus conflictos se encuentran muchos otros elementos además del interés económico. Es imposible reducir el estudio de las jerarquías so-

ciales a su sola base económica sin tener en cuenta otros elementos como la distribución del poder y la configuración de las mentalidades. No obstante, el estudio del fundamento económico de la sociedad constituye un punto de partida indispensable.

El segundo nivel de análisis se refiere a la misma *sociedad*. Desde la perspectiva de la historia social, se trata de un nivel particularmente relevante, porque allí se ubican los *sujetos* del proceso histórico, entendiendo por sujeto “aquel al que se refieren las acciones.” Desde la antigüedad se reconoció la diferencia social. Textos tan disímiles como la *Odisea* o el *Antiguo Testamento* se refieren a “ricos” y “pobres”, a “libres” y “esclavos”. Pero recién el racionalismo de los siglos XVIII y XIX comenzó a explicar esta diferenciación en términos de *clases sociales*. En este sentido, el mismo Karl Marx reconoció su deuda con la obra de historiadores como Guizot.

Desde la perspectiva marxista, las clases sociales se configuran a partir de la propiedad (o no) de los medios de producción. En este sentido, las relaciones sociales (definidas como relaciones de producción) aparecen también vinculadas a un cierto tipo de división del trabajo y a un cierto grado de evolución de las fuerzas productivas. En síntesis, el concepto de clase social se comprende en el contexto de un *modo de producción* (esclavismo, feudalismo, capitalismo) determinado. Es el modo de producción el que determina la *estructura de clases*. A partir de allí, la relación se presenta como relación de dependencia: las clases poseedoras son las clases dominantes, y las clases desposeídas, las dominadas. También para el marxismo tiene una importancia fundamental el problema de la *conciencia de clase*, es decir, la percepción que cada clase tiene de su situación en una estructura social determinada. Puede diferenciarse entre una clase sin conciencia de sus intereses (clase en sí) de una clase con conciencia de ellos (clase para sí) y se considera que una clase plenamente constituida es la que ha alcanzado esta última situación. (Cabe agregar que Marx no escribió ningún texto específico sobre las clases sociales, aunque hay numerosas referencias a lo largo de su obra).

Resultan indudables los aportes del marxismo para la comprensión de la estructura social. Sin embargo, también es cierto que en el análisis de los procesos históricos concretos (la Revolución Francesa o la Revolución Industrial, por ejemplo) muchas veces los sujetos no corresponden estrictamente a la división de clases. Se trata de sujetos que aún no han constituido una “clase” -se trata de clases en formación- o que amalgaman a diferentes sectores. Muchas veces son sujetos que no es posible definirlos exclusivamente en términos clasistas (el Ejército, la Iglesia). O son sujetos (el “pueblo”) que incluyen a diversas extracciones según el análisis de clase. En síntesis, en el análisis de los *sujetos reales* toda una serie de grupos o categorías escapan de la clasificación en clases. De allí la preferencia de algunos historiadores de elegir para el análisis de la sociedad conceptos como *sectores* o *grupos sociales*, que hacen referencia a la complejidad de la constitución de los sujetos históricos.

Otra manera de enfocar el problema es el análisis en términos de *estratificación social*. En este sentido, la primera teoría importante fue la de Max Weber quien distinguió en la jerarquización social tres dimensiones analíticas: el poder económico (estratificación en “clases”), el poder político (estratificación en “partidos”) y el honor social (estratificación en “estamentos”).

Pero fue fundamentalmente la sociología funcionalista norteamericana fue la que definió el concepto de *estratificación social* a partir de la necesidad de

WEBER, MAX (1984):
Primera Parte: Ca-
pítulo IV: “Estamentos y
Clases”, en: *Economía y So-
ciedad*, México, Fondo de
Cultura Económica, pp.
244-248.

la sociedad de una distribución interna de sus actividades y funciones. A diferencia del análisis marxista, el funcionalismo presenta la estratificación social no como un corte tajante del cuerpo social sino como la gradación, dentro de un *continuum*, entre quienes tienen mayor o menor prestigio social, entre quienes tienen mayores o menores ingresos.

Dentro de este nivel, el de la sociedad, también se incluye el estudio de los *movimientos sociales*, indisoluble, muchas veces, del nivel de la *política*. Como señalan Cardoso y Pérez Brignoli, nos enfrentamos aquí con una historia de masas: campesinos, esclavos, obreros, bandoleros sociales. Al decir de George Rude, es la multitud la que irrumpe en la historia. Diseñar una clasificación de los movimientos, conflictos y luchas sociales no es una tarea simple: su explicación se refiere necesariamente a los distintos tipos de estructura económica y social en los que se desarrollan (movimientos campesinos, preindustriales, industriales, etc.) y con un tipo de mentalidad específica.


De este modo, es válido preguntarse ¿cuáles son las principales cuestiones a plantear en el estudio de un movimiento social?. Rude, en este sentido, proporciona una guía valiosa: se trata, en primer lugar, de ubicar al estallido de violencia en su momento histórico; de delimitar la composición y la dimensión de la multitud en acción; de establecer los blancos de sus ataques. Esto permitirá establecer la identidad del pueblo llano que participa del curso de la historia. Permitirá responder a la cuestión de ¿quiénes?. Pero, según Rude, esto no es suficiente y es necesario también responder a la pregunta ¿por qué?.


Es necesario establecer, dentro de los diferentes movimientos sociales, los objetivos a corto y a largo plazo, distinguir la línea entre las motivaciones socioeconómicas y las políticas. Y fundamentalmente, es necesario rastrear el conjunto de ideas subyacentes, toda la gama de convicciones y creencias que hay debajo de la acción social o política.

Y esta cuestión nos remite a otro nivel de análisis fundamental para la constitución de la historia social: el de las *mentalidades*. La introducción del estudio de las mentalidades implicó un doble cambio. Por un lado, las explicaciones basadas exclusivamente en las motivaciones mentales de los “grandes hombres” (sus intereses o sus desintereses, su egoísmo o su altruismo) fueron dejadas de lado a favor de lo *colectivo*, que en todos sus matices y manifestaciones hicieron su ingreso en el campo de la investigación historiográfica. Por otro lado, dejó de considerarse a la psicología humana como un dato invariable, sino que fue considerada como algo cambiante dentro del contexto histórico-social. Sin embargo, tampoco puede plantearse una vinculación demasiado mecanicista entre las estructuras económico-sociales y las mentalidades. Ellas evolucionan con un ritmo particular, tal vez más lentamente que el de la sociedad global. De allí que Braudel haya podido definir a las mentalidades como “cárceles de larga duración”.

¿Cómo abordar un campo tan amplio que incluye desde creencias, actitudes y valores hasta los aspectos más prosaicos de la vida cotidiana?

Según Robert Mandrou, es posible encarar la cuestión desde una doble perspectiva. En primer lugar, es necesario reconstruir las herramientas mentales propias de los distintos grupos o las distintas clases sociales: hábitos de pensamiento, ideas socialmente transmitidas y admitidas, concepciones del mundo. Son, en síntesis, los instrumentos mentales de que disponen los hombres en una época y en una sociedad determinada. Entre estos instrumentos mentales, el problema del *lenguaje*, con sus mutaciones


 RUDE, GEORGE (1981): *Revolución popular y conciencia de clase*, Barcelona, Critica, pp. 15-48.


 LE GOFF, JACQUES (1980): “Las mentalidades. Una historia ambigua”, en: Le Goff, Jacques y Nora, Pierre (dir.): *Hacer la Historia*, Vol. III: *Nuevos temas*, Barcelona, Laia, , pp. 81-97.

no constituye una cuestión menor. En segundo lugar, es necesario definir los climas de sensibilidad, las influencias, los contactos, la propagación de ideas y de corrientes de pensamiento.

Es necesario también conocer cómo se forman, se difunden, se transforman y se perpetúan esos instrumentos mentales: en este sentido, la *educación*, entendida en el sentido más amplio de los intercambios entre los individuos y su grupo, y la *información* resultan áreas claves para el análisis. A esto se suma la indagación de creencias, mitos y rituales, *representaciones colectivas* a las que se puede acceder a través de los *símbolos* y formas de expresión. Dentro del nivel de las mentalidades podrían sumarse muchas otras cuestiones, lo importante es destacar el desplazamiento del centro de interés de los historiadores desde lo individual a lo colectivo.

En resumen, la aspiración a la síntesis entre los distintos niveles de análisis (la economía, la sociedad, la política, las mentalidades), propia de la historia social, sobre todo a partir de 1960, mostró un pronunciado dinamismo y dio resultados de indudable calidad.

Historia social / historia narrativa / “microhistoria”: los cambios en las perspectivas historiográficas

A partir del desarrollo de la historia social, los historiadores consideraron desprestigiada la forma tradicional de relatar la historia según una descripción ordenada cronológicamente de los acontecimientos. Esta actividad fue calificada, despectivamente, por los seguidores de *Annales*, como “*l’histoire événementielle*”. Sin embargo, desde fines de la década de los setenta, como señala Lawrence Stone, parece registrarse entre algunos historiadores una vuelta a la *narrativa*. ¿Que significa *narrativa* en este nuevo contexto? El término se refiere a la organización del material historiográfico en un relato único y coherente, y con una ordenación que acentúa la descripción antes que el análisis. Se ocupa además de lo particular y específico antes que de lo colectivo y lo estadístico. En síntesis, según Stone, la historia narrativa es un nuevo modo de escritura histórica, pero que afecta y es afectado por el contenido y el método.

¿Cuáles fueron las causas de esta vuelta a la narrativa? Según Stone, concurrieron varios factores. Un determinismo mecanicista en las explicaciones socio-económica había dejado de lado el papel de los hombres -individuos y/o grupos- en la toma de decisiones. Esto incluso había minimizado el papel de la *política* -incluidas las acciones militares- dentro de la historia. También el resultado de los métodos cuantitativos fue modesto en relación con las expectativas, sobre todo por la falta de confiabilidad de los datos para determinados períodos históricos. Y estos desencantos llevaron a algunos historiadores a reformular las características de su oficio.

¿Qué características asume entonces esta historia narrativa? En primer lugar, su modo de escritura es el *relato*. Frente a una historia de “especialistas”, la historia narrativa procura llegar a un público más amplio: intenta que sus hallazgos resulten accesibles a un círculo de lectores, que sin ser expertos en la materia, estén deseosos de conocer estos nuevos e innovadores planteos. En segundo lugar, el interés por las normas de comportamiento, por las emociones, los valores, los estados mentales de los hombres y mujeres llevaron a que, dentro del análisis historiográfico, la economía y la sociología fueran sustituidas por la *antropología*.

STONE, LAWRENCE (1986): Capítulo III: “El resurgimiento de la narrativa: reflexiones acerca de una nueva y vieja historia”, en: *El Pasado y le Presente*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 95-129.



En efecto, la antropología enseñó a los historiadores cómo un sistema social puede ser iluminado por un registro minucioso y elaborado de un suceso particular, ubicado en la totalidad de su contexto. En este sentido, el modelo arquetípico fue la “descripción densa” efectuada por el antropólogo norteamericano Clifford Geertz.


Como señala Stone, es cierto que los historiadores no pueden hacer, como los antropólogos, acto de presencia ante los sucesos que describen, pero también es cierto que, en las fuentes, es posible encontrar a un sinnúmero de testimonios que pueden indicarle cómo fue haber estado en el lugar de los hechos.


Y esta tendencia también llevó entonces a la narración de un suceso único, al desarrollo de una historia, la *microhistoria* que se desarrollaba a una escala menor, cronológica y espacial. Los ejemplos son muchos. Entre otros, puede citarse el caso de George Duby, quien tras haber investigado durante muchos años a la sociedad feudal francesa según las pautas de la historia social, escribió un libro, *Le Dimanche de Bouvines*, sobre un suceso único, la batalla de Bouvines, y a través de esto buscó esclarecer las características del feudalismo de comienzos del siglo XIII. Es también la línea trabajada por Carlo Ginzburg quien, en *El Queso y los Gusanos*, realizó una minuciosa descripción de la visión de la cosmología de un oscuro molinero italiano del siglo XVI para mostrar el impacto de las ideas de la reforma religiosa. Emanuel Le Roy Ladurie, en *Le Carnaval de Romans*, narró un único y sangriento episodio ocurrido en un pequeño pueblo del sur de Francia para revelar las tendencias antagónicas que desgarraban a la sociedad. Y los ejemplos podrían multiplicarse.

Sin embargo, Stone señala las diferencias que se establecen entre esta nueva historia y la narrativa tradicional. En primer lugar, esta nueva narrativa se interesa por la vida, las actitudes y los valores de los pobres y anónimos y no tanto por los poderosos y por los “grandes hombres”. En segundo lugar, la descripción que presenta es indisociable del análisis: pretende responder no sólo a la pregunta ¿cómo?, sino también al ¿por qué?. En tercer lugar, es una historia que se abre a nuevas fuentes, que busca nuevos métodos y formas innovadoras no sólo de exposición sino también de acceso al conocimiento. Y por último, su diferencia fundamental: el relato sobre una persona o sobre un hecho único no indica que el interés esté centrado sobre los mismos, interesan en tanto arrojen una nueva luz sobre las culturas y las sociedades del pasado.

Para Stone, el surgimiento de la historia narrativa implicaba el fin de una era, el de las explicaciones coherentes y globalizadoras de la historia social. Sin embargo, ¿es válido establecer esta oposición entre historia social y microhistoria? Y sobre este interrogante reflexionó Eric J. Hobsbawm en su réplica al trabajo de Stone.

Desde la perspectiva de Hobsbawm no es válida la afirmación de Lawrence Stone acerca de que los historiadores hayan dejado de tener interés en responder a los grandes “¿por qué?”, de que se hayan desentendido de encontrar las explicaciones globales de los procesos históricos. Si bien reconoce que ha ganado terreno -sobre todo en Inglaterra- una historia “neoconservadora” [Ver Unidad VI], dedicada a una descripción minuciosa de hechos políticos que niega la existencia de algún significado histórico profundo, más allá de vaivenes accidentales, Hobsbawm considera que esta forma de hacer historia no indica sobre cómo se constituyen las tendencias generales:

 GEERTZ, CLIFFORD (1987): “Juego profundo: notas sobre la riña de gallos en Bali,” en: *La interpretación de las culturas*, México, Gedisa, pp.339.372.

 HOBBSBAM, ERIC: “El renacimiento de la historia narrativa: Algunos comentarios”, *Historias*, 14, México, julio-septiembre de 1986.

■ ■ “Casi para la mayor parte de ellas el acontecimiento, el individuo, hasta la recuperación de cierta atmósfera o de cierta manera de pensar el pasado, no son fines en sí mismos, sino medios para iluminar algún asunto más amplio, lo cual rebasa a la historia particular y a sus personajes.

“En pocas palabras, los historiadores que aún creen en la posibilidad de generalizar sobre las sociedades humanas y sus desarrollos, siguen interesados en las grandes preguntas del *por qué*, aunque algunas veces puedan enfocarse en interrogantes diferentes a aquellos en los que se concentraron hace veinte o treinta años “. ■ ■

Es cierto que el rechazo a un excesivo y mecanicista determinismo económico, llevó a abrirse a nuevas cuestiones, a nuevas áreas del conocimiento, pero la ampliación del campo de la historia no está en conflicto con el esfuerzo de producir una *síntesis*, entendida como una explicación coherente del pasado. La nueva historia de hombres, mentalidades y acontecimientos puede ser vista, por lo tanto, como algo que complementa pero que no suplantará el análisis de los procesos socio-económicos. En este sentido no hay contradicción entre la obra general realizada por George Duby y su estudio sobre la batalla de Bouvines: ambos trabajos apuntan a la mejor comprensión de la sociedad feudal francesa. Como señala Hobsbawm:

■ ■ “No tiene nada de nuevo elegir ver el mundo a través de un microscopio y no con un telescopio. En la medida en que aceptemos que estamos estudiando el mismo cosmos, la elección entre microcosmos y macrocosmos es asunto de seleccionar la técnica apropiada. Resulta significativo que en la actualidad sean más historiadores los que encuentran útil al microscopio, pero esto no significa necesariamente que rechacen a los telescopios porque estos estén pasados de moda.” ■ ■

En síntesis, la oposición entre historia social y “microhistoria” no parece ser insuperable.



1.

A propósito de la lectura de: Duby, George (1977): “Las sociedades medievales. Una aproximación de conjunto,” en: *Hombres y estructuras de la Edad Media*, Madrid, Siglo XXI, pp. 250-271, elija uno de estos temas, haga una síntesis de no más de treinta líneas:

- a-** Sintetice el concepto de Historia Social
- b-** Refiérase al problema de las fuentes y a los principios metodológicos
- c-** Explique la relación entre el nivel “material” y las mentalidades

Envíe la actividad al espacio de DEBATES

La sociedad feudal

1.1. De la antigüedad al feudalismo: los tres legados

A partir del siglo IX comenzaba a organizarse en Europa occidental una nueva sociedad, la sociedad feudal, que alcanzó su punto de mayor madurez en el siglo XI. Sus antecedentes fueron remotos y complejos y se enraizaron en distintas tradiciones culturales. Por lo tanto, el problema que vamos a analizar es cómo a partir de una serie de elementos provenientes de la antigüedad se constituyó esa nueva sociedad.

¿De dónde procedieron esos elementos? Por un lado, del imperio romano; por otro, del mundo germánico, y por último, del cristianismo. Sin duda, son legados de distinta naturaleza: tanto el legado romano como el germánico constituían sólidas realidades -estructuras económicas y sociales- además de visiones del mundo; el legado hebreocristiano, en cambio, consistía en una opinión acerca de los problemas de la trascendencia que condicionaba los modos de vida. Este último legado se encarnaba en gentes diversas pertenecientes a los otros legados materiales y culturales, acomodándose a las distintas realidades; sin embargo, su importancia radicó en que pronto se transformó en un importante elemento de fusión.

1.1.1. El legado romano

El legado romano procedía de ese enorme imperio que, a partir del siglo III a C., se constituyó en torno al mar Mediterráneo con centro en la ciudad de Roma.

Era un ámbito vasto y heterogéneo en el que las tradiciones locales habían quedado sumergidas bajo el peso del orden impuesto por los conquistadores, y cuya unidad estaba dada por un extenso sistema de vías y caminos que unían a distintas ciudades que, en mayor o menor medida, copiaban el modelo que proporcionaba Roma, con sus foros, sus termas, su plaza, su anfiteatro, su circo. El mundo urbano era el principal elemento que tenía en común el imperio romano.

Ese mundo urbano estaba habitado por los ciudadanos, término que tenía una doble acepción. Los ciudadanos eran quienes vivían en las ciudades pero también quienes pertenecían a la misma sociedad política rigiéndose por el mismo derecho. Además de compartir un derecho y una lengua -el latín-, los ciudadanos compartían un estilo de vida civilizado, es decir, propio de las ciudades (ciudad en latín, *civis*). Esto implicaba organizaciones familiares semejantes, creencias comunes y un mismo tipo de sociabilidad que se desarrollaba en esos espacios que marcaban las comodidades que ofrecía ciudad: teatros y anfiteatros, gimnasios, plazas de mercado, columnatas, arcos de triunfo, templos.



Ver imagen 1.1: mapa del Imperio Romano.

ROMERO, J. L. (1984), Cap. I: "Introducción" y Cap. II : "Los legados", en: *La Cultura Occidental*, Buenos Aires, Legasa, pp. 7-25.



Los ciudadanos compartían también una misma visión del mundo. Como señala José Luis Romero, esta visión del mundo estaba impregnada de un vigoroso realismo: lo importante era el aquí y el ahora, con ideas muy vagas y difusas acerca del trasmundo. Esta cosmovisión erigía en valores absolutos la idea del bien común, de la colectividad y del Estado. La misma religión pública llevaba al mismo fin al otorgar un carácter sagrado al Estado y al asignarle una radical trascendencia a los deberes del individuo frente a la comunidad. Dentro de esta visión del mundo, el ideal de vida era el del ciudadano que sirve al Estado y a la comunidad.

Los últimos tiempos de la República y los primeros del Imperio -el "principado" como suele llamárselo-, del siglo II a.C. al II d.C., constituyeron el período de florecimiento de ese ideal de vida. Posteriormente -como ya analizaremos-, el resquebrajamiento del orden político, en el que la vida pública dejaba de ser la expresión de los intereses de la comunidad, la degradación de la concepción de ciudadanía y un Estado autocrático que destruía la noción de la dignidad del ciudadano transformándolo en un súbdito, hicieron que esta cosmovisión y esos ideales decayeran. Fue entonces cuando el realismo adoptó otra forma, el hedonismo. El individuo se realizaba a través del goce, a través del disfrute de la vida. En esta visión hedonista, lo importante era el placer sensorial. Ambos ideales parecen contradictorios, sin embargo compartían el mismo realismo: lo importante era el aquí y el ahora, minimizando la idea de trasmundo.

Esos ciudadanos que compartían el mismo derecho, los mismos modos de vida, la misma concepción del mundo constituían dentro del Imperio romano una absoluta minoría. Por debajo de esa delgada capa que conformaba el mundo urbano, se extendía el mundo rural que incluía la parte más numerosa de la sociedad. Ese mundo rural estaba habitado, en parte, por campesinos libres que cultivaban sus parcelas, pero la organización predominante del trabajo difundida por los romanos se basaba en la esclavitud: propiedades de distinta extensión eran trabajadas por esclavos. De allí que podamos definir a la sociedad romana, entre los siglos III a.C. y el III d.C., como una sociedad esclavista.

Gran parte de la mano de obra esclava había sido obtenida en esas guerras de conquista que habían permitido a Roma, desde su ubicación en el Lacio, controlar ese enorme territorio que rodeaba el Mediterráneo. En efecto, las campañas militares habían provisto una gran cantidad de cautivos de guerra que fueron sometidos a la esclavitud. De ellos dependía la producción agrícola y también la producción manufacturera. En síntesis, los esclavos eran la gran maquinaria que impulsaba a toda la economía romana.

¿Por qué esta compleja estructura, que durante mucho tiempo pareció ser la base de la magnificencia romana, dejó de funcionar?

Las razones fueron indudablemente múltiples y complejas. Pero lo importante es desentrañar las tendencias que venían desarrollándose tras el velo de la prosperidad.

La *Pax Augusta*, la estabilización de los límites del Imperio a fines del siglo I a.C., los pasos que dieron los emperadores para terminar con las guerras y la piratería trajeron prosperidad, pero también perjudicaron a la esclavitud como institución ya que agotaron la principal fuente de suministros de esclavos. El número de esclavos que nacían en la casa del amo era bastante alto, pero resultaba escaso para satisfacer las necesidades de mano de

obra; se debía recurrir por lo tanto a la compra, en un pequeño goteo, de esclavos en la frontera. Esto también resultaba insuficiente.

El debilitamiento de la esclavitud trajo pronto sus consecuencias. Los antiguos centros manufactureros entraron en decadencia y se registró un traslado de la producción hacia zonas periféricas donde, como en la Galia, la manufactura disponía, si no de esclavos, de una abundante mano de obra libre dispuesta a dedicarse al trabajo manual. De este modo, ese traslado gradual de los talleres, de las ciudades a las aldeas, confirmó el carácter esencialmente agrario del Imperio romano sobre los elementos urbanos que habían producido sus desarrollos más significativos.

En el ámbito rural, el agotamiento progresivo de las fuentes de mano de obra esclava obligó también a los terratenientes a buscar a otros trabajadores. Se recurrió entonces en forma creciente a los colonos, ese decir, a labradores-arrendatarios que recibían una parcela de tierra, e incluso las herramientas, del propietario y, a cambio, pagaban con parte de la cosecha. Pero esto también parecía insuficiente. Además, la contracción de los recursos era acompañada por el constante aumento del costo de la administración imperial que debía recaudar los crecientes impuestos, poner guarniciones en fronteras cada vez más débiles, reclutar ejércitos -incluso entre los soldados germanos-, limpiar las aguas de la piratería, mantener en orden los caminos.

En el siglo III la crisis se hizo abierta y catastrófica. La caída de la productividad agrícola se reflejó en una caída demográfica. También estallaron los conflictos sociales: sublevaciones populares y fundamentalmente campesinas, como las *Bagaudas* -palabra de origen celta que posiblemente signifique "hombres en rebeldía"- que desde el año 284 sacudieron la Galia. Al mismo tiempo, los pueblos germanos presionaban sobre la frontera. Los ejércitos que ocupaban las provincias, prontos a rebelarse al mando de un general ambicioso, desbarataron la maquinaria de gobierno y la guerra civil dio origen al caos.

De la crisis del siglo III, el Imperio Romano salió profundamente transformado. La base del Estado ya no estuvo en el conjunto de los ciudadanos sino en la fuerza militar. Pero además el Estado asumió rasgos cada vez más autoritarios, en manos de emperadores autócratas que, según el modelo que proporcionaban los déspotas orientales, eran revestidos de rasgos de divinidad. El brillo de la civilización y la estructura del Derecho romano se encontraban en retirada ante las exigencias de su propia creación, el Estado imperial.

Pero todo esto también implicó un cambio en la sociedad. Las guerras, la inseguridad creciente, la carga de los impuestos habían llevado a muchos campesinos libres a escapar, pero sólo había un refugio: un terrateniente poderoso. Esto, junto con la difusión del sistema de colonato, fue transformando las relaciones sociales. Lazos de dependencia personal comenzaron a vincular a los productores con un señor. La tendencia se acentuó cuando el Estado, cada vez con menos recursos, empezó a transferir sus funciones a los terratenientes. Un decreto del emperador Valente (364-378), por ejemplo, los hizo responsables de la recaudación de los impuestos a que estaban obligados sus colonos. De este modo, la idea de derecho, la idea de Estado se comenzaron a diluir, el campesino debía obediencia a un señor que paulatinamente se fue transformando en un amo. Bajo este sistema, el legado del mundo romano se transmitió a tiempos posteriores.

El crecimiento del poder de los terratenientes era también un síntoma de la descomposición del Estado. Pero al debilitarse la autoridad central, también se debilitaban las defensas. Así las invasiones encontraron poca resistencia efectiva en un mundo desgarrado, con una sociedad fracturada y una economía irreparablemente debilitada.

1.1.2. El cristianismo

Todo ese proceso había entrado en conflicto con los ideales romanos de vida. En un Estado autocrático no había posibilidad de carrera política, anulándose definitivamente ese viejo ideal romano del individuo que se realizaba al servicio del Estado y de la comunidad. De este modo, cuando a comienzos del siglo III d.C. la ciudadanía se extendió a todos los hombres libres del imperio, la concepción republicana del ciudadano ya estaba profundamente degradada. Pero las múltiples dificultades también habían hecho entrar en crisis al hedonismo, esa idea de que el hombre estaba en el mundo para gozarlo. De este modo, la crisis de esos ideales fuertemente realistas permite comprender el éxito que comenzaron a tener una serie de religiones orientales que entraron en el Imperio poniendo su acento en el salvacionismo. Según estas creencias, los hombres no se realizaban en esta tierra sino en una trascendencia que ubicaban en el trasmundo.

Entre estas serie de religiones orientales, hubo una que alcanzó un particular éxito: el cristianismo. Originado en algunos movimientos de renovación del judaísmo, en sus primeros tiempo, el cristianismo fue considerado por los romanos como una superstición cuyos practicantes se caracterizaban por su cerrada intolerancia. Fueron perseguidos entonces, repetidas veces, por la práctica de un culto no autorizado y por asociación ilícita, dos delitos ya previstos por las leyes romanas. Sin embargo, en el siglo III, el número de quienes se autodesignaban “cristianos” había crecido tanto que el Estado podía considerarlos como un peligro público.

En efecto, los ideales romanos y el cristianismo representaban dos concepciones antitéticas de la vida. Principios como “Dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios” resultaban inadmisibles en un Estado autocrático donde el Emperador estaba revestido de divinidad. Para los ideales romanos, la vida se realizaba sobre el mundo terreno y el más allá después de la muerte era sólo ese vago reino de sombras que Virgilio había descripto en la *Eneida*. Pero el cristianismo condenaba esta concepción: desde su perspectiva, vanidad era la riqueza y la gloria de la “ciudad terrestre”, contrapuesta a la “ciudad celeste”, la verdadera “ciudad de Dios.” Y esta concepción pudo prender en la conciencia romana, quizá por el escepticismo acerca de las posibilidades que se abrían en un mundo en crisis. Dado el crecimiento del número de cristianos, que comenzaban a transformar las viejas visiones del mundo romanas, el emperador Constantino -manteniendo la idea de la necesidad de un fundamento religioso para el Estado- lo admitió (313), poniendo fin a las persecuciones. Finalmente, Teodosio (379-395) dio un paso más: declaró al cristianismo la única religión oficial del Imperio.

De este modo, al transformarse el cristianismo en religión de Estado, la Iglesia se organizó según el esquema que le proporcionaba el Imperio, con su centro en Roma y sus subdivisiones en provincias y diócesis. Pero no fue sólo esto, sino que la Iglesia asumió en alto grado una cultura romana -el latín

hasta avanzado el siglo XX se mantuvo como lengua eclesiástica- que, en gran parte, llegó a nosotros a través del cristianismo. Fundamentalmente conservó la tradición ecuménica del Imperio, la idea de que debía existir un orden universal.

1.1.3. Los germanos

El emperador Teodosio había legado el Imperio a sus dos hijos, entonces quedó dividido en los Imperios de Oriente y Occidente (395). Pero la suerte del Imperio Romano de Occidente fue efímera. A comienzos del siglo V, tribus germánicas cruzaban la frontera del Rin e iniciaban la invasión. En poco tiempo, el territorio se vio cubierto por pueblos que buscaban dónde instalarse y reducían al poder imperial a una total impotencia. Los intentos de controlar y canalizar esta invasión fracasaron rotundamente: el Imperio de Occidente no era más que una sombra. En 476, fue depuesto el emperador Rómulo Augústulo y ya nadie pensó en designarle un sucesor.

Los invasores incorporaron al Imperio el legado gérmanico. Estos pueblos, que habían estado ubicados en las fronteras del Imperio, en la región central de Europa desde el Báltico hasta el Mar Negro, hablaban distintos dialectos de una lengua de origen indoeuropeo, y aunque no formaban un estado unificado -por el contrario, se agrupaban en poblaciones independientes que con frecuencia luchaban entre sí- poseían una organización socioeconómica y una cultura semejantes.

Los germanos eran agricultores organizados en aldeas o comunidades campesinas, que reconocían vínculos de parentesco o, por lo menos, un mítico tronco común. La tierra era de la comunidad y todos los años los jefes de aldea decidían la parte del suelo que iba a ser cultivada y la distribuían entre los clanes y familias que cultivaban de manera colectiva. En tiempos de paz no había jefaturas sobre todo un pueblo; sólo en épocas de guerra se elegía a un jefe militar. Sin embargo, los germanos mantenían una peculiar concepción de la guerra, que era considerada como una actividad estacional. Durante aquellos meses en que la agricultura no exigía demasiados brazos, hacían la guerra, saqueaban y obtenían el botín que repartían entre los guerreros. Esto lleva entonces a destacar, dentro de la sociedad germánica, la importancia del varón adulto, a la vez campesino y guerrero, hombre libre que participaba en la *asamblea de guerreros*, órgano supremo para decidir los asuntos de la comunidad.

Pero también la concepción de vida germánica se encontraba estrechamente vinculada a la guerra. Su ideal de vida, como lo demuestra su mitología, era el ideal heroico en el que el hombre se realizaba mediante una hazaña. El respeto se ganaba siendo un buen guerrero y los actos heroicos eran los que daban la fama. No había bien más legítimamente ganado que el botín de guerra, ni mejor muerte que la obtenida en el campo de batalla.

Hacia el siglo V, cuando los germanos invadieron el Imperio, ya habían sufrido importantes transformaciones, que se dieron precisamente por los contactos que habían tenido con los romanos. En efecto, uno de los objetivos de la guerra era obtener esclavos que se vendían en la frontera del Imperio Romano. La guerra se transformó entonces en un negocio lucrativo y comenzó a generar diferencias. Hubo quienes abandonaron la agricultura dedicándose exclusivamente a la guerra y surgieron linajes más ricos y poderosos. Estos guerreros profesionales comenzaron a rodearse de pequeños ejércitos

privados, su séquito armado, que será un elemento importante para comprender la organización de la sociedad feudal.

1.1.4. La lenta fusión de los legados (siglo VI-VIII)

Ver imagen 1.2. Mapa de las invasiones germánicas y la formación de los reinos romano germánicos.



Sobre la base de estos tres legados, a partir del siglo V, cuando quedaron constituidos los llamados reinos romano-germánicos, comenzó un lentísimo proceso de fusión.

Dentro de esos nuevos reinos, mientras se profundizaban los rasgos de la crisis del Imperio con la decadencia urbana y mercantil, se evolucionaba hacia una economía predominantemente rural. En esa economía agraria, sobre la base de la sociedad romana -los campesinos dependientes de un terrateniente- los germanos incorporaron un gran número de hombres libres. Sin embargo, en una situación de gran inestabilidad, sin un Estado organizado, no había quien defendiera a los más débiles de la inseguridad y de las presiones de los poderosos. La búsqueda de protección significaba someter la persona, pagar contribuciones o incluso entregar la parcela que se tiene en propiedad a un señor, para recibirla en usufructo y pagarla con parte de la cosecha. En síntesis, la línea de homologación que comenzó a darse fue la de situación de dependencia.



DUBY, G. (1985), Primera Parte, Capítulo 2: “Las estructuras sociales”, en: *Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea*, Madrid, Siglo XXI, pp. 39-60.

Las aristocracias terratenientes se conformaron por la confluencia de los terratenientes romanos y los guerreros germanos que ocuparon tierras. Entre ellos, sobre todo al principio, no hubo una política de exterminio sino de convivencia que se acentuó después de la conversión de los germanos al cristianismo. En la conformación de estas aristocracias, las monarquías cumplieron un papel importante. Cuando los reyes organizaron la administración de sus territorios enviaron a los miembros de su séquito a gobernar o controlar algunas regiones del reino (condados o marcas) consolidando una nueva nobleza. Pero esto también fue una inagotable fuente de conflictos ya que muchos no consideraron tener un poder delegado del rey, sino que trataron a esas regiones como propias.

El problema radicaba en la inexistencia de normas que regularan el poder, que permitía que cada uno se impusiera al otro según su fuerza relativa. Pero también el problema estaba en la persistencia de esa concepción heroica de la vida que consideraba al botín de guerra, a las tierras obtenidas en batalla, los bienes más legítimamente ganados: el hombre mostraba su superioridad en la hazaña. Fue una concepción de vida de larga permanencia y que aún perduraba en el *Poema del Mio Cid*, cantar de gesta compuesto a mediados del siglo XII. En efecto, el rey había despojado de su patrimonio al Cid, que debía entonces ir a tierra de moros, a luchar para hacerse de un nuevo patrimonio. Pero esto no era todo, fundamentalmente debía realizar una hazaña, para demostrar que era un héroe.

Ante la violencia que reiteraba los conflictos, la Iglesia emergió como un elemento de moderación, imponiendo ciertas normas de convivencia. Los

monarcas encontraron en la Iglesia una tradición en la que apoyarse -la tradición bíblica de la realeza- que podía combinarse con la tradición del Estado romano. De allí la búsqueda de que sea la Iglesia, a través de los obispos o del papa, la responsable de coronar a los reyes y al emperador para reafirmar la idea de que el poder venía de Dios. Pero frente a una monarquía que se apoyaba en los legados romano y cristiano, la nobleza afirmaba las tradiciones del legado germano: la asamblea de guerreros como órgano supremo. Esta debía elegir al jefe (en este caso al monarca) entre uno de ellos; el rey sólo era el “primus inter pares”, el primero entre sus iguales, y por lo tanto debía acatar las decisiones de la asamblea. Y el conflicto entre ambas tradiciones hubo de marcar un largo período.

1.2. La sociedad feudal

En el año 771, Carlos -conocido posteriormente como Carlomagno- había sido consagrado rey de los francos. Pronto emprendió una serie de campañas militares que le permitieron extender considerablemente sus dominios. Después de la conquista de Italia, se proclamó Emperador de Roma, en una ceremonia en la que el Papa le impuso la corona imperial (800). De este modo, con apoyo de la Iglesia, Carlomagno se proponía restaurar el Imperio, reconstituir el orden ecuménico. Sin embargo, a pesar de la vasta tarea organizativa, este Imperio tuvo corta vida. A la muerte de Carlomagno lo sucedió su hijo Ludovico, pero fue entre sus nietos que se desencadenó una larga lucha por el poder cuyo resultado fue la división del Imperio (Tratado de Verdún, 843).

A partir de la disgregación del Imperio carolingio, las guerras civiles y la oleada de invasiones del siglo IX (musulmanes, eslavos y magiares, y normandos) crearon graves condiciones de inseguridad que debilitaron las monarquías y aumentaron el poder de la nobleza. En efecto, primero los príncipes, luego los condes, por último los señores locales se autonomizaron con respecto al poder central: se apropiaron de las prerrogativas que les habían sido delegadas, les otorgaron carácter hereditario y las incorporaron a dinastías que quedaron confirmadas de hecho. Esta fragmentación llevó a que los marcos territoriales fueran cada vez más reducidos, ajustados a las posibilidades de ejercer una autoridad efectiva. Pero esta fragmentación, fundamentalmente, implicaba una adaptación de la organización política a las estructuras de la vida económica. De este modo, se afianzaron las condiciones que permitieron el establecimiento de relaciones feudales que alcanzaron su punto de madurez en el siglo XI.

El feudalismo no se dio en una forma totalmente semejante en toda Europa. La región central del feudalismo europeo -donde se dio en su forma más clásica- se puede encontrar en aquellas regiones donde hubo una síntesis equilibrada de elementos romanos y elementos germánicos, especialmente en el norte de Francia y algunas de sus zonas limítrofes. Al sur, sobre todo en la Provenza y en Italia, hubo un predominio del legado romano. Allí, por ejemplo, la vida urbana nunca declinó completamente y se mantuvieron normas del derecho romano. En el Este y en el Norte (Inglaterra, Alemania, Escandinavia), donde los elementos romanos habían echado raíces muy débiles, hubo un predominio del legado germánico: se puede señalar, por ejemplo, la permanencia de agricultores libres organizados en aldeas. Incluso, en

Alemania, el feudalismo se consolidó recién en el siglo XII. De un modo u otro, a pesar de diferencias de matices o de desfasajes cronológicos, es indudable que el feudalismo apareció en Europa como la organización social predominante.

1.2.1. Señores y campesinos

¿Qué es el feudalismo? Es la organización de la sociedad basada en dos grupos sociales fundamentales: señores y campesinos.

Los campesinos eran los productores directos. A ellos pertenecían los medios de producción (arados, hoces y animales de tiro) con los que trabajaban la tierra a partir de la mano de obra familiar. El objetivo principal de esta economía campesina era la subsistencia. Sin embargo, tenían que producir un volumen superior al requerido ya que también tenían que proveer el sustento de la nobleza, el clero y otros sectores que no trabajaban directamente la tierra, pasando el excedente a esos otros grupos sociales directamente o a través del mercado. Aunque también hubo asentamientos dispersos, una característica de la vida campesina, en la mayor parte de Europa, era la asociación de familias en comunidades mayores, *villas* o *aldeas*, remontándose a siglos las bases de esa convivencia.

Dentro de la comunidad campesina se desarrollaron formas de cooperación práctica que, según Rodney Hilton formaron la base de una identidad común. Esta cooperación práctica era exigida por el mismo sistema agrícola. En los campos abiertos que rodeaban las villas de tipo nuclear se entremezclaban las fajas de terreno de las distintas explotaciones familiares y allí se trabajaba sin distinción alguna entre las tierras de uno u otro campesino. Además, para evitar el desgaste del suelo, sobre todo en la zona norte de Europa, se aplicó el sistema de rotación trienal, donde las parcelas se agrupaban en tres sectores: mientras uno se cultivaba con cereales -base de la alimentación- los otros se dejaban en barbecho. Más allá de los campos de labranza, se extendían los bosques y baldíos, que podían ser utilizados por la comunidad aldeana para la recolección y para la pastura de su ganado.



HILTON, RODNEY (1984), Introducción y Cap. 1: “La naturaleza de la economía campesina medieval”, en: *Siervos liberados. Los movimientos campesinos medievales y el levantamiento inglés de 1381*, Siglo XXI, Madrid, pp. 7-78.

Dentro de la aldea se desarrollaban también otras actividades. En estas economías de autoabastecimiento, el hilado y el telar eran una ocupación accesoria corriente entre las mujeres campesinas. Pero además había artesanos más especializados en trabajar la madera, el cuero y los metales. Si bien la mayoría de los campesinos eran capaces de reparar e incluso fabricar sus herramientas, en algunos casos se requería el concurso de especialistas. El más importante era el herrero que fabricaba las piezas para arados y carretas, herraba caballos y bueyes, forjaba hoces, guadañas y cuchillos y proporcionaba los ganchos y clavos para las construcciones. Como señala Hilton, la forja del herrero era uno de los centros de la vida rural y los misterios de su oficio le otorgaban un prestigio casi mágico.

Ver imagen 1.3. Los campesinos: “Les Très Riches Heures du Duc de Berry”, Calendario: Febrero, Siglo XV.



La comunidad campesina no era una comunidad de iguales. La estratificación surgía de la polarización de fortunas entre un aldeano más pobre y otro más rico, entre quien sólo contaba con sus manos y rústicos instrumentos para trabajar la tierra y quien contaba con una o dos yunta de bueyes, o entre quienes tenían una parcela más extensa y los minifundistas que debían completar su sustento trabajando en la tierra de los más ricos. Sin embargo, nadie dudaba de que pertenecían a un mismo grupo social. Las barreras sociales que los separaban de los señores resultaban infranqueables y habían sido construidas para tal fin: evitar el ascenso social aun en los niveles inferiores de la aristocracia.


Otro de los grupos que formaban parte de las comunidades rurales era el de los asalariados carentes de tierra. Eran una pequeña minoría -su carácter mayoritario hubiera puesto fin al campesinado, caracterizado por la explotación de tipo familiar- pero constituían un elemento importante. Una parte significativa de ellos estaba formado por quienes estaban ocupados en el dominio o reserva señorial como aradores, carreteros, boyeros o pastores. Muchos de los que trabajaban directamente las tierras del señor vivían en barracas, trabajaban a cambio de la comida y su situación era próxima a la de la esclavitud.

La situación de los campesinos variaba mucho: desde la de campesino libre hasta la de *siervo* pasando por distintos tipos de condición semiservil. Sin embargo, a partir del siglo IX, en toda Europa hubo una tendencia a absorber al campesinado libre sometiéndolo al poder señorial, generalizando los lazos de servidumbre. Esto implicaba para los campesinos una serie de obligaciones a cambio, teóricamente, de la protección que brindaba el señor. La principal obligación y la más pesada era el pago del censo, una parte importante de la cosecha que podían variar según las regiones y la codicia señorial. Además, los campesinos debían realizar *prestaciones* personales, en las tierras del señor algunos días de la semana o en algunas épocas del año, cuando la cosecha o la vendimia exigían más mano de obra. A esto se sumaba el pago de distintos derechos que tenían que ser pagados con moneda o con la mejor res como por ejemplo, el de contraer matrimonio o aun el de "heredar la condición servil".

Una pregunta queda en pie: ¿de dónde provenía el poder que los señores ejercían sobre los campesinos? Los señores fundaban sus derechos, en parte, en el dominio sobre tierras que habían obtenido por derecho de conquista o por otorgamiento del rey. Pero fundamentalmente se consideraba que esos derechos se basaban en la protección que, mediante las armas, los señores ofrecían a los campesinos, principio que -como veremos- fue sistematizado por la Iglesia en un modelo de orden ecuménico.

Otros factores también concurren para afirmar el dominio señorial y derivaron del proceso de fragmentación del poder real. En rigor, la administración de la justicia constituía la característica esencial de la monarquía: el poder del rey se expresaba en su capacidad para otorgar justicia, en función de la interpretación de los textos sagrados o de la costumbre, es decir, el derecho consuetudinario. Por lo tanto, cuando se fragmentó el poder monárquico, lo que se fragmentó fue precisamente esa capacidad para administrar la justicia. Y ese poder que pasó a los señores bajo la forma del *derecho de ban*.

La costumbre establecía que el derecho de ban se ejercía sobre un territorio que se podía recorrer en una jornada de cabalgata: allí el ejercicio de la justicia adquiría la forma del cobro de multas y peajes e incluso de saqueos

 Ver imágenes 1.4. y 1.5. sobre el Señorío.

El término *ban* deriva del gótico *bandōo* que significa signo o bandera, de ahí se desprenden dos acepciones que tienen cierta relación con el nombre de este derecho: 1. grupo de gente armada y 2. parcialidad o número de gente que favorece y sigue el partido de alguno. La traducción de este término en español es *banda*. (*Diccionario de la Real Academia Española*, 1992).

sistemáticos sobre las posesiones de los campesinos. Para poder ejercer este derecho, los señores del ban tuvieron que recurrir a numerosos auxiliares, los ministeriales, que participaban de los beneficios y que por lo tanto fueron los agentes más activos de este derecho. Sin embargo había un límite para las exacciones: el límite estaba fijado por la costumbre y la memoria colectiva. Si los señores intentaban sobrepasar ese límite podían surgir las formas de solidaridad campesina y fundamentalmente las formas de resistencia que -como ocurrió en el siglo XIV- podían desembocar en abiertas rebeliones contra el poder señorial.

La nobleza terrateniente también era una clase profundamente estratificada. Los miembros de los niveles superiores de esa jerarquía nobiliaria, relacionados por vínculos familiares y que controlaban grandes extensiones de tierra, dominaban toda la sociedad incluido el resto de la nobleza. Por debajo de esa pequeña minoría, se encontraban tanto familias nobles que contaban con cuantiosas riquezas y capacidad de influencia como pequeños terratenientes cuyos recursos no superaban a los de los campesinos más ricos. Pero esa jerarquía nobiliaria no mostraba una moderada graduación: las distancias entre los escasos nobles realmente poderosos y la masa de notables locales era muy grande. Sin embargo, esta distancia procedía de la disparidad de riquezas y de poder, pero no una disociación en diferentes rangos nobiliarios. Todos ellos pertenecían a la clase señorial y la distancia que los separaba de los otros grupos sociales era abismal.

1.2.2. Monarquías y nobleza feudal

Otra de las características de esa jerarquía nobiliaria era el hecho de que sus miembros estaban ligados verticalmente por lazos de fidelidad y dependencia. En efecto, la fragmentación del poder era una situación de hecho que los reyes reconocieron y formalizaron mediante relaciones de vasallaje, es decir, por vínculos voluntarios directos de persona a persona. A través de este sistema, el monarca entregaba un feudo, normalmente en forma de dominio territorial, a un señor a cambio de un juramento de fidelidad, juramento que transformaba al beneficiario en vasallo del rey. Pero el procedimiento podía repetirse: los grandes vasallos del rey podían entregar feudos a cambio de juramentos de fidelidad a otros señores, teniendo así a sus propios vasallos, y así sucesivamente. De este modo, se conformaba una sociedad jerarquizada, en cuya cúspide estaba el rey, pero cuyo poder efectivo quedaba reducido al que podía ejercer sobre esos vasallos directos que le debían fidelidad.

Los vasallos tenían a su vez obligaciones con su señor. Las principales eran dos: consejo y ayuda. Para prestar “consejo”, los vasallos debían acudir cuando el señor los convocaba para dar su opinión sobre temas que iban desde la administración del señorío hasta cuestiones de paz y de guerra. Esas reuniones indudablemente recreaban la asamblea de guerreros de la tradición germánica y resultaban la ocasión propicia para que el señor homenajeara a sus vasallos con torneos y banquetes. De este modo, la importancia efectiva de estas reuniones radicaba en constituir una verdadera demostración de la influencia, de la riqueza y del poder señorial.

La segunda obligación era más pesada. Podía incluir distintos tipos de “ayuda”, pero fundamentalmente implicaba el auxilio militar: el vasallo debía participar con su señor en la guerra. Para ello, debían mantener un número, a veces muy elevado, de caballeros y escuderos que vivían en el castillo con

el señor y que constituían su *hueste*. En castellano antiguo, esta hueste se denominaba “criazón”, porque los jóvenes destinados a la caballería se criaban junto con el señor y junto a él aprendían el oficio de las armas. Estos caballeros también estaban ligados al señor por un juramento de fidelidad y debían acompañarlo en sus empresas de guerra: los enemigos de su señor eran sus enemigos.

De este modo, el ejército feudal estaba formado por los aportes de las huestes señoriales, según vínculos de fidelidad establecidos por juramento. Si el rey quería hacer la guerra, dependía básicamente de la fidelidad de sus vasallos. Es cierto que el rey tenía la posibilidad de quitar las tierras y desterrar del reino a los que no cumplían con su juramento. Así, por ejemplo, a fines del siglo XI, el rey Alfonso VI de Castilla proclamó contra el Cid la “ira regia”, y lo expulsó del reino después de retirarle el señorío de Vivar. Pero esto sucedió en España, cuyas fronteras lindaban con tierras ocupadas por los musulmanes. En este caso, los reyes conservaron más poder por ser los jefes directos de los ejércitos y por poseer -cuando la suerte de las armas los favorecía- más tierras para repartir entre sus vasallos.

En cambio, en otras regiones de Europa (sobre todo en las actuales Francia y Alemania), los reyes fueron perdiendo cada vez más un poder político y militar que quedó en manos de la clase feudal. A partir del siglo XI, en una amplia zona de Europa los señores dejaron de reconocer a los reyes su derecho a retirarle las tierras que, de este modo, se transformaron en propiedad de las grandes familias señoriales. Fue entonces cuando se consolidó el poder de la nobleza feudal que, además del poder militar, detentaba de manera inalienable el poder económico a través de la tierra. Al mismo tiempo comenzó a desarrollarse un nuevo concepto de la libertad: si anteriormente se consideraba que todos los hombres libres debían estar sometidos a la autoridad real, a partir de la consolidación del feudalismo, la libertad fue concebida como un privilegio -el de escapar a las obligaciones deshonrosas y especialmente a las fiscales- que sustrajo enteramente al clero y a la nobleza de las presiones del poder.

1.2.3. Propiedad y familia señorial

La Iglesia también participaba del poder feudal. En efecto, durante mucho tiempo reyes y señores le habían entregado tierras en calidad de *donaciones* con el objetivo de salvar sus almas. De este modo, los altos dignatarios eclesiásticos, como los obispos o los abades de los monasterios, poseían señoríos eclesiásticos que incluso, en algunos casos, gozaban de *inmunidades*, es decir, estaban exentos de la administración de la justicia real. En síntesis, estos grandes dignatarios formaban parte de la nobleza feudal. Esto no quiere decir que todo el clero formara parte de la clase señorial. Dentro del señorío podía haber clérigos que prestaban sus servicios profesionales análogos a los del molinero o del encargado del horno. Dentro de la aldea podía haber algún sacerdote que a cambio de sus servicios recibía una parcela para cultivar con su familia. Este sector del clero estaba mucho más cerca de los campesinos que de los señores, pero es indudable que la Iglesia como institución y sus altos dignatarios integraban el poder feudal.

Los señores laicos y los señores eclesiásticos además de formar parte de la misma clase social también estaban relacionados por estrechos vínculos de parentesco. Según la tradición germana, a la muerte del padre la tierra se

dividía entre todos sus hijos. Pero en la sociedad feudal, para evitar una excesiva fragmentación se instauró el *mayorazgo*, por el que heredaba únicamente el hijo mayor. De este modo, los hijos segundones entraban al servicio de la Iglesia donde, dado su origen social, pronto alcanzaban altas posiciones. También las hijas solteras menores de las familias señoriales debían entrar en la Iglesia: ingresaban a algún convento en el que, por su carácter de nobles y por la dote que aportaban, ocupaban cargos importantes. Sin embargo, estas jóvenes profesaban -es decir hacían sus votos perpetuos- a edad consideradas avanzadas en la época, previendo que, ante la muerte de sus hermanas mayores, tuvieran que casarse para perpetuar los linajes.

Los varones tercerones o que se negaban a entrar en la Iglesia podían quedar en el castillo formando parte de la hueste de su hermano mayor. Pero los que se negaban a esta suerte generalmente partían en aventura con el objetivo de hacerse un nuevo patrimonio. Podían hacerse mercenarios bajo el mando de algún caudillo o simplemente deambular por el mundo en busca de una fortuna, que podía concretarse en el matrimonio con alguna rica heredera. La literatura recogió las aventuras y los amores de esta *juventus*, que cantaron los trovadores provenzales del siglo XII y, posteriormente, las novelas de caballería. En cierto sentido -como veremos más adelante- estos jóvenes fueron parte del “motor” que impulsó la expansión europea. A ellos los encontraremos, a partir del siglo XI, engrosando los contingentes de las Cruzadas que partían hacia Tierra Santa e incluso, a partir del siglo XVI, participando de la conquista de América.

1.2.4. La Iglesia y el orden ecuménico

Un rasgo de la sociedad feudal fue el alto nivel de sus conflictos. En primer lugar, estos se dieron entre la Iglesia y los poderes seculares. Como muchos obispados eran también feudos tenían una doble dependencia: por un lado, en tanto sedes eclesiásticas, dependían del Papado, y por otro, en tanto feudos dependían de un rey o del Emperador del Sacro Imperio Romano Germánico a quien debían vasallaje.

Esta situación, desde fines del siglo XI, se constituyó en la fuente de un prolongado conflicto conocido como la Querrela de las Investiduras. Pero también, entre los señores, el ejercicio del derecho de ban, el establecimiento de los límites entre los distintos dominios y la permanencia de una mentalidad heroica que consideraba al botín como el bien más legítimamente ganado se encontraban en las bases de interminables combates. La guerra era considerada una actividad normal de las clases señoriales. Y los saqueos y depredaciones afectaban sobre todo a la economía campesina imponiendo una economía que se basaba en el pillaje.

Sin embargo, desde las últimas etapas de la feudalización, la Iglesia intervino como factor de moderación, imponiendo lo que se conoció como la Paz de Dios. El fenómeno comenzó al sur de la Galia, pero a lo largo del siglo XI se extendió por toda Europa Occidental. Como señala George Duby, los principios de la Paz de Dios eran muy simples: Dios había delegado en los reyes la misión de la paz y la justicia, pero como estos eran incapaces de cumplirla, Dios había reasumido estos poderes y los había entregado a sus servidores los obispos, auxiliados por los señores locales.

Para ejecutar este principio, los obispos reunían a los grandes nobles en Concilios donde se impusieron ciertas normas sobre la guerra y se estable-

DUBY, GEORGE, (1985), Tercera parte: “Las conquistas campesinas. Medios del siglo XI-fines del siglo XII”, en: *Guerberos y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea*, Madrid, Siglo XXI, pp. 199-342.

ció que quien las violara caería en la excomunión. Esas reglas fueron muy sencillas: no se podía combatir ciertos días de la semana, en fiestas religiosas o en los días de mercado; no se podía luchar en ciertos lugares como en los atrios de las iglesias o en los cruces de los caminos; no se podía atacar a los sectores considerados más vulnerables como los clérigos y los pobres. Es cierto que la eficacia de la Paz de Dios fue relativa y que Europa no dejó de estar libre de tumultos señoriales. Sin embargo, al imponerse algunas normas se pudieron registrar ciertos cambios en los comportamientos.

Sin duda tuvo influencia en las estructuras más profundas de la vida económica: al evitar que se impusiera una economía basada en el pillaje, favoreció la consolidación del feudalismo. Pero fundamentalmente, la Paz de Dios creó una nueva moral acerca de la guerra, una nueva moral que desvió los poderes de agresión que contenía la sociedad feudal fuera de los límites de la cristiandad. Si contra los cristianos no se podía luchar, contra los “infieltes”, contra los enemigos de Dios no sólo era lícito sino deseable combatirlos. En síntesis, de la paz de Dios derivó el “espíritu de cruzada” de esos señores que se dirigieron a Tierra Santa en defensa de la religión. Pero hay algo más: al bendecir a los cruzados y sus espadas, la Iglesia legitimó la función guerrera de la nobleza feudal, transformándola en el brazo armado de la cristiandad.

Esta moral desembocó en una peculiar imagen de la sociedad que contribuyó a la consolidación de sus estructuras. En efecto, hacia el año mil llegó a su madurez *el modelo de los tres órdenes*, teoría lentamente elaborada entre los intelectuales eclesiásticos. Esta teoría, que incluía sin dificultad las relaciones de subordinación y dependencia, presentaba a las desigualdades sociales formando parte de un plan divino. Según su formulación, desde la creación Dios había otorgado a los hombres tareas específicas que determinaban una particular y jerarquizada organización de la sociedad. En la cúspide se colocaba el primer orden, el de los *oratores*, el clero que tenía la misión de orar por la salvación de todos; en segundo lugar, estaban los *bellatores* (del latín, *bella* = guerra), es decir, la nobleza guerrera que combatía para defender al resto de sociedad; por último, los *laboratores*, es decir, los campesinos que debían trabajar la tierra para mantener con su trabajo a la gente de oración y a la gente de guerra.

Este esquema se impuso muy rápidamente en la conciencia colectiva sosteniendo un profundo consenso acerca de cómo debía funcionar el cuerpo social: presentaba una visión organicista de la sociedad percibida como un todo armónico, en el que cada una de sus partes desempeñaba una función designada por Dios. De este modo, este modelo de sociedad, que se consideraba ecuménico, se impuso con la misma fuerza de la naturaleza: era un orden sagrado y, por lo tanto, inmutable. Permitía fundamentalmente legitimar la explotación señorial considerada el precio de la seguridad que los señores ofrecían.

1.3. Las transformaciones de la sociedad feudal

1.3.1. El proceso de expansión

Hacia el siglo XI comenzaron a registrarse una serie de síntomas: las fuentes señalan que las iglesias eran más grandes y lujosas, que había más animación en los caminos, que los mercados eran más activos. Eran signos de

una expansión económica e incluso demográfica, expansión estrechamente vinculada con la consolidación del feudalismo y con un mayor desarrollo de las fuerzas productivas.

La expansión demográfica y agrícola

El aumento de la productividad se vinculó con la introducción de una serie de perfeccionamientos técnicos. El proceso no fue simple ni lineal. Es cierto que aún influía una mentalidad que consideraba que el trabajo no era cuestión de señores. Pero también es cierto que la revalorización del trabajo que hizo la Iglesia -a través de las órdenes religiosas, como la de San Benito de Nursia que consideraba que "labrar es orar"- junto con la necesidad de aumentar el excedente permitieron introducir nuevas técnicas: los molinos hidráulicos, que exigieron obras de desagüe o endicamiento; el empleo de arados de hierro, el uso de la tracción animal con un collar de estructura rígida que permitía un aprovechamiento intensivo de la fuerza de los animales; el herrado y un paulatino reemplazo de los bueyes por los caballos. Algunos señores fueron activos difusores de estas técnicas. Los Condes de Flandes, por ejemplo, en los Países Bajos alentaron y sostuvieron la construcción de diques para ganar tierras al mar y contener los ríos. Más tarde, los príncipes alemanes llamaron a estos técnicos flamencos para desecar las márgenes del Elba inferior.

El aumento de la producción agrícola permitía alimentar a más gente. De allí que pronto se reflejara en un aumento de la población. Pero esta expansión demográfica también creó problemas. La ocupación humana se hizo excesivamente densa en las zonas más antiguamente pobladas del área romanogermánica y las tierras se volvieron escasas: era necesario incorporar nuevas tierras a la actividad productiva. A partir de las últimas décadas del siglo XI se comenzó entonces llevar a cabo un amplio movimiento de roturación, es decir, crear campos de cultivo a expensas de las extensiones incultas. Esto fue posible por el empuje demográfico, pero también por los perfeccionamientos técnicos que permitieron desecar pantanos, endicar ríos y, con la aparición de la sierra hidráulica, atacar bosque de maderas duras.

Los primeros movimientos de roturación fueron de iniciativa campesina. Los campesinos ampliaron el claro aldeano, ganando las tierras incultas que rodeaban a la aldea. Estas nuevas tierras se dedicaban en los primeros tiempos a las pasturas -lo que benefició la cría de animales de tiro y mejoró el equipo de arar- y luego al cultivo de cereales, lo que aumentó la producción de alimentos. Pero además de esta ampliación del claro aldeano, los campesinos iniciaron movimientos más audaces como la creación de nuevos núcleos de poblamiento. El motor de este movimiento fueron los más pobres, los hijos de familias campesinas demasiado numerosas que no podían hallar alimento en las tierras familiares. Esto implicaba trasladarse al corazón de los espacios incultos, en los que nadie o muy pocos habían penetrado anteriormente, para atacarlos desde su interior: allí los campesinos, roturando y desecando tierras, creaban nuevos núcleos de poblamiento y nuevos espacios para el cultivo.

Pero los señores más sensibles al espíritu de lucro también advirtieron las ventajas del procedimiento. De este modo, las roturaciones se transformaron en una empresa señorial, en un movimiento que cubrió el siglo XII. Esto consistió muchas veces en la apertura de nuevas tierras, muchas veces muy distantes del núcleo originario, generalmente, en las zonas fronteri-

zas. Uno de los casos más notables lo constituyó el de los señores alemanes que conquistaron las tierras de los eslavos. Estos señores impulsaron una vigorosa colonización en los territorios ubicados en las márgenes derechas de los ríos Elba y Saale, que fueron ocupados por campesinos de Sajonia y de Turingia y que permitió un avance posterior de la colonización que en el siglo XIII alcanzó hasta Lituania y el golfo de Finlandia.


Este tipo de colonización implicaba el trasvasamiento de poblaciones a distancias muy largas y adquirió la forma de una verdadera empresa en la que el señor debía adelantar fondos para instalar colonos, roturar, desecar pantanos, talar bosques. Además, para alentar a los campesinos a trasladarse se les prometían ciertas ventajas: por acuerdos orales o escritos, los pobladores de estas *villasnuevas* quedaban liberados de algunas cargas. Dada la magnitud de la empresa, los señores debieron incluso contratar a *locutores*, verdaderos agentes de colonización, encargados de dar a conocer a los campesinos las condiciones de la empresa, de trasladarlos y de distribuir las tierras. De este modo, el primitivo núcleo europeo comenzaba a expandir sus fronteras.

La expansión hacia la periferia

La expansión hacia la periferia se encontraba estrechamente vinculada con la oleada de invasiones que desde el siglo VIII en el caso de los musulmanes, en el Mediterráneo, y desde el siglo IX en el caso de los normandos, en el norte; y de magiares y eslavos, en el este, habían asolado a Europa. Como ya señalamos, estas invasiones habían demostrado la impotencia de los poderes centrales frente a las amenazas sobre sus extensas fronteras y consolidó el poder de los señores a quienes correspondió la protección de sus tierras. Pero estas invasiones también atrajeron la atención hacia las nuevas zonas de las que provenía el ataque y hacia las que se dirigió, más tarde, una enérgica contraofensiva.

En efecto, en la defensa primero, y en el ataque después, el primitivo núcleo europeo estableció contactos con regiones con las que hasta entonces había tenido muy escasa comunicación. Es cierto que, en un primer momento, los invasores habían producido un fuerte retroceso territorial en las costas del Mediterráneo, del mar del Norte y del Báltico y en las zonas del Elba y del Danubio. Pero a mediados del siglo X, la combatividad de los agresores disminuyó, mientras aumentaba la capacidad ofensiva de los señores: de este modo, en el siglo XI comenzó una enérgica contraofensiva. La Paz de Dios además había confirmado a la nobleza en su carácter de defensora de la cristiandad: era necesario combatir a los "infiel", a los enemigos de Dios.

Donde primero se manifestó la capacidad contraofensiva fue sobre las fronteras del Elba y del Danubio donde se movían eslavos y magiares, contraofensiva que permitió una expansión hacia el este, en donde los señores alemanes iniciaron el proceso de colonización agrícola al que ya nos referimos. El movimiento de expansión hacia el norte adquirió características diferentes. Durante los siglos IX y X, los normandos habían lanzado una serie de ataques desde las costas del Báltico y del Mar del Norte y habían hecho pie en el continente: en el año 911, el rey de Francia, Carlos el Simple debe cederles un territorio, la Normandía, donde se estableció un señorío normando. En Italia, a lo largo del siglo XI, los señores de Lombardía habían llamado a grupos normandos para luchar contra los musulmanes y a cambio de

 Ver ilustración 1.6: mapa de la expansión de Europa (siglos XI-XIII).

estos servicios habían entregado tierras a los principales jefes de estas bandas. En síntesis, aparecieron enclaves normandos que se convirtieron en puntos de contacto con el área del Báltico y del Mar del Norte. Además, la conversión del mundo nórdico al cristianismo permitió que la organización eclesiástica se transformara en una importante vía de conexión. De este modo se establecieron con zonas periféricas lazos económicos, políticos y culturales que transformaron al primitivo núcleo europeo en el centro de un ámbito mucho más vasto.

Pero también la expansión a la periferia se dirigió hacia el área del Mediterráneo Oriental a través de una enérgica ofensiva de los señores -en su calidad de defensores de la fe- contra los musulmanes de Levante. La noticia de la caída de Jerusalén en manos de los “infiel” movieron desde el siglo XI, con el objetivo de rescatar el Santo Sepulcro, a organizar esas empresas militares que se conocen como las Cruzadas. Como resultado de la primera Cruzada (1095) -a la que marcharon señores franceses, alemanes, flamencos y los normandos del sur de Italia- se establecieron algunos señoríos cristianos en Antioquía, Trípoli y Jerusalén. Esos señoríos tuvieron una existencia efímera pero ejercieron una influencia fundamental, no sólo en la región donde estaban enclavados sino en toda el área del Mediterráneo, al intensificar las comunicaciones, sobre todo cuando esos enclaves cristianos se transformaran en importantes emporios marítimos.

La expansión mercantil y urbana

El movimiento de las Cruzadas quedó estrechamente vinculado a una intensa corriente mercantil. En efecto, la “defensa de la fe” y las actividades comerciales muy pronto quedaron confundidas. Raymond D’Agiles, capellán del Conde de Toulouse, era explícito al respecto:

■ “No debo omitir hablar de aquellos que, llenos de celo por nuestra muy santa expedición, no temían navegar a través de los vastos y desconocidos espacios del mar Mediterráneo y del Océano. Los ingleses, informados de la empresa que tenía por objeto vengar a Nuestro Señor Jesucristo de aquellos que se habían apoderado indignamente de la tierra natal del Señor y de sus apóstoles, entraron en el mar de Inglaterra, hicieron la vuelta de España después de haber atravesado el Océano, y surcando enseguida el mar Mediterráneo llegaron después de grandes esfuerzos al puerto de Antioquía. Los navíos de esos ingleses fueron entonces infinitamente útiles. Gracias a ellos tuvimos los medios para llevar a cabo las operaciones de sitio y para comerciar con la isla de Chipre y otras islas.” (RAYMOND D’AGILES: *Historia Francorum qui ceperunt Hierusalem*). ■

A esos enclaves cristianos transformados en emporios marítimos llegaron pisanos, venecianos, genoveses, ingleses y normandos que abrieron una importante corriente mercantil y muy rápidamente la posibilidad de importar mercaderías de Oriente quedó en manos de navegantes y mercaderes cristianos. Este comercio marítimo se complementaba con el comercio por tierra que benefició sobre todo a las ciudades-puertos del Mediterráneo como Génova, Venecia, Marsella, Barcelona. Estas ciudades se transformaron en importantes centros mercantiles donde se concentraban los productos orientales de lujo: especias, tinturas, orfebrería y, sobre todo, telas de fabri-

cación oriental, los damascos provenientes de Damasco, las gasas de Gaza y las muselinas de Mousul.

También en el norte se estableció una fuerte corriente comercial, sobre todo en las ciudades alemanas que, a través de los pasos alpinos, se conectaban con Venecia y otras ciudades italianas. Aparecieron así importantes núcleos como Colonia, Brujas, Hamburgo, Lübeck que controlaban el comercio de telas, pieles, sal y maderas duras que se extendía por el Báltico, el Mar del Norte y el Atlántico. Incluso estas ciudades formalizaron sus relaciones para proteger la navegación, unificar los esfuerzos y llegar a acuerdos comerciales. Así surgió esa liga de ciudades conocida como la *Liga Hanseática* o *Hansa Germánica*.

De este modo, la expansión a la periferia permitió el surgimiento de dos grandes áreas comerciales marítimas, el Mediterráneo y el área del Báltico-Mar del Norte, que a su vez se comunicaron entre sí por vías fluviales y terrestres dando origen a una vasta red mercantil. Esta red tenía como uno de sus principales centros la zona de Champagne, en Francia, en donde se desarrollaban ferias anuales que pronto se transformaron en el principal centro del comercio internacional.

Al calor de las actividades mercantiles crecieron las ciudades: se repoblaron los antiguos centros urbanos, pero también surgieron nuevos. Esto fue posible además por otros factores: por el crecimiento demográfico que caracterizó al largo período que se extiende entre los siglos XI y XIII y por el aumento de la producción agrícola que permitía alimentar a un creciente número de personas dedicadas a tareas no agrarias. En síntesis, a partir del siglo XI también se registró un movimiento de expansión de la vida urbana.

En Italia, el comercio internacional permitió el crecimiento de ciudades-puertos como Venecia, Génova, Pisa, Amalfi. Además, crecieron otras en la medida que el desarrollo del comercio favorecía la producción de manufacturas: fue el caso de Florencia, donde se desarrollaron las artesanías de paños finos, de seda, de perfumes y pieles, o de las ciudades flamencas como Gantes, Ypres y Bruselas especializadas en tejidos finos, encajes y tapices. Pero también la misma animación que comenzaba a haber en los caminos fue un factor de crecimiento urbano: fue el caso de París, situada en el punto estratégico de cruce de varias rutas, y fue el caso de aquellas que jalaban los caminos hacia Roma o hacia Santiago de Compostela convertidas en centros de peregrinación. Y las ciudades se transformaron en centros de actividades estrechamente vinculadas al surgimiento de nuevos grupos sociales.

1.3.2. Las transformaciones de la sociedad

Los burgueses en el mundo feudal

En el primer tercio del siglo XI, conforme avanzaba el desarrollo mercantil, apareció y se difundió un nuevo tipo social: el mercader profesional.



GUREVIC, ARON J.(1990), "El mercader", en: Jacques Le Goff (ed.), *El hombre medieval*, Madrid, Alianza, pp. 255-294.

Muchas veces, los mercaderes habían surgido de los más humildes inicios. El crecimiento demográfico y la escasez de tierras habían empujado a muchos, casi menesterosos, al vagabundeo y a ocuparse de actividades muy marginales como, por ejemplo, recoger en las playas restos de naufragios. Como resultados de algunos encuentros afortunados, algunos podían transformarse en buhoneros -vendedores ambulantes de baratijas-, amasar algunas monedas y unirse a las caravanas que se dirigían a Oriente o al Báltico. Podían entonces comprar algunos productos y trasladarse de feria en feria transformándose en mercaderes profesionales. En síntesis, de la masa de menesterosos pudieron salir algunos nuevos ricos.

Aventureros y siempre ambulantes, estos mercaderes realizaban viajes a lugares muy lejanos ya que la escasez de los productos aumentaba su valor y les permitía poner a sus mercancías precios altos. Pero luego también iban en busca de sus clientes: desembalaban sus existencias en los castillos, en donde se habían reunido los vasallos para prestar consejo; en las entradas de las iglesias de centros de peregrinación durante los grandes festejos que atraían a los nobles. Esto constituía una novedad: antes aprovisionarse era para los señores una empresa aventurada en la que debían enviar a sus servidores en búsqueda de los objetos exóticos. Ahora, en cambio, el mercader se adelantaba a sus deseos, los tentaba a comprar.

Para comprar, los señores entonces debieron recurrir a sus reservas de metales preciosos: se acuñaron nuevas monedas con la plata de las copas, los brazaletes y los ornamentos del altar. Aunque también la pimienta en saco y las pepitas de oro se utilizaban como instrumentos de cambio, fueron las monedas las que comenzaron a circular más rápidamente. Al ser más comunes, las monedas tuvieron menos valor y en los últimos años del siglo XI se registró un alza de precios, imposible de evaluar, pero que continuó regularmente. Pero los hombres también advirtieron que las monedas salidas de los numerosos talleres de acuñación no eran todas idénticas. De allí el surgimiento de una nueva noción, la de la cotización de las monedas, y el surgimiento de nuevos oficios, como cambistas, pesadores, recortadores, y por último, prestamistas de dinero.

Los comerciantes de los siglos XI y XII eran vagabundos que llevaban sus géneros sobre sus espaldas o, más a menudo, sobre los lomos de los animales de carga. Salvo los meses más crudos del invierno, en los que la nieve cerraba los caminos, se encontraban siempre de viaje; de allí el nombre de “polvorientos” que recibieron en los países anglo-normandos. El mercader era entonces un forastero objeto de desconfianza y de escándalo, pues se enriquecía de modo visible vendiendo con ganancia lo que sus prójimos necesitaban, pero su paso también despertaba la codicia. Las dificultades y los peligros hicieron que los comerciantes formaran asociaciones -llamadas *Guildas* en los Países Bajos-, es decir, compañías de mercaderes que poco a poco fueron logrando establecer una mayor seguridad en los caminos, negociar con los señores para que les redujera razonablemente los peajes o los derechos de mercado en los territorios de su jurisdicción ya que el paso de las caravanas de mercaderes despertaba la avidez señorial.

En efecto, en sus viajes a largas distancias, para velar por la propia seguridad, los mercaderes por lo común viajaban en grupos, caravanas disciplinadas y armadas -semejantes a una expedición militar- que reunían a los comerciantes de una misma ciudad o que debían recorrer un mismo camino. Pero esto muchas veces no era suficiente contra los peligros de un mundo

en el que cada señor local tenía toda suerte de derechos sobre los forasteros que atravesaban sus dominios. Es cierto que la Paz de Dios obligaba a no dañar a los mercaderes, pero la salvaguardia de las caravanas quedó verdaderamente asegurada mediante una institución nueva, el *conducto*: al ingresar en un territorio señorial, los mercaderes quedaban bajo la protección del señor a cambio de un impuesto especial, el “peaje,” que se convirtió en una especie de un seguro contra la expoliación.

Pero también era necesario asegurar la paz de las ferias, esas grandes reuniones de negocios, que permitían a los mercaderes entrar en contacto. Algunos grandes señores, como los de Champagne, los de Flandes o los abades de Saint Denis, deseosos de fomentar estas actividades por los recursos que obtenían, fueron eficaces en otorgar protección a los mercaderes de modo tal que esos centros se convirtieron, en fechas fijas durante algunos días del año, en el siglo XII, en los focos más animados de la renovación comercial. Sobre todo, como ya señalamos, fueron las ferias de Champagne las que se transformaron en el centro del comercio internacional. Allí los comerciantes que llegaban desde las costas del mar del Norte, o desde Italia se reunían, intercambiaban sus productos, ajustaban sus cuentas y se separaban después para distribuir las mercaderías por sus distintas zonas de acción. Pero las ferias de Champagne no fueron sólo un lugar de intercambio de mercancías, sino que allí comenzaron a desarrollarse los primeros sistemas de crédito y a circular las letras de cambio. De este modo, muchos mercaderes se transformaron también en *banqueros* -llamados así porque ajustaban sus cuentas en los bancos de la feria- y *financistas*.

Como ya dijimos, la reactivación del comercio y la intensificación de la circulación monetaria favorecieron el desarrollo de la producción manufacturera, fundamentalmente de artículos suntuarios, es decir, productos de alto precio y calidad y bajo volumen que se destinaban a mercados muy restringidos (a la nobleza feudal, a señores eclesiásticos, a iglesias, a cortes señoriales). Esta producción manufacturera se desarrollaba en talleres artesanales muchas veces sobre la base de la mano de obra familiar.

Pero la organización de los talleres también presentaba una mayor complejidad: estaban integrados por un maestro, el más experto en el oficio, acompañado de varios oficiales y “aprendices.” Estos últimos eran jóvenes que deseaban aprender el oficio, que convivían con el maestro y su familia y que, a cambio de su trabajo, obtenían su manutención.

En teoría, los aprendices podían llegar a ser oficiales, y los oficiales, maestros cuando dominaran perfectamente el oficio. Pero en la práctica, para los oficiales resultó muy difícil poder instalar un taller para llegar a ser maestros. Y esto ocurrió porque los viejos maestros pronto controlaron las *corporaciones* gremiales -llamadas Artes en Italia- que monopolizaban los oficios. Las corporaciones, cuyo origen databa del siglo XI, habían surgido como sociedades de “ayuda mutua”, destinadas a proteger a sus miembros de diversas dificultades, sobre todo, la inseguridad de los caminos. Pero, al mismo ritmo de la expansión económica y la circulación monetaria, sus objetivos cambiaron: regularon la producción -tanto en calidad como en cantidad-, fijaron los precios, controlaron los mercados. En síntesis, ejercieron un firme monopolio sobre cada actividad. El monopolio fue así un rasgo distintivo de las corporaciones gremiales que, desde fines de siglo XII y sobre todo en el siglo XIII, quedaron controladas por maestros que impusieron una rígida organización estamentaria. En este sentido, por



Ver imagen 1.7: el taller del artesano.

Ver imagen 1.8. sobre la ciudad.



su carácter jerárquico, las corporaciones reflejaban el carácter mismo de la sociedad feudal.

El paso de los viajantes durante el verano, la residencia en invierno de estos profesionales de los negocios, y el desarrollo de actividades financieras y de las manufacturas, como señalamos, animó la función de las ciudades. En las proximidades de las antiguas ciudades romanas, de algunos castillos importantes, y de monasterios poderosos se formaron barrios nuevos, los *burgos*, muchas veces situados en antiguas fortalezas destinadas a la protección de la población circundante. Algunas veces eran sólo una línea de cabañas, de aspecto muy rústico, alrededor de la plaza donde se disponía el mercado.

El burgo era, sin embargo, el centro de las nuevas actividades y otorgó su nombre, *burgueses*, a aquellos que lo habitaban. Al principio, el burgo no estaba demasiado separado del medio rural, ni los burgueses parecían en sus hábitos y en su mentalidad demasiado diferentes de los campesinos. Incluso, estos burgueses como los campesinos se encontraban sometidos al derecho de ban de un señor que los sometía a su justicia y les arrancaba contribuciones.

Pero pronto se estableció la diferencia. Los jefes de las familias burguesas desempeñaban un “oficio”, es decir, un trabajo especializado, diferente del trabajo común que era la tierra. Además sus actividades dejaban una ganancia directa en dinero. Y esto señalaba la principal característica de la burguesía: la naturaleza de su fortuna. Y otra gran diferencia: los habitantes de los burgos por su misma riqueza en dinero eran más libres, estaban mejor protegidos de las exacciones arbitrarias del señor. En síntesis, los burgueses comenzaban a perfilarse como un grupo social claramente diferenciado.

La sociedad urbana se había conformado a partir de diferentes elementos sociales: mercaderes y artesanos; siervos que huían de los campos buscando mejores condiciones de vida; pequeña nobleza, muchas veces sin tierras que había logrado juntar un capital y asociarse a algún comerciante, y también extranjeros. ¿Por qué extranjeros? Los señores muchas veces habían querido fomentar las nuevas actividades económicas -el cobro de peajes y de derechos de mercado eran importantes fuentes de recursos- y para ello estimularon su desarrollo trayendo desde otros lugares a grupos especializados. En las fuentes es frecuente encontrar menciones a comerciantes alemanes en las ciudades del Báltico, a franceses en el norte de España, a lombardos en Inglaterra. Sin embargo, pese a sus orígenes heterogéneos, pronto se conformó una sociedad urbana relativamente homogénea. Homogénea en su interior, pero esencialmente diferente al contexto de la sociedad feudal.

Los conflictos sociales: los movimientos antiseñoriales

Los burgueses constituían un grupo social extraño al orden tradicional, estaban fuera de ese modelo de los tres órdenes (los oradores, los guerreros y los labradores) al que la Iglesia había atribuido un carácter sagrado y ecuménico. En síntesis, no tenían una existencia reconocida. De allí que las fuentes, cuando se refieren a ellos como “extranjeros” (en latín, *advena*) no sólo indican las comarcas de procedencia de muchos, sino fundamentalmente su carácter de “advenedizos”, de gente que es diferente a la del contexto.

Pero, como señala José Luis Romero, los nuevos sectores sociales, a partir de su experiencia común, a través de las distintas formas de vida social -en el mercado, en la plaza del burgo, en el seno de sus propias asociaciones- fueron tomando cierta conciencia de grupo. Se sabían excluidos de la comunidad tradicional y fundamentalmente, se sentían expoliados por la clase señorial. Incluso descubrían las normas en común que poseían y la coincidencia en ciertos valores. Surgidos del cambio mismo, los grupos burgueses descubrían lo que les era hostil y lo que constituía un obstáculo para el desarrollo de sus actividades y para su propio ascenso y pronto parecieron dispuestos a modificar esas condiciones.



ROMERO, JOSÉ LUIS (1967), Tercera parte, Cap. 1: “Los enfrentamientos sociales”, en: *La revolución burguesa en el mundo feudal*, Buenos Aires, Sudamericana.

Entre los burgueses se reforzaron entonces los vínculos a través de la conjura, expresada en la práctica de la “amistad”, un juramento de fraternidad destinado a consolidar la propia seguridad. La carta de Aire-sur-la-Lys, en la Francia del siglo XII, resulta explícita del carácter de estas conjuras: “Todos los que pertenecen a la amistad de la ciudad han firmado por la fe y el juramento que cada uno ayudará al otro como a un hermano en lo útil y lo honesto”. Pero muy pronto esta asociación para protección mutua -o Comuna, como se la llamaba en la época- fue cubriendo otros objetivos. Por “protección” se entendía también negociar con los señores del burgo algunas exigencias que molestaban particularmente a estos hombres de negocios: los impuestos arbitrarios e imprevisibles, peajes demasiado pesados que alejaban a los viandantes, procedimientos judiciales demasiado primitivos que se ajustaban mal a las nuevas actividades mercantiles, requisas militares que cerraban los caminos. E incluso se fue más allá: cuando el grupo adquirió más fuerza reclamó que la Comuna fuera la responsable de administrar los asuntos de la ciudad.

Muchas veces, los acuerdos con el señor fueron pacíficos. Los burgueses tenían el dinero que tanto tentaba a la nobleza y, a cambio de cuantiosos donativos y de impuestos regulares, algunos señores concedieron las “franquicias” o “cartas francas” que -sin suprimirlo totalmente- limitaban dentro de la ciudad el poder señorial. Pero otras veces, frente a la disidencia, los señores acudieron al principio de autoridad. Fue el caso, sobre todo, de los señoríos eclesiásticos, allí donde el señor era un obispo o el abad de un monasterio. En efecto, estos hombres de Iglesia -menos necesitados de dinero, ya que contaban con las ricas limosnas burguesas y nobiliarias, y celosos custodios del orden constituido- fueron los primeros en denunciar la naturaleza de estos movimientos, en denunciar “esas execrables instituciones de la Comuna en la que se ve a los siervos, contra toda justicia y todo derecho, sustraerse violentamente a la legítima autoridad de los señores.” (Guibert de Noguent, *De vita sua*, 1112)

Frente a la aspiración señorial de considerar los burgueses como sus siervos, los burgueses aspiraban al reconocimiento de sus libertades, entendidas como “libertades” concretas frente a prohibiciones taxativas, franquicias para transitar, para contar con seguridad en las ferias, para explotar

los molinos y los lagares. De allí que los conflictos no tardaran en estallar, con una violencia cuya magnitud estaba dada por los intereses en juego. Muchas veces los motivos de la insurrección podían ser ocasionales: un nuevo impuesto, un nuevo peaje que el señor quería cobrar podía ser la chispa que encendía el movimiento. La confiscación de un barco de un rico negociante por el arzobispo suscitó en Colonia una vigorosa rebelión (1074). El uso de las aguas de un río cuyo derecho reivindicaban los tintoreros de Beauvais fue el origen de un difícil conflicto (1099). La prohibición de viajar establecida por el conde de Flandes movió a los mercaderes de Brujas a rebelarse contra él (1127). En general, en los siglos XI y XII, en Francia, en Alemania, en Italia estos movimientos parecían difundirse con cada vez más intensidad.

Muchas veces los insurrectos podían ver en la sublevación sólo una oportunidad para el saqueo, para satisfacer venganzas personales, para asesinar al señor o al ejecutor visible de los actos de expoliación. Pero también en el seno de la insurrección las aspiraciones se definían y adquirían mayor precisión. Y desafiando la misma excomunión con que la Iglesia los castigaba, los movimientos desembocaban en la aspiración al ejercicio del poder: al establecimiento de la Comuna en el gobierno de la ciudad. Cuando estos movimientos triunfaban, quedaba claro que estos nuevos grupos sociales escapaban poco a poco -aunque con dificultades e intermitencias- al poder de los señores, al mismo tiempo que se ponían en tela de juicio los fundamentos de ese orden tradicional considerado eterno e inmutable.

Oligarquías urbanas e insurrecciones populares

La burguesía que podía acceder al gobierno de la ciudad ya no constituía un grupo homogéneo. Un grupo, generalmente conocido como el *patriciado*, se desprendió del conjunto y adquirió desde el siglo XII una singular posición de predominio en todas las ciudades. Eran indudablemente los sectores burgueses más ricos y poderosos. En algunas viejas ciudades de los Países Bajos o de Italia, se confundían con una baja nobleza que no dudó en emprender negocios lucrativos, se instaló en las ciudades y pronto estableció vínculos con los prósperos grupos de comerciantes. En otras ciudades, el patriciado se constituyó por el libre juego de la fortuna que les permitió a algunos acceder a ciertos símbolos de diferenciación social, como el uso de armas y de caballo y acceder a afortunados matrimonios nobiliarios. Así por ejemplo, en Parma (Italia), las damas nobles solían casarse con los ricos burgueses de San Donino; mientras que en los Países Bajos, la familia burguesa de Erembauld, de Brujas, había logrado casar a sus hijas con caballeros de alta posición. Lo cierto es que la memoria de los orígenes serviles se borraba, mientras se conformaban linajes de familias cuyo poder, riqueza e influencia dominaban la ciudad.

Fuera de esas oligarquías urbanas, que cerraron sus filas creando una verdadera barrera para el ascenso, quedaban muchos otros grupos. Comerciantes, grandes empresarios y banqueros de gran poder económico aunque sin una influencia decisiva; grupos marginales dedicados al préstamo de dinero, como judíos y lombardos; clérigos y frailes mendicantes, burócratas del gobierno urbano, e incluso profesionales como notarios, médicos y farmacéuticos, formaban parte de una sociedad urbana cada vez más diversificada. Por debajo, había también otros grupos que se abarcaban en una designación generalizada, *plebe*, *popolo minuto*, cuya misma vaguedad

señalaba su falta de prestigio y significación. Eran pequeños comerciantes y artesanos y quienes ejercían profesiones consideradas menores, como carniceros y taberneros, que se confundían en un amplio abanico con una indefinida masa de gentes sin oficio y un sector de asalariados. Estos últimos, ubicados en los estratos más bajos de la sociedad urbana, sin embargo adquirieron una considerable gravitación que les permitió imponer, en alguna medida, sus puntos de vista sociales y políticos.

En efecto, las manufacturas textiles, la metalúrgica, e incluso la industria naviera habían creado en algunas ciudades un grupo de asalariados bien diferenciados del resto, que constituyeron el núcleo en la lucha contra las oligarquías urbanas: los nuevos conflictos se relacionaban con las reivindicaciones económicas de los más pobres confundidas con las aspiraciones de aquellos más ricos que habían quedado excluidos del poder urbano. A mediados del siglo XII, las insurrecciones se hicieron graves y tumultuosas. El movimiento se aceleró particularmente allí donde los grupos populares encontraron un jefe resuelto como ocurrió en Lieja en 1253. Además, la agitación no tardó en extenderse por todos los Países Bajos y en Francia. Movimientos análogos se registraban en diversas ciudades italianas, como Parma, Siena, Novara, Pistoia, Brescia y Pisa en la última década del siglo XIII.

Los enfrentamientos de los sectores populares con las oligarquías urbanas, si bien tuvieron en cada caso una fisonomía local, fueron un fenómeno general europeo que reflejaba el aumento de las tensiones sociales. La novedad más significativa apareció en las estrategias de lucha. Además de los actos violentos y de los motines, se encontró un método que afectaba los intereses más caros de la burguesía: el abandono del trabajo cuando la jornada se hacía insoportable o los salarios eran insuficientes comenzaron a conformar la huelga como una nueva forma de acción. El método fue particularmente significativo en aquellas ciudades como Arras y Gantes que concentraban grandes sectores de asalariados (1274).

Estos movimientos no aspiraban a soluciones generales abiertas al futuro -como transformar el orden social y político- sino respuestas ante problemas concretos. El objetivo inmediato de muchos fue la revisión de la política económica y fiscal de las oligarquías urbanas. Para otros, el objetivo era poder participar del poder político y del poder económico por el privilegio que esto significaba. De este modo, allí donde los movimientos se impusieron debieron introducirse algunas modificaciones en la constitución de la Comuna, creando nuevas magistraturas que representaban los intereses de los nuevos sectores en ascenso o, como en el caso de Florencia, garantizando la participación de los gremios, las Artes, en el gobierno de la ciudad.

Sin embargo estos movimientos tuvieron también algunas repercusiones de más largo alcance. Las oligarquías urbanas, hostigadas por el ascenso de las nuevas burguesías y la inestabilidad política que frecuentemente siguió a las insurrecciones, necesitaban un poder fuerte que restaurara la paz y el orden en la vida pública y restringiera las aspiraciones de los grupos en ascenso. En este sentido, en algunas regiones, donde los reinos habían comenzado a constituirse con fuerza progresiva, como en Francia, en Castilla y en Inglaterra, recurrieron al auxilio del poder real. Esto implicaba la pérdida de algunas de las viejas autonomías urbanas, pero la integración en esos ámbitos mayores que eran los reinos permitía regularizar la situación de muchas ciudades. En este sentido, el patriado favoreció la expansión de las monarquías.

Pero también hubo otra salida. En las ciudades italianas, cuando el orden fundado en el equilibrio de los distintos grupos pareció difícil de sostener, las comunas ensayaron otro tipo de autoridad, encarnada en el *podestá*. Se trataba de una autoridad unipersonal y ajena a las facciones, con la que se ensayaba una nueva concepción del Estado entendido como un poder equidistante que se apoyaba en normas objetivas. Sin embargo, con la agudización de la lucha de facciones, el poder personal comenzó a adquirir rasgos definidos. Quien lo alcanzaba, con el apoyo de la fuerza militar o de un grupo suficientemente fuerte, procuraba conservarlo y muchos pudieron transmitir el poder a sus hijos, fundando dinastías que tuvieron un nuevo principio de legitimidad. Surgía así, donde los conflictos sociales y políticos habían sido más agudos y más largos, la señoría italiana.

1.3.3. Los cambios de las mentalidades

Las formas de mentalidad señorial

¿Cuáles fueron las concepciones del mundo y las formas de vida que se organizaron e impusieron en la sociedad feudal? Como señala José Luis Romero, es posible advertirlas a través de los ideales de vida que se fueron formulando, elaborados como respuestas a las exigencias que planteaba el entorno. Eran ideales que correspondían a aquellos, los señores, que buscaban incidir sobre el conjunto de la sociedad imponiendo sus normas y sus valores. Por debajo de ellos, quedaban vastos grupos sociales faltos de autonomía para elaborar e imponer sus propias tendencias, pero que también poseían aspiraciones definidas que irrumpirían cuando se agrietase el orden feudal.



ROMERO, JOSÉ LUIS (1967), Primera parte, Capítulo III, Punto I “Las formas de mentalidad señorial”, en: *La Revolución burguesa en el mundo feudal*, Buenos Aires, Sudamericana. Falta nros. de pp.

Mientras perduró la situación de inseguridad (tras la disolución del Imperio de Carlomagno, las guerras civiles, las invasiones), las actitudes dominantes mantuvieron rasgos semejantes a los de la época de la conquista: se luchaba por la tierra, por el prestigio, por el poder. La *mentalidad baronial* nacía de las exigencias de la acción, en un medio donde se había quebrado todo ordenamiento jurídico y que, al mismo tiempo, abría infinitas posibilidades a la acción individual. Con una fuerte perduración del viejo legado cultural germánico, en un mundo donde se imponía el más fuerte, el ideal de vida era el del señor que se realizaba en una hazaña, defendiendo su tierra o arrebátandosela a los invasores o a sus vecinos, en esas interminables guerras señoriales. Primaban así actitudes fuertemente individualistas que dificultaban el ordenamiento social.

Sin embargo, la certeza de haber alcanzado una situación de hegemonía modificó las actitudes, los sentimientos y los valores. Los señores junto con los miembros de su entorno -anteriormente nómades, movilizados cada primavera por las expediciones militares o, en los intervalos, por las partidas de caza en las zonas incultas- comenzaron a instalarse. Ya era posible aban-

donar las armas para gozar, en el ámbito de la corte, las riquezas y la posición adquiridas. De este modo, las primeras manifestaciones de la mentalidad cortés, se esbozaron en el siglo XI, en el Mediodía francés, donde nunca había desaparecido totalmente ese legado romano que señalaba al hedonismo como ideal de vida y a donde pronto llegaron las influencias musulmanas. Pero desde allí, los rasgos de esta mentalidad se difundieron sobre Europa en una tendencia que los cronistas -hombres de la Iglesia- juzgaban alarmante.

La felicidad terrenal, hecha fundamentalmente de sensualidad, se transformaba en la aspiración suprema. La nobleza descubría la posibilidad de múltiples ocios refinados. La corte, en el ámbito del castillo señorial, fue el escenario de estas nuevas formas de convivencia.


Distintas ocasiones permitían la celebración de fiestas: la coronación de un rey, la consagración como caballero del hijo de un noble, las bodas de una hija. En este sentido, se pueden recordar los quince días que duraron los festejos de las bodas de las hijas del Cid con los infantes de Carrión. La corte era también el ámbito de justas y torneos, de banquetes, y de diversos entretenimientos. En estas formas de vida cortesana, tuvieron un papel central los juglares y trovadores que con versos y cantos no sólo alegraban la vida de los nobles, sino que al ir de corte en corte, relatando las maravillas vistas, despertaron el espíritu de emulación de los señores. De este modo, difundieron y dieron homogeneidad a la vida cortesana.


El legendario ejemplo de la corte del rey Arturo, de los caballeros de la Tabla Redonda, excitaba la fantasía y crecía enriquecido por la imaginación y el artificio de los juglares. Los poetas relataban las reglas a las que se sometían huéspedes y anfitriones, los objetos que ornaban los castillos, las vestimentas de damas y señores, y los espléndidos obsequios que se prodigaban. De este modo, pronto se esbozó un nuevo ideal de vida: que se difundiera la fama, la riqueza, la generosidad y la cortesía de un señor. La exhibición del lujo era la prueba de la superioridad social de aquellos que podían desplegarlo.

Estas nuevas formas de sociabilidad también incorporaron a las mujeres. Cobraba mayor importancia el amor, cantado por los trovadores que dieron origen a la poesía lírica medieval.

De esta manera, el ideal del señor también podía ser el de realizarse en una hazaña, pero ya no en el combate por tierras, sino en una justa o torneo, con el objetivo de ganar el amor de su dama. De este modo, el erotismo se enmascaraba en el ennoblecimiento de la figura femenina. La cortesía -transformada en una verdadera filosofía de vida- recubría los impulsos y llevaba a obrar según las reglas de convivencia que imponían los nuevos ideales de vida.

En rigor, el prestigio de los antiguos valores guerreros no había decaído totalmente. Muchos de estos valores se transformaron en aventuras lúdicas sometidas a reglas, como las justas, los torneos y las cacerías; pero fundamentalmente la guerra continuaba siendo una necesidad. No sólo era necesario luchar en esas interminables guerras señoriales para mantener o acrecentar lo adquirido, sino que los señores debían ser fundamentalmente el brazo armado de la cristiandad según las normas impuestas por la Iglesia. De este modo, si la consolidación del privilegio y la seguridad adquiridos por la nobleza estimularon el ideal del goce, también favorecieron la aceptación de una nueva moral que implicaba la aceptación de los ideales cristianos de vida.

 Ver imagen 1.9. El banquete.

 Escuchar tema musical 1.10. *Canción de trovador*: "Quant ay lo món consirat", Cataluña, siglo XIII, Ensemble Ars Musicae de Barcelona.

 Ver imagen 1.11. Las imágenes femeninas: "Dos jóvenes" (detalle de un fresco de la capilla señorial del castillo de Hocheppan, Tirol, c. 1200).

Ver imagen 1.12. Moralizar las costumbres: Maitre Armen-gol: El Breviario del Amor, siglo XIII



De este modo, también comenzaba a esbozarse la *mentalidad caballeresca*. El ideal del caballero era la guerra, pero ahora se hacía la guerra en nombre de Dios: se luchaba para defender la fe. Su legitimidad radicaba en la función que la Iglesia había otorgado a los señores. Así, la nobleza terrateniente y militar cuyo poder había estado basado en el derecho de conquista se veía justificada por una misión trascendental. Pero esto implicaba también la aceptación de ideales cristianos de vida. De este modo, se configuró una mentalidad que ya no era individualista, sino que se imponía normas de convivencia expresadas bajo la forma de virtudes morales: el honor, la verdad, la generosidad, la modestia eran las virtudes del caballero.

Estos ideales desembocaron en una doctrina de perfección espiritual y una concepción monacal de la vida seglar que se plasmaron en reducidísimos sectores de la nobleza y que condujeron, en el siglo XII, a la formación de las Órdenes de Caballería, como la de los Caballeros del Templo. Órdenes religiosas integradas por guerreros, sus miembros eran a la vez caballeros y sacerdotes consagrados al servicio de Dios. La novedad de la “nueva milicia”, entusiasmó, a comienzos del siglo XII, a muchos de sus contemporáneos:

■ “Lo que para mí es tan admirable como evidentemente raro es ver las dos cosas reunidas, ver a un mismo hombre ceñir con coraje a un mismo tiempo la doble espada y el doble tahalí. El guerrero que reviste al mismo tiempo su alma con la coraza de la fe y su cuerpo con la coraza de hierro, no puede sino ser intrépido, porque bajo su doble armadura no teme al hombre ni al diablo.” (San Bernardo, *Liber de laude nova militia ad milites templi*). ■

La “nueva milicia” de sacerdotes-guerreros, si bien no podía dejar de estar reducida a esos pequeños núcleos de señores dispuestos a “abandonar el mundo”, constituyó un importante fermento para difundir los nuevos ideales de vida. Pero también se transformó en una nueva fuente de problemas. En efecto, estas Órdenes de Caballería quedaron como poseedoras de la mayor parte de las tierras que conquistaron, a las que se agregaron importantes donaciones de reyes y señores. Se constituyeron así en una variante de poder feudal que por la influencia y el poderío que alcanzaron pronto entraron en conflicto con reyes y con las mismas autoridades eclesiásticas. Fue el caso, por ejemplo, de los Templarios, cuya orden fue disuelta en 1312 por el papa Clemente V.

Las nuevas mentalidades

La expansión económica, el surgimiento de nuevas actividades y de nuevos grupos sociales, la expansión hacia la periferia fueron factores que incidieron profundamente en las mentalidades. Mercaderes trashumantes, pero también escolares y monjes de las grandes ordenes internacionales, peregrinos y juglares, dentro de la misma área romano-germánica, contribuyeron a establecer un nuevo sistema de comunicación entre diversas regiones y a difundir formas de vida antes desconocidas, que permitían confrontar las propias actitudes con otras semejantes o diferentes.

Más decisivos aún que la trashumancia dentro de la antigua área romano-germánica fueron los contactos establecidos con el mundo musulmán y

el bizantino. Se descubrían nuevas culturas, cuyos fundamentos podían parecer condenables, pero que indudablemente poseían un fuerte atractivo: el refinamiento y el lujo, la abundancia de ciertos bienes, la fisonomía de las ciudades constituían insospechadas revelaciones. No sólo se conmovían los fundamentos de la visión ecuménica e inmutable que difundía la Iglesia, sino que los contactos favorecieron el intercambio de ideas. Desde el siglo XII, en los reinos hispánicos y en las Dos Sicilias surgieron centros intelectuales en los que se comenzó a traducir al hebreo y al latín obras filosóficas y científicas de origen musulmán y griego. De este modo, la vida intelectual se abrió a nuevos problemas vivificando la enseñanza en las escuelas conventuales y en las universidades.

Los cambios de mentalidades afectaron a toda la sociedad feudal. En el seno de la nobleza, se promovió un cambio de actitud económica. Algunos eligieron un estilo de vida distinto al tradicional, abandonaron sus castillos y se instalaron en esas renovadas ciudades que comenzaban a dominar el entorno rural. Otros, como vimos, prefirieron quedarse en sus castillos pero modificando sus costumbres según el modo de vida cortés. Incluso, el cambio también pareció reflejarse en las clases rurales que comenzaron a retirar paulatinamente el consenso que antes habían otorgado al orden feudal.

Sin embargo, los cambios más notables de mentalidad se registraron en los nuevos grupos sociales, las burguesías, que surgían al calor de las nuevas actividades económicas. Estos grupos se habían caracterizado por un rápido ascenso social y por estar fuera del orden tradicional. Habían afrontado situaciones nuevas, situaciones de riesgo y, como respuesta, habían generado nuevas actitudes y nuevos valores, de un modo espontáneo y casi tumultuoso, sin ningún tipo de sistematización. En este sentido, importa marcar el carácter inestable y heterogéneo de estas nuevas mentalidades, que estaban lejos de ser algo acabado, sino que se encontraban en un proceso de gestación: estaban naciendo de la misma experiencia.

El principal rasgo de la experiencia de los nuevos grupos sociales fue el haber escapado de los vínculos de dependencia, el haberse colocado fuera del orden tradicional en una situación insegura pero que se abrió a múltiples posibilidades. Librado a sus propias fuerzas, el hombre, como dice José Luis Romero, tomaba conciencia de ser “ni criatura de Dios ni hombre de su señor, sino, simplemente individuo lanzado a una aventura desconocida”. Y la idea de ser un individuo modificó profundamente la concepción que el hombre tenía de sí mismo.



ROMERO, JOSÉ LUIS (1967), Cuarta Parte: “La formación del orden feudoburgués. Los cambios de mentalidad”, Cap. 1, 2, y 3, en: *La Revolución burguesa en el mundo feudal*, Buenos Aires, Sudamericana.

En esa nueva imagen del hombre, el individuo no estaba predestinado sino que era el dueño de su propio destino. Poseía “bienes interiores” (su libertad, su capacidad para trabajar, para pensar, para elegir) que le permitían emprender la aventura individual. Es cierto que la experiencia de sentirse solo frente a innumerables perspectivas posibles hizo también que surgiera la idea del azar, de la *fortuna* ciega; sin embargo la confianza en los propios

“bienes interiores” otorgaron la certeza de que gran parte del propio destino podía ser encaminado según los propios designios. De allí, el orgullo -las fuentes siempre se refieren a la vanidad y soberbia de los ricos burgueses- de sentir el propio triunfo, el orgullo del hombre que se ha hecho a sí mismo.

Pero el hombre también descubría que era un ser de la naturaleza, que poseía un cuerpo dotado de pasiones. La novedad radicaba tal vez, no en su negación, sino en su reconocimiento. Los eclesiásticos denunciaban que este “nuevo” hombre “es esclavo de todos los vicios y a todos aloja en sí”, denunciando el triunfo del hedonismo. Lo importante era la alegría de vivir, el disfrute del ocio en esos espacio de sociabilidad que contenía la ciudad y que proporcionaba esparcimientos antes reservados a los señores. La conversación misma era un hecho nuevo en los ambientes abiertos urbanos -plazas, mercados, atrios de iglesias- donde se cambiaban opiniones, donde se escuchaban relatos inocentes o desvengonzados, donde se recibían noticias de lugares remotos. Pero fue sobre todo, la taberna -contracara de la corte- el lugar por excelencia de la nueva sociabilidad: la conversación, la música, el juego y la bebida daban las nuevas satisfacciones vitales.

Reconocerse como un ser de la naturaleza implicaba evadirse de las normas impuestas por la vida social. De allí, la exaltación de la embriaguez y de erotismo que aparecían expresadas en ese conjunto de canciones que conformaron el Carmina Burana. Pero el hombre descubría también, entre sus “bienes interiores”, que estaba dotado de razón. Y la razón le permitía no sólo moderar sus pasiones, sino que también era un instrumento para actuar y conocer. Y un nuevo tipo de conocimiento fue ejercitado también para comprender la naturaleza.

La ciudad, las actividades manufactureras o mercantiles, implicaban para el hombre un alejamiento, que permitió precisamente modificar la imagen de la naturaleza. Era la distancia la que permitía observar la naturaleza y descubrir en ella un objeto de placer estético; pero también la distancia hizo posible conocerla, preguntarse por sus causas e incluso operar y experimentar sobre ella. Se abrían así múltiples posibilidades: instrumentalizar la naturaleza a través de nuevas actitudes técnicas, obtener resultados útiles para los hombres, pero también acceder a un conocimiento metódico que encerraba los gérmenes de lo que posteriormente se organizaría como pensamiento científico.

En estas nuevas mentalidades también se transformaba la idea de Dios y, sobre todo, de la trascendencia. Según las nuevas concepciones, Dios había colocado a los hombres en el mundo, no sólo para que ganaran su salvación eterna, sino también para disfrutarlo y para realizar allí esa aventura del ascenso individual. De este modo, la naturaleza y la sociedad se transformaban en intermediarios entre el hombre y un Dios que se tornaba más distante. La exaltación de la vida no borró la esperanza en la vida eterna ni la esperanza de salvación, pero esta mentalidad burguesa postergó esas preocupaciones: no pareció necesario vivir para la muerte, sino vivir la vida y confiar en el valor de un oportuno acto de contrición.

Esta concepción immanente de la vida ofreció a los hombres un nuevo tipo de trascendencia diferente a la religiosa, la trascendencia profana. Se buscó así permanecer, aún después de la muerte, en la memoria de los hombres. Se buscaba permanecer pero no en un mundo incógnito, sino en el recuerdo, en la continuidad de la vida. Esta trascendencia profana podía

Escuchar tema musical 1.13. *Carmina Burana*: “O Fortuna”, “Alte clamat Epicurus”, “Bacche, bene venies”, “Tempus est jocundum”, c. 1230, Version The Boston Camerata.



Ver imagen 1.14. La naturaleza como objeto de placer: Bucólica de Virgilio, siglo XV.



adquirir múltiples formas. Se podía acuñar una fortuna que heredarían los hijos y los hijos de los hijos. Se podía crear belleza en una obra de arte o adquirir nuevos conocimientos que darían la fama de sabio. Pero también los retratos, las ricas tumbas, los epitafios laudatorios fueron instrumentos eficaces para perdurar en la memoria.

Y a tono con las nuevas situaciones, la elaboración de esta nueva mentalidad constituyó a los ojos de muchos el testimonio más inequívoco e inquietante de las transformaciones de la sociedad.

1.4. La crisis del siglo XIV

1.4.1. La crisis del feudalismo

Tras la expansión de los siglos XI y XII, en las últimas décadas del siglo XIII comenzaron a registrarse los primeros signos de estancamiento. Se frenaba el movimiento de roturaciones y se observaban retrocesos: suelos periféricos, agotados por los cultivos, paulatinamente fueron abandonados. El retroceso de la agricultura se puede explicar, en parte, por razones climáticas - la "pequeña edad del hielo", es decir, el enfriamiento del hemisferio norte - pero sobre todo por el estado de las técnicas que no lograban salvar ciertos obstáculos.

La rotación trienal no permitía, en zonas menos fértiles, que los suelos descansaran lo suficiente; para aumentar el rendimiento hubiera sido necesario abonar la tierra, pero el abono -el estiércol- resultaba insuficiente. Para obtener mayor cantidad de abono hubiera sido necesario aumentar el número de animales. Pero esto resultaba muy difícil para las comunidades rurales pequeñas, por la imposibilidad de alimentarlo: aumentar los campos de pastura significaba reducir los campos de cereales. Dicho de otra manera, la alimentación del ganado era incompatible con la alimentación humana. A esto se sumaban otros problemas, el desmonte intensivo (sobre todo después que se comenzó a aplicar la sierra hidráulica) determinó la falta de madera, pero además el agua no contenida por los bosques destruyó las capas arables superficiales. En síntesis, los cultivos disminuyeron.

Dentro de las manufacturas, básicamente en la textil, también comenzaron a registrarse dificultades. Es cierto que en este sector las técnicas habían continuado desarrollándose, pero las prescripciones de los gremios muchas veces prohibían emplearlas. Fue el caso, por ejemplo, del torno de hilar. Estas medidas no eran sólo producto de una mentalidad conservadora, deseosa de mantener la calidad del producto, sino que atendían al carácter limitado de sus mercados. La introducción de técnicas podía aumentar la producción generando una crisis de sobreproducción, con la consiguiente caída de los precios.

También se detuvo la expansión a la periferia. Por ejemplo, los señores alemanes detuvieron su expansión en Lituania; en los reinos españoles, la frontera con los musulmanes se mantuvo durante dos siglos en el reino de Granada. También el movimiento de las Cruzadas llegó a su fin después del fracaso del efímero Imperio latino en Oriente, y la caída de San Juan de Acre (1291) puso fin a la aventura. Se había cerrado la etapa de los largos viajes: el mismo título de la obra de Marco Polo, el *Libro de las Maravillas*, era explícito del carácter excepcional de su expedición (1271-1295). Junto con los

viajes, se redujo la actividad comercial: las ciudades del Hansa redujeron su área de influencia y las ferias de Champagne entraban en decadencia (1300) mientras eran reemplazadas por otras vías secundarias.

Esta reducción comercial también se vinculó con la escasez de moneda, con la falta de metálico. En efecto, los monarcas comenzaban -como veremos- a recuperar su poder e intentaban levantar sus reinos. Pero para ello necesitaban metálico: necesitaban pagar ejércitos que se impusiesen a las autonomías feudales, necesitaban pagar una burocracia que organizara el Estado. Para esto recurrieron en gran escala a los préstamos, lo que provocó la crisis de varios banqueros -como el caso de los Bousignori en 1297-; pero también, para aumentar la masa monetaria, los reyes comenzaron a acuñar moneda con distintas aleaciones, lo que produjo devaluación y problemas de inflación que repercutieron en la inseguridad de las transacciones comerciales.

Todos estos síntomas se acentuaron en el curso del siglo XIV. Sin duda, el más grave fue la disminución de la superficie cultivada (que obligó a algunas ciudades italianas a importar cereales de Danzing), que demostraba la fragilidad de la economía. Entre 1313 y 1317 se produjo la primera de las muchas crisis que se dieron a lo largo del siglo. Una mala cosecha pronto se traducía en falta de alimentos y hambrunas, y una población mal alimentada resultaba presa fácil de pestes y epidemias. Pero el problema radicaba en que el ciclo carestía-hambruna-epidemia, era un ciclo que se reproducía a sí mismo. En efecto, la hambruna y la peste despoblaban los campos, no sólo por el aumento de la mortandad sino por la huida de los campesinos hacia las ciudades, generalmente mejor abastecidas por las políticas comunales. El resultado era la falta de mano de obra para las tareas rurales, una nueva mala cosecha, carestía, hambruna y epidemias. A mediados de siglo, la "Guerra de los Cien Años" -conflicto en el que participaron varios países europeos pero fundamentalmente Inglaterra y Francia (1339-1453)- acentuó la crisis agrícola, sobre todo, en los campos franceses. Los incendios y las depredaciones que las caballadas inglesas infligían a los campesinos y sus sembrados provocaron más muertes que las mismas acciones bélicas. En síntesis, a las malas cosechas, las hambrunas y las epidemias se sumaban los efectos de la guerra.



ROMANO, RUGGIERO - TENENTI, ALBERTO (1972) Cap. 1: "La 'crisis' del siglo XIV", en: *Los fundamentos del mundo moderno*, Historia Universal Siglo XXI, volumen 12, Madrid, Siglo XXI, pp. 3-39.

En 1348, llegaba a Europa la Peste Negra. Era la peste bubónica, de origen asiático, transmitida por las pulgas de las ratas que comenzó a propagarse desde los puertos del Mediterráneo, y que al caer sobre una población profundamente debilitada por hambrunas y epidemias causó verdaderos estragos. En 1348, la Peste Negra llegaba a Italia y a Francia; en 1349, alcanzaba a Inglaterra y a Alemania; en 1350, a los países escandinavos. De este modo, la población europea quedaba reducida a sus dos terceras partes. La caída demográfica recién pudo recuperarse en el siglo XVI.

Pero la crisis del siglo XIV fue fundamentalmente una crisis social: la crisis de las estructuras feudales. En el transcurso de la Guerra de los Cien

Años, los cambios en las tácticas militares, con mayor peso de la infantería y la arquería (incluso la artillería en las primeras décadas del siglo XV) conmovieron la función guerrera de la nobleza feudal, a caballo y con pesadas armaduras.

Incluso, la importancia que comenzaba a adquirir la arquería quedaba reflejada en las leyendas que comenzaron a madurar en el siglo XIV, como la de Robin Hood y Guillermo Tell. Pero el poder de la nobleza se vio debilitado fundamentalmente por la crisis de la agricultura y la huida de los campesinos: la caída de la producción significaba la disminución de las rentas. Es cierto que los señores intentaron solucionar el problema aumentando las cargas sobre los siervos, es decir reforzando la servidumbre, como ocurrió por ejemplo en Europa Oriental. Pero en otras regiones esto sólo sirvió para acentuar los problemas de alimentación y la huida de los campos.

El abandono de los campos de cultivo posibilitó la extensión de las pasturas y de la ganadería, sobre todo ovina, que transformaron a España y a Inglaterra en los grandes productores de lana para las manufacturas europeas. Pero también la existencia de tierras que habían quedado vacantes permitió a apropiarse de ellas a algunos campesinos que vieron mejorar su situación. Esto condujo la formación de una clase de medianos y pequeños propietarios libres -que en Inglaterra fueron llamados *yeomen*- que ya no dependían de ningún señor sino que se vinculaban directamente con el mercado. Algunos de ellos acuñaron fortuna, campesinos ricos -como los *squire* en Inglaterra o los *junker* en Alemania- que aspiraron a formas de ennoblecimiento y, sobre todo, a tener alguna participación en la administración política.

Estos nuevos propietarios ya no podían invocar antiguos derechos consuetudinarios sobre los campesinos, por lo tanto, para explotar la tierra debieron -dada la extensión de su propiedad y una mayor complejidad de los cultivos- contratar mano de obra asalariada. También los señores debieron contratar trabajadores asalariados o -más frecuentemente- arrendar sus tierras a campesinos libres. De un modo u otro, esto significaba la disminución de la servidumbre y, por lo tanto, de la base del orden feudal. Al mismo tiempo, comenzaba a conformarse *un mercado de mano de obra asalariada rural*.

La crisis también se sintió dentro de las manufacturas. Afectó, sobre todo, a la producción suntuaria, de alto costo y de alta calidad, controlada por los gremios, que entró en crisis por la falta de moneda y por la restricción de sus reducidos mercados. Sin embargo, esto también abrió la posibilidad de otras transformaciones. Algunos comerciantes, para escapar de la rigidez de las corporaciones urbanas, comenzaron a aprovechar la larga tradición textil campesina. Estos comerciantes compraban la materia prima y la entregaban a los campesinos que realizaban el tejido con sus propios instrumentos, luego el comerciante recogía el producto terminado, pagando por la cantidad producida, y se encargaba de su comercialización. Comenzaban a desarrollarse así las *manufacturas domésticas rurales*.

Si bien el acabado y el teñido de los tejidos se efectuaba en las ciudades, dentro del ámbito de las corporaciones, muchas veces los gremios de tejedores urbanos vieron en las manufacturas domésticas una fuerte competencia. En algunas ciudades, como en Gantes, los gremios urbanos organizaron expediciones armadas para destruir los telares campesinos. A pesar de esto, la nueva forma de producción manufacturera se extendió ampliamente, sobre todo en las zonas de actividad ganadera, como un complemento de las tareas rurales. Esto ocurrió en Inglaterra, pero también en los Países Bajos,




Ver imágenes sobre los cambios en las técnicas de guerra. 1.15. Demanda del Graal, miniatura del siglo XV y 1.16. El sitio de Orleans por el Conde de Salisbury, 1484.

Alemania, Italia y Francia. Esta nueva producción textil era de más baja calidad que los antiguos paños -incluso la producción de extendió al lino y al cáñamo-, sin embargo, tuvo amplia acogida entre la burguesía y los sectores campesinos más ricos que ya dejaban de hilar y tejer. Además de textiles, con el mismo sistema comenzaron a producirse cuchillos, clavos, y objetos de madera. En síntesis, como consecuencia de la crisis tanto la agricultura como las manufacturas sufrieron importantes transformaciones que pusieron en jaque los pilares del antiguo orden social.

La crisis del antiguo orden implicó también profundos conflictos sociales. En primer lugar, movimientos campesinos. La inquietud social en el ámbito rural se había expresado en la huida de los campos, y muchas veces esta inquietud tomó la forma de la marginalidad y el vagabundeo, o incluso de estallidos desesperados, violentos y cortos. Pero hubo también movimientos de mayor envergadura que expresaron las dificultades de reacomodamiento, derivadas de los cambios que se estaban viviendo, como la *Jacquerie* francesa de 1358 y el levantamiento inglés de 1381. Como señala Fossier, estos movimientos no fueron el resultado de una miseria exacerbada sino la reacción de campesinos que habían comenzado a mejorar y temían perder su situación. Los motivos que estaban atrás de los levantamientos -la falta de consideración de los nobles, el desorden de la hacienda real, las fluctuaciones monetarias- dejaban indiferentes a los más miserables pero eran asuntos de importancia para los campesinos medios en la medida que constituían el marco de su vida social. En este sentido, estos movimientos, aún sin demasiada organización ni objetivos precisos, reflejaban las transformaciones que se estaban produciendo en la estructura de la sociedad.

También la época fue propicia para los movimientos urbanos. Desde fines del siglo XIII y a lo largo del siglo XIV, se ampliaron los movimientos en contra del poder político de las oligarquías urbanas: hubo agitación social en las ciudades flamencas (1280); se levantaron Gantes, Lieja y Brujas por nuevos impuestos (1292); hubo estallidos en Florencia y otras ciudades italianas (1300); se amotinaron los artesanos de París (1306). Pero también apareció un nuevo tipo de movimiento que marcaba la crisis de las antiguas corporaciones. Se comenzaban a invocar el derecho al trabajo -en 1337, al grito de “Libertad y Trabajo” se amotinaron los bataneros de Gantes- y problemas vinculados a contratos y salarios, como en los levantamientos de tejedores en los Países Bajos entre 1320 y 1332; en la rebelión de los *ciompi* (tejedores) en Florencia en 1378, y en los disturbios en varias ciudades de Francia entre 1379 y 1383. Los movimientos urbanos -como los rurales- fueron duramente reprimidos pero también permitían percibir la quiebra de las antiguas formas corporativas.

Muchos de estos movimientos estuvieron revestidos de ideas religiosas. Si la religión era el sistema cultural e ideológico de toda la sociedad, también la protesta asumía lenguaje y formas religiosas. La protesta religiosa asumió varias formas. En Francia, ya desde 1256, jóvenes de ambos sexos, dedicados al vagabundeo y la mendicidad, engrosaron las bandas de místicos (*beguines*) que llevaban una vida de pobreza dedicados al trabajo manual. En Inglaterra, pese a la represión, durante mucho tiempo persistió el movimiento de los “lolardos,” cuyas ideas resonaron en la rebelión campesina de 1381. En efecto, los lolardos habían recogido y llevado hasta sus últimas consecuencias algunos de los principios de John Wycliff (1320-1384) -monje de Oxford considerado herético- quien pretendía demoler el funcionamiento de

FOSSIER, ROBERT  (1996), Tercera Parte: “La aceleración, 1270-1520”, en: *La sociedad medieval*, Barcelona, Crítica, , pp. 371-477.

las estructuras clericales de su época a través del mito del retorno al cristianismo primitivo. Los lolardos condenaron la corrupción, la molicie, la riqueza y el lujo desmesurado que corroían a la Iglesia en una crítica religiosa que se confundía con la crítica social. En toda Europa, aparecieron también los “flagelantes”, bandas de hombres que recorrían las ciudades autocastigándose con correas con puntas de hierro (1349). Movimiento milenarista, ellos se preparaban para el fin del mundo y el advenimiento de la “edad de oro”, edad que caracterizaban como un mundo más justo sin ricos ni pobres.

En síntesis, los movimientos religiosos que estallaron en el siglo XIV fueron movimientos heréticos e igualitarios y estaban señalando la crisis de la conciencia cristiana colectiva. Y esto se vinculaba también con el profundo impacto que la crisis producía sobre las mentalidades. La presencia constante de la muerte, sobre todo durante los años de la Peste Negra que diezmo a la población europea, transformaba la imagen de Dios: el Dios paternal era reemplazado por la imagen de un Dios vengativo, el Dios de la ira. Pero se transformaba también la misma idea de la muerte. Si antes la muerte era representada como un ángel, como un tránsito indoloro, a partir de 1350, comenzó a representarse como un ser cadavérico armado que causaba estragos a su alrededor. La muerte fue personificada como un poder autónomo, independiente de Dios, que podía actuar arbitrariamente por propia iniciativa.

Ante la idea de la arbitrariedad de la muerte surgieron entonces actitudes polarizadas. Unos procuraron salvar el alma, asumiendo una religiosidad más pura que permitía prepararse para la muerte. Y esta idea de purificación alimentó a los movimientos heréticos. Pero también, la cercanía de la muerte reforzó las actitudes hedonistas. Ante lo efímero de la vida, se valoró el goce, el erotismo y los placeres sensoriales. Esta fue la actitud que quedó plasmada en dos importantes textos literarios de la época, el *Decamerón* de Boccaccio (1313-1375) y los *Cuentos de Cantórbery*, de Chaucer (¿1340?-1400).

Pero la literatura también comenzó recoger y registrar manifestaciones -antes desechadas- de la cultura popular de tono fuertemente satírico. La “cencerrada”, por ejemplo, era un alborotador y ruidoso ritual -apóstrofes, clamores, gestos obscenos y de burla- que los jóvenes dedicaban a las personas de mayor edad que habían cometido algún acto de transgresión: el más frecuente era el matrimonio que violaba los límites habituales de la edad. Pero muchas veces, también la “cencerrada,” en sus burlas mostraba elementos de crítica social, al mismo tiempo que con la música, el ruido, los bailes, los gestos proclamaban el triunfo del placer de sensorial. La Iglesia era hostil a estos rituales por su carácter licenciosos y por las máscaras que deformaban la figura natural del hombre hecha por Dios a su semejanza. De allí que en 1329 se amenazó, vanamente, con la excomunión a sus participantes. Pero esto tampoco impidió que la “cencerrada” fuera recogida por otros sectores sociales: como el culto autor de la *Roman de Fauvel*.

Obra blasfematoria y crítica, el *Roman de Fauvel* satirizaba el estado deplorable de la corte de los reyes Felipe IV y Felipe V y enunciaba una profecía sobre el siniestro fin de ese mundo. Según el argumento, Fauvel -que vivía en un establo- es conducido por la Fortuna al palacio real donde rápidamente -en medio de los



Ver imagen 1.17. Cultura popular: “Cencerrada”, miniatura de Roman de Fauvel, primer tercio del siglo XIV.

Escuchar tema musical 1.18.: *Le Roman de Fauvel*, Clemencic Consort (Selección).



halagos cortesanos- se transforma en el señor más poderoso de mundo. En su espléndida corte, contrae matrimonio con la Dama Vana Gloria, unión de la que nacerán innumerables pequeños “Fauveles” que se esparcirán como una plaga por el mundo entero.

En 1316, un amigo del autor, también magistrado de la Corte de París, puso música a la obra a partir de partituras originales (compuestas por Philippe de Vitry para tal fin) o adaptando otras composiciones anteriores (algunas de las cuales se remontan a fines del siglo XII).

En síntesis, si bien la Cristiandad continuaba siendo presentada como un todo armónico y el cristianismo seguía siendo el sistema cultural e ideológico de toda la sociedad, la crisis del siglo XIV comenzó a manifestar las rupturas. En primer lugar, la crítica al sistema eclesiástico y a lo que se consideraban “falsos” valores religiosos anunciaba la ruptura que implicó la Reforma en el siglo XVI. Además, como veremos, comenzaba a conformarse cada vez con más vigor una cultura laica que ponía su acento en la razón. Es cierto que los herejes fueron condenados a la hoguera y que muchos intelectuales fueron perseguidos y enviados a prisión. Incluso, el Obispo de París llegó a condenar una serie de proposiciones de Tomás de Aquino -a pesar de que había sido canonizado en 1323- donde se distinguía la fe de la razón para unirlos después en una relación necesaria. Sin embargo, el movimiento continuó para culminar en la constitución de una cultura laica que tendrá su primera expresión en el Humanismo de los siglos XV y XVI.

Ciudades y monarquías

Ver imagen 1.19. La ciudad burguesa: Ambrogio Lorenzetti: Alegoría del buen gobierno, Fresco del palacio Público, Siena c. 1338.



El efecto más notable de la crisis del siglo XIV fue el crecimiento de las ciudades. La multiplicación de barrios nuevos, adosados a las ciudades, provocó una brusca dilatación del espacio urbano. Esta ampliación quedó registrada en la construcción de nuevas murallas: la mayoría de ellas se levantaron entre 1300 y 1380. El caso de París es paradigmático: si las murallas del siglo XII rodeaban 275 hectáreas, las construidas en 1360 contenían 450 hectáreas. Eran ciudades también donde la preocupación por la apariencia resultaba más notable. Las disposiciones municipales buscaban el decoro -ordenaban la limpieza de las inmundicias, procuraban que los carniceros establecieran los mataderos fuera de las murallas- al mismo tiempo que las casas burguesas aparecían con nuevos adornos. Era una ciudad -de una gran heterogeneidad social- donde claramente los más ricos imponían un “orden burgués”.


Era también una ciudad que se vinculaba cada vez más con el campo. En efecto, la quiebra de los marcos señoriales, permitió a la ciudad extender el dominio sobre su entorno. Los burgueses ricos acentuaron las inversiones rurales, pero eran hombres que no estaban acostumbrados a las tareas agrícolas, por lo tanto, arrendaban las tierras o las explotaban con la ayuda de un administrador. Lo significativo era tal vez el cambio de actitud: la búsqueda permanente y conciente de la ganancia, expresada en el dinero que se transformaba en la medida del poder. En síntesis, la crisis nobiliaria abría las puertas del comercio de la tierra a nuevos inversores urbanos.

Junto con esta poderosa burguesía urbana, también se recortaron cada vez con mayor claridad nuevos grupos sociales, reclutados de las filas burguesas: los juristas -hombres de leyes-, o los nuevos funcionarios al servicio

de la administración. La presencia de estos, como la de los jefes de las bandas de guerreros mercenarios que actuaban mediante un contrato o “condotta” -de allí la figura del “condottiero”-, se vinculaba estrechamente con las modificaciones que se estaban produciendo dentro de las monarquías. Indudablemente, la debilidad de los señores feudales permitía el mayor fortalecimiento de las monarquías, la consolidación de esas entidades territoriales que constituían los reinos. La prueba más notable la constituyó tal vez la Guerra de los Cien Años que iniciada en 1339 como una lucha feudal culminó a mediados del siglo XV como una lucha entre monarquías. En síntesis, la profesionalización de la guerra, la aparición de sistemas fiscales para mantenerla, la validación de la política y la administración como una ocupación sentó las bases del poder de los reyes y de la formación de los nuevos Estados.

Cronología

- 395.** Muere Teodosio quien divide el Imperio Romano entre sus hijos Honorio, emperador de Occidente, y Arcadio, de Oriente.
- 406.** Grupos germánicos invaden el Imperio Romano de Occidente. Se establecen en distintas regiones y comienzan a operar la disgregación política de la antigua unidad imperial.
- 466.** Se establece el reino visigodo en España.
- 476.** Es depuesto el último emperador romano de Occidente, Rómulo Augústulo.
- 486.** Clovis establece el reino franco en la Galia; se inicia la dinastía de los merovingios.
- 493.** Teodorico funda el reino ostrogodo en Italia.
- 518.** Justino, quien establece las bases del estado bizantino, asume el trono del Imperio Romano de Oriente.
- 632.** Muere Mahoma después de haber dado unidad en el islamismo al mundo árabe. Lo sucede el califa Abu Beker quien comienza la política de expansión.
- 713.** Los musulmanes triunfan en la batalla de Guadalete y ocupan el territorio visigodo, excepto algunos valles del Cantábrico.
- 732.** El mayordomo del reino franco, el duque Carlos Martel, impide el avance de los musulmanes al derrotarlos en la batalla de Poitiers.
- 750.** En España se constituye un emirato bajo dependencia del Califa de Damasco con capital en Córdoba.
- 751.** Pipino el Breve, que había heredado de su padre Carlos Martel, el cargo de mayordomo del reino, despoja del trono franco a Childerico, inaugurando así la dinastía corolingia.
- 771.** Carlos, hijo y heredero de Pipino el Breve, inicia la política de conquista con la que intenta reconstituir el antiguo Imperio Romano de Occidente y que le valió el nombre de Carlomagno.
- 800.** El papa León III corona Emperador a Carlomagno, en Roma.
- 814.** Tras la muerte de Carlomagno, el trono pasa a su hijo Ludovico Pío.

 KINDER, HERMANN and HILGEMANN, WERNER (1974): *The Penguin Atlas of World History. Volume I: From the Beginning to the Eve of the French Revolution*, Middlesex-New York, Penguin Books, pp. 108-211.

- 840.** Después de la muerte de Ludovico Pío, comienza la guerra civil entre sus hijos por el título imperial.
Se intensifican los ataques normandos sobre Europa occidental.
- 843.** Por el Tratado de Verdún se desmembra el Imperio Carolingio. Lotario recibe el título de emperador, meramente honorífico, y territorios en Italia; Luis, la Germania, y Carlos II el Calvo, la actual Francia.
El rey Carlos II el Calvo establece la obligatoriedad del juramento de fidelidad a los vasallos.
- 899.** Comienzan los ataques magiares sobre la frontera este de Europa Occidental.
- 911.** En Alemania, tras la muerte del carolingio Luis el Germánico, los grandes señores de Sajonia, Franconia, Suavia y Baviera establecen una monarquía electiva.
En Francia, Carlos el Simple otorga a los normandos el ducado de la Normandía
- 912.** Adberramán III inicia el período de mayor desarrollo del Emirato de Córdoba.
- 936.** El duque de Sajonia, Otón I el Grande, ocupa el trono de Germania (Alemania), y hace prestar juramento de fidelidad a los duques alemanes.
- 962.** Tras rechazar a los invasores que asolaban las fronteras y conquistar Italia, Otón I el Grande se corona emperador, creando el Sacro Imperio Romano Germánico.
- 980.** Los daneses comienzan la conquista de Inglaterra.
- 987.** Hugo Capeto es coronado rey de Francia, reemplazando a la dinastía carolingia.
- 1016.** Tras completar la conquista del territorio, el danés Canuto el Grande es rey de Dinamarca e Inglaterra.
- 1028.** Canuto el Grande conquista Noruega, estableciendo un poderoso reino anglo-danés.
- 1037.** Fernando I, rey de Castilla, obtiene León.
- 1056.** Es electo en el trono del Sacro Imperio Romano Germánico, Enrique IV, de la casa de Franconia.
- 1059.** Los normandos se instalan en el sur de Italia y comienzan la conquista de Sicilia.
Un sínodo establece la elección del Papa por voto secreto, para evitar las influencias de los poderes políticos.

- 1066.** El duque de Normandía, Guillermo el Conquistador, tras triunfar en la batalla de Hasting, conquista Inglaterra.
- 1073.** Gregorio VII es designado Papa; su objetivo es consolidar el poder de la Iglesia y la autoridad papal.
- 1075.** Comienza la Querrela de las Investiduras, sobre a quién le corresponde investir a los obispos, entre el papado y el Emperador Enrique IV.
- 1077.** Como el Papa había excomulgado al Emperador y, en consecuencia, liberado a los nobles del juramento de fidelidad, en la “humillación de Canosa” el emperador Enrique IV se somete a Gregorio VII. Sin embargo, poco después de reiniciaron las hostilidades.
- 1085.** En la guerra contra los musulmanes, Alfonso VI de Castilla y León toma Toledo que se transforma en la capital del reino.
- 1095.** El papa Urbano II convoca en Clermont un Concilio que decide la organización de las Cruzadas.
- 1097.** La primera Cruzada es organizada por señores normandos, franceses, alemanes y flamencos.
- 1099.** Los cruzados toman Jerusalén. Se establece un señorío cristiano, bajo la autoridad de Godofredo de Bouillon que toma el título de Protector del Santo Sepulcro
- 1118.** El rey de Aragón, Alfonso I, conquista Zaragoza.
- 1119.** Se funda la Orden de los Caballeros de Templo
- 1122.** El Concordato de Worms, entre el papa Calixto II y el emperador Enrique V, pone fin a la Querrela de las Investiduras, aunque los conflictos entre el papado y el Emperador por la supremacía del poder continuarán.
- 1127.** Ciudades flamencas obtienen cartas de franquicias
- 1138.** Comienzan los conflictos entre dos grandes partidos que se forman en Alemania e Italia: güelfos, partidarios del Papa, y gibelinos, partidarios del Emperador.
- 1147.** Se organiza la segunda Cruzada bajo el liderazgo de los Hohensaufen, con la alianza del rey de Francia Luis VII.
- 1152.** Federico I Barbarroja, de la casa de Suabia, de la familia de los Hohenstaufen, es electo Emperador. Sus intenciones de afirmar el poder imperial intensifican el enfrentamiento con el Papado. En Francia, Enrique de Plantagenet, duque de Normandía y conde de Anjou, se subleva contra Luis VII.

- 1154.** Enrique de Plantagenet es coronado rey de Inglaterra, como Enrique II. La guerra feudal se convierte en la guerra entre dos reinos, Francia e Inglaterra.
- 1176.** Federico Barbarroja es derrotado en la batalla de Legnano por la Liga Lombarda, formada por las ciudades italianas por inspiración del papado.
- 1187.** El sultán Saladino toma Jerusalén.
- 1189.** Se inicia la tercera Cruzada encabezada por el Emperador Federico Barbarroja; el rey de Inglaterra, Ricardo Corazón de León, y el rey de Francia, Felipe Augusto.
- 1191.** Los cruzados toman San Juan de Acre.
- 1197.** Federico II Hohenstaufen es electo emperador. Continúan las luchas con el Papado.
- 1202.** El papa Inocencio III convoca la cuarta Cruzada.
- 1204.** Se funda el efímero Imperio Latino de Oriente del que Balduino de Flandes es el primer Emperador.
- 1212.** Alfonso VIII de Castilla derrota a los musulmanes en las Navas de Tolosa, encerrándolos en Andalucía.
- 1214.** El rey de Francia, Felipe Augusto, derrota a los ingleses en la batalla de Boivines.
- 1215.** En Inglaterra, los nobles imponen al rey Juan Sin Tierras la Carta Magna, que establece garantías contra la autoridad de los reyes.
- 1228.** El emperador Federico II organiza la quinta Cruzada, sin el concurso de la Iglesia, por sus conflictos con el Papado. Realiza negociaciones con los musulmanes por las que obtiene Jerusalén y ventajas que favorecieron el movimiento comercial.
- 1236.** El rey de Castilla, Fernando III el Santo, conquista Córdoba.
- 1244.** Los musulmanes reconquistan definitivamente Jerusalén.
- 1248.** El rey de Francia, Luis IX -más tarde San Luis- organiza la sexta Cruzada, que tiene como objetivo Egipto, la base más fuerte del poder musulmán.
- 1250.** Tras la muerte de Federico II, por presión del Papado, la corona imperial queda vacante por un largo período. El “gran interregno alemán” favorece el desarrollo de las ciudades libres en Italia y Alemania. El Reino de las Dos Sicilias es entregado a Carlos de Anjou,

- hermano del rey de Francia, Luis IX que llega a ser el más poderoso árbitro de los asuntos europeos.
- 1252.** El rey de Castilla, Alfonso X el Sabio, dicta las Siete Partidas por las que reorganiza el orden político y jurídico del reino de acuerdo a los principios del derecho romano.
- 1258.** En Inglaterra, los señores hacen suscribir al rey Enrique III los Estatutos de Oxford, que establecen la obligación del rey de gobernar asistido por un consejo de nobles.
Inglaterra y Francia firman el Tratado de París que pone fin a los conflictos entre ambos reinos. Sin embargo, las relaciones no fueron cordiales ya que la posesión de la Guyena (Aquitania) ponía al rey de Inglaterra en condición de vasallo del de Francia y ambos reinos tenían intereses encontrados en Flandes.
- 1270.** Luis IX organiza la última Cruzada que fracasa en parte por la muerte del rey frente a Túnez.
- 1273.** Finaliza el “interregno alemán” y Rodolfo de Habsburgo es electo Emperador.
- 1282.** En las “vísperas sicilianas”, los franceses son expulsados de Sicilia que es ocupada por los aragoneses.
- 1315.** Comienza en Europa la crisis agrícola con hambrunas generalizadas.
- 1327.** Sube al trono de Inglaterra Eduardo III a quien se debe la división del parlamento en dos cámaras, la de los lores y la de los comunes.
- 1337.** Comienza la Guerra de los Cien Años. Ante la falta de descendencia de los últimos reyes franceses, Eduardo III de Inglaterra, alegando sus derechos como nieto de Felipe el Hermoso, reclamó el trono de Francia. La elección recayó, sin embargo, en Felipe de Valois, que fue coronado como Felipe VI. Se iniciaron entonces las hostilidades.
- 1346.** Los ingleses derrotan a Felipe VI en la batalla de Crecy y se apoderan del puerto de Calais.
- 1348.** Comienza la Peste Negra que obligó a los beligerantes a una tregua.
- 1356.** Reanudada la lucha, el hijo del rey de Inglaterra, el Príncipe Negro derrota y toma prisionero al rey francés Juan el Bueno, sucesor de Felipe VI.
La Bula de Oro establece el sistema de designación de los emperadores que queda a cargo de siete electores. También se establece una Dieta que se reserva la resolución de los asuntos más importantes del imperio.
- 1358.** Levantamientos urbanos y campesinos (la “jacquerie”) en Francia.

- 1360.** Se forma la paz de Bretigny, por la que Francia estipula el retorno del rey y la compensación a los ingleses en dinero y territorios.
- 1378.** La ofensiva francesa, a cargo de Bertrand du Guesclin, reduce a los invasores ingleses al puerto de Calais.
- 1381.** Levantamiento campesino en Inglaterra.
- 1388.** Inglaterra y Francia pactan una tregua.
- 1399.** En Inglaterra, los nobles se sublevan contra el rey Ricardo II que es depuesto por el Parlamento. El jefe de los insurrectos, Enrique de Lancaster, es coronado como Enrique IV.
- 1407.** En Francia, se entabla la lucha por el poder entre el Duque de Orleans, que ejercía la regencia por la incapacidad del rey Carlos VI, y Juan Sin Miedo, duque de Borgoña.
- 1415.** Enrique V de Inglaterra reinicia las hostilidades contra Francia y triunfa en la batalla de Azincourt, apoderándose de la Normandía. El duque de Borgoña, que se había apoderado de Flandes y los Países Bajos, rompe con el rey de Francia y formaliza su alianza con el monarca inglés.
- 1420.** Se firma el Tratado de Troyes por el que se establece la futura unión de los reinos de Francia e Inglaterra. Para ello se deshereda al delfín Carlos y se da en matrimonio a Enrique V una hija de Carlos VI para que el descendiente pueda asumir la doble corona.
- 1422.** A la muerte de los reyes de Francia e Inglaterra, Enrique, de un año de edad, es coronado en ambos reinos. Comienzan los conflictos con quienes reconocen al delfín como Carlos VII, rey de Francia.
- 1429.** Juana de Arco encabeza la lucha francesa. Cae el sitio de Orleans y Carlos VII es coronado en Reims.
- 1431.** Juana de Arco es condenada a morir en la hoguera tras ser apresada por los partidarios del duque de Borgoña y entregada a los ingleses.
- 1435.** Por medio del Tratado de Arrás se firma la paz entre los borgoñeses y Carlos VII.
- 1436.** Carlos VII toma París.
- 1449.** Se inicia la campaña francesa para desalojar a los ingleses de Normandía y Guyena.
- 1453.** La victoria francesa de Castillon pone fin a la Guerra de los Cien Años.
Los turcos toman Constantinopla.



DUBY, GEORGE (1985), Primera Parte, Capítulo 2: “Las estructuras sociales”, en: *Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea*, Madrid, Siglo XXI, pp. 39-60.



1.
A partir del análisis del texto de Duby y según los ejes considerados en la guía de lectura, establezca cuáles fueron los elementos del legado germánico y cuáles del legado romano, y qué función cumplió el cristianismo en la fusión que se opera en las estructuras sociales entre los siglos VI y VIII.

Guía de lectura

- Características de los efectos sociales de las invasiones
- Los esclavos
Definición de esclavitud. Formas de construcción. Influencia del cristianismo sobre la esclavitud. Posiciones intermedias.
- Los campesinos libres
Definición de la “libertad.” Diferencias entre la tradición germánica y la romana. Características de la economía campesina. El *mansus*.
- Los señores
El rey. Fundamentos de su poder. Problemas de herencia. La formación del “palacio”. Funciones y relaciones de parentesco
La nobleza como emanación de la realeza
La iglesia. El patrimonio eclesiástico.
- Los señores y el control sobre la tierra
Los grandes patrimonios territoriales. La *villa*
Las formas de explotación de la tierra. La explotación directa. Los *coloni*, su definición. La nueva utilización de la mano de obra esclava. Las obligaciones de los trabajadores dependientes.
- Los fundamentos del poder señorial
Patrimonio y prerrogativas del poder real. Delegación de los poderes del rey
La maduración del señorío.
- La evolución de la condición campesina.
Función guerrera y libertad: los *inermes*. Protección señorial y pérdida de la libertad. La noción de *servicium* y las relaciones de dependencia económica.



HILTON, RODNEY (1984), Introducción y Cap. 1: “La naturaleza de la economía campesina medieval”, en: *Siervos liberados. Los movimientos campesinos medievales y el levantamiento inglés de 1381*, Siglo XXI, Madrid, pp. 7-78.



2. Después de analizar el texto según la guía de lectura:

- a. Explique por qué Hilton considera a los campesinos una clase social
- b. Describa brevemente a los fundamentos del poder señorial sobre los campesinos
- c. Explique cuáles son las características de la servidumbre medieval

Guía de lectura

Introducción

- Clases sociales y transformación de la sociedad
- Importancia del campesinado. El campesinado como clase social.
- Fases de desarrollo entre los años 500 y 1500. Características de cada fase:
 - Siglos VI al X. Relaciones sociales, producción, mercado
 - Siglos XI al XIII. La expansión de la producción, relaciones sociales. El comercio, el dinero, las ciudades, nuevos grupos sociales.
 - Siglos XIV al XV. Crisis demográfica y cambios sociales

Capítulo 1: “La naturaleza de la economía campesina medieval”

Los campesinos

- Economía campesina. Objetivos y características de la producción, mano de obra
- La aldea. Características, solidaridad y formas de cooperación
- Los sistemas agrícolas. Campos abiertos, bosques y campos baldío, la huerta, el sistema de barbecho
- La estratificación social en las comunidades campesinas. Causas, movilidad social
- Los artesanos en la aldea. Sus características. El herrero. La importancia del hilado
- Los trabajadores asalariados
- Las actitudes de los campesinos. El derecho familiar sobre la tierra

Los señores

- Los fundamentos del poder de la nobleza sobre los campesinos. El control de la tierra y el poder militar. Las prestaciones

- La estructura del señorío. La reserva señorial, las aldeas. La evolución de los alodios
- Las características de la nobleza terrateniente. Estratificación social. Las relaciones de vasallaje. El feudo
- Las transformaciones en la nobleza. Importancia de la caballería. La función del derecho de “Ban.” Los ministeriales
- La Iglesia. La evolución de las donaciones. Los monasterios. El alto clero y la nobleza. La función intelectual de la Iglesia
- El modelo de los “tres órdenes”

La relación entre señores y campesinos

- Los siervos medievales
- Orígenes: esclavitud, colonato, sistemas de jurisdicción
- Las obligaciones de la servidumbre. Objetivos.
- Esclavitud y servidumbre



GUREVIC, ARON J. (1990), “El mercader”, en: Jacques Le Goff (ed.), *El hombre medieval*, Madrid, Alianza, pp. 255-294.



3.
Confeccione una Guía de Lectura para el texto de Gurevic y envíela a Debates



ROMERO, JOSÉ LUIS (1967), *La Revolución burguesa en el mundo feudal*, Buenos Aires, Sudamericana, (Tercera parte, Cap. 1: “Los enfrentamientos sociales”)



4.
Después de analizar el texto según la Guía de Lectura, haga una breve síntesis de las características y objetivos de los movimientos antiseñoriales y explique por qué Romero considera que corresponden a una ideología “revolucionaria.”

Guía de Lectura

a. Expansión, diversificación y crisis

- ¿Por qué Romero señala que el cambio constituyó “la yuxtaposición de dos sistemas económicos que entrañaban dos sistemas sociales”?
- Defina las distintas actitudes de los viejos y nuevos grupos sociales frente al cambio.
- ¿Por qué, según Romero, los conflictos internos del orden tradicional proporcionaron oportunidades a los nuevos grupos en ascenso? ¿A qué tipo de conflictos se refiere?

- ¿Cuáles eran los objetivos de los nuevos grupos sociales?

b. Los movimientos antiseñoriales

- Características de los grupos disidentes. ¿Porqué se los considera *advenae*?
- ¿De qué forma se fortalece su conciencia de grupo? Importancia del “juramento”
- Caracterice la situación de los grupos “extranjeros” instalados para intensificar la vida económica.
- Frente a los anteriores, ¿cuál era la situación de los nuevos grupos sociales que se formaban espontáneamente en las ciudades?
- ¿Por qué los movimientos insurreccionales fueron inevitables?
- Señale las diferentes actitudes de señores laicos y eclesiásticos frente a los conflictos sociales.
- ¿Cuáles fueron las causas y las coyunturas desencadenantes de los conflictos?
- Señale el cambio que significa la aspiración a la comuna.
- Caracterice las actitudes señoriales. Explique el significado de la excomunión



ROMERO, JOSÉ LUIS (1967), *La Revolución burguesa en el mundo feudal*, Buenos Aires, Sudamericana, (Primera parte, Capítulo III, Punto I “Las formas de mentalidad señorial”)



5.

A partir de la guía de lectura explique las relaciones que se establecen entre formas de mentalidad, ideales de vida y las exigencias que plantea el entorno.

Guía de lectura

a. La mentalidad baronial

- Inestabilidad social y rasgos de mentalidad. ¿Porqué Romero señala que es una mentalidad nacida de las exigencias de la acción”?
- La actitud naturalista
- La imagen del barón heroico. El papel de la hazaña. Individualismo y quiebra del orden tradicional

b. La mentalidad cortés

- ¿De qué manera se desliza la concepción baronial a la concepción cortés de la vida? Viejas y nuevas influencias en el ideal cortés.

- La cortesía como modo de vida. La felicidad terrenal
- El amor como fin supremo. La transfiguración del sentimiento erótico.
- La corte como escenario de las nuevas formas de convivencia. Los nuevos valores. Las formas de sociabilidad. El papel de los juglares. La presencia femenina.
- La persistencia de los valores guerreros.

c. La mentalidad caballeresca

- La aceptación de los valores cristianos de vida. La negación del naturalismo y los nuevos valores morales.
- La defensa de la fe como ideal del caballero
- La hibridación entre los distintos ideales de vida. Las ordenes militares como paradigma de los nuevos ideales.
- La defensa de la fe, el orden social y la justificación del poder.



ROMERO, JOSÉ LUIS (1967), *La Revolución burguesa en el mundo feudal*, Buenos Aires, Sudamericana, (Cuarta Parte: “La formación del orden feudoburgués. Los cambios de mentalidad”, Cap. 1, 2, y 3)



- 6.**
- a. Analice el texto según la guía de lectura, vincule las nuevas mentalidades con los cambios sociales y económicos que se operan a partir del siglo XI.
 - b. Aplique los conceptos con que Romero caracteriza a las nuevas mentalidades para analizar los textos del *Carmina Burana*

Guía de lectura

Capítulo 1: Nuevas actitudes y nuevas mentalidades

- El impacto de la expansión en modos de vida, normas y valores. Los efectos de la transhumancia. Los efectos de los contactos fuera del área romano-germánica.
- La incidencia de los cambios en el conjunto social. Las clases tradicionales. Los nuevos grupos sociales y la quiebra de las mentalidades tradicionales.

Capítulo 2: La nueva imagen del hombre, la sociedad y la historia

- Nuevas mentalidades y experiencia de la vida cotidiana

La imagen del hombre

- La ruptura de la dependencia. El hombre como individuo. Los “bienes interiores”
- La aventura del ascenso económico y social. Los sentimientos de autovaloración y orgullo. Las ideas de la Fortuna y de los propios designios.
- El hombre como parte de la naturaleza. El hedonismo.
- Las formas de sociabilidad urbana. El papel del ocio. La justificación de la embriaguez y el erotismo. Las imágenes femeninas.
- La nueva visión de la naturaleza. El placer estético. La conjunción de lo racional y lo sensible.
- La representación de los estados del alma. El significado de la sonrisa.
- El papel de la razón. La racionalización de la ciudad y de la vida urbana.
- La idea de la trascendencia profana. Las vías de la trascendencia: la fortuna, el conocimiento, el arte



ROMANO, RUGGIERO - TENENTI, ALBERTO (1972), Cap. 1: “La ‘crisis’ del siglo XIV”, en: *Los fundamentos del mundo moderno*, Historia Universal Siglo XXI, volumen 12, Madrid, Siglo XXI, pp. 3-39.



7.
Después de analizar el texto según la Guía de Lectura, explique por qué Ruggiero Romano considera necesario escribir la palabra “crisis” entre comillas.

Guía de lectura

a. Los aspectos demográficos de la crisis:

- El ciclo recurrente carestías-epidemias. La inserción de la peste negra de 1348.
- Los movimientos migratorios campo-ciudad. Su incidencia en la extensión de la peste y sobre el ciclo carestía-epidemia.
- Consecuencias económico-sociales. Los efectos sobre las mentalidades.

b. Los cambios en la estructura agrícola

- Crítica a las explicaciones demográficas de la crisis
- La clave de la crisis: las transformaciones de la agricultura. Los casos de Inglaterra y Francia: la crisis del poder feudal.
- Los indicios de la crisis de la agricultura. La necesidad de la importación de trigo como signo de las deficiencias de

la agricultura en Europa Occidental. Las revueltas campesinas y las sublevaciones urbanas.

c. Crisis agrícola y consecuencias sociales

- La crisis de las estructuras sociales. Reducción de la productividad y derrumbe del feudalismo. El “triunfo” campesino
- Triple carácter de la crisis en el plano social: señores, campesinos, proletariado agrícola

d. La nueva fisonomía de las manufacturas

- Relación agricultura y producción textil
- Características de la producción textil de “lujo”. La producción campesina
- Los tipos de actividad textil a fines del siglo XIII.
- Los cambios a partir de la “crisis.” Campesinos y comerciantes. La ruptura de los vínculos corporativos. Los nuevos centros manufactureros. Los efectos cualitativos de la crisis en el sector manufacturero.

e. Los problemas del comercio

- La crisis del gran comercio internacional. El surgimiento de fenómenos compensadores. La importancia de la introducción de la renta monetaria.
- Los problemas monetarios
- Los cambios en las técnicas de los negocios

f. Los aspectos político-militares

- Relación de la “crisis” con la Guerra de los Cien Años. La constitución de los reinos.
- Las salidas para la nobleza: el camino hacia la nobleza cortesana. El bandidismo
- La crisis de la función militar nobiliaria.



CHAUCER (1984), “Prólogo” a *Cuentos de Canterbury*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.



8.
Guía de análisis:

a. ASPECTOS GENERALES:

I. Ubique cronológica y geográficamente el texto de Chaucer. Refiérase al papel de las peregrinaciones en la conformación de las nuevas mentalidades, a los nuevos ámbitos de sociabilidad y al papel de la “conversación”.

Relaciónelo con lo que José Luis Romero en “Las nuevas mentalidades” señala al respecto.

II. Analice las descripciones de los paisajes en el texto de Chaucer y vincúlelas con lo que Romero señala con respecto a la nueva imagen de la naturaleza.

b. ANALICE A LOS PROTAGONISTAS DEL TEXTO DE CHAUCER SEGÚN GRUPOS DE ACTIVIDADES:

I. Los grupos rurales

I.1. Los sectores señoriales

- Analice las actitudes, actividades e indumentarias del *Caballero* y compárelas con las de *Escudero*, ¿qué tipos de mentalidades, según Romero, representan? ¿Qué significado tiene la presencia del *Arquero*?

I.2. Los sectores rurales en ascenso

- Analice las actitudes del *Terrateniente* y del *Administrador* de Norfolk, señalando los rasgos que caracterizan a “las nuevas mentalidades”. Vincule sus actividades con las transformaciones del sector agrícola.

I.3. Los campesinos

- Analice la descripción del *Labrador*. Relaciónela con el efecto de las transformaciones agrarias del siglo XIV sobre el campesinado. Compare esta descripción con la del Administrador, ¿cuál es la posición de Chaucer con respecto a las transformaciones agrarias?

II. Actividades comerciales, financieras y manufacturas

II.1. Los mercaderes

- Analice la descripción Chaucer del *Mercader*. Relaciónelo con lo que Romero respecto a los nuevos rasgos del conocimiento y a la posición de mercaderes y financistas dentro de las oligarquías urbanas.

- Analice la descripción del *Marino*. Relaciónelo con lo que señala Romero respecto a las características de sus conocimientos y con lo que señala Ruggiero Romano respecto a los cambios de rutas del comercio internacional.

II.2. Los oficios organizados

- Analice las actitudes de los Artesanos (el *Mercero*, el *Tintorero*, el *Carpintero*, el *Tejedor* y el *Tapicero*), en especial los rasgos de ascenso social. Relaciónelos con la posición social de estos grupos dentro de las ciudades y las aspiraciones al poder político.

II.3. Las nuevas manufacturas

- Analice las actitudes y actividades de la *Mujer de Bath*, destacando los rasgos de las nuevas mentalidades. Vincule su actividad con el desarrollo de las manufacturas domésticas.

III. Los eclesiásticos

- Analice las actitudes, actividades, indumentarias y ámbitos en que actúan la *Priora* y el *Monje*. Señale las influencias de las formas de vida cortesanas.
- Analice las actitudes, actividades, indumentarias y ámbitos en que actúan el *Fraile*, el *Aguacil* y el *Bulero*. Señale las influencias de las formas de vida burguesa.
- Relacione los análisis anteriores con los rasgos de las nuevas mentalidades y los cambios en las actitudes religiosas.
- Analice la descripción del *Estudiante*. Relaciónelo con lo que Romero señala respecto a la importancia del conocimiento.
- Compare los análisis anteriores con la descripción que hace Chaucer del *Párroco*. Según esta comparación ¿cuál es la crítica que hace Chaucer a los sectores eclesiásticos? ¿cómo se vincula con los movimientos religiosos heréticos?

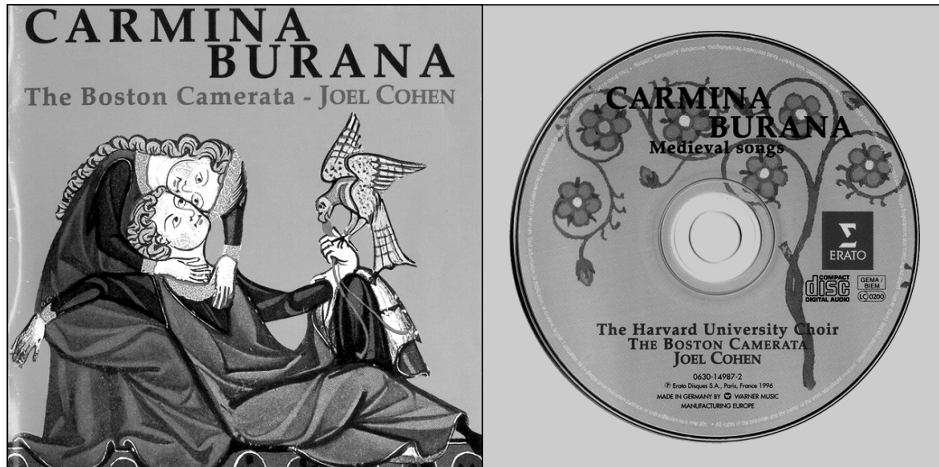
IV. Los profesionales

- Analice la descripción del *Médico* y refiérase a las características de sus conocimientos.
- Analice la descripción del *Jurista*. ¿Cuál es su importancia dentro de la nueva sociedad?

c. SÍNTESIS:

- Refiérase a las actitudes, sentimientos y valores del grupo de peregrinos que muestran los rasgos de las nuevas mentalidades. Señale la actitud vital predominante y relaciónela con lo que Romero señala sobre “la exaltación del goce como fin de la vida”.
- ¿En qué aspectos estos grupos muestran “una sociedad en transición”?

1. Carmina Burana (c.1230)



▶ 1.13. *Carmina Burana*:
“O Fortuna”, “Alte clamat Epicurus”, “Bacche, bene venies”, “Tempus est jocundum”, c. 1230, Version The Boston Camerata.

Reconstrucción de las melodías originales a partir de los manuscritos del monasterio benedictino de Bavaria (c. 1230)
The Boston Camerata- Dirección: Joel Cohen
The Harvard University Choir

1) “O Fortuna” (fragmento)

Oh Fortuna
Como la luna
tú eres variable.
Siempre creces
y decreces;
la vida detestable
unas veces oscurece,
otras veces cura,
por juego, la agudeza del espíritu.
Pobreza y poder,
ella disipa todo como la nieve.
Suerte inmensa y vana,
tú eres la rueda voluble.
Tú eres la enfermedad
y la plena salud
siempre cambiante.

2) “Alte clamat Epicurus” (fragmentos)

Alto proclama Epicúreo
que la barriga llena está tranquila.
La barriga será mi dios,
es un dios que quiere la gula,
un dios cuyo templo es la cocina
de donde emanan los divinos aromas.

He aquí al dios oportuno,
un dios que nunca está en ayunas.
Un dios que ante las comidas de la mañana,
ebrio, eructa el vino.
Y para quien, la copa y la mesa
son las verdaderas santidades.

....

De esta religión, el culto
provoca el tumulto de la barriga.
La barriga ruge en el combate,
el vino lucha contra los manjares;
La vida ociosa es felicidad
en torno de la barriga laboriosa.

3) “Bacche, bene venies” (fragmentos)

Baco, eres bienvenido.
Eres el querido y el deseado,
por el que nuestro espíritu
se llena de alegría

Este vino, este buen vino
el vino generoso
vuelve al hombre noble,
probo y lleno de coraje

Baco domina
el corazón de los hombres,
excita su alma
al amor.

Baco que visita frecuentemente
a las mujeres
las somete a ti
oh, Venus.

Baco penetra las venas
de su cálido licor
y las inflama

del fuego de Venus

El dulce Baco suaviza
los deseos y las penas
y da honor, alegría
risa, amores

Baco siempre endulza
el espíritu de las mujeres
y las hace fácilmente
satisfacer a sus amantes.

4) “Tempus est jocundum”

Es el tiempo de la alegría,
oh, jóvenes muchachas.
Alegraos con nosotros
oh, jóvenes varones!

Oh, oh! yo estoy floreciendo
Yo ardo de amor virginal,
transportado por un nuevo amor.

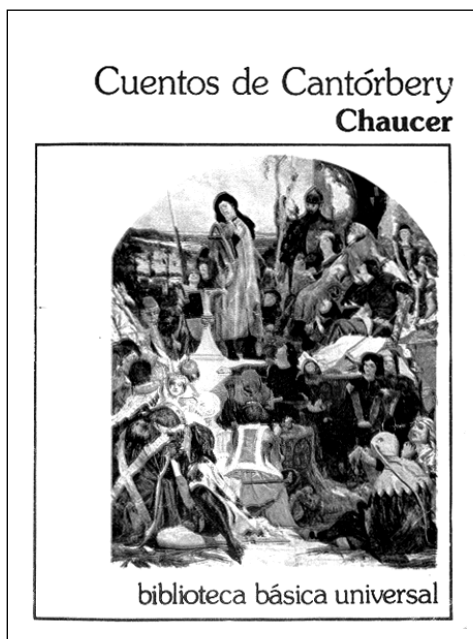
El ruiseñor canta dulcemente,
sus acentos son tan suaves,
que un fuego me devora.

...

Hombre apacible en invierno,
ahora en primavera
me desbordan los deseos

Ven a mí, ven con alegría!
Ven, ven mi bella, que ya me consumo!

2. Cuentos de Cantórbery (selección)



CHAUCER (1984), *Cuentos de Cantórbery*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina

Prólogo

En la época en que los suaves aguaceros de abril, penetrando a través de la aridez de marzo, bañan las raíces con el vigoroso licor que engendran las flores; en la época en que también Céfiro, en cada bosquecillo y en cada zarzal envuelve con su dulce hálito los tiernos retoños; en la época en que el juvenil sol ha recorrido la mitad de su trayecto en el signo del Carnero, y las aves pequeñas, alentadas y estimuladas por la naturaleza, pasan la noche en vela cantando melodiosamente, en esa misma época surge en los hombres el ansia de emprender peregrinaciones, el anhelo de encaminarse a los extraños territorios donde lejanos santos son venerados en distantes comarcas. Y especialmente en Inglaterra, desde los más remotos confines de todos los condados, los peregrinos acuden a Cantórbery para reverenciar al santo y bienaventurado mártir¹ que con tanta solícitud se apresura a prestarles su auxilio cuando se hallan afligidos por dolencias y pesadumbres.

Y se dio el caso de que cierto día de esa estación, con espíritu profundamente devoto me hallaba en la posada del *Tabardo*, en Southwark,² dispuesto a ponerme en camino y marchar en peregrinación a Cantórbery. Al atardecer llegó a la hostería un grupo formado por veintinueve personas de muy dispar condición, reunidas por azar, entre quienes se habían establecido lazos de amistosa camaradería. Y todos eran peregrinos que se proponían vi-

¹ Santo Thomas Becket, arzobispo de Cantórbery que fue asesinado el 29 de diciembre de 1170 en las gradas del altar mayor de la catedral de esa ciudad. Este crimen, aunque quizá no haya sido instigado abiertamente por el rey Enrique II, sin duda satisfizo sus deseos de librarse de un individuo que le resultaba molesto. Becket fue canonizado en 1173.

² En aquella época, Soutwark era una localidad situada en los alrededores de Londres.

sitar Cantórbery. Los aposentos y establos de la posada eran cómodos y espaciosos. Nos atendieron de inmejorable manera y nos sentimos muy bien acogidos. Y muy pronto, cuando el sol se retiró a descansar, después de entablar conversación con ellos, me admitieron en su compañía. Y nos comprometimos a levantarnos a la madrugada para ponernos en camino a Cantórbery. Y ese es el viaje que voy a narrarles a ustedes.

Pero, no obstante, mientras dispongo de tiempo y de espacio, y antes de dar rienda suelta al curso de mi relato, considero oportuno explicar cuál era la condición de aquellas personas, por lo menos tal como a mí me pareció, describir cómo iban ataviadas, según su actividad y jerarquía, y detallar qué disposiciones habían adoptado para hacer la peregrinación. Y en consecuencia empezaré por un *Caballero*.

Había en el grupo un *Caballero*, hombre dignísimo, quien desde el día en que por primera vez ciñó espuelas, no se apartó de la senda de la verdad, el honor, la caballerosidad, la generosidad y la cortesía. Se había desempeñado valerosamente en las guerras de su soberano, y nadie lo aventajó en las batallas en que intervino, tanto en tierras cristianas como en comarcas paganas. Y siempre fue honrado por sus nobles cualidades. Asistió a la caída de la ciudad de Alejandría, y a menudo, mientras estuvo en Prusia, entre los caballeros de todas las demás naciones era él quien ocupaba el sitio de privilegio en los festines. Había peleado en Lituania y en Rusia con mayor frecuencia que cualquier otro soldado cristiano de su jerarquía. Y estuvo en Granada, cuando cayó la ciudad de Algeciras, y también en el norte de Africa y en Belmaria y en Armenia, y luchó cuando se rindieron Layas y Satalia. Y recorrió en barco las costas del Mediterráneo con muchos nobles contingentes. Intervino en quince batallas implacables y en Trasimena tres veces salió a la palestra en defensa de nuestra fe, y siempre dio muerte a su contrincante. Este dignísimo caballero en cierta ocasión estuvo al frente de los ejércitos del bey de Balat para combatir contra otro turco pagano.³ Se había granjeado la incondicional estima de cuantos lo conocían. Y sin embargo, pese a sus extraordinarios merecimientos, era mesurado en sus maneras y su comportamiento tan modesto como el de una doncella. Jamás en su vida había dirigido a nadie palabras rudas o groseras, por mucho que se lo provocara. Era un auténtico y perfecto caballero de buena cuna y excelente crianza.

En cuanto a su aspecto, si bien poseía espléndidos caballos, no estaba ataviado lujosamente. Llevaba una túnica de fustán, descolorida y sombría con manchas de herrumbre producidas por el roce de la armadura. Acababa de regresar de una de sus campañas militares y se había unido a nuestro grupo para hacer la peregrinación en acción de gracias.

Lo acompañaba su hijo, un *Escudero*, joven y gallardo, galanteador y fogoso. Tenía el pelo tan ensortijado como si se lo hubiese rizado con tenacillas. Conjeturé que su edad frisaba en los veinte años. Su talla estaba bien proporcionada y poseía una agilidad y una fuerza asombrosas. Prestó servicios como escudero en Flandes, Artois y Picardía, y en escaso tiempo se había desempeñado valerosamente con la esperanza de conquistar los favores de su dama. Estaba engalanado como un prado resplandeciente tachonado por las flores más lozanas, rojas y blancas. Se pasaba el día cantando o silbando y era tan agradable como el mes de mayo. Usaba una casaca corta, con

³ Adviértase que este dignísimo caballero que salió a la palestra en defensa de la fe, llegado el caso no vaciló en ponerse a las órdenes de un pagano para combatir contra otro pagano.

mangas muy largas y amplias. Era un experto jinete; sabía componer canciones y poemas y declamar. Muy hábil cuando tenía que lidiar en un torneo, también era diestro en danzar, dibujar y escribir. Amaba tan ardientemente que hasta que despuntaba la pálida aurora no dormía más que un ruiseñor. Era cortés, afable y servicial, y en la mesa trinchaba las viandas que se le ofrecían a su padre.

Al lado del *Caballero* cabalgaba un *Arquero*; no tenía otro servidor, Este *Arquero* vestía una capa verde y se cubría la cabeza con una caperuza del mismo color. Del cinturón pendían flechas, brillantes y agudas, prolijamente dispuestas en el carcaj y rematada por plumas de pavo real. (Sin duda sabía preparar sus flechas; cuando las disparaba jamás volaban con las plumas inclinadas hacia el suelo.) En la mano empuñaba un fuerte arco. La cabeza del *Arquero* se parecía a una nuez y tenía la cara atezada. En un costado llevaba escudo y espada y en el otro una daga vistosa, aguda como la punta de una lanza y bien guarnecida. Sobre el pecho, una resplandeciente medalla de plata con la imagen de san Cristóbal. De un tahalí de brillante color verde, pendía un cuerno de caza, bien pulido. Imagino que era un excelente guardabosque.

Había también una monja, una *Priora*. Tenía una sonrisa inocente y tímida. Su juramento más fuerte era “¡Por San Eloy!” Se llamaba Madama Eglantina y sabía cantar muy bien los oficios divinos, entonándolos con una hermosa voz nasal, puesto que eso era lo más apropiado. Hablaba el francés con suma elegancia, a la manera de Stratford-atte-Bowe, pues desconocía el francés al estilo de París. A la hora de sentarse a la mesa sus modales demostraban su buena crianza; jamás permitía que ni un trocito de comida cayera de sus labios, ni tampoco hundía demasiado los dedos en la salsa. Se daba maña para llevarse una porción a la boca sin que ni la más pequeña partícula se le deslizara sobre el pecho, pues se atenía con especial celo a los modales de buen tono. Y se limpiaba el labio superior con tanta prolijidad que cuando bebía ni un rastro de grasa ensuciaba la copa.

Si deseaba algo, adelantaba una mano parsimoniosamente para alcanzar la comida. Sin duda era muy alegre, y se comportaba de manera afable y amistosa. Se esmeraba en adoptar los usos cortesanos, adoptaba el parte majestuoso que condecía con su rango y se esforzaba en que su persona íntegra ofreciera un aspecto extremadamente digno. Y en cuanto a su sensibilidad y a sus tiernos sentimientos, era tan solícitamente caritativa que se echaba a llorar si veía una laucha cogida en una trampa, muerta o desangrándose. Tenía perritos que solía alimentar con carne asada, leche o pan blanco de primera calidad. Lloraba amargamente si uno de esos animalitos moría o si alguien tomaba una vara y lo maltrataba, porque la *Priora* tenía hondos sentimientos y un tierno corazón. Llevaba el velo recogido de manera muy sentadora; su nariz era bonita y sus ojos grises y relucientes como el cristal; la boca pequeñita, pero delicada y roja; por cierto, su cabeza estaba bien formada, y aseguro que tenía una frente de casi un palmo de ancho. Su estatura era corriente y observé que su manto se distinguía por una peculiar elegancia. Llevaba arrollado en el brazo un rosario de cuentas de coral con los gaudies⁴ de color verde. Del rosario colgaba un reluciente broche de oro,

⁴ *Gaudies* son las cuentas del rosario que señalan los sitios donde se intercalan los padrenuestros.

en el cuál se veía grabada una A rematada por una coronita, y más abajo el lema *Amor vincit omnia*.⁵

En compañía de la *Priora* cabalgaban otra monja, capellana de su convento, y tres *Sacerdotes*.

Había también un *Monje*, quien no hay duda de que se hallaba al tanto de todas las modas imperantes. Sus actividades predilectas eran inspeccionar granjas⁶ y dedicarse a la caza: era un individuo muy vigoroso, dotado de condiciones para llegar a ser abad. En su establo albergaba muchos magníficos caballos. Cuando cabalgaba, los arreos tintineaban en el viento, con un sonido tan potente como el de la campana de la capilla que pertenecía al monasterio del cual mí señor *Monje* era prior.

Este *Monje* tendía a desentenderse de las reglas de los bienaventurados san Benito o san Mauro, tan añosas y en exceso estrictas. Desdeñaba las cosas del pasado y prefería los usos más flexibles del mundo nuevo. No creía que tuviera ni siquiera el valor de una gallina desplumada aquel texto en que se afirma que los cazadores no son hombres santos y que un monje alejado de su claustro es un mero pez fuera del agua dando coletazos en la escollera. A decir verdad, ni siquiera le concedía a ese dicho el valor de una ostra, y por mi parte puedo afirmar que concuerdo con su opinión. ¡Caramba! ¿Estudiar hasta el extremo de que el raciocinio pierda el dominio de sí mismo leyendo y releendo viejos libracos encerrado en los claustros? ¿Pero es que acaso tenía que trabajar y labrar la tierra tal como exige san Agustín? ¿Debía concentrar el mundo en un anaquel? ¡Que Agustín se preocupe él mismo por llevar a cabo esas tareas! .

En resumen, este *Monje* era un consumado jinete y poseía lebreles de caza tan veloces como las aves. Su más preciada diversión consistía en perseguir una liebre o saltar vallados con su cabalgadura. En verdad, no reparaba en gastos. Advertí que las bocamangas de su túnica estaban ribeteadas con una hermosa piel gris, la más fina que podía hallarse en el país, y en el sitio donde sujetaba la capucha debajo del mentón exhibía un broche de oro elegante, ingeniosamente labrado de modo que parecía un lazo de cintas de seda.

Su cabeza era calva y lustrosa como un espejo, lo mismo que su cara; se diría que la habían engrasado. Era un sacerdote gordo y gallardo. Sus brillantes ojos se movían continuamente y se tenía la impresión de que jamás se aquietaban, chisporroteando siempre como las llamas debajo de un caldero. Flexibles eran sus botas, muy bien cuidado el caballo que montaba. Era un prelado digno de ser exhibido; no estaba pálido como un alma en pena. Lo que más complacía a su paladar era un cisne gordo, bien asado. Su corcel era tan oscuro como una baya.

También nos acompañaba un *Fraile*, divertido y disoluto. Era *limiter*⁷, y sin duda un individuo muy alegre. En las cuatro órdenes⁸ no había nadie que

⁵ *El amor siempre triunfa*; frase de Ovidio, autor que por cierto no es el más apropiado para que una monja utilice sus palabras como lema.

⁶ Es decir, las que pertenecían al monasterio, en cuyas arcas ingresaban las ganancias que producía la explotación de esas propiedades.

⁷ Un *limiter* era un fraile mendicante a quien se le concedía el derecho exclusivo a pedir limosna en determinada zona. Para ello pagaba a su convento o a su orden cierta cantidad de dinero establecida de antemano. Su "negocio" consistía en recaudar una suma que superara el "alquiler" que abonaba.

⁸ Se refiere a las cuatro órdenes de frailes mendicantes: dominicos, franciscanos, carmelitas y agustinos.

fuera tan experto como él en el arte de adular y en la facilidad de palabra. Había concertado muchos matrimonios, habiéndoles dado a cada una de sus jovencitas lo que estaba en sus posibilidades ofrecerles.⁹ Era un magnífico pilar de su orden. Mucho lo estimaban en todos los sitios que frecuentaba, y era acogido con absoluta confianza no sólo por los campesinos sino también por dignas y acaudaladas mujeres de las ciudades. Estaba autorizado para escuchar confesiones, o por lo menos eso era lo que afirmaba, y al parecer tenía mayores atribuciones que los sacerdotes, pues el papa le había concedido una licencia especial.¹⁰ Escuchaba afablemente las confesiones de sus penitentes y les otorgaba una placentera absolución, a cambio de una dádiva. Se mostraba muy benévolo cuando tenía que imponer penitencias en aquellos casos en que podía confiar que recibiría un generoso presente. Pues existe una señal inequívoca: cuando un hombre de buen pasar ofrece dádivas a una orden mendicante, el confesor sabe a ciencia cierta que ese penitente es sincero en su arrepentimiento. Porque muchos individuos poseen un corazón tan duro que les es imposible llorar por más dolido que esté su ánimo. Y por lo tanto en vez de lamentarse y orar es apropiado poner monedas de plata a disposición de un pobre fraile.

El *Fraile* que nos acompañaba llevaba los bolsillos repletos de horquillas para el pelo y de cuchillitos que regalaba a las chicas bonitas. Y en verdad su voz era alegre y potente, cantaba bien y tocaba un instrumento de cuerdas. Y nadie lo superaba en la interpretación de baladas. Aunque de cuello más blanco que un lirio, su vigor era tal que podía derribar a cualquier contrincante. Conocía las tabernas de las ciudades y también a los hosteleros y a las mozas de las posadas mucho mejor que a los leprosos, los mendigos y los desamparados, porque tratándose de una persona tan eminente como él no condecía con la dignidad de su posición tener tratos con esas escorias. Porque no es decoroso y nada bueno puede salir de alternar con gente mísera; hay que ocuparse sólo de los ricos y de quienes venden vituallas. En cualquier parte en donde pudiera obtener un beneficio, este *Fraile* se mostraba cortés y además humildemente servicial. Las dotes naturales que poseía eran muy difíciles de igualar. Era el más eficaz medicamento de su convento.

Pagaba cierta suma por el derecho a ser el único que mendigaba en determinado distrito, y sus hermanos jamás se introducían a hurtadillas en su territorio. Y aunque una viuda no tuviera ni siquiera un zapato, tan placentera era la santa bendición con qué este *Fraile* llegaba a su casa que conseguía, antes de marcharse, que ella le diera una moneda. Y de ese modo sus ganancias superaban en mucho la renta que pagaba. ¡Y cómo le divertía retozar como un cachorrito! Siempre estaba dispuesto a arbitrar litigios (a cambio de una pequeña retribución) en los días designados con ese propósito, y para ello se valía de muchos recursos útiles. En esos casos no se presentaba como lo hacían los eruditos enclaustrados con ropas gastadas que apenas valían unos pocos céntimos, sino con atavíos propios de un magistrado o un papa.

⁹ Puede inferirse que se trataba de jovencitas a las que había seducido o de concubinas o hijas suyas a quienes proporcionaba una dote para que hicieran buenos matrimonios.

¹⁰ Por lo común los frailes no reciben el orden sagrado. Por lo tanto no son sacerdotes sino hermanos legos y no pueden conceder la absolución. Es posible que el Fraile de Chaucer tuviera una licencia especial otorgada por el papa, pero también es probable que eso no fuera más que una patraña suya destinada a ampliar el campo de sus actividades.

De sus hombros pendía una capa de estambre y la tela se henchía en torno de su cuerpo como una campana recién fundida. Por mera frivolidad, ceceaba un poco al hablar, a fin de que el inglés sonara más dulce en su lengua. Después de tañer su instrumento o de entonar una canción, sus ojos titilaban tan brillantes como las estrellas en una noche helada. Según parece, el nombre de esta digna persona era Huberto.

Había también un *Mercader* con la barba bifurcada en forma de horquilla y un atavío de colores abigarrados. Cabalgaba sobre una montura muy alta. Le cubría la cabeza un sombrero flamenco de castor y calzaba botas elegantemente acordonadas. Con gran solemnidad expresaba sus opiniones, se refería a sus actividades y afirmaba que jamás sufría pérdidas. Opinaba que a cualquier precio había que mantener el mar libre y seguro entre Middleburgo y Orwell. Era experto en especular con el cambio de monedas. Este meritorio mercader se había consagrado con tanta habilidad a su profesión que a nadie se le ocurría que pudiera tener deudas. Manejaba los negocios, los préstamos y los compromisos comerciales con extremada dignidad. Sin duda era una excelente persona, pero a decir verdad ignoro cómo se llamaba.

Iba también un clérigo de Oxford, un *Estudiante*, quien hacía ya mucho tiempo, más de lo prudente, que se consagraba al estudio de la lógica. Montaba un caballo más flaco que un rastrillo y él mismo no era en exceso gordo. Tenía ojos profundos y mirada serena. Su capa carecía de ornamentos. No le habían otorgado ninguna prebenda eclesiástica y su escaso espíritu mundano le impedía empeñarse en conseguir alguna. Tener junto a su lecho sus veinte libros de Aristóteles y de filosofía encuadernados en negro y rojo, le interesaba mucho más que la música alegre, los violines o los lujosos atavíos. Aunque era filósofo, como ya dije, no había descubierto la piedra para hacer oro¹¹. Cualquier dinero que le facilitaran sus amigos lo invertía en estudiar o en adquirir un libro más. Y oraba por sus bienhechores con suma devoción, para retribuirles y agradecerles que lo costearan los estudios¹². Su única preocupación era instruirse y por cierto jamás se decía una palabra innecesaria; era muy formal y respetuoso en extremo, conciso, siempre oportuno y se refería a cualquier tema con conceptos sobrios y elevados. Su conversación se hallaba colmada de reflexiones vinculadas a las virtudes morales y se sentía muy complacido tanto en enseñar como en aprender.

Había también un *Jurista* de singular prominencia, a quien consultaban los letrados de san Pablo.¹³ Era sagaz, prudente y discreto, un hombre digno de ser respetado, o por lo menos así lo parecía, ya que su plática era muy docta. Con mucha frecuencia había sido designado juez en los tribunales de justicia y se le habían conferido plenos poderes. Gracias a su renombre, su sapiencia y su encumbrada posición había obtenido considerables

¹¹ Se refiere a la famosa “piedra filosofal”, capaz de convertirlo todo en oro, que afanosa e infructuosamente trato de fabricar o de descubrir tanta gente a lo largo de un período que se prolongó varios siglos.

¹² Este era un estudiante de teología y filosofía lo cual significa que al terminar sus estudios podía recibir el orden sagrado y convertirse en sacerdote. En aquellos tiempos existía una práctica bastante difundida que consistía en ayudar pecuniariamente a los estudiantes de teología pobres con el objeto de que oraran por sus benefactores y luego, una vez ordenados sacerdotes, rezaran misas por la salvación de sus almas.

¹³ El pórtico de la catedral de san Pablo, en Londres, era el sitio donde se reunían habitualmente los abogados.

honorarios y lujosos atuendos. Nadie lo superaba en manejar los asuntos relacionados con las transferencias legales; para él todos eran problemas de fácil solución y jamás se encontraban fallas en sus alegatos. Aunque no había nadie tan atareado como él, en verdad estaba menos atareado de lo que aparentaba. Conocía al dedillo todos los juicios, sentencias y delitos registrados desde la época del rey Guillermo¹⁴. Era experto en asumir defensas y en redactar documentos legales y a nadie le era posible objetar sus escrituras; sabía de memoria todos y cada uno de los estatutos. Usaba una cómoda túnica de dos colores ceñida a la cintura con una faja de seda rayada. Creo que ya me he explayado lo suficiente sobre su persona.

También formaba parte del grupo un *Terrateniente*, cuya barba era blanca como los pétalos de una margarita. Se trataba de un hombre robusto, de piel atezada y muy afable. Por la mañana le complacía tomar una sopa de trocitos de pan o de pastel sumergidos en vino. Vivía consagrado a los placeres porque era un auténtico hijo de Epicuro, para quien el deleite sensual era la única dicha verdadera que se halla a nuestro alcance. Este *Terrateniente* era tan célebre como san Julián por su hospitalidad, y las puertas de su casa siempre estaban abiertas para todos los habitantes de su condado. Su pan y su cerveza eran lo mejor de lo mejor y nadie poseía una provisión de vino superior a la suya. En su casa jamás se carecía de pasteles de carne o de pescado, y había tal abundancia de provisiones que positivamente rebosaba de comidas, bebidas y de todos los refinados manjares que un hombre puede soñar. Había dispuesto que en su mesa se sirvieran distintos tipos de comidas según las diferentes estaciones del año. En la parte trasera de la casa había jaulas en las que se encerraban perdices y se las cebaba hasta que estuvieran bien gordas, y en el estanque abundaban los lucios y los besugos. Muy mal la pasaba el cocinero si las salsas no estaban bien sazonadas o si no era capaz de darse maña para salir airoso en cualquier contingencia imprevista. En su mansión, durante el día íntegro había una mesa tendida y dispuesta para quien quisiera sentarse a ella. Nadie se desempeñaba mejor que este *Terrateniente* cuando era designado juez, y en varias oportunidades representó, en calidad de diputado, a su condado en el Parlamento. De su cinto blanco como la leche mañanera pendían una daga y un pequeño bolso de seda. Además, había ejercido funciones de alguacil y tuvo a su cargo la tarea de verificar los recursos del condado. Sin duda alguna era un *Terrateniente* que podía ser tomado como modelo.

También formaban parte de la peregrinación un *Mercero*, un *Tintorero*, un *Carpintero*, un *Tejedor* y un *Tapicero*. Todos ellos vestían los atuendos e insignias características de sus importantes gildas. Sus atavíos eran tan prolijos y se hallaban tan esmeradamente cuidados que se hacía difícil suponer que no eran nuevos. Sus puñales no estaban guarnecidos con bronce sino con plata finísima, que también resplandecía en los cintos y en los bolsos. Cada uno de ellos exhibía el continente de un digno burgués capaz de enaltecer la sala de un ayuntamiento instalado bajo el dosel. La discreción con que se comportaban hubiera justificado cualquier proyecto de elevarlos a las funciones de ediles. Poseían capitales y ganancias suficientes y por añadidura sus mujeres declaraban que ese era un honor que les co-

¹⁴ Guillermo el Conquistador, el duque normando que invadió Inglaterra y ascendió al trono con el título de Guillermo I en 1066.

rrespondía. Y si no lo pensaban, en verdad tendrían que haberlo pensado. Que a una la llamen “señora” es algo espléndido, lo mismo que asistir a vísperas delante de todos y que un paje le sostenga el manto como si fuera una reina. Estos Artesanos llevaban consigo un *Cocinero* que se ocupaba exclusivamente de hervir pollos y tuétanos, amasar tortas y pasteles y condimentar salsas sabrosas. Aquel *Cocinero* podía distinguir, por el aroma solamente, la cerveza de Londres entre todas las demás, y era muy hábil para asar, cocer y freír, aderezar, una buena sopa espesa y hornear riquísimos pasteles. Pero a mí me pareció lamentable que padeciera de una úlcera en la rodilla. Utilizaba los mejores ingredientes para preparar el manjar blanco.

También había un *Marino* que procedía del occidente lejano; por lo que sé, era oriundo de Dartmouth. Cabalgaba como mejor podía un caballo de granja, y le llegaba hasta las rodillas una áspera capa de paño. De un cordel que le rodeaba el cuello y pasaba por debajo del brazo pendía una daga. El cálido estío había oscurecido completamente su piel; a decir verdad, era un excelente camarada. En Burdeos, mientras los mercaderes dormían, había bebido más de un buen trago de vino, tinto y blanco. Pocas eran las reglas que acataba su tersa conciencia. Si, cuando se entablaba una lucha, el barco enemigo era apresado, enviaba a sus contrincantes de regreso a su patria: los hacía caminar por la tabla.¹⁵ Pero, en habilidad para calcular las mareas, las corrientes y los peligros que podrían acecharlo, los fondeaderos y las fases de la luna, no había quien lo igualara de Hull a Cartagene, porque era un piloto excelente. A un tiempo astuto y audaz en sus empresas, su barba había sido sacudida por muchas tempestades. Conocía como la palma de la mano todos los puertos desde Gotlandia hasta el cabo de Finisterre, y también todas las radas de Bretaña y de España. Su barco se llamaba *El Magdalena*.

También nos acompañaba un *Doctor en Medicina*. Ningún ser viviente era capaz de platicar tan bien como él sobre asuntos de medicina. Como poseía sólidos conocimientos de astronomía, observaba la estrella favorable de su paciente y, con ayuda de su magia natural, determinaba cuáles eran las horas y las posiciones de los planetas propicias para hacer encantamientos y efigies mágicas. Conocía cuál era la causa de todas las enfermedades: sequedad, frío, humedad o calor. Sabía en qué sitio del cuerpo se afincaban y cuál era el elemento que las había engendrado.¹⁶

Era un médico perfecto. Una vez establecida la causa de la dolencia, sin pérdida de tiempo le administraba al enfermo la medicina apropiada. Todos sus boticarios siempre tenían prontas las drogas que prescribía, porque tanto el uno como los otros ganaban mucho dinero, y por eso los unía una antigua amistad. Era muy versado en las obras de Esculapio y también conocía a Hipócrates y a Rufo y a Dioscórides, Galeno, Hali, Rasis, Serapión, Averroes,

¹⁵ Este era un método muy utilizado por la gente de mar. Se apoyaba una tabla en la borda del barco y se obligaba al prisionero —a menudo con las manos atadas a la espalda— a caminar por ella hasta que caía al agua. De allí el sarcasmo de Chaucer. Este Marino no mataba a sus enemigos; les daba la oportunidad de regresar a su patria a nado, si podían.

¹⁶ Se suponía que el cuerpo humano está constituido por los cuatro elementos, tierra, agua, aire y fuego, mezclados en adecuadas proporciones. Se creía que la tierra era fría y seca, el agua fría y húmeda, el aire cálido y húmedo, y el fuego cálido y seco. Las enfermedades serían el resultado de un desequilibrio en uno, o en varios, de esos elementos.

Avicena, Constantino, a Bernardo el escocés y a Gilbertino. En su dieta observaba cierta parquedad, no ingería manjares superfluos por el simple placer de paladearlos, y sólo comía lo que fuera digestivo y nutritivo. No se dedicaba demasiado a la lectura de la Biblia. Llevaba ropas de color rojo vivo y gris azulado forradas de tafetas. Sin embargo, era más bien mesurado en sus gastos y atesoraba el oro que había ganado en las épocas de pestes. El oro estimula el corazón, o por lo menos eso es lo que se nos dice. En consecuencia este *Médico* experimentaba una peculiar predilección por el oro.

Iba también en nuestro grupo una digna *Mujer* de las cercanías de la ciudad de Bath, un poquito sorda, lo que era realmente deplorable. Tenía una habilidad tan extraordinaria para tejer paños que los suyos eran mejores que los de Gante y de IPres, En su parroquia entera no había ni una sola dama que, en el ofertorio, se atreviera a adelantarse hacia las gradas del altar antes que ella, pero, si alguna llegaba a hacerlo, la embargaba una cólera tal que hacía caso omiso de los límites impuestos por la caridad cristiana. Se cubría la cabeza con tocas muy finamente hiladas, y me atrevería a decir que aquellas que usaba los domingos pesaban por lo menos diez libras. Las medias eran de un lindísimo color escarlata y las llevaba bien ajustadas. Calzaba zapatos flexibles y nuevos. Su semblante era hermoso, rubicundo y de expresión audaz. Toda su vida había sido una mujer muy honesta, y lo que es más tuvo cinco maridos, y con todos se desposó ante las puertas de la iglesia,¹⁷ sin contar otros amoríos de su juventud a los cuales no viene al caso referimos ahora.

Fue tres veces a Jerusalén, conoció muchos ríos extranjeros y a todos los vadeó. Había visitado Roma y también Bolonia, Santiago de Compostela y Colonia. Por lo tanto, era muy experta en el arte de viajar. Si he de atenerme a la verdad, tenía dientes grandes y bastante separados entre sí. Montaba airoosamente un caballo con paso de andadura, y se cubría la cabeza con un sombrero tan amplio como una rodela o un escudo. Sus anchas caderas estaban envueltas por un manto muy holgado, debajo del cual asomaban los talones ceñidos con aguzadas espuelas. Le complacía charlar y reír, y conocía todos los remedios para los infortunios amorosos pues era muy versada en las antiguas reglas del arte de amar.

Nos acompañaba también un benemérito hombre que gozaba de merecido prestigio. Era el *Párroco* de un poblado, y aunque muy pobre, rico sin embargo en santos pensamientos y en buenas obras. Asimismo era muy instruido, un verdadero erudito; conocía a la perfección el Evangelio de Cristo y lo predicaba y enseñaba devotamente a sus fieles. Bondadoso y maravillosamente diligente, enfrentaba con inmensa paciencia las adversidades (y así tuvo oportunidad de demostrarlo en varias ocasiones). Se mostraba muy reacio a obligar a la gente a que le pagara los diezmos y sin duda alguna prefería distribuir entre sus feligreses pobres sus propios bienes y las ofrendas que le entregaban en Pascua, pues él mismo se contentaba con muy poco. Extensa, sin duda, era su parroquia, pero aunque lloviera y tronara jamás dejaba de visitar a los enfermos y afligidos, sin importarle que vivieran en los más remotos confines o que fuesen ricos o pobres. Siempre iba a pie llevando un cayado en la mano. Y daba a su rebaño el mejor de los ejem-

¹⁷ En aquella época, la liturgia que correspondía a la celebración de los matrimonios difería de la actual, ya que la ceremonia no se llevaba a cabo ante el altar sino en el atrio de la iglesia.

plos; primero ponía en práctica las enseñanzas divinas y después predicaba las doctrinas evangélicas. Siempre utilizaba un breve proverbio: si el oro se herrumbra, ¿qué no habrá de sucederle al hierro? Pues si un sacerdote en quien confiamos no es puro, no debe asombrarnos que el hombre común se corrompa. Y es lamentable contemplar –que lo tengan en cuenta los sacerdotes– a un pastor sucio de barro y a su rebaño blanco como la nieve. Porque el sacerdote debe dar un auténtico ejemplo, la pureza, para que su grey sepa cómo ha de vivir. Este párroco no ofrecía en alquiler sus beneficios¹⁸ y dejaba a sus ovejas empantanadas en el lodo, ni corría a Londres para ganarse fácilmente el sustento oficiando misas en memoria de acaudalados difuntos. Tampoco pretendía ingresar en ninguna orden religiosa¹⁹. Permanecía en su parroquia y vigilaba su rebaño para que ningún lobo apartara a las ovejas del camino recto. Se consideraba un pastor, no un mercenario. Aunque santo y virtuoso, jamás despreciaba a los pecadores, y sus palabras nunca eran desdeñosas ni demasiado altivas o refinadas, sino discretas, sencillas y bondadosas. Se esmeraba en que su conducta fuera imaculada para atraer a los hombres al cielo y a su Salvador. Pero, por cierto, cuando alguien se mostraba obstinado y contumaz, sin importarle que fuera de elevada o humilde condición lo amonestaba severamente. Creo que jamás existió un sacerdote mejor. No buscaba ni pompa ni gloria. Tampoco era mojigato. Enseñaba la doctrina de Cristo y sus doce apóstoles y él mismo era el primero en practicarla.

Este párroco iba en compañía de un *Labrador*, hermano suyo. Sin duda a lo largo de su vida había transportado, en el rocío de la aurora, más de una carretada de estiércol. Trabajador honesto, laborioso y cabal, vivía en paz y perfecta caridad. Y tal como le enseñaba el Evangelio, amaba a Dios por sobre todas las cosas y a su prójimo como a sí mismo. No se quejaba por los infortunios ni se solazaba en la ventura. Siempre trabajaba sin desmayo, trillaba sus granos, araba, abonaba la tierra, cavaba zanjas. Y con frecuencia ayudaba a los pobres por amor de Cristo y jamás les cobraba si podía evitarlo. Pagaba puntual y honradamente sus diezmos en el momento preciso teniendo en cuenta no sólo lo que poseía sino también sus ganancias. Cabalgaba una yegua y usaba un tabardo oscuro.

Había además un *Dispensero* un *Molinero* un *Administrador*, un *Bulero* y un *Alguacil* eclesiástico. Por último, he de incluirme a mi mismo en el grupo de peregrinos.

El *Molinero*, un individuo recio y vigoroso, de huesos y miembros enormes, sabía sacar provecho de su físico pues a menudo ganaba en las competencias de lucha el carnero que se otorgaba como premio. Este hombre tosco, musculoso y de hombros macizos se vanagloriaba de que podía arrancar una puerta de cuajo o lanzarse a la carrera y quebrarla con la cabeza. Tenía una barba roja, como el pelo de una cerda o un zorro, y ancha como un azadón. En el extremo mismo de la nariz sobresalía una verruga ador-

¹⁸ Según una práctica bastante generalizada que perduró hasta tiempos muy posteriores, ciertos párrocos “alquilaban” sus parroquias a otros sacerdotes, quienes trataban de extraer la mayor cantidad de dinero posible para abonar el “alquiler” y quedarse con algunas ganancias, mientras los titulares vivían cómodamente de esas rentas y sin preocuparse gran cosa por sus feligreses.

¹⁹ Compárese esta semblanza del Párroco con las que Chaucer nos ofrece del Monje o del Fraile mendicante, por ejemplo, ambos miembros de órdenes religiosas.

nada con un mechón de pelo tan rojo como las cerdas que brotan de las orejas de una cochina vieja. Los orificios de la nariz eran anchos y negros, y su enorme boca parecía la puerta de un horno. Llevaba un estoque y un broquel. Pendenciero y charlatán, narraba gran cantidad de historias de taberna, en su mayoría obscenas. Era experto en escamotear trigo. Lo tanteaba con el pulgar para evaluar su calidad y a continuación se quedaba con tres veces más de lo que le correspondía por trillararlo. ¡Por Dios, que el suyo era un pulgar de oro! Usaba un manto blanco y una caperuza azul. Le complacía muchísimo tocar la gaita, y al son de esa música salimos de la ciudad.

El *Dispensero* era el encargado de adquirir provisiones para la sede de una corporación de juristas. Y a todos los abastecedores les vendría muy bien tomarlo como modelo de comprador de vituallas. Jamás procedía de manera imprudente o apresurada, sea que pagara al contado sea que comprara a crédito.

Antes de cerrar trato, tenía por costumbre examinar minuciosamente las mercaderías y comparar los precios, y así obtenía pingües beneficios. ¿Y no es una maravilla de la gracia de Dios que un individuo iletrado pudiera sobrepasar la sabiduría de un nutrido grupo de eruditos? Todos sus amos sin excepción –y en aquel entonces eran más de treinta– conocían al dedillo hasta los puntos más abstrusos de la jurisprudencia. Y entre ellos por lo menos una docena hubiesen sido capaces de administrar las propiedades y las rentas de cualquier par de Inglaterra y asesorarlo sobre hasta cuánto podía gastar sin incurrir en deudas (a menos por cierto que ese par estuviera demente) o, caso contrario, indicarle cuál era la manera más eficaz de vivir ahorrativa y frugalmente. Asimismo, esos juristas eran tan expertos que podrían haber intervenido sagaz y atinadamente en todos los litigios que se ventilaran en un condado íntegro. Y sin embargo el *Dispensero* los estafaba lindamente.

El *Administrador*, viejo, irascible y flaco, se afeitaba la barba al ras, llevaba el pelo recortado a la altura de las orejas y la calvicie del extremo superior de la cabeza se parecía a la tonsura de un clérigo. Las piernas, delgadas como palos, aparentemente carecían de pantorrillas. Vigilaba sus graneros con sumo esmero y no había interventor capaz de encontrarle una falla. Teniendo en cuenta la sequía y la lluvia, calculaba con mucha exactitud la cantidad de grano que podrían producir las cosechas. Estaban enteramente confiados a su gobierno los animales de su amo, las ovejas, las aves de corral, los cerdos, los caballos, la leche y los quesos, los depósitos y los corrales. Se desempeñaba en esas tareas desde la época en que su amo contaba con muy escasos años. Tenía obligación de rendirle cuentas y lo hacía puntualmente sin demorarse jamás. Ningún mayordomo, siervo o pastor se atrevía a enfrentarlo pues el *Administrador* conocía sus artimañas y triquiñuelas. Todos aquellos que dependían de él lo temían como a la peste. Vivía en un brezal en una casa preciosa sombreada por verdes árboles. Como era mucho más hábil que su amo para hacer transacciones comerciales, se había enriquecido y atesoraba sus ganancias celosamente. Utilizaba parte de ese dinero para congraciarse con su señor haciéndole encubiertos préstamos y ofreciéndole pequeños presentes, con lo cual obtenía el agradecimiento de su amo y a veces hasta mantos y capuchas. En su juventud había aprendido un oficio útil y todavía era un diestro carpintero. Montaba un caballo tordillo que avanzaba al trotecito y se llamaba Scot. Usaba una capa bastante larga de color azulado, y una espada enmohecida. Según me enteré, vi-

vía en Norfolk, en las cercanías de un lugar denominado Baldeswell. Llevaba la túnica arremangada y sujeta a la cintura y siempre cabalgó en la retaguardia de nuestro grupo.

También había un *Alguacil*²⁰ eclesiástico, con la cara roja como la de un querubín porque estaba cubierta de granos. Tenía ojos pequeños y era tan ardiente y lascivo como un gorrión. Sus cejas eran negras y espesas y su barba muy rala. Al verlo, los niños se aterrorizaban. Según parece, no había litargirio, mercurio, azufre, bórax, albayalde ni unguento alguno capaz de curarle las pústulas de las mejillas. Mucho le gustaba el ajo, y también las cebollas y los puerros. Bebía fuerte vino tinto hasta que se le nublaba la mente y entonces empezaba a vociferar y disparatar como enloquecido. Y cuando estaba borracho no pronunciaba una sola palabra que no fuera en latín, aunque de esa lengua sólo conocía dos o tres frases que repetía sin ton ni son. Y no debe extrañarnos que las hubiera aprendido porque las escuchaba casi cotidianamente, cada vez que se daba lectura a un documento eclesiástico. Nadie ignora que cualquiera es capaz de enseñarle a un grajo a gritar “Pedrito” mejor que el papa. Pero si alguien trataba de sonsacarle para averiguar lo que sabía, comprobaba que sus conocimientos eran nulos, y su única respuesta consistía en *Questio, quid juris?* Aunque libertino, era cortés y bonachón; realmente un cordial camarada. A cambio de un cuarto de vino, y nada más, estaba dispuesto a permitir que un buen muchacho viviera en concubinato en un año entero, y hasta le concedía una dispensa. Sin embargo, era muy capaz de arrancarle hasta la última pluma a un chorlito. Y si llegaba a descubrir a un libertino con una doncella, le explicaba que en un caso como el suyo no temiera el anatema del arcediano (salvo que el alma del sujeto residiera en su bolso), porque el castigo habría de recaer en su dinero. Y decía: “El bolso es el infierno del bondadoso arcediano.” Pero yo sé muy bien que ese *Alguacil* mentía, porque un anatema tiene que inspirarle temor al culpable, ya que los anatemas matan el alma así como las absoluciones llevan aparejada la salvación. Por eso debemos cuidarnos de las excomunicaciones. Y así, gracias a la mera amenaza, el *Alguacil* tenía amedrentados a los muchachos y jovencitas de su diócesis íntegra, porque conocía todos sus secretos. Se coronaba la cabeza con una guirnalda tan grande como las que se cuelgan en las puertas de las cervecerías y, con aire de mofa, empuñaba, a manera de escudo, una torta redonda.

Este *Alguacil* cabalgaba en compañía de un *Bulero*, un ave de su mismo plumaje, quien precisamente acababa de regresar de una visita a Roma. El *Bulero* cantaba a pleno pulmón “Ven a mí, dulce amor mío”, y el *Alguacil* lo acompañaba con tonos vigorosos y profundos. Puedo asegurar que jamás trompeta alguna resonó con la mitad de la fuerza que tenían sus voces.

El pelo del *Bulero*, tan amarillo como la cera, caía suavemente como gudejas de lino. En la parte posterior de la cabeza, los rizos, delgados como colas de rata, le llegaban hasta los hombros y los cubrían por completo. Llevaba la caperuzza bien guardada en la faltriquera pues era su intención cabal-

²⁰ Un alguacil eclesiástico era un funcionario cuya tarea consistía en hacer comparecer ante los tribunales eclesiásticos a quienes cometían transgresiones que no eran penadas por la legislación común pero sí por la Iglesia. Tales alguaciles eran muy propensos a recibir sobornos de los pecadores. Por su parte, con mucha frecuencia los tribunales eclesiásticos apelaban al beneficioso recurso de castigar a los culpables imponiéndoles el pago de determinadas sumas de dinero.

gar a la última moda, con el cabello al viento y en la cabeza nada más que un gorro muy pequeñito adornado con una sagrada reliquia. Sus ojos, redondos y saltones, se parecían a los de una liebre. Su faltriquera estaba repleta de indulgencias, fresquitas, recién llegadas de Roma. Su voz era tan finita como la de una cabra, y en el mentón no crecía barba alguna, ni crecería jamás; ningún barbero podría rasurar una barbilla y dejarla tan suave como la suya. Según mi opinión aquel *Bulero* o bien estaba castrado o bien era afeminado. Pero en lo que se refiere a su oficio, puede asegurarse que desde Berwick hasta Ware no había quien lo igualara. Aseguraba que tenía en el morral una funda para almohadas hecha con el velo de Nuestra Señora, y un trocito de vela que procedía de la barca en que navegaba san Pedro cuando quiso caminar sobre las olas y Jesús tuvo que rescatarlo. También traía una cruz de metal guarnecida con piedras y muchos huesos de cerdo metidos en un relicario de vidrio. Y provisto de esas reliquias, cada vez que se topaba con un párroco de aldea crédulo y confiado, le extraía en un breve día y en dinero contante y sonante mucho más de lo que el pobre hombre ganaba en uno o dos meses. Y así, prevaricando y adulando, el *Bulero* se burlaba de los sacerdotes y de los fieles. Pero, para hacerle justicia, hay que aclarar que en la iglesia se comportaba como un digno clérigo. Leía correctamente las epístolas y narraba con suma habilidad las vidas y los hechos de los santos. Pero lo que mejor hacía era entonar un ofertorio, pues sabía muy bien que a continuación tenía que predicar y, con ayuda de su lengua meliflua, conseguir que la gente le comprara bulas y reliquias. Y por eso siempre cantaba con voz potente y jubilosa.

Ahora bien, hasta aquí les he explicado la condición y el atavío de aquellas personas, y les he dicho cuántas y por qué motivo se habían reunido en Southwark, en el prestigioso *Tabardo*, que se halla situado muy cerca de esa otra posada que recibe el nombre de *La campana*. Y me parece que ha llegado el momento de referir qué hicimos aquella noche. Después me ocuparé de relatar, paso a paso, nuestro viaje y peregrinación. Pero ante todo tengo que solicitarles que sean benévolos conmigo y que no me objeten si me expreso con claridad y sin rebuscamientos y les transmito las acciones y las palabras de aquellas personas empleando la mismas frases que utilizaron. Pues sin duda, y tal como ustedes saben muy bien, quien relata un cuento que fue narrado por otro está obligado a repetir, con la mayor fidelidad que le sea posible, todas y cada de las palabras, en caso de que las recuerde, por más groseras o indecorosas que sean, pues de lo contrario ese cuento no será fidedigno y estará colmado de cosas inventadas y de palabras y dichos mendaces. Y no tiene que titubear aunque aquel narrador sea su hermano. Si repite una palabra debe agregar las otras. Cristo mismo se expresa sin ambages, y como ustedes no ignoran en las Santas Escrituras nada hay que sea impropio. Y Platón advierte, a quienes sean capaces de entenderlo, que las palabras deben estar emparentadas con los hechos. Por último, tengo que solicitarles que me perdonen si al hablar de aquellos peregrinos cometo errores y no los enumero en el orden que corresponde a su categoría o no lo trato con los miramientos que merecen sus jerarquías, porque lo cierto es que poseo muy escaso discernimiento, cosa que ustedes no tardarán en comprobar.

Nuestro *Posadero* nos recibió espléndidamente. Asignó a cada uno un sitio en la mesa y enseguida dio comienzo la cena. Se sirvieron las vituallas más sabrosas que es posible imaginar y un vino recio que bebimos muy

complacidos. A decir verdad, nuestro posadero era un hombre realmente notable, capaz de desempeñarse como mayordomo en un palacio. Tenía ojos vivaces y brillantes y en todo Cheapside no había individuo más cabal. Se expresaba con decisión y firmeza y en sus palabras campeaban el tacto y la discreción. Es indudable que no era pusilánime, y, lo que es mejor todavía, siempre estaba de buen talante. Después de la cena y una vez que saldamos nuestras cuentas, empezó a platicar en tono festivo y entre otras cosas dijo lo siguiente:

—Señores míos, mucho me complace ofrecerles mí más cordial y sincera bienvenida. Y puedo asegurarles, y empeño en ello mi palabra, que mi casi jamás se vio tan honrada como en esta oportunidad por un grupo de personas tan distinguidas como ustedes. Había pensado en procurarles algún esparcimiento y acaba de ocurrírseme uno que no les costara nada y que según creo habrá de brindarles muchas satisfacciones. Están a punto de ponerse en camino a Cantórbery; espero que Dios bendiga este viaje y que el bienaventurado mártir los acoja favorablemente. Y no me cabe la menor duda de que ustedes se proponen pasar el tiempo platicando y bromeando pues en verdad no es nada entretenido cabalgar juntos mudos como piedras. Por lo tanto les pido que me autoricen a sugerirles una manera que considero eficaz para disipar el tedio. Y si mi propuesta les agrada, si están dispuestos a hacer lo que les aconseje y cada uno cumple con la parte que le corresponde, les juro por el alma de mi difunto padre que no habrán de arrepentirse, pues el viaje resultará placentero y jubiloso. Y si no es así, ¡que me corten la cabeza! No hace falta que agregue nada más, sólo les pido que levanten la mano quienes estén conformes con lo que he dicho.

Nos pareció que el asunto no merecía la pena que se lo debatiera sedadamente y por lo tanto le pedimos que nos explicara en qué consistía su propuesta, y que nos impartiera las instrucciones que considerara pertinentes.

—Pues bien señores míos, les solicito que escuchen mis palabras con atención y que no las traten con desdén. Para expresarlo con brevedad mi plan consiste en lo siguiente: cada uno de ustedes deberá narrar dos cuentos en el viaje de ida a Cantórbery y otros dos en la jornada de regreso. Y aquel que cuente la mejor historia, es decir la más instructiva y placentera, y que además la haya narrado con destreza, será premiado, al volver de Cantórbery, con una cena servida en esta posada y costada por todos. Y con la esperanza de que mi presencia les sirva como estímulo para sentirse cómodos y jubilosos, yo mismo me uniré al grupo, viajaré a mis expensas y les serviré de guía. Seré el árbitro, y quienes no estén dispuestos a acatar mis decisiones deberán pagar todo cuanto se gaste en el viaje. Sí están de acuerdo con mi plan, les ruego que me lo digan sin pérdida de tiempo ni de palabras, y mañana bien temprano me ocuparé de hacer los necesarios preparativos.

Por cierto que aceptamos su propuesta muy complacidos. En verdad nos comprometimos bajo juramento a cumplir lo pactado y le pedimos que fuera nuestro guía, el juez de nuestros cuentos y en síntesis nuestro árbitro general. Asimismo, le solicitamos que él mismo fijara el costo de la cena que se otorgaría como premio, y unánimemente estuvimos de acuerdo en que aceptaríamos sus decisiones sin discutir las ni ponerlas en tela de juicio. Una vez que, el asunto quedó arreglado, se sirvió más vino e inmediatamente después nos retiramos a nuestros respectivos aposentos.

A la mañana siguiente muy temprano, cuando despertaba el día, se levantó nuestro posadero y, como si fuera un gallo, nos despertó a todos. Nos reunió en un grupo y nos pusimos en marcha, cabalgando con leve prisa hasta el abrevadero de santo Tomás. Al llegar a ese sitio, nuestro posadero se detuvo, hizo beber a su cabalgadura y a continuación nos dijo:

–Y ahora, señores míos, les ruego que tengan a bien prestarme atención. Recuerden el compromiso que concertaron conmigo. Es necesario cumplir por la mañana lo que se prometió la víspera. Echemos suertes para designar a quien le tocará narrar el primer cuento, y como confío en que beberé buen vino y cerveza, me desempeñaré como juez. Quien se rebele y desobedezca pagará todos los gastos del viaje, por más elevados que sean. Antes que nada cortaremos pajas para hacer el sorteo; después nos pondremos en camino. Aquel a quien le toque el trozo más corto tendrá que empezar enseguida a relatar una historia. Por lo tanto, *Caballero*, señor mío, acérquese a mí y pruebe su suerte, porque eso es lo que yo decreto. Y venga usted también, mi señora *Priora*, y usted, señor *Estudiante*, deponga su timidez, este no es el momento más oportuno para dedicarse al estudio. ¡Vamos, adelanten todos la mano!

Inmediatamente comenzó el sorteo, y para abreviar he de decir que el destino, el azar o la casualidad quiso que fuera el *Caballero* quien tomó la paja más corta. Y todos nos sentimos muy complacidos. Por lo tanto tenía que narrar su cuento, porque eso era lo razonable y también porque había jurado cumplir lo pactado. ¿Qué más puedo agregar? Al comprobar cuál era la situación, el bondadoso caballero, impulsado por la cordura y la obediencia a cumplir con lo que había prometido con absoluta libertad, dijo:

–Puesto que es a mí a quien corresponde iniciar nuestro pasatiempo, ¡bienvenido sea el sorteo y loado sea Dios! Empecemos pues a cabalgar y presten atención a lo que voy a relatarles.

Y así fue cómo nos pusimos en camino. E inmediatamente el caballero, con apacibles y afables maneras, empezó a narrar el cuento que a continuación he de reproducir.

Referencias bibliográficas

Bibliografía obligatoria

- CHAUCER (1984), "Prólogo" a *Cuentos de Canterbury*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- DUBY, GEORGE (1985), Primera Parte, Capítulo 2: "Las estructuras sociales", en: *Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea*, Madrid, Siglo XXI, pp. 39-60.
- GUREVIC, ARON J. (1990), "El mercader", en: Jacques Le Goff (ed.), *El hombre medieval*, Madrid, Alianza, pp. 255-294.
- HILTON, RODNEY (1984), Introducción y Cap. 1: "La naturaleza de la economía campesina medieval", en: *Siervos liberados. Los movimientos campesinos medievales y el levantamiento inglés de 1381*, Siglo XXI, Madrid, pp. 7-78.
- ROMANO, RUGGIERO - TENENTI, ALBERTO (1972), Cap. 1: "La 'crisis' del siglo XIV", en: *Los fundamentos del mundo moderno*, Historia Universal Siglo XXI, volumen 12, Madrid, Siglo XXI, pp. 3-39.
- ROMERO, JOSÉ LUIS (1967), *La Revolución burguesa en el mundo feudal*, Buenos Aires, Sudamericana, (Tercera parte, Cap. 1: "Los enfrentamientos sociales"; Primera parte, Capítulo III, Punto I "Las formas de mentalidad señorial", pp. 162-187; Cuarta Parte: "La formación del orden feudoburgués. Los cambios de mentalidad", Cap. 1, 2, y 3).

Bibliografía recomendada

- DUBY, GEORGE, (1985), Tercera parte: "Las conquistas campesinas. Medios del siglo XI-fines del siglo XII", en: *Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea*, Madrid, Siglo XXI, pp. 199-342.
- FOSSIER, ROBERT (1996), Tercera Parte: "La aceleración, 1270-1520", en: *La sociedad medieval*, Barcelona, Crítica, pp. 371-477.
- KINDER, HERMANN and HILGEMANN, WERNER (1974), *The Penguin Atlas of World History. Volume I: From the Beginning to the Eve of the French Revolution*, Middlesex-New York, Penguin Books, pp. 108-211.
- ROMERO, JOSÉ LUIS (1984), Cap. I: "Introducción" y Cap. II: "Los legados", en: *La Cultura Occidental*, Buenos Aires, Legasa, pp. 7-25.

La época de la transición: de la sociedad feudal a la sociedad burguesa (siglos XV-XVIII)

Comprender el tránsito, en Europa Occidental, de la sociedad feudal (caracterizada por el predominio del trabajo servil) a la sociedad burguesa donde dominan relaciones de tipo capitalista, (caracterizadas por la separación entre trabajo y medios de producción y por la conformación de un mercado libre de trabajo asalariado) implica el análisis de una serie de etapas, marcadas por profundas transformaciones económicas y sociales.


2.1. La expansión del siglo XVI


Como ya señalamos en la unidad anterior, a partir de 1317 comenzaron a registrarse en Europa las primeras crisis cíclicas que sacudieron las bases del sistema feudal. Malas cosechas -por problemas climáticos y fundamentalmente por tierras desgastadas- se tradujeron en hambrunas y epidemias. La mortandad fue acompañada por la huida de los campesinos que abandonaban los campos. De este modo, en 1348, la peste negra cayó sobre una población ya profundamente debilitada y creó verdaderos vacíos demográficos. El problema principal fue la falta de mano de obra, de brazos que trabajasen la tierra.

La crisis del siglo XIV fue una crisis económica (llamada por algunos autores, como Eric Hobsbawm, la crisis de la “agricultura feudal”) pero fundamentalmente fue una crisis social: el debilitamiento de los vínculos de servidumbre puso en jaque las bases del poder de los señores feudales.

Los movimientos campesinos (la *Jacquerie*, en Francia en 1358, los levantamientos ingleses de 1381, entre otros menores) fueron expresión de esta crisis. Pero también el ascenso de las burguesías urbanas con la imposición de nuevas formas económicas y el predominio del dinero constituyó otra amenaza para el poder de los señores feudales.

A pesar del fuerte impacto que para las sociedades europeas significó la crisis del siglo XIV, sin embargo, trajo los gérmenes del posterior desarrollo: las transformaciones de la producción agropecuaria y de las manufacturas, la aparición de nuevas áreas comerciales y el desarrollo de los mercados locales. Incluso, el debilitamiento del poder feudal implicó la consolidación de las monarquías que se transformaron en importantes agentes económicos.

 HOBBSAWM, ERIC J. (1982): “Del feudalismo al capitalismo”, en: HILTON, RODNEY (ed): *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona, Crítica.

 Ver Unidad 1.

2.1.1. La formación de los imperios coloniales

A fines del siglo XV -tras un largo período de estancamiento- comenzaron a detectarse los primeros síntomas de reactivación que dieron origen a un proceso de expansión económica a lo largo del siglo XVI. El fenómeno más notable fue el proceso de expansión hacia la periferia iniciado por España y Portugal que culminó con la creación de dos inmensos imperios coloniales. La economía europea se transformaba en una economía mundial.

Tanto España como Portugal contaban -por distintas razones, fundamentalmente, la guerra contra los musulmanes- con poderes monárquicos tempranamente consolidados. Eran además poderes dispuestos a apoyar empresas de gran envergadura que ampliaran el horizonte económico: búsqueda de nuevas rutas y áreas de influencia, control de circuitos económicos cada vez más amplios. Los motivos pueden encontrarse tal vez en la necesidad de encontrar una salida a la tensión social, a conflictivas situaciones internas: en Castilla, por ejemplo, una nobleza de hidalgos empobrecidos esperaba que la corona les abriera la posibilidad de conseguir las tierras que no tenían. A esto se unían otros factores que posibilitaron las empresas: una buena tradición marinera, desarrolladas técnicas de navegación (la carabela se conocía desde 1440), un adecuado desarrollo en astronomía y cartografía, una favorable posición geográfica sobre el océano Atlántico.

Esta expansión hacia la periferia culminó, entre fines del siglo XV y las primeras décadas del siglo XVI, de un modo notable: en 1488, Bartolomé Díaz llegaba al sur de África, al Cabo de Buena Esperanza; en 1492, Colón a América; en 1498 Vasco de Gama a Calcuta; entre 1519 y 1520, la expedición de Magallanes realizaba el primer viaje de circunnavegación.

Tras una etapa de exploración, comenzaron los asentamientos que dieron origen a dos imperios coloniales que prácticamente se dividieron el mundo. Metales americanos, pimienta desde Oriente, esclavos desde África se transformaron en el trípode que permitieron a la economía europea transformarse en una economía mundial.

Los dos imperios tuvieron características diferentes. El portugués fue una extensa línea de puntos en la costa (puertos, depósitos, factorías) destinada a controlar el tráfico marítimo. El español, en cambio, se apoyó en la conquista de territorios y poblaciones. Sin embargo, ambos compartieron una misma concepción de la economía: se consideraba que la riqueza no se creaba, sino que se acumulaba. Era una concepción estática de la riqueza que la consideraba (como la tierra) un bien inmóvil. Era aún una concepción medieval de la economía que se expresaba en la necesidad de reservarse para sí todos los mercados y que consideraba el monopolio como la garantía para una mayor acumulación.

2.1.2. Las transformaciones del mundo rural. Agricultura comercial y refeudalización

También en Europa comenzaron a detectarse los síntomas de reanimación: aumento demográfico, desarrollo de la agricultura y de la producción manufacturera. Como señala Peter Kriedte, el primer indicio lo constituyó el crecimiento de la población.

Ver mapas sobre la expansión de Europa: 2.1. De África al Océano Índico y 2.2. La "geografía" de Colón.



MACKENNEY, RICHARD (1996): Capítulo II: "Los síntomas de la expansión", en: *La Europa del Siglo XVI*, Madrid, Akal.





KRIEDTE, PETER (1986): Capítulo I: “La época de la revolución de los precios”, en: *Feudalismo tardío y capitalismo mercantil*, Barcelona, Crítica.

Ya a partir de mediados del siglo XV comenzaron a aflojarse los controles demográficos. Si durante la crisis, una de las formas de mantener una adecuada proporción entre población y alimentos había sido mantener alta la edad de los casamientos y favorecer el celibato, estos mecanismos comenzaron a aligerarse: decrecía la edad de los matrimonios -lo que era signo de tierras disponibles, de que las nuevas familias podían tener una fuente de ingresos- y esto se traducía en un aumento de tasa de natalidad. Hacia el siglo XVI, la población europea había alcanzado nuevamente los niveles anteriores a la crisis del siglo XIV; sin embargo, había cambios: el mayor crecimiento de la población se concentraba en las regiones del oeste y norte de Europa, en detrimento de las regiones del Mediterráneo. Es un dato que el eje económico europeo estaba comenzando a cambiar.

El crecimiento demográfico exigía una mayor producción de alimentos, fundamentalmente cereales. Como consecuencia, otra vez se roturaron tierras que habían sido abandonadas y se expandió la superficie cultivada. Pero los cambios también se registraron en las formas que asumía la organización de producción. Como señala Kriedte, la organización de la producción comenzó a desarrollarse en formas divergentes en Europa Occidental y en Europa Oriental. Los polos más extremos fueron, por un lado, Inglaterra, donde se desarrolló una agricultura comercial con incipientes relaciones capitalistas; por otro, Polonia y el oriente de los territorios alemanes en donde la expansión agrícola se realizó sobre el reforzamiento de la servidumbre feudal.

En algunas regiones, la necesidad de expandir los campos de cultivo entró en contradicción con las características que la producción agropecuaria había adquirido tras la crisis del siglo XIV: los campos de labranza que habían quedado vacíos se habían convertido en tierras de pastoreo. En Inglaterra, las tierras se transformaron en pasturas dedicadas a enormes rebaños de ovejas cuya lana era el principal abastecimiento de las manufacturas del continente. Como Tomás Moro denunciaba en *Utopía*, “las ovejas se comían a los hombres”. La necesidad de conciliar la alimentación de los hombres con la alimentación de los animales reforzó el sistema de *explotación agropecuaria rotativa*. Las tierras de labranza eran transformadas periódicamente en praderas, para convertirlas después en campos de labor. La roturación periódica y el estiércol mejoraron además la calidad de la tierra.

Este sistema tuvo un profundo impacto en el mundo rural: comenzó a transformar la antigua estructura de la aldea campesina, con su antigua organización basada en campos abiertos (*open field*) y trabajo comunitario.

En efecto, la rotación agropecuaria, es decir la combinación de agricultura y pastoreo, era sólo posible en campos aislados o cercados. Era necesario entonces dar un nuevo diseño a las tenencias: concentrar y unificar las pequeñas parcelas para aumentar su eficiencia económica. Los promotores de los *cercamientos* fueron principalmente los grandes terratenientes que podían exigir precios de arrendamientos más altos en las tierras cercadas. A pesar de que en la nueva redistribución de la tierra se debían respetar los derechos proporcionales anteriores, para los campesinos la suerte



Ver Unidad 1..

fue dispar. Algunos pudieron aprovechar la situación y transformarse en arrendatarios, incluso, arrendatarios ricos. Pero para la mayor parte la única salida, ante la pérdida de la tierra, fue transformarse en trabajadores asalariados. En síntesis, las leyes del mercado comenzaban a modificar la sociedad agraria inglesa.

En la zona centro-oriental de Europa, en particular en Polonia, también hubo una importante expansión del cultivo de cereales, que se destinaban a la exportación. Para ello, los cereales eran trasladados en balsa por el río Vístula hasta Danzing, el principal puerto de Báltico. Los grandes señores eran quienes impulsaban esta agricultura con destino al mercado: para aumentar la producción y obtener el excedente exportable multiplicaron entonces los censos e intensificaron las cargas serviles sobre los campesinos. Sin embargo, esto no fue una simple vuelta al pasado. Este reforzamiento de la servidumbre se dio dentro de un tipo de economía que se organizaba ya no en función del señorío sino en función del mercado de exportación.

Entre ambos polos -agricultura comercial y refeudalización- se registraba una gran variedad de situaciones intermedias donde se combinaban viejos y nuevos elementos. En el sur de Francia, por ejemplo, se difundió el sistema de *aparcería*, en donde el terrateniente le entregaba tierras a un campesino, le adelantaba la semilla, el costo de los útiles de labranza e incluso lo necesario para la manutención de la familia a cambio de la mitad de la producción en bruto. Era un sistema donde elementos nuevos como el arrendamiento se confundía con antiguos vínculos sociales y que fácilmente -tal como en muchos casos ocurrió- podía deslizarse a un tipo de relación feudal.

Pero a pesar de la existencia de situaciones diversas, la organización de la expansión agrícola en dos polos divergentes fue la principal característica de la expansión del siglo XVI. En sus contradicciones -como veremos más adelante-, algunos autores encuentran alguna de las claves de la “crisis” del siglo XVII.

2.1.3. Las transformaciones de las manufacturas y el comercio. Capital mercantil y producción manufacturera

La crisis del siglo XIV había afectado menos a la economía manufacturera que a la agricultura. Se habían visto trastocadas las industrias de lujo, organizada en rígidas corporaciones, dedicadas a elaborar -como los paños de Florencia- productos de alto precio y calidad, dirigidos a un mercado restringido, pero no había perjudicado a la industria domiciliaria rural, que se basaba en la capacidad para tejer de la familia campesina.

Y este tipo de industria domiciliaria habrá de sentar las bases de la expansión manufacturera del siglo XVI.

Las manufacturas fueron reactivadas por el aumento de una demanda que surgía del crecimiento de la población y de los mercados que nacían con la expansión de ultramar. La principal manufactura continuó siendo -con excepción de algunos casos regionales- la producción textil, que llena una necesidad humana básica después de la alimentación. Sin duda el autoabastecimiento era aún muy alto en una sociedad donde el mundo rural seguía siendo dominante, pero el aumento de la demanda y la diversificación de la sociedad permitió el desarrollo de las *new draperies*, géneros relativamente baratos hechos con lana cardada. Estos desarrollos permitieron además consolidar y colocar en un primer plano a formas organizativas de la

2.3. : Residencia señorial en Francia a comienzos del siglo XVIII



Ver Unidad 1.



producción que ya se ubicaban claramente fuera de las antiguas corporaciones medievales.

En efecto, en las pequeñas ciudades, en el campo se afianzó el *sistema de trabajo a domicilio*. Eran pequeños productores que dependían de un comerciante que los abastecía de materia prima, les otorgaba crédito y luego recogía el producto para distribuirlo muchas veces en mercados muy distantes. En síntesis, era el capital mercantil el que organizaba y dominaba la producción.

La expansión del comercio fue otra de las características de este período. El mercado de ultramar transformó, como ya señalamos, al mercado europeo en un mercado mundial, en el cual holandeses e ingleses comenzaron a disputar a Portugal su predominio en Oriente. Se trataba todavía de un comercio que mantenía características tradicionales: especias y metales preciosos, es decir, productos de precio alto, dirigidos a una demanda restringida. Sin embargo, en algunas regiones, como en el Báltico y en el Mar del Norte, el comercio comenzaba a adquirir características modernas: ganado, cereales, textiles, es decir, productos de mayor volumen y bajo precio, dirigidos a una demanda masiva. El intercambio también reflejaba los cambios más profundos de la esfera económica.


La expansión del siglo XVI se daba, sin embargo, dentro de marcos que aún eran predominantemente rurales. La imposibilidad de romper con estos marcos llevó a este proceso expansivo a encontrar sus propios límites. Como veremos, la “crisis” del siglo XVII, al borrar estos obstáculos creó las condiciones para el advenimiento del capitalismo.

2.2. El Estado absolutista y la sociedad

2.2.1. La formación del Estado Absolutista

La crisis del siglo XIV, al debilitar el poder feudal, favoreció no sólo la consolidación territorial de los reinos sino también el fortalecimiento del poder de los reyes, poder que tendió cada vez más hacia el modelo de la *Monarquía Absoluta*. Según este modelo, que se afianzó en los siglos XVI y XVII, el poder del rey debía situarse en la cúspide de la sociedad, sin ninguna otra instancia a la que se pudiera apelar. Dentro de las monarquías feudales -pese a la fragmentación del poder- siempre había permanecido la idea de una última instancia un poco imprecisa, el Papa o el Emperador, que además controlaba y legitimaba ese poder real. Dentro de la nueva concepción de la monarquía, la idea de esta instancia superior desaparecía: por encima del rey sólo se encontraba Dios. Los límites al poder monárquico solo podían ser puestos por las leyes de la naturaleza o por las leyes divinas. El modelo finalmente fue organizado en su forma más precisa por Jacques Bossuet (1627-1704) quien formuló *la teoría del origen divino del poder real*.

Este aumento del poder de los reyes había surgido de una situación de hecho; era necesario, por lo tanto, consolidarlo y legitimarlo. Para ello, las monarquías encontraron un formidable instrumento en el viejo derecho romano. Este derecho que regía las relaciones entre el Estado y sus súbditos otorgaba a los reyes la base de su soberanía: la *lex*. Tal como formuló este principio, otro de los teóricos del absolutismo, Jean Bodin, a fines del siglo XVI, el rey era soberano por su facultad para hacer leyes, y hacerlas cumplir.

◀  SCHIERA, PIERANGELO (1987), “Absolutismo”, en: BOBBIO., NORBERTO Y MATTEUCCI, NICOLA, *Diccionario de Política*, Volumen I, México, Siglo XXI.

Mediante la legislación, los reyes podían modificar costumbres y tradiciones, borrar el viejo derecho consuetudinario que regía a la sociedad e imponer nuevas condiciones.

Al mismo tiempo que la soberanía se fundamentaba en la capacidad para legislar, el poder real perdía sus atributos personales: el rey personificaba al Estado. Sus acciones debían encaminarse de acuerdo con criterios y normas de comportamiento político según el principio de la “razón de Estado” que había formulado el florentino Nicolás Maquiavelo (1469-1527) en *El Príncipe*. El objetivo era alcanzar “la felicidad del reino” entendida como la prosperidad y la seguridad de todos los súbditos.



ANDERSON, PERRY (1985), Capítulo I, “El Estado Absolutista en Occidente”, en: *El Estado Absolutista*, Madrid, Siglo XXI, pp. 9-37.

El funcionamiento del Estado Absoluto necesitaba también de instrumentos adecuados: organizar los impuestos, el aparato burocrático, los ejércitos y la diplomacia. De allí las innovaciones institucionales que comenzaron a registrarse desde comienzos del siglo XVI. En primer lugar, se organizó un nuevo sistema fiscal y fundamentalmente, la recaudación de impuestos: la talla (dedicada al mantenimiento de los ejércitos) y los impuestos indirectos que gravaban el tabaco, el vino y la sal. La cuestión no fue simple. Las necesidades crecientes del Estado llevaron a que los impuestos aumentaran constantemente a lo largo de este período. La situación más difícil fue para los campesinos ya que, muchas veces, los impuestos reales se sumaban a los censos señoriales. De allí las constantes sublevaciones que tuvieron como objeto de su ira al recaudador real.

También fue necesario organizar un aparato burocrático. Pero el Estado, con necesidad creciente de recursos, lo organizó a través de la venta de cargos. Los cargos eran comprados tanto por la pequeña nobleza, que aspiraba a las compensaciones monetarias; como por la burguesía, que encontró en la compra de cargos una forma de ascenso social: fue una vía para acceder al ennoblecimiento, para integrar la nobleza de toga, responsable de la burocracia estatal. Esta mercantilización de la función pública, implicó para la monarquía un beneficio doble: obtener recursos, pero además, romper las viejas alianzas, alejar del manejo del Estado a la conflictiva nobleza de sangre o de espada y asegurarse la lealtad de funcionarios que debían al rey y sólo al rey- las posibilidades del ascenso social.

La necesidad permanente de recursos se debía fundamentalmente a la necesidad de mantener los ejércitos, integrados en su gran mayoría por soldados mercenarios extranjeros, que preferentemente ni la lengua del país conocieran. Se consideraba que esto -la imposibilidad de comunicación- ayudaba a una de las funciones que estos ejércitos debían desempeñar: aplastar las sublevaciones campesinas. Además de mantener el orden interno, la función de estos ejércitos era sostener las guerras externas. Los siglos XVI y XVII fueron épocas de constantes conflictos entre los distintos Estados. Esto encuentra su fundamento en esa concepción estática de la riqueza, expresada en el mercantilismo, que consideraba que ésta -como ya señalamos- no se producía sino que se acumulaba. Esta concepción se traducían

en políticas belicistas: la forma más rápida y legítima de obtener recursos era conquistar territorios y poblaciones sobre las que aplicar el fisco. Tales son por ejemplo, los objetivos de las interminables guerras que sostuvieron en Italia, el emperador Carlos V y Francisco I de Francia y que continuaron sus herederos (1522-1559); la anexión de Portugal hecha por Felipe II de España, y las guerras mantenidas por Luis XIV en función del principio de las “fronteras naturales” (1667-1697). Como señala Perry Anderson, los Estados Absolutistas eran “maquinarias construidas para el campo de batalla.”


La diplomacia, que adquirió estabilidad en este período, se constituyó en el complemento pacífico de la guerra. Pero su objetivo continuaba siendo el mismo: la anexión de territorios. Este objetivo se alcanzaba a través de alianzas que asumían principalmente la forma de alianzas matrimoniales. A partir de una concepción que consideraba aún al territorio como patrimonio de una dinastía era posible mediante adecuados matrimonios incorporar nuevas tierras a la corona. En este sentido, el Imperio de Carlos V fue el producto más notable del sistema de alianzas matrimoniales.

¿Qué papel cumplió el Absolutismo en este proceso de tránsito hacia el capitalismo? Como señala Perry Anderson, tras una aparente modernidad, el Estado absoluto se organizó según una racionalidad arcaica. En última instancia, su función fue proteger a una nobleza amenazada por la sublevación campesina y el ascenso de la burguesía. Es cierto que, dentro de los marcos del Estado Absoluto, la nobleza perdió su vieja función política, pero pudo mantener intacta su posición económica y sus privilegios sociales. Si una nobleza debilitada no podía contener la liberación campesina ni obtener nuevas tierras, estas funciones corrieron por cuenta del Estado. Dicho de otra manera, el Estado Absoluto fue la última forma política que adquirió el feudalismo, sólo que el punto de referencia ya no fue el señorío sino que se amplió a los marcos territoriales del reino. Según Anderson, “La dominación del Estado Absolutista fue la dominación de la nobleza feudal en la época de la transición al capitalismo. Su final señalaría la crisis del poder de esa clase: la llegada de las revoluciones burguesas y la aparición del Estado capitalista”.

2.2. Las resistencias al Estado Absolutista: sublevaciones campesinas y revoluciones burguesas

El Estado Absolutista constituyó básicamente un modelo al que las distintas monarquías intentaban acercarse lográndolo con distintos grados de éxito. En rigor, la coincidencia con el modelo nunca fue total por la existencia de poderosos obstáculos. Cuerpos como los Estados Generales (que representaban a los tres órdenes: el clero, la nobleza y el estado llano), en Francia; las Cortes, en España; el Parlamento, en Inglaterra, constituían límites al poder real. Estos cuerpos estaban todavía muy lejos de ser instituciones representativas de carácter moderno; por el contrario, tenían aún un fuerte espíritu medieval: constituían, en última instancia, la institucionalización del “consejo” que los vasallos debían prestar al señor. Aún la designación de Pares dada a la alta nobleza guardaba la memoria de la imagen del rey como el “primero entre los iguales”. En este sentido, constituían un fuerte obstáculo a la consolidación del absolutismo.

Es cierto que, a lo largo del siglo XVI, las monarquías se impusieron sobre esos cuerpos: en Francia, los últimos Estados Generales, antes de la

 Ver Unidad 1.

DI SIMPLICIO, OSCAR (1989): Segunda parte, Capítulo II: "Las revueltas en Francia", en: *Las revueltas campesinas en Europa*, Barcelona, Crítica, pp. 67-94.



Revolución Francesa (1789), se reunieron en 1615; en España, antes de las guerras napoleónicas, las últimas cortes se reunieron en 1665; en Inglaterra, la corona disolvió al Parlamento en 1629. Pero no podía borrarse fácilmente la larga tradición que señalaba que el monarca debía gobernar con el consejo de los grandes nobles, de los pares del reino. Esta cuestión de la participación de la nobleza en el poder se hacía evidente, sobre todo, en los períodos de minoridad del rey: el reino quedaba a cargo de un Regente, muchas veces tío del monarca, asesorado por un Consejo Real. Cuando el rey alcanzaba su mayoría de edad, resultaba muy difícil quitar a los nobles esa participación que habían tenido en el poder.

Pero los límites al Estado Absolutista también se debieron a las resistencias que partían de la sociedad: nobles que pugnaban ante la pérdida de su poder político, pero fundamentalmente campesinos sublevados y burguesías que resistían a favor de las autonomías urbanas. En 1548, por ejemplo, estalló la "gran sublevación" de la Guyena que unió a 10.000 campesinos. Ante un nuevo impuesto que cargaba la sal, elemento vital para la economía doméstica, los sublevados pusieron en fuga a los recaudadores reales y sitiaron las ciudades en las que se refugiaron; algunas de estas ciudades, como Burdeos, incluso fueron tomadas y los cuerpos destrozados de los recaudadores arrojados al río. La represión no se hizo esperar: se apresó a los cabecillas, se los juzgó y ajustició y se quitaron las campanas de las aldeas.

Como señala Oscar Di Simplicio, esta sublevación campesina puede considerarse un "modelo" ya que presentó todos los elementos que caracterizaron las revueltas posteriores, incluso fuera de Francia: malestar social, fiscalidad en aumento, frente unido de aldeas en lucha, cabecillas de diferente extracción social, hostilidad a la burguesía y a la ciudad en su conjunto, y por último, represión de la corona.

También las burguesías resistieron. Dentro de ese "feudalismo reorganizado" que fue el Estado Absoluto, la burguesía también pudo consolidar sus posiciones, dentro de los límites que imponía una sociedad mayoritariamente rural. El crecimiento del comercio a través de las empresas coloniales y las compañías mercantiles, el desarrollo de las manufacturas, las nuevas formas de inversión creadas por el mismo Estado fueron los medios por los que la burguesía pudo imponer al dinero, cada vez más, como medida de la riqueza. En este sentido, el resurgimiento del derecho romano también puede vincularse con el ascenso de la burguesía. En efecto, ésta había puesto en marcha un tipo de economía que difícilmente se ajustaba al viejo derecho consuetudinario. En cambio, el derecho romano proporcionaba principios, como el de propiedad privada absoluta, que se ajustaba más adecuadamente a sus actividades.

Pero el Estado Absolutista también imponía límites. Dentro de una concepción centralizada del poder no había márgenes para ningún tipo de autonomía, ni para los señoríos, ni para las ciudades. De allí, las sublevaciones burguesas en defensa de los privilegios urbanos. Pero también dentro de las ciudades, el abuso de poder de las oligarquías urbanas era factor de conflicto: artesanos y pequeños comerciantes exigían una mayor participación. De este modo las revueltas urbanas -como la de Bourdeos en 1635, Rouen y Caen en 1639 o de Moulins en 1640- tuvieron una composición diversificada. El dominio numérico era, sin duda, de los sectores populares urbanos, pero también participaban miembros del clero, intelectuales, burgueses acaudalados e incluso algunos miembros de la pequeña nobleza. En

estas revueltas, como en el caso de las sublevaciones campesinas, el conflicto social estaba presente, pero el componente político constituía su signo distintivo.

Los resultados de estas resistencias sociales señalaron caminos divergentes para las monarquías en Francia y en Inglaterra. En Francia, el movimiento conocido como *La Fronde*, que estalló en París a partir de 1648, y que pronto se extendió a otras provincias, sumó distintas protestas: desde las resistencias de la nobleza ante el aumento del poder monárquico hasta el descontento generalizado de campesinos, burguesía y sectores populares urbanos por los altos impuestos destinados a saldar las deudas contraídas durante la Guerra de los Treinta Años. El movimiento, que creció alentado por los sucesos que estaban ocurriendo en Inglaterra, alcanzó una magnitud sin precedentes hasta que finalmente fue sofocado por los Ejércitos reales. Como resultado, el poder del rey quedó indudablemente fortalecido.


En Inglaterra, en cambio, el proceso fue inverso. Los intentos de implantar una monarquía absoluta durante los reinados de Jacobo I y de Carlos I -sumados a los conflictos religiosos- provocaron una agitación social que desembocó en una guerra civil, en la que Carlos I fue derrotado, tomado prisionero y ejecutado (1648). Durante un período, gobernó Oliverio Cromwell como Lord Protector y se instauró la República, iniciando un período que asentó la futura supremacía marítima y comercial de Gran Bretaña al firmarse las Leyes de Navegación (1651) que protegía los intereses navales ingleses.

Si bien posteriormente se restauró la monarquía con Carlos II, durante el gobierno de su sucesor, Jacobo II, volvieron a reanudarse los conflictos entre el monarca y el Parlamento. Tras la “gloriosa revolución” (1688), los nuevos monarcas, Guillermo y María, debieron aceptar la Declaración de Derechos. Allí se establecía que el rey debía pertenecer a la Iglesia anglicana y que no podía convocar ejércitos, ni establecer o suspender leyes o cobrar nuevos impuestos sin autorización del Parlamento. En síntesis, se establecieron los principios de la *monarquía limitada*, sobre la que construyó su teoría política el filósofo inglés John Locke (1632-1702), y que se transformó en modelo para aquellos que lucharon contra el poder absoluto de los reyes.


Y en estos caminos divergentes que recorrieron Francia e Inglaterra puede encontrarse una de las claves de la evolución posterior que configurará el carácter de las “revoluciones burguesas”.

2.2.3. Aristocracias y burguesías. La corte y la ciudad

En donde pudieron controlarse las resistencias, como en el caso de Francia, la monarquía quedó fortalecida y el poder del rey consolidado. La nobleza mantuvo su dominio económico y su prestigio social pero perdió, como señalamos, poder político. Fue alejada de las regiones donde tenía peso e influencia: en las provincias habían sido reemplazados por los *intendentes*, funcionarios que hacían sentir la autoridad monárquica. Sin sus viejas funciones, la nobleza fue reducida a cumplir un papel ornamental en la *corte* del rey. En efecto, desde 1664, en Francia, la Corte de Luis XIV se había instalado en Versalles, donde culminó la representación del poder absoluto. La otrora turbulenta nobleza francesa aparecía allí encerrada -como señala Robert Mandrou- en una jaula de oro pero encerrada al fin, girando alrededor de la persona del rey en una serie de ceremonias que regían la vida cotidiana.

◀  RUDÉ, GEORGE (1981), Tercera Parte, Capítulo I: “La revolución inglesa”, en: *Revolución popular y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica, pp. 105-123.

▶  Ver Unidad 3.

◀  MANDROU, ROBERT (1966): “La Francia moderna y contemporánea”, Primera Parte, Cap. V. Punto B. “El rey. Versalles”, en: DUBY, GEORGE y MANDROU, ROBERT; *Historia de la civilización francesa*, México, Fondo de Cultura Económica.

Ver imagen 2.4. Luis XIV y la nobleza cortesana.



Todas ellas estaban regladas por la etiqueta hasta en sus más mínimos detalles. El rey, en el centro de la corte, ofrecía un espectáculo con los mayores nombres de la nobleza de Francia atento a sus gestos, a sus menores deseos.

Escuchar tema musical 2.5. *Les folies d'Espagne* de Lully, Jean-Baptiste (1632-1687).



También los días transcurrían entre fiestas, llamadas los Placeres de la Isla Encantada, funciones de ballet, y representaciones teatrales. Porque la corte era también el mundo de Lully, nombrado intendente de música real, de Racine y de Molière.

Ver imagen 2.6. Representación de *El Enfermo Imaginario* de Molière en los jardines de Versalles.

Y todo este espectáculo cumplía un importante papel: la vida de la corte debía dar una imagen de ocio y felicidad permanente, debía mostrar un mundo atemporal, no alterado por el cambio.

¿Qué función cumplía entonces la corte? En primer lugar, dotaba a la monarquía del brillo necesario para reforzar la idea de absolutismo. En segundo lugar, alejaba a la nobleza de la función política, pero al mismo tiempo mostraba su superioridad colocándola en un mundo inaccesible para el resto de la sociedad. Por eso la vida en la corte era un espectáculo que se desarrollaba como en un escenario: el público estaba constituido por el resto de la sociedad.

En rigor, la corte constituía el símbolo más claro de la sociedad estamental, en la que cada persona -por nacimiento o por privilegio- ocupaba un lugar determinado por sus vínculos con el poder, los fundamentos materiales de su existencia, y por el *honor*, es decir, un prestigio específico.



DULMEN, RICHARD (1984): Capítulo 2: “La sociedad estamental y el dominio político”, en: *Los inicios de la Europa moderna (1550-1648)*, Madrid, Siglo XXI, pp. 92 hasta 134.

Indudablemente, cada estamento (nobles, burgueses, campesinos) conocía una profunda diferenciación interna; sin embargo, a cada estamento le correspondían símbolos sociales propios -expresados en costumbres, moral, indumentaria, sociabilidad- que mantenían su cohesión y los separaba de los demás.

Los nobles integraban el estamento dominante, caracterizado por el privilegio. Pero la nobleza cortesana, la alta nobleza, constituía una minoría estrictamente delimitada. Por debajo, podía situarse la nueva nobleza togada -que si bien ascendía política y socialmente no era aún reconocida plenamente por la vieja nobleza de sangre-, y fundamentalmente, la amplia capa de la baja nobleza o nobleza rural. Y en este último grupo se expresó con claridad lo que algunos autores definieron como “la crisis de la aristocracia”. En efecto, muchas familias nobles se encontraban empobrecidas y endeudadas. Sin embargo, esto no significaba que no pudieran sustentarse con las rentas de sus tierras. Sus problemas radicaban en el imperativo de la ostentación, imperativo que surgía de las reglas estamentales y que frecuentemente excedía sus posibilidades materiales. En este sentido, la racionalidad de la vida nobiliaria era radicalmente diferente a la de la burguesía: el honor era para el noble más importante que la acumulación de riqueza.

2.7. Las formas de vida nobiliaria: la partida de caza: Antoine Watteau (1684-1721): *Partida de caza* (óleo), Colección Wallace, Londres.



En Europa occidental, Francia constituyó tal vez el modelo más acabado de sociedad estamental. Sin embargo, el fenómeno no fue exclusivamente francés. En España, por ejemplo, la capa más alta de la nobleza, los “grandes” constituían una poderosa minoría; por debajo, los caballeros e hidalgos constituían una baja nobleza, muchas veces, empobrecida. Los hidalgos tuvieron un papel importante en la creación del imperio colonial, para tratar de conseguir en ultramar lo que en España les era negado: recursos que le permitieran una vida adecuada a los códigos del honor que su condición de nobles le imponía. Algunas diferencias se presentaban en Inglaterra: si bien la alta nobleza pasó a depender de los cargos cortesanos, la nobleza rural, la *gentry*, se mostró abierta al mundo burgués y comenzó a monopolizar progresivamente el poder del Estado.

Si el escenario de la nobleza era la corte, el escenario de la burguesía fue el mundo urbano: en la ciudad procuró crear el ámbito donde disfrutar y hacer ostentación de su riqueza. Es cierto también que la burguesía constituía un estamento profundamente diversificado: la profesión, el patrimonio, el origen, el poder que se ejercía en la ciudad definían la posición que cada uno debía ocupar. Muchos compraban tierras y procuraban imitar las formas de vida de la nobleza. Sin duda, en la cúspide de la sociedad burguesa se ubicaban las viejas oligarquías urbanas, los patricios, aunque las jerarquías sociales no coincidieran necesariamente con la situación económica: había comerciantes más ricos que los patricios, maestros artesanos más acaudalados que los comerciantes, empresarios independientes (beneficiados por el sistema domiciliario rural) que obtenían más beneficios que los que pertenecían a un gremio. Y esa sociedad incluía un grupo cada vez más numeroso de juristas y notarios, la base de una burguesía “letrada”.

Fueron los ricos burgueses quienes transformaron a la ciudad en el escenario de la ostentación de sus riquezas. Desde muy temprano, los ejemplos pueden encontrarse en las ciudades de Italia. Ya desde el siglo XV, Florencia, bajo el mecenazgo de los Médici, comenzó a ser poblada de obras de arte: monumentos, iglesias y palacios; pinturas, esculturas y objetos de singular belleza. Pero también los Visconti y los Sforzas en Milán, los Malatesta en Rimini, los Este en Ferrara, los Gonzaga en Mantua estimularon el desarrollo de un arte que también configuraba el modelo del hombre espiritual de gustos refinados. Desde comienzos del siglo XVI, se transformaba Venecia bajo la influencia de singulares arquitectos que dejaron su sello en iglesias y en los palacios del patriciado, decorados con las pinturas de Ticiano. Y muy rápidamente el movimiento se extendió a otros países europeos: en España, en Francia, en Inglaterra, en Alemania comenzó también el movimiento de renovación.

Este movimiento fue denominado, por algunos historiadores del siglo XIX, como Jules Michelet y Jakob Burckhardt, *Renacimiento*. Desde su perspectiva, el fenómeno constituía una ruptura. Se consideraba que, tras la “larga oscuridad” del medioevo -el mismo término de Edad Media, de período intermedio entre dos momentos significativos, Antigüedad y la Edad Moderna, señala la insignificancia que se le otorgaba- el Renacimiento señalaba el despertar de la cultura antigua. Sin embargo, resultan indudables los orígenes medievales del movimiento “renacentista”. Lo cier-

BURKE, PETER (1993), *El Renacimiento*, Barcelona, Crítica.



to es que en esa búsqueda de disfrute del lujo, de placeres más refinados, en la expresión de la subjetividad del mundo interior -que se manifiesta en el papel de la sonrisa en la *Gioconda* de Leonardo da Vinci-, en la combinación de lo racional y lo sensible parecen culminar esos rasgos de esa mentalidad burguesa que había empezado a conformarse desde el siglo XI.

Ver Unidad 1.



Esa mentalidad burguesa, que espontáneamente se había comenzado a conformar desde el siglo XI, como respuesta a los nuevos desafíos que planteaba el entorno, parecía cobrar conciencia de sí misma. Se comenzaban a aceptar las nuevas formas de vida, pero ante la búsqueda del goce y el naturalismo implícito, también se impusieron frenos. De allí que el tema de la dignidad del hombre se convirtiera en uno de los temas predilectos de los filósofos del “Renacimiento:” a diferencia del hombre vulgar, el hombre sabio y educado era dueño de su conducta, podía vivir la euforia profana con la condición de que supiese ponerse límites. De allí, como señala José Luis Romero, el “enmascaramiento” que ocultaba las últimas implicaciones de las formas de vivir y de pensar.



ROMERO, JOSÉ LUIS (1987): Capítulo II: “Teoría de la mentalidad burguesa” y Capítulo II: “Los contenidos de la mentalidad burguesa”, en: *Estudio de la mentalidad burguesa*, Buenos Aires, Alianza, pp. 26-137.

Ver imágenes 2.13. D. Teniers: *La galería del archiduque Leopoldo* (siglo XVII), Museo Lázaro Galdiano, Madrid, y 2.14. Diego Velázquez: *Las Meninas* (1665), Museo del Prado, Madrid.



Se admitía que un pintor -como lo hicieron Rafael, Durero o Rubens- mostrara desnudos con la misma sensualidad con la que Boccaccio describía el cuerpo de una campesina. Sin embargo, había un enmascaramiento físico, en la medida en que se diluían un poco esos desnudos. Pero el enmascaramiento también tomó otra forma más sutil, la advocación de lo sobrenatural que apenas ocultaba lo natural: la figura de la mujer sensual era una Virgen amamantando al niño.

El movimiento renacentista también reflejaba el desarrollo de las sociedades. Mientras Tiziano o Rubens hicieron un despliegue de efusión erótica, mientras Rembrandt pintaba sólo burgueses, en España, donde la transformación burguesa era más débil, Goya pintaba figuras ascéticas y Velázquez retrataba a reyes y señores o enanos, jorobados y locos, es decir, -volveremos sobre esto- el submundo de una sociedad polarizada. Pero lo cierto es que, en general, el movimiento indicaba un momento de reflexión sobre la trascendencia de los cambios y sobre sus implicaciones. Y la ciudad fue, como ya señalamos, el espacio idóneo para sus manifestaciones. Pero la ciudad también fue el ámbito de la pobreza y de la marginalidad.

Ver imagen 2.8. La calle Quincampois a comienzos del siglo XVIII (dibujo anónimo).



Una cultura festiva que celebraba la alegría de vivir convivía con las Guerras de Religión, con las sublevaciones populares, y sobre todo, con la Guerra de los Treinta Años, cuya violencia y sus secuelas se hicieron sentir de diferentes maneras. Y sobre todo convivía con la pobreza, la criminalidad y la discriminación social. Las transformaciones de la agricultura habían empujado a muchos a la vagancia, mientras el número de pobres aumentaba notablemente. En todas las regiones existían mendigos y vagabundos, en particular, en Inglaterra, a causa de los cercamientos y, en Francia, a causa

de las guerras. Sin embargo, fue España el país de la vagancia por antonomasia y donde se le mostraría además el más alto grado de tolerancia. Donde el trabajo físico se consideraba denigrante, los mendigos trataban de vivir de la abundancia de los ricos que a su vez necesitaban de la mendicidad para demostrar su rango social, ya que dar limosna era consustancial a la ostentación. De este modo, parece conformarse una sociedad parasitaria -favorecida en el siglo XVI por la afluencia del oro americano- en donde hasta los mendigos podían tener un sirviente. ¿Acaso *El Lazarillo de Tormes* era algo diferente la situación que se retrata?

De este modo, en Europa occidental, la vagancia y la marginalidad se transformaron en fenómenos absolutamente normales. Y de allí surgió un grupo abigarrado y de ningún modo homogéneo de aventureros, artistas, saltimbanquis, soldados mercenarios licenciados, peregrinos, buhoneros, gitanos y mendigos provenientes de las clases más empobrecidas e incluso de marginales proscritos que constituían un mundo particular con sus propios códigos, su lengua y su cultura. Los hombres eran en él mayoritarios, aunque el número de mujeres tampoco era despreciable. Y la frontera entre la pobreza y la vagancia y entre la vagancia y el delito se volvía cada vez más tenue. Algunos grupos alcanzaban un alto grado de cohesión como las bandas de ladrones o las “hermandades” de mendigos especializadas en diferentes tipos de delitos. Era el mundo que Cervantes describió magistralmente en *Rinconete y Cortadillo*, una de sus *Novelas Ejemplares*, en que muestra este submundo como la contracara del brillo de las cortes.

También los piratas y los corsarios -importante elemento de lucha para los Estados- se reclutaba de estos grupos socialmente desclasados, pero no era extraño que entre ellos hubiera algunos representantes de la nobleza empobrecida que esperaban hallar en el mar la suerte que no habían tenido en la tierra. Estos formaban un mundo propio, ya que habían quemado todas las naves de regreso a la sociedad burguesa, y vivían exclusivamente del robo y el saqueo no perdonando ni a los barcos de guerra ni a los mercantes.


Para impedir estas situaciones sería necesario definir la contravención de las normas del nuevo orden estatal, con lo que se penalizaría por primera vez toda una gama de comportamientos populares.

2.3. Las transformaciones del pensamiento

2.3.1. La división de la Cristiandad

Durante la época feudal, a pesar de la fragmentación del poder político, siempre se había aceptado la idea de que existía -o por lo menos, debía existir- una instancia superior que unificaba a la Cristiandad. Era una concepción heredada del Imperio Romano, representada en el ideal de un orden ecuménico.

De esta manera se consideraba que esa unidad se encontraba representada por el Emperador, en el plano político, y por el Papa, en el plano religioso.

 Ver Unidad 1.

Pero ese ideal de una unidad ecuménica comenzó a perderse con el ascenso de las monarquías absolutas: cada rey en su reino era la autoridad suprema, no se reconocía ninguna otra instancia superior a la que se pudiera apelar. Pero esta ruptura de la idea de unidad no se dio solamente en el plano político, sino también en el plano religioso. Desde el siglo XIV, muchos movimientos considerados heréticos por la Iglesia habían reclamado una espiritualidad más pura y habían condenado la conducta corrupta de los eclesiásticos. Pero en el siglo XVI estos movimientos adquirieron la coherencia necesaria para dividir a Europa en dos áreas: la católica y la reformada.



TENENTI, ALBERTO (1985): Segunda Parte, Capítulo II: “Reforma religiosa y conflictos europeos”, en: *La formación del mundo moderno*, Barcelona, Crítica, pp. 188-217.

Ver imagen 2.9. El rito de la comunión protestante.



En 1515, el monje alemán Martín Lutero había colocado en las puertas del castillo de Wittenberg sus célebres 95 tesis oponiéndose a las ventas de las indulgencias. Lutero no aspiraba a dar origen a un movimiento reformista pero, en la medida que sus críticas se difundieron rápidamente, fue definiendo con mayor precisión su doctrina: la libre interpretación de la Biblia, la fe como el único medio de salvación, y el diálogo con Dios como un acto directo e individual. La condena de su doctrina por el Papado (1519) y su posterior excomunión tuvieron efectos distintos a los buscados por Roma: a partir de allí se inició el movimiento conocido como *la reforma*, que se difundió por el norte y centro de Europa, dando origen a numerosas interpretaciones locales.

Entre estas interpretaciones locales, la más importante fue la desarrollada en Suiza por Juan Calvino (1509-1564). En efecto, el calvinismo generó una dinámica que a largo plazo contribuyó a transformar a la sociedad influenciando sobre todo el protestantismo e incluso sobre el mismo catolicismo. Excluyendo cualquier práctica religiosa de carácter mágico-católica, a partir de una severa disciplina eclesiástica, consideraba a la fe no como un mero reconocimiento intelectual sino como una conducta que se reflejaba en la vida cotidiana, tanto en la esfera familiar como en la praxis estatal. En síntesis, el calvinismo impulsó una vida comunitaria activa que impregnó todos los ámbitos de la existencia.

La influencia del calvinismo sobre el catolicismo se advierte en el *jansenismo*, movimiento que se formó en Francia por oposición a la influencia que los jesuitas ejercían dentro de la Iglesia romana. Contrarios a toda manifestación religiosa externa de pompa y lujo, los jansenistas abogaban por un rigorismo ético. Si bien el movimiento, indudablemente elitista, había surgido en círculos clericales pronto se extendió a capas de la nobleza y de la burguesía letrada. Incluso, su relación con círculos literarios y científicos -Racine y Pascal fueron jansenistas- aumentó su prestigio social. A pesar de la condena papal a comienzos del siglo XVIII, la influencia del jansenismo, fuera y dentro de Francia, se extendió hasta entrado el siglo XIX.

La rebelión contra Roma llegó también a Inglaterra. En un primer momento, el rey Enrique VIII (1509-1547) se había opuesto al movimiento reformista e incluso escribió un manifiesto en contra de Lutero que le valió el título de “defensor de la fe”. Sin embargo pronto se iniciaron los conflictos religio-

sos. La Iglesia católica en Inglaterra poseía grandes bienes, fundamentalmente tierras, y privilegios políticos que eran considerados por la corona un obstáculo para la consolidación de un poder monárquico fuerte y centralizado. El conflicto estalló en 1527 a raíz del pedido que hizo Enrique VIII al Papa sobre la anulación de su matrimonio. La negativa del Papa le dió a Enrique VIII la oportunidad de romper con Roma y controlar los bienes eclesiásticos. El rey se proclamó jefe de la Iglesia dando origen a la Iglesia Anglicana, que se consolidó durante el reinado de su hija Isabel I.

El protestantismo, en particular el calvinismo, era la confesión de los sectores altos de la sociedad, fundamentalmente, urbanos. En efecto, el rigor intelectual y moral que se exigía, la necesidad de la lectura para la libre interpretación de la Biblia, ofrecían escasas posibilidades de participación a los campesinos cuyo apego, además, a los ritos católico-mágicos era difícil de desarraigar. Sin embargo, en algunas regiones, algunos seguidores de la reforma también orientaron el movimiento hacia la esfera social: predicadores llamados “evangelistas”, partieron de la región de Turingia y Sajonia y difundieron una doctrina que pronto se confundió con los conflictos sociales. En 1524, en el sudeste de Alemania se inició un movimiento campesino que reclamaba, en nombre de la religión reivindicaciones como la abolición de los censos y de las prestaciones personales. Al año siguiente sus demandas se ampliaron e incluían reformas políticas: querían la instauración de la Ciudad de Dios en la tierra. De esta manera, en Franconia se intentó poner en práctica una reforma que incluyera a toda la sociedad y a sus bienes buscando formas de vida más igualitarias. El movimiento se extendió y alcanzó regiones de Austria y del Tirol, adoptando distintas expresiones. En Turingia, Thomas Müntzer (1489-1525) predicaba entre los campesinos no sólo la comunidad de bienes sino también la necesidad de la muerte de los “enemigos de Dios” que para él eran los nobles y el clero. Sin embargo, estas expresiones igualitarias no entraban dentro de la reforma propuesta por Lutero que no dudó en alentar a la nobleza para que reprimiera a los campesinos y restaurara la autoridad política.

En Suiza, las ideas de Lutero fueron reelaboradas también por Ulrico Zwinglio a partir de la exclusiva aceptación de la Ley de Dios revelada en las Escrituras. A partir de este principio, Zwinglio estableció en Zurich un gobierno teocrático, donde él, llamado El Profeta, era quien dirigía las decisiones de la comuna. Sin embargo, esto no fue totalmente aceptado. Los cantones suizos se dividieron en protestantes y católicos y comenzó una guerra civil que concluyó con la muerte de Zwinglio (1531) y el acuerdo de que la elección de religión y la organización de la Iglesia deberían ser decididas por cada cantón.

Al mismo tiempo, en Suiza comenzó a difundirse otro movimiento religioso de gran aceptación entre los sectores populares, tanto rurales como urbanos. Llamados anabaptistas, sostenían que nadie debía ser bautizado hasta no comprender el contenido de la fe. Proponían entonces un segundo bautismo para los adultos. La difusión del anabaptismo -que organizó comunidades en Alemania y los Países Bajos- también provocó conflictos. El más grave ocurrió en la ciudad de Münster, al norte de Alemania en donde los anabaptistas expulsaron a todos los que no aceptaban el segundo bautismo y durante un año organizaron una comunidad llamada “Jerusalem Celeste” en donde impusieron la comunidad de bienes y la abolición del matrimonio para prepararse para el Apocalipsis considerado como el fin del mundo. La

sublevación de Münster fue reprimida por un ejército de nobles y sus principales cabecillas fueron ejecutados (1535). Sin embargo, a pesar de la represión a la que fueron sometidos, muchos de ellos mantuvieron sus creencias y se difundieron por distintas ciudades de Europa.

Ante el avance de estos movimientos, la Iglesia romana decidió tomar una serie de medidas que se conocen como Contrarreforma o Reforma católica. Una de las principales medidas fue la convocatoria del Concilio de Trento (1545-1563) que fijó el dogma y estableció un estricto control sobre el clero y las órdenes religiosas. Pero era además necesario reforzar la debilitada autoridad papal. Para ello, la Iglesia se apoyó en la Compañía de Jesús, recientemente fundada por Ignacio de Loyola (1534) caracterizada por su disciplina y su obediencia al Papa, cuyo objetivo era la enseñanza para robustecer las creencias católicas. Además, para la vigilancia de los fieles, evitar desviaciones y controlar los avances protestantes se reorganizó el Tribunal de la Inquisición.

En rigor, la Iglesia católica procuraba cambiar la actitud frente a la religión: la “salvación” no podía ser una cuestión individual, sino que debía involucrar a toda la sociedad. Se trataba de reemplazar una actitud contemplativa por una acción militante definida como “apostolado”. Con este fin organizaron misiones para la conversión de los “infieles” en Asia y América. Pero esto no significa desconocer ni minimizar las acciones que se desarrollaron dentro de la misma Europa, en particular entre los campesinos. Las antiguas fiestas populares, muchas de viejo carácter pagano que persistían fuertemente, fueron transformadas adoptando un carácter religioso. Algunos cultos campesinos, sospechosos de escasa ortodoxia como el culto a los santos y a la Virgen María, fueron reorganizados y autorizados, e incluso, el “marianismo” fue firmemente estimulado. Se trataba de difundir entre los pobres una religión que fundamentalmente apelara a los “sentimientos,” en contraposición al frío rigorismo protestante.

Entre los campesinos, era necesario además desterrar viejas creencias populares, consideradas supersticiosas, y sobre todo los sueños de una vida sin opresiones. Se trataba también de hacer desaparecer prácticas como la *brujería*, estrechamente ligada a usos tradicionales. En efecto, la “creencia en las brujas” junto con la astrología y la magia estaban ampliamente difundidas en las sociedades agrarias, como expresión de sentimientos de dependencia directa de la naturaleza dentro de la vida cotidiana. Sin embargo, a partir del siglo XVI y durante el siglo XVII comenzó a perseguírsela con particular enseñamiento: muchos -y sobre todo, muchas mujeres- fueron condenados a morir en la hoguera acusados de brujería. Y al mismo tiempo que se la combatía surgía la imagen de la brujería como una conspiración coherente inspirada por el demonio -es decir, una contrarreligión- con su propia organización expresada en el *sabbat* (o en vasco, *aquelarre*, es decir, la reunión de brujas).

De la lectura de los procesos de brujería, puede afirmarse que todos los condenados eran inocentes y los delitos de los que los acusaban inexistentes (a menos que estemos convencidos de la posibilidad de trasladarse por los aires, reunirse en el *sabbat*, tener relaciones sexuales con el demonio, etc.). Sin embargo, para esa época, la brujería constituía una realidad. Entre los condenados había confesiones espontáneas, por histeria o autosugestión -no podemos olvidar el uso de alucinógenos en algunas prácticas populares- y también arrancadas por el tormento. Pero tal vez, para comprender

Ver imagen 2.10. La “religión de los pobres”.



la extensión del fenómeno, la clave esté en preguntarse quiénes eran los condenados. Aunque también hubo procesos resonantes, como el caso de Loundun, en general, los principales afectados provenían de los estratos más pobres y marginales de la sociedad: hombres y sobre todo mujeres -como Eva, símbolo de la naturaleza y la sexualidad-, niños, viejos, deformes, proscritos sociales.

Si la creencia generalizada era que los marginados sociales podían enfrentar la discriminación por un pacto con el demonio, y desarrollaban formas de conducta que, de hecho, producían un efecto amenazador sobre las clases amantes del orden, también era creencia generalizada la necesidad de su exterminio. Entre los campesinos, la misma persecución, permitía además consolidar la imagen de las brujas como las responsables de sus catástrofes: no eran víctimas de reyes y señores, sino de algún vecino o vecina que practicaba sus malas artes... De este modo, el Estado y la Iglesia, como responsables de las campañas contra estos enemigos imaginarios de la sociedad, no sólo desplazaban responsabilidades sino que podían consolidar su posición y transformarse en elementos insoslayables para asegurar el orden y la paz social.


En síntesis, tras la reforma, Europa había quedado dividida en dos grandes áreas religiosas. Sin embargo, la ruptura de la unidad también se aceleró por una “nacionalización” de las Iglesias locales que quedaron cada vez más subordinadas a la autoridad del Estado. La situación fue muy clara en el área reformada donde, en el caso de Inglaterra, el rey era la cabeza de la Iglesia; o en Alemania, donde la difusión del luteranismo estuvo estrechamente relacionada con la acción de los príncipes alemanes. Pero también el fenómeno se dio en el área católica. En muchos países, la Inquisición fue una institución religiosa, pero fundamentalmente un instrumento de la monarquía para mantener el orden social y político. En Francia, las doctrinas galicanas en el siglo XVII consideraron a la Iglesia un aparato de la estructura del Estado. El Estado Absolutista también incluía la esfera religiosa, al mismo tiempo que la pérdida del ideal ecuménico permitía también construir una incipiente idea de “nacionalidad”.

2.3.2. Las nuevas actitudes frente al conocimiento.

Del desarrollo del pensamiento científico a la Ilustración

Desde el mundo urbano, el distanciamiento de la naturaleza había permitido transformarla en una fuente de placer estético, en una actitud que culminó en el llamado Renacimiento. Pero el distanciamiento también permitía observarla, preguntarse sobre sus causas, y actuar sobre ella. De este modo, esas actitudes frente al conocimiento, que habían comenzado a esbozarse desde el siglo XI, también culminaron en este período, en lo que puede considerarse la conformación del pensamiento científico.

La expansión geográfica y del descubrimiento de América habían causado un profundo impacto sobre el conocimiento. En primer lugar, sobre los conocimientos prácticos (astronomía náutica, técnicas de navegación, cartografía). Pero además produjo un fuerte impacto sobre muchas concepciones admitidas. Ideas anteriormente aceptadas -sobre las dimensiones de la Tierra, sobre los continentes que la conformaban- debieron ser abandonadas. Ya no era suficiente la aceptación dogmática de la verdad, según las afirmaciones de los Sagradas Escrituras, Aristóteles o Ptolomeo. Para conocer se

 KAMEN, HENRY (1990), Capítulo VIII: “Organización y control social” y Capítulo XI: “Cultura popular y contrarreforma”, en: *La Inquisición española*, México, Grijalbo, pp. 182-213 y 259-285.

hacía necesario observar reiteradamente, corregir, comparar. Se podía conocer y operar sobre la naturaleza.

La nueva actitud ante el conocimiento resultó evidente en el desarrollo de la astronomía. El primer paso fue dado Nicolás Copérnico (1473-1543). Tras comparar las teorías de Aristóteles y Ptolomeo con las observaciones hechas por los árabes pronto advirtió sus contradicciones. De esta manera, llegó a formular una teoría que -si bien conservaba todavía rasgos de la astronomía antigua- introducía una novedad sustancial: el doble movimiento de los planetas sobre sí mismos y alrededor del Sol. Con Juan Kepler (1571-1630) acabó por derrumbarse la astronomía antigua: sus leyes afirmaron que las órbitas planetarias son elipses. Pero si Copérnico y Kepler revolucionaron la astronomía teórica, fue Galileo Galilei (1564-1642), con el telescopio, quien transformó la astronomía de observación. Pero estas audacias tuvieron también sus límites. Por su defensa del sistema de Copérnico -que contradecía la opinión de los teólogos que consideraban la idea sobre el movimiento de la tierra opuesta a las Sagradas Escrituras-, Galileo debió retractarse ante la Inquisición (1633).

El conflicto radicaba en que comenzaba a derribarse el edificio de la sabiduría heredada, se ponía en tela de juicio los conocimientos admitidos y el principio de autoridad. Comenzaba a caer un sistema jerárquico y eran válidas todas las preguntas. Los interrogantes planteaban cuestiones que ponían en tela de juicio el saber dogmático: cuál era el lugar del hombre en el Universo y, fundamentalmente, cuál era el lugar de Dios. Giordano Bruno (1548-1600), uno de los filósofos más originales del siglo XVI, ya había intentado dar una respuesta: toda la naturaleza es la manifestación infinita de Dios. Pero, por eso mismo, acabó en la hoguera, condenado por hereje. En efecto, ante la quiebra de una concepción jerárquica del Universo la primera reacción provino de las Iglesias: no sólo la Inquisición católica condenó a los que impugnaban el saber heredado; también Calvino condenó a morir en la hoguera al médico Miguel Servet (1511-1553) que había descubierto la circulación pulmonar de la sangre.

Pero la represión no pudo impedir la principal característica de las nuevas actitudes mentales. Como señala José Luis Romero, se había operado la distinción entre realidad e irrealidad: se desglosaba la realidad natural o sensible como cognoscible, de la irrealidad (o realidad sobrenatural, si se prefiere) admitiendo que ésta no era cognoscible por las mismas vías que la anterior. De esta manera, la filosofía comenzó a interrogarse sobre la posibilidad del conocimiento, por la relación entre la realidad natural como objeto del conocimiento, y el individuo como sujeto de ese conocimiento. También comenzaron entonces a plantearse los problemas de método: era importante qué se conocía, pero también cómo se lo conocía. Estos eran los típicos problemas de la filosofía moderna, de Descartes (1596-1650) quien formuló las reglas del método, y de Francis Bacon (1561-1626) quien estableció las bases del método experimental.

Ver imagen 2.12. Galileo presenta al Dogo y al Senado de Venecia el descubrimiento del telescopio, fresco de la escuela de Toscana, Academia della Specola, Florencia.



ROMERO, JOSÉ LUIS (1987), Capítulo II: “Teoría de la mentalidad burguesa” y Capítulo II: “Los contenidos de la mentalidad burguesa”, en: *Estudio de la mentalidad burguesa*, Buenos Aires, Alianza, pp. 26-137.

Finalmente, la construcción del pensamiento científico moderno -es decir, el de las vías para el conocimiento de la realidad- culminó con Isaac Newton (1642-1727) quien formuló las leyes de la gravitación: el universo podía ser tratado como un enorme mecanismo que funcionaba de acuerdo con leyes físicas. Dios lo había creado -aún no se ponía en duda-, pero funcionaba de acuerdo con sus propias leyes como un sistema mecánico desligado de cualquier idea moral o trascendente. La física podía transformarse entonces en el instrumento del hombre culto contra la superstición.

Las transformaciones del pensamiento culminaron en el siglo XVIII -el “Siglo de las Luces”- en el desarrollo de un movimiento intelectual conocido como la *Ilustración*, que abarcó distintas ramas del conocimiento: la filosofía, las ciencias naturales, la física, la economía, la educación, la política. Los intelectuales de la Ilustración fueron llamados “filósofos”, término que se originó en Francia, donde éstos eran más activos e influyentes (Montesquieu, Diderot, Voltaire, Rousseau, D’Alembert, Buffon, Turgot, Condorcet, entre otros). Además fueron quienes condensaron su pensamiento en la *Enciclopedia*, publicada por Diderot y D’Alembert, en los 17 volúmenes que se editaron entre 1751 y 1772.



RUDÉ, GEORGE (1982), Capítulo 10: “Ilustración”, en: *Europa en el siglo XVIII. La aristocracia y el desafío burgués*, Madrid, Alianza, pp. 184-215.

La *Enciclopedia* fue el intento de coordinar todo el saber adquirido en la época: un balance o una suma que se consideró necesaria en un tiempo en el que se reconoció la imposibilidad de dominar todas las ciencias en un sólo pensamiento. Pero era también el deseo de abrir perspectivas, de dominar los descubrimientos y de buscar un orden para el mundo. Era una ventana a un porvenir que los filósofos querían y creían mejor. La *Enciclopedia* no aportó una doctrina ya que, ante los grandes problemas de la época que cotidianamente se discutían, los filósofos no tenían una postura común. Entre ellos había divergencias, pero también es cierto que compartían ciertas actitudes básicas.

¿Cuáles fueron estas actitudes? Todos ellos pusieron en tela de juicio los conocimientos heredados del pasado y rechazaron la religión revelada -aunque algunos de ellos, como Voltaire, no dejaron de reconocer su utilidad como instrumento de control social para las clases populares proclives al desorden-. Fundamentalmente se oponían al dogma; su confianza radicaba en la razón, a la que consideraban capaz de comprender el sistema del mundo sin necesidad de recurrir a explicaciones teológicas. Todos ellos consideraron que sus conocimientos no eran especulativos, sino que aspiraban a construir una “filosofía práctica” capaz de introducir transformaciones sociales y políticas. Compartían además una confianza básica, un optimismo profundo en dos cosas: en primer lugar, en la capacidad de los hombres para dominar y comprender la naturaleza; en segundo lugar, en el futuro de los hombres, en su capacidad de perfeccionamiento y en la posibilidad de alcanzar la felicidad. Además de compartir estos principios, los filósofos compartían la conciencia de formar una elite, un pequeño grupo de hombres ilustrados capaces de influir en la sociedad y en la política mediante la difusión de sus ideas.

Los filósofos habían recibido la influencia de los pensadores del siglo XVII, como Descartes o Francis Bacon, respecto a las posibilidades de alcanzar el conocimiento, e incluso de Newton. Entre ellos cobraba fuerza la idea de que si era posible conocer las leyes de funcionamiento del mundo físico, también era posible conocer las leyes de funcionamiento de la sociedad y la política. Lo importante era alcanzar saberes que permitieran su transformación. En este sentido, habían sido fuertemente impactados por John Locke y su *Tratado sobre el gobierno civil* (1690): la idea de la *monarquía limitada*, la idea de que entre los monarcas y los súbditos se establece un “contrato”, y que si el rey no lo cumple el pueblo tiene derecho a romper (tal como había ocurrido en las “revoluciones inglesas” de 1640 y 1688).

Montesquieu (1687-1755), en 1721, había escrito *Cartas Persas*, donde bajo la máscara de un visitante persa, hizo el comentario crítico de las costumbres e instituciones políticas de Francia. Pero su obra fundamental fue *El Espíritu de las Leyes* (1748), donde teniendo como modelo la organización política inglesa, planteó limitar el poder de la monarquía, para evitar que el poder absoluto se transformase en despotismo, mediante la *división de poderes*. Para ello propuso la creación de cuerpos intermedios que sirvieran de control y de contrapeso al absolutismo de la corona, cuerpos que debían estar formados por la aristocracia. En síntesis, a pesar de que Montesquieu puede considerarse como uno de los teóricos del Parlamentarismo moderno, su intención fue la defensa de los derechos de las aristocracias frente a la monarquía.

Voltaire (1694-1778), a diferencia de Montesquieu, se oponía a los privilegios de la aristocracia. Los límites al poder de la corona no estaban, desde su perspectiva, en la creación de cuerpos intermedios sino en la formación de *monarquías ilustradas*. Los filósofos debía transformarse en “asesores” de los monarcas para que éstos pudieran desarrollar políticas racionales que condujeran a la “felicidad del reino”. Conocido como poeta y dramaturgo, Voltaire debió huir de París tras la publicación de *Cartas Filosóficas* (1734), pero esto no le impidió continuar difundiendo sus ideas en poemas (*Discurso sobre el hombre*), novelas (*Cándido*), ensayos (*Ensayo sobre las costumbres*), obras históricas, cartas, libelos y fundamentalmente, desde 1760, en su *Diccionario Filosófico*.

Una perspectiva de análisis diferente se perfiló en Jean Jacques Rousseau (1712-1778). Rousseau había publicado en 1755 el *Discurso sobre la desigualdad*. Desde su perspectiva, la igualdad se encontraba en el estado primitivo de la naturaleza; la pérdida de la igualdad y la libertad -lo mismo que la pérdida de la inocencia primitiva de los hombres- se producía por la influencia corruptora de la sociedad. En síntesis, Rousseau sostenía una visión negativa de la sociedad, tal como también aparece reflejada en *Emilio* (1762), su libro sobre educación.

Pero la pregunta a la que Rousseau buscaba responder era ¿cómo los hombres pueden recuperar su libertad y su igualdad?. La respuesta la formuló en el *Contrato Social* (1762). Sólo mediante un “contrato”, a través del cual los hombres se unan para vivir en sociedad puede conseguirse una mayor libertad y dignidad humana. Ese “contrato social” debía expresarse en leyes que emanen no sólo del rey sino de la “voluntad general”, es decir, de la voluntad de los hombres reunidos en sociedad por medio del contrato. Las leyes debían representar esa “voluntad general” y todos debían cumplirlas, tanto los monarcas como los súbditos.


Estas ideas tuvieron una amplia acogida entre algunos monarcas europeos que buscaban dar una base racional a sus gobiernos: Francisco II de Prusia invitó a Voltaire a su corte; José II de Austria se apoyó en Montesquieu y en Rousseau para dar una base científica a su gobierno; Catalina de Rusia, también invitó a Voltaire y a Diderot. Pero también tuvieron fuertes opositores. La principal oposición provino de la Iglesia católica, no sólo por la ruptura con las concepciones jerárquicas del universo y la sociedad que implicaba el pensamiento ilustrado, sino sobre todo, por su carácter antirreligioso. De este modo, la *Enciclopedia*, la obra de Voltaire y de Rousseau, entre otros, figuraron en el *Index* de libros condenados y prohibidos por la Iglesia. Esto no impidió, sin embargo, que algunos miembros del clero leyeran a los pensadores ilustrados y se transformaran incluso en sus difusores.


¿Entre quiénes se difundieron las ideas de la Ilustración? En primer lugar, se difundieron en las cortes y entre las aristocracias; y entre las burguesías adineradas -hay que pensar en el alto costo de los libros-. Pero fundamentalmente se propagaron entre cierta burguesía letrada que comenzaban a crecer: funcionarios, abogados, profesores, periodistas. Se difundieron a través de la lectura de libros, pero también de periódicos y folletos que se publicaban deliberadamente para la difusión de estas ideas. Los ámbitos fueron las academias científicas, las sociedades literarias, salas de lectura, y los salones, una de las formas de sociabilidad más características de la época. En los salones, las mujeres de la aristocracia o de la burguesía eran quienes convocaban a veladas científicas o literarias que paulatinamente adquirieron un sesgo más político: eran lugares de cita de académicos y de filósofos donde se leían y discutían las nuevas ideas en ese “aire de libertad” que, a juicio de Diderot, caracterizaba el siglo. Pero también había una difusión “boca a boca”, en esos otros ámbitos de sociabilidad que comienzan a difundirse en las grandes ciudades como París y Londres: las “casas de consumo de café”, que pronto se transformaron en centros privilegiados para la reunión y las largas conversaciones de un público masculino.

Un lugar clave para la difusión de las nuevas ideas lo constituyó la masonería. Sociedad secreta -que se remontaba a orígenes corporativos medievales-, caracterizada por ritos iniciáticos y ceremonias estrictamente reservadas a sus miembros se difundió rápidamente en Francia a medida que transcurría el “siglo de las luces”. En 1771, por ejemplo, ya había 154 logias en París y más de trescientas en las ciudades de provincia.

Pero los ideales masónicos de renovación estuvieron lejos de quedar circunscriptos a Francia. A través de la sublime inocencia de *La flauta mágica* (1791), de sus personajes ingenuos y mágicos, Mozart -que también podía pensar en términos ideológicos cuando escribía su música- transmitió muchos de los símbolos y de los principios de la masonería: los principios de amor por la humanidad, la idea del triunfo de la luz y la razón sobre el odio y la oscuridad. Y no dudó -la opera “cultiva” exigía el italiano- en mantener el libreto en alemán, para realizar una de las primeras grandes obras de arte dedicada a la propaganda.

A través de sus formas de difusión, resulta claro que las ideas de la Ilustración fueron primordialmente un fenómeno urbano, del que los sectores populares habían quedado excluidos. En primer lugar, porque si bien la alfabetización creció -el maestro de escuela aparecía como un nuevo tipo social, los progresos aún no fueron notables. En segundo lugar, por el temor de los mismos ilustrados, ante los potenciales efectos de estas ideas sobre los

 Ver Unidad 3.

 2.11. Logia de la masonería en París en 1740.

pobres. En el campo, como señala Mandrou, si Rousseau o Voltaire tuvieron un lector, ese era el cura de la aldea. En su inmensa mayoría, si los campesinos ocuparon su lugar en la Revolución -después de haber reclamado la abolición de diezmos y de cargas- fue en función de antagonismos sociales y no por la propaganda filosófica.

2.4. La “crisis” del siglo XVII

Hacia fines del siglo XVI nuevamente se registraron signos de contracción: malas cosechas seguidas de hambrunas y pestes, caída demográfica, crisis en las manufacturas. Fue además, como ya señalamos, una época de guerras y levantamientos campesinos. Sin embargo, el proceso parece contradictorio. Algunas regiones, como la Europa mediterránea, fueron más afectadas: descendieron las importaciones y las exportaciones, la producción agrícola y manufacturera disminuyó. En cambio, otras regiones, como Inglaterra y los Países Bajos, aunque más lentamente hacia mediados del siglo, mantenían los signos de expansión. Esto llevó a que entre los historiadores (E. Hobsbawm, 1954; R. Mousnier, 1954; Trevor Roper, 1959; G. Parker, 1978; M. Morineau, 1980) se iniciara un debate -todavía no cerrado- acerca de la adecuación del concepto de crisis para definir las transformaciones del siglo XVII y sobre la naturaleza de los cambios. En general, puede decirse que el siglo XVII no conoció una depresión generalizada, pero bien puede aplicarse el término “crisis” si con él nos referimos a los desajustes que caracterizaron la economía europea de la época.

Una interpretación ya clásica de la crisis - la de Eric Hobsbawm- considera que el problema básico lo constituyeron los límites de la expansión del siglo XVI.



HOBBSAWM, ERIC J. (1983), “La ‘crisis’ del siglo XVII”, en: ASTON, TREVOR (comp.): *Crisis en Europa, 1560-1660*, Madrid, Alianza.

El comercio y las manufacturas habían permitido acumular capitales que no pudieron ser reinvertidos de manera productiva. Con sus grandes ganancias, la burguesía adquiría tierras -lo que constituía una vía para el ennoblecimiento- o gastaba en bienes suntuarios. En rigor, los palacios y las obras de arte renacentistas pueden considerarse efectivamente desde el punto de vista económico como una gran inversión improductiva. Sin embargo, los “hombres de negocios” habían actuado con plena sensatez: no tenían muchas otras posibilidades de inversión.

El obstáculo para invertir productivamente estaba dado por la falta de un mercado extenso, por los límites que imponía una sociedad que continúa siendo mayoritariamente rural. Las formas de autoabastecimiento, el poco consumo y bajo nivel adquisitivo constituían una poderosa barrera para encontrar nuevas formas de inversión. En esta contradicción de la expansión del siglo XVI -que no alcanzó a romper con los marcos que le imponía la estructura de la sociedad rural- Hobsbawm encuentra la clave de la “crisis”. Pero el problema no era sólo de los mercados internos. En cierta medida, la

especialización de Europa Oriental en la producción de cereales para la exportación había permitido la relativa especialización de las ciudades de Europa Occidental en el comercio y las manufacturas. Pero, como ya señalamos, la expansión de la producción cerealera, como por ejemplo en el caso de Polonia, había intensificado la servidumbre (es decir, la falta de capacidad de pago y refuerzo de las formas de autoabastecimiento) y había beneficiado a un pequeño grupo de grandes señores. En síntesis, Europa Oriental no pudo constituirse en un amplio mercado, limitando las posibilidades del desarrollo de las manufacturas en Europa Occidental. De este modo, al darse dentro de las estructuras rurales que aún dominaban a Europa, al no poder hacer “estallar” esas estructuras, la expansión encontró sus límites. De allí, la llegada de la crisis.

Sin embargo, hubo regiones que estaban resguardadas. Era el caso de Inglaterra, donde los cambios cualitativos en la economía -paralelos a procesos de cambio social y a transformaciones políticas (las revoluciones inglesas del siglo XVII)- permitieron aprovechar los efectos de la crisis, en particular la concentración de la riqueza (tierras, capitales y mercados). La crisis permitió que los grandes terratenientes prosperaran a expensas de los campesinos y pequeños propietarios en un proceso que culminó en la “revolución agraria” del siglo XVIII.


La crisis de los gremios urbanos -que fueron eliminados de la producción a gran escala- permitió la concentración de las manufacturas bajo el control del capital mercantil. Asimismo la concentración del poder económico en las economías marítimas así como el flujo creciente del comercio colonial estimuló el crecimiento de las industrias de la metrópoli.

En este sentido, la “crisis” barrió con los obstáculos y creó las condiciones para el advenimiento del capitalismo. Se pudo, de esta manera, ingresar en la última etapa: la del triunfo del sistema capitalista, en la segunda mitad del siglo XVIII. Se entraba en el período de las “revoluciones burguesas.”

 Ver Unidad 3.

Cronología

- 1455.** En Inglaterra comienza la Guerra de las Dos Rosas, por la que se impone la dinastía de los Tudor en el trono inglés.
- 1456.** Gutenberg, en Maguncia, imprime el primer libro.
- 1468.** Sube al trono Isabel de Castilla.
- 1473.** Nace en Polonia Nicolás Copérnico, quien en su obra, *Las revoluciones del mundo celeste*, enuncia la posición heliocéntrica.
- 1488.** El marino portugués Bartolomé Díaz alcanza el extremo meridional de África.
- 1492.** En España, los Reyes Católicos toman Granada. Cristóbal Colón llega a América.
- 1494.** El Tratado de Tordesillas ratifica la división territorial de un hemisferio occidental español y otro oriental, portugués.
- 1497.** Vasco de Gama inicia el viaje que le permitirá alcanzar Calcuta.
- 1502.** Primer envío de esclavos negros a América. Comienzan a difundirse las cartas de Américo Vespuccio sobre la existencia de un continente nuevo.
- 1503.** Comienza el reinado del papa Julio II, uno de los grandes mecenas del Renacimiento.
- 1515.** El Papado inicia la venta de las indulgencias, es decir, la remisión de los pecados, con el objetivo de obtener recursos para terminar la construcción de la Basílica de San Pedro. En Alemania, comienza la protesta de Lutero.
Francisco I es rey de Francia.
- 1516.** Carlos de Habsburgo sube al trono de España como Carlos I. Ha heredado del trono de sus abuelos maternos, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón.
Solís llega al Río de la Plata.
- 1519.** Carlos de Habsburgo, nieto por rama paterna de Maximiliano de Austria y María de Borgoña, es consagrado emperador de Alemania como Carlos V.
Magallanes comienza el viaje de circunnavegación.

 KINDER, HERMANN AND HILGEMANN, WERNER (1974): *The Penguin Atlas of World History. Volume I: From the Beginning to the Eve of the French Revolution*, Middlesex-New York, Penguin Books, pp. 212-287.

- 1520.** El Papado condena a Lutero como hereje. La reforma se extiende de Alemania a los Países Bajos.
Se desata la guerra entre el emperador Carlos V y Francisco I, rey de Francia por el control de territorios en Italia.
- 1527.** La Reforma llega a Suecia y Dinamarca.
- 1531.** En Inglaterra, por iniciativa de Enrique VIII, la Iglesia se separa de Roma.
Tras la decisión del emperador Carlos V de defender la Iglesia romana, los príncipes alemanes forman la liga de Esmalcalda para prepararse para la lucha.
- 1536.** Calvino da a conocer los fundamentos de su doctrina reformista, expuesta en su obra *La institución cristiana*.
- 1540.** Se constituye la Compañía de Jesús, fundada por Ignacio de Loyola.
- 1542.** El papa Pablo III confirma el Tribunal de la Inquisición para perseguir las herejías.
María Estuardo es reina de Escocia.
- 1545.** En el marco de la contrarreforma católica, se reúne el Concilio de Trento.
- 1547.** Nace Miguel de Cervantes uno de los más grandes prosistas españoles.
- 1553.** Los franceses derrotan a Carlos V en la batalla de Metz.
- 1555.** En Alemania, tras la derrota de Carlos V, se firma la paz de Ausburgo.
- 1556.** Carlos V abdica el trono. Su hijo, Felipe II, hereda el trono de España y su hermano, Fernando, es consagrado Emperador.
- 1557.** Los intentos del emperador Fernando I de restaurar el catolicismo en Alemania choca contra la oposición de los príncipes alemanes.
- 1558.** Isabel I, hija de Enrique VIII, es reina de Inglaterra.
- 1559.** Se firma el tratado de Cateau-Cambresis entre España y Francia.
- 1562.** Comienzan en Francia las Guerras de Religión. Los católicos encabezados por Enrique de Guisa forman la Santa Liga para combatir contra la Unión Protestante.
- 1563.** Fin del Concilio de Trento. Establecimiento definitivo de la Iglesia anglicana en Inglaterra.
- 1567.** Felipe II envía al Duque de Alba a someter la sublevación de los Países Bajos.

- 1570.** Los turcos toman Chipre.
- 1571.** La batalla de Lepanto termina con la dominación turca en el Mediterráneo.
Durante la guerra de corsarios, Francis Drake ataca las posiciones españolas en América.
- 1580.** Felipe II de España anexa el reino de Portugal.
Juan de Garay funda Buenos Aires.
- 1581.** Los rusos comienzan la conquista de Siberia.
La región norte de los Países Bajos adopta el nombre de Provincias Unidas y declara su independencia.
- 1582.** El papa Gregorio XIII reforma el calendario.
- 1588.** Para acabar con la hostilidad de Inglaterra, Felipe II de España organiza la Armada Invencible, que es derrotada por los ingleses. Comienza el período de la hegemonía comercial de Inglaterra.
- 1591.** Primera expedición de Inglaterra a la India.
- 1593.** Tras abjurar del protestantismo (“París bien vale una misa”), Enrique IV, de la dinastía Borbón, asume el trono de Francia.
- 1598.** En Francia, el Edicto de Nantes garantiza a los hugonotes (protestantes) una limitada libertad de culto e igualdad política.
En España, hereda el trono Felipe III.
- 1600.** Fundación de la Compañía holandesa de las Indias Orientales.
- 1603.** Al morir Isabel I sin herederos directos, el trono pasa a Jacobo I, de la dinastía Estuardo, también rey de Escocia.
Primeros intentos franceses de colonización de Canadá.
- 1604.** Fundación de la Compañía francesa de las Indias Orientales.
- 1609.** Comienza la última expulsión de los moros en España. Se funda el Banco de Amsterdam.
- 1610.** Tras el asesinato de Enrique IV, Luis XIII es rey de Francia. Durante el período de minoridad es regente su madre, María de Médicis.
- 1613.** La dinastía de los Romanov llega al trono de Rusia.
- 1614.** Los holandeses fundan Nueva Amsterdam (actualmente Nueva York), en la isla de Manhattan.
- 1618.** Comienza la Guerra de los Treinta Años como un conflicto religioso que culmina en una lucha por la hegemonía europea.

- 1620.** Los “Padres Peregrinos” llegan a América del Norte.
- 1621.** En España llega al trono Felipe IV; el gobierno queda a cargo de su favorito, el conde-duque de Olivares. Comienza la decadencia del comercio de Sevilla.
Se funda la Compañía holandesa de las Indias Occidentales.
En Francia, durante el reinado de Luis XIII, el cardenal Richelieu sienta las bases del Estado absolutista
- 1624.** Comienza la construcción del palacio de Versalles, símbolo del absolutismo francés.
- 1625.** Carlos I hereda el trono de Inglaterra
- 1629.** Carlos I de Inglaterra disuelve el Parlamento
- 1635.** Francia declara la guerra a España
- 1640.** Los ingleses se asientan en la India
- 1642.** Contra los intentos absolutistas de Carlos I estalla la guerra civil en Inglaterra.
En Francia, llega al trono Luis XIV, durante su minoridad gobierna su madre Ana de Austria.
- 1643.** El cardenal Mazarino se hace cargo de los negocios públicos en Francia.
- 1648.** Fin de la Guerra de los Treinta Años.
En Francia estalla *La Fronda*.
- 1649.** Tras el Tratado de Westfalia, Holanda se independiza del poder español.
Carlos I es ejecutado en Inglaterra; Cromwell establece el Commonwealth.
- 1653.** Cromwell es designado Lord Protector de Inglaterra, instaurando una dictadura.
- 1659.** Se firma la Paz de los Pirineos entre España y Francia.
- 1660.** En Inglaterra se restaura la monarquía, Carlos II en el trono.
- 1661.** Comienza el reinado absoluto de Luis XIV.
- 1664.** Fundación de la Compañía francesa de las Indias Orientales.
- 1665.** Carlos II es rey de España, bajo la regencia de su madre Ana María de Austria.

- 1667.** Luis XIV inicia operaciones para tomar posesión de Flandes. Se declara la llamada "Guerra de Devolución".
- 1670.** Francia ocupa Lorraine.
- 1672.** Comienza la guerra entre Francia y Holanda, auxiliada por España y el Emperador de Alemania.
- 1680.** Se establece el imperio colonial francés en América del Norte.
- 1681.** Francia anexa Estrasburgo.
- 1685.** Jacobo II llega al trono de Inglaterra intensificándose los problemas religiosos y políticos.
- 1688.** La "gloriosa revolución" establece los principios de la monarquía limitada, Guillermo de Orange desembarca en Inglaterra y ocupa el trono.
- 1694.** Se crea el Banco de Inglaterra.
- 1697.** Paz de Ryswick entre Francia y España, Inglaterra y Holanda.
- 1698.** Comienzan los conflictos por la sucesión del trono de España
- 1701.** Tras la muerte de Carlos II, último rey de la dinastía Habsburgo, comienza la Guerra de Sucesión en España.
- 1702.** Ana es reina de Inglaterra.
- 1707.** Unión de Escocia con Inglaterra.
- 1713.** Por el Tratado de Utrech se reconoce a Felipe V, rey de España a cambio de su renuncia a la corona francesa. Se inicia la dinastía de los Borbones.
Diderot comienza a publicar la *Enciclopedia*.
- 1714.** Jorge I, de la casa Hannover, es rey de Inglaterra.
- 1715.** Luis XV es rey de Francia bajo la regencia de Felipe de Orleans.
- 1718.** Se forma la Cuádruple Alianza (Austria, Holanda, Francia e Inglaterra) contra España.
- 1727.** Jorge II es rey de Inglaterra; Pedro II, zar de Rusia.
- 1733.** España participa junto con Francia en la Guerra de Sucesión de Polonia.
- 1746.** Fernando VI es rey de España.

- 1759.** Carlos III sucede en el trono de España; comienzan a aplicarse las políticas “ilustradas”.
- 1762.** Sube al trono Catalina la Grande, con el proyecto de occidentalizar Rusia.



KRIEDTE, PETER (1986): Capítulo I: “La época de la revolución de los precios”, en: *Feudalismo tardío y capitalismo mercantil*, Barcelona, Crítica.



1.
A partir del planteo de Kriedte elabore conclusiones vinculando el desarrollo de la población, las transformaciones de la agricultura y de las manufacturas, y el crecimiento y los cambios de comercio europeo.

Guía de lectura

- Crecimiento de la población.
Características, mecanismos de control de la relación población/recursos agrícolas, relación entre el aumento de la población y la disponibilidad de tierras. Natalidad y mortalidad
- Expansión agrícola
Ampliación de la superficie cultivada, relación con la ganadería, variación de cultivos
Las relaciones de producción agraria. Características diferenciales de su desarrollo:
 - a. el caso de Inglaterra. La explotación agropecuaria rotativa, su incidencia en la estructura social de la aldea. Los cercamientos (*enclosures*). Comercialización de la lana y agricultura comercial
 - b. el caso de Francia. Arriendo y aparcería
 - c. el caso de España. Ganadería ovina, la producción de alimentos
 - d. el caso de Europa Occidental. La expansión de las propiedades nobiliarias, la “segunda servidumbre”. Exportación cerealera. Los efectos del proceso en el comercio urbano. Compare el caso de Europa Oriental con el de Inglaterra. Explique por qué Kriedte señala que “no es una simple inversión del proceso histórico”.
- Las manufacturas.
Impulsos para su desarrollo. Cambios en la distribución regional. Importancia del textil. Los “nuevos paños” (*new draperies*). Características. Los cambios en la producción: el trabajo a domicilio.
- El papel del comerciante: el dominio del capital mercantil. Explique por qué Kriedte señala que “En la jerarquía de las esferas económicas el primado le correspondía a la de circulación y no a la de la producción”, establezca su relación con la acumulación de capital.

- El crecimiento del comercio.

Del mercado europeo al mercado mundial. Características regionales del comercio: el Atlántico y el Báltico. Explique por qué el comercio en la zona del Báltico adquiere una “estructura moderna.” Las transformaciones del comercio con América: la importancia del metálico, la economía de plantaciones.

Los cambios en el comercio europeo. Principales ciudades, formas organizativas y técnicas comerciales.

Las altas finanzas: sistemas de crédito, los préstamos al Estado.



ANDERSON, PERRY (1985), Capítulo I, “El Estado Absolutista en Occidente”, en: *El Estado Absolutista*, Madrid, Siglo XXI, pp. 9-37.



2.

Después de analizar el texto según la Guía de Lectura, explique por qué Anderson considera al Estado Absolutista como la “caparazón” que protege al feudalismo.

Guía de lectura

- La naturaleza del Estado Absoluto

Estado absoluto y su relación con la crisis del feudalismo. Cambios y continuidades

Definición del Estado absoluto. Las funciones del Estado absoluto: el desplazamiento de la coerción.

- Los antagonistas de la nobleza: los campesinos. El papel de la burguesía mercantil en la crisis feudal
- El resurgimiento del derecho romano

El derecho civil. Su importancia para el desarrollo de la economía urbana. La noción de propiedad privada.

El derecho público. La *lex*. Su importancia para la consolidación de la autoridad monárquica. Los legistas

- La estructura del Estado Absoluto. Los instrumentos institucionales:

Los ejércitos. Mercenarios extranjeros. La función de la guerra: territorios y población. ¿Por qué Anderson considera a esta función “el recuerdo ampliado de las funciones medievales de la guerra”?

La burocracia y los sistemas de impuestos. La venta de cargos, su función. Los impuestos y su relación con los levantamientos campesinos.

Las funciones económicas del Estado. El mercantilismo. Características. Su relación con las políticas belicistas.

La diplomacia. Funciones y características

- Las contradicciones del Estado absoluto: el ascenso de las burguesías.



VAN DULMEN, RICHARD (1984): Capítulo 2: “La sociedad estamental y el dominio político”, en: *Los inicios de la Europa moderna (1550-1648)*, Madrid, Siglo XXI, pp. 92 hasta 134.



3. Caracterice los principales aspectos de la sociedad estamental, según el texto de Van Dulmen y compárelos con los conceptos sobre el Estado Absolutista que desarrolla Perry Anderson.

Guía de lectura

La sociedad estamental

- Definición de la sociedad estamental y rasgos del estamento. Objetivos. Sociedad estamental y conflicto social.
- Procesos de diferenciación social. La segregación social
- ¿Por qué la sociedad estamental “racionaliza” el orden social tradicional?

El mundo rural: los campesinos

- Importancia cuantitativa y cualitativa.
- La situación social de los campesinos
- Diferencias internas. Jornaleros, siervos, “proletariado” rural, artesanos
- Características del trabajo campesino. Las formas de solidaridad
- Fiestas y celebraciones. Su evolución. El papel de la religión. Las prácticas mágicas
- Las transformaciones de la vida campesina. El papel del Estado y la economía de mercado

La burguesía

- Importancia cuantitativa y cualitativa
- Principales características que definen a la burguesía
- Diferencia entre la burguesía estamental y la clase burguesa en formación
- Diferencias internas de la burguesía estamental. La “ciudadanía”. El patriciado, los comerciantes, la burguesía “media” y los gremios. Los pobres. Jerarquías sociales y posición económica.
- Las formas de vida urbana. Los sexos. Vida familiar. Las celebraciones. ¿Por qué la burguesía urbana perdió su carácter de fuerza dinámica?
- La cultura. Cultura laica y religiosa
- Tipos de ciudades. El impacto del desarrollo del Estado. Las rebeliones urbanas
- La burguesía según las distintas regiones europeas.
- El auge social y político de la burguesía. El ennoblecimiento como forma de ascenso social. La inversión en tierras. Los funcionarios; la compra de cargos. La participación directa en el poder político.

La nobleza

- Importancia cuantitativa y cualitativa. Definición de su estatus social. Su evolución y los signos de la “crisis” de la aristocracia
- Diferencias internas y regionales. Los cambios en el siglo XVI y su significado
- Las bases del poder nobiliario. La importancia del “honor”. Las formas de vida social
- Nobleza cortesana y nobleza rural. Despolitización y estilo cortesano: familia, educación, conocimientos. El papel de la religión.
- ¿Cuáles son los elementos que configuran la “crisis” de la aristocracia?



TENENTI, ALBERTO (1985): Segunda Parte, Capítulo II: “Reforma religiosa y conflictos europeos”, en: *La formación del mundo moderno*, Barcelona, Crítica, pp. 188-217.



4.
Elabore una Guía de Lectura del texto de Tenenti y señale cuáles son las principales hipótesis que desarrolla.



ROMERO, JOSÉ LUIS (1987): Capítulo II: “Teoría de la mentalidad burguesa” y Capítulo II: “Los contenidos de la mentalidad burguesa”, en: *Estudio de la mentalidad burguesa*, Buenos Aires, Alianza, pp. 26-137.



5.
A partir del análisis del texto establezca la vinculación entre mentalidad burguesa- Renacimiento- Ilustración. Aplíquela al análisis de la *Enciclopedia*.

Guía de lectura

Capítulo II: “Teoría de la mentalidad burguesa”

Cambios estructurales y respuestas ideológicas:

- Relación entre cambios estructurales y mentalidad. Concepto de institucionalización. Procesos e imágenes de cambio
- El surgimiento de la burguesía. Sus características. La constitución de la mentalidad burguesa: desafío y enmascaramiento
- La mentalidad cristiano-feudal. Sus rasgos. Relacione con lo que Romero señala sobre las mentalidades señoriales en *La revolución burguesa en el mundo feudal* [Unidad I]

- Los contenidos de la mentalidad cristiano-feudal: la imagen de la realidad; la idea de la trascendencia; la imagen de la sociedad; el carácter estático de la estructura social.
- La revolución burguesa y la estructura tradicional. La permanencia de las estructuras mentales. La movilidad social.

Las etapas de desarrollo de la mentalidad burguesa:

- Desde el siglo XI al siglo XIV: espontaneidad y experiencia. La nueva imagen del hombre y la sociedad. Las revueltas urbanas. Relación con lo que Romero señala sobre las nuevas mentalidades en *La revolución burguesa en el mundo feudal* [Unidad I]
- Desde el siglo XIV al siglo XVIII: la toma de conciencia. Aceptación, negación y enmascaramiento. El significado del Renacimiento. La represión. La racionalización.
- La revolución ideológica del siglo XVIII. Los cambios sociales y políticos. La explicitación del pensamiento. El pensamiento científico. La perduración del pensamiento burgués

La mentalidad burguesa como ideología:

- Definición de ideología. Transformación social y experiencia. La idea de la Fortuna. La interpretación de la sociedad y la historia: el pasaje de la experiencia a la teoría.
- El Renacimiento como racionalización de la experiencia burguesa. El ciclo.
- La Ilustración y la idea del progreso.



RUDÉ, GEORGE (1982), Capítulo 10: “Ilustración”, en: *Europa en el siglo XVIII. La aristocracia y el desafío burgués*, Madrid, Alianza, pp. 184-215.



6. Elabore una guía de lectura sobre el texto de Rudé. Establezca las relaciones con lo que señala José Luis Romero en el texto anterior. Señale cuáles son los principales conceptos que permiten analizar la *Enciclopedia*.



HOBSBAWM, ERIC J. (1983), “La ‘crisis’ del siglo XVII”, en: ASTON, TREVOR (comp.): *Crisis en Europa, 1560-1660*, Madrid, Alianza.



7. Explique la hipótesis de Hobsbawm sobre la crisis del siglo XVII y del efecto de “concentración” para el advenimiento del capitalismo.

Guía de análisis

- Hipótesis sobre la crisis del siglo XVII. Crisis y capitalismo.

Descripción de la crisis

- Diferencia entre crisis y recesión. Los efectos según las áreas europeas
- Los efectos sobre la población, la producción y el comercio. La expansión europea. Las revueltas sociales. El papel de los Estados absolutos y de las “revoluciones burguesas”. La Guerra de los Treinta Años

Las causas de la crisis

- Los obstáculos para el desarrollo del capitalismo. La condición del mercado de productos y de mano de obra. El obstáculo de las estructuras feudales. Los límites de la expansión del siglo XVI.
- El caso de Italia. Las causas de las inversiones “improductivas”
- Las contradicciones de la expansión: Europa Oriental. Los efectos de la expansión de la agricultura basada en la servidumbre sobre el mercado.
- Las contradicciones de la expansión: mercados de ultramar y mercados coloniales. La estructura de los mercados y sus efectos sobre la producción de manufacturas. La hacienda y el autoabastecimiento.
- Las contradicciones de los mercados interiores. Las características de la expansión del siglo XVI. Las inversiones urbanas en el campo y la persistencia de las estructuras feudales. El descenso de la productividad. Las características del mercado rural.
- Los límites de la expansión económica. Crisis y cambio.

Los resultados de la crisis

- Los procesos de concentración económica. Sus características; diferencias regionales.
- La agricultura. Aumento de la productividad y excedentes alimentarios. Los procesos en Europa Occidental y en Europa centro-oriental.
- Las manufacturas. El desarrollo del trabajo domiciliario. La concentración regional de la industria. La concentración del control comercial y financiero.
- La acumulación de capital. Concentración y acumulación. Definición de concentración. El papel de las monarquías absolutas. La concentración de poder económico en las economías marítimas.



D'ALEMBERT, JEAN L. y DIDEROT, DENIS (1982), *La Enciclopedia (Selección)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.



8.

A través del análisis de los siguientes artículos de la *Enciclopedia*: Copérnico, Experimental, Igualdad natural, Labrador, Monarquía absoluta, Monarquía limitada, Privilegio, Pueblo y Sacerdotes

a. establezca cuáles fueron los principales aspectos de las ideas de la Ilustración con respecto a:

I. la economía

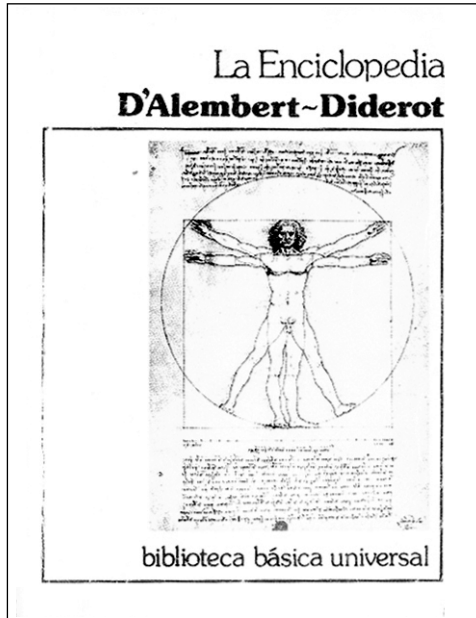
II. la sociedad

III. la política

IV. la religión

V. la ciencia

b. señale cuáles fueron los principales aspectos innovadores de la Ilustración dentro del contexto de su época.



D'ALEMBERT, JEAN L. y DIDEROT, DENIS (1982), *La Enciclopedia (Selección)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

COPÉRNICO¹, sistema o hipótesis de Copérnico (*Orden Encicl. Entendimiento, Razón, Filosofía o Ciencia de la nat., Ciencia del cielo, Astron.*). Es un sistema en el que se supone que el Sol está quieto en el centro del mundo y que los planetas y la Tierra giran a su alrededor en elipses.

Según este sistema, los cielos y las estrellas permanecen en reposo, y el movimiento diurno que aparentan de Oriente a Occidente está producido por el de la Tierra alrededor de su eje de Occidente a Oriente.

Este sistema ha sido defendido por varios sabios antiguos, y particularmente por Ephantus, Seleúco, Aristarco, Filolao, Cleantes, Heráclito, Póntico y Pitágoras, y a causa de este último fue llamado *sistema de Pitágoras*.

También lo sostuvo Arquímedes en su libro *De granorum arenae numero*, pero después de él fue totalmente abandonado e incluso olvidado durante varios siglos. Finalmente lo recuperó Copérnico hace doscientos cincuenta años, de donde derivó el nombre de *sistema de Copérnico*.

Nicolás Copérnico, cuyo nombre es actualmente tan conocido, y cuya historia abreviada hemos escrito en el artículo *Astronomía*, adoptó, pues, la opinión de los pitagóricos, que no otorga a la Tierra el centro del mundo y le da no sólo un movimiento diurno en torno a su eje, sino también un movimiento anual en torno al Sol, opinión cuya simplicidad le había sorprendido y que él decidió profundizar.

¹ Artículo redactado por D'Alembert.

En consecuencia, comenzó a observar, calcular, comparar, etc., y al final, después de una larga y ponderada discusión de los hechos, halló que podía no sólo dar cuenta de todos los fenómenos y de todos los movimientos de los astros, sino aun construir un sistema muy sencillo del mundo.

Fontenelle señala en sus *Mundos* que *Copérnico* murió el mismo día en que le llevaron el primer ejemplar impreso de su libro. Parece, añade, que *Copérnico* quiso evitar las contradicciones que su sistema iba a padecer.

Generalmente se sigue hoy en día este sistema en Francia e Inglaterra, sobre todo después de que Descartes y Newton intentaron el uno y el otro fortalecerlo con explicaciones físicas. El último de estos filósofos desarrolló principalmente, con claridad admirable y sorprendente precisión, los principales puntos del sistema de *Copérnico*. En cuanto a Descartes, el modo como intentó explicarlo, aunque ingenioso, fue demasiado vago para tener durante mucho tiempo seguidores. Por ello apenas le quedan hoy entre los verdaderos estudiosos.

En Italia está prohibido defender el sistema de *Copérnico*, al que se considera como contrario a la Escritura a causa del movimiento de la Tierra que propone el sistema. (Véase *Sistema*). El gran Galileo fue en otro tiempo entregado a la Inquisición y su opinión del movimiento de la Tierra condenada como herética; los inquisidores, en el decreto dictado contra el sistema no omitieron el nombre de *Copérnico*, que lo había renovado después del cardenal de Cusa, ni el de Diego de Zúñiga, que lo enseñó en sus comentarios sobre Job, ni el del padre Foscarini, carmelita italiano, que acababa de demostrar en una carta muy sabia que esa opinión no se oponía a la Escritura. Galileo, a pesar de esa censura, continuó dogmatizando acerca del movimiento de la Tierra, y fue condenado de nuevo y obligado a retractarse públicamente, a abjurar de su pretendido error por escrito, lo que hizo el 22 de junio de 1633; y tras prometer de rodillas, con la mano sobre los Evangelios, que jamás diría ni haría nada contrario a ese mandato, fue llevado a las prisiones de la Inquisición, de las que fue sacado muy pronto. Este acontecimiento alarmó tanto a Descartes, muy sumiso a la santa Sede, que impidió la publicación de su tratado *Del mundo*, que estaba a punto de aparecer. (Véase todos estos detalles en la "*Vida de Descartes*", por Baillet.).

Desde entonces, los filósofos y los astrónomos más sabios de Italia no se atrevieron a sostener el sistema de *Copérnico*, y si acaso parecían adoptarlo, tenían gran cuidado en advertir que sólo lo consideraban como una hipótesis, y que, por lo demás, estaban sometidos a los decretos de los soberanos pontífices sobre este asunto.

Sería deseable que un país tan lleno de cultura y conocimientos como Italia quisiera finalmente reconocer un error tan perjudicial para el progreso de las ciencias, y que sobre este asunto coincidiera con lo que pensamos en Francia. Semejante cambio sería muy digno del culto pontífice que hoy gobierna la Iglesia. Amigo de las ciencias y él mismo sabio, le compete dictar norma sobre este asunto a los inquisidores, como ya hizo sobre otras materias importantes. No hay un solo inquisidor, escribe un autor célebre, que no deba enrojecer al ver una esfera de *Copérnico*. Ese furor de la Inquisición contra el movimiento de la Tierra daña incluso a la religión. En efecto, ¿qué pensarán los débiles y los simples de los dogmas reales que la fe nos obliga a creer, si encuentra que a esos dogmas se mezclan opiniones dudosas o falsas? ¿No es mejor afirmar que la Escritura, en materia de fe, habla según el Espíritu Santo, y en materia de física ha de hablar como el pueblo,

cuya lengua convenía hablar bien para estar a su alcance? Mediante esta distinción se responde a todo; tanto la física como la fe quedan a salvo. Una de las principales causas del descrédito en que se encuentra el sistema de *Copérnico* en España y en Italia es el hecho de que están persuadidos de que algunos soberanos pontífices han decidido que la Tierra no da vueltas y se cree infalible el juicio del papa, incluso sobre estas materias que en nada afectan al dogma. En Francia sólo en ello se reconoce a la Iglesia como infalible; por lo demás, resulta más cómodo creer en lo que respecta al sistema del mundo, las observaciones de los astrónomos que los decretos de la Inquisición, por la misma razón por la que el rey de España, dice Pascal, hallaba más fácil creer en la existencia de los antípodas, ya que Cristóbal Colón venía de allí, que no al papa Zacarías, que jamás había estado en ellas. (Véase *Antípodas y Cosmógrafo*).

En la *Vida de Descartes* que citamos, Baillet acusa al jesuita padre Scheiner, de haber denunciado a Galileo ante la Inquisición por su opinión del movimiento de la Tierra. Este padre, en efecto, estaba celoso y disgustado con Galileo a propósito del descubrimiento de las manchas del Sol que le disputaba aquel; pero si es cierto que el padre Scheiner consiguió esta venganza sobre su adversario, semejante acción perjudica más su memoria que el descubrimiento verdadero o falso de las manchas del Sol pudo haberle otorgado. (Véase *Manchas*).

En Francia se sostiene sin temor alguno que el sistema de *Copérnico*, y se está persuadido, por lo que acabamos de decir, que este sistema no contradice a la fe, aunque Josué haya dicho *Sta. Sol*. Así se responde de una manera sólida y satisfactoria a todas las dificultades de los incrédulos sobre ciertos párrafos de la Escritura en los que sin razón pretenden hallar gruesos errores físicos o astronómicos.

El sistema de *Copérnico* no sólo es muy sencillo, sino muy de acuerdo con las observaciones astronómicas a las que se oponen todos los demás sistemas. En Venus se observan fases como en la Luna; lo mismo ocurre en Mercurio, lo que no puede explicarse en el sistema de Tolomeo, mientras que se da una razón muy demostrativa de estos fenómenos al suponer, como *Copérnico*, que el Sol es el centro y que Mercurio, Venus y la Tierra giran a su alrededor por el orden en que los nombramos. (Véase *Cosmografía, Fase, Venus, etc.*)

Cuando *Copérnico*, propuso su sistema en la época en que no se habían inventado las lentes de aumento, se le objetaba la no existencia de esas fases. Predijo que serían descubiertas un día, y los telescopios han verificado esa predicción. Por lo demás, ¿no es más sencillo conceder dos movimientos a la Tierra, uno anual y otro diurno, que hacer que se desplace a una velocidad enorme e increíble toda la esfera de las estrellas? ¿Qué debía, en fin, pensarse de esa acumulación de epiciclos, de excéntricos, de deferentes, que se multiplicaban para explicar los movimientos de los cuerpos celestes y de los que nos libra el sistema de *Copérnico*? Por ello no hay un solo astrónomo hábil y honesto a quien le asalte siquiera el pensamiento de ponerlo en duda. (Véase *Cielos de Cristal*).

Por lo demás, este sistema, tal como actualmente está establecido, no es exactamente como lo imaginó su autor. Todavía decía que los planetas se movían en círculos cuyo centro no lo ocupaba el Sol. Hay que disculpar esa hipótesis en una época en la que no había aún observaciones suficientes y en que no se conocía nada mejor. Kepler fue el primero en probar, mediante

las observaciones, que los planetas describen en torno al Sol elipses, y estableció las leyes de sus movimientos. (Véase *Kepler*). Newton demostró más tarde esas leyes y demostró que los cometas describían también en torno al Sol parábolas o elipses muy excéntricas. (Véase *Cometa*).

EXPERIMENTAL,² adj. (*Filosof. nat.*). Se denomina *filosofía experimental* a la que utiliza experimentos para descubrir las leyes de la naturaleza. (Véase *Experiencias*.)

Los antiguos, a los que nos creemos muy superiores en las ciencias, porque nos parece más corto y más agradable ubicarnos ante ellos que leerlos, no desdeñaron la física experimental, tal como solemos imaginar. Comprendieron muy pronto que la observación y el experimento eran los únicos medios de acceder a la naturaleza. Bastarían las obras de Hipócrates para mostrar el espíritu que entonces guiaba a los filósofos. En vez de esos sistemas, si no mortíferos, al menos ridículos, que ha engendrado la medicina moderna para luego proscribirlos, encontramos en ellas hechos bien observados y analizados; vemos un sistema que todavía hoy sirve y que seguramente servirá para siempre de base al arte de curar. Ahora bien: creo poder deducir, por el estado de la medicina entre los antiguos, del estado en que se hallaba la física entre ellos, y ello por dos razones: la primera, porque las obras de Hipócrates son los testimonios más considerables que nos quedan de la física de los antiguos; la segunda, porque, siendo la medicina la parte más esencial e interesante de la física, siempre puede apreciarse la manera en que ésta se cultiva por la manera en que se trataba aquélla. Como es la física es la medicina; y recíprocamente, como es la medicina así es la física. Se trata de una verdad que nos asegura la experiencia, puesto que contando sólo a partir de la renovación de las letras, aunque pudiéramos remontarnos más lejos, siempre hemos visto experimentar a una de estas ciencias los cambios que alteraron o desnaturalizaron a la otra.

Por otra parte, sabemos que, en la misma época de Hipócrates, varios grandes hombres, a cuya cabeza hállase Demócrito, se aplicaron con éxito a la observación de la naturaleza. Se pretende que el médico enviado por los habitantes de Abdera para curar la supuesta locura del filósofo lo halló ocupado en disecar y observar animales, y puede adivinarse a quién juzgó más loco Hipócrates, a aquel a quien iba a ver o a aquellos que lo habían enviado. ¡Loco Demócrito, que, por así decirlo de pasada, había hallado la manera más filosófica de gozar de la naturaleza y de los hombres, esto es: estudiar la una y reírse de los otros!

Además, cuando hablo de la aplicación que los antiguos dieron a la física *experimental*, no sé si hay que tomar la palabra en su sentido más amplio. La física *experimental* gira sobre dos ejes que no hay que confundir, el *experimento* propiamente dicho y la *observación*. Esta, menos compleja y menos sutil, se limita a los hechos que tiene ante la vista, a ver bien y a detallar los fenómenos de toda especie que ofrece el espectáculo de la naturaleza. Aquél, por el contrario, intenta penetrar más profundamente, descubrir lo que esconde, crear en cierta manera, mediante la diferente combinación de los cuerpos, nuevos fenómenos para estudiarlos. Finalmente, no se limita a contemplar la naturaleza, sino que la interroga y la presiona. A la primera po-

² De D'Alembert.

dríamos llamarla *física de los hechos*, o mejor *física vulgar y palpable*, y dar a la otra el nombre de *física oculta*, con tal que se conceda a esta palabra una idea más filosófica y más verdadera de lo que han hecho ciertos físicos modernos, y que nos limitemos a designar el conocimiento de los hechos ocultos de los que nos aseguramos viéndolos, y no la novelería de hechos supuestos que se adivinan bien o mal, sin buscarlos ni verlos.

Los antiguos no parecían dedicarse mucho a esta última física; se limitaban a leer en la naturaleza, pero leían con gran asiduidad y con mejores ojos de lo que nosotros imaginamos. Varios hechos que explicaron y que al principio fueron desechados por los modernos se consideraron verdaderos cuando se profundizó mejor. El método que los antiguos practicaban, cultivando la observación antes que el experimento, era muy filosófico y el más adecuado de todos para obtener los más grandes progresos en la ciencia física de que fue capaz en aquella primera edad del espíritu humano. Antes de emplear y gastar nuestro ingenio para buscar un hecho en combinaciones sutiles, es preciso asegurarse de que ese hecho no está a nuestro lado y ante nuestras manos, al igual que en geometría hay que reservar los esfuerzos para hallar lo que no ha sido resuelto por otros. La naturaleza es tan variada y tan rica que una simple colección de hechos completos adelantaría muchísimo nuestros conocimientos, y si fuera posible conseguir que nada faltase en esa colección, sería quizá el único trabajo al que habría de limitarse un físico; es al menos aquel por el que conviene que comience y esto es lo que hicieron los antiguos. Trataron la naturaleza como Hipócrates trató el cuerpo humano, nueva prueba de la analogía y de la semejanza de la física de aquéllos y de la medicina de éste. Los más juiciosos de entre ellos hicieron, por así decirlo, el índice de lo que veían, lo hicieron bien y se quedaron ahí. Del imán sólo conocieron la propiedad que muestra, la de atraer el hierro. Las maravillas de la electricidad que los rodeaban y de las que se encuentran evidencias en sus obras no los sorprendieron, porque, para sorprenderse de aquellas habría sido preciso ver su relación con hechos más ocultos que supo descubrir la experimentación en estos últimos tiempos, pues ella, entre varias ventajas, tiene la de ampliar el campo de observación. Un fenómeno que nos descubre la experimentación nos informa acerca de una infinidad de otros que sólo pedían, por así decirlo, ser advertidos. La observación, por la curiosidad que suscita y por los vacíos que deja, lleva a la experimentación; la experimentación vuelve a conducir a la observación por la misma curiosidad que busca llenar y cubrir cada vez más esos vacíos. Así podemos considerar en cierto modo a la experimentación y a la observación como continuación y complemento la una de la otra.

Los antiguos sólo parecen haber ejercitado la experimentación con relación a las artes y en modo alguno para satisfacer, como nosotros, una curiosidad puramente filosófica. Descomponían y combinaban los cuerpos para extraer utilidades útiles o agradables, sin intentar conocer su entramado y estructura. Ni siquiera se detenían en los detalles cuando describían los cuerpos, y si tuvieran necesidad de ser justificados en esto, lo serían en cierto modo suficientemente con la poca utilidad que los modernos han hallado siguiendo un método opuesto.

Quizá sea en la historia de los animales de Aristóteles donde haya que buscar la verdadera afición de los antiguos por la física, antes que en sus obras de física, en donde es menos rico en hechos y más abundante en palabras, más razonador y menos instruido; pues tal es al mismo tiempo la sa-

biduría y la locura del espíritu humano, que sólo aspira a reunir y colocar los materiales mientras el conjunto sea fácil y abundante pero que cuando le faltan aquellos se pone enseguida a discutir; de modo que, incluso reducido a una escasa cantidad de materiales, está siempre tentado a formar con ellos un cuerpo y desembocar en un sistema científico o al menos en algo que contenga en forma un reducido número de conocimientos imperfectos y aislados.

Pero al reconocer que este espíritu pudo haber guiado hasta cierto punto las obras físicas de Aristóteles, no lo culpemos a él de los abusos que los modernos efectuaron durante los siglos de ignorancia que duraron tanto tiempo, ni de las derivaciones que sus comentaristas quisieron sacar de las opiniones de este gran hombre.

No hablo de esas épocas oscuras sino para mencionar de paso unos pocos genios superiores que, dejando de lado ese método vago de filosofar, sustituían las palabras por las cosas y buscaban en su sagacidad y en el estudio de la naturaleza conocimientos más reales. El monje Bacon, demasiado poco conocido y poco leído hoy, debe situarse entre aquellos espíritus de primer orden; en el seno de la más profunda ignorancia supo, con la fuerza de su genio, elevarse por encima de su tiempo y dejarlo atrás de sí. Por eso sus hermanos lo persiguieron y el pueblo lo llamó brujo, poco más o menos como Gerberto lo había sido unos tres siglos antes a causa de sus inventos mecánicos, con la diferencia de que este llegó a papa y Bacon siguió siendo monje y desdichado.

Por lo demás, la pequeña cantidad de grandes genios que estudiaban de este modo la naturaleza en sí misma hasta el renacimiento propiamente dicho de la filosofía, no estaban cabalmente entregados a lo que se llama *física experimental*. Antes químicos que físicos, parecían más aplicados a la descomposición de los cuerpos particulares y a los detalles de la utilización que de ellos podían hacer, que al estudio general de la naturaleza. Dueños de infinitos conocimientos útiles o curiosos, pero no vinculados, ignoraban las leyes del movimiento, las de la hidrostática, la pesadez del aire, cuyos efectos veían, y varios otros conocimientos que hoy son la base y los elementos de la física moderna.

El canciller Bacon, inglés como el monje (pues ese nombre y ese pueblo son aptísimos para la filosofía), fue el primero en abarcar un campo más vasto. Entrevió los principios generales que han de servir de fundamento al estudio de la naturaleza, propuso que se la reconociera por vía de la experimentación, anunció varios descubrimientos que se realizaron más tarde. Descartes, que lo siguió de cerca y a quien se acusa (quizá sin razón) de haber sacado sus conclusiones de las obras de Bacon, abrió algunos caminos en la *física experimental*, pero la recomendó más que practicarla; quizá fue eso lo que lo condujo a varios errores. Tuvo, por ejemplo, el valor de ser el primero en establecer las leyes del movimiento, valor que merece el agradecimiento de los filósofos, puesto que ubicó a quienes lo siguieron en la senda de las leyes verdaderas; pero el experimento, o más bien, como diremos más adelante, las reflexiones sobre las observaciones más comunes le habrían enseñado que las leyes que había dado era insostenibles. Descartes y el propio Bacon, pese a la deuda que con ellos tiene la filosofía, habrían sido todavía más útiles si hubiesen sido más físicos en la práctica y menos teóricos; pero el ocioso placer de la meditación e incluso de la conjetura arrastra a los grandes espíritus. Comienzan mucho y terminan poco; proponen perspectivas, prescriben lo que hay que hacer para constatar su exacti-

tud y sus ventajas y dejan el trabajo mecánico a otros que, iluminados por una luz ajena, no llegan tan lejos como habrían llegado sus maestros solos. De este modo unos piensan o sueñan y otros realizan y obran; y la infancia de las ciencias es larga, o, por mejor decir, eterna.

De todas maneras, el espíritu de la física *experimental* que habían introducido Bacon y Descartes se difundió insensiblemente. La academia del Cimento en Florencia, Boyle y Mariotte, y tras ellos otros varios, efectuaron exitosamente gran cantidad de experimentos. Las academias se formaron y se apropiaron de esta manera de filosofar con gran rapidez; las universidades, más lentas porque ya estaban todas formadas cuando surge la física *experimental*, siguieron todavía durante mucho tiempo su método antiguo. Poco a poco la física de Descartes sucedió en las escuelas a la de Aristóteles, o mejor a la de sus comentaristas. Si todavía no se alcanzaba la verdad, al menos se estaba en la ruta correcta. Se realizaron algunos experimentos; se intentó explicarlos. Mejor hubiera sido limitarse a realizarlos bien y comprender la analogía mutua; pero, en fin, no hay que esperar que el espíritu se libere tan rápidamente de todos sus prejuicios. Surgió Newton y demostró por primera vez lo que sus predecesores no habían sino entrevisto: el arte de introducir la geometría en la física y de formar, al juntar el experimento al cálculo, una ciencia exacta, profunda, clara y nueva. Tan grande al menos por sus experimentos de óptica como por su sistema del mundo, abrió un ámbito inmenso y seguro. Inglaterra comprendió sus perspectivas; la Sociedad Real las consideró como propias desde el momento de su nacimiento. Las academias de Francia las acogieron con mayor lentitud y cierta reticencia por la misma razón que las universidades habían utilizado para rechazar durante varios años la física de Descartes. Finalmente, prevaleció el buen sentido; la generación hostil a esos grandes hombres desapareció de las academias y de las universidades, sobre las cuales parecen prevalecer hoy las primeras. Surgió una generación nueva, pues una vez que se han echado los cimientos de una revolución, casi siempre ella concluye en la generación siguiente; raramente más allá, porque los obstáculos perecen antes que ceder; raramente más acá, porque una vez franqueadas las barreras, el espíritu humano va con más frecuencia más de prisa de lo que quiere, hasta que halla un nuevo obstáculo que lo obliga a detenerse un momento.

Quienes observen la Universidad de París encontrarán una prueba convincente de lo que digo. Comienza a dominar en ella el estudio de la geometría y de la física experimental. Varios jóvenes profesores, llenos de saber, de inteligencia y de valor (pues se necesita para las innovaciones, incluso para las más inocentes), se han atrevido a apartarse de viejas sendas para abrir una nueva, mientras que en otras escuelas, a las que ahorraremos la vergüenza de nombrarlas, se consideran todavía con horror las leyes de Descartes sobre el movimiento e incluso la física peripatética. Los jóvenes maestros mencionados forman alumnos verdaderamente instruidos, que, ya superada su filosofía, están iniciados en los verdaderos principios de todas las ciencias físico-matemáticas, y que, lejos de verse forzados (como sucedía antes) a olvidar lo que habían aprendido, están, por el contrario, en disposición de utilizarlo para dedicarse a los aspectos de la física que más les gusten. La utilidad que puede sacarse de este método es tan grande que sería deseable o que se aumentasen en un año los cursos de filosofía de los colegios o que se decidiera desde el primer año abreviar muchos la metafísica y la lógica, a las que está consagrado casi por entero ese primer

año. No deseo proscribir dos ciencias cuya utilidad y necesidad indispensables reconozco, sino que creo que se las trataría con menos extensión si se las redujese a un contenido cabal y útil; encerradas en unas cuantas páginas, ganarían, y también la física, que debe seguirlas.

En estas circunstancias, acaba el rey de crear en la Universidad de París una cátedra de física *experimental*. El actual estado de la física entre nosotros, la afición que incluso los ignorantes sienten hacia ella, el ejemplo de los extranjeros que hace tiempo aprovechan las ventajas de un tal establecimiento, todo parecía exigir que nos procurásemos uno semejante. Nunca la ocasión fue más favorable para fortalecer en un organismo tan útil y también tan estimable como la Universidad de París la inclinación por la sana física, que se expande con tanto éxito desde hace varios años. El reconocido mérito del académico que ocupa esa cátedra responde del éxito con que la desempeñará. Estoy muy lejos de trazarle un plan que, sin duda, ya le han mostrado desde hace tiempo su capacidad y su experiencia. Sólo pido que se me permitan algunas reflexiones generales acerca del verdadero objetivo de los experimentos. Estas reflexiones no serán quizá inútiles para los jóvenes alumnos que se disponen a aprovechar la nueva cátedra, tan ventajosa para el progreso de la física. Los límites y la naturaleza de este artículo me obligarán, por lo demás, a abreviar esas reflexiones y a limitarme a rasgos generales y a presentar su espíritu y su sustancia.

IGUALDAD NATURAL (*Der. nat.*) es la existente entre todos los hombres mediante la constitución de la naturaleza.

La *igualdad natural* o *moral* se funda, pues, en la constitución de la naturaleza humana común a todos los hombres, que nacen, crecen, se desarrollan y mueren de igual manera.

Puesto que la naturaleza humana es idéntica en todos los hombres, resulta claro que según el derecho natural cada uno debe estimar y tratar a los otros como a seres que le son naturalmente iguales, es decir, que son hombres como él.

Varias consecuencias se deducen de este principio de la *igualdad natural* de los hombres. Citaré las principales.

1ª De este principio se deduce que todos los hombres son naturalmente libres y que la razón sólo puede hacerlos dependientes para su felicidad.

2ª Que a pesar de todas las desigualdades producidas en el gobierno político por la diferencia de las condiciones, de la nobleza, el poder, las riquezas, etc., los que están más por encima de los demás han de tratar a sus inferiores como a seres que son naturalmente iguales a ellos, evitando todo ultraje, sin exigir nada que no se les deba y exigiendo con humanidad lo que se les debe sin duda alguna.

3ª Que quien no haya adquirido un derecho particular, por el cual pueda exigir alguna preferencia, no debe pretender más que los otros, sino que, por el contrario, debe dejarlos gozar igualmente de los mismos derechos que él mismo se arroga.

4ª Que una cosa que es de derecho común, ha de ser o gozada en común, o poseída alternativamente, o dividida en partes iguales entre los que tienen el mismo derecho o mediante una compensación equitativa y regular; o que, si ello es imposible, debe dejarse la solución al azar, expediente bastante cómodo, que quita todo recelo de desprecio o de parcialidad, sin disminuir en nada la estima de las personas a las que no favorezca.

Finalmente, para abundar más aún, coincido con el sensato Hooker, en el principio indudable de la *igualdad natural* ante todos los deberes de caridad, de humanidad y de justicia, a los que están obligados los hombres, los unos hacia los otros, y esto no sería difícil demostrarlo.

El lector extraerá otras consecuencias derivadas del principio de *igualdad natural* de los hombres. Señalaré tan sólo que la violación de este principio es la que creó la esclavitud política y civil. De ahí surgió que, en los países sometidos al poder arbitrario, los príncipes, los cortesanos, los primeros ministros, los que manejan las finanzas poseen las riquezas de la nación, mientras que el resto de los ciudadanos sólo tenga lo necesario y la mayor parte del pueblo esté sumergido en la pobreza.

De todas maneras, que no se me haga la injuria de suponer que por un espíritu de fanatismo apruebo en un Estado esa quimera de la *igualdad* absoluta que apenas puede alumbrar una república ideal; sólo hablo aquí de la *igualdad natural* de los hombres. Conozco demasiado bien la necesidad de las condiciones diferentes, de los grados, de los honores, de las distinciones, de las prerrogativas, de las subordinaciones que han de imperar en todos los gobiernos, e incluso añado que no se oponen en absoluto a la *igualdad natural o moral*. En el estado natural los hombres nacen desde luego en la *igualdad*, pero no podrían permanecer en ella; la sociedad se la hace perder y sólo vuelven a ser iguales gracias a las leyes. Aristóteles afirma que Faleas de Calcedonia había imaginado una manera de hacer iguales las fortunas de la república allí donde no lo eran; quería que los ricos diesen dotes a los pobres y no se las rehusasen, y que los pobres recibiesen dinero para sus hijas y no lo diesen. “Pero (como señala el autor de *El espíritu de las leyes*) ninguna república ha aceptado jamás un reglamento semejante. Coloca a los ciudadanos en condiciones cuyas diferencias son tan señaladas que odiarían esa misma *igualdad* que se pretendiera establecer y que sería insensato querer introducir”. (*De Jaucourt*)

LABRADOR, s. m. (*Econom. camp.*). No es ese hombre de labor, ese mercenario que atiende los caballos o los bueyes y conduce la carreta. Se ignora lo que es esta condición, y más aún lo que debe ser, si lo vinculamos con ideas de grosería, de indigencia y de desprecio. Desgraciado el país en que sea cierto que el labrador es un hombre pobre; sólo podría suceder en una nación que también lo fuera, y en la cual, por las consecuencias más negativas, se vería arrastrada a una continua decadencia.

El cultivo de la tierra es una tarea que exige muchas inversiones, sin las cuales el resultado es estéril y ruinoso. Las grandes cosechas no se deben al trabajo de los hombres; los caballos y los bueyes son los que labran; las bestias son las que abonan las tierras. Una cosecha rica supone necesariamente una riqueza anterior que no pueden reemplazar, por mucho que se multipliquen, los trabajos. Es, pues, preciso que el *labrador* sea dueño de fondos considerables, ya para establecer una granja con bestias e instrumentos, ya para hacer frente a los gastos diarios, cuyo beneficio no comienza a recoger sino casi a los dos años de sus primeros adelantos. (Véase *Granja y Granjero, Economía política*.³)

³ Los artículos *Granjero* y *Cereales*, a los que se remite, pertenecen a Quesnay, cuya influencia es aquí evidente.

De todas las clases de riquezas sólo los dones de la tierra se reproducen sin cesar, porque siempre son iguales las necesidades primeras. Las manufacturas sólo producen muy poco por encima del salario de los hombres que emplean. El comercio del dinero sólo rinde en un sentido que por sí mismo no tiene valor real. Es la tierra, tan sólo la tierra la que da verdaderas riquezas, cuyo ciclo anual asegura a un estado rentas fijas, independientes de la opinión, visibles, y que no pueden sustraerse a sus necesidades. Ahora bien: los dones de la tierra son proporcionados a las inversiones del *labrador* y dependen del modo con que se hayan dispuesto. Por eso la riqueza más o menos grande de los *labradores* puede ser un termómetro muy exacto de la prosperidad de una nación que tiene un territorio vasto.

La observación del gobierno debe, pues, estar siempre atenta a esa clase de hombres laboriosos. Si están envilecidos, estrujados, sometidos a duras exigencias, temerán ejercer una profesión estéril y sin honor. Dedicarán sus inversiones a empresas menos útiles; decaerá la agricultura, desprovista de riquezas, y su decadencia conducirá a todo el estado a la indigencia y debilitamiento. Pero ¿con qué medios se asegurará la prosperidad del estado favoreciendo la agricultura? ¿Mediante qué tipo de resolución se inducirá a hombres ricos a consagrar a este empleo su tiempo y sus riquezas? Sólo puede esperarse esto asegurando al *labrador* la venta de sus productos, dejándole plena libertad en el cultivo; finalmente, conservándole fuera del alcance de un impuesto arbitrario que reduzca las inversiones necesarias a la reproducción. Si es cierto que no se puede realizar un cultivo ventajoso sin grandes inversiones, la entera libertad de exportación de productos es una condición indispensable sin la cual no se efectuarán esas inversiones. ¿Cómo, ante la inseguridad de la venta que suele presentar la dificultad de exportar, se querrían exponer los fondos? Los cereales tienen un precio base necesario. (Véase *Cereales, Econom. polit.*) Allí donde no es libre la exportación, los labradores están reducidos a temer la abundancia y una sobrecarga de productos cuyo valor vendible esté por debajo de los gastos a los que estuvieron obligados. La libertad de exportación asegura, mediante la igualdad de los precios, la segura recuperación de las inversiones y un producto neto, que es el único motivo que pueda mover a otras nuevas: La libertad en el cultivo no es una condición menos necesaria a su prosperidad, y los impedimentos a esto son tan inútiles como duros y ridículos. Es posible obligar a un *labrador* a sembrar trigo, pero no a dar a sus tierras todos los preparativos y abonos sin los cuales el cultivo del trigo es infructuoso. Así anúlase por completo un producto que hubiera sido ventajoso; por una precaución ciega e imprudente, se prepara a distancia el hambre que se quería evitar.

La imposición arbitraria tiende visiblemente a detener los esfuerzos del *labrador* y las inversiones que hubiera deseado hacer. Agota, pues, la fuente de las rentas del estado y, al expandir la desconfianza y el miedo, ahoga todo germen de prosperidad. No es imposible que la imposición arbitraria no sea muy excesiva, pero cuando no lo es, tiene siempre un vicio radical: incide sobre las inversiones necesarias para la producción. Convendría no sólo que el impuesto no fuera nunca arbitrario, sino que no recayera inmediatamente sobre el *labrador*. Los estados tienen períodos de crisis en que son indispensables los recursos y deben ser asimismo prontamente recogidos. Todo ciudadano debe entonces al estado el tributo de su bienestar. Si el impuesto sobre los propietarios resulta excesivo, equivale a un desembolso que por sí mismo es estéril. Gran cantidad de ciudadanos se lamentan, pe-

ro al menos es sólo a causa de un malestar pasajero que sólo dura lo que la contribución extraordinaria; pero si el impuesto ha caído sobre las inversiones necesarias al *labrador*, resulta expoliador. La reproducción, disminuida por las inversiones faltantes, conduce con rapidez hacia la decadencia.

El estado arruinado languidece durante mucho tiempo y con frecuencia no vuelve a adquirir ese esplendor que es la característica de la fuerza. U opinión generalizada de que el *labrador* sólo necesita sus brazos para ejercer su profesión es en parte el origen de los errores en los que se ha caído. Esa idea destructora sólo es cierta cuando se refiere a algunos países en los que el cultivo está degradado. La pobreza de los labradores apenas tolera los impuestos ni da recursos al estado. (Véase *Arrendatario*).

MONARQUÍA ABSOLUTA (*Gobierno*), forma de *monarquía* en cual toda la masa ciudadana ha creído un deber conferir la soberanía al príncipe, con la amplitud y el poder absoluto que originariamente residía en él, sin agregar otra restricción particular que la de las leyes instituidas. No hay que confundir el poder absoluto de tal monarca con el poder arbitrario y despótico, pues el origen y la naturaleza de la *monarquía* absoluta están limitados, por su misma naturaleza, por la intención de aquellos de quienes el monarca lo recibe y por las leyes fundamentales de su estado. Al igual que los pueblos que viven bajo una buena administración son más felices que aquellos que, sin reglas y sin jefes, vagan por los bosques, los monarcas que gobiernan bajo las leyes fundamentales de su estado son más dichosos que los príncipes despóticos, que nada tienen que pueda apelar al corazón de sus pueblos ni al suyo.

MONARQUÍA LIMITADA (*Gobierno*), clase de *monarquía* en que los tres poderes están de tal manera eslabonados entre sí que sirven el uno al otro como balanza y contrapeso. La *monarquía limitada* hereditaria parece ser la mejor forma de *monarquía*, porque independientemente de su estabilidad, el cuerpo legislativo está en ella integrado por dos partes, una de las cuales encadena a la otra con su facultad mutua de impedir y las dos están ligadas por el poder ejecutivo, que a su vez lo está por el legislativo. Tal es el gobierno de Inglaterra, cuyas raíces, siempre interrumpidas por hechos sangrientos, produjeron finalmente, después de siglos, y para asombro de las naciones, la mezcla ideal de libertad y de realeza. En las otras *monarquías* europeas que conocemos, los tres poderes no están fundidos de esta manera; cada uno tiene un área particular, conforme a la cual se acercan más o menos a la libertad política. Parece que en Suecia se goza de esa preciosa ventaja, tanto como se está alejado de ella en Dinamarca; pero la *monarquía* de Rusia es un despotismo.

PRIVILEGIO (*Gob. comunid. polític.*). Privilegio significa una distinción útil u honrosa de la que se benefician ciertos miembros de la sociedad y de la que los demás carecen. Hay varias clases de ellos: 1.º Los que pueden llamarse *inherentes* a la persona por los derechos de su nacimiento o de su estado; tal es el *privilegio* que tiene un par de Francia o un miembro del Parlamento; el origen de esos tipos de *privilegios* es tanto más respetable cuanto que no se conoce ningún título por el que hayan sido creados, y se remontan a tiempos antiguos. 2.º Los que se concedieron mediante las cartas del príncipe registradas en los tribunales en donde podía ser comprobado el be-

neficio. Esta segunda clase se subdivide en otras dos, según las diferencias de los motivos que determinaron al príncipe a concederlos. Los primeros pueden llamarse *privilegios de dignidad*; son los que, bien por servicios prestados, bien para hacer respetar más los que se van a prestar, se otorgan a individuos que han prestado algún servicio importante, como el *privilegio* de nobleza concedido gratuitamente a un villano y todas las exenciones de tributo y de otras cargas públicas concedidas a ciertos oficios. Entre los de este segundo género todavía hay que distinguir los que sólo tienen realmente por objeto honrar más las funciones y las personas que las ejercitan y los que se concedieron mediante finanzas aportadas para las necesidades del estado, pero siempre, e incluso en este último caso, según la apariencia de la utilidad de los servicios. Finalmente, la última clase de *privilegios* es la de los que podemos llamar *de necesidad*. Entiendo por éstos la exenciones particulares que, sin estar concedidas a la dignidad de las personas y de las funciones, lo son por la necesidad de proteger a las personas de las vejaciones a las que sus propias funciones los exponen por parte del público. Tales son los *privilegios* concedidos a los encargados de las contribuciones y a otros funcionarios de la percepción de los impuestos. Como su deber los obliga a realizar las recaudaciones de que están encargados, están expuestos al odio y a los resentimientos de aquellos a los que se ven obligados a perseguir; de modo que si estuviera a la disposición de los habitantes de los lugares hacerles llevar una parte de las cargas públicas, o serían muy pronto cargados con ellas o el miedo a esa sobrecarga los obligaría a manejos que serían perjudiciales para los negocios cuya administración llevan. De la diferencia de motivos que produjeron esas diferentes clases de *privilegios*, deriva también en aquel que ha de mantenerlos la diferencia de trato que debe a los que están beneficiados por ellos. De ahí que, cuando un caso de necesidad política y urgente –y esto anula todos los *privilegios*– exige que se deroguen esos *privilegios*, aquellos que por su naturaleza son los menos respetables han de ser también los primeros derogados. En general, y fuera del caso de los *privilegios* de la primera clase, –los que son inherentes a la persona o a la función– no debe reconocerse *privilegio* alguno a no ser los concedidos por cartas del príncipe, debidamente registradas en los tribunales que deben conocerlos. Incluso en ese caso es necesario que estén reducidos a sus justos límites, esto es, a los expresamente enunciados en el título correspondiente, y que no lleguen más allá de eso. No están en modo alguno dentro del espíritu de la máxima *favores ampliandi*, porque de otro modo, siendo por su naturaleza una sobrecarga para el resto del público, llevada esta a un límite extremo, sería insostenible, lo que nunca fue ni pudo ser la intención del legislador. Sería deseable que las necesidades del Estado, la necesidad de los negocios o de las intenciones particulares no hubiesen multiplicado los *privilegios* tanto como lo han hecho, y que de cuando en cuando se retornara a los motivos a los que deben su origen, para ser cuidadosamente examinados, y tras haber distinguido bien la diferencia de ellos, se resolviera conservar sólo los *privilegios* concernientes a la utilidad del príncipe y del público. Es muy justo que la nobleza, cuyo deber es servir al estado en los ejércitos o al menos ofrecer personal para cumplir esa obligación, y que magistrados dignos de consideración por la amplitud y la importancia de sus funciones y que dictan justicia en los tribunales superiores gocen de distinciones honrosas que al mismo tiempo sean la recompensa de los servicios que prestan y les procuren el sosiego espiritual y la

consideración que necesitan para dedicarse útilmente a sus funciones. La parte de las cargas públicas de que están exentos cae en verdad sobre el resto de los ciudadanos. Pero también es justo que ellos, cuyas ocupaciones no son ni tan importantes ni tan difíciles de desempeñar, contribuyan a recompensar las ocupaciones de un orden superior. Es justo y conveniente del mismo modo que quienes sirven al rey en su servicio doméstico, que están próximos a su persona o cuyas funciones exigen asiduidad, educación y talento, participen en cierta forma en la dignidad de su amo, sin permanecer confundidos con el orden inferior del pueblo. Pero parece que todavía habría que distinguir en todos los casos a las personas cuyos servicios son reales y útiles, bien al príncipe, bien al público, y no desmerecer los favores de que éstas legítimamente gozan confundiéndolas con cantidad de gentes inútiles en todos los aspectos y cuyo único título es un trozo de pergamino adquirido casi siempre a bajo precio. Un burgués acomodado que por sí solo podría pagar la mitad del tributo de toda una parroquia si fuera aplicado en su proporción justa, por el importe de un año o de dos de sus imposiciones, sin nacimiento, sin educación y sin talentos, compra un cargo en una oficina de elección o en granero de sal, o un cargo inútil y sin servicio ante el rey o ante un príncipe que tiene una casa, cargo cuyo mismo título ignora frecuentemente el dueño, y que jamás utiliza; o hace que se le dé en las fincas del rey un pequeño empleo frecuentemente inútil y cuyo producto no es otro que las propias exenciones compradas a la comisión, y comienza a gozar públicamente de todas las exenciones de que gozan la nobleza y la alta magistratura; mientras que un empleado del principal tribunal de justicia de la provincia, que no es tribunal superior, se mezcla para las imposiciones y otras cargas públicas con los menos considerados del pueblo. De estos abusos de *privilegios* derivan dos inconvenientes importantes. Uno, que la parte más pobre de los ciudadanos esta siempre sobrecargada por encima de sus fuerzas. Ahora bien: esa parte es, sin embargo, la más útil al Estado, puesto que está formada por los que cultivan la tierra y proporcionan subsistencia a los órdenes superiores. El otro inconveniente es que los *privilegios* quitan a las gentes que tienen talento y educación el deseo de entrar en las magistraturas o en profesiones que exigen trabajo y aplicación, prefiriendo entonces pequeños cargos o pequeños empleos donde son suficientes la intriga, la avidez y el orgullo para mantenerse e imponerse al público. De estas reflexiones hay que concluir lo que se ha dicho antes: que ya sean los tribunales ordinarios encargados de la administración de la parte de justicia con los impuestos y los *privilegios*, ya sean aquellos que por su estado están obligados a vigilar el reparto individual de los impuestos y de otras cargas públicas, nada útil y conveniente pueden hacer que tener mucho cuidado si se amplían los *privilegios*, y en lo que de ellos depende, reducirlos a los términos precisos en que fueron concedidos, en espera de que circunstancias más favorables permitan a quienes están encargados de esa parte del ministerio reducirlos a lo estrictamente útil. Conocen bien esta verdad, pero la necesidad de abastecer los reembolsos o sus equivalentes frena en esto sus deseos, y las necesidades públicas, multiplicándose, los obligan con frecuencia no sólo a postergar su ejecución, sino incluso a hacerla más difícil para el futuro. También por ello ocurrió que la nobleza que por sí misma es o debería ser la recompensa más honrosa con la que el soberano agradece los servicios importantes o los talentos superiores, ha sido prodigada a miles de familias cuyos cabezas sólo tuvieron, para procurársela,

que emplear sumas, incluso bastante modestas, para adquirir cargos que la concedían y cuya utilidad para el público era nula, ya por defecto del objeto, ya por falta de talentos. Este artículo se convertiría en un volumen si buscáramos la cantidad y la calidad de esos títulos y los abusos de todos esos *privilegios*; pero estamos obligados a limitarnos a lo que sobre esta materia hay de más general, más conocido y menos controvertido.

Privilegio exclusivo. Se denomina así el derecho que el príncipe concede a una compañía o a un particular para practicar determinado comercio o fabricar y expender determinada mercancía con exclusión de otras. Cuando, con las ciencias especulativas, las artes que son su consecuencia natural salieron del olvido y del desprecio en que las habían sumergido los desórdenes públicos, era muy natural que los primeros inventores o restauradores fueran recompensados por el celo y los talentos que los impulsaron a crear algo útil para el público y para sí mismos. La carencia o la rareza de las luces y de la industria obligaron también a los magistrados a confiar la fabricación y la expedición de cosas útiles, y sobre todo de las necesarias, a manos capaces de responder a los deseos de los compradores. De ahí nacieron los *privilegios exclusivos*. Aunque exista una gran diferencia entre el objeto de una fábrica importante y el de un oficio ordinario, entre el de una compañía de comercio y el de una tienda; aunque todo el mundo advierta la desproporción que existe entre establecimientos tan diferentes por su dimensión, hay que convenir, sin embargo, en que la diferencia, por grande que sea, no es sino de cantidad, y que si hay puntos en los que diferentes clases de comercio y de industria se alejan unas de otras, también los hay en los que esas clases se aproximan. Tienen en común al menos el hecho de que las dos se refieren al bienestar general del estado. Ahora bien: de ello resulta que en ciertos aspectos es posible reunirlos desde el mismo punto de vista para prescribirles reglas, o más bien para que el gobierno las prescriba acerca de cómo protegerlas y hacerlas más útiles. Al principio se consideró un medio de obtenerlo la concesión a compañías en situación de realizar inversiones y de soportar los riesgosos *privilegios exclusivos* para efectuar ciertos comercios con el extranjero que exigían un aparato que no podían mantener simples particulares con sus propias fuerzas. También pueden considerarse como *privilegios exclusivos* las maestrías que se crearon para los oficios más ordinarios, y que sólo se adquirían y aún se adquieren en nuestras ciudades después de haber realizado, mediante aprendizajes, pruebas de conocimiento y de capacidad. A estos diferentes cuerpos se les dio reglamentos que procuraban permitir la entrada bajo ciertas condiciones y que excluían de aquélla a todos los que no podían o querían someterse a ellas. Los oficios más bajos y más fáciles quedaron sometidos al sistema general, y nadie puede vender pan y zapatos sino es maestro panadero o maestro zapatero. El gobierno consideró muy pronto como *privilegios* los reglamentos que concedían esos derechos exclusivos, y aprovechó de ellos para subvenir en ocasiones a las necesidades del estado. En los cambios de reinado se hizo que esos cuerpos pagaran derechos de confirmación de *privilegios*, se crearon cargas y se obligó a los gremios a pagarlas; y a fin de que pudiesen soportarlas se les permitió que consiguieran préstamos, que ataron aún más estrechamente esos gremios al gobierno, el cual los autorizó a su vez a que hicieran valer sus derechos exclusivos, a que no admitieran nuevos maestros, a no ser pagando derechos de ingreso y de recepción, y a que encarecieran otro tanto los precios de la industria y de las mercancías que ven-

dían. De suerte que en principio lo creado con vistas a la utilidad se convirtió en un abuso. Todo hombre que sin tantos líos y gastos, hubiera podido ganar su vida ejerciendo en todas partes sin diferencia alguna un oficio que podía aprender fácilmente, no tuvo ya la libertad para hacerlo; y como esas fundaciones de gremios de oficios sólo se dieron en las ciudades donde comúnmente no se está preparado para el cultivo de la tierra, los que no podían ejercer en ellas oficios fueron obligados a enrolarse en las tropas o, lo que aún es peor, a aumentar esa vasta cantidad de criados que son el sector más inútil de ciudadanos y la que más abrumba al estado. El público, por su parte, perdió con ello al producirse el encarecimiento de las mercancías y de la mano de obra. Se vio obligado a comprar por tres libras y diez soles un par de zapatos fabricados por un maestro, que se hubiera pagado a mucho menos precio comprándolo a un operario que sólo hubiera puesto cuero y habilidad. Cuando se extendieron los conocimientos, la industria y las necesidades, se dejaron sentir todos esos inconvenientes y se les ha puesto remedio en cuanto la situación de los asuntos públicos pudo permitirlo. Se restringieron los *privilegios exclusivos* a las compañías de comercio de objetos que eran de grandísima importancia, que requerían establecimientos demasiado caros, incluso para particulares reunidos en asociaciones, y que tenían demasiado estrecha relación con la política del gobierno para confiarlos indiferentemente a los que llegaran primero. Más o menos las mismas normas se siguieron para la fundación de nuevas manufacturas. Se hicieron oídos sordos a las peticiones hechas muy frecuentemente bajo pretexto de nuevas ideas, que resultaban demasiado rebuscadas o que se dirigían a objetivos fácilmente reemplazables de otra manera; se contentaron con conceder protección a los establecimientos que podían merecerla por su singularidad o utilidad. Sería muy deseable que decisiones tan sabias pudiesen extenderse a asuntos subalternos; que todo hombre que tiene industria, genio o talento pudiera hacer libremente uso de ellos y no estuviera sometido a formalidades y gastos que nada aportan al bien público. Si un obrero intenta, sin estar bastante instruido, fabricar una pieza de tela o de paño y la hace mal, aparte de que el maestro hará otro tanto, la venderá por menos, pero, finalmente, la venderá y no habrá perdido completamente su tiempo; y por los primeros ensayos sin éxito, habrá aprendido a hacerlo mejor. Cuanta más gente trabaje, la emulación, o mejor, la envidia del éxito ajeno hará que surja el genio y el talento. La competencia exigirá trabajar mejor y disminuirá el precio de la mano de obra, y las ciudades y las provincias se llenarán sucesivamente de obreros y de expendedores que reunirán mercancías, harán una selección, pondrán precios a los diferentes niveles de calidad, las venderán en los lugares apropiados, adelantarán dinero a los obreros y los ayudarán en sus necesidades. De esa afición al trabajo y de las pequeñas manufacturas dispersas surgirá una circulación de dinero y de industria y una constante utilización de talentos, de fuerzas y de tiempo. Los *privilegios exclusivos* de todo tipo quedarán reducidos a los únicos establecimientos que, por la naturaleza de su objeto o por la necesaria grandeza de su dimensión, estuvieran por encima de las posibilidades de los simples particulares y tuvieran como finalidad sobre todo objetos de lujo y no de absoluta necesidad. Ahora bien: de estos últimos sólo conocemos las forjas y las vidrierías, las cuales exigen por varios aspectos una atención especial para que sólo se les permita establecerse en los lugares donde abundan los bosques y no puedan dedicarse a otros usos, además de ello hay que observar tam-

bién que no se sobrecargue a un país por las razones expuestas en el artículo *Forja*.

PUEBLO (EL),⁴ s.m. (*Gobierno polít.*), nombre colectivo complejo para definir, porque de él se han tenido ideas distintas en los diversos lugares, en las diversas épocas y según la naturaleza de los gobiernos.

Los griegos y los romanos, que se sabían hombres, hacían mucho caso del *pueblo*. Entre ellos el pueblo hacía oír su voz en las elecciones de los primeros magistrados, de los generales, y en los decretos de las proscripciones o de los triunfos, en la regulación de los impuestos, en las decisiones de la paz o de la guerra. En una palabra: en todos los asuntos relativos a los grandes intereses de la patria. Ese mismo *pueblo* entraba a millares en los vastos teatros de Roma y de Atenas, de los cuales los nuestros son pálidas imágenes, y se lo juzgaba capaz de aplaudir o silbar a Sófocles, a Eurípides, a Plauto y a Terencio. Si observamos algunos gobiernos modernos, veremos que en Inglaterra el *pueblo* elige a sus representantes en la Cámara de los comunes, y que en Suecia el sector de los campesinos gravita en las asambleas nacionales.

En otro tiempo se consideraba en Francia al *pueblo* como la parte más útil, la más preciosa y, en consecuencia la más respetable de la nación. Se creía entonces que el *pueblo* podía ocupar un puesto en los Estados generales, y los parlamentos del reino hacían causa común con el *pueblo*. Han cambiado las ideas, e incluso la clase de los hombres dispuesta para formar el *pueblo* se reduce cada día más. En otro tiempo el *pueblo* era el estado general de la nación, simplemente opuesto al de los grandes y nobles. Comprendía a los trabajadores, a los obreros, a los artesanos, a los negociantes, a los financieros, a las gentes de letras y a las gentes de ley. Pero un hombre de gran agudeza, que publicó hace casi veinte años una disertación sobre *La naturaleza del pueblo*, piensa que ese sector de la nación se limita actualmente a los obreros y a los labradores. Remitimos a sus propias reflexiones sobre esta materia, tanto más cuanto que están llenas de imágenes y de cuadros que sirven para probar su afirmación.

La gente de ley, dice, se apartaron de la clase del *pueblo*, ennoblecida sin la ayuda de la espada; las gentes de letras, como Horacio, miraron al *pueblo* como profano. No sería honesto llamar *pueblo* a los que cultivan las bellas artes, ni siquiera ubicar en la clase del *pueblo* a ese género de artesanos, mejor dicho, de artistas sofisticados que manufacturan el lujo; manos que pintan *divinamente* un coche, que engarzan un diamante a la *perfección*, que adaptan una moda *magníficamente*, tales manos en nada se parecen a las del *pueblo*. Evitemos asimismo mezclar a los negociantes con el *pueblo* desde que puede adquirirse la nobleza con el comercio. Los financieros tienen tan altos vuelos que se codean con los grandes del reino. Están mezclados, confundidos con ellos, aliados a los nobles, a los que sostienen y a los que sacan de la miseria; pero para poder apreciar mejor lo absurdo que sería confundirlos con el *pueblo*, bastará considerar un momento la vida de tales hombres y la del *pueblo*.

Los financieros moran bajo ricos techos; usan oro y seda para hilar sus vestidos; respiran perfumes; buscan el apetito en el arte de sus cocineros,

⁴ De Jaucourt, autor de este artículo, se inspiró directamente en la *Disertación sobre la naturaleza del pueblo*, del presbítero Coyer, publicada en La Haya en 1755.

y cuando el descanso sigue a su ocio, se adormecen blandamente sobre el colchón de plumas. Nada escapa a esos hombres ricos y curiosos: ni las flores de Italia, ni los loros de Brasil, ni las telas pintadas de Masulipatam, ni los adornos de la China, ni las porcelanas de Sajonia, de Sèvres y del Japón. Ved sus palacios de la ciudad y del campo, sus ropas de lujo, sus muebles elegantes, sus equipajes dispuestos. ¿Tiene todo eso el *pueblo*?. Ese hombre que ha sabido atropellar a la fortuna por la puerta de las finanzas come noblemente en una comida el alimento de cien familias del *pueblo*, varía sin cesar sus placeres, reforma un barniz, perfecciona un lustre con ayuda de personal del oficio, organiza una fiesta y da nuevos nombres a sus carruajes. Su hijo acompaña hoy a un cochero fogoso para asustar a los paseantes, mañana se presenta como cochero para hacerlos reír.

Sólo quedan, pues, en la masa del *pueblo* los obreros y los labradores. Observo con interés su manera de vivir; encuentro que este obrero mora en una choza o en algún cuchitril que nuestras ciudades le abandonan, porque se tiene necesidad de su fuerza. Se levanta con el sol y, sin mirar a la fortuna que disfruta encima de él, se pone su vestimenta de todas las estaciones, se abre paso en nuestras minas y nuestras canteras, deseca nuestros pantanos, limpia nuestras calles, construye nuestras casas, fabrica nuestros muebles; cuando tiene hambre, todo le parece bueno; terminado el día se acuesta en el duro lecho.

El labrador, otro hombre del *pueblo*, antes del amanecer está muy ocupado en sembrar nuestras tierras, cultivar nuestros campos, labras nuestros huertos. Sufre el calor, el frío, la altivez de los grandes, la insolencia de los ricos, el despojo de los arrendadores de contribuciones, el pillaje de los comisionados, el asalto de las mismas fieras, que no se atreve a expulsar de sus campos por respeto a los placeres de los poderosos. Es sobrio, justo, fiel, religioso, sin importarle lo que pueda ocurrirle. Lucas se casa con Colette porque la ama; Colette da su leche a sus hijos sin conocer el premio de la frescura y del descanso. Crecen los hijos y Lucas, abriendo la tierra ante ellos, les enseña a cultivarla. Muere y les deja su campo para que lo repartan a partes iguales; si Lucas no fuera un hombre del *pueblo*, se lo dejaría entero al mayor. Este es el retrato de los hombres que forman lo que nosotros llamamos *pueblo* y que constituyen siempre la parte más numerosa más necesaria de la nación.

¿Cómo creer que alguien se haya atrevido en nuestros días a pronunciar la máxima de una política infame de que tales hombres no deben estar a su gusto si queremos que sean industriales y obedientes? Si esos pretendidos políticos, si esos lindos genios llenos de humanidad viajasen un poco, verían que en ninguna parte es tan activa la industria como en los países en los que el bajo *pueblo* vive bien, y que en parte alguna cualquier tipo de obra resulta más perfecta. Y no es sólo que esos hombres aplastados por el peso de una miseria habitual podrían alejarse por algún tiempo del trabajo si todas las imposiciones cesaran en el acto, sino que además, aparte la diferencia sensible entre el cambio del *pueblo* y el exceso de esa suposición, no habría que atribuir a la comodidad ese momento de pereza, sino a la sobrecarga que la habría precedido. Y esos mismos hombres, después del arrebató de una alegría inesperada, sentirían muy pronto la necesidad de trabajar para subsistir y el natural deseo de una subsistencia mejor los haría muy activos. Por el contrario, nunca se vio y nunca ha de verse que los hombres empleen toda su fuerza y toda su industria si están

acostumbrados a que las tasas se traguen el producto de los nuevos esfuerzos que podrían realizar.

En cuanto a la obediencia, es una injusticia calumniar de ese modo a una multitud de inocentes, pues los reyes no tienen súbditos más fieles y, si me atrevo a decirlo, más fieles amigos. Hay quizá más amor público en ese sector que en todos los demás, no porque sea pobre, sino porque sabe bien a pesar de su ignorancia, que la autoridad y la protección del príncipe son su única seguridad y la garantía de su bienestar; finalmente, porque con el natural respeto de los pequeños hacia los grandes, con ese afecto particular a nuestra nación en la persona de sus reyes, no tienen otros bienes que puedan esperar. En ninguna historia se encuentra un solo hecho que pruebe que el bienestar del *pueblo* derivado del trabajo perjudique su obediencia.

Por último, digamos que Enrique IV tenía razón al desear que su *pueblo* viviera a gusto, y al asegurar que trabajaría para procurar a todo labrador los medios de que echara un pollo a su olla. Haced que pase mucho dinero por las manos del *pueblo*; devolverá necesariamente al tesoro público una cantidad proporcional que nadie lamentará; pero arrancarle a la fuerza el dinero que su labor y su industria le han procurado es privar al Estado de su bienestar y de sus recursos.

SACERDOTES, s. m. pl.⁵ (*Religión y Política*). Con este nombre se designa a todos aquellos que cumplen las funciones de los cultos religiosos practicados por los diferentes pueblos de la tierra.

El culto externo supone ceremonias cuya finalidad es conmover los sentidos de los hombres e infundirles veneración por la divinidad a la que rinden su homenaje. (Véase *Culto*.) Al haber multiplicado la superstición las ceremonias de los diferentes cultos, las personas destinadas a celebrarlas no tardaron en formar un grupo separado, que únicamente se destinó al servicio de los altares. Se creyó que quienes estaban encargados de tan importantes tareas se debían por entero a la divinidad. A partir de entonces compartieron con ella el respeto de los humanos; las ocupaciones comunes parecieron indignas de ellos y los pueblos se creyeron obligados a abastecerlos para que subsistieran aquellos que estaban revestidos del más santo e importante de los ministerios. Estos últimos, encerrados en el recinto de sus templos, se comunicaron poco; ello aumentó aún más el respeto que se tenía a esos hombres aislados. Se acostumbró a considerarlos como favoritos de los dioses, como depositarios e intérpretes de su voluntad, como mediadores entre ellos y los mortales.

Es gratificante dominar sobre sus semejantes. Los *sacerdotes* supieron aprovechar la alta opinión que habían despertado en el espíritu de sus conciudadanos; pretendieron que los dioses se manifestaban a ellos; anunciaron sus decretos; enseñaron dogmas; prescribieron lo que era preciso creer y lo que había que rechazar; fijaron lo que placía o disgustaba a la divinidad; pronunciaron oráculos; predijeron el porvenir al hombre inquieto y curioso, le hicieron temblar ante el miedo de los castigos con los que amenazaban los dioses irritados a los temerarios que se atrevían a dudar de su misión o a discutir su doctrina.

⁵ Artículo tradicionalmente atribuido a Diderot; hoy se lo considera obra del barón d'Holbach.

Para fijar con más seguridad su imperio, pintaron a los dioses crueles, vengativos, implacables. Introdujeron ceremonias, iniciaciones, misterios cuya atrocidad pudiera alimentar en los hombres esa negra predisposición tan favorable al imperio del fanatismo. Entonces corrieron ríos de sangre humana sobre los altares; los pueblos, sojuzgados por el miedo y embriagados por la superstición, jamás creyeron pagar lo suficientemente cara la celestial benevolencia. Las madres entregaban sin lágrimas a sus tiernos hijitos a las llamas devoradoras; millares de víctimas humanas cayeron bajo el cuchillo de los sacrificadores. Se sometieron a una multitud de prácticas repugnantes, pero útiles para los sacerdotes, y las supersticiones más absurdas acabaron de extender y fortalecer su poder.

Exentos de preocupaciones y seguros de su dominio, esos sacerdotes, para matar el aburrimiento de su soledad, estudiaron los secretos de la naturaleza, misterios ocultos para la mayoría de los hombres: de ahí los tan cacareados conocimientos de los sacerdotes egipcios. En general, se observa que entre casi todos los pueblos salvajes e ignorantes la medicina y el sacerdocio eran función de los mismos hombres. La utilidad que los sacerdotes aportaban al pueblo no pudo dejar de fortalecer su poder. Algunos de ellos llegaron todavía más lejos; el estudio de la física les otorgó los medios para admirar a los espectadores con descubrimientos sorprendentes. Fueron estimados como seres sobrenaturales porque se desconocía las causas de ellos; de ahí esa multitud de prodigios, de prestigios, de milagros. Los sorprendidos humanos creyeron que sus sacrificadores gobernaban los elementos, disponían a su voluntad de las venganzas y de los favores del cielo y que habían de compartir con los dioses la veneración y el miedo de los mortales.

Era muy difícil a hombres tan reverenciados atenerse a los límites de la subordinación necesaria para el buen orden de la sociedad. Y así, el sacerdocio, enorgullecido por su poder, disputó frecuentemente los derechos de la realeza. Los soberanos, sometidos como sus súbditos a las leyes de la religión, no fueron lo bastante fuertes como para protestar contra las usurpaciones y la tiranía de sus ministros. El fanatismo y la superstición mantuvieron el castigo suspenso sobre los monarcas; se derrumbó su trono tan pronto como intentaron reprimir o castigar a hombres sagrados, cuyos intereses estaban confundidos con los de la divinidad. Resistirse a ellos significaba de hecho una rebelión contra el cielo; tocar sus derechos, un sacrilegio; querer limitar su poder, afectar los cimientos de la religión.

Tales han sido los escalones por los que subió el poder de los sacerdotes del paganismo. Entre los egipcios, los reyes estaban sometidos a las censuras del sacerdocio; aquellos monarcas que habían disgustado a los dioses recibían de sus ministros la orden de matarse, y tal era la fuerza de la superstición que el soberano no se atrevía a desobedecer esa orden. Los druidas de los galos ejercían el imperio más absoluto sobre los pueblos; no contentos con ser ministros del culto, eran árbitros de las diferencias que surgían entre ellos. Los mexicanos padecían en silencio las crueldades que sus sacerdotes bárbaros les obligaban a realizar a la sombra del nombre de los dioses; los reyes no podían negarse a emprender las guerras más arbitrarias cuando el pontífice les anunciaba los deseos del cielo. *El dios tiene hambre*, decía: en seguida se armaban los emperadores contra sus vecinos y cada uno de ellos se apresuraba a recoger cautivos para inmolarlos al ídolo, o más bien a la superstición atroz y tiránica de sus ministros.

Habrían sido muy dichosos los pueblos si los *sacerdotes* de la impostura hubiesen sido los únicos en abusar del poder que su ministerio les daba sobre los hombres. A pesar de la mansedumbre y la sumisión recomendadas por el Evangelio, se ha visto en siglos de tinieblas a *sacerdotes* del Dios de la paz levantar el estandarte de la rebelión, armando las manos de los súbditos contra sus soberanos, ordenando insolentemente a los reyes que abandonasen el trono, arrogándose el derecho de romper los vínculos sagrados que unían a los pueblos con sus jefes, tratando de tiranos a los príncipes que se oponían a sus audaces empresas, pretendiendo para sí mismos una quimérica independencia de las leyes, escritas para obligar por igual a todos los ciudadanos. Estas pretensiones se apoyaron a veces sobre ríos de sangre; afirmándose en razón de la ignorancia de los pueblos, de la debilidad de los soberanos y de la habilidad de los *sacerdotes*. Estos últimos consiguieron con frecuencia y conservaron los derechos usurpados. En los países en que se creó la espantosa Inquisición, son frecuentes los ejemplos de sacrificios humanos que en nada tienen que envidiar a la barbarie de los realizados por los *sacerdotes* mexicanos. No ocurre lo mismo en las regiones ilustradas por las luces de la razón y de la filosofía: el *sacerdote* nunca olvida allí que es hombre, súbdito y ciudadano. (Véase *Teocracia*).

Bibliografía obligatoria

- ANDERSON, PERRY (1985), Capítulo I, “El Estado Absolutista en Occidente”, en: *El Estado Absolutista*, Madrid, Siglo XXI, pp. 9-37.
- D’ALEMBERT, JEAN L. y DIDEROT, DENIS (1982), *La Enciclopedia (Selección)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.
- HOBBSAWM, ERIC J. (1983), “La `crisis` del siglo XVII”, en: ASTON, TREVOR (comp.): *Crisis en Europa, 1560-1660*, Madrid, Alianza.
- KRIEDTE, PETER (1986): Capítulo I: “La época de la revolución de los precios”, en: *Feudalismo tardío y capitalismo mercantil*, Barcelona, Crítica.
- ROMERO, JOSÉ LUIS (1987): Capítulo II: “Teoría de la mentalidad burguesa” y Capítulo II: “Los contenidos de la mentalidad burguesa”, en: *Estudio de la mentalidad burguesa*, Buenos Aires, Alianza, pp. 26-137.
- RUDÉ, GEORGE (1982), Capítulo 10: “Ilustración”, en: *Europa en el siglo XVIII. La aristocracia y el desafío burgués*, Madrid, Alianza, pp. 184-215.
- TENENTI, ALBERTO (1985): Segunda Parte, Capítulo II: “Reforma religiosa y conflictos europeos”, en: *La formación del mundo moderno*, Barcelona, Crítica, pp. 188-217.
- VAN DULMEN, RICHARD (1984): Capítulo 2: “La sociedad estamental y el dominio político”, en: *Los inicios de la Europa moderna (1550-1648)*, Madrid, Siglo XXI, pp. 92 hasta 134.

Bibliografía recomendada

- BURKE, PETER (1993), *El Renacimiento*, Barcelona, Crítica.
- DI SIMPLICIO, OSCAR (1989): Segunda parte, Capítulo II: “Las revueltas en Francia”, en: *Las revueltas campesinas en Europa*, Barcelona, Crítica, pp. 67-94.
- HOBBSAWM, ERIC J. (1982): “Del feudalismo al capitalismo”, en: HILTON, RODNEY (ed): *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona, Crítica.
- KAMEN, HENRY (1990), Capítulo VIII: “Organización y control social” y Capítulo XI: “Cultura popular y contrarreforma”, en: *La Inquisición española*, México, Grijalbo, pp. 182-213 y 259-285.
- KINDER, HERMANN AND HILGEMANN, WERNER (1974): *The Penguin Atlas of World History. Volume I: From the Beginning to the Eve of the French Revolution*, Middlesex-New York, Penguin Books, pp. 212-287.
- MACKENNEY, RICHARD (1996), Capítulo II: “Los síntomas de la expansión”, en: *La Europa del Siglo XVI*, Madrid, Akal.
- MANDROU, ROBERT (1966): “La Francia moderna y contemporánea”, Primera Parte, Cap. V. Punto B. “El rey. Versalles”, en: DUBY, GEORGE Y MANDROU, ROBERT; *Historia de la civilización francesa*, México, Fondo

de Cultura Económica.

RUDÉ, GEORGE (1981), Tercera Parte, Capítulo I: “La revolución inglesa”, en: *Revolución popular y conciencia de clase*, Barcelona, Crítica, pp. 105-123.

SCHIERA, PIERANGELO (1987), “Absolutismo”, en: BOBBIO., NORBERTO y MATTEUCCI, NICOLA, *Diccionario de Política*, Volumen I, México, Siglo XXI

La época de las revoluciones burguesas (1780-1848)

En esta unidad analizaremos el proceso que culminó con el triunfo de una sociedad burguesa y capitalista. Para evaluar la magnitud del cambio podemos considerar algunos de los términos que durante estos años fueron inventados o adquirieron su significado contemporáneo: “industria”, “fábrica”, “clase media”, “proletariado”, “capitalismo”, “socialismo”, “ferrocarril”, “liberal”, “conservador”, “ingeniero”, “nacionalismo”, “estadística” y muchos otros más. Imaginar un mundo sin esos términos, y los conceptos y las realidades a las que hacen referencia, nos permiten medir la profundidad de las transformaciones.

3.1. La época de la “doble revolución”

Dentro de una sociedad predominantemente rural, con sociedades profundamente jerarquizadas, en una Europa donde aún la mayoría de las naciones estaban dominadas por monarquías absolutas, las transformaciones comenzaron en dos países rivales pero de los que ningún contemporáneo negaría su carácter dominante en el occidente europeo: Inglaterra y Francia. Constituyeron, como veremos, dos procesos diferentes pero, por su carácter paralelo y por sentar las bases del mundo contemporáneo, fueron definidos por el historiador inglés Eric Hobsbawm como la “doble revolución”.

Es cierto que la “doble revolución” ocurrió en regiones muy restringidas de Europa -en parte de Francia, en algunas zonas de Inglaterra-, sin embargo sus resultados alcanzaron dimensiones mundiales. La división, por ejemplo, entre países “avanzados” y países “atrasados” encontró allí sus antecedentes más inmediatos. Es cierto que estas revoluciones permitieron el ascenso de la sociedad burguesa, pero también dieron origen a otros grupos sociales que pondrían en tela de juicio los fundamentos de su dominación. En este sentido, es útil recordar que el ciclo se cierra en 1848, el año de la última “revolución burguesa”, y en el que Karl Marx publicaba el *Manifiesto Comunista*.

3.1.1. La Revolución Industrial en Inglaterra

¿Qué significa decir que “estalló” la Revolución Industrial? Significa que en algún momento, entre 1780 y 1790, en algunas regiones de Inglaterra -como el caso de Manchester- comenzó a registrarse un aceleramiento del crecimiento económico. El fenómeno que actualmente los economistas llaman el “despegue” (*take-off*) mostraba que la capacidad productiva superaba límites y obstáculos y parecía capaz de una ilimitada multiplicación de hom-

bres, bienes y servicios. Pero no se trataba de una simple aceleración del crecimiento económico, sino que implicaba cambios cualitativos: las transformaciones se producían en y a través de una economía capitalista.

Ha habido varias definiciones de capitalismo. Algunos, como Werner Sombart (1928), lo consideraron como un “espíritu” que impregnaba la vida de una época. Ese espíritu era una síntesis del espíritu de empresa o de aventura con la actitud burguesa de cálculo y racionalidad. Para otros, como Pirenne (1914), el capitalismo consistía en la organización de la producción para un mercado distante. Dadas las dificultades temporales de estas conceptualizaciones, consideraremos al capitalismo como un sistema de producción pero también de relaciones sociales. En este sentido, la principal característica del capitalismo es el trabajo proletario, es decir, de quienes venden su fuerza de trabajo a cambio de un salario. Para que esto ocurra debe haber un presupuesto: quienes venden su fuerza de trabajo no tienen otra forma de subsistencia porque han perdido -a diferencia de los artesanos o de los campesinos- la propiedad de los medios de producción. Por lo tanto, la principal característica del capitalismo es la separación entre los productores directos, la fuerza de trabajo, y la concentración de los medios de producción en manos de otra clase social, la burguesía.

Indudablemente el proceso de constitución del capitalismo tuvo varios hitos. En el siglo XIV, la crisis feudal; en el siglo XVI, el desarrollo del sistema domiciliario rural; en el siglo XVII, la crisis que desintegró las antiguas formas de producción y, en Inglaterra, las revoluciones que introdujeron reformas políticas. Pero fue en el siglo XVIII que la Revolución Industrial afirmó el desarrollo de las relaciones capitalistas, en la medida en que la aparición de la fábrica terminó por afirmar la separación entre trabajo y medios de producción.

Los orígenes de la Revolución Industrial

¿Por qué esta revolución “estalló” en Inglaterra a fines del siglo XVIII?. O, planteado de otro modo, ¿cuáles fueron las condiciones específicamente inglesas que posibilitaron a los hombres de negocios “revolucionar” la producción?



HOBBSAWM, ERIC J. (1982), Cap. 2: “El origen de la Revolución Industrial”, en: *Industria e Imperio. Una historia económica de Gran Bretaña desde 1750*, Barcelona, Ariel, pp. 34-53.

Ver Unidad 2. 

En Inglaterra, a partir del desarrollo de una agricultura comercial -con las transformaciones en la organización del trabajo y en las formas de producción-, la economía agraria se encontraba profundamente transformada.

Los cercamientos, desde el siglo XVI, habían llevado a un puñado de terratenientes con mentalidad mercantil casi a monopolizar la tierra, cultivada por arrendatarios que empleaban mano de obra asalariada. En síntesis, a mediados del siglo XVIII, el área capitalista de la agricultura inglesa se en-

contraba extendida y en vías de una posterior ampliación. Es cierto que aún quedaban importantes residuos de la economía aldeana, pero eficaces políticas gubernamentales estaban dispuestas a barrerlos a través de las Leyes de Cercamientos (1760-1830). El proceso era acompañado por métodos de labranza más eficientes, abono sistemático de la tierra, perfeccionamientos técnicos e introducción de nuevos cultivos (como papa, maíz, centeno), que configuraban una “revolución agrícola” que permitía sobrepasar por primera vez el límite del problema del hambre. Los productos del campo, tanto los agrícolas como las manufacturas -a través del sistema doméstico-dominaban los mercados.

De este modo, la agricultura se encontraba preparada para cumplir con sus funciones básicas en un proceso de industrialización. En primer lugar, en la medida en que la “revolución agrícola” implicaba un aumento de la productividad, permitía alimentar a más gente. Pero no sólo esto, sino que -más importante aún- permitía alimentar a gente que ya no trabajaba la tierra, a una creciente población no agraria. En este sentido, muchos historiadores consideran que los cambios de la agricultura fueron el motor fundamental para el nacimiento de la sociedad industrial. En segundo lugar, al modernizar la agricultura y al destruir las antiguas formas de producción campesinas -basadas en el trabajo familiar y comunal-, la “revolución agrícola” acabó con las posibilidades de subsistencia de muchos campesinos que debieron trabajar como arrendatarios -los que corrieron mejor suerte pudieron llegar a ser arrendatarios ricos-, o más frecuentemente como jornaleros. Y muchos también debieron emigrar a las ciudades en busca de mejor suerte: se creaba así un cupo de potenciales reclutas para el trabajo industrial.

Pero la destrucción de las antiguas formas de trabajo no sólo liberaba mano de obra, sino que al destruir las formas de autoabastecimiento que caracterizaban a la economía campesina, creaba consumidores, gente que recibía ingresos monetarios y que para satisfacer sus necesidades básicas debían dirigirse al mercado. Todo el mundo, por pobre que fuese, debía vestirse y alimentarse. De allí, la constitución de un *mercado interno* estable y extenso, que proporcionó una importante salida para los productos básicos. A partir de ese mercado interno, recibieron un importante estímulo las industrias textiles, alimenticias (molinos harineros y fábricas de cervezas), y la producción de carbón, principal combustible de gran número de hogares urbanos. Incluso la producción de hierro -aunque en muy menor medida- se reflejó en la demanda de enseres domésticos como cacerolas y estufas.

Pero también Inglaterra contaba con un *mercado exterior*. Las plantaciones de las Indias Occidentales -salida también para la venta de esclavos- proporcionaban cantidad suficiente de algodón para proveer a la industria británica. Pero las colonias, formales e informales, ofrecían también un mercado en constante crecimiento, y aparentemente ilimitado, para los textiles ingleses. Y era además un mercado sostenido por la agresiva política exterior del gobierno británico que no sólo consolidaba un inmenso imperio colonial, donde se monopolizó el comercio de los textiles, sino que estaba dispuesto a destruir toda competencia. El caso de la India resulta ejemplar. Si bien las Indias Orientales habían sido las grandes exportadoras de mercancías de algodón, comercio que había quedado en manos británicas a través de la Compañía de las Indias Orientales, cuando los nuevos intereses comenzaron a prevalecer, la India fue sistemáticamente desindustrializada y se transformó a su vez en receptora de los textiles ingleses.

Y esto nos lleva al tercer factor que explica la peculiar posición de Inglaterra en el siglo XVIII: el *gobierno*. La “gloriosa revolución” de 1688, había instaurado una monarquía limitada por el Parlamento integrado por la Cámara de los Lores -representativa de las antiguas aristocracias-, pero también por la Cámara de los Comunes, donde participaban hombres de negocios, dispuestos a desarrollar políticas sistemáticas de conquista de mercados, y de protección a comerciantes y armadores británicos. A diferencia de otros países, como Francia, Inglaterra estaba dispuesta a subordinar su política a los fines económicos.

El desarrollo de la revolución industrial

La etapa del algodón

Los papeles jugados por el mercado interno y por el mercado externo en el desarrollo de la Revolución Industrial británica fue tema de debate entre los historiadores. Según Eric J. Hobsbawm, el mercado exterior fue la “chispa” que encendió la revolución industrial, ya que mientras la demanda interior se extendía, la exterior se multiplicaba. Además considera que la primera manufactura que se industrializó -el algodón- estaba vinculada esencialmente al comercio ultramarino. Esto no implica para Hobsbawm negar la importancia del mercado interno -lo considera como la base para la generalización de una economía industrializada- pero lo coloca en una posición subordinada al mercado exterior. Para Hobsbawm, el mercado interior desempeñó el papel de “amortiguador” para las industrias de exportación frente a las fluctuaciones del mercado.

Otros historiadores, como el italiano Giorgio Mori, ponen, en cambio, el acento en el mercado interno. Consideran que el papel del comercio exterior fue esporádico e irregular, mientras que el impulso para la industrialización provino fundamentalmente de la demanda interna. Para Mori, el impulso provino de la existencia de una masa de consumidores -incluso “pobres”- en constante expansión por los precios bajos de los nuevos productos, sobre todo, textiles.

Sin embargo, no hay dudas de que la constante ampliación de la demanda -interna, externa o ambas- de textiles ingleses fue el impulso que llevó los empresarios a *mecanizar* la producción: para responder a esa creciente demanda era necesario introducir una tecnología que permitiera ampliar esa producción. De este modo, la primera industria “en revolución” fue la industria de los textiles de algodón.

MORI, GIORGIO (1983),  Cap. 2: “El desarrollo del modo de producción capitalista en Gran Bretaña”, en: *La revolución industrial. Economía y sociedad en Gran Bretaña en la segunda mitad del siglo XVIII*, Barcelona, Crítica, pp. 20-43.



HOBBSAWM, ERIC J. (1982), Cap. 3: “La Revolución Industrial, 1780-1840”, en: *Industria e Imperio. Una historia económica de Gran Bretaña desde 1750*, Barcelona, Ariel, pp. 55-74.

La introducción de nuevas técnicas se desarrolló paso a paso. Para aumentar la producción, en primer lugar, fue necesario superar el desequilibrio entre el hilado y el tejido. El torno de hilar, lento y poco productivo, no era suficiente para abastecer a los telares manuales que no sólo se multiplicaban sino que se aceleraban por la introducción de la “lanzadera volante.” De allí la necesidad de introducir innovaciones tecnológicas que aceleraron el pro-

ceso del hilado y que, desde 1780, exigieron la producción en *fábricas*. De este modo, las primeras fábricas de la Revolución Industrial fueron establecimientos donde se cardaba el algodón para hilarlo y, fundamentalmente, *hilerías*.

En un primer momento, el aumento del hilado multiplicó el número de telares y tejedores manuales, tanto de los que trabajaban de acuerdo al antiguo sistema domiciliario como de los que comenzaban a ser concentrados en grandes talleres. Es cierto que los bajos salarios y la abundancia de trabajadores conspiraron en contra de la tecnificación de los telares; sin embargo, la abundancia de hilado y la apertura de mercados en el continente europeo -después de las guerras napoleónicas, en 1815- llevaron también a la introducción del *telar mecánico*.

En rigor, la Revolución Industrial requirió pocos refinamientos intelectuales. Sus inventos técnicos fueron sumamente modestos, ninguno de ellos -como la lanzadera volante, la máquina para hilar o el huso mecánico- estaban fuera del alcance de artesanos experimentados o de la capacidad constructiva de los carpinteros. La máquina más científica que se produjo, la giratoria de vapor (James Watt, 1784), no estaba más allá de los conocimientos físicos difundidos en la época -incluso, la teoría de la máquina de vapor fue desarrollada posteriormente por el francés Carnot, en 1820- y su aplicación requirió de una práctica que postergó su empleo, con excepción del caso de la minería.

En síntesis, las máquinas de hilar, los husos y, posteriormente, los telares mecánicos eran innovaciones tecnológicas sencillas y, fundamentalmente, baratas. Estaban al alcance de pequeños empresarios -los hombres del siglo XVIII, que habían acumulado las grandes fortunas de origen mercantil o agropecuario, no parecían demasiado dispuestos a invertir en la nueva forma de producción- y rápidamente compensaban los bajos gastos de inversión. Además, la expansión de la actividad industrial se financiaba fácilmente por los fantásticos beneficios que producía a partir del crecimiento de los mercados. De este modo, la industria algodonera por su tipo de mecanización y el uso masivo de mano de obra barata permitió una rápida transferencia de ingresos del trabajo al capital y contribuyó -más que ninguna otra industrial al proceso de acumulación. El nuevo sistema, que los contemporáneos veían ejemplificado sobre todo en la región del Lancashire donde se habían dado estas nuevas formas productivas, revolucionaba la industria.

La etapa del ferrocarril

A pesar de su éxito, una industrialización limitada y basada en un sector de la industria textil no podía ser estable ni duradera. Las primeras dificultades se constataron a mediados de la década de 1830, cuando la industria textil atravesó su primera crisis. Con la tecnificación la producción se había multiplicado, pero los mercados no crecían con la rapidez necesaria; de este modo, los precios cayeron al mismo tiempo que los costos de producción no se reducían en la misma proporción. Y una prueba de la crisis fue la marea de descontento social que durante estos años se extendió sobre Gran Bretaña.

Pero había algo más. Indudablemente, la industria textil estimuló el desarrollo tecnológico. Pero también es cierto que ninguna economía industrial puede desarrollarse más allá de cierto punto hasta poseer una adecuada capacidad de bienes de producción. Y en este sentido, la industrialización basada en el algodón ofrecía límites: la industria textil no demandaba -o de-

mandaba en mínimas proporciones- carbón, hierro o acero. En síntesis, carecía de capacidad directa para estimular el desarrollo de las industrias pesadas de base.

La demanda de hierro para la producción de armamentos había conocido un importante incremento durante el período de las guerras napoleónicas, pero después de 1815 la disminución de lo requerido también había sido notable. En síntesis, las demandas militares tampoco eran la vía para transformar a Gran Bretaña en un país descollante en la producción de hierro. Sin embargo, el estímulo provino de los mismos cambios que se estaban viviendo: el crecimiento de las ciudades generaba un constante aumento de la demanda de *carbón*, principal combustible doméstico.

El crecimiento urbano había extendido la explotación de las minas de carbón que, ya desde mediados del siglo XVIII, empleaba las más antiguas máquinas de vapor para sondeos y extracciones. Y la producción fue lo suficientemente amplia como para estimular el invento que transformó radicalmente la industria: el ferrocarril. En efecto, las minas no sólo necesitaban máquinas de vapor de gran potencia para la explotación, sino también un eficiente medio de transporte para trasladar el carbón desde la galería a la bocamina y fundamentalmente desde ésta hasta el punto de embarque. De acuerdo con esto, la primera línea de ferrocarril “moderna” unió la zona minera de Durham con la costa (1825). De este modo, el ferrocarril fue un resultado directo de las necesidades de la minería, especialmente en el norte de Inglaterra.

La construcción de ferrocarriles, de vagones, vagonetas y locomotoras, y el extendido de vías férreas, desde 1830 hasta 1850, generaron una demanda que triplicaron la producción de hierro y carbón, permitiendo ingresar en una fase de industrialización más avanzada. Hacia 1850, en Gran Bretaña, la red ferroviaria básica ya estaba instalada: alcanzaba lejanos puntos rurales y los centros de las principales ciudades, en un complejo gigantesco a escala nacional. Además, su organización y métodos de trabajo mostraban una escala no igualada por ninguna otra industria y su recurso a las nuevas tecnologías carecía de precedentes. De este modo, ya en la década de 1840, el ferrocarril se había transformado en sinónimo de lo ultramoderno.

También la construcción de ferrocarriles presentaba un problema: su alto costo. Pero este problema se transformó en su principal ventaja. ¿Por qué? Las primeras generaciones de industriales habían acumulado riqueza en tal cantidad que excedía la posibilidad de invertirla o de gastarla. Hombres ahorrativos más que derrochadores -volveremos sobre esto- veían como sus fortunas se acrecentaban día a día sin posibilidades de reinvertir: suponiendo que el volumen de la industria algodonera se multiplicase, el capital necesario absorbería sólo una fracción del superávit. Y estos hombres encontraron en el ferrocarril una nueva forma de inversión. De este modo, las construcciones ferroviarias movilizaron acumulaciones de capital con fines industriales, generaron nuevas fuentes de empleo y se transformaron en el estímulo para la industria de productos de base. En síntesis, el ferrocarril fue la solución para la crisis de la primera fase de la industria capitalista.

Las transformaciones de la sociedad

La expresión Revolución Industrial fue empleada por primera vez por escritores franceses en la década de 1820. Y fue acuñada en explícita analogía

con la Revolución Francesa de 1789. Se consideraba que si ésta había transformado a Francia, la Revolución Industrial había transformado a Inglaterra. Los cambios podían ser diferentes pero eran comparables en un aspecto: habían producido una nueva sociedad.

Y esto es importante de señalar, porque significa que desde sus comienzos la expresión Revolución Industrial, implicó la idea de profundas transformaciones sociales.

La sociedad se volvía irreconocible para sus mismos contemporáneos. Desde Lord Byron hasta Robert Owen, desde distintas perspectivas, dejaron testimonios disímiles pero que coincidían en describir a esa sociedad en términos pesimistas: el trabajo infantil, el humo de las fábricas, el deterioro de las condiciones de vida, las largas jornadas laborales, el hacinamiento en las ciudades, las epidemias, la desmoralización, el descontento generalizado. Sin embargo, también es cierto que no para todos los resultados de la revolución industrial resultaron sombríos.

¿Qué tipo de sociedad se configuró a partir de la Revolución Industrial? Las antiguas aristocracias no sufrieron cambios demasiado notables. Por el contrario, con las transformaciones económicas pudieron engrosar sus rentas. La modernización de la agricultura dejaba pingües beneficios, y a estos se agregaron los que proporcionaban los ferrocarriles que atravesaban sus posesiones. Eran propietarios del suelo y también del subsuelo, por lo tanto la expansión de la minería y la explotación del carbón concurría en su beneficio. Como señala Hobsbawm, los nobles ingleses no tuvieron que dejar de ser feudales porque hacía ya mucho tiempo que habían dejado de serlo y no tuvieron grandes problemas de adaptación frente a los nuevos métodos comerciales ni frente a la economía que se abría en la “época del vapor”.



HOBBSAWM, ERIC J. (1982), Cap. 4: “Los resultados humanos de la Revolución Industrial”, en: *Industria e Imperio. Una historia económica de Gran Bretaña desde 1750*, Barcelona, Ariel, pp. 77-93.

También para las antiguas burguesías mercantiles -sobre todo las vinculadas al comercio colonial- y financieras, los cambios implicaron sólidos beneficios. Ya se encontraban sólidamente instaladas en la poderosa y extensa red mercantil, que desde el siglo XVIII había sido una de las bases de la prosperidad inglesa, y las transformaciones económicas les permitieron ampliar su radio de acción. Muchos de ellos se habían beneficiado por un proceso de asimilación: eran considerados “caballeros” (*gentlemen*), con su correspondiente casa de campo, con una esposa tratada como “dama” (*lady*), y con hijos que estudiaban en Oxford o Cambridge dispuestos a emprender carreras en la política. A estas antiguas burguesías, el éxito podía incluso permitirles ingresar en las filas de la nobleza.

La posibilidad de asimilación en las clases más altas también se dio para los primeros industriales textiles del siglo XVIII: para algunos millonarios del algodón, el ascenso social corría paralelo al económico. Es el caso, por ejemplo, de sir Robert Peel (1750-1839), que iniciado como uno de los primeros industriales textiles, llegó a ser miembro del Parlamento. A su muerte no sólo dejaba una cuantiosa fortuna, sino también un hijo a punto de ser



Ver imagen 3.1. La “lucha por las apariencias”.

designado Primer Ministro (aunque también es cierto que ese Primer Ministro, en algunos medios cerradamente aristocráticos, muchas veces no lograba hacer olvidar que era hijo de fabricante ennoblecido del Lancashire que empleaba a 15.000 obreros).

En síntesis, con límites, algunos pudieron ser asimilados. Sin embargo, el proceso de industrialización generaba a muchos “hombres de negocios”, que aunque habían acumulado fortuna, eran demasiados para ser absorbidos por las clases más altas. Muchos habían salido de modestos orígenes - aunque nunca de la más estricta pobreza-, habían consolidado sus posiciones, y a partir de 1812, comenzaron a definirse a sí mismos como “clase media”. Como tal reclamaban derechos y poder. Eran hombres que se habían hecho “a sí mismos”, que debían muy poco a su nacimiento, a su familia o a su educación. Estaban imbuidos del orgullo del triunfo y dispuestos a batallar contra los obstáculos que se pusieran en su camino. Estaban dispuestos a derribar los privilegios que aún mantenían los “inútiles” aristócratas -por los que esta “clase media” sentía un profundo desprecio- y fundamentalmente a combatir contra las demandas de los trabajadores que, en su opinión, no se esforzaban lo suficiente ni estaban dispuestos totalmente a aceptar su dirección.

Para estos hombres, al cabo de una o dos generaciones, la vida se había transformado radicalmente. Pero el cambio no los desorganizó. Contaban con las normas que les proporcionaba los principios de la economía liberal - difundidos por periódicos y folletos- y la guía de la religión. Sus fortunas crecían día a día, y para ellos era la prueba más contundente de que la Providencia los premiaba por sus vidas austeras y laboriosas. Indudablemente eran hombres que trabajaban duro. Vestidos siempre de levitas negras, vivían en casas confortables distantes de sus fábricas en las que ingresaban muy temprano y permanecían hasta la noche controlando y dirigiendo los procesos productivos. Su austeridad -que les impedía pensar en el derroche o en tiempos improductivos dedicados al ocio- era resultado de la ética religiosa, pero también constituía un elemento funcional para esas primeras épocas de la industrialización, donde las ganancias debían reinvertirse. Sólo el temor frente a un futuro incierto los atormentaba: la pesadilla de las deudas y de la bancarrota que dejaron a muchos en el camino. Pero estas amenazas no impidieron que estos nuevos hombres de negocios, esta nueva burguesía industrial fuera la clase triunfante de la Revolución Industrial.

Los nuevos métodos de producción modificaron profundamente el mundo de los trabajadores. Evidentemente, para lograr esas transformaciones en la estructura y el ritmo de la producción debieron introducirse importantes cambios en la cantidad y la calidad del trabajo. Y esos cambios constituyeron una ruptura que se transforma en la cuestión central cuando se toman en cuenta los “resultados humanos” de la Revolución Industrial.

Es indudable que, con la producción en la fábrica, surgió una nueva clase social: el *proletariado* o *clase obrera*. Sin embargo, el proceso de formación de esta clase no fue simple ni lineal. De allí que Eric J. Hobsbawm prefiera emplear para este período -por lo menos hasta 1830- el término “trabajadores pobres” para referirse a aquellos que constituyeron la fuerza laboral. Esto es debido a que el proletariado aún estaba emergiendo de la multitud de antiguos artesanos, trabajadores domiciliarios y campesinos de la sociedad pre-industrial. Se trataba de una clase “en formación”, que aún no había adquirido un perfil definido.

Además, la Revolución Industrial, en sus primeras etapas, lejos de hacer desaparecer, reforzó formas pre-industriales de producción como el sistema de trabajo domiciliario. El éxito de las hilanderías multiplicó entre 1790 y 1830 el número de tejedores y calceteros en las unidades domésticas. Posteriormente cuando la tejeduría se mecanizó, en ciudades como Londres, aumentó notablemente el número de costurerías y sastrerías domésticas. Sin embargo, ya no se trataba del mismo trabajo, profundamente transformado por la Revolución Industrial. De una ocupación complementaria, con las tareas del ama de casa o con el cultivo de una parcela o con el ciclo de la cosecha, se transformó en una ocupación de tiempo completo cada vez más dependiente de una fábrica o de un taller. El sistema domiciliario comenzaba a transformarse en un trabajo “asalariado”.


En estas primeras etapas, resultó clave el aporte de la mano de obra femenina e infantil. Con una remuneración menor que los varones, las mujeres constituyeron la base de la intensificación del trabajo y muchas veces fueron la alternativa (por ejemplo en la tejeduría) a los costos de la mecanización. Como señala Maxine Berg, los niños y las mujeres constituyeron la gran reserva de mano de obra de los nuevos empresarios.

Dentro de la unidad doméstica, eran las mujeres las que trabajaban, pero también enseñaban y supervisaban el trabajo de los más jóvenes; al mismo tiempo que se ocupaban de sus hijos, transmitían las “habilidades” a las nuevas generaciones de la fuerza de trabajo industrial.

De la heterogeneidad de formas productivas con la que se inició la Revolución Industrial dependió la pluralidad de grupos sociales que conformaban a los “trabajadores pobres.” Sin embargo, con la expansión del sistema fabril, sobre todo en la década de 1820, con el avance poderoso de la maquinaria, el proletariado industrial -en algunas regiones y en algunas ramas de la industria- comenzó a adquirir un perfil más definido: ya era la clase obrera fabril. ¿Cuáles son sus características? En primer lugar, se trata de “proletarios”, es decir, de quienes no tienen otra fuente de ingresos digna de mención más que vender su fuerza de trabajo a cambio de un salario. En segundo lugar, el proceso de mecanización les exigió concentrarse en un único lugar de trabajo, la fábrica, que impuso al proceso de producción un carácter colectivo, como actividad de un equipo en parte humano y en parte mecánico. El resultado fue un incremento de la división del trabajo a un grado de complejidad desconocido hasta entonces.

Y esto modificó profundamente las conductas laborales: las actividades del trabajador debían adecuarse cada vez más al ritmo y regularidad de un proceso mecánico. Dicho de otro modo, el trabajo mecanizado de la fábrica impuso una regularidad y una rutina completamente diferente a la del trabajo pre-industrial. Era un tipo de trabajo que entraba en conflicto no sólo con las tradiciones, sino con todas las inclinaciones de hombres y mujeres aún no condicionados. De allí, las quejas de los patronos por la “indolencia” de los trabajadores que se negaban, por ejemplo, a trabajar los lunes. En efecto, para los empresarios constituyó una ardua tarea desterrar la costumbre del “lunes santo,” día reservado por los jornaleros artesanales para reponerse de la resaca dominguera.

El conflicto se planteaba entre las distintas medidas del tiempo. El trabajo pre-industrial se medía por los ciclos de las cosechas, en meses y en semanas; se medía por la necesidad y por las ganas de trabajar. En cambio, el trabajo fabril se medía en días, horas y minutos. Dicho de otro modo, la in-

 BERG, MAXINE (1987), Cap. 6: “La manufactura doméstica y el trabajo de las mujeres”, en: *La era de las manufacturas, 1700-1820. Una nueva historia de la Revolución industrial británica*, Barcelona, Crítica, pp. 145-172.

industria trajo la tiranía del reloj -que para los trabajadores culminó con la invención de Benjamín Franklin, el “reloj registrador”, hacia fines del siglo XVIII-. Es cierto que, a la larga, los trabajadores incorporaron e internalizaron la nueva medida de tiempo del trabajo industrial. Y con esto comenzará la lucha por la reducción de la jornada laboral. Pero también es cierto que, en los comienzos, fueron también notables las resistencias frente a este tipo de trabajo.

Frente a las resistencias, ante las dificultades de acondicionamiento al nuevo tipo de trabajo, se forzó a los trabajadores mediante un sistema de coacciones que organizaba el mercado de trabajo y garantizaba la disciplina. Para esto concurren leyes, como la de 1823 que castigaba con la cárcel a los obreros que no cumplieran con su trabajo o la Ley de Pobres de 1834 que recluía a los indigentes en asilos transformados en casas de trabajo. También se obligaba a trabajar manteniendo bajos los salarios y a través del pago por pieza producida, lo que obligaba al trabajador a la concurrencia cotidiana.

Pero también se disciplinó mediante formas más sutiles. Y en ese sentido hay que destacar el papel que jugó la religión. El *metodismo*, de gran difusión entre los sectores populares, insistía particularmente en las virtudes disciplinadoras y el carácter sagrado del trabajo duro y la pobreza. En las escuelas dominicales se daba particular importancia a enseñar a los niños el valor del tiempo. Sin embargo, el papel jugado por el metodismo fue ambivalente. Es cierto que, por un lado, disciplinó al trabajo. Pero, por otro lado, proveyó de formas de asistencia a los que por enfermedad o diversos problemas no podían trabajar. Además proveyó a los trabajadores de ejemplos de acción: sus primeras agrupaciones se organizaron sobre la base que proporcionaba el modelo de la asamblea metodista.

Para los trabajadores, las condiciones de vida se deterioraron. Hasta mediados del siglo XIX, mantuvo su vigencia la teoría del “fondo salarial” que consideraba que cuanto más bajos fueran los salarios de los obreros más altas serían los beneficios patronales. Los bajos salarios se combinaban con las condiciones materiales en las que se desarrollaba la vida cotidiana. Sobre todo después de 1820, el trabajo industrial se concentró en las ciudades del oeste de Yorkshire y del sur de Lancashire, como Manchester, Leeds, Bradford y otras concentraciones menores que prácticamente eran barrios obreros interrumpidos sólo por las fábricas. En este sentido, el desarrollo urbano de la primera mitad del siglo XIX fue un gran proceso de segregación que empujaba a los trabajadores pobres a grandes concentraciones de miseria alejadas de las nuevas zonas residenciales de la burguesía. Las condiciones de vida en estas concentraciones obreras, el hacinamiento, la falta de servicios públicos favoreció la reaparición de epidemias, como el cólera y el tifus que afectaron a Glasgow en la década de 1830.

Y estos problemas urbanos no sólo afectaban las condiciones materiales de vida, sino que fundamentalmente la ciudad destruía las antiguas formas de convivencia. La experiencia, la tradición, la moralidad pre-industrial no ofrecían una guía adecuada para un comportamiento idóneo en una sociedad industrial y capitalista. De allí, la desmoralización y el incremento de problemas como la prostitución y el alcoholismo.

Uno de los ámbitos donde más se advertía la incompatibilidad entre la tradición y la nueva racionalidad burguesa era el ámbito de la “seguridad social.” Dentro de la moralidad pre-industrial se consideraba que el hombre tenía derecho a trabajar, pero que si no podía hacerlo tenía el derecho a que

la comunidad se hiciese cargo de él. Esta tradición se continuaba en muchas zonas rurales, en algunas organizaciones de artesanos y trabajadores calificados, e incluso entre aquellos que participaban de la Iglesia metodista. Pero esta tradición era algo completamente incompatible con la lógica burguesa que basaba su triunfo en el “esfuerzo individual”. Además- como ya señalamos- si la burguesía consideraba su riqueza como el premio de la Providencia a sus virtudes, resultaba lógica la asociación entre pobreza y pecado (asociación que hubo de tener una larga permanencia). De allí que la “caridad” burguesa funcionara como motor de degradación más que de ayuda material.

Frente a la nueva sociedad que conformaba el capitalismo industrial, los trabajadores podían dificultosamente adaptarse al sistema e incluso intentar “mejorar”: sobre todo, los calificados podían hacer esfuerzos para ingresar a la “clase media” o, por lo menos, seguir los preceptos de austeridad y de ayuda a “sí mismos” que proponía la sociedad burguesa. También podían, empobrecidos y enfrentados a una sociedad cuya lógica les resultaba incomprensible, desmoralizarse. Pero aún les quedaba otra salida: la rebelión. Y para esto la experiencia no era desdeñable. Por un lado, estaban los primeros movimientos de resistencia del siglo XVIII pocos articulados pero de acción específica y directa que brindaban modelos para actuar. Por otro lado, las tradiciones jacobinas -del ala radical de la Revolución Francesa- que habían sido asumidas por artesanos que pronto se transformaron en los líderes de los trabajadores pobres y de la incipiente clase obrera. De este modo, pronto surgió la organización y la protesta. Como lo señala Edward P. Thompson, la clase obrera fue “hecha” por la industria, pero también se hizo a sí misma en el proceso que permitió el pasaje de la “conciencia de oficio” a la “conciencia de clase”.

En las últimas décadas del siglo XVIII, la primera forma de lucha en contra de los nuevos métodos de producción, el *ludismo*, fue la destrucción de las máquinas que competían con los trabajadores en la medida que suplantaban a los operarios. Cuando ya fue claro que la tecnología era un proceso irreversible y que la destrucción de máquinas no iba a contener la tendencia a la industrialización, esta forma de lucha continuó sin embargo empleándose como forma de expresión para obtener aumentos salariales y disminución de la jornada de trabajo. Y hacia 1811 y 1812 el movimiento ludita adquirió tal extensión que las leyes implantaron la pena de muerte para los destructores de máquinas.

Pero las demandas no se restringieron a la mejora de las condiciones de trabajo ni al aumento de los salarios, sino que también aparecieron reivindicaciones vinculadas con la política. En este sentido, la influencia de la Revolución Francesa fue significativa: el jacobinismo había dotado a los viejos artesanos de una nueva ideología, la lucha por la democracia y por los derechos del hombre y del ciudadano. No fue una simple coincidencia que en 1792 se publicara la obra de Thomas Paine, *Los derechos del hombre* y que el zapatero Thomas Hardy fundara la primera Sociedad de Correspondencia, asociación secreta que agrupaba a los trabajadores. De esta manera, a pesar de una legislación represiva -en 1799 se anularon los derechos de crear asociaciones-, comenzaron los movimientos que configuraban las primeras formas de lucha obrera.

En las primeras décadas del siglo XIX, las demandas de los trabajadores de una democracia política coincidieron con las aspiraciones de las nuevas

◀ THOMPSON, EDWARD P. (1977), Tomo I, Prólogo, *La formación histórica de la clase obrera en Inglaterra, 1780-1832*, Barcelona, Laia.

“clases medias” a una mayor participación en el poder político. Frente a un sistema en que el sufragio era privilegio de las clases propietarias que contaban con un determinado nivel de renta, la lucha se centró en la ampliación del sistema electoral. El problema radicaba en que antiguos condados anteriormente densamente habitados habían disminuido su población -eran los llamados “burgos podridos”- pero, a pesar de esto, conservaban la mayoría en la representación parlamentaria de modo tal que a veces un sólo propietario podía llegar a tener dos bancas en el Parlamento. Por el contrario, centros densamente poblados, como las nuevas regiones industriales, carecían de representación.

Durante estos años, la intensa movilización permitió a los trabajadores, sobre todo a los calificados, avanzar en el derecho de asociación. En 1824, se anuló la legislación que prohibía asociarse y comenzaron a surgir los sindicatos (*Trade Unions*), culminando en 1830 con la formación de la Unión General de Protección al Trabajo. Pero si avanzaron en organización, los trabajadores perdieron en la lucha por los derechos políticos. En efecto, la lucha por la ampliación del sistema político culminó con la reforma electoral de 1832. Por esta reforma se suprimían los “burgos podridos”, se otorgaba representación a los nuevos centros industriales y acrecentó el número de electores (de 500.000 a 800.000) al disminuir la renta requerida para votar. Esto indudablemente favorecía a la “clase media”, pero excluía a la clase obrera de los derechos políticos.

El fracaso de 1832 constituyó un hito en la conformación del movimiento laboral: estaba claro que los intereses de los trabajadores no podían coincidir con los de la burguesía. Era necesario plantearse nuevas formas de lucha. Esto coincidía además con una ofensiva de los patronos contra los sindicatos -los empresarios se negaban emplear a trabajadores sindicalizados- que los obligó a transformarse en asociaciones prácticamente clandestinas. Sin embargo, la cuestión de los derechos políticos continuó ocupando el centro del movimiento de trabajadores. En esta línea, en 1838, la Asociación de Trabajadores de Londres confeccionó un programa que se llamó la Carta del Pueblo: se exigía el derecho al sufragio universal, idéntica división de los distritos electorales, dietas para los diputados, entre otras peticiones.

La Carta del Pueblo dio origen a un vasto movimiento, el *cartismo*, que se extendió por toda Gran Bretaña alcanzando, sobre todo hacia 1842, una amplia resonancia. Sin embargo, el cartismo terminó disgregándose. En parte, porque sus dirigentes, por sus posiciones divididas -algunos buscaban una alianza con los sectores más liberales de la burguesía, mientras otros consideraban la huelga como única forma de lucha-, no lograban unificar acciones conjuntas. Pero en gran parte también, por la repercusión que alcanzó en Inglaterra el fracaso -como veremos- de las revoluciones del 48 en el continente.

3.1.2. La Revolución Francesa

Si la economía del mundo del siglo XIX se transformó bajo la influencia de la Revolución Industrial inglesa, no cabe duda que la política y la ideología se formaron bajo el modelo de la Revolución Francesa. Francia fue quien proporcionó el vocabulario y los programas de los partidos liberales y democráticos de la mayor parte del mundo, y ofreció el concepto y los contenidos del nacionalismo. Fue una revolución, además, de repercusiones mundiales: no

sólo significó un hito en la historia europea sino que sus efectos alcanzaron zonas muy alejadas como Hispanoamérica. Hasta la Revolución Rusa de 1917, la Francesa se transformó en el modelo revolucionario.

Los orígenes de la Revolución

¿Por qué esta revolución ocurrió en la Francia del siglo XVIII? En primer lugar -si bien no es algo exclusivo de Francia, allí se registró con mayor intensidad- desde mediados del siglo XVIII, se habían producido profundos cambios en el ámbito de las ideas y de las concepciones del mundo.

Los “filósofos” de la Ilustración, al fijar las fronteras del conocimiento, habían destronado a la teología: la religión, al integrar el terreno de las “creencias,” estaba fuera de lo racionalmente verificable, es decir, del conocimiento científico. El pensamiento se alejaba de lo sagrado para afirmar sus contenidos laicos. Pero esta separación ponía en tela de juicio las bases de la monarquía absoluta. La naturaleza divina del poder real, fundamento de su legitimidad, no era aceptada por los filósofos que propusieron una nueva instancia de legitimación, la *opinión pública*.


Como señala Roger Chartier, los cafés, los salones, los periódicos habían creado la *esfera pública* de la política -llamada también por Jürgen Habermas “esfera pública burguesa”-, es decir, espacios donde los individuos hacían un uso público de la razón. Era un espacio de discusión, de comunicación y de intercambio de las ideas, sustraído del Estado -es decir, de la “esfera del poder político”- donde se criticaban sus actos y fundamentos. Además, en esa nueva esfera pública, las personas que hacían uso de la razón podían ser consideradas “iguales”: ellas no se distinguían por su nacimiento, sino por la calidad de sus argumentaciones, es decir, por su capacidad. La esfera pública no reconocía, por lo tanto, las jerarquías sociales y las distinciones de órdenes sostenidas por el Estado Absoluto.


Esto no significa, sin embargo, que la “opinión pública” fuese considerada la opinión de la mayoría: “público” no significaba “pueblo”. Por el contrario, la “opinión pública” era la opinión de los hombres ilustrados, era incluso la “opinión de los hombres de letras” opuestos al “populacho” de opiniones múltiples y versátiles, plagadas de prejuicios y pasiones. La frontera estaba dada entre los que podían leer y escribir y entre quienes no podían hacerlo. Desde esta perspectiva, los hombres ilustrados, que encarnaban la opinión pública, eran quienes debían erigirse en “representantes” del pueblo. En síntesis, dentro de la esfera pública se conformaba una nueva cultura política, con una nueva teoría de la representación, que colocaba el centro de la autoridad, no en las decisiones del monarca, sino en una opinión pública, que a fines del siglo XVIII se transformaba en un tribunal al que era necesario escuchar y convencer.


La nueva cultura política reflejaba la crisis de legitimidad de la monarquía absoluta que alcanzaba a amplios sectores sociales, a los campesinos, a las clases populares urbanas.

En los Cuadernos de Quejas de 1789 -que se redactaron ante la convocatoria de los Estados Generales y que recogían los petitorios de los distintos grupos sociales en todo el territorio de Francia- quedaron explícitos los cambios en las imágenes del rey: se había producido la desacralización de la monarquía. Es cierto que aún el término “sagrado” aparece unido al nombre del monarca, pero también eran “sagradas” muchas otras cosas: los diputa-

 Ver Unidad 2.

 Ver imagen 3.2. Establecimiento de café en París.

 CHARTIER, ROGER (1995), Cap. 2: “Espacio público y opinión pública”, en: *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución francesa*, Barcelona, Gedisa, pp. 33-50.

 Ver imagen 3.3. Clubes campesinos de lectura pública.

dos, los derechos de las personas. Era además una sacralidad que había cambiado su naturaleza, no estaba otorgada por Dios sino por la misma nación. Y según algunos autores, como Roger Chartier, esta desacralización fue lo que hizo posibles las profanaciones revolucionarias.

La crisis política se conjugaba con una peculiar situación social y económica. Durante el siglo XVIII, Francia fue la principal rival económica de Inglaterra en el plano internacional: había cuadruplicado su comercio exterior y contaba con un dinámico imperio colonial. Pero, a diferencia de Inglaterra, Francia era la más poderosa monarquía absoluta de Europa, y no estaba dispuesta a subordinar la política a la expansión económica. Por el contrario, esta expansión encontraba sus límites en la rígida organización mercantilista del antiguo régimen, los reglamentos, los altos impuestos, los aranceles aduaneros.

Los economistas de la Ilustración, los *fisiócratas*, habían planteado soluciones. Consideraban que era necesario una eficaz explotación de la tierra, la abolición de las restricciones y una equitativa y racional tributación que anulara los viejos privilegios. Criticando las bases del mercantilismo, consideraban que la riqueza no estaba en la acumulación sino en la *producción* - fundamentalmente agrícola-, por lo tanto, para que prospere, era necesario levantar las trabas, “dejar hacer” (*laisser-faire*), dar libertad a los productores, a las empresas, al comercio. Pero los intentos de llevar a cabo estas reformas en Francia fracasaron totalmente. El fisiócrata Turgot, ministro de Luis XVI entre 1774 y 1776, chocó contra una inmovible aristocracia opuesta a un sistema impositivo que tocara sus privilegios. En síntesis, el conflicto entre los intereses del antiguo régimen y el ascenso de nuevas fuerzas sociales era más agudo en Francia que en cualquier otra parte de Europa. La “reacción feudal” fue la chispa que encendió la revolución.



VOVELLE, MICHEL (1984), *Introducción a la historia de la Revolución francesa*, Barcelona, Crítica, pp. 11-78.

FURET, FRANCOIS (1980), *Pensar la revolución francesa*, Barcelona, Petrel.



Para algunos historiadores, como Vovelle, la revolución fue el producto del conflicto entre la aristocracia feudal y las burguesías vinculadas a las nuevas actividades económicas y, por lo tanto, la consideran el paso necesario para el traspaso del poder de una clase social a la otra y el establecimiento de la sociedad moderna. Pero esta posición es enfrentada por las corrientes “revisionistas” que niegan la existencia tanto de una reacción nobiliaria como de una verdadera burguesía en la Francia del siglo XVIII.

Niegan por lo tanto, el carácter de revolución “burguesa” a los acontecimientos que se desencadenaron a partir de 1789. Por el contrario, consideran que entre algunos sectores de la burguesía y de una nobleza “liberal” había amplio consenso respecto a la necesidad de reformas. De allí que la revolución fuese una “revolución de las elites” que el *derapage* (resbalón) que sufrió entre 1790 y 1794 fue por la intromisión de las masas campesinas y urbanas que se movilizaron en función de sus propias reivindicaciones. Ante las posiciones “revisionistas”, Hobsbawm rescata nuevamente el carácter de “revolución burguesa”.

Para Hobsbawm el punto de partida está en el papel jugado por periodistas, profesores, abogados, notarios que defendían un sistema que se basa-

HOBBSAWM, ERIC J. (1992), Cap. 1: “Una revolución de la clase media”, en: *Los ecos de la Marsellesa*, Barcelona, Crítica, pp. 17-56.



ba no en el privilegio y el nacimiento, sino en el talento. Al defender un nuevo orden social, estos burgueses -que no son exclusivamente los hombres de negocios- sentaron las bases para las posteriores transformaciones.

Las etapas de la Revolución

La participación de Francia en la guerra de la independencia de los Estados Unidos había agravado los problemas financieros. Para sanear el déficit fiscal, los ministros de Luis XVI habían intentado el cobro de un impuesto general a todas las clases propietarias, medida que afectaba el tradicional privilegio de la nobleza. Ante esto, la Asamblea de Notables, que reunía a la aristocracia, en una cerrada oposición a la medida, exigió a la corona la convocatoria de los Estados Generales (1788). Estos Estados representaban a los estamentos de la sociedad -el Clero, la Nobleza y el Estado Llano- y, ante los avances de la Monarquía Absoluta no se reunían desde 1615.

En síntesis, la revolución comenzó con la rebelión de la nobleza que intentaba afirmar sus privilegios frente a la monarquía. Pero, los efectos fueron distintos a los esperados. La convocatoria de los Estados Generales, la elección de los diputados, la redacción de los Cuadernos de Quejas provocaron una profunda movilización que ponía en tela de juicio todo el andamiaje del antiguo régimen.

 Ver Unidad 2.

Los Estados Generales aún recogían la visión de la sociedad expresada en el modelo de los “tres órdenes”: los que rezan (el clero), los que guerrean (la nobleza) y los que trabajan la tierra (los campesinos).

Los dos primeros Estados, el clero y la nobleza, reunían a los órdenes privilegiados; como resultado del cambio social, el Tercer Estado o Estado Llano incluía no sólo a los campesinos sino a todos los grupos -la mayor parte de la sociedad- que carecían de privilegios: burguesía mercantil y financiera, artesanos, manufactureros, profesionales, pequeños comerciantes, ricos arrendatarios, jornaleros, etc. Si bien la representación estaba ejercida por los personajes más influyentes de las ciudades, los sectores populares intervinieron activamente haciendo incluir sus reivindicaciones en los Cuadernos de Quejas, que constituían el mandato que debían asumir los diputados.

 Ver Unidad 1..

En mayo de 1789 los Estados Generales se reunieron en París. Inmediatamente comenzaron los debates sobre las formas de funcionamiento. Ante la falta de acuerdos, ante la negativa de la corona de aceptar la reunión conjunta de los tres Estados, el Estado Llano o Tercer Estado se autoconvocó en una Asamblea Nacional. Pero, en la coyuntura, los objetivos de sus integrantes cambiaron: se propusieron redactar una Constitución, que según el modelo que proporcionaba Inglaterra, limitara el poder real.

La primera etapa de la revolución (1789-1791)

Las intenciones de Luis XVI de disolver la Asamblea Nacional por la fuerza provocaron el levantamiento popular que agudizó el proceso: el 14 de julio de 1789, la toma de la fortaleza de La Bastilla, simbolizó la caída del absolutismo y el comienzo de un período de liberación. Pronto la revolución se extendió en ciudades, y fundamentalmente, en el campo. Oledas de levanta-

mientos campesinos, el llamado “Gran Miedo”, -saqueo de castillos, quema de los títulos de los derechos señoriales- en sólo dos semanas quebraron la estructura institucional de Francia. El establecimiento de órganos de gobierno autónomos prácticamente hacía desaparecer toda forma de poder descentralizado.

En agosto de 1789, la revolución obtuvo su manifiesto formal: la Asamblea aprobó la *Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano*. La Declaración se basaba en el principio de *libertad, igualdad y fraternidad*, considerado el gran legado de la Revolución francesa. La libertad se entendía fundamentalmente como la libertad personal de los individuos frente a las arbitrariedades del Estado, pero también libertad de empresa y libertad de comercio; la igualdad significaba que todos los individuos eran iguales ante la ley aboliendo de este modo los privilegios de sangre y de nacimiento; la fraternidad conformaba a la nación, todos eran franceses, con una sola patria y en tal sentido podían considerarse “hermanos”.

“Art. 1ro- Los hombres nacen y permanecen libres e iguales en derechos. Las distinciones sociales no pueden estar fundadas más que sobre la utilidad común.

“Art. 2do- El fin de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre. Estos derechos son la libertad, la propiedad, la seguridad, la resistencia a la opresión.

Art. 3ro- El principio de toda soberanía reside esencialmente en la nación: ningún cuerpo, ningún individuo puede ejercer autoridad si no emana directamente de ella.

(Declaración de Derechos del Hombre y el Ciudadano)

Pocos días antes, la Asamblea- por la presión de los levantamientos campesinos- había abolido el feudalismo. Es cierto que posteriores correcciones limitaron sus efectos. El pago de rescate por las tierras, por ejemplo, limitó el proceso de liberación campesina. Sin embargo, pese a esto, la importancia de la medida radicaba en echar las bases de un nuevo derecho civil con fundamento en la libre iniciativa. En la misma dirección concurrió la prohibición de la existencia de las corporaciones, medida que apuntaba a eliminar los jerárquicos gremios medievales que limitaban la libertad de empresa y la libertad de trabajo. En síntesis, se comenzaba a construir el “orden burgués”.

También se hacía necesario socavar otros de los fundamentos del antiguo régimen: las bases del poder de la Iglesia. A fines de 1789, se nacionalizaron los bienes del clero. En consecuencia, se expropiaron las tierras eclesíásticas que se pusieron en venta con el objetivo también de dar respaldo al “asignado”, nuevo papel moneda. En julio de 1790, se dictaba la Constitución Civil del Clero que colocaba a la Iglesia bajo el poder del Estado: los obispos y los curas se transformaban en funcionarios públicos elegidos en el marco de las nuevas circunscripciones administrativas. Es cierto que esto generó un amplio conflicto que, durante mucho tiempo, enfrentó al clero constitucional y al mayoritario clero “refractario” que se negaba a aceptar la medida. Pero también quedaban cada vez más claras las intenciones de es-

tablecer un nuevo orden. Ese mismo año se decidieron los festejos del primer aniversario de la toma de la Bastilla: era la celebración de la fraternidad y de la abolición de las antiguas divisiones. El 14 de julio se transformaba en la fecha simbólica del nacimiento de ese nuevo orden.

Sin embargo, todavía quedaban pendientes problemas, fundamentalmente, la cerrada oposición de amplios sectores del clero y de la aristocracia frente al proceso que se desencadenaba. En efecto, muchas de las medidas se tomaban frente a la hostilidad de la nobleza y del rey que intentaba bloquear las resoluciones. Sin embargo, la movilización popular resultó clave para revertir la situación. Ya en octubre de 1789, una marcha de mujeres apoyadas por la Guardia Nacional -fuerza armada que la Asamblea Nacional había reclutado entre los ciudadanos- se dirigió a Versalles y obligó al rey a refrendar los primeros decretos. Ante esto, muchos nobles comenzaron a elegir el camino del exilio.

En septiembre de 1791, se aprobaba la Constitución, prologada por la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, que establecía un sistema de monarquía limitada. El poder monárquico quedaba controlado por una Asamblea Legislativa, cuyos miembros debían ser elegidos mediante un sufragio restringido, derecho de los varones adultos propietarios. En este sentido quedaba claro que la “igualdad” de los hombres que había proclamado la revolución era la igualdad civil ante la ley, pero no implicaba en absoluto la igualdad política. Con esto, como señala Vovelle, culminaba la “revolución burguesa”. Y esta fórmula de democracia limitada por el voto censatario constituyó a lo largo del siglo XIX -como veremos- el programa de la burguesía liberal europea.

La segunda etapa de la revolución. La república jacobina (1792-1794)

Con el establecimiento de la monarquía limitada sobre la base de una participación restringida, para muchos que planteaban la necesidad de llegar a un acuerdo con el rey se habían cumplido los objetivos de la Revolución. Pero también eran muchos los que consideraban necesario seguir profundizando los contenidos revolucionarios. De este modo, dentro del Tercer Estado pronto comenzaron a diferenciarse las distintas corrientes, que se agrupaban en distintas asociaciones o clubes políticos. Algunos de estos clubes, como el de los Jacobinos o el de los Cordeleros -donde se escuchaban a los oradores más populares como Marat y Danton-, estaban reservados a la elite política. Pero también los sectores populares más radicalizados, que abarcaban a artesanos y jornaleros y a pequeños propietarios de tiendas y talleres, es decir, los *sans-culottes* -llamados así porque no usaban las calzas que vestían los sectores más acomodados sino simplemente pantalones-, se agrupaban en sociedades que se reunían en los barrios de las ciudades con un ideario democrático e igualitario. Esta red de asociaciones que cubría el país, junto con el aumento notable de la prensa revolucionaria, se transformó pronto en el motor de la agitación.

Las distintas tendencias también se expresaron en la Asamblea Legislativa y quedaron definidas por el lugar que ocupaban en el recinto de sesiones: en la “derecha” se agrupaban los sectores más conservadores; en la “izquierda”, los más radicales. Si los más conservadores consideraban que la Revolución había concluido y que era necesario desmontar la “máquina de las insurrecciones”, los acontecimientos no se desarrollaron a su favor. En primer lugar, una serie de malas cosechas y la devaluación de los asigna-



Ver imagen 3.4. Marat, “el amigo del pueblo”.

dos llevaron a una crisis económica que favoreció la movilización popular. En segundo lugar, el peligro de la contrarrevolución y de la guerra afirmó la influencia de los sectores más radicalizados.

En efecto, ante el desarrollo de los acontecimientos, en junio de 1791, Luis XVI junto con su familia había intentado huir para reunirse con los nobles exiliados en Austria. Pero la huida fue descubierta en la ciudad de Varennes y la familia real, en medio de la indignación popular, fue llevada por la fuerza a París. Poco después, Luis XVI fue forzado a prestar juramento a la Constitución. Pero el intento de huida y la intención del rey de unirse a los exiliados que complotaban en contra de la revolución para restaurar el poder absoluto fueron percibidos como un acto de “traición a la Patria”. Y el descrédito de la monarquía afirmó el prestigio de los más radicalizados que habían comenzado a trazar un ideario republicano.

Estaba también el peligro de la guerra. Los nobles emigrados habían obtenido el apoyo del rey de Prusia y del emperador de Austria para organizar una fuerza militar con el objetivo de invadir Francia. Para las coronas de Austria y de Prusia colaborar con la restauración del absolutismo era no sólo un acto de solidaridad política y familiar con Luis XVI -cuya esposa María Antonieta era austríaca- sino fundamentalmente una medida defensiva: evitar la expansión de esas ideas y de esos movimientos dentro de sus propios reinos. Pero las amenazas exteriores también parecían vincularse con conjuraciones internas. De este modo, la Asamblea Legislativa declaró la guerra a Austria en abril de 1792.

El estallido de la guerra favoreció la radicalización del proceso. Mientras los ejércitos enemigos se acercaban a la frontera y comenzaban a invadir el territorio, se proclamó la “Patria está en peligro” mientras acudían a París los voluntarios de las provincias en defensa de la revolución. Era el desenlace de un movimiento patriótico en contra de la traición. En este clima, el rey fue depuesto y enviado a prisión (agosto de 1792), se disolvió la Asamblea Legislativa y se la reemplazó por una Convención Nacional, elegida mediante sufragio universal. Para señalar el cambio incluso se estableció un nuevo calendario que buscaba marcar el comienzo de una nueva era: 1792 se transformaba en el Año I de la República. Se iniciaba así la segunda etapa de la revolución, etapa en la que guerra impuso su propia lógica.

La Convención inició sus sesiones en septiembre de 1792, en medio de difíciles circunstancias: la revolución parecía estar jaqueada desde adentro y desde afuera. Mientras los ejércitos invadían, la mayoría de las regiones estaban sublevadas y desconocían al gobierno. Era necesario tomar medidas excepcionales: tal fue la acción de los jacobinos que pronto ganaron el control de la Convención. Con el apoyo de los sectores populares de París y controlando mecanismos claves de gobierno como el Comité de Salvación Pública, los jacobinos lograron que todo el país fuese movilizado con medidas que configuraban la *guerra total*. La leva en masa incorporaba al ejército a todo ciudadano apto para llevar un fusil, mientras se establecía una economía de guerra rígidamente controlada: racionamiento y precios máximos. Las dificultades fueron muchas, pero las noticias de los primeros triunfos del ejército francés que había derrotado a los austríacos en la batalla de Valmy (septiembre de 1792) permitían mantener el ardor revolucionario.

Pero los enemigos no eran sólo externos. Para asegurar el orden y acabar de raíz con la oposición interna se impuso esa rígida disciplina que se conoció como el “Terror”. Los sectores más radicalizados plantearon la ne-

Ver imagen 3.5. El calendario republicano



cesidad de condenar a muerte al rey por su acto de traición: Luis XVI fue ejecutado en la guillotina. Con la suya, rodaron las cabezas de su esposa y de otros nobles, pero también las cabezas de muchos antiguos revolucionarios que disentían con la conducción jacobina. Así murió, por ejemplo, en 1794, Danton, uno de los políticos más hábiles de la Convención, de gran popularidad, cuya capacidad oratoria había movilizado a la guerra por la defensa de Francia y de los ideales republicanos.

En 1793 se había promulgado una nueva Constitución, de carácter democrático, que establecía el sufragio universal, el derecho a la insurrección y al trabajo, la supresión de los derechos feudales aún existentes y la abolición de la esclavitud en las colonias. Pero esta Constitución casi no tuvo vigencia. Su aplicación fue suspendida por el mismo Comité de Salvación Pública, encabezado por Robespierre, que prácticamente estableció una dictadura para profundizar la política del “Terror”.

Pero Robespierre pronto se encontró aislado. Si bien había eliminado la corrupción, las restricciones a la libertad disgustaban a muchos. Y tampoco agradaban sus incursiones ideológicas como la campaña de “descristianización” -debida sobre todo al celo de los *sans-culottes*- que buscaba reemplazar las creencias tradicionales por una nueva religión cívica basada en la razón y en el culto, con todos sus ritos, al Ser Supremo. Mientras, el silbido de la guillotina recordaba a todos los políticos que nadie podía estar seguro de conservar su vida.



3.6. Los *sans-culottes* encaran a la Convención Nacional.

La tercera etapa de la Revolución. La difícil búsqueda de la estabilidad (1794 -1799)

La república jacobina pudo mantenerse durante la época más difícil de la guerra, pero hacia mediados de 1794, las circunstancias habían cambiado: los ejércitos franceses habían derrotado a los austríacos en Fleurus y ocupado Bélgica. En este contexto, una alianza de fuerzas opositoras dentro de la Convención, en julio -el mes Thermidor del nuevo calendario- de 1794, desalojó del poder a Robespierre y a sus seguidores que fueron ejecutados. Poco después, en 1795, la Convención daba por terminadas sus funciones y sancionaba la Constitución del año III de la República.

El golpe de Thermidor frenaba también a quienes aspiraban a cambios más profundos. En efecto, la Constitución de 1795 reestablecía el sufragio restringido a los ciudadanos propietarios. Al mismo tiempo se establecía un poder legislativo bicameral y un poder ejecutivo, el Directorio, integrado por cinco miembros. De este modo, se aspiraba a retornar al programa liberal que había sido impuesto durante la primera etapa de la revolución. Sin embargo, la mayor dificultad fue la de lograr la estabilidad política.

En una situación de difícil equilibrio, el gobierno del Directorio, sin demasiados apoyos, se encontró jaqueado tanto por los *sans-culottes* -que pronto lamentaron la caída de Robespierre- y los políticos más radicalizados, como por la reacción aristocrática. Era necesario encontrar la fórmula para no volver a caer en la república jacobina ni retornar al antiguo régimen. Y el delicado equilibrio fue mantenido básicamente por el ejército, responsable de reprimir y sofocar las periódicas conjuras y levantamientos. El ejército se transformó, de esta manera, en el soporte del poder político.

El ejército fue uno de los hijos más brillantes de la Revolución. Nacido de la “leva en masa” de ciudadanos revolucionarios, pronto se convirtió en una fuerza profesional de combatientes. Pronto además mostró su capacidad en

Ver mapas sobre las transformaciones políticas de Europa: 3.7. Europa en 1789 y 3.8. Europa en 1810.



la guerra. Era además un ejército burgués, una de las carreras que la revolución había abierto al talento. Los grados y los ascensos no se debían al privilegio ni al nacimiento sino que se debían -como en la sociedad burguesa- al mérito, transformado en la base de la jerarquía de valores. Y uno de esos militares de carrera, Napoleón Bonaparte fue finalmente quien puso fin a la revolución al mismo tiempo que institucionalizó sus logros. Con él nació además uno de los grandes mitos de la historia.

Fin e institucionalización de la Revolución: Napoleón Bonaparte (1799-1815)

Los ejércitos revolucionarios habían transformado el mapa de Europa. Se habían puesto en marcha como respuesta a la agresión de las dinastías europeas que apoyaban a los nobles exiliados, pero había algo más. La Revolución era considerada por muchos -como posteriormente en 1917, la Revolución Rusa- no como un acontecimiento que afectaba exclusivamente a Francia, sino como el comienzo de una nueva era para toda la humanidad. De allí las tendencias expansionistas y la ocupación de países, con ayuda de los partidos filojacobinos locales, donde transformaron el gobierno y la misma identidad nacional. De este modo, Bélgica fue anexada en 1795; luego lo fue Holanda que pasó a constituir la República Bátava. Desde 1798, Suiza, constituyó la República Helvética y en el norte de Italia se estableció la República Cisalpina. En síntesis, con los ejércitos se expandían también algunos de los logros revolucionarios, como el sistema republicano, ante el terror de las monarquías absolutas. Pero la guerra no sólo fue un enfrentamiento entre sistemas sociales y políticos, sino que también fue el resultado de la rivalidad de las dos naciones que buscaban establecer su hegemonía sobre Europa: Francia e Inglaterra.

En ese ejército revolucionario había hecho su carrera Napoleón Bonaparte que siendo muy joven, a los 26 años, había logrado el grado de general. Su prestigio fue en aumento en 1795, cuando ante una sublevación monárquica estimulada por la caída de Robespierre, se le confió la defensa de la Convención. Bonaparte logró conjurar el peligro y desde entonces su posición fue sólida, no sólo por la certidumbre unánime de su capacidad militar, sino por la influencia personal que fue alcanzando. En 1796, el Directorio le confió la campaña militar a Italia y en 1798 -dispuesto a atacar la fuente de recursos de Inglaterra- Bonaparte se propuso la conquista de Egipto.

El sostenimiento de la guerra, junto con las dificultades internas, debilitó aún más al Directorio. En noviembre de 1799 -el 18 de brumario-, un golpe entregó el mando de la guarnición de París a Bonaparte. Poco después se formaba un nuevo poder ejecutivo, el Consulado, integrado por tres miembros. La Constitución del año VIII (1800) -que a diferencia de las precedentes no hacía mención a la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano- dio forma al nuevo sistema: se disponía que uno de los tres mandatarios ejerciera el cargo de Primer Cónsul, reduciendo a los otros dos a facultades consultivas y otorgándole supremacía sobre el poder legislativo. El cargo de Primer Cónsul -que posteriormente fue declarado vitalicio- se otorgó a Napoleón Bonaparte que pudo ejercer un poder sin contrapesos.

Como ya señalamos, el sistema napoleónico significó el fin de la agitación revolucionaria. En primer lugar, se restringió la participación popular. Es cierto que se mantuvo el sufragio universal para todos los varones adultos, pero el sistema electoral indirecto, a través de la "lista de notabilidades" lo-

cales por quienes se debía sufragar, limitó sus efectos. Cada vez quedaba más claro que, a pesar de que la Constitución reafirmaba el principio de la soberanía popular, el poder venía “de arriba”, y la participación popular se reducía a manifestaciones de confianza a través de los plesbicitos. En segundo lugar, se estableció un rígido sistema de control sobre la población. El control se perfeccionó sobre todo después de 1804, cuando el ministro de policía, Fouché, se encargó de eliminar todo asomo de protesta o disidencia. Iniciando una práctica de larga perdurabilidad, se confeccionaron “fichas” de funcionarios y de personalidades, bajo el pretexto de confeccionar una estadística “moral” de la Europa napoleónica. De este modo, mediante una centralización cada vez mayor del poder, se evitó toda radicalización que condujera a la república jacobina.

Pero el sistema napoleónico también institucionalizó muchos de los logros revolucionarios. Para acabar con los conflictos religiosos y contar con el apoyo del clero, Napoleón firmó con el papa Pío VII un Concordato (1801). Según sus términos, el papado reconocía las expropiaciones de los bienes eclesiásticos que había efectuado la Revolución, a cambio, se establecían severas limitaciones a la libertad de cultos. El Estado francés, por su parte, se reservaba el derecho de nombrar a los dignatarios eclesiásticos, pagarles un sueldo y exigirles un juramento de fidelidad. En síntesis, la Iglesia francesa -continuando una larga tradición- quedaba subordinada al Estado, anulando su potencial conflictivo.

Pero la obra más importante fue la redacción de un Código -conocido como *Código Napoleónico*- redactado por importantes juristas con la participación del mismo Napoleón que quedó concluido en 1804. Allí se unificó la legislación y se institucionalizaron principios revolucionarios, como la anulación de los privilegios sociales y la igualdad de todos los hombres frente a la ley. Pero el Código no sólo institucionalizaba la “revolución burguesa” en Francia. El Código también se estableció en las regiones y países ocupados, expandiendo por Europa las bases de la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano.

El sistema napoleónico también reorganizó la administración y las finanzas y creó hasta un Banco Nacional, el más patente símbolo de la estabilidad burguesa. La enseñanza pública fue tratada con particular celo: se reorganizó la Universidad que quedó responsable de todo lo referente a la instrucción y se crearon los Liceos para la educación de los hijos de las “clases medias”, los futuros funcionarios que concurrían al servicio del Estado. Y durante el período napoleónico se creó la jerarquía de funcionarios públicos que constituía la base del funcionamiento estatal. Se abrieron las “carreras” de la vida pública francesa -en la administración civil, en la enseñanza, en la justicia- de acuerdo con una jerarquía de valores, el “escalafón”, propia de la burguesía, que encontraba su base en el mérito. Quedó establecido así un sistema de funcionamiento que ejercería gran influencia y que logró larga perdurabilidad.

A comienzos de 1804, el descubrimiento de un complot, permitió a Bonaparte dar un paso más: la instauración del Imperio. De este modo, en mayo de 1804, se sancionaba la Constitución del año VIII que establecía la dignidad de “emperador de los franceses” para Napoleón, se fijaba el carácter hereditario del Imperio y se echaban las bases de una organización autocrática y centralizada. El eje de toda la organización era el mismo Napoleón asistido por una nobleza de nuevo cuño, su familia y quienes podían ascen-

der a ella no por nacimiento, sino a través de sus méritos y de los servicios prestados al Estado.

La constitución del Imperio fue fundamentalmente el resultado de la política exterior napoleónica: la nación que aspiraba a dominar el continente tenía que estar dirigida por una institución que históricamente llevara implícita una función hegemónica. Olvidando peligrosamente los sentimientos nacionales, Napoleón había proclamado: “Europa es una provincia del mundo y una guerra entre europeos es una guerra civil”. Dentro de esa peculiar concepción de la unidad continental, el Imperio suponía la afirmación de la supremacía francesa. De este modo, la carrera política de Napoleón culminó en el fastuoso rito de la coronación imperial. Al coronarlo (2 de diciembre de 1804), el papa Pío VII legitimaba la hegemonía napoleónica. Como testimonio quedaron las transformaciones que se introdujeron en París: importantes monumentos destinados a restaurar la idea romana del Imperio.

En la lucha de Francia por la hegemonía europea, Inglaterra fue el enemigo inevitable. En la confrontación bélica ninguno de los dos países había conseguido éxitos decisivos. De allí que la lucha se trasladara al terreno económico. Desde 1805, la marina británica obstaculizaba las comunicaciones marítimas para los franceses; la respuesta fue un contrabqueo que impedía la conexión y las transacciones comerciales de las islas con el continente. En síntesis, bloqueo marítimo y bloqueo continental eran los medios por los que Inglaterra y Francia intentaban asfixiarse mutuamente. Para Napoleón, además, el bloqueo continental presentaba una doble ventaja: no sólo aislaba a Inglaterra sino que subordinaba la economía del continente a las necesidades de Francia.

Sin embargo, para Francia, los efectos del bloqueo fueron graves: ruina de los puertos, falta de algodón, y sobre todo, la quiebra de los propietarios agrícolas que, en los años de buenas cosechas, no podían exportar el excedente. La situación económica hizo crisis en 1811. Ante la imposibilidad de una victoria económica, Napoleón decidió dar un vuelco decisivo a la guerra, mediante una contundente acción militar: la invasión de Rusia (1812).

Pero los resultados no fueron los esperados. Los rusos habían abandonado sus tierras destruyendo todo lo que pudiera servir al invasor, incluso incendiaron la ciudad de Moscú para desguarnecer las tropas francesas. Se comenzaron así a sufrir las consecuencias del crudo invierno ruso y se debió emprender una retirada que le costó al emperador lo mejor de sus tropas. El fracaso estimuló además el estallido de movimientos nacionalistas en los países ocupados. El imperio napoleónico se encontraba en las puertas de su fin. Las fuerzas aliadas de Prusia, Austria, Rusia y Suecia en la batalla de Leipzig (octubre de 1813) derrotaron a Napoleón que fue confinado en la isla de Elba (1814).

La ocupación de Francia por los aliados permitió la restauración de los Borbones en el trono de Francia. Pero la situación generada por la ocupación, las intenciones del monarca Luis XVIII de retornar al antiguo régimen permitieron que internamente se organizara un movimiento favorable a Napoleón (marzo de 1815). De este modo, evadiendo su custodia y con el apoyo de la fuerza militar, Napoleón pudo apoderarse de París, dispuesto a continuar la guerra. Pero sólo logró mantenerse en el poder cien días. En la batalla de Waterloo fue derrotado por el ejército inglés al mando del duque de Wellington (18 de junio de 1815). Napoleón abdicó y fue confinado en la lejana isla de Santa Elena donde pasó sus últimos años.

3.2. El ciclo de las revoluciones burguesas

La caída de Napoleón llevó a la definición de un nuevo orden europeo, tarea que quedó a cargo de los vencedores: Gran Bretaña, Rusia, Austria y Prusia. Dos -Austria y Rusia- constituían monarquías absolutas; Inglaterra, por el contrario, como vimos, era una monarquía limitada por un Parlamento. Prusia era la nación menos significativa; sin embargo, al reconocérsele el papel de “gendarme” sobre las fronteras francesas, creció su papel internacional y su influencia sobre los otros Estados alemanes. En síntesis, el nuevo orden constituyó un compromiso entre liberales y partidarios del antiguo régimen, compromiso que no significó equilibrio ya que, como lo demostraron las reuniones del Congreso de Viena (1815), el peso predominante se volcó hacia las viejas tradiciones.

El primer problema que tuvieron que afrontar fue el de rehacer el mapa de Europa: el objetivo era consolidar y acrecentar territorialmente a los vencedores y crear “estados-tapones” que impidieran la expansión francesa. Polonia fue distribuida entre Rusia y Prusia -que también obtuvo Sajonia-, sin escuchar los clamores polacos a favor de su autonomía. Inglaterra obtuvo nuevas posesiones coloniales y Austria ganó algunas regiones italianas, aunque vio disminuir su influencia dentro de los estados alemanes frente al nuevo peso que ganaba Prusia. Holanda y Bélgica se unieron en un sólo reino, lo mismo que Noruega y Suecia. En Italia, fuera de las regiones bajo control austríaco, subsistía una serie de estados menores. España y Portugal mantuvieron sus límites, mientras Francia volvía a los que tenía antes de la Revolución. Pero este mapa europeo dejó planteados problemas, como la cuestión de la “formación de las naciones”, que frecuentemente reaparecerán a lo largo del siglo.

La obra del Congreso de Viena fue completada por la iniciativa del zar de Rusia, Alejandro I: la Santa Alianza. Orlado por el misticismo de su autor, el proyecto proponía la alianza de los monarcas absolutistas en defensa de sus principios religiosos y políticos contra los ataques de una ola liberal que -con razón- se pensaba que no estaba totalmente aniquilada. El misticismo de Alejandro I no cuadraba con un espíritu realista y práctico como el de Metternich, canciller de Austria, pero este aceptó la propuesta: desde su perspectiva, se trataba de contar con un instrumento que permitiera intervenir en la política europea (1815). Pese a que estuvo listo el instrumento con el que se intentaría imponer el antiguo orden, la tarea no fue sencilla, ya que la sociedad se encontraba profundamente transformada.

3.2.1. Las revoluciones de 1830

Las bases de las revoluciones: liberalismo, romanticismo, nacionalismo

La cerrada concepción política que se intentaba imponer, las intenciones de retornar al absolutismo, desató en la sociedad intensas resistencias. Las ideas difundidas por la Revolución -la libertad, la igualdad- habían alcanzado suficiente consenso y el grado de madurez necesaria para agudizar el clima de tensión social y política. De este modo, ante la “restauración”, se polarizaron los liberales que aspiraban imponer los principios revolucionarios. El panorama se complejizaba además por los movimientos nacionalistas que surgían en aquellos países que se sentían deshechos u oprimidos por los repartos territoriales del Congreso de Viena.

En algunos lugares, como en Italia y en Alemania, el liberalismo confluyó con el nacionalismo ya que, para poder constituir las unidades nacionales, era necesario expulsar a monarquías extranjeras o liberarse de los poderes autocráticos que dominaban. Para luchar por estos principios, surgieron sociedades secretas que adoptaron distintas formas de organización y distintos nombres. Entre ellas, las más conocidas fueron las logias masónicas y sociedades como la de los *carbonarios*, llamadas así en Italia porque sus miembros se reunían en los bosques para escapar del control de las autoridades austríacas. En Francia se organizó la *charbonnerie*, según el modelo italiano, integrada sobre todo por jóvenes universitarios y militares de filiación bonapartista. Los objetivos que perseguían estas sociedades eran variados pero coincidían en líneas generales. En Italia y Alemania, aspiraban a la unificación de la nación bajo una monarquía constitucional o -como aspiraban los grupos más radicalizados- bajo un gobierno republicano. En Francia y en España, buscaban establecer un gobierno que respetara los principios liberales. Pero en todas partes su característica fue la organización secreta, una rígida disciplina y el propósito de llegar a la violencia, si era necesario, para lograr sus objetivos.

Ya en torno a 1820 se dieron los primeros síntomas de que era imposible retornar al pasado según el proyecto de la restauración absolutista. Una revolución liberal en España -que por un breve tiempo impuso una Constitución a Fernando VII- y el levantamiento de Grecia que se independizó del Imperio turco constituyeron los primeros signos. Los movimientos y también las ideas que los sustentaban -el liberalismo, el romanticismo, el nacionalismo- alcanzaban su madurez.

El *liberalismo* -un término amplio e impreciso- era una filosofía política orientada a salvaguardar las libertades, tanto las políticas y económicas generales como las que debían gozar los individuos. Como política económica, el liberalismo logró su mayor madurez en Gran Bretaña. Los principios del *laissez-faire* formulados por los fisiócratas franceses y también por Adam Smith, en *La Riqueza de las Naciones*, llegaron a su mayor desarrollo con la obra de economistas como David Ricardo. Sostenían que las leyes del mercado actuaban como las leyes de la naturaleza, que “una mano invisible” hacía coincidir los objetivos individuales y los objetivos sociales. De allí la negativa a toda intervención estatal que regulara la economía: esta intervención sólo podía quebrar un equilibrio natural. El Estado debía limitarse a proteger los derechos de los individuos. Era además el sistema ideológico que más se ajustaba a las actividades y objetivos de las nuevas burguesía.

El liberalismo también se constituyó en un programa político: libertad e igualdad civil protegidas por una Constitución escrita, monarquía limitada, sistema parlamentario, elecciones y partidos políticos eran las bases de los sistemas que apoyaban la burguesía liberal. Pero también el temor a los conflictos sociales, llevó a una concepción restringida de la soberanía que negaba el sufragio universal: el voto debía ser derecho de los grupos responsables que ejercían una ciudadanía “activa”, de quienes tenían un determinado nivel de riqueza o de cultura, es decir, la burguesía del dinero y del talento. Desde nuestra perspectiva contemporánea, este liberalismo que implicaba una democracia restringida, resulta limitado e incluso notablemente conservador; sin embargo, en su época, en la medida que fue la base de la destrucción del antiguo régimen, constituyó indudablemente una fuerza revolucionaria.

Pero el liberalismo también se combinó con otras tradiciones intelectuales. En efecto, el pensamiento que se había acuñado en el siglo XVIII, el racionalismo y el materialismo propios de la Ilustración, también había despertado reacciones. De este modo, el rechazo al racionalismo analítico y la exaltación de la “intuición,” y de las viejas tradiciones medievales se transformaron en las principales características del *romanticismo*. Las primeras manifestaciones de esta nueva corriente fueron literarias, y se advierten especialmente en Inglaterra, pero poco después se propagarán por toda Europa adquiriendo formas diversas.

En Francia, el romanticismo constituyó, originariamente, un movimiento tradicionalista en reacción contra la Revolución francesa. Es el caso de Chateaubriand, católico y monárquico, dedicado a exaltar el medioevo -hasta entonces despreciado- en sus principales obras, buscando exaltar el espíritu nacional. Pero también fue romántico Víctor Hugo, republicano, liberal y revolucionario.

“El Romanticismo, tantas veces mal definido, no es, después de todo, otra cosa que el liberalismo en literatura... La libertad en el arte, la libertad en la sociedad, he ahí el doble fin al cual deben tender, con un mismo paso, todos los espíritus consecuentes y lógicos; he ahí la doble enseña que reúne, salvo muy pocas inteligencias, a toda esa juventud, tan fuerte y paciente, de hoy; y junto a la juventud, y a su cabeza, lo mejor de la generación que nos ha precedido...”

Victor Hugo: Prefacio a la primera edición de *Hernani*, 1830.

La exaltación del espíritu nacional, y la búsqueda de sus orígenes, permitió que el romanticismo prendiera fuertemente en aquellos países que se consideraban desmembrados u oprimidos por la dominación extranjera. En esta línea, el polaco exiliado en Francia, Federico Chopin; o Luis Beethoven, constituyeron grandes exponentes del romanticismo musical.

Pese a las diferencias ¿qué tenían en común los diversos exponentes del romanticismo? El reemplazo de los mesurados modelos clásicos por un estilo apasionado y desbordante; la decisión de romper con los viejos moldes. De allí que, más que un conjunto coherente de ideas, el romanticismo constituyó una *actitud*. Era romántico sufrir, rezar, combatir, viajar a tierras lejanas y exóticas, comunicarse con la naturaleza, buscar el sentido de la historia. Era romántico leer sobre el medioevo y la antigüedad clásica. Era romántico amar apasionadamente, más allá de los patrones morales y convencionales. En síntesis, era el desafiante rechazo a todo lo que limitase el libre albedrío de los individuos.

En este contexto, la época fue favorable para los inicios del *nacionalismo*. Era aún un término confuso, que aludía más a un sentimiento que a una doctrina sistemáticamente elaborada. Pero lo cierto es que en muchos países europeos -y con mayor fuerza en los que se consideraban oprimidos- comenzaba a agitarse la idea de la *nación*. Comenzaba a conformarse la conciencia de pertenecer a una comunidad ligada por la herencia común de la lengua y la cultura, unida por vínculos de sangre y con una especial relación con un territorio considerado como “el suelo de la patria”. En síntesis, cultura, raza o grupo étnico y espacio territorial confluían en la idea de la nación. Pero también el nacionalismo alcanzó repercusiones políticas. Se considera-



Escuchar 3.9. Tema musical de Federico Chopin: *La Polonesa*.

ba que el Estado debía coincidir con fronteras étnicas y lingüísticas, y fundamentalmente, se afirmaba el principio de la autodeterminación: el gobierno que dirigía a cada grupo “nacional” debía estar libre de cualquier instancia exterior.

Uno de los centros del nacionalismo europeo fue París, en donde se encontraba exiliado José Mazzini, que había constituido el grupo revolucionario la Joven Italia, destinado a luchar por la unificación de los distintos estados de la península y por su organización en un régimen republicano y democrático. Pero fue, sobre todo, en las Universidades alemanas donde se dieron las formulaciones teóricas más completas que permitieron generar en el ánimo de sus compatriotas la idea de una “patria” unitaria. Dicho de otro modo, el nacionalismo -como el liberalismo y el romanticismo- fue un movimiento que se identificó con las clases letradas.

Esto no significa que no hubiese vagos sentimientos nacionales entre los sectores populares urbanos y entre los campesinos. Sin embargo, para estas clases, sobre todo para las masas campesinas, la prueba de la identificación no la constituía la nacionalidad sino la religión. Los italianos y españoles eran “católicos”, los alemanes “protestantes” o los rusos “ortodoxos”. En Italia, el sentimiento nacional parecía ser ajeno al localismo de la gran masa popular que ni siquiera hablaba un idioma común. Además, el hecho de que el nacionalismo estuviese encarnado en las burguesías acomodadas y cultas era suficiente para hacerlo sospechoso ante los más pobres. Cuando los revolucionarios polacos, como los carbonarios italianos trataron insistentemente de atraer a sus filas a los campesinos, con la promesa de una reforma agraria, su fracaso fue casi total. Y este es un dato de las dificultades que implicará la “construcción de las naciones” en el marco de las revoluciones burguesas.

Los movimientos revolucionarios de 1830



HOBBSAWM, ERIC J (1997), Cap.6: “Las Revoluciones”, en: *La era de la revolución*, Buenos Aires, Crítica, pp. 116-137.

En Francia, tras la caída de Napoleón, los viejos sectores sociales y políticos, los *ultras*, habían desencadenado una violenta reacción antiliberal intentando restaurar los principios del absolutismo. Pero eran muchas las dificultades para retornar al antiguo orden: la sociedad se había transformado y los principios de la revolución se habían extendido. De allí, la intensa resistencia.

Luis XVIII había intentado, con oscilaciones, una política conciliatoria. Incluso había concedido una Carta Constitucional en la que se admitían con limitaciones algunos derechos consagrados por la Revolución de 1789. Pero la situación cambió después de la muerte de Luis XVIII (1824). Su sucesor Carlos X, más compenetrado de los principios del absolutismo, desencadenó una persecución contra todo lo que llevara el sello del liberalismo que provocó el desarrollo de una oposición fuertemente organizada. Se preparaban así los ánimos para una acción violenta que no tardó en llegar.

Cuando Carlos X promulgó, sin intervención del parlamento, en julio de 1830, un conjunto de medidas restrictivas sobre la prensa y el sistema electoral, un levantamiento popular estalló en París. La represión fue impotente y el combate, durante tres días -27, 28, y 29 de julio- se instaló en las ca-

lles. Tras la abdicación del rey, ante el temor de que la participación popular desembocara en el retorno de la república jacobina, los liberales más moderados se apresuraron a otorgar al duque Luis Felipe de Orleans -notoriamente liberal- la corona de Francia.

Luis Felipe, el “rey burgués” -tanto por sus ideas como por su estilo de vida-, juró la Constitución (9 de agosto de 1830). El nuevo monarca recibía su titularidad no por un designio divino ni en una herencia histórica depositada en su familia, sino de la voluntad de los representantes del pueblo en ejercicio pleno de la soberanía nacional. De este modo, según los principios del liberalismo, se volvía a instalar una monarquía limitada sobre la base del sufragio restringido. Pero esto también significaba la derrota definitiva de las aristocracias absolutistas.

La agitación revolucionaria de 1830 no se limitó a Francia, sino que fue el estímulo para desencadenar otros movimientos que se extendieron por gran parte de Europa, incluso a Inglaterra, donde se intensificó la agitación por la reforma electoral que -como vimos- culminó en 1832. Pero los movimientos fueron particularmente intensos en otros países, donde los principios del liberalismo coincidían con las aspiraciones nacionalistas.

La remodelación del mapa de Europa que había hecho el Congreso de Viena había unificado a Bélgica y Holanda. Pero todo separaba a los dos países, la lengua, la religión e incluso, la economía. En efecto, la burguesía belga había comenzado su industrialización y reclamaba políticas proteccionistas, mientras que los holandeses, con hábitos seculares de comerciantes, se inclinaban por el libremercado. Estas cuestiones, combinadas con el incipiente nacionalismo, fueron las que impulsaron la revolución en Bélgica. La libertad de prensa y la libertad de enseñanza que reclamaban los católicos -para impedir que el gobierno holandés propagara el protestantismo por medio de los programas escolares- fueron las banderas de lucha. De este modo, los belgas proclamaron su independencia y un Congreso constituyente convocado en Bruselas eligió a Leopoldo de Sajonia-Coburgo, su primer monarca. Era la segunda vez que, en la oleada revolucionaria de 1830, un rey recibía sus poderes de un parlamento que representaba a la nación.

También en septiembre de 1830 estallaron motines en las ciudades del centro de Alemania, en noviembre la ola revolucionaria alcanzó a Polonia, y a comienzos de 1831 se extendió a los estados italianos. Pero estos movimientos fueron sofocados. Los príncipes alemanes reprimieron a los liberales y controlaron fácilmente los focos de insurrección. Los revolucionarios polacos e italianos fueron impotentes frente a los estados absolutistas -Rusia y Austria, respectivamente- a los que estaban sometidos. Las diferencias dentro de las fuerzas movilizadas, entre la burguesía y las masas populares por un lado, entre quienes aspiraban a reformas más radicales y entre los liberales que aspiraban únicamente a modernizar el sistema político, por otro, fueron factores que debilitaron a los revolucionarios. Sin embargo, quedaba el impulso para un nuevo asalto.

3.2.2. Las revoluciones de 1848: “la primavera de los pueblos”

De las revoluciones de 1830 sólo había quedado un testigo, Bélgica, independiente y con una Constitución liberal. En Francia, el viraje conservador -como veremos- de la monarquía de Luis Felipe de Orleans suponía para muchos la traición a la revolución que lo había llevado al trono. En Italia, los



Ver mapa 3.10: Las revoluciones de 1830.

austríacos mantenían su férrea presencia; en Alemania, se posponían los ideales de unidad nacional mientras en muchos estados los príncipes gobernaban con un régimen prácticamente absolutista; en Polonia, los rusos habían suprimido todas las libertades. Pero en 1848 se intentó el nuevo asalto: las similitudes con las revoluciones del 30 fueron muchas, pero también se registraban significativas diferencias.

Las nuevas bases revolucionarias: democracia y socialismo

Los movimientos de 1848 fueron básicamente movimientos *democráticos*. En efecto, frente a ese liberalismo político que se definía por oposición al Antiguo Régimen, las revoluciones del 48 buscaron profundizar sus contenidos. Se comenzó a reivindicar la implementación del derecho de voto para todos los ciudadanos: no había democracia sin sufragio universal. En el mismo sentido, se prefería hablar de *soberanía popular* en lugar de soberanía nacional. Según se observaba, el término “nación” parecía referirse a una entidad colectiva abstracta; en la práctica esa soberanía era ejercida nada más que por una minoría. El término “pueblo,” en cambio, subrayaba la totalidad de los individuos; el “pueblo” al que invocaban los revolucionarios del 48 era el conjunto de los ciudadanos y no una abstracción jurídica. Y si el liberalismo se había inclinado por las monarquías constitucionales como forma de gobierno, esta democracia consideraba a la república como la forma política más idónea para el ejercicio del sufragio universal, la soberanía popular y la garantía a las libertades. Pero había más. Se comenzaba a acusar al liberalismo de predicar una igualdad estrictamente jurídica, de igualdad ante la ley, pero de permanecer insensible ante los contrastes sociales de riqueza-pobreza, cultura-analfabetismo. Era necesario también luchar por la reducción de las desigualdades en el orden social.



AGULHON, MAURICE (1973), Cap. 1: “¿Por qué la República?” (traducción al castellano), en: *1848 ou l'apprentissage de la République*, Paris, Seuil.

Incluso, ya había comenzado a pronunciarse la palabra *socialismo*. En Francia, por ejemplo, Charles Fourier fue uno de los principales exponentes de lo que se llamó el “socialismo utópico”. En su obra *El nuevo mundo industrial* (1820) había denunciado la propiedad privada, la competencia y la libertad de comercio como las bases de la desigualdad social. Pero Fourier no sólo criticaba sino que también proponía un proyecto para construir una sociedad racional y armónica -el nuevo mundo industrial- basado en el principio de cooperación. También Etienne Cabet rescataba las ideas comunitarias presentes en las viejas utopías para formular en su novela *Viaje por Icaria* (1841) un proyecto de sociedad comunista. Pero fue tal vez Louis Blanc quien mayor influencia ejerció en la formación del socialismo francés: en su obra, *Organización del Trabajo* (1840) proponía, como medio para transformar la sociedad y suprimir el monopolio burgués sobre los medios de producción, la creación de “talleres sociales”, cooperativas de producción montadas con créditos estatales. En síntesis, delegaba en el Estado la tarea de la “emancipación del proletariado”.

Pero no se trataba sólo de pensadores teóricos. Desde 1830, habían surgido organizaciones de trabajadores -embriones de los futuros sindicatos- y periódicos como el *Journal des Ouvriers* y *Le Peuple* se transformaban en los canales de difusión de las nuevas ideas. De este modo, Auguste Blanqui - que a diferencia de los otros socialistas propiciaba la insurrección armada como único método válido para la toma del poder político- inspiró un movimiento organizativo. Mientras las agrupaciones carbonarias republicanas reclutaban a la burguesía letrada (profesionales, estudiantes universitarios), las organizaciones blanquistas como las Sociedades de las Familias, reclutaban adeptos entre los sectores populares y el incipiente proletariado francés. En este sentido, las nuevas ideas reflejaban las transformaciones de la sociedad. En Francia -como veremos en la Unidad 4- estaba iniciándose el proceso de industrialización. Es cierto que aún primaban las antiguas formas de trabajo en los talleres tradicionales, pero la mecanización de las industrias del algodón y la lana y, posteriormente, la construcción de los ferrocarriles habían comenzado a conformar el núcleo inicial de la clase obrera.

Si bien su doctrina, considerada la base del pensamiento anarquista, fue sistematizada en la segunda mitad del siglo XIX, la obra de P. J. Proudhon, *¿Qué es la propiedad?* (1840), causó un fuerte impacto en los medios socialistas. Fuertemente antiautoritario, Proudhon consideraba que la propiedad privada implicaba la negación de la *libertad* y de la *igualdad*, categorías que constituyeron el núcleo de su pensamiento. Para él, la única forma de asociación válida era la que derivaba del espíritu solidario, es decir, el mutualismo. Organizaciones de autogestión económica y autoadministración política debían multiplicarse por todo el territorio con independencia de todo estatismo. De allí surgiría un estado de no gobierno, la *anarquía*, al cual atribuía una carga de orden capaz de contraponerse al desorden dominante en la economía burguesa.

Los movimientos revolucionarios de 1848

El gobierno de Luis Felipe, apoyándose en grupos de la burguesía financiera, controlaba un gobierno en el que la participación electoral estaba restringida a quienes tenían derecho de voto, el *país legal*. Pero el descontento crecía alimentado por las sospechas de que la administración estaba corrompida y el Estado se dedicaba a beneficiar a especuladores y financistas. La situación se agravaba por la crisis económica que afectaba a Europa. En efecto, desde 1846, una drástica reducción en la cosecha de cereales había desatado oleadas de agitación rural. Pero también el alza de los precios de los alimentos y la reducción del poder adquisitivo también habían generado, en las ciudades, la crisis del comercio y de las manufacturas, con las secuelas de la desocupación. Es cierto que las revoluciones estallaron, en 1848, cuando la situación económica había comenzado a estabilizarse, pero la crisis, al erosionar la autoridad y el crédito del Estado, intensificó y sincronizó los descontentos preparando el terreno para la propaganda subversiva. En síntesis, las consecuencias de crisis se combinaban con el descontento político.

En ese contexto, la oposición al gobierno de Luis Felipe comenzó a realizar una “campana de banquetes” donde se reunían los representantes de los distintos sectores políticos para tratar temas de la política reformista,

fundamentalmente, la cuestión de la ampliación del derecho de sufragio. El 22 de febrero de 1848, la prohibición del ministro Guizot de uno de esos banquetes, que debía celebrarse en un restaurant de los Campos Elíseos, fue la señal para el estallido: durante dos días la muchedumbre se adueñó de las calles, levantó barricadas en los barrios de París y, en la noche del 24, asaltó las Tullerías. Ante el curso que habían tomado los acontecimientos, Luis Felipe abdicó. La presión popular impidió que se tomara una solución tibia: se proclamó la República y se estableció un Gobierno provisional donde se vislumbraba el compromiso entre todos los sectores que habían participado en el levantamiento. En efecto, el Gobierno, presidido por el poeta Alphonse Lamartine estaba compuesto por republicanos liberales, demócratas, socialistas e incluso por un representante de los obreros de París. Se elaboró un programa que establecía el sufragio universal, la abolición de la esclavitud en las colonias, la libertad de prensa y de reunión, la supresión de la pena de muerte. Pero también se introdujeron los reclamos socialistas: derecho al trabajo, libertad de huelga, limitación de la jornada laboral. Para atender las demandas sociales se estableció una comisión que funcionaba en Luxemburgo, presidida por Louis Blanc, y para paliar el problema del desempleo se crearon los Talleres Nacionales.

Pero pronto comenzaron las dificultades. Quienes aspiraban a la república “social” pronto fueron confrontados por quienes aspiraban a la república “liberal”. Las elecciones de abril fueron la prueba decisiva: 500 escaños para los republicanos liberales, 300 para los monárquicos y 80 para los socialistas establecieron el límite. Las elecciones demostraban el débil peso que aún tenía la república, que los sentimientos monárquicos aún tenían raíces vivas. Pero sobre todo demostraban el temor de los franceses a la república “social”. El gobierno de Lamartine evolucionó entonces hacia políticas más conservadoras. Se elaboró un proyecto de construcción de ferrocarriles para atemperar la desocupación y, fundamentalmente, para alejar de París a los obreros ferroviarios; y, en segundo lugar, se comenzó a preparar la disolución de los Talleres Nacionales, centros de propaganda socialista.

Las medidas tomadas por el gobierno de Lamartine dieron lugar a manifestaciones de descontento que pronto se transformaron en un estallido social (junio de 1848), que fue violentamente reprimido por Cavaignac, ministro de guerra. Se terminaba así toda expectativa sobre la “república social”. El tono autoritario que fue adquiriendo el gobierno se expresó también en la nueva Constitución (noviembre de 1848) que confería fuertes poderes al Presidente de la República y había borrado de su preámbulo toda declaración sobre el derecho al trabajo. A fines de año, asumía la presidencia Luis Napoleón Bonaparte, apoyado por el Partido del Orden cuyo programa defendía la propiedad, la religión, el reestablecimiento de la guillotina y negaba el derecho de asociación. En síntesis, el temor a la “república social” había llevado a la burguesía francesa a abrazar la reacción.

Los acontecimientos franceses fueron inseparables de la ola revolucionaria que agitó a Europa en 1848. Italia, los territorios alemanes, Prusia, el imperio austríaco se vieron agitados por movimientos que mostraban características comunes: a las reivindicaciones políticas, se agregaba la insurrección social. En Italia se sumaba el componente nacionalista, la expulsión de los austríacos, como paso para la unificación. Pero las insurrecciones populares, que siguiendo los postulados de Mazzini, se produjeron en Florencia, Venecia, Roma -de donde debió huir el Papa- y otras ciudades


italianas pronto fueron sofocadas por la flota austríaca y el ejército francés que envió Luis Napoleón Bonaparte. Después de los fracasos del 48, únicamente el reino de Piamonte-Cerdeña, bajo el reinado de Víctor Manuel III, contaba con una Constitución liberal. De allí saldrán las bases para la posterior unificación (1870).

La agitación revolucionaria también se propagó a Austria y a los estados alemanes. Mientras el pueblo de Viena se levantaba en armas y obligaba a huir al canciller Metternich, en otras regiones del Imperio -Bohemia, Hungría y los estados italianos del norte- estallaban las insurrecciones. En Prusia, la sublevación de Berlín exigió al rey una constitución, mientras los demás estados alemanes se movilizaban y los partidarios de régimen constitucional reunían en Francfort un congreso con el objetivo de unificar Alemania. Pero los soberanos absolutistas se apoyaron mutuamente para frustrar a los revolucionarios, de este modo, los levantamientos fueron sofocados por las fuerzas de las armas.

Las revoluciones del 48 rompieron como grandes olas, y dejaron tras de sí poco más que el mito y la promesa. Si había anunciado la “primavera de los pueblos”, fueron -en efecto- tan breves como una primavera. Sin embargo, de allí se recogieron enseñanzas. Los trabajadores aprendieron que no obtendrían ventajas de una revolución protagonizada por la burguesía y que debían imponerse con su fuerza propia. Los sectores más conservadores de la burguesía aprendieron que no podían más confiar en la fuerza de las barricadas. En lo sucesivo, las fuerzas del conservadurismo deberían defenderse de otra manera y tuvieron que aprender las consignas de la “política del pueblo”. La elección de Luis Napoleón -el primer jefe de Estado moderno que gobernó por medio de la demagogia- enseñó que la democracia del sufragio universal era compatible con el orden social. Pero las revoluciones del 48 significaron fundamentalmente -al menos en Europa occidental- el fin de la política tradicional y demostraron que el liberalismo, la democracia política, el nacionalismo, las clases medias e incluso las clases trabajadoras iban a ser protagonistas permanentes del panorama político.

Cronología

- 1760.** Jorge III es coronado rey de Inglaterra.
- 1762.** Catalina la Grande llega al trono de Rusia con el proyecto de occidentalizar las costumbres y el pensamiento.
- 1763.** Tras la Guerra de los Siete Años, se firma la Paz de París: Gran Bretaña obtiene Canadá y Luisiana de Francia, y Florida de España.
- 1767.** Expulsión de los jesuitas de España.
- 1774.** Luis XVI, rey de Francia. Designa al fisiócrata Turgot como ministro de finanzas para la aplicación de un programa de reformas que fracasa por la oposición nobiliaria.
- 1775.** Comienza la guerra de la independencia en los Estados Unidos. En Inglaterra, empieza la utilización industrial del vapor.
- 1776.** Declaración de la independencia de los Estados Unidos.
- 1777.** Benjamín Franklin es el primer embajador de los Estados Unidos en París.
- 1778.** Francia se alía con Estados Unidos en la guerra contra Inglaterra; el ministro de finanzas intenta cubrir las deudas de guerra con la creación de nuevos impuestos.
- 1783.** Se firma la Paz de París por la que Inglaterra reconoce la independencia de los Estados Unidos.
- 1785.** Primera fábrica de hilados a vapor en Nottingham.
- 1788.** En Francia, la Asamblea de Notables intima al rey para la convocatoria de los Estados Generales. Sieyès publica el panfleto *¿Qué es el Tercer Estado?* que demandaba la participación de los representantes de la nación en el gobierno.
Carlos IV, sucede a su padre, Carlos III, como rey de España.
- 1789.** En Francia, se reúnen los Estados Generales; un levantamiento popular toma de la Bastilla; se da a conocer la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano.
En Estados Unidos, George Washington es el primer presidente.
- 1790.** En Francia, se promulga la Constitución Civil del Clero que será condenada por el Papa.

 KINDER, HERMANN AND HILGEMANN, WERNER (1978): *The Penguin Atlas of World History. Volume II: From the French Revolution to the Present*, Middlesex-New York, Penguin Books, pp. 11-61.

- 1791.** En Francia se promulga la Constitución; comienza a sesionar la Asamblea legislativa; el rey Luis XVI fracasa en su intento de huida.
- 1792.** Francia declara la guerra a Austria; Rouget de Lisle compone la música y el texto de la *Marsellesa*, himno de la revolución; se reúne la Convención que proclama la República.
- 1792.** Primera coalición (Prusia, Austria y Piamonte) contra Francia. Victoria francesa en Valmy. Francia anexa Bélgica después de la victoria de Jemmpes. Convención Nacional francesa: proclamación de la República.
- 1793.** En Francia se proclama la nueva Constitución. El rey Luis XVI es guillotinado. Robespierre domina el Comité de Salvación Pública. Se declara la guerra entre Francia e Inglaterra.
- 1794.** En Francia, estalla el golpe de *Thermidor*; se organiza el Directorio. Victoria francesa en Fleurus.
- 1795.** Francia firma tratados de paz con Prusia, Holanda y España.
- 1796.** Napoleón Bonaparte es comandante en jefe del ejército francés; victorias en Italia.
- 1798.** Expedición de Napoleón Bonaparte a Egipto. Segunda coalición (Rusia e Inglaterra) contra Francia.
- 1799.** Francia le declara la guerra a Austria. Tras el golpe del 18 Brumario, Napoleón es designado Cónsul.
- 1801.** Se firma la paz entre Francia y Rusia
- 1802.** Francia firma la Paz de Amiens con Inglaterra; Napoleón es Cónsul Vitalicio.
- 1803.** Se rompe la paz de Amiens
- 1804.** Se promulga el Código napoleónico. Napoleón es coronado Emperador; se rompen las relaciones entre Francia y Rusia
- 1805.** Tercera coalición (Inglaterra, Austria y Prusia) contra Francia. Capitulación austríaca en Ulms. En Trafalgar, el almirante Nelson derrota a la flota franco-española. Victoria francesa en Austerlitz.
- 1806.** Cuarta coalición (Inglaterra, Prusia y Rusia) contra Francia. Victorias francesas en Jena y Auestard. Francia establece el bloqueo continental.
Primeras invasiones inglesas en el Río de la Plata.
- 1807.** Las tropas de Napoleón ocupan Portugal.

- 1808.** Napoleón anexa Roma después de la ruptura de relaciones con el Papa. En España, tras la ocupación francesa, es coronado monarca José Bonaparte, hermano de Napoleón.
- 1809.** Quinta coalición (Inglaterra, España y Austria) contra Francia. Victoria francesa en Wagram. Napoleón contrae matrimonio con la princesa austríaca, María Luisa, hija de Francisco I.
- 1810.** Sublevación general de las colonias españolas en América. En Rusia, el zar Alejandro I rompe el bloqueo continental.
- 1811.** Desórdenes luditas en Gran Bretaña.
- 1812.** Napoleón invade Rusia donde sufre importantes derrotas. Sexta coalición (Prusia, Rusia, Austria y Suecia) contra Francia. Simón Bolívar inicia su campaña libertadora en Venezuela.
- 1813.** Concordato de Fontainebleau. Holanda proclama la independencia. Napoleón devuelve la corona de España a Fernando VII.
- 1814.** Tras la campaña de Francia, los aliados entran en París. Napoleón abdica y es llevado a la isla de Elba. En Francia se restaura la monarquía borbónica con Luis XVIII. Stephenson inventa la locomotora.
- 1815.** Tras los “Cien días”, Napoleón es derrotado en la batalla de Waterloo y desterrado en la isla Santa Elena. El Congreso de Viena rehace el mapa de Europa. Se forma la Santa Alianza. Se organiza la Confederación germánica integrada por 35 príncipes, entre ellos los reyes de Inglaterra (casa Hannover), Dinamarca (Holstein), Países Bajos (Luxemburgo).
- 1816.** Las Provincias Unidas del Río de la Plata declaran la independencia.
- 1817.** El Papa condena las independencias americanas.
- 1819.** En Alemania se crea la Unión Aduanera (Zollverein). En Inglaterra comienza la movilización por la reforma electoral.
- 1820.** Levantamientos liberales en España y Portugal. En Inglaterra Jorge IV llega al trono; queda firmemente establecido el sistema institucional, en el que alternan los partidos *tory* (conservador) y *whigs* (liberal), con el predominio la Cámara de los Comunes mediante el estrecho control del gabinete de ministros.
- 1821.** Comienza la guerra de independencia de Grecia contra los turcos. Independencia de Perú y de México.
- 1822.** Independencia de Brasil

- 1823.** Reestablecimiento del absolutismo en España. Las Provincias Unidas de Centro América (Guatemala, El Salvador, Nicaragua, Costa Rica) declaran la independencia
- 1824.** Carlos X llega al trono de Francia intensificando las políticas absolutistas.
Las victorias de Bolívar en Junín y de Sucre en Ayacucho consolidan las independencias americanas.
- 1825.** Segunda condena papal a las independencias americanas.
- 1830.** Revoluciones liberales en Europa. Luis Felipe de Orleans es proclamado rey jurando obediencia a la Constitución. Bélgica se independiza de Holanda. Insurrecciones en los estados italianos y Polonia. Guillermo IV llega al trono de Inglaterra
- 1831.** José Mazzini funda la “Joven Italia”
- 1832.** En Inglaterra se aprueba el proyecto del primer ministro Lord Gray de reforma electoral que aumenta el número de ciudadanos con derecho al voto.
- 1833.** Tras la muerte de Fernando VII hereda el trono de España su hija Isabel anulando la tradición por la cual no podían heredar el trono las mujeres. Por la oposición del infante don Carlos, hermano del rey, comienzan las guerras carlistas.
- 1834.** En Inglaterra se promulgan las “leyes de pobres”.
Se promulga el manifiesto de la “Joven Europa”.
- 1837.** En Gran Bretaña, muere sin dejar herederos Guillermo IV, le sucede en el trono su sobrina, Victoria, quien inicia un largo reinado (hasta 1901).
- 1838.** Comienza la agitación cartista en Gran Bretaña.
- 1840.** La “guerra del opio” en China. Los ingleses llegan a Nueva Zelandia.
- 1842.** Los ingleses ocupan Hong-Kong.
- 1843.** Los ingleses en Natal. Los boers, colonos de origen holandeses, crean en África la República libre de Orange.
- 1844.** Inglaterra comienza la guerra de conquista de la India.
- 1845.** Federico Engels publica *La situación de la clase obrera en Inglaterra*.
- 1847.** Crisis económica en Europa. En California se descubre oro. Conferencia internacional obrera en Londres. Marx y Engels escriben el *Manifiesto Comunista*.

1848. Revoluciones en Europa. En Francia se establece la república y el sufragio universal. Insurrecciones en Italia, Alemania y Austria. Estados Unidos anexa los territorios mexicanos de Texas, Nueva México y Alta California.



HOBBSAWM, ERIC J. (1982), Cap. 2: “El origen de la Revolución Industrial”, Cap. 3: “La Revolución Industrial, 1780-1840”, en: *Industria e Imperio. Una historia económica de Gran Bretaña desde 1750*, Barcelona, Ariel.



1. Después de analizar el texto según la guía de lectura, explique cuáles son los factores a favor de la industrialización que presentaba Inglaterra a fines del siglo XVIII, y cuál es el que actuó como la “chispa” que encendió la Revolución industrial. Describa brevemente las etapas de la Revolución Industrial señalando sus características distintivas.

Guía de Lectura

Capítulo 2: “El origen de la revolución industrial”

- a. Aclaraciones previas para el análisis de los orígenes de la revolución industrial
 - relación entre revolución industrial y capitalismo
 - relación revolución industrial y procesos de industrialización
 - relación entre economía británica, economía europea y sistema colonial
- b. ¿Por qué la revolución industrial ocurrió en Inglaterra a fines del siglo XVIII? Explicaciones a relativizar
 - Factores exógenos (clima, geografía, etc)
 - Factores accidentales. La reforma protestante
 - Factores puramente políticos
- c. Condiciones previas
 - ruptura de vínculos tradicionales
 - transformaciones en la agricultura y en la tenencia de la tierra - mano de obra
 - acumulación de capital
 - economía de mercado
 - tecnología
- d. Factores que llevan al origen de la Revolución Industrial
 - Relación entre beneficios e innovación tecnológica
 - Situación del mercado interior. La población, sus cambios y grado de incidencia en el proceso económico. Consumo interno (alimentos, textiles, carbón). El papel del mercado interior en la Revolución industrial

- El mercado exterior. Importancia de la demanda. Control de mercados y anulación de la competencia
 - Políticas gubernamentales. Objetivos bélicos. Sus logros. Demanda e innovaciones tecnológicas
 - El papel de los tres factores (mercado interior, mercado exterior y gobierno) en la Revolución industrial
- e.** Relación entre la economía mundial y la economía británica a fines del siglo XVIII
- Nuevos centros de expansión económica. Consecuencias del comercio ultramarino. El papel de los imperios coloniales. El triunfo de Gran Bretaña sobre sus competidores

Capítulo 3: “La revolución industrial (1780-1840)”

a. La industria algodonera

I. El papel del algodón en la revolución industrial

- Su relación con el comercio colonial. La competencia de la India. mercados interior y exterior. Las plantaciones esclavistas y materia prima. Monopolios y supremacía colonial

II. El papel de las innovaciones en la tecnología

- El desequilibrio entre hilado y tejido. Las hilanderías. Los telares mecánicos. El aumento de la demanda como aliado para las innovaciones técnicas. Características de estas innovaciones.
- Comparación entre la revolución industrial y la situación actual de los países “en vías de desarrollo”

III. La vía británica para la revolución industrial

- El ejemplo de sir Robert Peel
- Características de la producción en Lancashire

IV. Las primeras consecuencias de la industria algodonera. Los efectos de la descentralización. Fuerza de trabajo y asociaciones obreras

Una nueva sociedad. Patronos y obreros. La fábrica. La subordinación de la economía a los fines capitalistas. Límites de la visión contemporánea Las revueltas contra la máquina. Las características del trabajo fabril

La contribución de la industria algodonera a la economía británica. Exportación y acumulación de capital. Sus límites

b. La etapa del ferrocarril. El hierro

I. La producción de carbón

- Urbanización y mercado interno
- Su vinculación con el ferrocarril

II La demanda de hierro

- La guerra, la demanda exterior. Sus límites
- La importancia del ferrocarril (siglo XIX)

III La crisis industrial (1830-1840)

- Los límites de la industrialización. La permanencia del sistema “doméstico”. la inestabilidad de la economía
- Conflictos sociales
- La reducción del mercado interior. La teoría del “fondo salarial.”
- La caída de los precios
- La contracción de los mercados exteriores

IV. Los efectos políticos y sociales de la crisis.

- La reforma parlamentaria (1832)
- La liga contra la ley de cereales (1837)
- El cartismo (1840)
- Las razones del descontento de obreros y patronos



HOBSBAWM, ERIC J. (1982), Cap. 4: “Los resultados humanos de la Revolución Industrial”, en: *Industria e Imperio. Una historia económica de Gran Bretaña desde 1750*, Barcelona, Ariel.



2.

Guía de lectura

- a. La revolución industrial y las transformaciones sociales
 - Los límites del análisis cuantitativo. Los efectos de la revolución industrial en la sociedad
- b. El impacto de la industrialización en la nobleza y el mundo burgués
 - La aristocracia y la baja nobleza. El aumento de las rentas y nuevas inversiones. Predominio social y poder político. Continuidad y adaptación de las formas de vida
 - Funcionarios y profesionales
 - Los comerciantes. El éxito y el ascenso social. Su adaptación a los cambios de la estructura comercial. Los Baring: de la industria a las finanzas
 - La “clase media”. Sus orígenes. Las guías de su acción: religión, utilitarismo y economía liberal. Las actitudes y los temores
- c. El mundo del trabajo
 - Las características del trabajo en la sociedad industrial. El trabajo proletario. La fábrica.
 - Los cambios en las formas de vida. Los pueblos y barrios obreros. La ruptura de las tradiciones. Las actitudes. La “seguridad social.” La ley de pobres de 1934
 - Resistencia y adaptaciones. Los orígenes de los *trade unions*. Los líderes y los pioneros del radicalismo. Los ideales: anticapitalismo y libertad. La decadencia de las antiguas formas de resistencia.

- Polarización social y transferencia de ingresos. La presión sobre el trabajo.
- El deterioro de las condiciones de vida en el campo y la ciudad
- La evolución de los movimientos sociales. El sindicalismo. La huelga general. El cartismo.



VOVELLE, MICHEL (1984), *Introducción a la historia de la Revolución francesa*, Barcelona, Crítica, pp. 11-78.



- 3.** Caracterice brevemente cada una de las etapas de la Revolución Francesa y explique por qué Vovelle la considera una “revolución burguesa”.

Guía de lectura

Capítulo 1: “Nacimiento de la revolución”

- a.** Los rasgos del Antiguo Régimen
- El feudalismo. La situación del campesinado. Los tributos señoriales. La persistencia de la servidumbre
 - Las características del feudalismo francés comparado con el sistema agropecuario de Inglaterra y el de Europa central y oriental
 - La sociedad de órdenes. Los “privilegiados.” Sociedad de órdenes y enfrentamientos de clases
 - El absolutismo. Las características del poder monárquico
- b.** La crisis del Antiguo Régimen
- Los problemas de la organización estatal. El impuesto real
 - La declinación de la nobleza. La declinación de la renta frente al beneficio burgués
 - La “reacción nobiliaria.” Los derechos sobre la tierra. El monopolio del aparato estatal. El control sobre el ejército. Sus efectos en la creación del clima prerrevolucionario
 - Los acontecimientos de 1787. La crisis financiera. La reunión de la Asamblea de Notables. La convocatoria a los Estados Generales.
- c.** Las nuevas fuerzas sociales
- La situación del campesinado, trabajadores agrícolas y “medieros” en la segunda mitad del siglo XVIII
 - La burguesía. La población urbana. Grupos sociales que la integran. Los profesionales liberales e ideologías.
 - Los sectores populares. Artesanos y asalariados urbanos.

- d.** Las condiciones revolucionarias
- La difusión de las ideas de la Ilustración
 - Crisis económicas y revueltas sociales.
 - El problema del déficit y su articulación con la reunión de la Asamblea de Notables y la convocatoria a los Estados Generales.

Capítulo 2: “La revolución burguesa”

- a.** La primera etapa de la revolución: el período constituyente (1789-1791)
- Los inicios de la revolución (1789). La importancia de los “cuadernos de quejas”. Los Estados Generales; el problema del voto, su significado. El Juramento del Juego de la Pelota y la formación de la Asamblea Nacional. La contraofensiva real. La sublevación popular en París. La Bastilla (julio de 1789). Sus resultados. La extensión de la revolución. Revueltas urbanas y revueltas campesinas.
 - Las bases del nuevo orden civil burgués. La abolición del feudalismo (agosto de 1789), sus límites. La Declaración de los derechos del Hombre y del Ciudadano. Los debates en torno a la Constitución. La crisis económica y la Constitución Civil del Clero. La celebración como expresión del carácter colectivo de la revolución burguesa (julio de 1790)
- b.** La revolución se radicaliza (1791-1792)
- El peligro de la contrarrevolución. La acción de los emigrados. La huida del rey (junio de 1791). Su impacto en la sociedad
 - La politización de las masas urbanas y rurales. El resurgimiento del malestar económico. Los clubes y sociedades. La prensa
 - La Constitución de 1791 y el ensayo de monarquía constitucional. La Asamblea Legislativa. Los grupos políticos. El carácter de la alianza con los sectores populares.
 - La guerra (1792). La hostilidad de las monarquías europeas frente a la revolución. Las expectativas internas frente al conflicto.
 - La insurrección popular frente al peligro de la guerra. La “Comuna insurreccional” en París. El asalto a las Tullerías y la prisión del rey. Convención Nacional y el sufragio universal.
 - Los acontecimientos que cierran la primera etapa de la revolución: la batalla de Valmy y la masacre de septiembre de 1792

Capítulo 3: “La revolución jacobina”

- a.** Los enfrentamientos entre montañeses y girondinos
- La participación popular ¿subversión social o defensa de la Revolución?
 - El proceso y la ejecución a Luis XVI

- La sublevación de la Vendée y el cuestionamiento de la hegemonía girondina
- b.** El ascenso de la Montaña
 - Las nuevas instituciones. El Comité de Salvación Pública (1793). La eliminación de los girondinos
 - La alianza entre la burguesía jacobina (Montaña) y los sectores populares. Las presiones populares y sus resultados en el plano económico y en el político.
 - La Constitución del Año I
- c.** La República Jacobina
 - El papel del Comité de Salvación Pública. El “Terror”: represión política y política económica. Su vinculación con la guerra
 - El movimiento de “descristianización”
 - La eliminación de la oposición. La hegemonía de Robespierre. El golpe de Termidor.

Capítulo 4: “De Termidor a Directorio”

- a.** La revolución cambia el rumbo
 - Los objetivos del golpe de Termidor. El triunfo de la reacción
 - La Convención termidoriana. El triunfo del centro (Llanura). La política exterior: las conquistas. La Constitución del Año III. El gobierno colegiado
 - La insurrección realista. El papel de la fuerza militar
- b.** El Directorio (1795-1799)
 - La integración del Directorio. Su objetivo: consolidar posiciones. La dependencia hacia el poder militar.
 - La oposición al Directorio: jacobinos y realistas. Babeuf y la conspiración de los Iguales. El movimiento pro-monárquico. El golpe de Fructidor y sus consecuencias
 - Los síntomas de la crisis. El peso de la guerra y las conquistas exteriores. El ascenso de Napoleón Bonaparte. La nueva concepción de la expansión. El golpe del 18 de Brumario

Capítulo 5: “Conclusión a modo de balance”

- a.** La herencia de la Revolución
 - La afirmación de la igualdad. La igualdad civil. Los límites en materia política
 - La afirmación de la libertad. La libertad de opinión y de expresión. Las libertades políticas. El principio de soberanía. Las bases del liberalismo. La libertad de empresa
 - Los valores burgueses. Seguridad y propiedad.
 - Los cambios en la administración. El sistema métrico decimal.

- b.** Los cambios en la sociedad
- La nueva distribución de la tierra. La consolidación del campesinado
 - La evolución de la nobleza y de la burguesía. Los nuevos funcionarios. La carrera militar
 - La quiebra del Antiguo Régimen. Las nuevas ideas. La práctica revolucionaria



HOBBSAWM, ERIC J. (1997), Cap.6: “Las Revoluciones”, en: *La era de la revolución*, Buenos Aires, Crítica, pp. 116-137.



4. Guía de lectura

- a.** Periodización y principales características de las olas revolucionarias
- 1820-1824. Extensión. Su relación con las revoluciones iberoamericanas
 - 1829-1834. Extensión. La derrota del poder aristocrático. Las buenas clases dirigentes. El sistema político: la monarquía constitucional. La democracia jacksoniana. Los trabajadores como fuerza política. Los movimientos nacionalistas
 - 1848. Extensión. El fin de una época
- b.** Los modelos de levantamiento político
- La herencia de la revolución francesa. Las principales tendencias: moderada liberal; radical democrática, y socialista. Sus “fuentes” de inspiración y sus ideales políticos.
 - La visión de los gobiernos absolutistas
- c.** Los métodos de lograr la revolución
- 1820. La unidad programática. Características de la organización revolucionaria. Los *carbonarios*. El pronunciamiento militar.
 - 1830. La revolución de masas. Trabajadores y socialismo.
- d.** Los resultados revolucionarios en 1830
- Los efectos de las revoluciones en la política europea. Diferencias y puntos de contacto en los distintos países y/o regiones.
 - La tensión entre moderados y radicales. La nueva tendencia social-revolucionaria
 - El fin del internacionalismo. Nacionalismo y nuevas organizaciones
- e.** El movimiento proletario y socialista
- En Inglaterra. El cartismo. El surgimiento del socialismo, sus características.

- En Francia. El socialismo utópico. August Blanqui.
 - El peligro de la “revolución social.” Sus efectos en la política europea.
- f.** El problema campesino
- La posición de los campesinos.
 - Las estrategias de los demócratas y de la izquierda frente a los campesinos. Los resultados
- g.** Los elementos comunes de los movimientos revolucionarios
- Las organizaciones, sus características. Los programas
 - La idea de la revolución de la izquierda, la influencia del modelo de 1789
 - La persistencia del internacionalismo. Los emigrados



AGULHON, MAURICE (1973), Cap. 1: “¿Por qué la República?” (traducción al castellano), en: *1848 ou l'apprentissage de la République*, Paris, Seuil.



5. Después de analizar el texto según la guía de lectura, explique cómo se construye según Agulhon, el proyecto político de la República.

Guía de lectura

- a.** Significado político de la revolución de 1848
- b.** La construcción de la República como proyecto político:
- Las imágenes de la república. Memoria y sociabilidad
 - El papel de la historia. Los historiadores, la revolución y la república. ¿Por qué los historiadores constituyen la “garantía moral” del partido republicano?
 - La iconografía de la Revolución. la interpretación republicana.
 - La República ante la falta de una solución monárquica. Las críticas a las dinastías disponibles.
- c.** La República y la sociedad
- El origen y la difusión de la “cuestión obrera.”
 - La situación de los campesinos. La permanencia de los conflictos.
- Comparación entre obreros y campesinos.
- d.** Romanticismo y república
- Elites intelectuales y las imágenes del pueblo. El folklore y el conocimiento del país. Su vinculación con los principios republicanos.
 - Las ideas en la coyuntura previa a 1848. República, sufragio universal y democracia.

- e. El “partido” republicano
 - Los límites para la formación de un “partido”
 - Los canales de nucleamiento republicano. El papel de los diputados. Los periódicos. Los límites de las asociaciones, los canales de la sociabilidad.
 - Las vías de influencia. Intelectuales y juventud; obreros, socialismo y república.



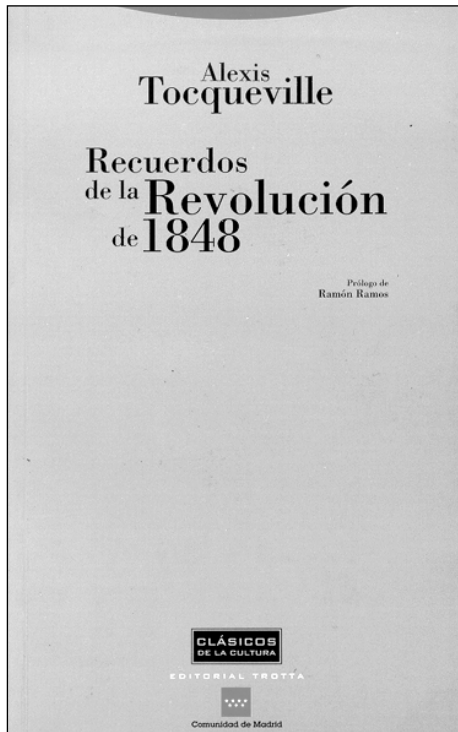
TOCQUEVILLE, ALEXIS DE (1994), Selección de textos de: *Recuerdos de la Revolución de 1848*, Madrid, Trotta, pp. 27-39; 79-83.



6. Análisis de fuentes

Guía de análisis:

- a. Ubique cronológicamente el texto y sintetice los principales datos biográficos de su autor.
- b. Explique los principales aspectos de la situación de Francia en los momentos previos a la revolución del 48, según la visión de Tocqueville. (pp. 27-39)
- c. Establezca cuáles son los problemas que señala como causas de la revolución. (pp. 79-83)
- d. ¿Cuáles fueron, según Tocqueville, el carácter y los objetivos de la revolución del 48 en Francia?



TOCQUEVILLE, ALEXIS DE (1994), Selección de textos de: *Recuerdos de la Revolución de 1848*, Madrid, Trotta, pp. 27-39; 79-83.

Escrito en julio de 1850, en Tocqueville.

I

Origen y carácter de estos *Recuerdos*. –Fisonomía general de la época que precedió a la revolución de 1848.– Signos precursores de esta revolución.

Momentáneamente alejado del teatro de las actividades públicas, y no pudiendo tampoco entregarme a ningún estudio continuado, a causa del precario estado de mi salud, me veo reducido, en medio de mi soledad, a reflexionar, por un instante, acerca de mí mismo, o, más bien, a mirar a mi alrededor los acontecimientos contemporáneos en los que he sido actor o de los que he sido testigo. Me parece que el mejor empleo que puedo hacer de mi ocio es el de reconstruir los hechos, describir a los hombres que en ellos tomaron parte ante mis ojos, y captar y grabar así en mi memoria si me es posible, los rasgos confusos que forman la fisonomía indecisa de mi tiempo.

Al tomar esta resolución, he adoptado también otra a la que no habré de ser menos fiel: estos recuerdos serán una liberación de mi espíritu, y no una obra literaria. Se escriben sólo para mí mismo. Este trabajo será un espejo

en el que me divertiré mirando a mis contemporáneos y a mí mismo, y no un cuadro que yo destine al público. Ni siquiera mis mejores amigos lo conocerán, pues quiero conservar la libertad de pintar sin halagos, tanto a mí como a ellos mismos. Quiero indagar, sinceramente, cuáles son los motivos secretos que nos han impulsado a actuar, a ellos y a mí tanto como a los otros hombres, y, una vez comprendidos, exponerlos. En una palabra, quiero que la expresión de mis recuerdos sea sincera, y, para eso, es necesario que permanezca en el más riguroso secreto.

No es mi propósito el de remontarme, en mis recuerdos, más allá de la revolución de 1848, ni traerlos más acá de mi salida del ministerio, el 30 de octubre de 1849. Sólo dentro de esos límites tienen cierta grandeza los acontecimientos que yo quiero describir, y, por otra parte, es en ese tiempo, asimismo, cuando mi situación me permitió observarlos bien.

He vivido, aunque bastante al margen, dentro del mundo parlamentario de los últimos años de la monarquía de julio, y, de todos modos, me resultaría difícil describir, de una manera clara, los acontecimientos de esa época tan próxima, y, sin embargo, tan confusa en mi memoria. Pierdo el hilo de mis recuerdos en medio de ese laberinto de pequeños incidentes, de pequeñas ideas, de pequeñas pasiones, de enfoques personales y de proyectos contradictorios, en el que se agotaba la vida de los hombres públicos de entonces. No tengo muy presente en mi espíritu más que la fisonomía general de la época. En cuanto a aquélla, la consideraba, muchas veces, con una curiosidad mezclada de temor, y distinguía claramente los rasgos peculiares que la caracterizaban.

Nuestra historia, desde 1789 hasta 1830, vista de lejos y en su conjunto, se me aparecía como el marco de una lucha encarnizada, sostenida durante cuarenta y un años, entre el antiguo régimen, sus tradiciones, sus recuerdos, sus esperanzas y sus hombres representados por la aristocracia, de una parte, y la Francia nueva, capitaneada por la clase media, de otra. Me parecía que el año 1830 había cerrado este primer período de nuestras revoluciones, o, mejor, de nuestra revolución, porque no hay más que una sola, una revolución que es siempre la misma a través de fortunas y pasiones diversas, que nuestros padres vieron comenzar, y que, según todas las probabilidades, nosotros no veremos concluir. Todo lo que restaba del antiguo régimen fue destruido para siempre. En 1830, el triunfo de la clase media había sido definitivo, y tan completo, que todos los poderes políticos, todos los privilegios, todas las prerrogativas, el gobierno entero se encontraron encerrados y como amontonados en los estrechos límites de aquella burguesía, con la exclusión, de derecho, de todo lo que estaba por debajo de ella, y, de hecho, de todo lo que había estado por encima. Así, la burguesía no sólo fue la única dirigente de la sociedad, sino que puede decirse que se convirtió en su arrendataria. Se colocó en todos los cargos, aumentó prodigiosamente el número de éstos, y se acostumbró a vivir casi tanto del Tesoro público como de su propia industria.

Apenas se había consumado este hecho, cuando se produjo un gran apaciguamiento en todas las pasiones políticas, una especie de encogimiento universal en todos los acontecimientos, y un rápido desarrollo de la riqueza pública. El espíritu propio de la clase media se convirtió en el espíritu general de la administración, y dominó la política exterior, tanto como los asuntos internos: era un espíritu activo, industrioso, muchas veces deshonesto, generalmente ordenado, temerario, a veces, por vanidad y por egoísmo, tímido

por temperamento, moderado en todo, excepto en el gusto por el bienestar, y mediocre; un espíritu que, mezclado con el del pueblo o con el de la aristocracia, puede obrar maravillas, pero que, por sí solo, nunca producirá más que una gobernación sin valores y sin grandeza. Dueña de todo, como no lo había sido ni lo será acaso jamás ninguna aristocracia, la clase media, a la que es preciso llamar la clase gubernamental, tras haberse acantonado en su poder, e, inmediatamente después, en su egoísmo, adquirió un aire de industria privada, en la que cada uno de sus miembros no pensaba ya en los asuntos públicos, si no era para canalizarlos en beneficio de sus asuntos privados, olvidando fácilmente en su pequeño bienestar a las gentes del pueblo.

La posteridad, que no ve más que los crímenes deslumbrantes, y a la que, por lo general, se le escapan los vicios, tal vez no sepa nunca hasta qué punto la administración de entonces había adoptado, al final, los procedimientos de una compañía industrial, en la que todas las operaciones se realizan con vistas al beneficio que los socios pueden obtener de ellas. Aquellos vicios se debían a los instintos naturales de la clase dominante, a su poder absoluto, al relajamiento y a la propia corrupción de la época. El rey Luis-Felipe había contribuido mucho a acrecentarlos. Y él fue el accidente que hizo mortal la enfermedad.

Aunque este príncipe pertenecía a la casta más noble de Europa, y aunque en el fondo de su alma ocultase todo el orgullo hereditario de ella y no se considerase, indudablemente, como el semejante de ningún otro hombre, poseía, sin embargo, la mayor parte de las cualidades y de los defectos que más especialmente corresponden a las capas subalternas de la sociedad. Tenía unas costumbres normales, y quería que a su alrededor se observasen esas mismas costumbres. Era discreto en su conducta, sencillo en sus hábitos, comedido en sus gustos; naturalmente amigo de la ley y enemigo de todos los excesos, moderado en todas sus actitudes, ya que no en sus deseos, humano sin ser blando, codicioso y dulce; sin pasiones ardientes, sin perniciosas debilidades, sin grandes vicios, sólo tenía una virtud propia de un rey: el valor. Era de una extremada cortesía, pero sin calidad ni grandeza; una cortesía de comerciante, más que de príncipe. No gustaba de las letras ni de las bellas artes, pero era un apasionado de la industria. Tenía una memoria prodigiosa, capaz de retener largamente los menores detalles. Su conversación prolija, difusa, original, trivial, anecdótica, llena de cosas menudas, de agudeza y de buen sentido, proporcionaba todo el gusto que se puede encontrar en los placeres de la inteligencia, cuando se hallan ausentes la delicadeza y la elevación. Su talento era notable, pero se hallaba restringido y dañado por la poca altura y amplitud de su espíritu. Inteligente, fino, flexible y tenaz; sólo atento a lo útil, y lleno de un desprecio tan profundo por la verdad y de una incredulidad tan grande respecto a la virtud, que sus luces se empañaban a causa de ello, y no solamente era incapaz de ver la belleza que lo verdadero y lo honesto muestran siempre, sino que ni siquiera comprendía la utilidad que muchas veces tienen; conocía profundamente a los hombres, pero sólo por sus vicios; incrédulo en materia de religión como el siglo XVIII, y escéptico en política como el XIX; ni él era creyente, ni tenía fe alguna en las creencias de los demás; su amor al poder y a los cortesanos poco honestos era tan natural como si realmente hubiera nacido en el trono, y su ambición, que no tenía más límite que la prudencia, jamás se saciaba ni se elevaba, manteniéndose siempre a ras de tierra.

Hay muchos príncipes que se han parecido a este retrato, pero lo que constituyó una clara peculiaridad de Luis-Felipe fue la analogía, o, mejor, esa especie de parentesco y de consanguinidad que se encontró entre sus defectos y los de su tiempo, lo que hizo de él, para sus contemporáneos, y, en especial, para la clase que ocupaba el poder, un príncipe atractivo y singularmente peligroso y corruptor. Colocado a la cabeza de una aristocracia, acaso habría ejercido una afortunada influencia sobre ella. Jefe de la burguesía, empujó a ésta por la pendiente natural que ella misma estaba inclinadísima a seguir. Casaron sus vicios en familia, y aquella unión, que constituyó, al principio, la fuerza de uno, acabó siendo la desmoralización del otro y terminó por perder a los dos.

Aunque jamás he figurado en los consejos de este príncipe, he tenido bastantes ocasiones de aproximarme a él. La última vez que le vi de cerca fue poco tiempo antes de la catástrofe de febrero. Yo era entonces director de la Academia Francesa, y tenía que hablar al rey de no sé qué asunto relacionado con aquella institución. Después de haber tratado la cuestión que me había llevado allí, iba a retirarme ya, cuando el rey me retuvo, se sentó en una silla, me hizo sentar a mí en otra, y me dijo, familiarmente: “Ya que está usted aquí, señor de Tocqueville, vamos a charlar. Quiero que me hable usted un poco de América”. Yo le conocía lo suficiente para saber que aquello quería decir: “Yo voy a hablar de América”. Y habló, en efecto, muy curiosamente y muy largamente, sin que yo tuviese la posibilidad ni el deseo de intercalar ni una palabra, porque él me interesaba verdaderamente. Describía los lugares como si los estuviese viendo; se acordaba de los hombres notables a los que había conocido hacía cuarenta años, como si se hubiera separado de ellos el día anterior; citaba sus nombres, sus apellidos, decía la edad que tenían entonces, contaba su historia, su genealogía, su descendencia con una exactitud maravillosa y con unos detalles infinitos, sin ser enojosos. De América, y sin tomarse un respiro, volvió a Europa, me habló de todos nuestros asuntos extranjeros o interiores con una intemperancia increíble porque yo no tenía ningún derecho a su confianza, me habló muy mal del emperador de Rusia, a quien llamó señor Nicolás, trató de advenedizo a lord Palmerston, como de pasada, y acabó hablándome largamente de los matrimonios españoles, que acababan de celebrarse, y de los problemas que le planteaban con Inglaterra: “La reina me odia –dijo–, y se muestra muy irritada, pero, después de todo –añadió–, esos griteríos no me impedirán seguir en mi carro”. Aunque esta locución –*mener mon fiacre*– procedía del antiguo régimen, yo pensé que era dudoso que Luis XIV se hubiera servido de ella jamás, después de haber aceptado la sucesión de España. Creo, además, que Luis-Felipe se engañaba, y, para decirlo en su propio lenguaje, considero que los matrimonios españoles contribuyeron mucho a hacer volcar su carro.

Al cabo de tres cuartos de hora, el rey se levantó, me dio las gracias por el placer que nuestra conversación le había procurado (yo no había dicho cuatro palabras), y me despidió, encantado de mí, evidentemente, como solemos estarlo del carácter de toda persona ante la cual creemos haber hablado bien. Y aquella fue la última vez que hablé con él.

Este príncipe improvisaba, realmente, las respuestas que daba, incluso en los momentos más críticos, a las grandes instituciones del Estado. En tales circunstancias, tenía la misma facundia que en su conversación, pero con menos fortuna y agudeza. Por lo general, era un diluvio de lugares comu-

nes enhebrados con gestos falsos y exagerados, en un gran esfuerzo por parecer emocionado, y con grandes golpes de pecho. Entonces, se volvía oscuro, muchas veces, porque se lanzaba, osadamente, y, por así decirlo, a ojos cerrados, a la construcción de largas frases, de las que, de antemano, no había podido medir la amplitud ni percibir su fin, y de las que acababa saliendo forzosamente, de un modo violento, rompiendo el sentido y sin cerrar la idea. En las ocasiones solemnes, su estilo solía recordar la jerga sentimental de finales del siglo XVIII, reproducida con una abundancia fácil y singularmente incorrecta: Juan Jacobo retocado por una cocinera del siglo XIX (un pedante). Esto me recuerda que, un día, encontrándome en primera fila y en un lugar muy visible, con motivo de una visita que la Cámara de los diputados hacía a las Tullerías, estuve a punto de romper a reír y dar un escándalo, porque Rémusat, cofrade mío en la Academia y colega en la legislatura, tuvo la ocurrencia, mientras el rey hablaba, de decirme maliciosamente al oído en un tono grave y melancólico, esta hermosa sentencia: “En este momento, el buen ciudadano debe estar gratamente conmovido, pero el académico sufre”.

En aquel mundo político así compuesto y así dirigido, lo que más faltaba, sobre todo al final, era la vida política propiamente dicha. No podía nacer ni mantenerse en el círculo legal que la constitución había trazado: la antigua aristocracia estaba vencida, y el pueblo estaba excluido. Como todos los asuntos se trataban entre los miembros de una sola clase, según sus intereses y su punto de vista, no podía encontrarse un campo de batalla donde pudieran hacerse la guerra los grandes partidos. Aquella singular homogeneidad de posición, de interés y, por consiguiente, de enfoques, que reinaba en lo que M. Guizot había llamado el país legal, quitaba a los debates parlamentarios toda originalidad y toda realidad, y, por tanto, toda pasión verdadera. Yo pasé diez años de mi vida en compañía de muy grandes talentos, que se agitaban incesantemente, sin poder apasionarse, y que empleaban toda su perspicacia en descubrir motivos de graves disencuentros, sin encontrarlos.

Por otra parte, la preponderancia que el rey Luis-Felipe había adquirido en los asuntos públicos, aprovechándose de los defectos y, sobre todo, de los vicios de sus adversarios, preponderancia que obligaba a no dejarse llevar nunca demasiado lejos de las ideas de aquel príncipe, para no alejarse, al mismo tiempo, del éxito, reducía los diferentes colores de los partidos a pequeños matices, y la lucha, a querellas de palabras. Yo no sé si jamás parlamento alguno (sin exceptuar a la Asamblea constituyente, y me refiero a la verdadera, a la de 1789) ha contado con un mayor número de talentos variados y brillantes que el nuestro durante los últimos años de la monarquía de julio. Pero puedo afirmar que aquellos grandes oradores se aburrían mucho escuchándose unos a otros, y, lo que era peor, la nación entera se aburría también al oírles. El país se habituaba, insensiblemente, a ver en las luchas de las Cámaras unos ejercicios de ingenio, más que unas discusiones serias, y, en todo lo que se refería a los diferentes partidos parlamentarios –mayoría, centro, izquierda u oposición dinástica–, querellas interiores entre los hijos de una misma familia que tratan de engañarse los unos a los otros en el reparto de la herencia común. Algunos hechos resonantes de corrupción, descubiertos por azar, le hacían sospechar que por todas partes había otros ocultos, le habían persuadido de que toda la clase que gobernaba estaba corrompida, de modo que el país había concebido por ella un desprecio

tranquilo, que se interpretaba como una sumisión confiada y satisfecha.

El país estaba entonces dividido en dos partes, o, mejor dicho, en dos zonas desiguales: en la de arriba, que era la única que debía contener toda la vida política de la nación, no reinaba más que la languidez, la impotencia, la inmovilidad, el tedio; en la de abajo, la vida política, por el contrario, comenzaba a manifestarse en síntomas febriles e irregulares que el observador atento podía captar fácilmente.

Yo era uno de aquellos observadores, y, aunque estaba lejos de imaginar que la catástrofe se hallaba tan próxima e iba a ser tan terrible, sentía que la inquietud nacía y crecía, poco a poco, en mi espíritu, y que en él arraigaba, cada vez más, la idea de que caminábamos hacia una nueva revolución. Esto suponía un gran cambio en mi pensamiento, porque el apaciguamiento y la placidez universal que habían seguido a la revolución de julio me habían hecho creer, durante mucho tiempo, que yo estaba destinado a pasar mi vida en una sociedad relajada y tranquila. Y, en efecto, quien no hubiese mirado más que al interior de la fábrica del gobierno se habría convencido de ello. Allí, todo parecía ordenado para producir, con los resortes de la libertad, un poder regio inmenso, casi absoluto hasta el despotismo, y esto se producía sin esfuerzo, en virtud del movimiento regular y apacible de la máquina. Orgullosísimo de las ventajas que había obtenido de aquella ingeniosa máquina, el rey Luis-Felipe estaba convencido de que, mientras él no pudiese su mano en aquel hermoso instrumento, como había hecho Luis XVIII, y lo dejase funcionar según sus reglas, estaría al abrigo de todos los peligros. El rey no se ocupaba más que de mantenerlo en orden y de utilizarlo de acuerdo con sus conveniencias, olvidando la sociedad en que se hallaba implantado aquel ingenioso mecanismo. Se parecía al hombre que se niega a creer que el fuego haya prendido en su casa, mientras él tenga la llave en su bolsillo. Yo no podía tener los mismos intereses ni las mismas preocupaciones, y eso me permitía ahondar en el mecanismo de las instituciones y del volumen de los menudos hechos cotidianos, para considerar el estado de las costumbres y de las opiniones en el país. Y allí veía yo aparecer, claramente, muchos de los signos que anuncian, por lo general, la proximidad de las revoluciones, y empezaba a creer que, en 1830, yo había tomado el final de un acto por el final de la pieza.

Un pequeño trabajo que entonces escribí, y que permanece inédito, y un discurso que pronuncié a principios de 1848 son testimonio de estas preocupaciones de mi espíritu.

Algunos de mis amigos parlamentarios se habían reunido, en el mes de octubre de 1847, con el fin de ponerse de acuerdo acerca de la conducta a seguir en la próxima legislatura. Se convino que publicaríamos un programa en forma de manifiesto, y se me encargó ese trabajo. Después, la idea de aquella publicación fue abandonada, pero yo había redactado el manifiesto que se me había pedido. Lo encuentro entre mis papeles, y recojo de él las frases que aquí transcribo. Tras haber descrito la languidez de la vida parlamentaria, añadió (*sic*):

“ ... Llegará un tiempo en que el país se encontrará dividido, de nuevo, en dos grandes partidos. La Revolución Francesa, que abolió todos los privilegios y destruyó todos los derechos exclusivos, ha dejado subsistir, sin embargo, uno: el de la propiedad. Es necesario que los propietarios no se hagan ilusiones acerca de la solidez de su situación, y que se imaginen que el

derecho de propiedad es un bastión inexpugnable por el hecho de que, hasta ahora, en ninguna parte ha sido abatido, pues nuestro tiempo no se parece a ningún otro. Cuando el derecho de propiedad no era más que el origen y el fundamento de muchos otros derechos, se defendía sin esfuerzo, o, mejor dicho, ni era atacado siquiera. Entonces, constituía como la muralla de defensa de la sociedad, cuyas defensas avanzadas eran todos los demás derechos. Los golpes no llegaban hasta ella. Ni siquiera se trataba, seriamente, de alcanzarla. Pero hoy, cuando el derecho de propiedad ya no se nos presenta más que como el último resto de un mundo aristocrático destruido, cuando sólo él permanece en pie, como un privilegio aislado en medio de una sociedad nivelada, cuando ya no está a cubierto, detrás de muchos otros derechos más discutibles y más odiados, su peligro es mayor. Ahora, tiene que resistir, cada día, por sí solo, el choque directo e incesante de las opiniones democráticas...

...Muy pronto, la lucha política se entablará entre los que poseen y los que no poseen. El gran campo de batalla será la propiedad, y las principales cuestiones de la política girarán en torno a las modificaciones más o menos profundas que habrán de introducirse en el derecho de los propietarios. Entonces, volveremos a ver las grandes agitaciones públicas y los grandes partidos.

¿Cómo no se entran por todos los ojos los signos precursores de ese porvenir? ¿Se cree que es por azar, por el efecto de un capricho pasajero del espíritu humano, por lo que hoy se ven aparecer, en todas partes, esas doctrinas singulares que presentan nombres diversos, pero que tienen por principal característica, común a todas, la negación del derecho de propiedad, que todas tienden, por lo menos, a limitar, a reducir, a debilitar su ejercicio? ¿Quién no reconoce en ello el último síntoma de esta vieja enfermedad democrática de la época, cuya crisis tal vez se aproxima?"

Y era más explícito aún, y más apremiante, en el discurso que dirigí a la Cámara de los diputados, el 29 de enero de 1848, y que puede leerse en el *Moniteur* del 30.

He aquí los principales pasajes:

... ..

"... Se dice que no hay peligro, porque no hay agitación. Se dice que, como no hay desorden material en la superficie de la sociedad, las revoluciones están lejos de nosotros.

Señores, permítanme que les diga que yo creo que están ustedes equivocados. Es verdad que el desorden no está en los hechos, pero ha penetrado muy profundamente en los espíritus. Miren lo que pasa en el seno de esas clases obreras, que hoy —lo reconozco— están tranquilas. Es verdad que no están atormentadas por las pasiones políticas propiamente dichas, en el mismo grado en que lo estuvieron en otro tiempo, pero, ¿no ven ustedes que sus pasiones se han convertido, de políticas, en sociales? ¿No ven ustedes que, poco a poco, en su seno se extienden unas opiniones, unas ideas que no aspiran sólo a derribar tales leyes, tal ministerio, incluso tal gobierno, sino la sociedad misma, quebrantándola en las propias bases sobre las cuales descansa hoy? ¿No escuchan ustedes lo que todos los días se dice en su seno? ¿No oyen ustedes que allí se repite sin cesar que todo lo que se encuentra por encima de ellas es incapaz e indigno de gobernarlas, que la división de los bienes hecha hasta ahora en el mundo es injusta, que la propiedad descansa sobre unas bases que no son las bases de la equidad? ¿Y no creen ustedes que, cuando tales opiniones echan raíces, cuan-

do se extienden de una manera casi general, cuando penetran profundamente en las masas, tienen que traer, antes o después –yo no sé cuándo, yo no sé cómo–, pero tienen que traer, antes o después, las revoluciones más terribles?

Esa es, señores, mi convicción profunda: creo que estamos durmiéndonos sobre un volcán, estoy profundamente convencido de ello...

... ..

... Yo les decía, hace un momento, que ese mal traería, antes o después –yo no sé cómo yo no sé de dónde vendrán–, pero que traería, antes o después, las revoluciones más graves a este país: no lo dudéis.

Cuando trato de ver, en los diferentes tiempos, en las diferentes épocas, en los diferentes pueblos, cuál ha sido la causa eficiente que ha provocado la ruina de las clases que gobernaban, veo perfectamente tal acontecimiento, tal hombre, tal causa accidental o superficial, pero podéis creer que la causa real, la causa eficiente que hace que los hombres pierdan el poder es que se han hecho indignos de ejercerlo.

Pensad, señores, en la antigua monarquía. Era más fuerte que vosotros, más fuerte por su origen. Se apoyaba, más que vosotros, en antiguos usos, en viejas costumbres, en creencias ancestrales. Era más fuerte que vosotros, y, sin embargo, yace en el polvo. ¿Y por qué ha caído? ¿Creéis a causa de tal accidente particular? ¿Pensáis que se debe a la acción de tal hombre, al déficit, al juramento del Juego de Pelota, a La Fayette, a Mirabeau? No, señores. Hay otra causa. Es que la clase que entonces gobernaba se había convertido, por su indiferencia, por su egoísmo, por sus vicios, en incapaz e indigna de gobernar.

Esa es la verdadera causa.

¡Ah, señores! Si es justo tener esta preocupación patriótica en todos los tiempos, ¿hasta qué punto no es más justo tenerla en el nuestro? ¿Es que no sentís, por una especie de intuición instintiva que no puede analizarse, pero que es certera, que el suelo tiembla, de nuevo, en Europa?

¿Es que no sentís –¿cómo diría yo?– un viento de revolución que está en el aire? Ese viento, no se sabe dónde nace, de dónde viene, ni –creedlo– qué es lo que arrastra, y es en tiempos tales cuando vosotros permanecéis tranquilos, en presencia de la degradación de las costumbres públicas, porque la palabra no es demasiado fuerte.

Yo hablo aquí sin amargura, os hablo –creo– incluso sin espíritu de partido. Ataco a unos hombres contra los que no siento cólera, pero, en fin, estoy obligado a decir a mi país lo que es mi convicción profunda y meditada. Pues bien: mi convicción profunda y meditada es que las costumbres públicas se degradan, que la degradación de las costumbres públicas os llevará, en un tiempo breve, próximo tal vez, a nuevas revoluciones. ¿Es que la vida de los reyes depende, acaso, de unos hilos más firmes y más difíciles de romper que la de los otros hombres? ¿Es que vosotros tenéis, a la hora de ahora, la certidumbre de un mañana? ¿Es que vosotros sabéis lo que puede ocurrir en Francia de aquí a un año, a un mes, a un día quizá? Vosotros lo ignoráis, pero lo que sabéis es que la tempestad está en el horizonte, es que avanza sobre vosotros. ¿Y vais a dejaros alcanzar por ella?

Señores, yo os suplico que no lo hagáis. No os lo pido: os lo suplico. Me pondría de rodillas, gustosamente, ante vosotros: hasta ese punto creo que el peligro es real y grave, hasta ese punto creo que el hecho de señalarlo no es recurrir a una vana forma de retórica. Sí, el peligro es grande! Conjuradlo,

cuando aún es tiempo. Corregid el mal con medios eficaces, no atacándolo en sus síntomas, sino en sí mismo.

Se ha hablado de cambios en la legislación. Yo me siento muy inclinado a creer que esos cambios no sólo son muy útiles, sino necesarios: así, creo en la utilidad de la reforma electoral, en la urgencia de la reforma parlamentaria. Pero no soy suficientemente insensato, señores, para no saber que no son las leyes las que hacen, por sí solas, el destino de los pueblos. No, no es el mecanismo de las leyes el que produce los grandes acontecimientos, señores, sino que es el espíritu mismo del gobierno. Mantened las mismas leyes, si queréis; aunque yo crea que cometeréis un grave error al hacerlo, mantenedlas. Mantened a los mismos hombres, si eso os agrada; por mi parte, yo no pongo ningún obstáculo. Pero, por Dios, cambiad el espíritu del gobierno, porque –os lo repito– ese espíritu os conduce al abismo.”

Estas sombrías predicciones fueron acogidas con risas insultantes del lado de la mayoría. La oposición aplaudió vivamente, pero por espíritu de partido, más que por convicción. La verdad es que nadie creía aún seriamente en el peligro que yo anunciaba, a pesar de encontrarnos tan cerca de la caída. La costumbre inveterada, que todos los políticos habían adquirido durante aquella larga comedia parlamentaria, de colorear demasiado la expresión de sus sentimientos y de exagerar desmedidamente lo que pensaban casi les había incapacitado para medir lo real y lo verdadero. Desde hacía varios años, la mayoría decía, un día tras otro, que la oposición ponía en peligro a la sociedad, y la oposición repetía incesantemente que los ministros hundían la monarquía. Y unos y otros lo habían afirmado tantas veces, sin creerlo mucho, que habían acabado por no creerlo, en absoluto, en el momento en que la realidad iba a dar la razón a los unos y a los otros. Incluso mis amigos personales pensaban que había un poco de retórica en mi exposición.

Recuerdo que, al bajar de la tribuna, Dufaure me llevó aparte y me dijo, con esa especie de adivinación parlamentaria que constituye su único talento: “Habéis estado bien, pero habríais estado mucho mejor aún, si no hubierais sobrepasado tanto el sentimiento de la asamblea y no hubierais querido infundirnos tanto miedo”. Y ahora, cuando me encuentro ante mí mismo y busco curiosamente en mis recuerdos si, en efecto, yo estaba tan asustado como parecía, descubro que no, me doy cuenta, sin esfuerzo, de que los hechos han venido a justificarme, más rápida y más completamente de lo que yo preveía. No, yo no esperaba una revolución como la que íbamos a ver. ¿Y quién habría podido esperarla? Creo que yo percibía más claramente que cualquier otro las causas generales que empujaban a la monarquía de julio, por la pendiente, hacia su ruina. Lo que no veía eran los accidentes que iban a precipitarla en ella. Pero los días que nos separaban aún de la catástrofe se sucedían rápidamente.

Segunda Parte

Mi juicio sobre las causas del 24 de febrero,
y mis ideas acerca de sus consecuencias.

He aquí, pues, la monarquía de Julio caída, caída sin lucha, en presencia más que bajo los golpes de los vencedores, tan asombrados de su victoria como los vencidos de sus reveses. Después de la revolución de Febrero, he

oído muchas veces a M. Guizot e incluso a M. Molé y a M. Thiers que no había que atribuir aquel acontecimiento más que a una sorpresa, y que no debía considerarse más que como un simple accidente, como un golpe de mano afortunado, y nada más. Y yo siempre sentía la tentación de responderles como el Misántropo de Molière a Oronte: *Para considerarlo así, usted tiene sus razones*, porque esos tres hombres habían dirigido los asuntos de Francia bajo la mano de Luis-Felipe durante dieciocho años y les resultaba difícil admitir que el mal gobierno de aquel príncipe había preparado la catástrofe que lo arrojó del trono.

Es lógico que yo, que no tengo los mismos motivos de opinión, no sea, en absoluto, del mismo parecer. No es que yo crea que los accidentes no han desempeñado ningún papel en la revolución de Febrero. Por el contrario, han desempeñado uno, y muy importante, pero no lo han hecho todo.

Yo he vivido con gentes de letras, que han escrito la historia sin mezclarse en los asuntos, y con políticos que nunca se han preocupado más que de producir los hechos, sin pensar en describirlos. Siempre he observado que los primeros veían por todas partes causas generales, mientras los otros, al vivir en medio del entramado de los hechos cotidianos, tendían a imaginar que todo debía atribuirse a incidentes particulares, y que los pequeños resortes que ellos hacían jugar constantemente en sus manos eran los mismos que mueven el mundo. Es de creer que se equivocan los unos y los otros.

Por mi parte, detesto esos sistemas absolutos, que hacen depender todos los acontecimientos de la historia de grandes causas primeras que se ligan las unas a las otras mediante una cadena fatal, y que eliminan a los hombres, por así decirlo, de la historia del género humano. Los encuentro estrechos en su pretendida grandeza, y falsos bajo su apariencia de verdad matemática. Creo —y que no se ofendan los escritores que han inventado esas sublimes teorías para alimentar su vanidad y facilitar su trabajo— que muchos hechos históricos importantes no podrían explicarse más que por circunstancias accidentales, y que muchos otros son inexplicables; que, en fin, el azar —o, más bien, ese entrelazamiento de causas segundas, al que damos ese nombre porque no sabemos desenredarlo— tiene una gran intervención en todo lo que nosotros vemos en el teatro del mundo, pero creo firmemente que el azar no hace nada que no esté preparado de antemano. Los hechos anteriores, la naturaleza de las instituciones, el giro de los espíritus, el estado de las costumbres son los materiales con los que el azar compone esas improvisaciones que nos asombran y que nos aterran.

La revolución de Febrero, como todos los otros grandes acontecimientos de ese género, nació de unas causas generales, fecundadas, si podemos decirlo así, por unos accidentes; y tan superficial sería hacerla derivar necesariamente de las primeras, como atribuirla únicamente a los segundos.

La revolución industrial, que, desde hacía treinta años, había convertido a París en la primera ciudad manufacturera de Francia, y atraído a sus murallas toda una nueva población de obreros, a la que los trabajos de las fortificaciones habían añadido otra población de agricultores ahora sin empleo; el ardor de los goces materiales que, bajo el aguijón del gobierno, excitaba cada vez más a aquella misma multitud; el resquemor democrático de la envidia que la minaba sordamente; las teorías económicas y políticas, que comenzaban a manifestarse y que tendían a hacer creer que las miserias humanas eran obra de leyes y no de la Providencia, y que se podía suprimir la

pobreza cambiando de base a la sociedad; el desprecio en que había caído la clase que gobernaba y, sobre todo, los hombres que marchaban a su cabeza, desprecio tan general y tan profundo, que paralizó la resistencia de los mismos a quienes más interesaba el mantenimiento del poder que se derribaba; la centralización, que redujo toda la acción revolucionaria a apoderarse de París y a intervenir la máquina de la administración, perfectamente montada, la movilidad, en fin, de todas las cosas, de las instituciones, de las ideas, de las costumbres y de los hombres, en una sociedad que se mueve, que ha sido removida por siete grandes revoluciones en menos de sesenta años, sin contar con un gran número de pequeñas conmociones secundarias: ésas fueron las causas generales, sin las que la revolución de Febrero habría sido imposible. Los principales accidentes que la provocaron fueron las torpes pasiones de la oposición dinástica, que preparó una sedición al querer hacer una reforma; la represión de esta sedición, al principio excesiva, y luego abandonada; la súbita desaparición de los antiguos ministros, que vino a romper, de golpe, los hilos del poder, que los nuevos ministros, en su turbación, no supieron recoger a tiempo, ni reanudar; los errores y el desorden mental de aquellos ministros, tan incapaces de consolidar lo que habían sido bastante fuertes para debilitar; las vacilaciones de los generales, la ausencia de los únicos príncipes que tenían popularidad y energía; pero, sobre todo, la especie de imbecilidad senil del rey Luis-Felipe, dolencia que nadie habría podido prever, y que sigue siendo casi increíble, aun después de que los hechos la pusieron de manifiesto.

Me he preguntado algunas veces qué era lo que había podido producir en el espíritu del rey aquella súbita y extraña postración. Luis-Felipe había pasado su vida en medio de revoluciones, y no eran, desde luego, ni la experiencia, ni el valor, ni la inteligencia los que le faltaban, a pesar de que aquel día le faltaron tan absolutamente. Yo creo que su debilidad surgió del exceso de su sorpresa: se vio derribado, antes de haber comprendido. La revolución de Febrero fue *imprevista* para todos, pero para él más que para nadie. Ninguna advertencia ajena le había preparado, porque, desde hacía varios años, su espíritu se había retirado a esa especie de soledad orgullosa, donde acaba casi siempre viviendo la inteligencia de los príncipes largo tiempo felices, que, confundiendo la suerte con el genio, no quieren escuchar nada, porque creen que ya no tienen nada que aprender de nadie. Por otra parte, Luis-Felipe había sido burlado, como ya he dicho que lo fueron sus ministros, por aquella luz engañosa que la historia de los hechos anteriores arroja sobre el tiempo presente. Podría hacerse un cuadro singular de todos los errores que así se han engendrado los unos de los otros, sin asemejarse. Es Carlos I, impulsado a la arbitrariedad y a la violencia, vistos los progresos que el espíritu de oposición había hecho en Inglaterra, bajo el benigno reinado de su padre; es Luis XVI, decidido a soportarlo todo, porque Carlos I había perecido por no querer soportar nada; es Carlos X, provocando la revolución, porque había tenido ante sus ojos la debilidad de Luis XVI; es, en fin, Luis-Felipe, el más perspicaz de todos, creyendo que, para permanecer en el trono, le bastaba infringir la legalidad sin violarla y que, siempre que él se moviese dentro del círculo de la Carta, la nación tampoco se saldría de él. Corromper al pueblo sin desafiarle, falsear el espíritu de la constitución sin cambiar su letra; oponer los vicios del país, los unos a los otros; ahogar dulcemente la pasión revolucionaria en el amor por los goces materiales: ésa había sido la idea de toda su vida, que se había convertido, poco a poco, no sólo en la pri-

mera, sino en la única. Luis-Felipe se había encerrado en ella, había vivido en ella, y cuando se dio cuenta, de pronto, de que era falsa, fue como un hombre que es despertado, de noche, por un terremoto, y que, en medio de las tinieblas, al sentir que su casa se derrumba y que el propio suelo parece hundirse bajo sus pies, queda desorientado y perdido en aquella ruina universal e imprevista.

Yo razono hoy muy cómodamente sobre las causas que originaron la jornada del 24 de febrero, pero, en la tarde de aquel día, tenía una cosa muy distinta en la cabeza. Pensaba en el acontecimiento mismo, y me preocupaban menos sus orígenes que sus consecuencias.

Era la segunda revolución que yo veía realizarse con mis propios ojos, desde hacía diecisiete años.

Las dos me habían afligido, ¡pero cuánto más amargas eran las impresiones causadas por la última! Por Carlos X, yo había sentido, hasta el final, un resto de afecto hereditario, pero aquel rey caía por haber violado unos derechos que me eran queridos, y yo aún esperaba que su caída vendría a reavivar la libertad de mi país, más que a extinguirla. Hoy, aquella libertad me parecía muerta; los príncipes que huían no significaban nada para mí, pero yo me daba cuenta de que mi propia causa estaba perdida.

Yo había pasado los más bellos años de mi juventud en medio de una sociedad que parecía hacerse próspera y grande, al hacerse libre. Yo había concebido la idea de libertad moderada, regular, contenida por las creencias, las costumbres, y las leyes; los atractivos de esa libertad me habían conmovido; aquella libertad se había convertido en la pasión de toda mi vida, yo sentía que jamás me consolaría de su pérdida, y ahora veía claramente que tenía que renunciar a ella.

Había adquirido demasiada experiencia de los hombres para conformarme esta vez con vanas palabras. Sabía que, si una gran revolución puede instaurar la libertad en un país, la sucesión de varias revoluciones hace imposible en él, para mucho tiempo, toda libertad regular.

Ignoraba aún lo que saldría de aquella, pero estaba seguro ya de que no nacería nada que pudiera satisfacerme, y preveía que, cualquiera que fuese la suerte reservada a nuestros sobrinos, la nuestra consistiría, de ahora en adelante, en consumir nuestra vida, miserablemente, en medio de alternativas reacciones de licencia y de opresión.

Me pongo a repasar en mi espíritu la historia de nuestros últimos sesenta años, y sonrío amargamente al observar las ilusiones que se habían hecho al final de cada uno de los períodos de aquella larga revolución; las teorías de que esas ilusiones se alimentaban; las sabias fantasías de nuestros historiadores y tantos sistemas ingeniosos y falsos, con cuya ayuda se había intentado explicar un presente que aún se veía mal, y prever un futuro que no se veía, en absoluto.

La monarquía constitucional había sucedido al antiguo régimen; la república, a la monarquía; a la república, el imperio; al imperio, la restauración; después, había venido la monarquía de Julio. Tras cada una de esas mutaciones sucesivas, se había dicho que la Revolución Francesa, al haber acabado lo que presuntuosamente se llamaba su obra, había terminado: se había dicho y se había creído. ¡Ay! También yo lo había esperado bajo la restauración, y aun después que el gobierno de la restauración hubo caído. Y he aquí que la Revolución Francesa vuelve a empezar, porque siempre es la misma.

Bibliografía obligatoria

- AGULHON, MAURICE (1973), Cap. 1: “¿Por qué la República?” (traducción al castellano), en: *1848 ou l'apprentissage de la République*, Paris, Seuil.
- HOBBSAWM, ERIC J. (1982), Cap. 2: “El origen de la Revolución Industrial”, Cap. 3: “La Revolución Industrial, 1780-1840”, Cap. 4: “Los resultados humanos de la Revolución Industrial”, en: *Industria e Imperio. Una historia económica de Gran Bretaña desde 1750*, Barcelona, Ariel, pp. 34-93.
- (1997), Cap.6: “Las Revoluciones”, en: *La era de la revolución*, Buenos Aires, Crítica, pp. 116-137.
- TOCQUEVILLE, ALEXIS DE (1994), Selección de textos de: *Recuerdos de la Revolución de 1848*, Madrid, Trotta, pp. 27-39; 79-83.
- VOVELLE, MICHEL (1984), *Introducción a la historia de la Revolución francesa*, Barcelona, Crítica, pp. 11-78.

Bibliografía recomendada

- BERG, MAXINE (1987), Cap. 6: “La manufactura doméstica y el trabajo de las mujeres”, en: *La era de las manufacturas, 1700-1820. Una nueva historia de la Revolución industrial británica*, Barcelona, Crítica, pp. 145-172.
- CHARTIER, ROGER (1995), Cap. 2: “Espacio público y opinión pública”, en: *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución francesa*, Barcelona, Gedisa, pp. 33-50.
- FURET, FRANCOIS (1980), *Pensar la revolución francesa*, Barcelona, Petrel.
- HOBBSAWM, ERIC J. (1992), Cap. 1: “Una revolución de la clase media”, en: *Los ecos de la Marsellesa*, Barcelona, Crítica, pp. 17-56.
- KINDER, HERMANN AND HILGEMANN, WERNER (1978): *The Penguin Atlas of World History. Volume II: From the French Revolution to the Present*, Middlesex-New York, Penguin Books, pp. 11-61.
- MORI, GIORGIO (1983), Cap. 2: “El desarrollo del modo de producción capitalista en Gran Bretaña”, en: *La revolución industrial. Economía y sociedad en Gran Bretaña en la segunda mitad del siglo XVIII*, Barcelona, Crítica, pp. 20-43.
- THOMPSON, EDWARD P. (1977), Tomo I, Prólogo, *La formación histórica de la clase obrera en Inglaterra, 1780-1832*, Barcelona, Laia.

El apogeo del mundo burgués (1848-1914)

4.1. El triunfo del capitalismo

La segunda mitad del siglo XIX corresponde indudablemente a la época del triunfo del capitalismo. El triunfo se manifestaba en una sociedad, que habiendo asumido los valores burgueses, consideraban que el desarrollo económico radicaba en las empresas privadas competitivas y en un ventajoso juego entre un mercado barato para las compras -incluyendo la mano de obra- y un mercado caro para las ventas. Se consideraba que una economía sobre tal fundamento, y descansando sobre una burguesía cuyos méritos y energías la habían elevado a su actual posición, iba a crear un mundo no sólo de riquezas correctamente distribuidas sino también de razonamiento, ilustración y oportunidades crecientes para todos. Con el capitalismo triunfaban la burguesía y el liberalismo, en un clima de confianza y optimismo que consideraba que cualquier obstáculo para el progreso podía ser superado sin mayores inconvenientes.

4.1.1. Capitalismo e industrialización

En la segunda mitad del siglo XIX, el mundo se hizo capitalista y una significativa minoría de países se transformaron en economías industriales. Es cierto que, por lo menos hasta 1870, Inglaterra mantuvo su primacía en el proceso de industrialización y su indiscutible hegemonía dentro del área capitalista. La misma industrialización que -como veremos- comenzaba a generarse en el continente europeo amplió la demanda de carbón, de hierro y de maquinarias británicas. Incluso, la prosperidad permitía una mayor demanda de bienes de consumo procedentes de Inglaterra. De este modo, una rama tradicional como la textil experimentó un notable progreso basado en la mayor mecanización de la producción: entre 1857 y 1874 el número de telares mecánicos se había elevado en un 55%. La minería y la siderurgia por su parte también mantenían un elevado nivel de crecimiento: hacia 1870 todavía más de la mitad de la producción mundial de hierro procedía de Inglaterra. Esta primacía industrial estaba además complementada con el predominio en el comercio internacional.

Sin embargo, la posición inglesa parecía amenazada. La misma “revolución industrial” había desencadenado procesos de industrialización en un puñado de países europeos como Francia, Bélgica, Alemania, a los que pronto se agregarían otros, ubicados fuera de Europa, como Estados Unidos y Japón. Eran sin duda una minoría de países, en un mundo que continuaba siendo predominantemente rural, pero sus efectos resultarían notables.

En Francia, durante el período del Segundo Imperio, al calor de la prosperidad económica de los años 1850-1870 y por políticas que la favorecían, la

industria pudo conformar una estructura productiva moderna donde se impuso el sistema fabril. Es cierto que -a diferencia de lo que ocurrió en Inglaterra o en Alemania- la producción en pequeña escala perduró con tenacidad. Mientras la industria moderna se concentraba en algunos puntos -París, Lyon, Marsella, la Lorena-, en el resto de país se mantenían las viejas estructuras productivas. La clave para explicar la lentitud de la industrialización francesa puede encontrarse en la sociedad agraria: el predominio de la pequeña propiedad frenaba la conformación del mercado interno y el éxodo de la población del campo. Hasta fines del siglo XIX, Francia continuaba siendo un país mayoritariamente rural.

Sin embargo, el impulso para la industrialización provino de las políticas del Estado y de sus necesidades estratégicas. Dicho de otra manera, el impulso dado por el Segundo Imperio a la construcción de ferrocarriles -al otorgar favorables condiciones a las empresas concesionarias, garantizar a las líneas recién construidas un beneficio del 4% sobre el capital, otorgar préstamos que cubrieran buena parte de la inversión inicial- sentaron las bases de la industria francesa. En efecto, el desarrollo ferroviario trajo aparejado una gran demanda para la siderurgia y estimuló las inversiones hacia la industria pesada. Incluso, el grueso de la producción metalúrgica se concentró en grandes empresas cuyas fábricas no tenían precedentes en Inglaterra tanto por su tamaño como por su organización.

Ver Unidad 3.



La primera etapa de la “Revolución industrial” inglesa -la de los textiles- se había basado en innovaciones tecnológicas sencillas y de bajos costos pero éste no era el caso de Francia que se incorporaba al proceso de industrialización en una etapa mucho más compleja -la de los ferrocarriles- y que exigía una gran acumulación de capitales. Sin embargo, el obstáculo pudo ser superado por la capacidad de adaptación del sistema bancario francés que pudo concentrar el capital repartido entre millares de pequeños ahorristas y orientarlo hacia las actividades productivas. En este sentido, el sistema bancario francés parecía mostrarse más permeable a los requerimientos de la industria que el sistema británico. No sólo la alta banca tradicional orientó parte de su cartera de créditos al sector industrial sino que aparecieron nuevas casas bancarias adaptadas a tal fin. Es el caso, por ejemplo del *Credit Mobilier*, fundado en 1852 por los hermanos Pereire, que estimuló el ahorro para volcarlo hacia las empresas ferroviarias e industriales. Incluso, la ley de 1867 por la que el Estado autorizó la libre constitución de sociedades anónimas fue un instrumento que permitía canalizar el pequeño ahorro y concentrar capitales para la inversión.

De este modo, a partir de las iniciativas del Estado y de la participación del capital bancario, a pesar de las dificultades que a partir de 1870 pudieron afectar el desarrollo del capitalismo industrial francés, éste mantuvo su ritmo de constante crecimiento. Así, en los primeros años del siglo XX, Francia poseía ya el perfil de un país industrial moderno.

La industrialización alemana -con su principal polo en Prusia- también arrancó en la década de 1850 estrechamente ligada al desarrollo de una red ferroviaria que, hacia 1870, era la más densa del continente. La construcción de ferrocarriles permitió cuadruplicar la producción de hierro entre 1850 y 1870, y en este último año, Alemania ya ocupaba el segundo lugar entre los países europeos productores de hulla. Incluso, la industria química tuvo un importante desarrollo en la década de 1860 a través de la explotación de las potasas de Stassfurt. De este modo, Alemania más que ningún

otro país europeo, pudo basar su proceso de industrialización en la industria pesada, en la mecanización intensiva y en el pronto desarrollo de grandes establecimientos fabriles. En esta línea, su industrialización alcanzó un ritmo extraordinario: en 1893, Alemania ya superaba a Inglaterra en la producción de acero, y en 1903, en la producción de hierro.


¿Cuáles fueron los factores que impulsaron el acelerado desarrollo del capitalismo industrial en Alemania? En primer lugar, a diferencia de Francia, el mundo rural no constituyó un obstáculo para la industria. La concentración de la tierra en grandes propiedades y la modernización de la agricultura -que llevó a los terratenientes a racionalizar sus explotaciones mediante la mecanización- obligó, sobre todo en las regiones orientales, a millones de trabajadores agrícolas a abandonar el campo. Muchos emigraron al exterior, pero también muchos fueron absorbidos por Berlín, Hamburgo y los nuevos centros industriales de Alemania occidental, sobre todo en la región del Rhur, formando una importante reserva de mano de obra para la industria en expansión.

En segundo lugar, como en el caso de Francia, el sistema bancario tuvo una activa participación en la financiación de la industria. Ya desde la década de 1840 los bancos privados jugaron un importante papel en la movilización del capital necesario para financiar la primera etapa de la expansión ferroviaria. Después de 1850 se fundaron también nuevos bancos con orientación industrial que mostraron gran capacidad de organización de promoción de las compañías industriales en las regiones de Renania-Westfalia, Silesia y Berlín. En 1870 se promulgó la ley que autorizaba la formación de sociedades anónimas - en ese año en Prusia surgieron 41 sociedades- que actuaron como un poderoso agente de concentración de capitales dirigido además a la industria de la construcción, la minería, la metalurgia y el textil.

Además, también en el caso de Alemania, favoreció el desarrollo de la industrialización un marcado intervencionismo estatal. Ya desde antes de la unificación política, el gobierno de Prusia vinculaba estrechamente el problema de la formación y expansión del Estado alemán con el desarrollo económico, principalmente, industrial. El objetivo era obtener una creciente autarquía económica y un eficaz poderío militar. En este sentido, el Estado participó directamente en la construcción de las líneas ferroviarias percibidas como un instrumento de unificación política y económica. Además, aseguró los instrumentos jurídicos necesarios para la expansión de la gran empresa y subsidió el surgimiento de actividades industriales consideradas estratégicas para la seguridad nacional.

Si bien sólo una minoría de países se transforma en economías industriales, la expansión del capitalismo transformado en un sistema mundial dejaba pocas áreas que no estuvieran bajo su influencia. El mundo parecía transformarse a un ritmo acelerado. En primer lugar, las ciudades crecían. Es cierto que aún Europa continuaba siendo predominantemente rural. Pero el crecimiento de la población (por mejoras en la alimentación y en la higiene) y la introducción de la mecanización en el campo generaba un excedente de mano de obra que no podía ser absorbido por las tareas rurales. Y esto produjo un éxodo de población rural. Muchos emigraron al extranjero -fue la época de las grandes oleadas migratorias a América y a Australia-, pero también muchos otros se dirigieron a las ciudades, donde la oferta de trabajo era creciente y los salarios superiores.

De este modo, las ciudades comenzaron a crecer, pero como señala Hobsbawm no era sólo un cambio cuantitativo, las ciudades mismas se

◀  KEMP, TOM (1976), Cap. 3 “El desarrollo económico francés ¿una paradoja?” y Cap. 4 “El nacimiento de la Alemania industrial”, en: *La Revolución industrial en la Europa del siglo XIX*, Barcelona, Fontanella, , pp. 79-166.

transformaban rápidamente convirtiéndose en el símbolo indudable del capitalismo. La ciudad imponía una creciente segregación social entre los barrios obreros y los nuevos barrios burgueses, con espacios verdes, con residencias iluminadas a gas y calefacción, y de varios pisos desde la aparición del “ascensor”. Incluso, los proyectistas urbanos consideraban que el peligro potencial que significaban los pobres podía ser mitigado por la construcción de avenidas y boulevares que permitieran contener toda amenaza de sedición. Y en ese sentido, la remodelación de París podía ser considerada paradigmática.



HOBBSAWM, ERIC J. (1998), Capítulo 12: “Ciudad, industria y clase obrera”, en: *La Era del Capital, 1848-1875*, Buenos Aires, Crítica, pp. 217-238.

Ver imagen 4.1. Las grandes tiendas



En las ciudades también comenzaban a transformarse los métodos de circulación y distribución de mercancías. La aparición de los “grandes almacenes” o “grandes tiendas” fue una novedad en París en 1850, que pronto se extendió a otras ciudades como Berlín y Londres. El objetivo de estos “grandes almacenes” era que el capital circulara rápidamente, era necesario vender mucho, por lo tanto era necesario vender más barato.

Y esto transformó la circulación de los productos de consumo y significó la ruina de muchos pequeños comerciantes e incluso de artesanos que todavía habían podido sobrevivir.

Ver imagen 4.2. La estación ferroviaria



Pero antes que la ciudad, era el ferrocarril el símbolo más claro del capitalismo triunfante.

No sólo hubo una ampliación notable de las vías férreas (en Europa, de 1.700 millas en 1840, se pasa a 101.000 millas en 1880), sino que los ferrocarriles presentaron mejoras considerables en su construcción. Aumentaron la velocidad y volumen de carga y los trenes para pasajeros ganaron en confort: se diferenció entre los vagones de primera y segunda clase -en otra muestra de segregación social-, al mismo tiempo que aparecían los cochecamas, los vagones restaurantes, la iluminación a gas, los sistemas de calefacción. Incluso se dio una mayor seguridad y regularidad en la circulación, sobre todo después de la generalización del telégrafo.

Los ferrocarriles, como ya señalamos, tuvieron un importante papel económico en la construcción del capitalismo industrial. Constituyeron un multiplicador de la economía global a través de la demanda de productos metalúrgicos y de mano de obra. Pero también permitieron unificar mercados de bienes de consumo, de bienes de producción y de trabajadores. En síntesis, el ferrocarril desde 1850 fue el sector clave para el impulso de la metalúrgica y de las innovaciones tecnológicas. Y este papel lo cumplió hasta 1914, en que cedió su lugar a las industrias armamentistas.

La construcción de ferrocarriles se vinculó estrechamente con el desarrollo de la navegación marítima. En rigor, muchas de las redes ferroviarias fueron suplementarias de las grandes líneas de navegación internacional. En América Latina, por ejemplo, los ferrocarriles unían a las regiones productoras de materias primas con los puertos que comunicaban con los países industrializados. También en Europa, las redes ferroviarias terminaban en grandes puertos con instalaciones adecuadas para permitir la atracada de

navíos de gran envergadura. Porque también la navegación había sufrido cambios. Se aplicaba el vapor, y los barcos aumentaron sus dimensiones permitiendo transportar mayores volúmenes.

La construcción de grandes navíos también produjo modificaciones en otros aspectos. Su construcción exigía grandes volúmenes de capitales por los costos de producción que indudablemente estaban fuera del alcance de los armadores tradicionales que paulatinamente fueron desplazados. Estos fueron reemplazados por empresas de nuevo tiempo que concentraban grandes capitales. En síntesis, la industria naviera -como la construcción de ferrocarriles- actuó como un factor de concentración del capital (problema sobre el que volveremos).

Estas transformaciones en el sistema de comunicaciones consolidaron el capitalismo y le otorgaron una dimensión mundial. Permitieron que se multiplicaran extraordinariamente las transacciones comerciales -entre 1850 y 1870, el comercio internacional aumentó en un 260%- permitiendo que prácticamente el mundo se transformara en una sola economía interactiva. Era un sistema de comunicaciones que no tenía precedentes en rapidez, volumen, regularidad, e incluso bajos costos. Las redes que unía al mundo tendían a acortarse.

Ante un mundo que se achicaba, en 1872 Julio Verne (1828-1905) imaginó *La vuelta al mundo en ochenta días*, aún incluyendo las innumerables peripecias que debía sufrir su infatigable protagonista Phileas Fogg. ¿Cuál fue su recorrido? Fogg viajó de Londres a Brindisi en barco a vapor y en tren; luego volvió a embarcarse para cruzar el recién abierto Canal de Suez y dirigirse a Bombay; desde allí, por vía marítima llegó a Hong Kong, Yokohama y, cruzando el Pacífico, a San Francisco en California. En el recientemente inaugurado ferrocarril que cruzaba el continente norteamericano -y desafiando peligros como los ataques indios y las manadas de bisontes- llegaba a Nueva York, desde donde nuevamente en barco a vapor y en tren retornaba a Londres. Todo esto le llevó a Phileas Fogg exactamente 81 días incluyendo las múltiples aventuras -exigidas por el suspenso de la novela- vividas. ¿Hubiera sido posible hacer ese trayecto en 80 días, veinte años antes? Indudablemente no. Sin el Canal de Suez ni ferrocarriles que cruzaban el continente, sin la aplicación del vapor en las comunicaciones un viaje semejante -sin contar los días de puerto ni las aventuras vividas- no podía durar menos de once meses, es decir, cuatro veces el tiempo que empleó Phileas Fogg.

El ejemplo de la novela de Verne nos sirve para mostrarnos qué queremos decir con que el “mundo se achica”. Pero también podemos preguntarnos por qué Verne imaginó tal aventura. En ese sentido, Verne fue un hombre de su tiempo. El tema de los viajeros, de aquellos que corren riesgos desconocidos -misioneros y exploradores en África, cazadores de mariposas en las islas del sur, aventureros en el Pacífico- era un tema que apasionaba a los hombres de la época. Y esto era también consecuencia del “achicamiento” del mundo: el hombre común -desde la sala de su casa, en un confortable sillón, leyendo un libro- podía vivir el proceso y descubrir regiones del mundo hasta entonces desconocidas.

Como decíamos, las redes que unían al mundo comenzaban a acortarse, y en este sentido tuvo una importancia fundamental, el *telégrafo*. Era un invento reciente (1850) y alcanzó gran difusión a partir del momento en que se solucionó el problema del tendido de los cables submarinos: en 1851 se

unían Dover y Calais; en 1866, Europa y los Estados Unidos; en 1870, la red llegaba a Oriente. El telégrafo tuvo una indudable importancia política y económica. Permitía a los gobiernos comunicarse rápidamente con los puntos más alejados del territorio y permitía a los hombres de negocios estar al tanto de la situación de los mercados y la cotización del oro aún en lugares muy distantes. Pero el uso más significativo del telégrafo ocurrió a partir de 1851, cuando Reuter creó la primera agencia telegráfica, configurando la *noticia*. ¿Esto qué significaba? Que sucesos que ocurrían en los puntos más lejanos de la tierra podían estar a la mañana siguiente, en la mesa del desayuno de quien estaba leyendo el diario. De este modo, se daba algo que, pocos años antes, estaba totalmente fuera de la imaginación de la gente. La información estaba dirigida además al *gran público* -favorecida por los progresos de la alfabetización- que permitía a la gente dejar de vivir en una escala local, para vivir en una escala mayor, la escala del mundo.

Ver mapa 4.3. El mundo en movimiento.



En síntesis, esta revolución de las comunicaciones permitían transformar al globo en una sola economía interactiva y darle al capitalismo una escala mundial.

Pero al mismo tiempo el resultado era paradójico: cada vez iban a ser mayores las diferencias entre aquellos países y regiones que podían acceder a la nueva tecnología y aquellas partes del mundo donde todavía la barca o el buey marcaban la velocidad del transporte. El mundo se unificaba pero también se agudizaban las distancias.

La expansión del capitalismo industrial también estuvo estrechamente vinculado con una aceleración del progreso tecnológico. En efecto, cada vez fue más estrecha la relación que se estableció entre ciencia, tecnología e industria. La Revolución industrial inglesa se había desarrollado sobre la base de técnicas simples, al alcance de hombres prácticos con sentido común y experiencia; en cambio, en la segunda mitad del siglo XIX, el avance de la metalurgia, la industria química, el surgimiento de la industria eléctrica se desarrollaban sobre la base de una tecnología más elaborada. Los “inventos” pasaban ahora desde el laboratorio científico a la fábrica. Dicho de otra manera, el laboratorio del investigador pasaba a formar parte del desarrollo industrial. En este sentido, el caso del célebre Louis Pasteur (1822-1895) - uno de los científicos más conocidos entre el gran público del siglo XIX- es ejemplificatorio: atraído por la bacteriología a través de la química industrial, a él se le deben técnicas como la “pasteurización.”

Ver Unidad 3.



En Europa, los laboratorios dependían por lo general de las Universidades u otras instituciones científicas, aunque se mantenían estrechamente vinculados a las empresas industriales; en Estados Unidos, en cambio, ya habían aparecido los laboratorios comerciales que muy pronto hicieron célebre a Thomas Alva Edison (1847-1931) y a sus investigaciones sobre electricidad. Y esta relación entre ciencia, tecnología e industria planteó una cuestión fundamental: los sistemas educativos se transformaron en elementos esenciales para el crecimiento económico. A partir de este momento, a los países que les faltase una adecuada educación masiva y adecuadas instituciones de enseñanza superior les habrá de resultar muy difícil transformarse en países industriales, o por lo menos, quedarán rezagados. Y esto también permite explicar el atraso relativo que Inglaterra comenzó a mostrar frente a Alemania donde los estudios universitarios fueron claramente orientados hacia la tecnología.

Y la clara vinculación entre ciencia, tecnología e industria también causó un profundo impacto en las conciencias. La ciencia, transformada en una

verdadera religión secular, fue percibida como la base de un “progreso” indefinido. Desde esta perspectiva se consideraba que no existía obstáculo que no pudiera ser superado. Ciencia y progreso se transformaron en dos conceptos fundamentales dentro de la ideología burguesa.

4.1.2. Del capitalismo liberal al imperialismo

La “gran depresión”

A pesar del optimismo y de los éxitos obtenidos, las dificultades no dejaban de plantearse. Tal como lo había previsto Sismondi (1772-1842), uno de los primeros críticos de la naciente economía capitalista, ésta se vio sometida a crisis periódicas, crisis inherentes a un sistema que se autocondenaba a momentos de saturación del mercado por el crecimiento desigual de la oferta y la demanda. De este modo, a los períodos de auge le sucedían períodos de depresión en la que los precios caían dramáticamente e incluso muchas empresas quebraban. A diferencia de las crisis anteriores -hasta la de 1847- que eran crisis que se iniciaban en la agricultura y que arrastraban tras de sí a toda la economía, estas otras eran ya crisis del capitalismo industrial que se imponía a toda la vida económica. Sin embargo, parecía que las mismas crisis generaban los elementos de equilibrio: cuando los precios volvían a subir, se reactivaban las inversiones y comenzaba nuevamente el ciclo de auge. De este modo, las crisis eran percibidas como interrupciones temporales de un progreso que debía ser constante. Dentro de la expansión de los años que transcurrieron entre 1850 y 1873, caracterizados por el alza constante de precios, salarios y beneficios, las crisis de 1857 y 1866 pudieron ser consideradas como manifestaciones de desequilibrios propias de una economía en expansión.

Sin embargo, hacia los primeros años de la década de 1870, las cosas cambiaron. Cuando la confianza en la prosperidad parecía ilimitada se produjo la catástrofe: en Estados Unidos 39.000 kilómetros de líneas ferroviarias quedaron paralizadas por la quiebra, los bonos alemanes cayeron en un 60% y, hacia 1877, casi la mitad de los altos hornos dedicados a la producción de hierro quedaron improductivos. Pero la crisis tenía además un componente que preocupaba a los hombres de negocios y que les advertía que era mucho más grave que las anteriores: su duración. En efecto, en 1873 se iniciaba un largo período de recesión que se extendió hasta 1896 y que sus contemporáneos llamaron la “gran depresión”.

La caída de los precios, tanto agrícola como industriales, era acompañada de rendimientos decrecientes del capital en relación con el período anterior de auge. Ante un mercado de baja demanda, los *stocks* se acumulaban, no sólo no tenían salida sino que se depreciaban; los salarios, en un nivel de subsistencia, difícilmente podían ser reducidos; como consecuencia, los beneficios disminuían aún más rápidamente que los precios. El desnivel entre la oferta y la demanda se veía agravado por el incremento de bienes producidos como consecuencia de la irrupción en el mercado mundial de aquellos países que habían madurado sus procesos de industrialización. La edad de oro del capitalismo “liberal” parecía haber terminado. Y esto también iba a afectar la política.

En efecto, la crisis había minado los sustentos del liberalismo: las prácticas proteccionistas pasaron entonces a formar parte corriente de la política

económica internacional. De este modo, ante la aparición de nuevos países industriales, la depresión enfrentó a las economías nacionales, donde los beneficios de una parecían afectar la posición de las otras. En síntesis, en el mercado no sólo competían las empresas sino también las naciones. Pero si el proteccionismo fue casi una reacción instintiva frente a la depresión no fue sin embargo la respuesta económica más significativa del capitalismo a los problemas que lo afectaban. En el marco de las economías nacionales, las empresas debieron reorganizarse para adaptarse a las nuevas características del mercado: intentando ampliar los márgenes de beneficios, reducidos por la competitividad y la caída de los precios, la respuesta se encontró en la concentración económica y en la racionalización empresaria.

En primer lugar, se aceleró la tendencia a la concentración de capitales, es decir, a una creciente centralización en la organización de la producción. En Francia, por ejemplo, en 1860 había 395 altos hornos que producían 960.000 toneladas de hierro colado, en 1890 había 96 altos hornos que producían 2.000.000. En síntesis, la producción aumentaba, mientras que el número de empresas disminuía. Si bien el proceso no fue universal ni irreversible, lo cierto es que la competencia y la crisis eliminaron a las empresas menores, que desaparecieron o fueron absorbidas por las mayores; las triunfantes grandes empresas, que pudieron producir en gran escala, abaratando costos y precios, fueron las únicas que pudieron controlar el mercado.

En segundo lugar, la concentración se combinó dentro de las grandes empresas con políticas de racionalización empresaria. Esto incluía una modernización técnica que permitía lograr el aumento de la productividad (y dar a la empresa un mayor poder competitivo). Pero además la racionalización incluía la llamada “gestión científica” impulsada por F. W. Taylor. Según Taylor, la forma tradicional y empírica de organizar las empresas ya no era eficiente, era necesario por lo tanto darle a la gestión empresarial un carácter más racional y científico. Para ello elaboró una serie de pautas para lograr un mayor rendimiento del trabajo. De este modo, el *taylorismo* se expresó en métodos que aislaban a cada trabajador del resto y transferían el control del proceso productivo a los representantes de la dirección, o que descomponían sistemáticamente el proceso de trabajo en componentes cronometrados e introducía incentivos salariales para los trabajadores más productivos. Como veremos más adelante, a partir de 1918 el nombre de Taylor fue asociado al de Henry Ford, identificados en la utilización racional de la maquinaria y de la mano de obra con el objetivo de maximizar la producción.

Ver Unidad 5.



La época del imperialismo

Desde algunas perspectivas, el *imperialismo* fue la más importante de las salidas que se presentaba para superar los problemas del capitalismo después de la “gran depresión”. Los historiadores han debatido si ambos fenómenos podían vincularse. Indudablemente no puede establecerse un nexo mecánico de causa-efecto. Sin embargo, también es indudable que la presión de los inversores que buscaban para sus capitales salidas más productivas, así como la necesidad de encontrar nuevos mercados y fuentes de aprovisionamiento de materias primas pudo contribuir a impulsar políticas expansionistas que incluían el colonialismo. Además, en un mundo cada vez más dividido entre países ricos y países pobres había muchas posibilidades de encaminarse hacia un modelo político en donde los más avanzados domi-

naran a los más atrasados. Es decir, había muchas posibilidades de transformarse en un mundo imperialista.

De este modo, los años que transcurren entre 1875 y 1914 constituyen el período conocido como la época del imperialismo, en el que las potencias capitalistas parecían dispuestas a imponer su supremacía económica y militar sobre el mundo. Era, en este sentido, una nueva forma de imperio sustancialmente diferente de las otras épocas imperiales de la historia. Durante esos años, dos grandes zonas del mundo fueron totalmente repartidas entre las potencias más desarrolladas: el Pacífico asiático y África. No quedó ningún Estado independiente en el Pacífico, totalmente dividido entre británicos, franceses, alemanes, neerlandeses, estadounidenses y, en una escala más modesta, Japón; en la primera década del siglo XX, África pertenecía -excepto algunas pocas regiones que resistían la conquista- a los imperios británico, francés, alemán, belga, portugués, y español.

De este modo, amplios territorios de Asia y de África quedaron subordinados a la influencia política, militar y económica de Europa. También a América Latina llegaron las presiones políticas y económicas, aunque sin necesidad de efectuar una conquista formal. En este sentido, los Estados europeos parecían no sentir la necesidad de rivalizar con los Estados Unidos desafiando la Doctrina Monroe.



Ver mapas 4.4. África (1880) y 4.5. África (1914).

La Doctrina Monroe, que se expuso por primera vez en 1823, -y que se sintetizaba en la consigna “América para los americanos”- expresaba la oposición a cualquier colonización o intervención política de las potencias europeas en el hemisferio occidental. A medida que los Estados Unidos se fueron transformando en una potencia más poderosa, los europeos asumieron con mayor rigor los límites que se les imponían. En la práctica, la Doctrina Monroe fue interpretada paulatinamente como el derecho exclusivo de los Estados Unidos para intervenir en el continente americano.

El fuerte impacto que el desarrollo imperialista produjo entre sus mismos contemporáneos explica el rápido surgimiento de distintas teorías que buscaban interpretarlo. Era, a los ojos de estos contemporáneos, un fenómeno nuevo que incorporó el término *imperialismo* al vocabulario económico y político desde 1890. Cuando los intelectuales comenzaron a escribir sobre el tema, la palabra estaba en boca de todos, y según el economista británico Hobson señalaba en 1900, “se utiliza para indicar el movimiento más poderoso del panorama actual del mundo occidental”. Si bien en la obra de Karl Marx (que había muerto en 1883) no se registra el término imperialismo, las interpretaciones más significativas del fenómeno surgieron del campo del marxismo, desde donde sus teóricos intentaban explicar las nuevas características que asumía el capitalismo.

Dentro del marxismo, la interpretación clásica fue la formulada por Lenin. Desde su perspectiva, el imperialismo constituía “la fase superior del capitalismo”, y estaba referido a la baja tendencial de la tasa de ganancia por la competencia creciente entre capitalistas. En la medida en que la competencia capitalista dejaba paso a la concentración y a la formación de “monopolios” -y estos podían influir sobre las políticas del Estado- era cada vez más necesario buscar nuevas áreas de inversión que contrarrestara la tendencia

FIELDHOUSE, DAVID K. (1977), Capítulo 4: "Interpretaciones políticas, populares y periféricas del imperialismo", en: *Economía e imperio. La expansión de Europa, 1830-1914*, Madrid, Siglo XXI, pp. 74-101.



decreciente de la tasa de ganancia que se daba en las metrópolis. De este modo, el "capital financiero", producto de la fusión entre el capital bancario y el capital industrial intentaba asegurarse el control de los mercados a escala mundial. También hubo -y hay- teorías que interpretaban al imperialismo buscando, sobre todo, criticar la interpretación marxista. Estas trataban fundamentalmente de negar las raíces económicas del fenómeno para buscar explicaciones de otra naturaleza, estratégicas, políticas, culturales e ideológicas.

Sin embargo, independientemente de las opiniones que pueda provocar la interpretación de Lenin, resulta indudable que sus mismos contemporáneos atribuyeron al imperialismo razones económicas. El británico liberal J. Hobson (1900) partiendo del subconsumo de las clases más pobres interpretaba al imperialismo como la necesidad de buscar mercados exteriores en donde vender e invertir. Pero a diferencia de Lenin que presentaba al imperialismo un elemento estructural del desarrollo capitalista, Hobson consideraba al fenómeno como una "anomalía" que era necesario corregir a través del aumento de la capacidad de consumo de los trabajadores -ligado a la función decisiva del gasto público- que permitiera un constante crecimiento y una regular absorción de la producción sin necesidad de recurrir a la expansión imperialista.

Como señala Eric J. Hobsbawm, el imperialismo estuvo ligado indudablemente a manifestaciones ideológicas y políticas. Las consignas del imperialismo constituyeron -como veremos- un elemento de movilización de los sectores populares que podían identificarse con la "grandeza de la nación imperial". Ningún hombre quedó inmune de los impulsos emocionales, ideológicos, patrióticos e incluso raciales, asociados a la expansión imperialista. En forma general, en las metrópolis, el imperialismo estimuló a las masas -sobre todo a los sectores más descontentos socialmente- a identificarse con el Estado, dando justificación y legitimidad al sistema social y político que ese Estado representaba. Pero esto no implica negar las poderosas motivaciones económicas de tal expansión. Sin embargo, según Hobsbawm, la clave del fenómeno no se encuentra en la necesidad de los países capitalistas de buscar nuevos mercados ni de nuevas áreas de inversiones, tal como sostenía la teoría clásica de Lenin. En rigor, el 80% del comercio europeo -importaciones y exportaciones- se realizó entre países desarrollados y lo mismo sucedió con las inversiones que se efectuaban en el extranjero. De este modo, la clave del fenómeno radica, desde la perspectiva de Hobsbawm, en las exigencias del desarrollo tecnológico.



HOBBSAWM, ERIC J. (1989), Cap. 3 "La era del imperio", en: *La era de imperio (1875-1914)*, Barcelona, Labor, pp. 56-84.

En efecto, la nueva tecnología dependía de materias primas que por razones geográficas o azares de la geología se encontraban ubicadas en lugares remotos. El motor de combustión que se desarrolló durante este período necesitaba, por ejemplo, petróleo y caucho. La industria eléctrica necesitaba del cobre y sus productores más importantes se encontraban en lo que en el siglo XX se denominaría "tercer mundo". Pero no se trataba sólo de cobre, sino también de oro y de diamantes y de metales no féreos que comenzaron

a ser fundamentales para las aleaciones de acero. En este sentido, las minas abrieron el mundo al imperialismo y sus beneficios fueron suficientemente importantes como para justificar la construcción de ramales ferroviarios en los puntos más distantes.

Independientemente de las necesidades de la nueva tecnología, el crecimiento del consumo de masas en los países metropolitanos significó la rápida expansión del mercado de productos alimenticios. Y ese mercado se encontraba dominado por productos básicos como cereales y carne, que se producían a bajo costo y en grandes cantidades en diferentes zonas de asentamiento europeo en América del Norte y América del Sur, Rusia, Australia. Pero también comenzó a desarrollarse el mercado de los productos conocidos desde hacía mucho tiempo como “productos coloniales” o de “ultramar”: azúcar, té, café, cacao. Incluso, gracias a la rapidez de las comunicaciones y al perfeccionamiento de los métodos de conservación comenzaron a afluir los frutos tropicales (que posibilitaron la aparición de las “repúblicas bananeras”). En esta línea, las grandes plantaciones se transformaron en el segundo gran pilar de las economías imperialistas.

Estos acontecimientos, en los países metropolitanos, crearon nuevas posibilidades para los grandes negocios, pero no cambiaron significativamente sus estructuras económicas y sociales. En cambio, transformaron radicalmente al resto del mundo, que quedó convertido en un complejo conjunto de territorios coloniales o semicoloniales. Y estos territorios progresivamente se convirtieron en productores especializados en uno o dos productos básicos para exportarlos al mercado mundial y de cuya fortuna dependían casi por completo. Pero los efectos sobre los territorios dominados no fueron sólo económicos, sino que también afectó a la política y produjo un importante impacto cultural: se transformaron imágenes, ideas y aspiraciones, a través de ese proceso que se definió como “occidentalización”.

En rigor, el proceso de “occidentalización” afectó exclusivamente al reducido grupo de la “elite colonial”. Algunos recibieron una educación de tipo occidental conformando una minoría culta a la que se le abrían las distintas carreras que se ofrecían en el ámbito colonial: era posible llegar a ser profesional, maestro, funcionario o burócrata. Pero la creación de una “elite colonial” occidentalizada también podía tener efectos paradójicos. En este sentido, el mejor ejemplo lo ofrece Mahatma Gandhi: un abogado que había recibido su formación profesional y política en Gran Bretaña. Sus mismas ideas y su método de lucha, la resistencia pasiva, era una fusión de elementos occidentales -Gandhi nunca negó su deuda con Ruskin y Tolstoi- y orientales. Munido de tales instrumentos pudo transformarse en la figura clave del movimiento independentista de la India. Y su caso no es único entre los pioneros de la liberación colonial. En síntesis, también el imperialismo creó las condiciones que permitieron la aparición de los líderes antiimperialistas y también generó las condiciones que permitieron que sus voces alcanzaran resonancia nacional.

4.2. Las transformaciones de la sociedad

En una Europa que se volvía capitalista e industrial, la sociedad también se transformaba rápidamente. Un primer análisis muestra a dos clases que se desarrollaban y afirmaban: la burguesía y el proletariado. Sin embargo, es-

PALMADE, GUY (1978),
 Capítulo 3: “La so-
 ciedad y los grupos socia-
 les”, en: *La época de la bur-
 guesía*, Madrid, Siglo XXI,
 pp. 133-164.



to no impide desconocer la diversidad de condiciones y el pluralismo que reinaba en la sociedad. Muchos ignoraban que su existencia acabaría por extinguirse y pugnaban por mantener sus posiciones en el nuevo orden: aristócratas y campesinos a la defensiva, artesanos a punto de desaparecer. En una sociedad profundamente heterogénea, clases recién formadas convivían, no sin compromisos, con otras que aún sobrevivían y se negaban a no estar. Como señala Palmade, tal vez una sola línea divisoria estaba nítidamente clara para los contemporáneos: la barrera que separaba a aquellos considerados “respetables” de los que no lo eran. Por un lado, la gente “respetable” -desde la pequeña burguesía hasta la más alta nobleza- que admitía un código común donde se fundían los viejos valores aristocráticos y las nuevas virtudes burguesas. Por otro lado, los excluidos, los trabajadores manuales. Y dentro de cada uno de estos dos grandes sectores, mil signos distintivos, símbolos y comportamientos separaban y definían a las clases.

4.2.1. El mundo de la burguesía

La burguesía era indudablemente la clase triunfante del período, pero ¿es posible hablar de una “burguesía” unida, coherente y consciente de su poder? O, tal vez, ¿es preferible hablar de “burguesías”? Una parte de la burguesía se beneficiaba con el desarrollo capitalista, de la que era el motor, y ocupaba un lugar en las esferas dirigentes. Pero subsistía también una burguesía tradicional, lejos del humo de las fábricas, en pequeñas ciudades de provincia, que vivía de rentas y se mantenía en contacto con el mundo rural. En Inglaterra, por ejemplo, la burguesía se llamaba a sí misma, “clase media” y ésta englobaba a los ricos industriales, a los prósperos comerciantes, a profesionales como médicos y abogados, y en un nivel inferior a una pequeña burguesía de tenderos, maestros, empleados. Los límites parecían imprecisos.

Sin embargo, fue posible definir esos límites. Como señala Hobsbawm, en el plano económico, la quintaesencia de la burguesía era el “burgués capitalista”, es decir, el propietario de un capital, el receptor de un ingreso derivado del mismo, el empresario productor de beneficios. En el plano social, la principal característica de la burguesía era la de constituir un grupo de personas con poder e influencia, independientes del poder y la influencia provenientes del nacimiento y del *status* tradicionales. Para pertenecer a ella, era necesario ser “alguien”, es decir, una persona que contase como *individuo*, gracias a su fortuna y a su capacidad para mandar sobre otros hombres. Pertenecer a la burguesía significaba *superioridad*, era ser alguien al que nadie daba órdenes -excepto el Estado y Dios-. Podía ser un empleado, un empresario, un comerciante pero fundamentalmente era un “patrón”: el monopolio del mando -en su hogar, en la oficina, en la fábrica- era fundamental para definirse. Y esto alcanzaba incluso a otros sectores, cuya caracterización no era estrictamente económica. En efecto, el principio de autoridad no estaba -ni está- ausente en el comportamiento del profesor universitario, del médico prestigioso o del artista consagrado. Como señala Hobsbawm, tal como Krupp mandaba sobre su ejército de trabajadores, Richard Wagner esperaba el sometimiento total de su audiencia.



HOBBSAWM, ERIC J. (1998), Capítulo 13: “El mundo burgués”, en: *La Era del Capital, 1848-1875*, Buenos Aires, Crítica, pp. 239-259.

De este modo, si algo unificaba a la burguesía como clase, eran comportamientos, actitudes y valores comunes. Confiaban en el liberalismo -aunque, como veremos, cada vez con mayores límites-, en el desarrollo del capitalismo, en la empresa privada y competitiva, en la ciencia y en la posibilidad de un progreso indefinido. Confiaban en un mundo abierto al triunfo del emprendimiento y del talento. Esperaban influir sobre otros hombres, en el terreno de la política, y aspiraban a sistemas representativos que garantizaran los derechos y las libertades bajo el imperio de un orden que mantuviese a los pobres -las clases “peligrosas”- en su lugar. Era una clase segura y orgullosa de sus logros.

Nadie dudaba de que entre los logros del mundo burgués de la segunda mitad del siglo XIX se encontraba el espectacular avance de la ciencia. Desde las nuevas concepciones que se iban elaborando, la ciencia podía constituirse en la base de un progreso indefinido, pero también podía desempeñar otro papel: tenía la capacidad para dar las respuestas a todas las incógnitas, incluso a aquellas reservadas a la religión. Y en este sentido resultó paradigmática la figura de Charles Darwin (1809-1882) y el impacto que produjo la teoría de la evolución.

En efecto, Darwin se transformó en una figura pública de amplio renombre y su éxito se debió a que el concepto de evolución, que ciertamente no era nuevo, podía dar una explicación- muchas veces vulgarizada hasta el exceso- del origen de las especies en un lenguaje accesible a los hombres de la época ya que se hacía cargo de uno de los conceptos más entrañables de la economía liberal, la competencia. La teoría implicaba además una beligerante confrontación con las fuerzas de la tradición, del conservadurismo y, fundamentalmente, de la religión. De esta manera, si el triunfo de los evolucionistas fue rápido, esto se debió no sólo a las abrumadoras pruebas científicas -como la existencia del cráneo del hombre de Neantertal (1856)- sino fundamentalmente al clima ideológico del mundo burgués.

En rigor, también la izquierda recibió alborozadamente el embate al tradicionalismo que significaba la teoría de la evolución. Karl Marx dio la bienvenida a *El origen de las especies*, como “la base de nuestras ideas en ciencias naturales” y ofreció a Darwin dedicarle el segundo volumen de *El Capital*. Y el amable rechazo de Darwin -hombre de una izquierda liberal pero en absoluto un revolucionario- a tal oferta no impidió, sin embargo, que muchos marxistas, como Kautsky y la socialdemocracia alemana fueran explícitamente darwinistas. Pero esta afinidad de los socialistas con el evolucionismo no negó la encendida defensa que asumió la burguesía de una nueva teoría que daba nuevas respuestas. Todos coincidían en que la Ciencia desplazaba a la Religión.

Pero, en el mundo burgués, algo más llevaba al entusiasmo evolucionista. La imagen liberal de una sociedad abierta al esfuerzo y al mérito contrastaba con la creciente polarización social. A comienzos de siglo, los hombres habían considerado a sus riquezas -que crecían día a día- como el premio que les otorgaba la Providencia por sus vidas laboriosas y morales; pero los argumentos de la ética de la moderación y del esfuerzo ya no eran visible-



Ver Unidad 3.

mente aplicables a esa opulenta burguesía, muchas veces ociosa, dispuesta a la ostentación y a disfrutar sus fortunas, viviendo de rentas, en sus confortables residencias campestres. A lo sumo, podían ser aplicados para explicar las diferencias entre la esforzada pequeña burguesía, y las masas proletarias consideradas por definición “peligrosas”, ebrias y licenciosas.


De allí, la importancia de teorías alternativas, que con un fundamento “científico” pudieran explicar la *superioridad* como resultado de una selección natural, transmitida biológicamente. En síntesis, la superioridad de la burguesía como clase comenzó a ser considerada como una determinación de la biología. El burgués era, si no una especie distinta, por lo menos miembro de una clase superior que representaba a un nivel más alto de la evolución humana. El resto de la sociedad era indudablemente inferior. Sólo faltaba un paso para alcanzar el concepto de “raza” superior. Para los sometidos sólo quedaba el camino de la aceptación de su propia inferioridad y del acatamiento de la dominación burguesa. Y esto no sólo incluía al conjunto de las clases “peligrosas”, sino también a las mujeres de todas las clases sociales.


¿Cuál era el papel que debían desempeñar las mujeres en el mundo burgués? Estas mujeres de la burguesía debían fundamentalmente demostrar la capacidad y méritos de los varones, ocultando los suyos en el ocio y en el lujo. Su posición de superioridad social sólo podía ser demostrada a través de las órdenes que impartían a los criados, cuya presencia en los hogares distinguía a la burguesía de las clases inferiores. Y este ámbito de acción era el de la *familia burguesa*, un tipo de estructura familiar que se consolidó en la segunda mitad del siglo XIX: una autocracia patriarcal, apoyada en una red de dependencias personales.

No deja de resultar sorprendente que esta estructura familiar y los ideales de la sociedad burguesa se presenten como absolutamente contradictorios. El ideal de una economía lucrativa, el hincapié en la competencia individual, las relaciones contractuales, el reclamo de libertades y de oportunidades para el mérito y la iniciativa que proclamaban las burguesías liberales eran negados sistemáticamente dentro del ámbito familiar. El *pater familias* era la cabeza indiscutible de una jerarquía de mujeres y niños consolidada sobre la base de vínculos de dependencia. Y la red culminaba en su base con los criados -la “servidumbre”- que, pese a su relación de asalariados, por la convivencia cotidiana no tenían con su “señor” tanto un nexo monetario como personal. En síntesis, el punto crucial es que la estructura de la familia burguesa contradecía de plano a la sociedad burguesa, ya que en ella no contaban la libertad, ni las oportunidades, ni la persecución del beneficio individual.

En rigor, la estructura familiar basada en la subordinación de las mujeres no era algo nuevo. La cuestión radica en advertir su contradicción con los ideales de una sociedad que no sólo no la destruyó ni la transformó sino que reforzó sus rasgos, convirtiéndola en una isla privada inalterada por el mundo exterior.

Incluso, parece advertirse la búsqueda de un contraste deliberado: si las metáforas de guerra acudían para describir al mundo público -la economía, la política- las metáforas de armonía, de paz y de felicidad eran las que describían al mundo doméstico. Es posible que la desigualdad esencial sobre la que se basaba el capitalismo competitivo del siglo XIX encontrase su necesaria expresión en la familia burguesa: frente a la inseguridad, la inestabili-

PERROT, MICHELLE  (1987), “La famille triomphante”, en: Philippe Ariès et George Duby (dir.), *Histoire de la vie privée*. Vol. IV: *De la Revolution à la Grande Guerre*, París, Seuil, pp. 93-104.

Ver imagen 4.6. El mundo burgués: Williams P. Frith: *Many Happy Returns of the Day* (Horogate, Art Gallery) 

dad y la competencia, frente a vínculos que tenían su única expresión en el dinero, era necesario forjarse la ilusión de un mundo seguro, estable, basado en dependencias no monetarizadas. Era necesario crear el ámbito del “reposo del guerrero”. Pero la familia burguesa también cumplió otro papel. Núcleo básico de una red más amplia de relaciones familiares, permitió a algunos, como a los Rothschild y a los Krupp, crear verdaderas dinastías a través del intercambio de mujeres -vírgenes intocadas- y dotes. Y estas alianzas e interconexiones familiares dominaron muchos aspectos de la historia empresarial del siglo XIX.

La vida familiar se desarrollaba en hogares donde la decoración se sobreañadía como un elemento que enmascaraba la función. La impresión más inmediata del interior burgués de mediados de siglo es el apiñamiento y la ocultación, una masa de objetos cubiertos por colgaduras, manteles, cojines, empapelados, fuese cual fuese su naturaleza, manufacturados. Ninguna pintura sin su marco dorado, ninguna silla sin tapizado, ninguna superficie sin mantel o sin un adorno, ninguna tela sin su borla. Pero los objetos eran algo más que útiles o signos de confort, eran los símbolos del status y de los logros obtenidos. De allí el abigarramiento de los interiores burgueses.

Pero había algo más. Los objetos debían ser *sólidos*- término usado elogiosamente para caracterizar a quienes los construían-, estaban hechos para perdurar y así lo hicieron. Pero también debían expresar aspiraciones vitales más elevadas y espirituales a través de su *belleza*.

La dualidad, solidez y belleza expresaba la nítida división entre lo corporal y lo espiritual, lo material y lo ideal, típica del mundo de la burguesía, aunque en realidad todo dependía de la materia y únicamente podía expresarse a través de la misma o, en última instancia, a través del dinero que podía comprarla.

El hogar era también la fortaleza que salvaguardaba la moralidad. La dualidad entre materia y espíritu que caracterizaba al mundo burgués, la necesidad de enmascaramiento fue denunciada como una hipocresía omnipresente en el mundo burgués. Y esto resultaba particularmente notable en el ámbito de la sexualidad. El mismo Sigmund Freud, en 1898, no dudó en calificar como “hipócrita” la moral sexual de su tiempo.

En rigor, el problema es más complejo. Si la duplicidad de normas y el enmascaramiento parecían ineludibles en algunas situaciones, como en el caso de la homosexualidad, en general se aceptaban explícitamente ciertas reglas de comportamiento: la castidad para las mujeres solteras y la fidelidad para las casadas; libertad sexual para los hombres solteros -con el límite de las muchachas solteras de la burguesía- y tolerancia con la infidelidad de los casados, siempre y cuando esta infidelidad no pusiese en peligro la estabilidad de la familia burguesa. Tal vez, la hipocresía surgía cuando suponía a las mujeres -supuestamente despojadas de erotismo- completamente ajenas al juego sexual.

Sin embargo, estas normas no ocultan que el mundo burgués parecía obsesionado por el sexo. Y esto es particularmente visible en los modos de vestir, donde se conjugaban poderosos elementos de tentación y prohibición. Al mismo tiempo que se hacía gran ostentación de ropajes, que dejaban pocas partes del cuerpo visibles, la moda marcaba hasta el exceso las características sexuales secundarias: la barba y el vello de los hombres; el cabello, pero también los senos, las caderas y las nalgas de las mujeres destacados por moños y artificios. Como señala Hobsbawm, el impacto que



Ver imagen 4.7. El mercado del arte: Jules Voirin: *Une vente aux enchères*, 1880 (Nancy, Museo Histórico de Lorraine).



GAY, PETER (1992), Capítulo 2: “Dulces comuniones burguesas”, en: *La experiencia burguesa. De Victoria a Freud, I. La educación de los sentidos*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 103-158.

produjo el cuadro de Manet, *Desayuno sobre la hierba* (1863), derivó del contraste entre la formalidad de los trajes masculinos y la desnudez de la mujer. Si el mundo burgués, a través de la dualidad permanente entre espíritu y materia, afirmaba que las mujeres eran básicamente seres espirituales, esto implicaba que los hombres no lo eran. De este modo, la atracción física obvia entre los sexos encajaba dificultosamente en este sistema de valores. Y la ruptura de estas normas podía llevar a la hipocresía, pero fundamentalmente a la angustia personal. La represión de los instintos se consideró un valor elevado sobre el que descansaba la civilización. Y sobre este principio, Freud construyó su teoría.

Si, como ya señalamos, en el mundo burgués se consideraba que la ciencia era la clave de todo progreso y tenía la posibilidad de dar todas las respuestas, resultó indudable, durante este período, el descenso del peso de la religión. Darwin había derrotado a la Biblia. Entre los varones de la burguesía, el indiferentismo, el agnosticismo e, incluso, el ateísmo eran las actitudes dominantes. El progreso implicaba la ruptura con las viejas creencias y con las Iglesias, consideradas baluartes del oscurantismo y la tradición. De este modo, contra las Iglesias, y fundamentalmente la católica que se reservaba el derecho a definir la verdad y el monopolio de los ritos de pasajes -como bautismos, casamientos y entierros-, se elevó una ola de anticlericalismo.

En rigor, el fenómeno no fue exclusivo del mundo burgués. Las ideologías de izquierdas -el marxismo, el anarquismo, el socialismo- compartían este belicoso anticlericalismo. No fue por azar que un herrero socialista de la Romagna, de apellido Mussolini, llamase a su hijo, Benito, en honor a Juárez, el anticlerical presidente mexicano. Indiscutiblemente, la religión estaba en declive también en las grandes ciudades que crecían rápidamente y donde, como las estadísticas lo demostraban, la participación en el culto parecía retraerse. No sólo la ciencia había abatido a la teología, sino que las costumbres urbanas parecían alejarse de las prácticas y la moral religiosa.

Empero, las religiones persistieron. Entre la misma burguesía liberal comenzó a registrarse cierta nostalgia por las viejas creencias. En primer lugar, el frío racionalismo liberal no proporcionaba un sustituto emocional al ritual colectivo de la religión. Comenzaron entonces a surgir ciertos "sustitutos", como complejos rituales laicos -alrededor del Estado, por ejemplo- y nuevas formas religiosas, más acordes a los nuevos tiempos. En este sentido, resulta notable el desarrollo alcanzado por el espiritismo dentro del mundo burgués: en una época que descreía de los "milagros", el espiritismo ofrecía la ventaja de asegurar una tranquilizadora supervivencia del alma, sobre las "bases" de la ciencia experimental. Pero había algo más en esa nostalgia de las religiones. En el mundo burgués, comenzó a valorarse el papel tradicional de la religión como instrumento para mantener en el recato a los pobres -y a las mujeres de todas las clases sociales- siempre proclives al desorden. Las Iglesias comenzaron a ser valoradas como pilares de la estabilidad y la moralidad frente a los peligros que amenazaban el orden burgués.

4.2.2. El mundo del trabajo

Una clase irrumpía en este período como capaz de desafiar al mundo burgués: la clase obrera. Y su importancia no era sólo cualitativa sino también cuantitativa ya que, entre 1850 y 1880, esta clase representaba en toda Eu-

ropa entre la cuarta y la tercera parte de la población. Sin embargo, si bien con el ocaso del viejo trabajo artesanal y el paso del taller a la fábrica moderna, las condiciones de vida obrera habían tendido a uniformarse, aún se trataba, en muchos aspectos y en muchos lugares, de una clase en formación. Como Federico Engels señalaba en *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (1845): “La condición proletaria no existe en su forma clásica completamente acabada excepto en el Imperio Británico y en particular, en Inglaterra”. En Francia, por ejemplo subsistía con tenacidad un artesanado, organizado en gremios con costumbres y tradiciones que los constituían en una especie de microsociedad.

De este modo, si bien era ya posible definir la situación de los obreros desde el punto de vista económico -formación de un mercado de trabajo asalariado, concentración en grandes centros industriales, trabajo disciplinado a máquina-, desde una perspectiva social, muchos de los trabajadores aún no podían ser incluidos estrictamente dentro de esa definición económica de la clase obrera.

Sin embargo, pese a la variedad de situaciones, las condiciones de vida tendían a uniformarse: tras varias generaciones, los trabajadores acabaron por acostumbrarse a la vida de la ciudad, una vida apartada de las tradiciones rurales, siendo hijos de obreros y habiendo comenzado a trabajar desde su infancia. La clase obrera adquiría cada vez un perfil más definido.

Pero esta uniformidad no impide distinguir que la misma clase obrera distaba de ser una clase homogénea. En la cúspide parecían ubicarse los obreros “especializados” aquellos capaces de fabricar y reparar las máquinas. Eran los que indudablemente recibían un mejor pago, los que se encontraban en una mejor posición para “negociar” con los patrones. Muchos de ellos aspiraban a “mejorar”: obtener las condiciones de vida de la pequeña burguesía, lograr que sus hijos abandonaran el trabajo manual e ingresaran entre los trabajadores de “cuello blanco” participando así de los sectores “respetables”. Y, en efecto, la prosperidad del período, la alfabetización y el desarrollo del sector terciario les permitió a algunos conseguir, sobre todo en ciertos países como Inglaterra, lo que era considerado un claro signo de ascenso social.

Por debajo de los trabajadores especializados, se ubicaba la gran masa de los obreros y obreras de fábrica, con jornadas de trabajo de 15 o 16 horas diarias, con situaciones de trabajo precarias, bajo la amenaza de las periódicas crisis de desempleo. En Francia, por ejemplo, en 1857, la mitad de los obreros debieron abandonar sus puestos de trabajo, mientras el precio de los alimentos aumentaba bruscamente a raíz de las malas cosechas. Dentro de esta masa obrera, tanto en Francia como en Inglaterra, todavía se registraba una fuerte presencia de mano de obra femenina e infantil. En la industria algodonera, por ejemplo, las mujeres ocupaban la mitad de los puestos de trabajo y los niños una cuarta parte.

Pero había además, por debajo de la masa de obreros o obreras de fábrica, un tercer escalón: los recién emigrados del campo. Fue el caso, por ejemplo, de Irlanda que tras la crisis de la papa (1845) enviaba a Inglaterra cada año 50.000 trabajadores nuevos. Eran quienes por su indigencia y su resignación podían aceptar cualquier trabajo, por duro que fuese, a cambio de un salario irrisorio. Pero, por esto mismo, cumplían un papel fundamental en el desarrollo del capitalismo industrial: eran quienes, por su constante oferta de mano de obra barata, contribuían a mantener el bajo nivel salarial.



4.8. La persistencia del trabajo artesanal: trabajo sobre metal, 1879.



HOBBSAWM, ERIC (1987), Capítulo 9: “La formación de la cultura obrera británica”, en: *El mundo del trabajo*, Barcelona, Crítica, pp. 216-237.

Eran muchas veces peones que no tenían un trabajo fijo, trabajaban esporádicamente en la construcción de ferrocarriles, en la excavación de las grandes ciudades, en la descarga de navíos.

Indudablemente, en el mundo del trabajo las condiciones de vida eran difíciles. Sin embargo, la prosperidad del período tendió a mejorar relativamente estas condiciones. Hubo progresos en la seguridad e higiene del trabajo, y comenzó a disminuir el empleo infantil. La jornada laboral tendió a reducirse, en parte por las presiones sindicales, pero también porque el aumento de la productividad permitía que en un tiempo menor los obreros produjeran más. En Alemania -y esta fue su originalidad- incluso la clase obrera mostraba ventajas decisivas sobre las demás: desde 1880 y 1890 comenzaron a implementarse sistemas de seguros en relación con situaciones de enfermedad, accidentes, invalidez y vejez; aunque también es cierto que la aplicación de esta legislación social vio limitada su aplicación por la falta de inspecciones adecuadas. De un modo u otro, en toda Europa, el capitalismo desenfrenado tendía a suavizarse: comenzaba a admitirse que un obrero cansado producía menos valor, que un niño deformado en las minas o en el trabajo fabril nunca llegaría a ser un eficaz trabajador robusto.

Durante este período también aumentaron los salarios. Si bien para la masa de obreros y obreras de fábrica este aumento implicó sólo un pequeño aumento sobre el costo de vida, benefició notablemente al sector de “especializados”: entre 1850 a 1865 los salarios aumentaron en un 25% mientras que el costo de vida ascendía un 10%. Y en esto, Karl Marx, en una carta a Engels en 1863, encontraba una de las razones de lo que calificaba el aburguesamiento de esa “aristocracia” del trabajo que aspiraba a “mejorar”: “La larga prosperidad ha desmoralizado terriblemente a las masas”.

También hubo mejoras parciales en las viviendas y en las ciudades obreras. En Francia, algunos empresarios protestantes de Mulhouse fueron responsables de la construcción de bloques de casas obreras, cómodas y sanas, rodeadas de jardines. Pero estas expresiones paternalistas -que también se podían registrar en Alemania- eran excepcionales. Fueron fundamentalmente las administraciones municipales -como en el caso de Inglaterra- las que empezaron a preocuparse por el urbanismo y a crear instalaciones colectivas -iluminación, limpieza- que introducían progresos en la vida cotidiana. En síntesis, la mejoría de las condiciones de vida fue indudable pero también es cierto que fue un movimiento irregular que afectó fundamentalmente al sector de obreros “especializados.” Eran muchos los que todavía permanecían en el hacinamiento y la inseguridad.

Pese a las diferencias internas que se registran en el mundo del trabajo ¿es posible hablar de los “obrerros” como una única clase?, ¿cuál es el elemento que los unifica? Como señala Hobsbawm, pese a estas diferencias, el artesano “especializado”, con un salario relativamente bueno, y el trabajador pobre, que no sabía dónde obtendría su próxima comida, se encontraban unidos por un sentimiento común hacia el trabajo manual y la explotación, por un destino común que los obligaba a ganarse un jornal con sus manos. Se encontraban unidos también por la creciente segregación a que se veían sometidos por parte de una burguesía cuya opulencia aumentaba espectacularmente y se mostraba cada vez más cerrada a los advenedizos que aspiraban al ascenso social. Y los obreros fueron empujados a esta conciencia común no sólo por la segregación sino por formas de vida compartidas, no sólo en el espacio de la fábrica o el taller sino fundamentalmen-

te en espacios de sociabilidad -en los que la taberna, que fue llamada la “iglesia del obrero”, ocupó un lugar primordial- que llevaron a conformar un modo de pensar común.



HOBSBAWM, ERIC J. (1998), Cap. 12: “Ciudad, industria y clase obrera”, en: *La Era del Capital, 1848-1875*, Buenos Aires, Crítica, pp. 217-238.

La posibilidad de mejorar las condiciones de vida se abrió también mediante la organización colectiva. En Inglaterra, comenzó a desarrollarse un sindicalismo -despojado de toda connotación política- lo suficientemente fuerte como para poder presionar a los patronos, con tal éxito que la huelga muchas veces no era más que una amenaza. Pero este sindicalismo estaba reservado para la elite obrera, para los “especializados” que se negaban a aceptar en sus filas a aquellos trabajadores no calificados por el temor a perder capacidad de presión. En rigor, recién en 1889, después de una huelga de estibadores londinenses, el sindicalismo se abrió a la masa no especializada. En el continente, en cambio, la situación fue diferente.

En efecto, en Francia, después de las revoluciones del 48, las organizaciones obreras habían quedado estrictamente controladas. Algunas sobrevivieron como mutuales y sociedades de socorros mutuos, aunque también es cierto que tras esta fachada se encontraban asociaciones de resistencia a los empresarios. Incluso, muchas de ellas seguían fieles a la idea de Proudhon de que las sociedades de producción y de ayuda mutua podían ser eficaces instrumentos para abolir el trabajo asalariado. Y en estas formas organizativas predominaba una clara desconfianza hacia el liberalismo burgués y fundamentalmente indiferencia frente al juego político electoral. En Alemania, hacia 1860, comenzaba a registrarse -a diferencia del apoliticismo de los sindicatos ingleses- un nuevo brote socialista. Pero no fueron sólo los obreros de las grandes empresas quienes estuvieron en su cabeza, sino que fueron fundamentalmente los viejos artesanos -más cultos, más organizados y más descontentos- los que constituyeron el punto de partida del socialismo. Sobre esta base, en 1863, se fundaba la Unión de Asociaciones de Trabajadores alemanes que, algunos años más tarde (1875), se habrá de transformar en el Partido Obrero Socialdemócrata. Nacía así el primer gran partido socialista europeo, que muchos otros, incluido Lenin, algún día querrán imitar. Pero no se trataba aún de un socialismo “revolucionario”. Era un socialismo que trataba de utilizar al máximo los recursos de la democracia para actuar sobre el Estado, promover reformas y dar a la clase obrera una influencia política.

La clase obrera que se constituyó en este período fue la fuerza social visualizada como “peligrosa” para el orden constituido. Muchos contemporáneos reconocían la gravedad de la “cuestión social” y vivían con el temor a un levantamiento. La memoria de las revoluciones -de la del treinta y de la del cuarenta y ocho- estaba aún suficientemente fresca, de allí que, pese a la seguridad de la burguesía en su fortaleza y en sus logros, el miedo a la insurrección siempre estuvo presente. Sin embargo, la época no fue favorable para revoluciones. Después de 1848, el potencial movimiento revolucionario se encontraba desarmado. Según Karl Marx, exiliado en Londres desde



Ver Unidad 3.



Ver Unidad 3.

1849, la derrota del 48 se debía a que el movimiento había surgido prematuramente, a causa de la crisis económica, pero la clase obrera no tenía aún la coherencia ni la conciencia para encabezar un ciclo revolucionario. Desde su perspectiva, era necesario por lo tanto abocarse a la organización y la espera de una nueva coyuntura en las crisis cíclicas del capitalismo. Pero pronto advirtió que la espera iba a ser larga. Marx tuvo entonces un período de intervalo político -con muchas horas transcurridas en la biblioteca del Museo de Londres- que le permitieron madurar su teoría: de esos años fueron la *Contribución a la Crítica de la Economía Política* (1858) y el primer tomo de *El Capital* (1867).



PALMADE, GUY (1978) Capítulo 3, Sección IV: “Movimientos e ideologías sociales”, en: *La época de la burguesía*, Madrid, Siglo XXI, pp. 196-212.

ABENDROTH, WOLFGANG (1983), Capítulo 2: “La Asociación Internacional de Trabajadores”, en: *Historia social del movimiento obrero*, Barcelona, Laia, pp. 35-50.



Sin embargo, también comenzaron a surgir algunas iniciativas en materia de organización que culminaron, en Londres, en 1864, con la formación de la *Asociación Internacional de Trabajadores* (conocida posteriormente como la *Primera Internacional*). La iniciativa surgió de algunos sindicalistas ingleses, movidos por preocupaciones inmediatas, y de exiliados franceses, de miras más largas y doctrinarias. Para los primeros, el objetivo era presionar a la burguesía apoyando huelgas de dimensión europea; para los segundos, se trataba de lograr la emancipación de los trabajadores a través de una primera etapa de educación política de las masas. De este modo, la Internacional reunió a grupos de distintas vertientes e incluyó a Marx, responsable de la redacción del *Manifiesto Inaugural*, en el comité organizativo.

4.9. La Asociación Internacional de Trabajadores Delegados al IV Congreso de la Internacional, Basilea, 1869.



La organización de la Internacional indudablemente fue motivo de profunda preocupación para quienes la visualizaron como un conjunto de miles de conspiradores que se movían en las sombras prontos a derribar el mundo burgués. Sin embargo, estos temores, ¿estaban justificados?, ¿cuál es el balance que puede hacerse de la experiencia que constituyó la Internacional? Es cierto que pudo apoyar eficazmente huelgas en 1867 y en 1868 y que se constituyó en un indudable polo de atracción para los sindicatos europeos. Pero también sus limitaciones fueron muchas. Sus acciones fueron muchas veces paralizadas por las interminables discusiones entre Marx y los anarquistas; pero, además, si su objetivo era organizar al movimiento obrero ejerció mucha menos influencia sobre los obreros de las nuevas industrias modernas que sobre los artesanos o de las manufacturas en regresión.

En rigor, la mayor debilidad de la Internacional procedió de su mismo “internacionalismo”, que se estrelló contra el carácter nacional de los sindicatos. De este modo, pese a las constantes admoniciones sobre el carácter sin fronteras del proletariado, como de su clase adversaria, la burguesía, cuando estalló la guerra franco-alemana (1870), los trabajadores se asumieron primordialmente como franceses o alemanes y partieron al frente a luchar contra un enemigo que incluía a su propia clase. Los socialistas debieron entonces enfrentar el problema de las nacionalidades, anunciando los desgarros de 1914. De este modo, en 1872, la Asociación Internacional de los Trabajadores dejaba de existir: no pudo sobrevivir al impacto de la guerra franco-prusiana, ni al fracaso de la Comuna de París (1871).

Ver Unidad 5.



En efecto, la guerra franco-prusiana había sido seguida de un singular acontecimiento: la Comuna de París (marzo-mayo de 1871), en el que muchos de sus contemporáneos no dejaron de señalarla como un espectacular episodio de la “lucha de clases”. ¿Cuáles fueron las causas de la sublevación? Evidentemente, la Internacional ejerció muy poca influencia sobre ella. Al terminar la guerra, en París, la federación de la guardia nacional trató de conservar las armas que poseía, y poner a buen seguro los cañones comprados gracias a una suscripción pública. Algunos quizá pensaban en oponerse a la ocupación de una parte de París por parte de los prusianos tal como rezaba una cláusula del armisticio. De este modo, cuando el nuevo jefe del gobierno francés, Thiers envió tropas para retirar los cañones, una muchedumbre enardecida ejecutó a dos generales, sin que nadie haya dado el orden (marzo de 1871). Comenzaba así, el conflicto entre un gobierno conservador -Thiers debió huir y refugiarse en Varsalles- y el “pueblo” de París, a través de una revuelta espontánea, de objetivos poco claros, y de carácter popular y pequeñoburgués más que estrictamente obrero. La dirección pronto quedó a cargo no tanto de los socialistas participantes de la Internacional -algunos fueron elegidos como miembros del Consejo que gobernaba la Comuna-, sino de los jacobinos fascinados por los recuerdos de las imágenes de las jornadas de 1789.

 Ver Unidad 3.

Los logros de la Comuna fueron modestos. Se adoptó la bandera roja, se tomaron algunas medidas anticlericales -incluida la ejecución del Arzobispo de París- y algunas pocas medidas sociales, como la supresión de los alquileres. Sin embargo, pese a esta modestia y a su brevedad -menos de tres meses-, la Comuna se transformó en un símbolo de la “lucha de clases”. El terror que inspiró en los gobiernos se reflejó en la brutal represión que siguió: 47.000 personas fueron juzgadas, 7.000 deportadas o exiliadas, fue incalculable el número de muertos. Incluso, su recuerdo llevó a que en 1873 se formara la Liga de los Tres Emperadores (Alemania, Austria y Rusia) para defenderse de ese radicalismo que amenazaba tronos e instituciones. Pero también fue un símbolo para la izquierda: Lenin, después de octubre de 1917, contaba los días para finalmente poder decir “Hemos durado más que la Comuna”.

 Ver Unidad 5.

La Comuna fue fundamentalmente un símbolo. Con ella terminaba la época de las grandes insurrecciones. El socialismo de la década de 1880 ya no esperaba una pronta instauración de la nueva sociedad. Su éxito todavía se limitaba a algunos sectores restringidos del proletariado y a una importante capa intelectual, pero su influencia era todavía muy escasa sobre las amplias masas que conformaban el mundo del trabajo.

4.2.3. Un mundo a la defensiva: aristócratas y campesinos

Las aristocracias europeas, si bien en retirada desde 1830, conservaban aún una importante cuota de poder. Hasta la década de 1880 dieron la tónica en los círculos mundanos de París, Londres, Berlín o Viena: la obra literaria de Proust todavía rememoraba a esa aristocracia de salón que lanzaba sus últimos fulgores hacia finales del siglo. El poder de esta aristocracia se sustentaba, en parte, en su riqueza. La explotación de sus tierras continuaba, en efecto, proporcionándole grandes rentas. En Inglaterra, por ejemplo, aún después de la industrialización, las mayores fortunas continuaban siendo las de los Pares del Reino. Pero también continuaban conservando una

PALMADE, GUY (1978):
 Capítulo 3: "La so-
 ciedad y los grupos socia-
 les", en: *La época de la bur-
 guesía*, Madrid, Siglo XXI,
 pp. 133-164.



Ver Unidad 3.



importante cuota de influencia política: en el mundo rural ejercía un sólido poder de hecho. En Francia, por ejemplo, si bien allí la nobleza había perdido antes que en otras partes sus privilegios legales, hacia 1870 ocupaba una décima parte de los puestos de alcaldes de pueblo.

En la segunda mitad del siglo XIX, la más poderosa e influyente de las aristocracias europeas era, sin duda, la aristocracia inglesa. Era un grupo que había sabido adaptarse a la nueva situación, y que había hecho un sitio a la alta burguesía - a los *gentlemen*-, conformando poco a poco, sin descartar diversas vías como la del matrimonio, una nueva elite dirigente que asumió gran parte de las tradiciones aristocráticas. La aristocracia alemana era mucho más conservadora pero también más débil que la inglesa, entre ella sólo un grupo contaba, la nobleza prusiana de los *Junker* que controlan una importante parte del suelo a donde habían podido introducir un verdadero capitalismo agrario. Si bien no era una nobleza siempre antigua -algunos burgueses habían logrado introducirse en ella por vía del matrimonio o por compra de tierras- mantenía un cerrado espíritu de casta, desprecio por la burguesía industrial y liberal, una actitud fuertemente conservadora en materia política y religiosa y gusto por el arte militar. Y también era la que controlaba gran parte de los puestos de la administración imperial.

En Francia, la aristocracia constituía una clase heterogénea en la que se codeaban la nobleza anterior a 1789, con la creada por Napoleón I durante el Imperio y la más reciente de la Restauración (1815-1830). Incluso, cerca de ellos se ubicaban aquellos burgueses muy ricos que habían tomado la costumbre de vivir como nobles: retirados en fincas campestres, transcurrían sus existencias ociosas. Pero si bien el poder efectivo de la aristocracia se había diluido después de 1830, continuaba manteniendo una importante cuota de prestigio social. De este modo, resultaba casi "natural" confiarles el destino del país en las horas graves: frente a crisis sociales - tanto después de la revolución del cuarenta y ocho como de los acontecimientos de la Comuna de París (1871)-, los nobles ingresaron masivamente en las Asambleas nacionales elegidos por el sufragio universal. Incluso, hacia fines del siglo, si bien ya no ocupaban altos cargos administrativos, de sus filas se reclutaban oficiales y embajadores.

Como señala Palmade, resulta curiosa esta supervivencia aristocrática en el mundo burgués. Es tal vez una supervivencia que pone en relieve los límites de la conquista burguesa. La burguesía experimentaba una especie de complejo de inferioridad frente a las jerarquías heredadas del pasado. Y más que derribarlas totalmente buscaba imitarlas e insertarse en ellas. Aunque la burguesía poseía el poder económico, no titubeaba en conferir a las antiguas elites cierta delegación del poder político y administrativo. Sin embargo, tampoco hay dudas de que la aristocracia constituía una clase en retirada cuya influencia decrecía paulatinamente hacia fines del período.

En la Europa de la segunda mitad del siglo XIX, el mundo campesino continuaba siendo una sólida realidad. En rigor, la excepción la constituía Inglaterra: el campesinado, hacia 1880, constituía sólo un 10% de la población activa. Allí se había impuesto una empresa agrícola que ya no mantenía ninguna relación con las tradiciones rurales sino que era un apéndice del mundo urbano e industrial, obedeciendo a las normas de gestión de cualquier otra empresa. De este modo, Inglaterra había una vía que habrán de seguir los países del continente europeo con un siglo de atraso.

La situación de Alemania y de Francia era, sin duda, diferente a la inglesa. Es cierto que las transformaciones de la agricultura que posibilitaron la industrialización alemana -de las que los *Junkers* muchas veces tomaron la iniciativa- habían producido profundos cambios en el mundo rural. Sin embargo, en algunas regiones, la presencia campesina aún era notable. ¿Cuál era la situación de este campesinado? Resulta difícil generalizar sobre situaciones muy diversas. No se puede considerar con la misma medida a la pequeña choza de las landas de Hannover y a la gran explotación de Sajonia, ni al viticultor de la Moselle y al campesino de los macizos montañosos. En todas partes, sin embargo, parecía predominar un pequeño campesinado propietario que explotaba personalmente la tierra con la ayuda familiar. Su situación podía ser compleja -dificultades de comunicación por la falta de caminos comunales-, pero la secularización no alcanzaba a modificar las costumbres y las viejas fiestas campesinas jalonaban el ciclo del trabajo. Pese a los años difíciles por la competencia extranjera, como entre 1870 y 1890, gracias a una adaptación rápida y constante, a la cooperación y el crédito agrícola, el campesinado alemán resistía y lograba sobrevivir.

Francia, por su parte, era un país de campesinos -entre 1850 y 1880 constituyen la mitad de la población activa- hostiles a toda innovación. Entre ellos hay muchos propietarios, pero también colonos o arrendatarios instalados en las tierras de nobles o burgueses. Fuertemente individualistas -a diferencia de los alemanes- los campesinos franceses se negaban a cualquier tipo de cooperación. Esto no significa que su situación fuese fácil: la mayor parte de los campesinos -que cultivaban menos de 10 hectáreas- obtenía una renta inferior a la de los trabajadores urbanos en términos monetarios. Sin embargo, la comparación no es totalmente válida: los campesinos obtenían alimento de sus huertos, consumían lo que producían, obtenían madera en el bosque más próximo, satisfechos de no tener ningún patrón que dirigiese su trabajo. De este modo constituían un mundo estable, sin reivindicaciones especiales.

En síntesis, frente a las transformaciones económicas y sociales que se vivían en Europa las clases sociales del antiguo orden buscaban sobrevivir, procurando adaptarse o presentando resistencia frente a los cambios. Y la inercia muchas veces triunfaba sobre las innovaciones. Pero también es cierto que, pese a todas las resistencias, la expansión capitalista cambiaba al mundo y consolidaba el apogeo de la burguesía.

4.3. Las ideas y los movimientos políticos y sociales

4.3.1. Las transformaciones del liberalismo: democracia y nacionalismos militantes

Junto con la burguesía, también había triunfado su principal fundamento ideológico, el *liberalismo*. Programa político y económico, se proponía conducir a Europa a un futuro mejor borrando todos los obstáculos que se oponían a ese avance. Sin embargo, este programa comenzó a encontrar resistencias, y sufrir enconadas críticas que provenían tanto de la izquierda como de la derecha. De este modo, estas resistencias y los mismos cambios que vivía la sociedad no dejaron de impactar sobre un liberalismo que comenzó también a sufrir transformaciones.

En los últimos decenios del siglo XIX, cabían pocas dudas de que el liberalismo era el programa que se había impuesto en gran parte de Europa Occidental. Era además el programa que gozaba de mayor prestigio: se lo consideraba una fuerza progresista, la única con posibilidades de éxito para desplazar a los resabios del tradicionalismo. En rigor, casos como las monarquías absolutas de la Rusia de los Zares y del Imperio austrohúngaro eran casos extremos, excepcionales, y percibidos como anacrónicos. Pero también es cierto que en Europa occidental, las fuerzas conservadoras, que aún mantenían algunas posiciones de poder, no dudaron en alinearse para atacar al liberalismo, considerado como una doctrina errónea y peligrosa, que irremediablemente conduciría a la destrucción del orden social.



MOMMSEN, WOLFGANG (1973), Parte A, Cap. 1 “Las ideologías políticas”, en: *La época del Imperialismo*, Madrid, Siglo XXI, pp. 5-34.

De un modo u otro, era indudable que este *conservadurismo* se encontraba en retirada. Sus argumentos tradicionales como el origen divino del poder político y del orden social establecido, y la legitimidad exclusiva del derecho tradicional perdían cada vez más fuerza en un mundo que se transformaba rápidamente. De esta manera, frente al liberalismo, los conservadores sólo podían proceder por reacción, sin alcanzar propuestas positivas: frente al “progreso” hacían hincapié en el “orden” y la “estabilidad”; y oponían las “tradiciones” frente a todo lo que significara cambio o novedad. Pero este conservadurismo en retirada encontró algunas fortalezas desde las cuales resistir. Y una de ellas fueron las Iglesias.

En efecto, el anglicanismo en Inglaterra, el protestantismo en Alemania y el catolicismo, en los países latinos -fieles a las monarquías- pronto se transformaron en baluartes del conservadurismo. Todas estas Iglesias eran profundamente antiliberales, aunque sólo la mayor de ellas, la Iglesia católica se pronunció explícitamente en contra del liberalismo. En 1864, el papa Pío IX había publicado el *Syllabus*, en el que se condenaban los errores modernos. En el documento se enumeraba ochenta errores: entre ellos, el “naturalismo” -la negación de la acción de Dios sobre el mundo-, el “racionalismo” -el empleo de la razón sin referencia a Dios-, el “indiferentismo” -considerar equivalentes a todas las religiones- la “enseñanza secular”, y la “separación de la Iglesia y el Estado”. El último de los errores señalados era precisamente el liberalismo.

La Iglesia podía ejercer una influencia conservadora sobre la sociedad en la medida en que, a pesar de la innegable secularización, aún mantenía ciertos controles. Y estos eran ejercidos sobre todo a través de la familia burguesa, institución conservadora en sí misma. La Iglesia introducía en el mundo burgués efectivas quintacolumnas a través de la piedad tradicional de las mujeres, y ejercía su influencia a través del control de las ceremonias de bautismo, casamientos y entierros, y de una cuota considerable de la educación. Pero también es cierto que ya hacia la década de 1880, la Iglesia, bajo el embate de los liberales había perdido muchos de estos controles: no sólo la enseñanza comenzó a secularizarse, sino que fue el Estado el responsable de llevar los registros de nacimientos, matrimonios y muerte.


Parecía que el conservadurismo poco podía hacer frente al avance arrollador del liberalismo.

En rigor, muchas veces, las viejas capas aristocráticas podían mantenerse, adaptándose a la nueva situación, a través de alianzas con la burguesía y con sectores del campesinado. Sin embargo, esta no era la estrategia de aquellos sectores del conservadurismo reacios a toda transacción con el mundo “moderno”. Para ellos, aún quedaban bastiones que les permitían salir en defensa de sus posiciones. Y el principal de estos bastiones fueron las fuerzas armadas. La marina en Inglaterra y los ejércitos en el continente -particularmente en Alemania- fueron el refugio donde se perpetuaban las tradiciones aristocráticas, en un mundo burgués que incluso comenzaba a democratizarse.

El gran avance del liberalismo no se hizo sin conflictos. Y el principal problema que se planteó a la burguesía liberal fue precisamente el de la *democracia*. Estaba cada vez más claro que las “masas”, es decir, los “no respetables”, la misma clase obrera, constituían un amplísimo sector que cada vez más contaba en política. Estaba bastante claro que, tarde o temprano, todos los sistemas políticos tendrían que darles un lugar. Y esto era algo que aterrorizaba a los “respetables”, quienes consideraban a las masas ignorantes y peligrosas por definición. El problema radicaba en que el liberalismo, por un lado, carecía de reservas teóricas sólidas contra los avances de la democracia. Si sus fundamentos políticos eran la participación de la “nación” -entendida como el conjunto de ciudadanos- en la vida política, y la defensa de los derechos individuales, el liberalismo ofrecía argumentos muy pobres para negar derechos políticos, como por ejemplo, el sufragio.

Se reconocía la necesidad de ampliar el derecho al voto, pero el problema que se planteaba era ¿hasta qué límite? Dentro de la masa, ¿cuáles eran los sectores que podían considerarse “respetables” y cuáles eran las clases “peligrosas”? Era tal vez posible movilizar a una pequeña burguesía a la que le era difícil decidir a quién temía más si a los ricos o al proletariado. Indudablemente, la pequeña propiedad necesitaba igual defensa que la gran propiedad frente a las amenazas del socialismo; los empleados de “cuello blanco” necesitaban diferenciarse de los simples trabajadores manuales. Incluso, algunos conservadores estaban dispuestos a más: Bismarck, por ejemplo, confiaba en la lealtad tradicional de un electorado de masas y consideraba que el sufragio universal fortalecería más a la izquierda que a la derecha (aunque también es cierto que prefirió no correr riesgos y mantuvo en Prusia un sistema que le permitía un estricto control sobre los votos).

Ya en el reavivamiento de las presiones populares en la década de 1860 hizo imposible que la política se aislara del debate sobre el sufragio universal. Y la mayoría de los Estados occidentales tuvieron que resignarse a lo inevitable: durante este período, en casi todos los Estados europeos se realizaron ampliaciones más o menos significativas del derecho al voto. Hacia 1873, únicamente la Rusia de los Zares y el Imperio turco eran los únicos países que se mantenían como autocracias, sin ninguna forma de participación política. En la década de 1870, había habido una amplia extensión del sufragio -en teoría, el sufragio universal para los varones- en Francia, Alemania, Suiza y Dinamarca. En Gran Bretaña, las leyes de 1867 y 1883 cuadruplicaron prácticamente el número de electores. En 1894, en Bélgica una huelga general para obtener la reforma electoral permitió que el número de

◀  HOBBSAWM, ERIC J. (1989), Cap. 4: La política de la democracia”, en: *La era de imperio (1875-1914)*, Barcelona, Labor, pp. 85-112.

votantes pasara del 4% al 37% de la población masculina. En 1907, el sufragio universal se estableció en Austria y, en 1913, en Italia.

Y esta ampliación del sufragio se debió no sólo a las carencias teóricas del liberalismo y a las presiones que llegaban desde abajo sino al contundente hecho de que las burguesías necesitaban la “fuerza del número”. En efecto, ni las viejas aristocracias ni las burguesías constituían mayorías, no contaban con la “fuerza del número”. Pero la diferencia radicaba en que las aristocracias no necesitaban de esa fuerza: ejercían influencia de hecho y estaban parapetadas en instituciones que la protegían del voto. Las mismas monarquías -la forma predominante de gobierno en Europa- les daba un apoyo político sistemático. Pero la burguesía, si bien confiaba en su riqueza, en su destino histórico y en ideas que eran los fundamentos de los Estados modernos representativos, necesitaban de los votos: necesitaban, por lo tanto, movilizar a los “no burgueses”, a esas masas trabajadoras que constituían las mayorías. Y si el liberalismo se convirtió en una fuerza política considerable esto fue posible precisamente por su capacidad para movilizar también a las capas más bajas de la burguesía y de los trabajadores manuales. Y evidentemente el éxito les sonrió: por lo menos en las primeras décadas de este período, los liberales, partido clásico de las burguesías industriales y comerciantes se mantuvieron en el poder, salvo interrupciones ocasionales, en Inglaterra, Holanda, Dinamarca, Bélgica y Austria.

De un modo u otro, en este proceso de democratización, el liberalismo fue sacudido profundamente. Algunos, a partir de 1895, como Samuelson y Hobson, en Inglaterra, y Friedrich Naumann, en Alemania, comenzaron a plantear la necesidad de una renovación del liberalismo. No sólo aspiraban a realizar el principio de la soberanía mediante el sufragio universal, sino que también comenzaron a considerar anticuados algunos principios liberales como el del *laissez faire*, principios que debían ser sustituidos por un vasto plan de “reformas” políticas y sociales bajo la responsabilidad del Estado. Consideraban que el liberalismo debía ser adaptado a las necesidades de la sociedad generada por la industrialización; consideraban además que este *reformismo* atraería a vastas capas de la población y permitiría acabar con las supervivencias del poder aristocrático. En síntesis, desde el liberalismo comenzó a conformarse una rama más democrática, que fue calificada como *radical*, *progresista*, o *reformista*.

Sin embargo, las tendencias ideológicas y políticas de la época fueron por una dirección opuesta. Muchos temían que la democratización condujera irremediamente al reino del terror de las masas. De allí que la burguesía liberal comenzara a mirar cada vez con más simpatía al conservadurismo. Sobre todo después de los acontecimientos de la Comuna de 1871, el empuje liberal fue perdiendo fuerza: concentró sus esfuerzos en mantener las posiciones conquistadas. Y en este proceso, el conservadurismo proveyó a un liberalismo cada vez más conservador algunos conceptos políticos claves, entre ellos, el del *nacionalismo*.

El nacionalismo había sido un concepto que en sus orígenes se vinculaba con el liberalismo y la democracia. La idea de *nación*, como comunidad de todos los ciudadanos políticamente maduros estuvo ligada a los principios liberales y democráticos: el liberalismo italiano, por ejemplo, concebía la unidad nacional y la libertad política como dos aspectos que no podían separarse. Sin embargo, término mismo de nacionalismo no apareció hasta en las postrimerías del siglo XIX. Comenzó a emplearse para definir grupos

Ver Anexo: Acerca de las unificaciones de Italia y de Alemania.



de ideólogos de derecha, en Francia y en Italia, quienes agitaban la bandera nacional contra los extranjeros, los liberales y los socialistas. Y este empleo no fue arbitrario. La idea de la nación -que novedosamente se definía en términos étnicos y, especialmente lingüísticos- se transformó no sólo en una fuerza aglutinante para amplios sectores sociales, sino que convirtió en una militante ideología se adueñó de la derecha política.


Indudablemente, la idea de nación fue un factor aglutinante. Con el declive de las comunidades reales a que estaba acostumbrada la gente -la aldea, la familia, la parroquia, el barrio, el gremio- comunidad imaginaria de la “nación” llenaba ese vacío. Esto indudablemente estuvo vinculado al fenómeno característico del siglo XIX, de la “nación-Estado”. Era el Estado el que creaba la nación: a través de los controles burocráticos de los nacimientos, por ejemplo, era quien otorgaba la “nacionalidad”. Pero había más, habiéndose debilitado los antiguos nexos sociales, el Estado debía mantener la cohesión creando nuevos nexos de lealtad. No sólo los símbolos nacionales se multiplicaron sino que la misma instrucción pública estatal, al difundir la unidad lingüística e ideológica, se transformó en un agente indispensable de la construcción de la nación. Como señala Hobsbawm, hasta el triunfo de la televisión, ningún medio de propaganda podía compararse con la eficacia de las aulas.

Pero fue fundamentalmente el conservadurismo, atrincherado en las fuerzas armadas, el que configuró un nuevo concepto de nacionalismo agresivo y militante. Dicho concepto se basaba en la idea de la “grandeza de la nación”, grandeza que se establecía a partir de la “superioridad” de una nación sobre las otras. Y hay un ejemplo paradigmático: fue en estos años cuando la canción *Deutschland Über Alles* (Alemania sobre todos los demás) se consagró como el himno nacional alemán.

Y este agresivo nacionalismo pronto se vinculó con el *imperialismo*: para ser una “gran” nación, no era suficiente ser una potencia europea, era necesario ser una “potencia mundial”. Se consideraba que únicamente las naciones capaces de transformarse en imperios se impondrían en el futuro: los imperios coloniales eran la condición de la grandeza nacional. El advenimiento de este nacionalismo imperialista y militarista provocó un cambio en la conciencia política europea. Y la burguesía liberal aceptó gustosamente esta ideología conservadora que les daba la justificación ideológica de la expansión imperialista.

Este nacionalismo agresivo y militante -que contaba muchas veces con el entusiasta apoyo de las masas-, daba, de este modo, su fundamento al imperialismo. Este se apoyaba en la “superioridad” de los conquistadores. El mismo “humanitarismo” del poeta inglés Rudyard Kipling (1865-1936), sobre “la responsabilidad del hombre blanco”, es decir, sobre el deber de transmitir a los pueblos conquistados los avances de la civilización europea, se apoyaba en la firme convicción de la “superioridad” de unos y la “inferioridad” de los otros. E incluso, esto recibió la aprobación “científica” de los social-darwinistas, que trasladaron la doctrina de la “lucha por la existencia” a la vida de las naciones: de allí se justificaba el dominio que los “superiores” podían y debían ejercer sobre los “inferiores”.

En esta línea, el concepto de nación pronto derivó en el de *raza*. Las razas blancas, y en especial las arias, parecían estar llamadas a dominar a los pueblos de color gracias a su “superioridad” y mayor cultura. Dentro de este clima de ideas, el *antisemitismo* comenzó a extenderse por toda Europa hacia la década de 1880. En nombre de la “nación” se renovaron entonces

 HOBBSAWM, ERIC J. (1991), Chap. 4 “The Transformation of Nationalism”, en: *Nations and Nationalism since 1780. Programme, Myth, Reality*, Cambridge-New York, Cambridge University Press, 1870-1918, pp. 101-130.

Escuchar temas musicales 4.10. a 4.13. Richard WAGNER: *El anillo del Nibelungo* (fragmentos de la tetralogía: *El oro del Rhin*, *La Walkiria*, *Sigfrido*, y *El ocaso de los dioses*).



los antiguos postulados que reclamaban la asimilación de los judíos en las diversas naciones, a través de la renuncia a sus peculiaridades culturales y religiosas. Sin embargo, esto también tuvo otros impactos: hacia mediados de la década de 1890, Theodor Herzl iniciaba el movimiento sionista entre los judíos, en nombre de un nacionalismo hasta ese momento desconocido.

Pero también el antisemitismo se profundizó. En muchos lugares de Europa, junto con las exigencias de asimilación, aparecieron nuevas voces que pedían la exclusión radical de los judíos del cuerpo de la “nación”. Aparecieron incluso quienes llegaban a formular oscuras amenazas de exterminio a aquellos que no decidiesen emigrar voluntariamente. Y este clima de ideas permite valorar el significado del *affaire* Dreyfus (1894). En efecto, cuando el oficial francés Alfred Dreyfus fue acusado y condenado por espionaje -a pesar de los fuertes debates y las denuncias de intelectuales como Emile Zola- pocos dudaron de su culpabilidad: su condición de judío era la causa de su condena.

El terror a la democratización, el violento nacionalismo, el racismo fueron elementos que confluyeron en un conservadurismo radical, de extrema derecha, que en Francia encontró una cabeza indiscutible en Charles Maurras. Desde 1899, *Acción Francesa* propiciaba la creación de un Estado corporativo de carácter autoritario, basado en una idea monárquica de matriz clerical, mientras difundía una ideología de fuerte atracción emocional, donde las denuncias sobre la “decadencia burguesa” se confundían con la apología de un militante nacionalismo. Desde la perspectiva de *Acción Francesa*, la nación era el valor supremo, posición que la llevó a considerar -cuando el capitán Dreyfus fue rehabilitado (1906)- que un error de la justicia carecía de importancia si este servía a los intereses de la nación. De este modo, a fines del siglo XIX, en Europa se comenzaba a conformar una derecha que, en muchos aspectos, parecía anunciar el clima de los futuros años de entreguerras.

4.3.2. El desafío a la sociedad burguesa: socialismo y revolución

Como señala Mommsen, mientras entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX se conformaba la derecha que constituiría la principal amenaza al liberalismo y la democracia, también dentro de la izquierda se agrupaban contrincantes en un número cada vez más considerable. Como en los años anteriores, las tendencias ideológicas fueron variadas: anarquistas y socialistas, sindicalistas y reformistas debatían ardorosamente las formas que debía asumir la liberación del proletariado del “yugo” de la sociedad burguesa. Sin embargo, pronto el horizonte ideológico se clarificó: un socialismo de tipo marxista se ponía a la cabeza de los distintos grupos de izquierda.

Había, por supuesto excepciones, en España, Italia y Rusia, es decir, sociedades con un fuerte componente rural y escaso desarrollo industrial, el “socialismo científico” de Marx y Engels, con su profecía del triunfo del proletariado, tenía mucho menos cabida que la imagen de una sociedad descentralizada, con cooperativas agrícolas e industriales autónomas. De allí la persistencia del anarquismo. También Inglaterra constituyó un caso aparte: tras la derrota del *cartismo*, el movimiento sindical aspiraba a discretas reformas sin conmovir el sistema establecido. Y esta tendencia quedó claramente expresada en la orientación del Partido Laborista, fundado hacia fines del siglo: política social reformista en el marco del sistema parlamentario y apoyo recíproco entre partido y sindicatos.

Ver Unidad 3.



Pero como señalábamos anteriormente fue un socialismo de tipo marxista el que se impuso en el continente. Y en este proceso cumplió un papel importante la socialdemocracia alemana. En efecto, en 1890, el Partido Socialdemócrata alemán había adoptado un programa, redactado por Karl Kautsky, su principal ideólogo, que se ajustaba a los principios del marxismo. Sobre la base de tales principios, el programa declaraba que “la transformación de la propiedad privada capitalista de los medios de producción en propiedad colectiva” era la condición necesaria para la liberación “no sólo del proletariado, sino de toda la humanidad”. Pero también se establecían las líneas a las que se ajustaría la “lucha política”: en primer lugar, la “revolución de las mentes”, es decir, la preparación ideológica del proletariado para la revolución socialista; en segundo lugar, un programa de reformas políticas, que el partido se comprometía a realizar, dentro del sistema establecido, para mejorar las condiciones de los trabajadores.

En rigor, el programa alemán no era estrictamente “revolucionario”. En él subyacía la confianza en un proceso “evolucionista”: el mismo proceso histórico, gracias a la dinámica del desarrollo económico, daría a la clase obrera -siempre que esta mantuviera su unidad y su conciencia de clase- de forma casi irremediable y automática, el poder político. Sin embargo, pese a las críticas que se le hicieron desde la extrema izquierda, este programa fue el que más éxito alcanzó en Europa. Además, el Partido Socialdemócrata alemán, que se había transformado en una fuerza política sustentada por amplias masas populares, se transformó en el modelo a alcanzar para los otros partidos socialistas europeos.

La influencia de la socialdemocracia alemana quedó ampliamente demostrada en el congreso que organizó en París, en 1889, la *Segunda Internacional Socialista*. Es cierto que, en esa ocasión, también se tomaron medidas “combativas”, como la declaración del Primero de Mayo, “día de la lucha del movimiento obrero internacional a favor de la jornada de ocho horas”. En rigor, esto constituyó una concesión de la socialdemocracia -que hubiera preferido acciones más legalistas- a la presión de los grupos más radicalizados: el Primero de Mayo se transformó en una bandera del movimiento socialista y en algunos países, como en Francia, fue considerado un día de lucha contra el orden establecido. Pero también es cierto que el programa alemán fue el que se impuso en la nueva organización. De este modo, durante la década de 1890, un socialismo de este tipo parecía imponerse en toda Europa: en varios países, mientras decrecía la influencia anarquista, se organizaban partidos socialistas siguiendo el modelo alemán. Incluso en Rusia, también se organizaba, en 1898, bajo la dirección de Plejanov, el Partido Obrero Socialdemócrata ruso, en la más absoluta clandestinidad e ilegalidad.

Sin embargo, la unidad ideológica dentro de la *Segunda Internacional* no fue duradera. La cuestión que se planteó fue precisamente, ¿hasta qué punto esa política reformista propuesta por la socialdemocracia no implicaba colaborar con gobiernos “burgueses” es decir, con gobiernos que se encontraban en manos de los “enemigos de clase”? Quienes propiciaban una política de “pequeños pasos” que implicaba el compromiso con otras fuerzas políticas -tachados de “revisionistas” por sus oponentes- se basaban en la introducción que Engels escribiera en 1895 para una reedición de la obra de Marx, *La lucha de clases en Francia*, donde afirmaba que la socialdemocracia alcanzaría la revolución socialista por la vía parlamentaria legal. El con-

flicto estalló abiertamente en Francia, cuando el jefe del Partido Socialista, Alexandre Millerand aceptó una cartera ministerial en el gobierno de Waldeck-Rousseau. Si bien él intentó justificarse señalando que después del *affaire* Dreyfus era necesario defender la república de sus enemigos de extrema derecha, sus argumentos no convencieron a quienes lo calificaron de “traidor” a la clase obrera.

La socialdemocracia alemana estableció su punto de vista en la *Segunda Internacional*: el socialismo no debía participar en coaliciones burguesas, ni colocarse en el terreno de un simple reformismo dentro del establecido. Evidentemente, aún no se quería renunciar al mito revolucionario. Pero esto también fue fuente de conflictos. La posición “evolucionista” que mantenía la socialdemocracia, junto con la negativa a actuar junto con otras fuerzas políticas conducía a un “inmovilismo”, que fue denunciado por grupos que aspiraban recuperar el impulso revolucionario del marxismo.

Entre estos últimos, la cuestión que se planteaban era la naturaleza que debía asumir la “revolución”. Y tal vez porque se consideraba que las perspectivas de revolución allí eran posibles e inmediatas, el debate se dio principalmente entre intelectuales marxistas del este de Europa, procedentes del Imperio de los Habsburgos o del Imperio zarista. Y una de las cuestiones básicas que se planteó fue el de la *huelga* política. Huelgas generales cada vez más amplias habían sacudido a varios países europeos a comienzos del siglo XX. Pero fundamentalmente, la revolución rusa de 1905, había demostrado lo que podían esperar los trabajadores de una huelga de masas. Rosa Luxemburgo, a partir de la experiencia rusa, fue una de las principales defensoras de la huelga general como método de lucha. En su obra *Huelga de masas, partido y sindicatos* (1906), Rosa Luxemburgo desarrolló una nueva teoría revolucionaria: huelgas espontáneas, de amplitud e intensidad cada vez mayores, provocarían la caída de la sociedad burguesa permitiendo instaurar la “dictadura del proletariado”. En síntesis, para ella, la revolución socialista sería el resultado de la acción *espontánea* de las masas.

El “espontaneísmo” de Rosa Luxemburgo se oponía a la estrategia que Lenin, del Partido Socialdemócrata ruso, había diseñado en su obra *¿Qué hacer?* (1902). Dada la clandestinidad en que la socialdemocracia debía moverse en Rusia -y de la experiencia política que allí se había acumulado-, Lenin consideraba que el partido debía transformarse en una “organización de revolucionarios profesionales”, dirigida autoritariamente. El partido no debía tener por función organizar a las masas sino que debía transformarse en una “vanguardia” que condujera a la revolución. Esto no significaba que las masas proletarias y sus representantes sindicales no debían participar en la lucha, sino que debían estar subordinados a la conducción partidaria.

En un congreso del partido socialdemócrata ruso, celebrado en Londres en 1903, Lenin expuso su estrategia revolucionaria. Sus oponentes fueron vencidos en las votaciones. Y este memorable cisma dentro del socialismo ruso dio origen a la denominación de los partidarios de Lenin, *bolcheviques* -es decir, mayoría- porque triunfaron sobre los *mencheviques* -es decir, minoría-. Comenzaba así un nuevo ciclo para la izquierda socialista. Y la crisis de las ideologías tradicionales -el conservadurismo y el liberalismo- junto al desarrollo de una extensa gama -de derecha a izquierda- de direcciones políticas eran simplemente el reflejo de las tensiones que cruzaban a la sociedad. Y estas ya anunciaban la guerra y la revolución.

Ver Unidad 5.



4.4. Anexo: Acerca de las unificaciones de Italia y de Alemania


4.4.1. La unidad italiana


El Congreso de Viena, al rehacer el mapa de Europa, había formado en Italia siete Estados distintos que conformaban bloques de distintas tendencias. El reino lombardo-veneciano, los ducados de Parma y Módena y el gran ducado de Toscana se encontraba bajo la influencia directa e indirecta de Austria; en el centro de la península, los estados pontificios mantenían sus antiguos territorios bajo la soberanía absoluta del Papa, y en el sur, una rama borbónica había obtenido nuevamente el Reino de las Dos Sicilias. Únicamente el reino de Cerdeña, integrado por Piamonte, Saboya, Génova, Niza y la isla de Cerdeña, en manos de una dinastía italiana -la casa de Saboya- mantenía su autonomía en medio de difíciles circunstancias.

La agitación nacionalista y liberal, durante los convulsivos períodos de 1830 y 1848, se había mostrado impotentes frente a los estados, especialmente Austria, que respaldaban el orden establecido. Sin embargo, tras los sucesos del 48, el reino de Cerdeña había adquirido una fisonomía distinta: se presentaba como un Estado auténticamente liberal e italiano. El rey Carlos Alberto había establecido un sistema constitucional de monarquía limitada, que fue mantenido por su hijo y sucesor Víctor Manuel II a pesar de las presiones de las potencias autocráticas para que volviera sobre sus pasos. De este modo, la dinastía de los Saboya se transformó en el baluarte del liberalismo italiano que aspiraba a la unidad. Y en este proyecto cumplió un papel esencial, Camilo Benzo, conde de Cavour, quien integraba el gabinete del reino desde 1850, y quien fue el responsable de la reorganización del Estado sardo y de una estratégica alianza con Francia.

En 1859, Austria declaró la guerra al reino de Cerdeña. Tras una breve campaña los austríacos fueron derrotados por los ejércitos sardo-franceses en las batallas de Magenta y Solferino. En muy pocos días, Víctor Manuel II había logrado incorporar a su reino a Toscana, Parma y Módena. Los ejércitos italianos estaban dispuestos a marchar sobre Venecia en una campaña que les permitiría dominar el norte de la península. Sin embargo, un armisticio entre Francia y Austria -por el que Austria cedía la Lombardía a Francia, que a su vez la entregaba al reino sardo, y Francia reconocía el poder de Austria sobre Venecia- detuvo los proyectos.

Al año siguiente la situación cambió. Mientras una serie de plebiscitos confirmaban la decisión de los estados del centro de Italia -Módena, Parma, Florencia y Bolonia- de permanecer anexados al reino sardo y otros consagraban la decisión de entregar Niza y Saboya a Francia, como precio por la ayuda recibida anteriormente, se reiniciaron las acciones militares. Desde Sicilia, José Garibaldi -un ejemplo del característico aventurero del siglo XIX- iniciaba una audaz campaña que le permitió ocupar el reino de Nápoles. Desde el norte, el ejército sardo, inició operaciones que le permitieron apoderarse de los estados pontificios, con excepción de Roma, hasta unirse con las fuerzas de Garibaldi. Poco después, mediante plebiscitos, la Italia meridional y los estados papales resolvían anexarse al reino de Cerdeña. De este modo, en marzo de 1861, Víctor Manuel II podía tomar el título de rey de Italia.

 Ver Unidad 3.

 Ver mapa 4.14. La Unidad de Italia.


 Ver Unidad 3.

Sin embargo aún quedaban problemas para concretar la unidad de Italia, y el principal era el planteado por la posesión de Roma, residencia del Papa. Y para muchos italianos, que consideraban a esta ciudad la capital “natural” del reino, esto constituía una disminución de su patrimonio nacional. El Papado se encontraba protegido por una guarnición francesa ubicada en Roma desde la insurrección de 1849, sin embargo, cuando se retiraron esas fuerzas durante la guerra franco-prusiana, se planteó la situación propicia. El 20 de septiembre de 1870 los tropas italianas ocupaban Roma y establecían allí la capital del reino, mientras el papa Pío IX se atrincheraba en los palacios del Vaticano declarándose a sí mismo “Prisionero del Reino de Italia”. La situación -la llamada “cuestión romana”- pronto se transformó en un símbolo de la relación entre la Iglesia y el Estado dentro del nuevo clima del liberalismo y recién encontró una salida en 1929, cuando el Papado firmó con el gobierno de Mussolini los Tratados de Letrán que constituyeron un pequeño estado independiente, la Ciudad de Vaticano.

Ver Unidad 5. 

4.4.2. La unidad alemana


En Alemania, como en Italia, los movimientos liberales y nacionalistas de 1830 y 1848 habían fracasado, sin embargo, también en la segunda mitad del siglo XIX, Alemania concretó su camino hacia la unificación, aunque en este caso por vías alejadas del liberalismo. Después de 1815, el territorio alemán había quedado dividido en numerosos estados que se agrupaban en una confederación presidida por Austria. Sin embargo, el hecho político más relevante fue la posición de predominio reconocida a Prusia, como “gendarme” europeo. Pese a la actitud vigilante que mantenía frente al ascendiente reino de Prusia, Austria no había podido impedir que en 1819 organizara el *Zollverein* o Unión Aduanera, sobre cuya base se afianzó la unidad entre diversos estados que pronto comenzaron a reconocer la hegemonía prusiana.

Ver Unidad 3. 

En 1861, llegó al poder Guillermo I, cuyos proyectos de unificación y de dominación de Prusia eran conocidos. Estaba convencido, además, de que esa unidad sólo podría lograrse por la fuerza ya que era necesario neutralizar a Austria y para ello su principal objetivo fue la creación de un ejército poderoso y bien organizado. Dadas las resistencias internas que se levantaban contra sus planes, Guillermo I recurrió al barón Otto von Bismarck, a quien designó canciller. Bismarck, enemigo acérrimo de todo liberalismo y dispuestos a arrasar con las conquistas políticas que se habían introducido en Prusia - como las cámaras legislativas-, fue quien elaboró los instrumentos de acción para la ejecución de los planes políticos. Y, en estas condiciones, no vaciló en lanzarse a la lucha. De este modo, las guerras contra Dinamarca (1863-1864), contra Austria (1866) y contra Francia (1870) fueron las vías por las que Prusia extendió sus territorios y aseguró su hegemonía.

El 18 de enero de 1871 los príncipes alemanes reunidos en Versalles proclamaron el Imperio y reconocieron al rey de Prusia como emperador. La capital quedaba establecida en Berlín, donde residiría el gobierno. Este gobierno estaba constituido por el emperador y su gabinete presidido por el Canciller del Imperio responsable del poder ejecutivo. Sin embargo, las presiones llevaron a realizar concesiones a los nuevos tiempos: se reconocía un poder legislativo, el *Reichstag*, electo mediante el sufragio. El título de Emperador, otorgado en 1871 a Guillermo I, fue declarado hereditario en la familia de los Hohenzollern. Se establecía así la unidad de Alemania.

Cronología

 KINDER, HERMANN AND HILGEMANN, WERNER (1978): *The Penguin Atlas of World History. Volume II: From the French Revolution to the Present*, Middlesex-New York, Penguin Books, pp. 62-121.

- 1848.** Luis Napoleón Bonaparte es consagrado presidente de la Segunda República francesa.
- 1849.** En Gran Bretaña, el largo reinado de la reina Victoria (iniciado en 1837) marca toda una época. La derogación de leyes restrictivas, inicia un período de libertad comercial.
La insurrección liberal en Roma hace que Luis Napoleón establezca allí una guarnición francesa en defensa del Papado.
- 1850.** En el gabinete de la monarquía de Cerdeña ingresa Camilo Benso, conde de Cavour, figura clave en el proceso de la unificación italiana.
- 1852.** En Francia, conflictos con la Asamblea Legislativa por el creciente autoritarismo de Luis Napoleón Bonaparte, habían planteado la necesidad de un nuevo régimen. Mediante un plebiscito, se restablece la dignidad imperial y Bonaparte es consagrado emperador como Napoleón III.
- 1853.** Comienza la guerra de Crimea, a causa de las disputas entre griegos ortodoxos y católicos sobre los lugares santos de Jerusalén. Nicolás I de Rusia demanda el protectorado sobre los cristianos ortodoxos. Tropas rusas invaden principados danubianos.
El descubrimiento de oro en Transvaal (sur de África) atrae la inmigración europea.
Se estrena en Roma, la ópera *Il Trovatore*, de José Verdi, compositor estrechamente comprometido con la unidad italiana.
- 1854.** Inglaterra, Francia y Austria intervienen en la guerra de Crimea. Florence Nightingale actúa en el cuidado de los enfermos y heridos.
- 1856.** La Paz de París pone fin a la guerra de Crimea.
- 1857.** En la India, estalla la rebelión de los cipayos en contra del poder inglés que fue vencida tras grandes esfuerzos.
- 1859.** En Italia, los austríacos son derrotados en las batallas de Magenta y Solferino. Franceses y austríacos firman el tratado de Zurich.
Charles Darwin explica la teoría de la evolución en *El Origen de las especies a través de la selección natural*.
- 1860.** José Garibaldi inicia la campaña de Sicilia.
Abraham Lincoln es elegido presidente de los Estados Unidos.
Se firma el Tratado de Pekín, por el que se abre China al comercio y se establecen embajadas europeas.

- 1861.** Víctor Manuel II es coronado rey de Italia.
Guillermo I llega al trono de Prusia; su canciller, el barón Oton von Bismarck cumple un papel primordial para consolidar la hegemonía prusiana en el proceso de unificación de Alemania.
En Estados Unidos comienza la Guerra de Secesión.
Alejandro II establece la abolición de la servidumbre dentro de un programa de reformas tendientes a la modernización de Rusia.
- 1862.** Napoleón III de Francia comienza la invasión de México.
- 1863.** Ocupa la corona de Dinamarca Christian IX, quien organizó al estado de acuerdo a los principios liberales.
Comienza la guerra de Prusia y Austria contra Dinamarca que debe entregar los ducados de Schleswing y Holstein para que sean administrados por los vencedores.
- 1864.** El archiduque de Austria, Maximiliano, es consagrado emperador de México.
Se funda la Asociación Internacional de Trabajadores (Primera Internacional).
- 1866.** Prusia inicia la guerra contra Austria, que queda excluida de los estados alemanes. Prusia amplía sus dominios territoriales.
Un intento de asesinato de Alejandro II intensifica la reacción autocrática y también la de los movimientos de la *intelligentsia* (populistas, nihilistas).
- 1867.** En Gran Bretaña, el ministro Benjamin Disraeli, jefe del partido conservador, hace aprobar un proyecto que al disminuir el requisito de renta amplía el número de electores.
En México, un consejo de guerra condena a muerte a Maximiliano.
Marx publica el primer volumen de *El Capital*.
Estados Unidos adquiere de Rusia, Alaska.
- 1868.** Una revolución liberal, derroca a Isabel II del trono de España.
En Japón comienza la dinastía Meiji que desarrolla políticas de modernización.
- 1869.** Se inaugura el canal de Suez, importante vía de comunicación entre Inglaterra y sus posesiones orientales, en particular la India.
En Roma, se reúne el Concilio Vaticano que declara la “infalibilidad” papal.
Se funda el Partido Obrero Socialdemócrata alemán.
- 1870.** Las tropas italianas toman la ciudad de Roma y se establece allí la capital del reino.
Se desata la guerra franco-prusiana. Tras la derrota de Sedán, Francia pierde Alsacia y Lorena y debe pagar una fuerte indemnización de guerra.
Estalla la Comuna de París.

Tras largas negociaciones el príncipe Amadeo de Saboya es elegido para ocupar el trono de España.

- 1871.** Se proclama el Imperio alemán y Guillermo I de Prusia es reconocido emperador.
- 1872.** En Inglaterra, el ministro Gladstone, líder del partido liberal -rival de Disraeli con quien alterna el poder- instituye el sistema de voto secreto para asegurar la libertad del electorado.
Se forma la Liga de los Tres Emperadores (Alemania, Austria-Hungría y Rusia)
- 1873.** Tras la abdicación de Amadeo de Saboya, en España se instaura la República.
- 1874.** Se restaura la monarquía en España. Asume en poder Alfonso XII, hijo de Isabel II
En Alemania se establece el matrimonio civil.
- 1875.** En Francia se establece la Tercera República.
- 1876.** La reina Victoria de Inglaterra es coronada Emperatriz de la India, como heredera del título de los conquistadores mongoles.
- 1877.** Comienza la guerra entre Rusia y Turquía.
- 1878.** Llega al trono de Italia Humberto I.
- 1879.** Se forma la Liga Irlandesa que aplica la resistencia pasiva frente a la ocupación británica.
- 1880.** La convención de Madrid establece los derechos de los países europeos sobre el sultanato de Marruecos.
- 1881.** Francia establece el protectorado sobre Túnez.
Llega al trono de Rusia el zar Alejandro III quien reafirma los poderes autocráticos.
- 1882.** Gran Bretaña ocupa Egipto.
En Francia, la legislación secularizadora establece las escuelas públicas para la enseñanza elemental.
Se funda el Partido Socialista italiano.
- 1883.** Friedrich Nietzsche publica *Así hablaba Zaratustra*.
Fallece Richard Wagner, símbolo del nacionalismo alemán, cuyas óperas, como la tetralogía *El anillo del Nibelungo*, están inspiradas en la mitología germánica.
- 1884.** En Gran Bretaña, una nueva ley propuesta por Gladstone amplía el número de varones con acceso al sufragio.
En Francia se establece el matrimonio civil.

- 1886.** Comienza en España el reinado de Alfonso XIII bajo la regencia de su madre María Cristina de Austria (hasta 1902).
- 1888.** Cecil Rhodes obtiene Rhodesia. Los británicos también controlan, en África, Somalia, Uganda y Kenya.
- 1889.** Se funda la Segunda Internacional, con sede en Bruselas. En Francia se conmemora el centenario de la Revolución con la Feria Mundial; se construye la Torre Eiffel. Italia establece el protectorado sobre Abisinia.
- 1890.** La rebelión de los Boxer, en China, ejecuta una matanza de cristianos incluido el embajador de Alemania. El Partido Obrero socialdemócrata alemán adopta un programa marxista redactado por Karl Kautsky.
- 1891.** El papa León XIII publica la encíclica *De Rerum Novarum*, estableciendo la posición de la Iglesia frente a la “cuestión social”.
- 1893.** En Inglaterra se funda el Partido Laborista Independiente. Francia establece el protectorado sobre Laos.
- 1894.** En Bélgica se proclama el sufragio universal. El *affaire Dreyfus* sacude la opinión pública francesa. En Rusia, llega al trono el zar Nicolás II quien continúa la línea autocrática de su antecesor. Italia comienza la guerra contra Abisinia, tras la cual debe abandonar las intenciones colonialistas.
- 1895.** El primer ministro británico, Joseph Chamberlain intenta frenar la competencia europea con el Imperio británico a través de la expansión en zonas aún no ocupadas. En Francia se funda la Confederación General del Trabajo. Lumière trabaja sobre la cinematografía. Fallece Louis Pasteur, fundador de la microbiología y uno de los científicos más populares de la época.
- 1896.** Teodoro Herzl escribe *El Estado Judío*, base del movimiento sionista.
- 1898.** Comienza la guerra entre España y Estados Unidos, a raíz de la independencia de Cuba. El incidente Fashoda enfrenta a británicos y franceses por el protectorado de Sudán que queda finalmente bajo control inglés. En Francia, Emile Zola publica *Yo acuso* en donde denuncia las implicaciones del *affaire Dreyfus*. Se funda la organización de derecha *Acción Francesa*. Pedro y María Curie investigan sobre el *radium*. Se funda el Partido Obrero Socialdemócrata ruso.
- 1899.** Comienza la Guerra de los Boers, entre los descendientes de colonos holandeses y los británicos.

- 1900.** Llega al trono de Italia Víctor Manuel III.
- 1903.** Comienza en Italia el gobierno de Giolitti, primer ministro liberal.
- 1904.** Estalla la guerra ruso-japonesa.
- 1905.** En China se funda el Kuomintang (Partido Nacional del Pueblo)
En Rusia estalla la revolución, tras una huelga general. El zar Nicolás II promete la instalación de la *Duma* (Parlamento).
- 1910.** En España se proclama la República.
- 1914.** Se abre el Canal de Panamá tras diez años de construcción.

Guías de lectura y actividades



HOBBSAWM, ERIC J. (1998), Capítulo 12: “Ciudad, industria y clase obrera”, en: *La Era del Capital, 1848-1875*, Buenos Aires, Crítica, pp. 217-238.



1. Caracterice los principales aspectos del mundo capitalista industrial y del mundo del trabajo según la siguiente guía y establezca, comparando con los temas tratados en la Unidad 3, cuáles son los principales cambios que se producen en la segunda mitad del siglo XIX.

Guía de lectura:

- El mundo industrial capitalista. Las ciudades. Sus características. Ciudades medianas y grandes. Cambios cuantitativos y cualitativos. Barrios burgueses y barrios obreros.
- La empresa industrial. Sus características. Las compañías de ferrocarriles. Pequeñas y grandes empresas: dirección y capital. La concentración de capitales: el papel de los bancos. Los sistemas de créditos. El capital financiero y los cambios en la administración de las empresas. La dirección a gran escala.
- El trabajo industrial. Obreros y nivel de vida. Salarios. “Pago por pieza”, sus objetivos. El problema de la inseguridad laboral. Los sindicatos: los obreros especializados, sus incentivos.
- La “clase obrera.” Los elementos de unidad. Las fisuras en la clase obrera. La “respetabilidad” de la clase obrera. Partidos e insurrección.



HOBBSAWM, ERIC J. (1998), Capítulo 13: “El mundo burgués”, en: *La Era del Capital, 1848-1875*, Buenos Aires, Crítica, pp. 239-259.



2. Analice el texto según la siguiente guía y aplíquela para el análisis de la fuente: William M. Thackeray: *Feria de Vanidades* (selección).

Guía de lectura:

- El hogar burgués. Su aspecto. La dualidad solidez-belleza. Sus significados.
- La moralidad burguesa. Las características de la sexualidad. Abstinencia y moderación. Sus contradicciones con el triunfo burgués.
- La familia burguesa. Sus características y contradicciones. Su papel en el mundo burgués.
- Definición de la burguesía. Definición desde el plano económico. Definición desde el plano social: las divisiones internas. Principales características de la burguesía como clase. Presupuestos ideológicos. Las ideas de “superioridad” e “inferioridad”: el fundamento “biológico”.
- Burguesía y política. Los rechazos a la sociedad burguesa.



HOBBSAWM, ERIC J. (1989), Cap. 3 “La era del imperio”, en: *La era de imperio (1875-1914)*, Barcelona, Labor, pp. 56-84.



3.

Describa brevemente las principales características del imperialismo, desde la perspectiva de Hobsbawm, y explique sus causas y sus efectos sobre las áreas coloniales.

Guía de lectura:

- El nuevo imperio colonial. Zonas distribuidas por las potencias imperialistas. La situación de Latinoamérica.
- Las interpretaciones del imperialismo. El empleo del término “imperialismo”. El análisis de Lenin. Los análisis no-marxistas.
- La dimensión económica del imperialismo. La economía “global”. Desarrollo tecnológico y materias primas. El mercado de productos alimenticios.
- Los efectos del imperialismo en las áreas coloniales y semicoloniales. La especialización en la producción.
- Las explicaciones sobre la expansión. La búsqueda de áreas de inversión. La búsqueda de mercados. La competencia internacional.
- El imperialismo y la relación entre economía y política. Acciones políticas y estratégicas.
- Imperialismo y sociedad. Descontento social y “cimientos” ideológicos. Exaltación patriótica y superioridad racial. La acción de las Iglesias.
- Las “izquierdas” frente al imperialismo. Capitalismo e imperialismo.
- La relación entre metrópolis y colonias. Los efectos sobre los países metropolitanos: el caso de Gran Bretaña. El papel del proteccionismo.

- Los efectos culturales del imperialismo en las áreas dependientes. Elites coloniales y “occidentalización”. Los líderes del antiimperialismo. Las vías de integración.
- Los efectos culturales del imperialismo en las áreas metropolitanas. La visión de los pueblos no europeos. La incorporación de lo “exótico”. El impacto en las ciencias sociales.
- Vanguardismos. Impacto sobre las clases dirigentes.
- Contradicciones e incertidumbres del triunfo imperialista.



PALMADE, GUY (1978), Capítulo 3, Sección IV: “Movimientos e ideologías sociales”, en: *La época de la burguesía*, Madrid, Siglo XXI, pp. 196-212.



4. Confeccione una guía de lectura del texto de Palmade, destacando los principales conceptos y hechos que destaca.



MOMMSEN, WOLFGANG (1973), Parte A, Cap. 1 “Las ideologías políticas”, en: *La época del Imperialismo*, Madrid, Siglo XXI, pp. 5-34.



5. Describa brevemente las principales corrientes políticas e ideológicas entre fines del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX. Compare la interpretación de Mommsen del imperialismo con la que hace Hobsbawm y explique sus diferencias.

- El programa del liberalismo. Su significado. Los ataques al liberalismo.
- La declinación del liberalismo. Sus causas. Los debates internos.
- El conservadurismo. Sus principios y posiciones de poder. Las iglesias y las fuerzas armadas.
- El nuevo nacionalismo. Nacionalismo e imperialismo. Otros factores del imperialismo: racismo, religión. Factores económicos.
- Interpretaciones sobre Imperialismo. La hipótesis de Mommsen. Imperialismo, chauvinismo y socialdarwinismo
- El impacto del imperialismo sobre el liberalismo. Las contradicciones. La renovación del liberalismo.
- Nacionalismo y derecha radical. El antisemitismo. El irracionalismo. El individualismo. Las teorías sobre la elite
- La izquierda. Marxistas y anarquistas. El movimiento obrero inglés. Los fabianos.
- La socialdemocracia alemana y el marxismo. El programa de Kautsky.
- La Segunda Internacional y socialdemocracia. Los conflictos internos.

- Las críticas a la conducción socialdemócrata. El problema de la huelga política. Rosa Luxemburgo. Lenin y la teoría de las vanguardias: los bolcheviques.



THACKERAY, WILLIAM M. (1946), *Feria de Vanidades*, Buenos Aires, Intermundo, pp. 17-23; 29-34; 39-42; 71-73; 85-89; 153-159; 187-188; 204-206; 244-256; 280-283; 509-515.



6.

Feria de Vanidades de William M. Thackeray, comenzó a ser publicada bajo la forma de entregas mensuales, en el periódico *Punch*, de Londres, en 1847. Al año siguiente, su autor era reconocido como un nuevo maestro en el mundo literario de Gran Bretaña. Fue comparado frecuentemente con Charles Dickens por las descripciones de sus sociedades contemporáneas. Si bien como narrador no puede ser considerado tan alto como otros autores ingleses, resultan indudables la calidad de la creación de tipos y caracteres y de su sátira social.

a. Analice el texto de Thackeray estableciendo los principales rasgos del mundo burgués. Utilice como bibliografía de apoyo el texto de HOBBSAWM, ERIC J. (1998), Capítulo 13: “El mundo burgués”, en: *La Era del Capital, 1848-1875*, Buenos Aires, Crítica, pp. 239-259. Se sugiere prestar especial atención a los siguientes ítems:

- La función del dinero
- La moralidad. Los valores burgueses
- Las mujeres. Caracteres, educación, sus diferentes posiciones en el mundo burgués.
- El papel del matrimonio. El “cálculo” matrimonial.
- Las vías de ascenso social. Las carreras “burguesas”
- La inseguridad burguesa
- La familia: padre, mujeres, hijos y criados, sus relaciones.
- Burguesía y aristocracias
- La importancia de la carrera en las colonias
- El racismo

b. Sintetice el análisis en una descripción del mundo burgués a partir de los datos que proporciona Thackeray.



THACKERAY, WILLIAM M. (1946), *Feria de Vanidades*, Buenos Aires, Intermundo, pp. 17-23; 29-34; 39-42; 71-73; 85-89; 153-159; 187-188; 204-206; 244-256; 280-283; 509-515.

Primer fragmento: pp.17-23
Antes de levantar el telón

Mientras el Empresario del Espectáculo está sentado frente al telón, sobre el tablado, y pasea su mirada sobre la Feria, un profundo sentimiento melancólico lo invade al contemplar el bullicioso lugar. Hay una gran cantidad de comida y bebida, de enamoramientos y coqueteos, de risas y lo contrario, de humo de tabaco, de engaños, de riñas, de baile, y de música: hay rufianes vagando, negros matones que miran a las mujeres de soslayo, pícaros bolsiqueando, policías en vigilancia, charlatanes desgañitándose frente a sus puestos, y sirvientes embobados frente a las bailarinas cubiertas de lentejuelas y a los pobres pintados saltimbanquis, mientras la gente de ligeros dedos opera en sus bolsillos traseros del pantalón. Sí, ésta es la FERIA DE VANIDADES: ciertamente nada de moral, ni aún alegre aunque ruidosa. Mirad las caras de los actores y bufones luego de haber abandonado sus trabajos; y a Tom Fool lavando la pintura de sus mejillas antes de sentarse a comer con su mujer y el pequeño Jack Puddings detrás de la lona. Luego se levantará el telón y, levantándose sobre sus talones gritará: “¿Cómo se encuentran ustedes?”

Un hombre de mente reflexiva, paseando por una exhibición de esta clase no se sentirá oprimido, pienso yo, por su propia hilaridad o la de las otras gen-

tes. Un episodio festivo o tierno lo conmueve aquí y allá; una hermosa niña frente a un puesto de pan de gengibre; una linda muchacha ruborizándose por las palabras de un amante, deseando sus caricias; el pobre Tom Fool, lejos, detrás del carromato, royendo su hueso con su honesta familia que vive de sus piruetas; pero la impresión general es más de melancolía que de júbilo. Cuando se está de vuelta en casa, uno se sienta, con un estado de ánimo, serio, contemplativo, no exento de compasión, y se sumerge en los libros o en las preocupaciones, propias.

No encuentro otra moral para rotular la presente de la FERIA DE VANIDADES. Algunos consideran que en su totalidad las ferias son inmorales y las evitan, junto con la familia y los sirvientes; más bien parece que tuvieran razón. Pero las personas que tienen distinta manera de pensar, y son de un carácter apático, o benevolente, o sarcástico, probablemente entren por una media hora y presencien los espectáculos. Hay escenas de toda categoría: algunos combates horribles, algunos números de equitación de alta escuela, algunas escenas de la vida de la alta sociedad, y algunas de la regularmente elevada; algo de amor para los sentimentales, algunos asuntos cómicos ligeros; y el todo acompañado por un escenario apropiado y brillantemente iluminado con los candelabros del propio Autor.

¿Qué más queda por decir al Empresario del Espectáculo? Reconocer la amabilidad con la que ha sido recibido en las principales ciudades de Inglaterra en las que el Espectáculo ha sido representado y donde ha sido reconocido de la manera más favorable por los respetables conductores de la Prensa, la Nobleza y la Clase Media. Está orgulloso de que sus Títeres hayan satisfecho al mejor auditorio del Imperio. La famosa Rebequita ha sido aclamada como el títere de articulaciones más flexibles que jamás se haya visto, y además la más airosa en la cuerda floja; la muñeca Amelia, aunque el círculo de sus admiradores es más pequeño, ha sido esculpida y vestida con gran cuidado por el artista; la figura de Dobbin, aunque de apariencia torpe, baila sin embargo, con gracia y naturalidad; la danza de los Pequeños gusta a algunos; y en especial es notable la ricamente vestida figura del Perverso Noble, en el que no se ha reparado en gestos y a quien el Diablo vendrá a buscar al terminar esta singular representación.

Y con esto y una profunda reverencia a sus favorecedores, el Empresario se retira y se levanta el telón.

Londres, junio 28 de 1848.

CAPITULO PRIMERO

CHISWICK MALL

Cuando el siglo actual se hallaba en su primer decenio, y en una mañana de brillante sol de junio, se dirigía al gran portón de hierro de la academia para señoritas de la señorita Pinkerton, en Chiswick Mall, un gran coche particular tirado por dos vigorosos caballos de rutilantes arneses y dirigido por cochero gordo, tocado con un tricornio y peluca, a una velocidad de cuatro millas por hora. Un sirviente negro, que se hallaba sentado en el pescante al lado del voluminoso cochero, desenredó sus combadas piernas tan pronto el carruaje pasó delante de la brillante chapa de bronce de la señorita Pinkerton y mientras tiraba de la campanilla, lo menos una veintena de jóvenes

caras aparecieron espiando a través de las angostas ventanas de la imponente y antigua casa de ladrillos. Ni aún el más agudo observador hubiese podido descubrir la pequeña nariz roja de Lucía Pinkerton, apareciendo entre unas macetas de geranios, en la ventana de su propia salita.

–Es el coche del señor Sedley, hermana –dijo la señorita Lucía–. Sambo el sirviente negro acaba de llamar; y el cochero tiene un nuevo chaleco rojo.

–¿Habéis terminado todos los preparativos necesarios para la partida de la señorita Sedley, señorita Lucía? –preguntó la señorita Pinkerton en persona, la majestuosa dama, la Semiramis de Hammersmith, la amiga del doctor Johnson, la propia corresponsal de la señora Chapone.

–Las muchachas se levantaron esta mañana a las cuatro, para hacer sus baúles –contestó la señorita Lucía–, le hemos preparado un ramito.

–Di un *bouquet*, hermana Lucía, es más elegante.

–Bueno, un *bouquet*, casi tan grande como una parva de heno; preparé dos botellas de agua de alhelí para la señora Sedley, la receta para hacerla y las coloqué en la valija de Amelia.

–Y espero, señorita Lucía, que hayais hecho una copia de la cuenta de la señorita Sedley. ¿Es ésta, verdad? Muy bien; noventa y tres libras, cuatro chelines. Hacedme el bien de dirigirla al señor José Sedley, Esquire¹, y sellar este billete que he escrito para su señora.

Un autógrafo de su hermana, en las manos de la señorita Lucía se convertía en un objeto de profunda veneración, como podía haberlo sido una carta de un soberano. Solamente cuando sus alumnas dejaban el establecimiento, o cuando estaban próximas a casarse y una vez cuando la pobre señorita Birch murió de escarlatina, había escrito la señorita Pinkerton personalmente a los padres de sus educandas; y la opinión de Lucía era que si algo *podía* consolar a la señora Birch de la pérdida de su hija, ese algo debía ser, indudablemente, aquel manuscrito pío y elocuente con el que la señorita de Pinkerton le comunicó la triste nueva.

En el caso actual el “Billete” de la señorita Pinkerton rezaba así:

The Mall, Chiswick, junio 15 de 18...

Señora: Después de seis años de residencia en el Mall, tengo el honor y la felicidad de presentar a la señorita Amelia Sedley a sus padres, como una joya apta para ocupar una merecida posición en su pulido y refinado círculo. Las virtudes que caracterizan a las jóvenes inglesas, las prendas que constituyen su nacimiento y su condición social, no son extrañas a la amable señorita Sedley, cuya aplicación y obediencia la han hecho cara ante sus instructores, y cuya deliciosa dulzura de temperamento ha encantado a compañeras mayores y juveniles.

En música, en baile, en ortografía, en cualquier variedad de bordado y trabajo a la aguja ha materializado los más afectuosos deseos de sus amistades. En geografía aun puede esperarse mucho de ella. Se recomienda un cuidadoso y regular uso de la espaldera, cuatro horas diarias durante los próximos tres años, como indispensable para la adquisición del digno porte y continente, requeridos para toda joven de buen tono.

¹ Esquire: señor o escudero, título de honor en Inglaterra. (N. del T.)

En lo que respecta a principio de religión y moralidad, la señorita Sedley puede ser considerada digna de un establecimiento que ha sido honrado con la presencia del Gran Lexicógrafo, y bajo patrocinio de la admirable señorita Chapone. Al dejar el Mall, la señorita Amelia lleva consigo los corazones de sus compañeras y los afectuosos recuerdos de su maestra, la que tiene el honor de suscribirse, señora, su más humilde servidora,

Bárbara Pinkerton.

P. S.: La señorita Sharp acompaña a la señorita Sedley. Se encarece en particular que la estada de la señorita Sharp en Plaza Russell no exceda los diez días. La distinguida familia a la que se encuentra sirviendo, desea hacer uso de sus servicios lo más pronto posible.

Terminada esta carta, la señorita Pinkerton procedió a estampar su nombre y el de la señorita Sedley en la portada de un diccionario de Johnson. La interesante obra que invariablemente constituía su obsequio a las alumnas que se retiraban del Mall. En la tapa había insertada una copia de “Líneas dirigidas a una joven al abandonar la escuela de la señorita de Pinkerton; por el difunto y reverenciado doctor Samuel Johnson”. En realidad, el nombre del Lexicógrafo estaba permanentemente en los labios de esta majestuosa mujer y la causa de su reputación y fortuna era una visita que el cono-cido hombre de letras le había hecho.

Cumpliendo lo ordenado por su hermana mayor, de traer el diccionario del armario, la señorita Lucía había sacado dos ejemplares del libro del mueble en cuestión. Cuando la señorita Pinkerton terminó la inscripción del primero, Lucía con un aire bastante dubitativo y tímido, le alcanzó el segundo.

—¿Para quién es esto, señorita Lucía? —dijo la señorita Pinkerton con terrible frialdad.

—Para Rebequita Sharp —contestó Lucía, temblando y sonrojándose hasta la raíz de los cabellos mientras daba la espalda—. Para Rebequita Sharp; ella también se ausenta.

—¡Señorita Lucía! —exclamó la señorita Pinkerton con las más grandes mayúsculas—. ¿Estáis en vuestro juicio? Volved a colocar el diccionario en su sitio, y nunca más os atreváis a tomaros semejante libertad.

—Bien, hermana, sólo cuesta dos chelines y nueve y la pobre Rebequita se entristecerá si no le damos uno.

—Enviadme a la señorita Sedley al instante —dijo la señorita Pinkerton. No aventurándose a decir una sola palabra más, la pobre Lucía salió con corto y rápido paso, aturdida y sumamente nerviosa.

El padre de la señorita Sedley era un comerciante de Londres, y un hombre de alguna fortuna; mientras que la Sharp era una alumna de favor, por quien la señorita Pinkerton había hecho, según ella, lo suficiente, sin tener necesidad de conferirle, a su partida, el alto honor de obsequiarle un diccionario.

Aunque a las cartas de las maestras de escuela se les debe dar crédito como a los epitafios, tal cual sucede algunas veces, que la persona que ha partido de este mundo realmente se merece todos los elogios que el picapedrero ha esculpido sobre sus huesos; que en verdad *ha sido* buen cristiano, un buen padre, hijo, esposa o marido; que efectivamente *deja* una familia desconsolada que llora su pérdida; así, en las academias de los sexos

masculino o femenino ocurre, de vez en cuando, que el alumno es ampliamente merecedor de los elogios conferidos por el desinteresado instructor, Amelia Sedley era una joven de singulares dotes; y no sólo merecía todo lo que la señorita Pinkerton decía en su favor, sino que poseía también muchas cualidades encantadoras que aquella vieja Minerva, pomposa, no podía vislumbrar, dadas las diferencias de rango y edad entre la alumna y la maestra.

Ella no sólo cantaba como una alondra o como la señora Billington y bailaba como Hillsberg o Parisot, y no sólo bordaba admirablemente y pronunciaba las palabras como el diccionario, sino que poseía un corazón tan gentil, alegre, tierno y generoso que ganaba el afecto de todo el que se encontraba en su proximidad, desde Minerva misma hasta la pobre muchacha del fregadero y la hija tuerta de la pastelera que tenía permiso para vender sus mercancías una vez por semana a las alumnas del instituto. Tenía doce amigas íntimas entre las veinticuatro jóvenes. Aun la envidiosa señorita Briggs nunca hablaba mal de ella; la altiva y poderosa señorita Saltire (nieta de Lord Dexter) convenía en que su figura era elegante y, en lo que respecta a la señorita Swartz, la rica mulata motosa de St. Kitts, sufrió un ataque de lágrimas tal, el día que Amelia partió, que fué necesario mandar por el doctor Floss y marearla a fuerza de oler sales. El afecto de la señorita Pinkerton era, como puede suponerse de la alta posición y eminentes virtudes de tal dama, calmo y digno, pero Lucía ya había lloriqueado algunas veces a la sola idea del alejamiento de Amelia; y, si no hubiese sido por temor a su hermana, se habría dejado llevar arrebatos histéricos tal como la heredera (que pagaba el doble) de St. Kitts. Pero semejante lujo en la aflicción sólo les está permitido a las pensionistas. La honesta Lucía tenía a su cargo todas las cuentas, el lavado de la ropa, los remiendos, los budines, los cubiertos, la vajilla y los sirvientes. Pero, ¿por qué hablar de ella? Probablemente no oigamos más de ella hasta el Juicio Final, y cuando las enormes puertas de hierro se cierran tras ella y su temible hermana, nunca más se introducirán en el pequeño mundo de esta novela.

Segundo fragmento: pp. 29-34

El padre de Rebeca Sharp era artista, y en ese carácter había dictado lecciones de dibujo en la escuela de la señorita Pinkerton. Era un hombre despierto; un compañero agradable; un estudiante negligente, con una gran propensión a contraer deudas y con cierta preferencia por las tabernas.

Cuando estaba ebrio, castigaba a su mujer y a su hija; y a la mañana siguiente, con una espantosa jaqueca, maldecía al mundo entero por desdeñar su genialidad, abusando, con una buena porción de astucia, y, a veces, con razón, de los idiotas, sus hermanos pintores.

Como el mantenerse a sí mismo lo lograba con extrema dificultad y como debía dinero a una milla a la redonda del barrio de Soho, donde vivía, pensó mejorar su situación casándose con una joven francesa, cuya profesión era partiquina de ópera. Rebeca Sharp nunca se refería a la humilde profesión de su madre, pero hacía notar, con frecuencia, la nobleza de los Entrechats de Gasuña, demostrando su orgullo por tales antecesores. Y, cosa curiosa, a medida que la joven avanzaba en su camino de la vida, sus antepasados adquirían mayor rango y esplendor.

La madre de Rebeca había recibido cierta educación y la hija hablaba francés con pureza y con cierto acento parisién. En aquellos días, ese conocimiento era bastante raro, lo que le valió su empleo con la ortodoxa señorita Pinkerton. Habiendo muerto la madre, su padre, temiendo no recobrar jamás su salud, luego de un tercer ataque de *delirium tremens*, escribió una carta valiente y patética a la señorita Pinkerton, recomendándole la protección de la huérfana, cumpliendo lo cual, descendió a la tumba, luego de haber sido su cadáver objeto de una agria discusión entre dos gendarmes. Rebeca tenía diecisiete cuando llegó a Chiswick, entrando en el instituto como alumna de favor; su obligación era hablar francés, como ya hemos visto, sus privilegios eran no pagar por su manutención, y, por guineas al año recoger los restos de conocimientos que dejaban escapar los profesores que concurrían a dictar sus clases en el colegio.

Era pequeña y delgada; pálida, el cabello de color ceniciento, y con los ojos, generalmente bajos; cuando miraba de frente se descubrían que eran grandes, raros y atractivos, tan atractivos eran que el Reverendo Crisp recién llegado de Oxford y teniente del Vicario de Chiswick, el Reverendo Flowerdow, se enamoró de la señorita Sharp, a causa de una fugaz mirada de sus ojos, disparada a lo largo de la iglesia de Chiswick, desde los bancos al púlpito. Este joven infatuado tomaba té, algunas veces, con la señorita Pinkerton, a quien había sido presentado por su mamá, y que, realmente había hecho algo así como una notita que fué interceptada; dicha nota debía haber sido entregada por la huerta de las manzanas.

La señora de Crisp fue citada a Buxton y retiró precipitadamente de Chiswick a su niño mimado; pero la sola idea de tener un águila semejante en el palomar de Chiswick, ocasionó un vuelco en el corazón de la señorita Pinkerton, quien, de buena gana hubiese despedido a Rebeca Sharp si eso no le significara la pérdida de un elemento indispensable en su establecimiento; aunque nunca creyó en las protestas de inocencia de la joven, la que aseguraba que jamás había cruzado una palabra con Crisp excepto bajo su vigilancia, en las dos oportunidades en que el causante había sido invitado al té.

Al lado de las altas y robustas jóvenes del instituto, Rebeca Sharp parecía una niña. Pero la triste precocidad que confiere la pobreza. Más de una

vez había alejado con su charla a algún acreedor inoportuno que insistía en su propósito de hablar con su padre; a más de un proveedor lo había engatusado con sus zalamerías para conseguir un poco más de provisiones. Por lo general comía con su padre, quien estaba orgulloso del ingenio de su hija, y escuchaba la conversación de muchos de sus desenfrenados amigos, siempre poco a propósito para los oídos de una niña. Pero nunca lo había sido, decía ella misma; que se consideraba una mujer hecha y derecha a los ocho años. ¡Oh! ¿Por qué la señorita Pinkerton dejaba estar en su jaula a un pájaro tan peligroso?

Lo cierto es, que la vieja dama creyó que Rebeca era la criatura más dócil del universo, pues en las ocasiones en que su padre la llevaba a Chiswick, Rebeca representaba maravillosamente el papel de *ingénue*¹; y sólo un año antes del arreglo por el cual ella fue admitida en su casa, y cuando la joven tenía dieciséis años, la señorita Pinkerton, previas palabras alusivas le regaló con gesto majestuoso una muñeca, que, dicho sea de paso, le fuera confiscada a la señorita Swindle, al ser descubierta jugando en horas de clase. Padre e hija reían a reventar en el camino de vuelta a su casa después de la ceremonia (fue en ocasión del discurso al que fueron invitados los profesores), y la señorita Pinkerton hubiese muerto de rabia de haber podido ver la imitación que Rebeca, realizaba en base a la muñeca. Rebequita conversaba a veces con el mantoche, espectáculo que hacía las delicias de Newman Street, Gerard Street y el barrio bohemio; y los jóvenes pintores, cuando iban a beber su ginebra con el perezoso, disoluto, astuto y jovial maestro, preguntaba a Rebeca si la señorita Pinkerton se hallaba en casa; para ellos era tan familiar, la pobre, como podían serlo Lawrence o el presidente West. Una vez Rebeca tuvo el alto honor de pasar unos días en Chiswick; a la vuelta de su paseo trajo a Lucía, otra muñeca caracterizada como ella, y a quien llamaba la pequeña Lucía, pues a pesar de que aquella buen criatura le había confeccionado especialmente una riquísima jalea y servido torta como para tres niñas hambrientas, además de haberle deslizado en la mano al partir, una moneda de siete chelines, el sentido del ridículo de la chica era muchísimo más poderoso que el de la gratitud, por lo que sacrificó a Lucía tan despiadadamente como a su hermana.

Sucedió la catástrofe y, desde ese momento Chiswick Mall le sirvió de hogar. La rígida formalidad del lugar la sofocaba; los rezos, las comidas, las lecciones y los paseos que estaban perfectamente condicionados con una regularidad convencional, la oprimían casi al límite de su paciencia; su recuerdo de la libertad y la bohemia del viejo taller del Soho la entristecía tanto que todo el mundo, y aun ella misma, pensaban que el dolor por la muerte de su padre la estaban consumiendo. Tenía una pequeña habitación en la bohardilla, en la que pasaba las noches gimiendo y caminando de un lado para otro, según el testimonio, de las criadas; aunque en realidad era por furia y no por tristeza. Nunca había sido muy hipócrita, hasta que su soledad la enseñó a fingir. Tampoco había hecho sociedad con mujeres; su padre, a pesar de su maldad, era un hombre de talento; su conversación era mil veces más agradable que la charla de las compañeras de sexo, tal como podía comprobarlo ahora. La pomposa vanidad de la vieja maestra, el tonto buen humor de la hermana, el cotorreo imbécil y la maledicencia de las mucha-

¹ En francés en el original: *ingénua*. (N. del T.)

chas mayores y la helada corrección de las gobernantas la fastidiaban por igual, y, para colmo de males, no poseía lo que pueda llamarse un suave corazón maternal, pues, en tal caso, el charloteo de las niñas más jóvenes, de cuyo cuidado estaba especialmente encargada la hubiese suavizado y hasta interesado en cierto modo, pero al cabo de dos años de convivencia, ninguna de las niñas sentía pesar por su partida. La gentil y caritativa Amelia Sedley era la única persona junto a la cual pudo estar; pero, ¿quién podía resistir el deseo de acercarse a Amelia?

La felicidad, la superior preponderancia de las jóvenes que le rodeaban le causaban a Rebeca inexpresable envidia.

—¡Qué aires que se da aquélla por el sólo hecho de que es nieta de un conde! —decía de una de ellas—. ¡Cómo la adulan a esa criolla por sus cien mil libras! Soy mil veces más inteligente y más atractiva que ella, a pesar de su riqueza.

“Mi cuna es tan noble como la de la nieta del conde y todos sus antepasados; y sin embargo aquí todo el mundo me hace a un lado. En cambio, cuando vivía con mi padre, ¿acaso hombres no organizaban las más divertidas fiestas para poder pasar un rato en mi compañía?”

Decidió liberarse de semejante prisión a cualquier precio. Para ello comenzó a actuar por su cuenta, y, por primera vez en su vida, concertó planes para el futuro.

Para ello, aprovechó los medios de estudio que el lugar ofrecía; y como ya era música y una buena lingüista, completó rápidamente los cortos cursos de estudio, que en esos días, se consideraban indispensables para una joven. Practicaba música incesantemente, y un día de salida, ella quedóse en la casa y Minerva oyóla ejecutar maravillosamente una pieza, lo que le dió la idea de ahorrarse el sueldo de un profesor para las alumnas menores, ordenándole a Rebeca que dictara la clase de música desde ese momento en adelante.

La muchacha se negó; y por primera vez, para asombro de la majestuosa directora de la escuela, Rebeca contestó abrupta mente:

—Estoy aquí para hablar en francés con las niñas, no para enseñarles música y ahorrarle a usted dinero. Págueme y gustosa les enseñaré.

Minerva se vió obligada a ceder y, como es natural, desde ese día comenzó a odiarla.

—Desde hace treinta y cinco años —dijo, y con razón— nadie ha tenido el atrevimiento, en mi propia casa, de poner en tela de juicio mi autoridad. He estado nutriendo un áspid en mi seno.

—Un áspid, tonterías —dijo Rebeca a la vieja dama, que estaba a punto de desvanecerse de asombro—. Usted me tomó porque le soy útil. No hay una cuestión de gratitud entre nosotros. Odio este lugar y quiero dejarlo. No pienso hacer nada aquí que no sea mi estricta obligación.

Fue en vano que la dama le preguntara si se había dado cuenta que estaba hablando con la señorita Pinkerton. Rebeca lanzó en sus narices una carcajada horripilantemente sarcástica y demoníaca, que casi provocó una convulsión en su interlocutora.

—Deme usted dinero —dijo la muchacha— y se verá libre de mí, o, si le gusta a usted más, búsqume colocación como gobernanta en alguna familia noble; puede hacer lo que quiera.

—Y en las posteriores disputas, siempre volvía a ese punto—: Consígame un puesto, nos odiamos mutuamente y yo deseo irme.

La digna señorita Pinkerton, a pesar de su nariz de corte romano, de su turbante, de su estatura de granadero, y su prestigio de irresistible autoridad principesca, no poseía ni la decisión ni la fuerza de su pequeña aprendiz, y en vano la combatió tratando de sobreponerse a ella. Habiendo intentado regañarla, una vez en público, Rebeca desbarató el plan contestándole en francés.

Para poder mantener su autoridad en la escuela era necesario deshacerse de esa rebelde, ese monstruo, esa serpiente, ese tizón del demonio; lo que habiéndose enterado que la familia de Sir Pitt Crawley necesitaba una gobernanta, se apresuró a recomendar a la señorita Sharp, a pesar de su condición de “serpiente y del tizón del demonio”.

—No puedo, ciertamente —decía— encontrar fallas en la conducta de la señorita Sharp, excepción hecha en lo que a mí refiere; y debo reconocer que su talento y su inteligencia son estimables. En lo que respecta a su capacidad, por lo menos, ella es suficiente como para acreditar el sistema educativo puesto en práctica en mi establecimiento.

Y así la directora concilió la recomendación con su conciencia, las obligaciones quedaron canceladas y la joven quedó libre. La batalla que aquí se ha descrito en pocas líneas, duró, naturalmente, varios meses. Y como Amelia Sedley, que había cumplido ya diecisiete años, estaba próxima a abandonar la escuela y sentía afecto por Rebeca Sharp (“Es el único punto del comportamiento de Amelia”, dijo Minerva, “en el que no ha satisfecho las esperanzas de su maestra”), Rebeca fue por su amiga para pasar una semana con ella en su casa, antes de hacerse cargo de sus deberes como gobernanta.

Tercer fragmento: pp.39-42

Si Rebeca había decidido, íntimamente, conquistar ese voluminoso dandy, no creo, señoras mías, que tengamos nada que reprocharle; porque aunque la tarea de cazar marido es encomendada generalmente por las jóvenes, con la consabida modestia, a sus respectivas mamás, recordad que Rebeca Sharp no tenía padres bondadosos que arreglaran, por ella, asunto tan delicado, y que, si no se buscaba un marido por sí misma, no había nadie en el mundo que se comidiera a tomar el asunto en sus manos. ¿Qué es lo que hace *salir* a las jóvenes sino la noble ambición del matrimonio? ¿Qué es lo que las impulsa en tropel a los lugares de veraneo? ¿Qué es lo que las mantiene bailando hasta las cinco de la mañana durante toda una mortal temporada? ¿Qué es lo que las hace machacar al piano varias sonatas, aprender cuatro canciones del maestro de moda, a guinea por lección, tocar el arpa, si es que poseen hermosos brazos y delicados codos, usar sombreros verdes y plumas, sino la posibilidad de abatir algún joven caballero, *buen partido*, con esos arcos y flechas que poseen? ¿Qué es lo que induce a respetables padres a sacar alfombras, dar vuelta la casa, y gastar una quinta parte de las ganancias anuales en comidas de *soirée* y champagne helado? ¿Es debido a su puro amor por la especie, o al immaculado deseo de ver alegre y bailando a la gente joven? ¡Bah! lo que quieren es casar a sus hijas; y como, ya la amable señora Sedley, ha preparado en el fondo de su corazón una serie de pequeños proyectos destinados a resolver la colocación de su pequeña Amelia, así nuestra querida cuán desprotegida Rebeca decidió hacer lo posible por asegurarse un marido, que le era aún más necesario que a su amiga. Tenía una imaginación fecunda; además había leído las *Mil y Una Noches* y la *Geografía de Guthrie*; y es un hecho que mientras se vestía para la cena, luego de haber preguntado a Amelia si su hermano era muy rico, había construido el más magnífico castillo en él aire, del que era dueña y señora, con un marido en algún lugar de segundo plano (aun no lo había visto, por lo que su figura no aparecía muy definida); se veía envuelta en infinidad de chales, turbantes y collares de brillantes, montando sobre un elefante que avanzaba al compás de la marcha de *Barba azul*, con el objeto de realizar una visita de ceremonia al Gran Mogol. ¡Encantadoras visiones de Alnashar! ¡Construir es el feliz privilegio de la juventud, y muchas otras jóvenes criaturas, además de Rebeca Sharp, se han entregado a estos deliciosos sueños de vigilia!

José Sedley le llevaba a Amelia doce años. Trabajaba en el servicio civil de la Compañía de las Indias Orientales, y su nombre aparecía, en la época a que nos referimos, perteneciendo a la División Bengala, del Registro de la India Oriental, como recaudador en Boggley Wollah, un honroso y lucrativo cargo, como todo el mundo sabe. Si al lector le interesa saber hasta qué alto puesto llegó José en su carrera, puede consultar el mismo periódico.

Boggley Wollah está situado en un hermoso y solitario distrito, cubierto de bosques y pantanos, lugar famoso por la caza de becasinas y donde no es raro encontrar tigres. Rangoon, asiento del magistrado, está a solo cuarenta millas y treinta millas más allá hay una guarnición de caballería; así lo describió, José en la carta donde anunciaba a sus padres el haberse hecho cargo del puesto. Había vivido ocho años bastante solo, en ese hermoso lugar, viendo únicamente dos veces al año caras de cristianos, cuando el destacamento llegaba a retirar los impuestos recaudados por él, para llevarlos a Calcuta.

Felizmente, en la época en que se desarrollan los acontecimientos relatados aquí, sufrió un ataque de hígado, para cuyo tratamiento volvió a Europa, viaje que le brindó gran cantidad de fiestas y diversiones en su tierra natal. No moraba con su familia mientras estaba en Londres, sino en una vivienda propia, como buen soltero joven y alegre. Antes de ir a la India era muy joven para gozar de los deliciosos placeres del hombre de ciudad, por lo que a su regreso se dedicó a ellos con considerable asiduidad. Manejaba su tronco en el parque; comía en las tabernas de moda (aun no se había fundado el Club Oriental), frecuentaba los teatros en boga de aquellos días, o hacía su aparición en la Opera, cuidadosamente ataviado y estirado.

Al volver de la India y, durante toda su vida hablaba del placer de ese período de su existencia con gran entusiasmo, dando a entender que él y Brummell eran los árbitros de aquellos días, pero en realidad, estaba tan solo como en la jungla de Boggley Wollah. Apenas conocía gente en la metrópoli; y si no hubiera sido por el médico, la compañía de su píldora mercurial, y su afección al hígado, habría muerto de soledad. Era perezoso, displicente, y un *bon vivant*; la aparición de una mujer lo espantaba más allá de lo previsto; de allí que raramente se acercara al círculo paternal de la Plaza Russell, lugar en el cual reinaba la alegría, y donde las bromas del bonachón de su padre lastimaban su *amour-propre*. Su volumen le provocaba mucha ansiedad, preocupación y alarma; de vez en cuando hacía un desesperado intento para librarse de la gordura superflua, pero su indolencia y gusto del buen vivir, pronto tomaban ventaja sobre sus propósitos de reforma y cuando menos pensaba se encontraba haciendo las acostumbradas tres comidas diarias. Nunca iba bien vestido, pero se desvivía adornando su inmensa persona y pasaba muchas horas del día en tal menester. Su *valet* hizo una fortuna con su guardarropa; su *toilette* estaba cubierta de gran cantidad de pomadas y esencias que hacían recordar el de una belleza en decadencia; usó, para conseguir esbeltez en su abdomen toda clase de fajas, modeladores y *corsets* que había en existencia. Como la mayor parte de los gordos se *mandaba* hacer ajustados trajes, poniendo buen cuidado en elegir los más brillantes colores y el corte más juvenil. Ya vestido al atardecer se dedicaba a hacer su diario y solitario paseo en el Parque; luego volvía para cambiarse de ropas e ir a cenar también sólo al Piazza Coffee-House. Era más vanidoso que una niña, y probablemente su extremada timidez, era un resultado directo de su exagerada vanidad. Si Rebeca consigue sacar algún partido de él, en el primer intento de su vida, resultará ser una joven de extraordinaria habilidad.

Su primer movimiento en ese sentido demostró considerable destreza. Cuando calificó a Sedley de buen mozo, sabía que Amelia no tardaría en contárselo a su madre, quien probablemente se lo diría a José, la cual se vería halagada por el cumplido hecho a su hijo. Si hubiésemos dicho a Sycorax que su hijo Caliban era tan hermoso como Apolo, a pesar de ser bruja, le habría gustado. Quizá José Sedley, también, había escuchado la ponderación. Rebeca habló en voz bastante alta, y a decir verdad, él *había* oído (estando convencido de que era bien parecido), y el halago lo emocionó hasta las últimas fibras de su voluminoso cuerpo, haciéndolo estremecer de placer. Pero de pronto surgió una duda. “¿Se estará riendo esta niña de mí?” pensó y en ese momento fue cuando arrancó violentamente el llamado; estaba por esfumarse del lugar como hemos visto, cuando las bromas de su padre y las súplicas de su madre hicieron que se calmara y quedara donde estaba.

Acompañó a la joven al comedor con la mente agitada y dubitativa. “¿Pensará realmente que soy buen mozo?” Ya hemos dicho que José Sedley era tan vanidoso como una niña. ¡Dios nos libre! las jóvenes pueden invertir sus términos y, al hablar de alguien de su propio, sexo decir “ella es tan vanidosa como un hombre” y convengamos en que tendrían toda la razón. Los seres barbados son bastante ávidos de ponderaciones, bastante remilgados en su arreglo, bastante orgullosos de sus dotes personales, bastante conscientes de su poder de fascinación, como cualquier coqueta mundana.

Bajaron pues, José en el colmo del sonrojo, Rebeca muy modesta con sus ojos verdes entornados. Vestía de blanco con los hombros desnudos y albos como la nieve, el vivo retrato de la juventud, inocencia humilde y virginal simplicidad. “Debo portarme con modestia” pensó Rebeca “y mostrarme muy interesada en la India”.

Cuarto fragmento: pp. 71-73

CAPITULO VI

VAUXHALL

Comprendo perfectamente que el tono de mi relato es, hasta ahora, muy suave (aunque son de esperar algunos capítulos terribles aún), y debo rogar al bondadoso lector que recuerde que sólo discurremos actualmente sobre una familia de bolsista, de Plaza Russell, cuyos componentes hacen paseos, almuerzan o cenan, o hablan y hacen el amor tal como la gente lo hace en la vida común, sin ningún incidente apasionado o maravilloso que jalone el progreso de sus amoríos. El argumento, hasta ahora, es el siguiente: Osborne, enamorado de Amelia, ha invitado a cenar y a acompañarlos a Vauxhall a un antiguo amigo. José Sedley ama a Rebeca. ¿Se casará él con ella? Ese es el principal asunto entre manos.

Podríamos haber tratado el asunto de una manera gentil, romántica o jocosa. Supongamos que hubiésemos situado la escena en Grosvenor Square, con la misma trama, ¿no habría interesado también a cierta gente? Supongamos que hubiésemos descrito de cómo lord José Sedley se enamoró, y de cómo el marqués de Osborne se sintió atraído por lady Amelia, con el total consentimiento del duque, su noble padre, o, en cambio, en lugar de situarlo en ese ambiente extremadamente noble, nos hubiésemos decidido por el más inferior, describiendo lo que sucedía en la cocina de la señora Sedley; de cómo el negro Sambo se encontraba enamorado de la cocinera (como en realidad lo estaba), y de cómo tuvo una pelea con el cochero por causa de la dama de sus desvelos, de cómo el pinche de cocina había sido sorprendido in fraganti robando una pierna de cordero fría y de que la nueva *femme de chambre*¹ de la señorita Sedley se negaba a ir a acostarse sin llevar una luz; tales incidentes hubiesen sido capaces de provocar agradables risas y de pretender representar escenas de la "vida". O, si por el contrario, hubiésemos tenido preferencia por lo terrible, y fuésemos presentado al amante de la nueva *femme de chambre* como un ladrón profesional, que entrase en la casa al frente de su pandilla, asesinara al negro Sambo a los pies de su amo, y raptase a Amelia vestida de camisón para dormir y no la soltase hasta el tercer volumen, hubiésemos contruido fácilmente una historia de escalofriante interés, por medio de horripilantes capítulos, recorridos por el lector y a toda velocidad con su alma prendida de un hilo. Pero mis lectores no deben esperar una novela semejante, sólo hallarán un historia hogañera, debiendo aceptar un capítulo sobre Vauxhall, que será tan corto que apenas merece ser llamado tal. Y, sin embargo, es un capítulo, y muy importante. Acaso, en la vida de todos, ¿no hay pequeños capítulos que parecen naderías y que, sin embargo, afectan grande todo el resto de la historia?

Subamos, entonces, al coche con la gente de Plaza Russell y partamos hacia los jardines. Apenas hay sitio entre José y Rebeca Sharp, que van en el pescante y Osborne encajado entre el capitán Dobbin y Amelia en el asiento trasero.

Todo el mundo en el coche estaba tácitamente de acuerdo en que José, esa misma noche, declararía su amor a Rebeca y la haría señora de Sedley.

¹ En francés en el original: *mucama* (N. del T.)

Los padres, en el hogar, consentían el arreglo, aunque, entre nosotros, el viejo Sedley sentía por su hijo un sentimiento muy parecido al desprecio. Decía de él que era vano, egoísta, holgazán y afeminado. No podía aguantar sus aires de hombre a la moda y reía con ganas de sus pomposas fanfarronadas. “Le dejaré la mitad de mis propiedades”, dijo; “y tendrá, fuera de eso, bastante de lo que ya es suyo: pero estoy absolutamente seguro que si yo y tú y su hermana muriésemos mañana, lo único que se le ocurriría decir sería: “¡Diablos!”, y engulliría su comida con la misma facilidad de siempre. No pienso preocuparme por él. Déjalo que se case con quien quiera. No es asunto mío”.

Amelia, en cambio, como le correspondía a un joven de su temperamento y prudencia, estaba bastante entusiasmada con el proyecto. En una o dos ocasiones, José había estado a punto de decirle a su hermana algo sumamente importante, a lo que ella hubiese prestado gustosamente toda su atención, pero era imposible inducir al voluminoso personaje a que se libertara de tan gran secreto, y, para desilusión de su hermana, sólo dejó en libertad un gran suspiro y se apartó de su lado.

Este misterio sirvió para que el pecho de Amelia se encontrara en una perpetua excitación. Si no hablaba del tierno asunto con Rebeca, se consolaba con largas e íntimas conversaciones sostenidas con la señora Blenkinsop, el ama de llaves; quien pasaba algo de la información a la mucama, la que mencionaba con gran interés los detalles del asunto a la cocinera, quien, a su vez, comunicaba las noticias a todos los repartidores que frecuentaban la casa, de manera que el casamiento de José había llegado a ser el tema corriente de una considerable cantidad de personas en el pequeño mundo de Plaza Russell.

La opinión de la señora Sedley era naturalmente, que su hijo se rebajaría en calidad casándose con la hija de un artista.

—Pero, madame —exclamó la señora Blenkinsop—, éramos sólo la hija de un almacenero cuando nos casamos con el señor Sedley, que era empleado de un corredor de bolsa y no teníamos, si mal no recuerdo, más que quinientas libras y, sin embargo, ahora somos bastantes ricas.

Y Amelia compartía esta opinión, a la que, gradualmente, se acostumbró la buena señora Sedley.

El señor Sedley era neutral.

—Deja que José se case con quien quiera —dijo—, no es asunto mío. La chica no tiene fortuna, y bien, la señora Sedley no tenía mucho más que ella. Parece simpática e inteligente y, probablemente, lo componga a él. Mejor que sea ella, querida, y no una señora Sedley negra, con una docena de nietos de caoba.

Vemos, pues, que todo parecía sonreír en la suerte de Rebeca. De una manera natural, se tomó del brazo de José al ir a cenar; había estado sentada junto a él en el pescante de su coche abierto (magnífico, el hombre, sentado allí, sereno, con gran empaque, guiando sus tordillos), y aunque nadie pronunció una palabra sobre el asunto matrimonio, todo el mundo parecía estar de acuerdo en él. Lo único que ella quería era la proposición de casamiento, y ¡ah! ¡de qué manera notaba Rebeca la falta de una madre! ¡Una madre, cariñosa y tierna, que hubiera sido capaz de arreglar todo en diez minutos, y que, en el transcurso de una corta y delicada conversación confidencial hubiera extraído las interesantes palabras de los tímidos labios del joven!

Este era el estado general del asunto al cruzar el carruaje el puente de Westminster.

Quinto fragmento: pp. 85-89

CAPÍTULO VII

CRAWLEY, DE CRAWLEY DE LA REINA

Entre los más respetados de los apellidos que comienzan con la letra C, que contenía la “Guía de la Corte” en el año 18..., se encontraba el de Crawley, Sir Pitt, Barón, calle de Great Gount y Crawley de la Reina Hants. Este honorable nombre había figurado constantemente, también, en la lista del Parlamento durante muchos años junto con otros cuantos beneméritos caballeros que ocupaban por turno las bancas.

Se cuenta, con relación a la banca por Crawley de la Reina, que la reina Isabel en uno de sus viajes, habiendo hecho alto en Crawley para merendar, quedó tan prendada de la buena cerveza de Hampshire que le fué servida en el lugar por un guapo caballero de barba bien recortada y hermosas piernas, que inmediatamente decretó categoría de villa para Crawley y el derecho de ser representada en el Parlamento con dos bancas, por lo que el lugar, desde ese glorioso día, tomó el nombre de Crawley de la Reina, que aun ostenta. Y aunque, con el pasar del tiempo, y aquellos cambios que el mismo ocasiona en los imperios, ciudades, municipios y también villas, Crawley de la Reina no era ya el lugar populoso que hubiese sido en tiempos de la reina Isabel, en realidad había llegado a esa condición en que las villas son calificadas de villorrios. Sir Pitt Crawley decía con absoluta justicia y en su acostumbrada forma elegante de hablar:

—¡Villorrio! ¡Qué me cuelguen! Me produce mis buenas mil quinientas al año.

Sir Pitt Crawley (que había sido bautizado con el apellido del gran miembro de los Comunes¹) era hijo de Walpole Crawley, primer Baronet del Departamento de Sellos y Condecoraciones durante el reinado de Jorge II, que fué acusado de peculado, como muchos otros honestos caballeros de aquellos días; y Walpole Crawley era, casi es innecesario decirlo, hijo de John Churchill Crawley² bautizado con el nombre de aquel célebre militar del tiempo de la reina Ana. El árbol genealógico (que figura colgado en algún salón de Crawley de la Reina) menciona además a Charles Stuart, luego conocido por el “Flaco Crawley”, hijo del Crawley del tiempo de Jaime I y, finalmente el Crawley de la reina Isabel, quién está representado en primer término con su armadura y su barba bifurcada. De su pechera, como es costumbre, nace el tronco de un árbol, en cuyas ramas principales están inscriptos los ilustres nombres anotados más arriba. Al lado del nombre de Sir Pitt Crawley, Barón (el causante de esta memoria) están insertos el de su hermano, el Reverendo Bute³ Crawley (el gran miembro de los Comunes había caído en desgracia cuando el reverendo caballero nació), rector de Crawley-cum-Snailby, y los de otros miembros masculinos y femeninos de la familia Crawley.

¹ William Pitt, estadista inglés. (N. de T.)

² John Churchill era el nombre del célebre conde de Malborough (1650-1722). (N. del T.)

³ Otro apellido famoso de la historia inglesa, el del tercer duque de Bute, estadista (1713-1792), usado como nombre por el autor. (N. del T.)

Sir Pitt casó en primeras nupcias con Grizzel, la sexta hija de Mungo Binkie, Lord Binkie, y prima, en consecuencia, del señor Dundas. Le dió dos hijos. Pitt, nombrado más por el apellido del ministro que por el nombre del padre, y Rawdon Crawley, nombre tomado del apellido del amigo del príncipe de Gales, a quien Su Majestad Jorge IV olvidó por completo. Muchos años después de la muerte de su primera esposa, Sir Pitt llevó al altar a Rosa, hija de G. Dawson, de Mudbury, de quien tuvo dos hijas a quienes la señorita Sharp serviría de gobernanta. Se había observado que la joven había entrado en una familia de intachables condiciones sociales, y se encontraba a punto de alternar en un círculo muchísimo más distinguido que el humilde medio que acababa de abandonar en Plaza Russell.

Habla recibido la orden de reunirse con sus educandas en una nota, escrita en un sobre viejo, concebida en los siguientes términos:

Sir Pitt Crawley ruega a la señorita Sharp que se encuentre con su equipaje aquí el martes, pues mañana salgo para Crawley de la Reina temprano. Calle de Great Gaunt.

Rebeca no había visto nunca un barón, y tan pronto había dejado la casa de Amelia y contado las guineas que el bueno del Señor Sedley le había puesto en el bolso, y tan pronto habían quedado enjugadas sus lágrimas (operación que terminó apenas el carruaje había dado vuelta a la esquina), comenzó a imaginarse lo que debía ser un barón.

—¿Llevará placa de brillantes? —pensó—. O son los lores los que la llevan... Pero de cualquier modo estará elegantemente vestido con un traje de corte con vueltas de encaje, y con el cabello algo empolvado, como Wroughton en Convent Garden. Me imagino que será terriblemente orgulloso por lo que debo tratarlo con sumo respeto. Debo hacer lo posible por aguantar mi pesada carga ya que por lo menos me codearé con gente distinguida, y no con personas vulgares.

Y pensó en sus amigos de Plaza Russell con la misma amargura filosófica con que, en una cierta fábula, una zorra habla a las uvas.

Habiendo ya atravesado la plaza de Gaunt y penetrado en la calle de Great Gaunt, el carruaje se detuvo, al fin, frente a una casa alta y de aspecto lúgubre, situada entre dos casas altas y siniestras, cada una con un pequeño alero sobre la ventana central de la sala, como es costumbre en las casas de la calle de Great Gaunt, tétrica localidad donde la muerte parece reinar perpetuamente.

Los postigos de las ventanas del primer piso de la mansión de Sir Pitt estaban cerrados. Los del comedor semiabiertos, con los vidrios cuidadosamente cubiertos con diarios viejos.

Juan, el lacayo, que había guiado el coche sólo, no se dignó apearse y llamar a la puerta, por lo que pidió ese favor a un lechero que pasaba. Apenas terminó de sonar la campanilla, apareció una cabeza en el hueco de los postigos del comedor, y la puerta fue abierta por un hombre que vestía pantalones amarillos y polainas, un saco viejo y sucio, una bufanda deshilachada y descolorida alrededor del peludo cuello y que bajo la reluciente calva mostraba una roja cara torcida con un par de ojos grises muy vivos y la boca en perpetua mueca.

—¿Es aquí lo de Sir Pitt Crawley? —preguntó Juan desde el pescante.

—Sí —contestó el hombre.

–Entonces vaya descargando estos baúles –dijo Juan.

–Bájelos usted –fue la respuesta.

–¿No ve que no puedo dejar las riendas? Vamos, buen hombre, deme una mano y la señorita le pagará una cerveza –dijo Juan al mismo tiempo que largaba una carcajada equina, pues ya había perdido el respeto por Rebeca, puesto que su relación con la familia se había interrumpido, y sobre todo, porque al partir no había dejado nada para la servidumbre.

El hombre calvo, sacando sus manos de los bolsillos, e incitado por la promesa, se echó el baúl de Rebeca sobre los hombros y lo entró en la casa.

–Tome usted, por favor, esta canasta y este chal y abra la puerta –dijo Rebeca y descendió del carruaje en el colmo de la indignación–. Le escribiré al señor Sedley y le informaré de su conducta –le dijo al lacayo.

–No lo haga –le replicó éste–. ¿Espero que no haya olvidado algo? Los vestidos de la señorita Amelia, ¿los tiene usted? ¿los que eran para la mucama? Espero que le queden bien. Cierra la puerta, Jim no vas a poder sacar nada bueno de ella –continuó Juan señalando a Rebeca con el pulgar por encima del hombro, y diciendo esto fustigó los caballos y partió.

La verdad es que el lacayo se entendía con la mucama y estaba furioso pensando que le habían robado lo que le pertenecía a su dama.

Al entrar al comedor, guiada por el individuo de las polainas, Rebeca encontró el ambiente tan triste como lo está corrientemente cuando las familias “bien” no se encuentran en la ciudad. Las fieles habitaciones tal como estaban parecían guardar luto por la ausencia de sus amos. La alfombra yacía enrollada a lo largo del zócalo, los cuadros habían escondido sus caras detrás de viejas hojas de papel pardo; la araña colgaba envuelta en una bolsa de tul; las cortinas de las ventanas habían desaparecido detrás de sus ciegos envoltorios; el busto de mármol de Walpole Crawley miraba, desde su oscuro rincón las desnudas repisas y los aceitados hierros de la estufa, la frasquera espiaba detrás de la alfombra; las sillas colocadas en fila mirando hacia la pared y en el rincón opuesto al de la estatua, la caja de cubiertos descansaba, cerrada con llave sobre su atril.

Dos sillas de cocina, una mesa redonda y unas viejas tenazas de hierro estaban, sin embargo, reunidas alrededor de la estufa, en la que hervía un caldero sobre el fuego semiapagado; sobre la mesa había un pedazo de queso y pan, un candelero de estaño y una botella de cerveza negra.

¿Supongo que ya habrá cenado? ¿No hace demasiado calor para usted? ¿Desea un poco de cerveza?

–¿Dónde está sir Pitt Crawley? –dijo miss Sharp majestuosamente.

–¡Je, je! Yo soy sir Pitt Crawley. Recuerde que me debe un litro de cerveza por haberle entrado el baúl. ¡Je,- je! Pregúntele a Tinker si no soy yo. Señora Tinker, esta es la señorita Sharp; señorita gobernanta, esta es la señora ama de llaves.

Sexto fragmento: pp. 153-159

No estaba en el mismo estado de ánimo el señor Osborne padre. Cuando este caballero volvió de la city y fue recibido en el salón por sus hijas y la elegante señora de Wirt, notaron de inmediato que su semblante, de ordinario solemne, amarillento y afectado, y por su ceño sombrío y la dolosa tensión de sus negras cejas, que el corazón que latía bajo su gran chaleco blanco estaba perturbado e intranquilo. Cuando Amelia se adelantó a saludarlo, cosa que siempre hacía temblando y con gran timidez, lanzó un grosero gruñido de reconocimiento, y dejó caer la manecita, de su hirsuta manaza sin intentar retenerla. Dirigió luego una mirada sombría a la mayor de sus hijas, quien comprendiendo el significado de esta mirada que preguntaba en forma inequívoca: “¿Qué diablos hace ésta aquí?”, dijo inmediatamente:

–Jorge está en la ciudad, papá; ha ido al regimiento de la guardia montada y volverá a la hora de comer.

–¡Ah! ¿Con que Jorge está aquí? No quiero que la comida tenga que esperar por él, Juana –y dicho esto el digno caballero se dejó caer en su sillón y el silencio que se produjo en el lujoso y distinguido salón sólo era interrumpido por el inquietante tic tac del gran reloj de péndola.

Cuando el reloj, que estaba coronado por un divertido grupo de bronce que representaba el sacrificio de Ifigenia, dió las cinco en tono tan grave como el de una catedral, el señor Osborne tiró violentamente del cordón de la campanilla que estaba a su diestra con lo que apareció el mayordomo.

–¡La comida! –bramó el señor Osborne.

–El señor Jorge no ha regresado, señor –advirtió el doméstico.

–¡Al diablo el señor Jorge! ¿Quién es aquí el dueño de casa? ¡La comida! –El señor Osborne frunció el ceño. Amelia temblaba. Las otras tres señoritas cambiaban entre sí miradas, de inteligencia. La obediente campanilla comenzó a sonar en la parte baja de la casa anunciando la comida. No había terminado aún de sonar, cuando el jefe de familia hundió las manos en los grandes bolsillos de su gran levita azul de botones de bronce y sin esperar un nuevo llamado, echó a andar solo, escaleras abajo, lanzando por sobre sus hombros una severa mirada a las cuatro mujeres.

–¿Qué es lo que ocurrirá, querida? –preguntó una de ellas mientras se levantaban y se deslizaban silenciosamente detrás del dueño de casa.

–Supongo que habrán bajado los valores– susurró la señorita Wirt, y así, temblando y en silencio, el amedrentado grupo femenino siguió detrás del sombrío guía. Se sentaron en silencio. El hombre mascullo una oración que mas que una oración pareció un áspero juramento. Se levantaron las tapaderas de plata. Amelia temblaba en su silla, pues estaba sentada al lado del imponente señor Osborne, mientras que del otro lado quedaba un sitio vacío ocasionado por la ausencia de Jorge.

–¿Sopa? –dijo el señor Osborne en tono sepulcral, hundiendo el cucharón y fijando sus ojos en ella. Sirvió a Amelia y a los demás y no volvió a hablar.

–Retire el plato de la señorita Sedley –dijo al fin–. No puede comer la sopa... ni yo tampoco. Está horrible. Retire la sopa, Hicks, y mañana despides al cocinero, Juan.

Después de estas observaciones sobre la sopa, el señor Osborne tuvo algo que decir contra el pescado, también en tono rudo y de disgusto y maldijo a Billingsgate con un énfasis digno de aquel lugar. Luego se hundió en el más completo silencio y tragó varias copas de vino, adoptando un aire ca-

da vez más terrible, hasta que una fuerte llamada en la puerta anunció la llegada de Jorge, lo que reanimó a los presentes.

“No había podido venir antes. El general Daguilet lo había, hecho esperar en la guarnición de la guardia montada. Podía pasarse sin sopa y sin pescado. Que le dieran cualquier cosa... lo que quisieran. Magnífico cordero... magnífico todo”. Su buen humor contrastaba con la severidad de su padre, y durante la comida no cesó de hablar un momento, con gran satisfacción de todos, especialmente de una personita que no hace falta nombrar.

Tan pronto como las jovencitas hubieron dado cuenta de la naranja y del vaso de vino con que ordinariamente terminaban las tristes comidas en casa del señor Osborne, se dio la señal de retirada y de pasar al salón, levantándose todos para dirigirse a él. Amelia esperaba que Jorge no tardaría en reunirseles. Comenzó a tocar algunos de sus vales favoritos (los más recientemente importados) en el gran piano de patas labradas y chapeado en fino cuero que adornaba el salón del primer piso. Esta pequeña treta no lo atrajo. Estaba sordo a los vales, tocaba cada vez con menos entusiasmo hasta que, decepcionada abandonó el enorme instrumento, y aunque sus tres amigas ejecutaron algunas de las más brillantes piezas de su repertorio, no oyó una sólo nota, sino que se mantuvo pensativa y cabizbaja. La severa mirada del viejo Osborne, siempre terrible, nunca se había clavado tan siniestramente en la suya como aquel día. Sus ojos la siguieron fuera de la habitación, como si fuese culpable de algo. Cuando le presentaron el café se estremeció toda pensando que fuese una taza de veneno que le traía Hicks, el mayordomo. ¿Qué misterio había en todo aquello? ¡Ah, las mujeres! Abrigan y miman sus presentimientos, y hacen sus favoritos a los más horribles pensamientos, tal como las madres hacen con sus hijos defectuosos.

El torvo semblante paternal también produjo en Jorge gran ansiedad. Con aquel ceño y aquel aspecto decididamente bilioso, ¿cómo podía esperar arrancarle el dinero que tanto necesitaba? Comenzó elogiando el vino de su padre. Este era generalmente, un medio exitoso para obtener el halago del viejo caballero.

—Nunca probamos un “madeira” como el suyo cuando estuvimos en las Indias Occidentales. El coronel Heavytop se quedó con tres botellas del que usted me envió los otros días.

—¿Ah, sí? —dijo el viejo caballero—. Me cuesta ocho chelines la botella.

—¿Quiere seis guineas por una docena? —preguntó Jorge riendo—. Conozco a uno de los hombres más grandes del reino que quiere algunas.

—¿Sí? —gruñó el viejo—. Si quiere puede comprarlas.

—Cuando estaba en Chatham el general Daguilet, Heavytop lo obsequió con un almuerzo y me pidió algunas botellas. Al general le gustó tanto que quería un barril para el comandante en jefe, que es la mano derecha de su alteza real.

—Es que es un vino diabólicamente rico —dijo el del entrecejo, con las cejas menos fruncidas. Iba Jorge a aprovecharse de esta ventaja para tocar la cuestión de suministro de fondos, cuando su padre recayendo en su aspecto severo aunque con un tono más bien cordial, le ordenó que tocara la campanilla para que sirvieran el clarete—: Veremos si es tan bueno como el “madeira”, el que ni siquiera su alteza real desdeñaría, estoy seguro. Y mientras bebamos te hablaré de un asunto de mucha importancia.

Amelia oyó la campanilla que reclamaba el clarete en el momento en que se sentaba nerviosamente en el piso de arriba. Pensó que el sonido de la

campanilla hacía presentir algo misterioso. Las personas que tienen muchos presentimientos, con seguridad que aciertan *alguna*.

–Lo que quiero saber Jorge –dijo el caballero después de haber saboreado lentamente su primer vaso–. Lo que deseo saber es como andan tus asuntos con... ejem... con esa pequeña que está arriba.

–Creo, señor, que no es difícil apreciarlo –dijo Jorge con un gesto de satisfacción–. Perfectamente clara, señor... ¡Qué vino excelente!

–¿Qué quieres decir con eso de perfectamente clara?.

–No sé qué decir... soy una persona modesta... yo... ejem... no he nacido para transformarme en verdugo de una mujer; pero debo reconocer que ella está endiabladamente enamorada de mí. Eso lo ve cualquiera que tenga ojos.

–¿Y tú?

–Pero, señor, ¿no me ordenó usted que me casara con ella? Soy un hijo obediente. ¿No lo han resuelto así nuestros padres desde hace tiempo?

–Un buen hijo, realmente. ¿Crees que no me he enterado de tus andanzas con lord Tarquin, con el capitán Crawley de la guardia, con el honorable señor Deuceace² y compañía? ¡Mucho cuidado caballero, mucho cuidado!

El viejo caballero pronunció estos aristocráticos nombres relamiéndose de gusto. Cuando se encontraba con un noble por poco se arrastraba ante él y se deshacía en “milord por aquí, milord por allí” como sólo puede hacerlo un inglés liberal. Al llegar a su casa leía su historia en el *Peerage*: citaba su nombre en la conversación diaria, jactándose ante sus hijas acerca de Su Señoría. Se postraba ante la nobleza y se regodeaba a su calor, como lo haría en el sol un mendigo napolitano. Jorge se alarmó al oír aquellos nombres. Temía que su padre estuviera informado de ciertos compromisos contraídos en la mesa de juego. Pero el viejo moralista lo tranquilizó al decirle serenamente:

–Bien, bien, la juventud será siempre la juventud. Y para mí es reconfortante saber, Jorge, que alternas con lo mejor de la sociedad inglesa, como es pero que haces y como creo que haces; como mis recursos te lo permiten...

–Gracias, señor –dijo Jorge, tocando inmediatamente el punto que le interesaba–. No se puede vivir alternando con el gran mundo sin hacer sacrificios de dinero, y mi bolsa, señor, mírela... – y le mostró una carterita que había sido tejida por Amelia y que contenía el último de los billetes que le prestó Dobbin.

–No te ha de faltar nada. El hijo del comerciante inglés no debe pasar apuros. Mis guineas son tan buenas como las de ellos, Jorge y no te las escatimaré, hijo. Mañana, cuando vayas a la ciudad, haz una visita al señor Chopper: tendrá algo para ti. No me duele darte dinero cuando sé que lo destinas para alternar con personas de alta condición social, porque sé que quien alterna con dichas personas no comete necedades. No soy orgulloso. Soy de cuna humilde pero tú tienes una porción de ventajas: procura aprovecharlas. Rodéate con jóvenes nobles. Hay muchos de ellos que no pueden gastar un dólar por cada guinea que gastes, hijo mío. En cuanto a las faldas (llegado a este punto, las tupidas cejas enmarcaron una conocedora y poco grata mirada)... pase, los jóvenes son jóvenes. Sólo hay una sola cosa que

² El honorable señor Tapete-verde. (N. del T.)

te prohíbo y si no cumples, te cerraré la bolsa y no te daré un chelín... y es el juego.

–¡Naturalmente, padre! - dijo Jorge.

–Pero volviendo al asunto de Amelia: ¿Por qué razón no has de casarte con una muchacha de condición más elevada que la hija de un corredor de bolsa, Jorge? Eso es lo que quiero saber.

–Ese es un asunto de familia, señor –dijo Jorge, cascando avellanas–. Usted y el señor Sedley acordaron nuestro matrimonio hace como un siglo.

–No lo niego, pero el correr de los años cambia la posición de la gente. No niego que Sedley labró mi fortuna... o más bien dicho me puso en condiciones de obtenerla, gracias a mi talento y a mi genio, la envidiable posición que puedo decir que ocupó en el comercio de sebo y en la city de Londres. Mi deuda de gratitud con Sedley está pagada, como puede demostrarlo mi libreta de cheques. ¡Jorge! Debo decirte confidencialmente que no me gusta el cariz que toman los negocios de Sedley. A mi jefe de personal, Chopper, tampoco le gusta, y piensa que es un viejo sabueso que conoce la Bolsa como nadie en Londres. Hulker y Bullock lo miran con desconfianza. Temo que se haya metido en negocios por su propia cuenta. Dicen que era suya el *Jeune Amélie*, que fué apresado por el corsario yanqui Molasses. Francamente, Jorge... a menos que vea las diez mil libras esterlinas de la dote de Amelia, no te casarás con ella... No quiero en mi familia la hija de un hombre arruinado... Sírveme vino y llama, para que nos traigan el café.

Dicho esto, el señor Osborne abrió el diario de la tarde, comprendiendo Jorge con esto que el diálogo había terminado y que su padre se disponía a echar un sueñito.

Subió rápidamente las escaleras en busca de Amelia, alegré como nunca. ¿A qué se debía que fuera aquella velada más atento que nunca, más ansioso de distraerla, más tierno, más locuaz? ¿Sería porque su corazón generoso quería infundirle fuerzas ante la perspectiva de la desgracia o porque la idea de perder aquella preciosidad se la hacía aún más preciosa?

Amelia vivió muchos días de los recuerdos de aquella feliz velada, recordando sus palabras, sus miradas, la balada que cantó, su actitud cuando se inclinaba sobre ella o al mirarla desde lejos. Le parecía que ninguna noche había pasado tan rápidamente como aquella en casa de los señores de Osborne, y por un momento esta joven personita casi se mostró disgustada por lo pronto que llegó Sambo con su chal.

A la mañana siguiente Jorge fue a despedirse de ella con la mayor ternura y se fué luego a la city, donde visitó al señor Chopper, principal empleado de su padre recibiendo de este caballero un documento que cambió en la casa Hulker y Bullock por un abultado fajo de billetes de banco. Al entrar Jorge en la casa tropezó con el padre de Amelia que salía del despacho del banquero con una expresión de gran abatimiento. Pero su ahijado estaba demasiado engreído como para fijarse en la depresión del digno corredor de Bolsa o en la triste mirada que el viejo y bondadoso caballero le dirigió. El joven Bullock no le acompañaba gesticulando fuera del despacho, como solía hacerlo en años anteriores.

Y cuando la puerta de vaivén de Hulker, Bullock y Compañía se cerró detrás del señor Sedley, Quill, el cajero (cuya benévola ocupación consistía en sacar arrugados billetes de banco de un cajón y monedas de oro de una espuerta), guiño un ojo a Driver, el empleado del escritorio que tenía a su derecha. Driver le contestó a su vez con una guiñada.

–No pasa –susurró Driver.

–A ningún precio –dijo Quill–. Señor Jorge Osborne ¿cómo quiere el dinero? –Jorge llenó ansiosamente sus bolsillos con un fajo de billetes y esa misma noche pagó a Dobbin cincuenta libras.

Aquella misma noche Amelia le escribió la más larga y tierna de sus cartas. Su corazón desbordaba de ternura pero aun le torturaban los presentimientos. ¿Cuál era la causa del duro semblante del señor Osborne? –le preguntaba–. ¿Se había producido algún altercado entre él y su padre? Su pobre padre había vuelto de la city tan abatido que todos los de la casa estaban alarmados. En resumen, fueron cuatro páginas de ternura y temor, de esperanzas y presentimientos.

–Pobre Amelia... mi querida y pequeña Amelia. ¡Cuánto me quiere! –decía Jorge leyendo la carta–. “ ¡Y, Dios, qué dolor de cabeza me ha dado ese maldito ponche!” Pobre pequeña Amelia, realmente.

Séptimo fragmento: pp.187-188

Rebeca quedó sola y en situación de meditar sobre los repentinos y maravillosos acontecimientos de aquel día, en lo que era y en lo que podía haber sido. ¿Cuáles creéis que fueron los sentimientos íntimos de la señorita (perdón) de la señora Rebeca? Si unas páginas atrás el autor reclamó el privilegio de introducirse en el aposento de Amelia Sedley y penetró con la omnisciencia del novelista todas las inquietudes e ilusiones que revoloteaban en aquella inocente cabecita, ¿por qué no habría de declararse también confidente de Rebeca, dueño de sus secretos y secretario de su juvenil conciencia?

Bien. En primer lugar, Rebeca comenzó por entregarse al más vivo y sincero sentimiento al haberse visto obligada a renunciar al brillante porvenir que estuvo al alcance de su mano. Cualquier persona equilibrada se hará cargo ciertamente de que era un sentimiento completamente legítimo. ¿Puede haber alguna madre bondadosa que no lamente que una doncella sin dinero haya perdido la ocasión de ser baronesa y de participar de una renta de cuatro mil libras esterlinas al año? ¿Existe en la Feria de Vanidades una sola persona joven y bien nacida que regatee sus simpatías a una muchacha trabajadora, ingeniosa y llena de méritos, que consigue obtener una proposición tan honorable y ventajosa en el preciso momento en que no depende de ella aceptarla? Estoy seguro que el desencanto de nuestra querida Rebequita es digno de todas nuestras simpatías.

Recuerdo que una noche asistí a una recepción que se daba en la Feria de Vanidades. Observé que la vieja señorita Toady¹, también presente, distinguía con especial deferencia y adulación a la señora del abogado Briefless³, hombre de buena familia pero, como todos sabemos, más pobre que una rata.

¿Cuál será la causa, me preguntaba, de esta obsequiosidad de parte de la señorita Toady? ¿Habrà conseguido Briefless que lo nombren magistrado de la corte del condado o habrá heredado su mujer una fortuna? La misma señorita Toady me dió la clave del misterio, con ese candor que la caracteriza. “La señora de Briefless, me dijo, es nieta de sir Juan Redhand⁴, quien está tan enfermo en Cheltenham, que apenas vivirá seis meses. El padre de la señora de Briefless heredará el título de barón, y ella será así la hija de un barón”. Y la señorita Toady invitó al abogado y a su esposa a cenar con ella la semana siguiente.

Ahora bien: si la mera probabilidad de llegar a ser hija de un barón puede procurar a una dama semejantes homenajes, ¿no es verdad que merece el mayor de nuestros respetos la agonía de desesperación que sufre una mujer joven que ha perdido la oportunidad de transformarse en la esposa de un barón? ¿Quién habría de soñar que la esposa de sir Pitt muriese tan pronto? Estaba enferma, es verdad, pero su enfermedad era de las que pueden durar diez años –pensaba Rebeca, sintiendo las torturas del arrepentimiento– pero yo hubiese sido baronesa. Hubiera hecho del viejo lo que me hubiese venido en gana. Hubiera agradecido a la señora del rector su protec-

¹ La señorita Sapo. (N. del T.)

³ Del abogado Sentencia Breve. (N. del T.)

⁴ Sir Juan Mano Roja. (N. del T.)

ción y a Pitt Crawley hijo su insufrible condescendencia. Hubiera reconstruído, amueblado y decorado de nuevo la casa de la ciudad. Hubiera tenido la mejor carroza de Londres, un palco en la Opera y me hubiera presentado en sociedad la próxima temporada. Esta *hubiera* sido la realidad, y ahora... ahora todo está envuelto en dudas y misterios.

Pero Rebeca era una joven demasiado resuelta y enérgica para permitirse durante mucho tiempo lamentaciones estériles sobre un pasado irrevocablemente perdido, así pues, después de haber dedicado una parte prudential de su tiempo a lamentar lo pasado, dedicó sabiamente toda su atención hacia su porvenir que era ahora lo más importante para ella. Y empezó a reflexionar acerca de su situación, de sus esperanzas, sus dudas y probabilidades de éxito.

La subasta a que nos hemos venido refiriendo, se efectuaba en la vieja casa de plaza Russell, donde pasamos juntos algunas veladas al comienzo de esta historia. El buen viejo de Juan Sedley estaba arruinado. Había sido declarado insolvente en la Bolsa, a lo que siguió su quiebra y su liquidación comercial. El mayordomo del señor Osborne adquirió parte de los famosos vinos de oporto que pasaron enseguida a la bodega de su amo. En cuanto a una docena de cubiertos de plata labrada y otra vajilla de valor, con su correspondiente servicio de postre, fueron adquiridos por tres jóvenes agentes de cambio (los señores Dale, Spiggot y Dale, de calle Threadneedle, precisamente)⁵, que habían tenido relaciones de negocios con el anciano, cuya bondad apreciaban desde la época en que era generoso con todo el mundo, y que tuvieron la generosa idea de rescatar este pequeño resto del naufragio y mandarlo con sus respetuosos saludos a la buena señora de Sedley; y respecto al piano, como había sido de Amelia, podía echarlo de menos y necesitar uno, y como el capitán Guillermo Dobbin difícilmente tocara el piano mejor de lo que pudiera saber de bailar en la cuerda floja, es muy probable que no adquiriese el instrumento para su propio uso.

Aquella misma noche llegaba el piano a un maravilloso chalecito de una de esas calles adyacentes al camino de Fulham, una de esas calles de nombres tan románticos (la nuestra tenía el de Villa San Adelaida, carretera Ana María, Oeste), donde las viviendas parecen de juguetes; cuyos habitantes, asomados a las ventanas del primer piso dan la impresión de estar parados en la planta baja; donde los arbustos de los jardincillos que tienen a su frente sostienen un perenne despliegue de zapatitos, :sombrecitos, sombreros, etc. (arbustos de la familia *polyandria polygynia*), donde se oyen sonidos plañideros de clavicordio y de cantos de mujer; donde cuelgan a los rayos del sol pequeñas vasijas de cerveza fuerte y a donde todas las tardes se ve descansar de sus fatigas a los empleados de la city. Aquí era donde tenía su domicilio el señor Clapp, el empleado del señor Sedley y acá fué donde encontró asilo el buen caballero, su mujer y su hija, cuando llegó el desastre.

José Sedley se comportó como podía esperarse de un hombre de su condición al enterarse de la desgracia de su familia. No fué a Londres, pero escribió a su madre que pidiesen a sus banqueros el dinero que necesitasen, de manera que sus afligidos padres no tuvieron que temer la pobreza. Hecho esto, José continuó yendo al restaurante de Cheltenham. Llegaba en su carruaje, tomaba su clarete, jugaba a las cartas, contaba sus historias de la

⁵ Cañada, surtidor y cañada de calle aguja-enhebrada. (N. del T.)

India y se dejaba consolar y adular como siempre por la viuda irlandesa. Su oferta de dinero, útil como era, no bastó para sacar a sus padres del abatimiento, y Amelia decía que el primer día que vió a su padre levantar la cabeza después del desastre, fué cuando recibió el juego de cucharas y tenedores que como muestra de cariño le enviaron los jóvenes agentes de cambio, en cuya ocasión se echó a llorar como un niño quedando mucho más afectado que su esposa, a quien iba dirigido el regalo. Eduardo Dale, el menor de los integrantes de la firma que había comprado las cucharas, estaba enamorado de Amelia y continuó estándolo a pesar de todo. Se casó con la señorita Luisa Cutts (hija de Higham y Cutts, el famoso comerciante en granos) quien tenía una bonita dote en 1820 y ahora vive espléndidamente con muchos hijos en su elegante villa de Muswell Hill. Pero no debemos dejarnos llevar por las andanzas de este personaje lo que nos desviaría del asunto principal de nuestra historia.

Octavo fragmento: pp. 204-206

–Mis hermanas dicen que usa unos diamantes grandes como huevos de paloma –dijo Jorge, riendo–. ¡Cómo deben mejorar su aspecto! Con esos brillantes en el cuello debe parecer una calle completamente iluminada. Sus cabellos negros son tan motosos como los de Sambo. Si la presentaran en la corte con un anillo en la nariz y un penacho de plumas en la cabeza, todos la tomarían por una bella salvaje.

Jorge, en una de sus conversaciones con Amelia, ridiculizaba el porte exterior de una joven recién presentada a su padre y a sus hermanas y que era objeto de grandes atenciones por parte de la familia de plaza Russell. Se decía que tenía no sé cuántas plantaciones en las Indias Occidentales, una fortuna en los bancos y una gran cantidad de acciones de la Compañía de las Indias Orientales. Tenía una mansión en Surrey y otra en Portland Place. El nombre de la rica heredera había sido citado elogiosamente por el *Morning Post*. La señora de Haggistoun, viuda del coronel Haggistoun, pariente de ella, la “acompañaba” y la alojaba en su casa. Acababa de salir del colegio, donde completó su educación, y Jorge y sus hermanas la habían conocido en una velada en casa del viejo Hulker, en Devonshire Place (Hulker, Bullock & Cía. eran sus corresponsales en las Indias Occidentales), y las señoritas Osborne se habían mostrado con ella amabilísimas, viéndose correspondidas por ella.

–¡Una huérfana de su posición, con tanto dinero... Qué interesante! –decían las señoritas Osborne. A su regreso del baile en lo de Hulker le contaron a la señorita Wirt todo lo que se refería a su nueva amiga; habían quedado en verse con frecuencia y encargaron el coche para ir a verla al día siguiente. La señora de Haggistoun, viuda del coronel Haggistoun, pariente de lord Binkie, de quien siempre estaba hablando, les pareció a las naturales muchachas, un poco altiva y demasiado dada a hablar de sus muchas relaciones. Pero Rhoda era tal cual la habían imaginado: la más franca, amable y adorable de las criaturas; le faltaba un poco de mundo, pero tenía un excelente carácter. Desde la primera entrevista se llamaron por sus nombres de pila.

–¡Debías haber visto su traje de corte, Amelia! –continuó Jorge riendo–. Vino a mostrárselo a mis hermanas antes de ser presentada en sociedad por lady Binkie, la parienta de la Haggistoun. Esta Haggistoun está relacionada con todo el mundo. Sus diamantes resplandecían como las luces de Vauxhall la noche aquella que estuvimos allí. ¿Te acuerdas de Vauxhall, Amelia, y de José cantándole a su “querida ñanguita pichanga?” ¡Diamantes y caoba, querida! Figúrate qué notable contraste, y plumas blancas en su negro pelo, quiero decir, en su lana. Tenía aros como candelabros y una cola de seda que arrastraba tras suyo como la cola de un cometa.

–¿Qué edad tiene? –preguntó Amelia a Jorge, que no cesaba en sus comparaciones de aquel oscuro ejemplar la mañana de su encuentro, comparaciones como ningún otro hombre en el mundo era capaz de hacerlas.

–¿Quién? ¿La princesa negra? Aunque acaba de salir del colegio debe tener veintidós o veintitrés años. ¡Y habrías de ver su letra! La señora del coronel Haggistoun suele escribir sus cartas, pero en un momento de intimidad le escribió a mis hermanas y escribe ceda por seda y San Jame por San Jaime.

–No puede ser otra que la señorita Swartz, la pupila del colegio –dijo Amelia recordando a la joven y bondadosa mulata que tanto lloró cuando ella abandonó el colegio de la señorita Pinkerton.

—Así se llama —dijo Jorge—. Su padre era un judío alemán dedicado a la trata de esclavos negros, según dicen, relacionado de no sé qué manera con las islas de los caníbales. Murió el año pasado y la señorita Pinkerton completó la educación de su hija. Sabe tocar dos piezas al piano, sabe tres canciones; sabe escribir cuando la señora Haggistoun le dicta la ortografía, y Juana y María ya la quieren como a una hermana.

—¡Ojalá me hubieran querido así a mí! —dijo Amelia con tristeza—. ¡Conmigo siempre se mostraron frías!

—Pero, querida mía, mis hermanas te hubieran querido si hubieras tenido doscientas mil libras esterlinas —contestó Jorge—. Así han sido educadas. La nuestra es una sociedad donde prima el dinero. Vivimos entre banqueros y grandes comerciantes de la city y todos, cuando hablan, hacen sonar sus guineas en el bolsillo. Ahí tienes a ese fatuo de Federiquito Bullock que va a casarse con María, y a Goldmore, el director de la Compañía de Indias Orientales, y a Dipley, el comerciante en sebo, de *nuestro* comercio de sebo —dijo Jorge enrojeciéndose y con risa forzada—. ¡Que los lleve el diablo a todos esos vulgares adoradores del dinero! Yo me duermo en sus pesados banquetes. Me avergüenzan las estúpidas reuniones en casa de mi padre. Yo estoy acostumbrado a vivir entre caballeros y gente de mundo, Amelia, y no con groseros comerciantes. Mí querida mujercita: tú eres la única persona de nuestra clase que sabe conducirse, pensar y hablar como una dama, y eso porque eres un ángel y no puedes comportarte de otra manera. No me contradigas, Tú eres la única dama. ¿No lo notó enseguida la señorita Crawley, que ha vivido con la mejor sociedad de Europa? Y en cuanto a Crawley, de la guardia de corps ¡qué diablo!, es un excelente muchacho: me gusta porque sé ha casado con la mujer que había elegido.

Amelia admiraba también mucho a Rawdon Crawley por la misma razón y esperaba que Rebeca fuera feliz con él, y que José (aquí una risa) se consolara. Y así seguían hablando los novios como en los buenos tiempos. Amelia volvió a poner en él toda su confianza, aunque se mostraba muy celosa de la señorita Swartz y se fingía terriblemente asustada —la muy hipócrita— ante la idea de que Jorge la olvidara por la heredera y sus riquezas y sus posesiones de San Kitt. Pero la verdad es que se sentía demasiado feliz para abrigar dudas o temores de ninguna especie: teniendo de nuevo a Jorge a su lado, ríe había heredera o belleza o peligro que pudiera inspirarle miedo.

Cuando el capitán Dobbin volvió por la tarde a verlos —sentía una gran simpatía por ellos— su corazón se ensanchó de alegría al ver cómo había rejuvenecido Amelia, la forma en que reía, hablaba y cantaba sus viejas canciones en el piano. Su alegría sólo se vio interrumpida cuando la campanilla de la calle anunció el regreso de la city del señor Sedley, ante lo cual Jorge recibió orden de retirarse.

Después de la primera sonrisa con que acogió a Dobbin —y aún así fue una sonrisa hipócrita porque su llegada— más bien la contrarió— Amelia no volvió a fijarse en Dobbin durante su visita. Pero él estaba contento al verla feliz y satisfecho de que se lo debiera a él.

Noveno fragmento: pp.244-256

CAPITULO XXI

UNA QUERELLA A PROPÓSITO DE UNA HEREDERA

Una muchacha joven dotada de tantos méritos como la señorita Swartz, difícilmente deje de inspirar adoración. De aquí que se despertaran en el señor Osborne grandes y ambiciosos sueños que veía pronto realizados. Alentó con todo entusiasmo los amistosos lazos de afecto que se habían entablado entre sus hijas y la joven heredera y les prodigó su más sincera aprobación como padre, al ver lo bien que administraban su cariño.

—En nuestra humilde casa de plaza Russell —decía un día a la señorita Rhoda— no encontrará usted el esplendor y el lujo a que está acostumbrada en el West End, mi querida señorita. Mis hijas son muchachas sencillas y desinteresadas pero saben dónde ponen el corazón y sienten hacia usted una devoción. que las honra, sí, que las honra. Yo soy un comerciante inglés, llano, sencillo y humilde; pero honesto, como pueden atestiguarlo mis respetables amigos Hulker & Bullock, que eran los corresponsales de su malogrado papá. Encontrará usted en nosotros una familia unida, sencilla, feliz y me atrevo a decir que respetada; una mesa sencilla, unos amigos sencillos pero un cálido acogimiento, señorita Rhoda... Rhoda, permítame llamarla así, porque mi corazón siente por usted un vivo cariño. Le he de ser franco: usted me gusta mucho. ¡Venga una copa de *champagne*! Hicks, traiga *champagne* para la señorita Swartz.

Sin duda alguna, que el viejo Osborne creía todo lo que decía y que las protestas de amistad de las muchachas por la señorita Swartz eran completamente sinceras. En la Feria de Vanidades la gente siente una rápida inclinación natural hacia los ricos. Si las personas sencillas tienden a mostrarse amables con la diosa Fortuna (desafío a cualquier integrante del público británico a que diga que la noción de riqueza no tiene para él algo de respetuoso y placentero y lo desafío a usted mismo de que si le dicen que el hombre que está sentado a su lado en la mesa tiene medio millón, no lo mirará con cierto interés); si las personas sencillas se muestran amables con la diosa Fortuna, ¿con cuánta mayor razón no procederá así la gente mundana? Todos sus afectos se lanzan para recibir con los brazos abiertos al dinero. Sus mejores sentimientos se despiertan espontáneamente en presencia de los interesantes poseedores de él. Sé de algunas personas respetables que no se consideran con derecho a otorgar su amistad a individuos que no tengan cierta solvencia o que no ocupen un lugar en sociedad. Dejan en libertad sus sentimientos en ocasiones adecuadas. Y la prueba está en el hecho de que la mayor parte de la familia Osborne, que durante quince años no sintió nacer el menor afecto por Amelia Sedley, se sintió inflamada en una noche de una gran pasión! por la señorita Swartz, como podría ambicionarlo el más romántico defensor del amor a primera vista.

¡Qué partido para Jorge!, decían de común acuerdo las hermanas y la señorita Wirt. ¡Y cuánto más vale que esa insignificante Amelia! Un muchacho tan brillante como él, con su porte, su grado militar y sus cualidades, sería el esposo ideal para ella. La imaginación de las jóvenes se llenaba de bailes, en el Palacio Portland, presentaciones en la corte,

relaciones con la mitad de los pares del reino. Y no hablaban de otra cosa que de Jorge y de sus atenciones hacia la nueva amiga.

También el viejo Osborne pensaba que sería un gran casamiento para su hijo. Abandonaría el ejército, entraría al parlamento, sería un personaje en salones y ministerios. Le bullía la sangre con genuina exaltación británica, al ver su nombre ennoblecido en la persona de su hijo, pensando que podría ser el progenitor de una gloriosa línea de barones. En la city y en la Bolsa no paró hasta que supo todo lo relacionado con la fortuna de la heredera, dónde tenía invertido el dinero y dónde estaban sus posesiones. El joven Federiquito Bullock, uno de sus principales informantes, hubiera querido probar él el negocio (así fue cómo se expresó el joven banquero), pero estaba comprometido con María Osborne. Pero ya que no podía asegurársela como mujer, el desinteresado Federiquito aprobaba sin reservas que fuera su cuñada.

—Que Jorge asalte la plaza hasta rendirla —fue su consejo—. Que machaque el hierro mientras está caliente: acaba de llegar a la ciudad, y en pocas semanas más puede caer uno del West End con una fortuna que rehacer y un título que ofrecer y suplantarnos a todos los de la city, como hizo el año pasado lord Fitzrufus con la señorita Grogram, que estaba en formales relaciones con Podder, de Podder & Brown. Cuanto antes lo haga, mejor, señor Osborne: al menos esa, es mi opinión.

Y cuando el señor Osborne salió del despacho, Bullock recordando lo buena que era Amelia y la forma en que quería a Jorge, le dedicó diez segundos de su valioso tiempo para lamentar la desgracia que había caído sobre la infortunada joven.

Mientras los buenos sentimientos de Jorge Osborne eran devueltos ante los pies de Amelia, por obra y gracia de su buen amigo y genio protector Dobbin, los padres y hermanas de Jorge estaban trazando planes para un espléndido matrimonio, ante el cual ni siquiera soñaban que se opondría.

Cuando el viejo Osborne lanzaba lo que él llamaba “una indirecta”, hasta el más obtuso comprendía al punto su significación. A echar a un lacayo escaleras abajo, llamaba él una indirecta para que abandonara el servicio. Con su acostumbrada delicadeza y franqueza, dijo a la señora de Haggistoun que le daría un cheque por cinco mil libras esterlinas en calidad de recompensa, el día que su hijo se casara con su pupila; a esto lo llamó una indirecta y lo consideró como una hábil muestra de diplomacia. Lanzó finalmente a Jorge otra indirecta con respecto a la heredera, ordenándole que se casara con ella lo más pronto posible, como hubiera podido ordenar a su mayordomo que descorchara una botella o a un empleado que escribiera una carta.

Esta perentoria indirecta disgustó no poco a Jorge. Estaba en los primeros entusiasmos y delicias de su segundo noviazgo con Amelia, la que era extraordinariamente dulce con él. El contraste que ofrecía Amelia con la heredera, contribuía a que la sola idea de unirse con esta última le pareciese doblemente ridícula y odiosa. Carruajes y palcos en la Opera... —pensaba, mientras se imaginaba al lado de esa hermosura de caoba—. Añádase a esto que Osborne hijo era tan terco como Osborne padre: cuando quería una cosa, no cejaba hasta conseguirla y cuando despertaba su cólera, era tan violento como su padre en sus más borrascosos momentos.

El primer día que su padre le dió a entender formalmente que debía colocar su corazón a los pies de la señorita Swartz, Jorge contemporizó con el anciano caballero.

–Debió usted pensar antes en ese proyecto, señor –contestó–. Por el momento es imposible, ya que estamos esperando recibir de un momento a otro la orden de partida al extranjero. Espere a mi regreso, si es que vuelvo.

Y se esforzó en hacerle comprender que el tiempo que faltaba para abandonar Inglaterra, pocos días o semanas, no los habría de dedicar a hacer el amor por cuanto debía destinarlos a los preparativos de campaña. Tiempo habría para eso cuando regresara con el grado de mayor.

–Porque yo le aseguro –añadió con aire de satisfacción– que de cualquier manera ha de ver usted en la *Gaceta* el nombre de Jorge Osborne.

La contestación del padre a esto se basó de acuerdo a lo que le habían dicho en la city: cualquier aristócrata del West End se apoderaría de la heredera si se les daba tiempo; que aunque no se casara con la señorita Swartz, podría al menos celebrar los esponsales por escrito y casarse cuando regresara a Inglaterra; y que, además, un hombre que podía conseguirse una renta de diez mil libras al año con sólo quedarse en su casa, era bien tonto de ir a arriesgar la vida en el extranjero.

–Me cree usted un cobarde, señor, y de ese modo nuestro nombre quedaría deshonrado por el dinero de la señorita Swartz –replicó Jorge.

Esta observación desconcertó al viejo caballero, pero como estaba decidido a no renunciar a la idea, prosiguió diciendo:

–Mañana comerás aquí y siempre que venga la señorita Swartz, deberás estar presente para saludarla. Si necesitas dinero, pídeselo a Chopper.

He aquí cómo se alzó un nuevo obstáculo en los planes de Jorge en lo que se referían a Amelia, obstáculo que motivó más de una conferencia de carácter confidencial entre él y Dobbin. La opinión de su amigo respecto a la conducta que Jorge debía seguir, ya la conocemos. Y en cuanto a Osborne, cuando se le ponía algún obstáculo por delante, se mostraba más resuelto e inquebrantable que nunca.

El oscuro objeto de la conspiración tramada por los principales miembros de la familia Osborne, desconocía en absoluto los planes referentes a ella (aunque parezca extraño, su amiga y dama de compañía nada le había dicho), tomando por muy sinceras las lisonjas de sus amigas y como tenía un carácter ardiente e impetuoso, como ya tuvimos ocasión de ver, respondía a sus atenciones con un ardor realmente tropical. Si he de ser franco, diré que también ella sentía cierta personal complacencia en visitar la casa de plaza Russell, es decir, que pensaba que Jorge Osborne era un muchacho encantador. Las patillas del capitán le produjeron una viva impresión desde la primer noche que se las vió en el baile de los señores Hulker, y ya sabemos que no era la primera mujer que se prendaba de ellas. Jorge tenía un aire melancólico e indiferente, lánguido y fiero a la vez. Parecía hombre que ha tenido pasiones, secretos, desgarradoras y ocultas penas y muchas aventuras. Su voz era melodiosa y grave. Decía que la tarde estaba calurosa o invitaba a su acompañante a tomar un helado, con un tono tan triste y confidencial como si le anunciase la muerte de su madre o preparase una declaración de amor. Se destacaba entre todos los invitados de su padre y pasaba por un héroe entre aquellos elegantes de tercera categoría. Unos se burlaban de él y lo detestaban. Otros, como Dobbin, lo admiraban hasta el fanatismo. El caso es que sus patillas comenzaban a surtir efecto y se enroscaban ya en el corazón de la señorita Swartz.

Siempre que veía alguna probabilidad de encontrar a Jorge en plaza Russell, la simple mulatita corría ansiosa a visitar a sus queridas amiguitas Os-

borne. Se presentaba siempre haciendo un gran derroche de vestidos nuevos, brazaletes, sombreros y prodigiosas plumas. Adornaba su persona con el mayor esmero para agrandar al conquistador y exhibía todos sus sencillos encantos para congraciarsele. Cuando las señoritas Osborne le pedían, con la mayor seriedad, que tocara al piano, cantaba sus tres canciones y tocaba sus dos piezas tantas veces como se las pidieran, y cada vez con mayor entusiasmo. Durante estos deleitosos entretenimientos, la señorita Wirt y la dama de compañía, sentadas en un rincón, se apoderaban del libro de los pares y hablaban sobre la nobleza.

El día siguiente que Jorge recibió la indirecta de su padre y poco antes de la hora de comer, estaba tendido en un sofá en el salón en una actitud de perfecta y natural melancolía. Siguiendo el consejo de su padre había pasado por el despacho del señor Chopper, en la city (el viejo caballero daba grandes cantidades de dinero a su hijo, sin especificarle nunca cantidad ni límite, de acuerdo a su estado de ánimo). Fue luego a pasar tres horas con Amelia, con su querida Amelia, en Fulham, y luego volvió a casa, donde encontró a sus hermanas con sus almidonados vestidos de muselina, a las señoras hablando en un rincón y a la honesta señorita Swartz luciendo su vestido predilecto de seda color ámbar y cargada de brazaletes de turquesas, de innumerables anillos, flores, plumas y toda clase de herretes y baratijas, como podría estar adornada la repisa de una chimenea en un día de mayo.

Las jóvenes, después de hacer vanos esfuerzos para interesarlo en la conversación, hablaron de modas y de las últimas recepciones, hasta casi enfermarlo con su charla. Comparaba la conducta de ellas con la de la pequeña Amelia: sus voces chillonas con el melodioso timbre de su voz; su empaque, sus atropellamientos, con sus movimientos humildemente suaves y su modesta gracia. La pobre Swartz estaba sentada en el lugar que acostumbraba hacerlo Amelia. Sus manos ensortijadas yacían abiertas sobre su falda de seda. Sus herretes y aros tintineaban, y sus grandes ojos miraban de aquí para allá. Parecía muy satisfecha de no hacer nada, creyéndose realmente encantadora, cosa que sus hermanas le habían dado a entender.

—Que el diablo me lleve —decía después Jorge a su amigo íntimo— si no parecía un ídolo chino, que no tiene más que sonreír y mover la cabeza todo el día. Te juro, Guillermo, que tuve que hacer verdaderos esfuerzos para no arrojarle un almohadón.

Sin embargo, refrenó sus sentimientos.

Sus hermanas comenzaron a tocar la “Batalla de Praga”.

—Acabad ya con eso —gritó Jorge desde el sofá dejando escapar su irritación—. Vais a volverme loco. Tóquenos usted algo, señorita Swartz, haga el favor. Cante cualquier cosa, cualquier cosa que no sea la “Batalla de Praga”.

—¿Canto “María la de los ojos azules” o el aria del Estuche? —preguntó la señorita Swartz.

—Eso tan dulce del Estuche —dijeron las hermanas.

—Ya lo hemos oído —interpuso el misántropo del sofá.

—Puedo cantar “Las aguas del Tajo” —dijo la señorita Swartz, con voz mansa— pero no recuerdo la letra. Y aquí terminaba el repertorio de la joven.

—¡Oh, “Las aguas del Tajo”! —exclamó María—. Nosotros la tenemos.

Y fué en busca del libro donde estaba.

Resultó que aquella canción, que por entonces estaba muy en boga, había sido regalada a las jóvenes por una de sus amigas, cuyo nombre figuraba sobre el título, y cuando la señorita Swartz terminó de cantarla con aplau-

so de Jorge (quien recordó que era la canción favorita de Amelia), esperó que le pidieran que la repitiera y se puso a hojear el libro de música, cuando tropezó su vista en el título y leyó “Amelia Sedley”, escrito en un ángulo.

—¡Dios mío! —exclamó la señorita Swartz volviéndose vivamente sobre el taburete—. ¿Es mi Amelia? ¿Amelia, la que estudiaba en el colegio de la señorita Pinkerton, en Hammersmith? Sí, ella es; no puede ser otra. Decíme algo de ella. ¿Dónde vive?

—No la nombre —se apresuró a decir María Osborne—, Su familia se ha deshonrado. Su padre estafó a papá y en cuanto a ella, jamás se menciona su nombre *aquí*.

Así se vengaba María de la grosería de Jorge sobre la “Batalla de Praga”.

—¿Es usted amiga de Amelia? —preguntó Jorge levantándose de un salto—. ¡Dios la bendiga por ello! No crea una sola palabra de lo que ellas dicen. *Ella* no tiene la menor culpa. Es la mejor de...

—Sabes perfectamente que no se puede hablar de ella, Jorge —gritó Juana—. Papá lo ha prohibido.

—¿Y quién es nuestro padre para prohibírmelo? —contestó Jorge también gritando—. *Hablaré* de ella. Y digo que es la mejor, la más amable, la más gentil y la más dulce muchacha de Inglaterra; y que arruinada o no, mis hermanas no le llegan ni a la suela de los zapatos. Si usted la quiere, vaya a verla, señorita Swartz; ahora necesita del consuelo de una amiga; y repito que Dios bendiga a todo el que la ampare. Quien hable bien de ella es mi amigo, quien hable mal de ella es mi enemigo. Muchas gracias, señorita Swartz.

Y acercándosele, le estrechó la mano.

—¡Jorge! ¡Jorge! —gritó una de sus hermanas con voz implorante.

—Digo —dijo Jorge con fiereza— que doy las gracias a todo el que ame a Amelia Sed...

Se detuvo. El viejo Osborne acababa de entrar al salón, lívido de cólera y lanzando llamas por los ojos.

Aunque Jorge se detuvo en seco, su sangre hervía y no hubiera retrocedido ante toda una generación de Osborne; reponiéndose al instante, rechazó la enfurecida mirada de su padre con otra tan llena de resolución y tan desafiante, que el viejo se sintió momentáneamente vencido; desviando la suya. Comprendió que la tormenta se aproximaba.

—Señora Haggistoun, permítame que la acompañe a la mesa —dijo—. Da tú el brazo a la señorita Swartz, Jorge.

Y se pusieron en marcha.

—Señorita Swartz, amo a Amelia, y estamos comprometidos casi desde que nacimos —dijo Osborne a su acompañante.

Y durante toda la comida habló Jorge con una desenvoltura que a él mismo le sorprendió y que puso doblemente nervioso a su padre, quien no pensaba más que en la lucha que se desencadenaría no bien se fueran las damas.

La diferencia entre padre e hijo era que mientras el padre estaba violento y ciego como un toro, el segundo mantenía la serenidad y el valor que le faltaba al primero y estaba no sólo listo para el ataque, sino también decidido a resistir con tesón. Y dándose cuenta que había llegado el momento decisivo, comió con perfecta calma y buen apetito, esperando la contienda. El viejo Osborne, por el contrario, estaba nervioso y bebía mucho. Perdía el hilo de la conversación con su vecina y la serenidad de Jorge le irritaba aún

más. Estuvo a punto de perder la cabeza al ver la tranquilidad con que Jorge plegó su servilleta y con una fina reverencia, abrió la puerta del comedor para dar paso a las damas, para luego servirse un vaso de vino, paladearlo y mirar de frente a su padre como diciéndole: “Caballero de la Guardia, haced fuego primero”. El viejo quiso tomar un refuerzo, pero su botella chocó contra el vaso, al tratar de llenarlo.

Por fin, después de lanzar un gran suspiro y con la cara congestionada, comenzó diciendo:

–¿Cómo ha tenido usted, caballero, el atrevimiento de mencionar hoy el nombre de esa persona ante la señorita Swartz, en mi salón? Le pregunto, caballero, ¿cómo se ha atrevido a hacerlo?

–¡Alto usted, caballero! –dijo Jorge–. No diga usted “¿cómo se atreve?” La palabra “atreverse” no es como para ser dirigida a un capitán del ejército inglés.

–Diré a mi hijo lo que se me antoje, señor. Puedo dejarlo sin un cobre si quiero. Puedo hacer de él un mendigo, si quiero. *Diré* lo que quiera. .

–Soy un caballero aún cuando sea hijo suyo, señor –contestó Jorge altivamente–. Si tiene algo que decirme o si se le ocurre darme alguna orden, le ruego que lo haga en el lenguaje que estoy acostumbrado a oír.

Siempre que el mozo adoptaba un aire altanero, provocaba en su padre un gran terror o una gran irritación. El viejo Osborne sentía un secreto temor ante su hijo al saberlo mayor caballero que él y tal vez mis lectores habrán observado en nuestra Feria de Vanidades, de que nadie desconfía tanto de un caballero como un hombre de baja categoría.

–Mi padre no me dio la educación que usted ha tenido, ni las ventajas que usted ha tenido, ni el dinero que usted ha tenido. Si yo hubiera frecuentado la compañía de *ciertas personas* que me permiten *mis medios*, tal vez mi hijo no tendría razones para jactarse de su *superioridad* y para darse *aires de las Indias Occidentales* –dijo el viejo Osborne arrastrando sus palabras con el más sarcástico de los tonos–. Pero en mis tiempos nadie creía que fuera propio de un caballero que un hombre insultase a su padre. Si yo hubiese hecho tal, cosa, mi, padre me hubiera echado escaleras abajo, señor.

–Jamás lo he insultado, señor. Lo único que he dicho es que le rogaba que recordara que su hijo es tan caballero como usted. Sé perfectamente que me da usted dinero sin medida –dijo Jorge, acariciando con sus dedos el fajo de billetes que tenía en el bolsillo y que el señor Chopper le había dado esa misma mañana–. Me lo recuerda usted con demasiado frecuencia, señor. No hay temor a que lo olvide.

–Me gustaría que recordara también otras cosas, señor –replicó el padre–. Me gustaría que recordara que en esta casa, hasta tanto decida usted continuar *honorándola* con su *presencia*, sépalo señor capitán, que yo soy el amo, y que cuando yo digo que el nombre de aquella... que usted... de esa...

–¿De esa qué, señor? –repitió Jorge con una sonrisa casi imperceptible, llenando otro vaso de clarete.

– ¡ ... ! –estalló su padre lanzando un juramento–. Que el nombre de esos Sedley jamás se mencione aquí, señor; el nombre de ninguno de toda esa caterva de condenados.

–No fui yo, señor quien trajo a colación el nombre de la señorita Sedley. Fueron mis hermanas quienes hablaron mal de ella a la señorita Swartz y yo me siento obligado a defenderla en todas partes. Nadie hablará con ligereza

de ella en mi presencia. Nuestra familia, ya le ha inferido bastante agravio, según creo, y es hora ya que dejen de calumniarla ante su ruina. Descerraré un tiro a cualquier hombre fuera de usted, que diga una palabra en su contra.

–Continúe, usted, señor, continúe usted –dijo el viejo con los ojos fuera de las órbitas.

–¿Que continúe qué, señor? ¿Que continúe sobre la manera con que se trató en esta casa a ese ángel de muchacha? ¿Quién me dijo que la amase? Nadie más que usted. Podría haber elegido en otra parte y haber mirado más alto en personas de nacimiento más elevado que el suyo, tal vez; pero no hice más que obedecerle. Y ahora que su corazón es mío, pretende usted ordenarme que la abandone y que la castigue, que la mate tal vez de dolor... por culpas ajenas.

“¡Eso es una vergüenza! –prosiguió Jorge entusiasmándose y llenándose de pasión a medida que hablaba–. ¡Es una vergüenza jugar con tanta ligereza con el corazón de una joven, y de una joven angelical como ella, de un ser tan superior a las personas que la rodean, que todos la envidiarían si no fuera tan buena, que nadie se atreve a odiarla! Si yo la abandonara, señor, ¿cree usted que me olvidaría?”

–No quiero seguir prestando oídos a ese galimatías de ridículo sentimentalismo –replicó el padre–. En mi familia no entrarán pordioseros por la puerta del matrimonio. Si usted prefiere dejar escapar ocho mil libras esterlinas de renta por año, cuando no tiene más que inclinarse a recogerlas, hágalo: pero le prevengo que puede ir liando sus petates y largarse de esta casa. De una vez por todas: ¿hará usted lo que le digo o no?

–¿Casarme con esa mulata? –preguntó Jorge subiéndose el cuello de la camisa–. No me gusta el color, señor. Propóngaselo al negro que barre el mercado de carnes, señor. Yo no me caso con una Venus hotentote.

El viejo tiró frenéticamente del cordón de la campanilla con que acostumbraba llamar al mayordomo para que le trajera vino, y con el semblante cárdeno de ira, ordenó al lacayo que llamase un coche para el capitán Osborne.

–Ya está hecho –dijo Jorge, al entrar en el Slaughter una hora después, intensamente pálido.

–¿El qué, muchacho? –le preguntó Dobbin.

Jorge refirió detalladamente la escena ocurrida entre él y su padre.

–Mañana mismo nos casamos –dijo con un juramento–. Cada día la quiero más, Dobbin.

Décimo fragmento: pp.280-283

Detrás del comedor había una habitación conocida en la casa por el nombre de estudio, que era una especie de santuario del dueño de casa. Aquí se retiraba el señor Osborne los domingos por la mañana cuando no iba a la iglesia. Un par de bibliotecas con cristales, contenían obras comunes encuadernadas lujosamente y con cantos dorados. El “Registro Anual”, el “Almanaque de la Nobleza”, los “Sermones de Blair”, y “Hume y Smollet”. Durante años y años nunca sacó estos libros de los estantes, y ningún miembro de la familia se hubiera atrevido jamás a tocar ni uno solo de ellos, salvo los raros domingos en que no había invitados en la casa, en cuyas ocasiones se sacaban la gran Biblia de cubierta escarlata y el libro de oraciones del rincón que ocupaban al lado del “Libro de la Nobleza”, y reunida la servidumbre en el comedor, Osborne leía con voz enfática y potente el “servicio” de la tarde a su familia. Ningún miembro de la casa, hijo o doméstico, entraba en aquella habitación sin experimentar cierta sensación de terror. Allí revisaba el amo las cuentas del mayordomo y examinaba el libro de entradas y salidas de efectos en la bodega. Desde allí podía dar órdenes directamente, a través del limpio patio cubierto de grava, al establo, con el que se comunicaba una de sus campanillas, y en este patio recibía el cochero las instrucciones que Osborne le lanzaba entre juramentos desde la ventana del estudio. Cuatro veces al año entraba la señorita Wirt a esta habitación para percibir su sueldo, y sus hijas para percibir la cantidad trimestral que les tenía asignada. Cuando Jorge era niño había recibido muchas de sus azotinas en esta habitación, mientras su madre, llena de angustia, contaba el número de azotes. El muchacho muy pocas veces lloraba bajo los castigos; la pobre mujer lo consolaba y besaba en secreto, dándole algún dinero que le sirviera de consuelo cuando saliera.

Sobre la chimenea había un retrato de familia trasladado allí de la pieza de enfrente desde la muerte de la señora Osborne. Jorge, a caballo de un “poney”, y su hermana mayor ofreciéndole un ramo de flores; la hermana menor tomada de la mano de la madre; todos con las mejillas muy encarnadas y grandes bocas rojas, mirándose unos a otros con la tradicional sonrisa de los retratos familiares. La madre yacía bajo tierra, olvidada desde hacía mucho tiempo: las hermanas y el hermano tenían cien intereses distintos y propios y aunque pertenecientes todavía a una misma familia, eran completamente extraños entre sí. ¡Al cabo de algunas decenas de años, cuando los personajes retratados han llegado a la edad madura, qué amarguísima sátira existe en esos vistosos retratos de los niños de, una familia, con ese falso sentimiento y esas sonrisas mendaces, con esa inocencia tan artificial y satisfecha de sí misma! El retrato de cuerpo entero del propio Osborne, con su gran marco plateado, ocupaba en el comedor el puesto de honor que dejó, vacante este grupo de familia.

A este estudio se retiró el viejo Osborne, con gran alivio del pequeño grupo que dejó tras suyo. Cuando los sirvientes se retiraron, comenzaron a hablar con gran animación pero en voz baja, y luego subieron a la sala silenciosamente, acompañando a las damas el joven Bullock, esforzándose por no hacer ruido con sus zapatos chirriantes. No tuvo valor para quedarse solo a tomar unas copas, estando tan cerca y al alcance del terrible viejo que estaba en el estudio.

Una hora después de anochecer, el mayordomo, no habiendo recibido orden alguna se aventuró a llamar a la puerta llevando bujías y té. El dueño de

casa, sentado en su sillón, fingió leer el diario, y cuando el sirviente se retiró dejando en la mesa las bujías y la bandeja, el señor Osborne se levantó y cerró con llave la puerta tras él. Esta vez ya no había lugar a dudas: toda la casa sabía que estaba por producirse alguna gran catástrofe que probablemente afectaría directamente a Jorge.

En el amplio y lustroso escritorio de caoba del señor Osborne había un cajón dedicado especialmente a los papeles y asuntos de su hijo. Allí guardaba los documentos que 1 a él se referían desde su infancia: sus cuadernos de escritura y de dibujo, todos con la firma de Jorge y del maestro; sus primeras cartas en letra redonda enviando sus cariños a papá y mamá y pidiéndoles el envío de una torta. Su querido padrino Sedley era mencionado más de una vez en ellas. Las maldiciones se agolpaban a los labios lívidos del viejo Osborne y un odio y un desasosiego terribles estrujaban su corazón cuando sus ojos tropezaban con dicho nombre en algunos de estos papeles. Estaban todos bien ordenados, clasificados y atados con hilo rojo. Se leía por ejemplo: “De Jorgito, pidiendo cinco chelines, 23 de abril de 18... Contestada el 25 de abril”, o bien “Jorgito quiere un caballito, 13 de octubre”, y así por el estilo. En otro paquete estaban los “Recibos del doctor S.”, “Facturas y recibos del sastre de G., cargadas a mi cuenta por J. Osborne”, etc. Sus cartas desde las Indias Occidentales, las cartas de sus agentes comerciales y los periódicos que daban cuenta de sus ascensos: había aquí un látigo con el que jugó siendo niño y envuelto en un papel un medallón con un mechón de cabellos que su madre acostumbraba llevar.

Revolviendo y examinando aquellos recuerdos, el desdichado hombre pasó muchas horas. Sus más queridas vanidades, ambiciosas esperanzas, estaban allí. ¡Qué orgulloso estaba de su hijo! De niño era muy hermoso. Todos decían que parecía hijo de noble. Una princesa de la casa real reparó en él, lo besó y preguntó su nombre en los jardines de Kew. ¿Qué otro hombre de la city podía decir otro tanto? ¿Qué príncipe había llevado una vida más regalada? Todo lo que podía comprarse con dinero lo había tenido su hijo. Cuando estaba en el colegio, iba a verlo los días de visita en su coche tirado por cuatro caballos, cochero y lacayos estrenaban librea, y distribuía chelines relucientes entre los compañeros de Jorge. Cuando acompañó a Jorge a los cuarteles de su regimiento, poco antes de su partida para el Canadá, dio a los oficiales un banquete que no habría desdeñado el mismo duque de York. ¿Dejó alguna vez de atender alguna letra de cambio firmada por Jorge? Allí estaban todas, pagadas sin el menor reparo. ¡Pocos generales del ejército podían permitirse el lujo de montar los caballos que él tenía! Ante los ojos de su imaginación pasaba la imagen de Jorge en cien circunstancias distintas: cuando después de comer se sentaba al lado de su padre, en la cabecera de la mesa, para beber unas copas con la dignidad de un lord; cuando montado en su poney en Brighton, saltaba los cercos como los mejores jinetes; el día en que fué presentado en la corte al Príncipe Regente, cuando en todo San Jaime no hubiera podido encontrarse un joven más guapo. ¡Y aquello era el fin de todo! ¡Casarse con la hija de un insolvente y huir frente al deber y a la fortuna! ¡Qué humillación y qué rabia! ¡Qué accesos de furia frenética, de ambición burlada, de cariño chasqueado! ¡Qué herida a su amor propio ultrajado y aun a sus más tiernos sentimientos, sentía este viejo mundano!

Después de haber examinado todos aquellos papeles y haberlos comparado unos con otros, en ese estado de amargura que causa el dolor sin es-

peranzas y en el que se ven sumidos los hombres desdichados cuando piensan en los felices tiempos pasados, el padre de Jorge sacó todos los documentos del cajón donde habían permanecido tanto tiempo y los puso en una cartera que ató y lacró con un sello. Luego abrió la biblioteca y sacó la gran Biblia encarnada de la que ya hemos hablado; libro lujosísimo, pocas veces abierto y recamado totalmente en oro. En el frontispicio se veía el sacrificio de Isaac por su padre Abraham. Aquí, de acuerdo a la costumbre, Osborne había anotado en la primera página y con su ancha letra de empleado, las fechas de su matrimonio y de la muerte de su esposa, y los nacimientos y nombres de sus hijos. Primero figuraba Juana, después Jorge Sedley Osborne, luego María Francisca, y los días de los respectivos bautismos de cada uno de ellos. Tomando una pluma, tachó cuidadosamente el nombre de Jorge de la página y cuando la tinta estuvo bien seca, volvió el volumen a su lugar. Después sacó un documento de otro cajón, donde guardaba sus propios papeles privados, y después de leerlo, lo estrujó, le prendió fuego, en una de las bujías y contempló como se reducía a cenizas en la chimenea: era su testamento. Una vez quemado, se sentó y escribió una carta, llamó a un criado, a quien ordenó que la entregase a la mañana siguiente. Ya amanecía cuando se acostó. Los rayos del sol bañaban toda la casa y los pájaros cantaban entre el fresco follaje de la plaza Russell.

Undécimo fragmento: pp. 509-515

CAPITULO XLII

QUE TRATA DE LA FAMILIA OSBORNE

Considerable tiempo ha transcurrido desde la última vez que vimos a nuestro respetable amigo, el viejo señor Osborne, de Plaza Russell. No ha sido el más feliz de los mortales desde que lo dejamos. Han sobrevenido acontecimientos que no han mejorado su carácter y en más de una ocasión, no le han permitido hacer su voluntad. Verse impedido de cumplir tan razonable deseo era algo que siempre indignaba al viejo caballero y las resistencias lo exasperaban doblemente desde que la gota, la edad, la soledad y los golpes de muchos desengaños se combinaron para gravitar sobre él. Sus negros y espesos cabellos comenzaron a encanecer rápidamente poco después de la muerte de su hijo, su cara se puso más roja, sus manos temblaban cada vez más cuando llenaba su copa de oporto. Hacía la vida insoportable a sus empleados de la city: su familia no era más feliz en su casa. Dudo que Rebeca, a quien hemos visto suspirar piadosamente por tener “títulos de la renta”, hubiera cambiado su pobreza y las peligrosas acechanzas de su vida, por el dinero de Osborne y la sombría tristeza que lo rodeaba. Había pedido la mano de la señorita Swartz, pero había sido rechazado despreciativamente por los tutores de dicha señorita, quien se casó con un joven pimpollo de la nobleza escocesa. Era hombre capaz de casarse con una mujer de baja extracción para poder insultarla después horriblemente: pero no se presentó ninguna adecuada a sus gustos y en cambio de ello, tiranizó a la hija soltera que quedaba en la casa. Tenía un magnífico carruaje y magníficos caballos y se sentaba a la cabecera de una mesa servida con lujosa platería. Tenía ella una libreta de cheques, un lacayo principesco que la seguía en sus paseos, y le hacían reverencias y le dirigían cumplidos todos los comerciantes, recibiendo todo lo que corresponde a una heredera; pero su vida era muy triste. Las niñas del hospicio de expósitos, las fregonas y las pobres cocineras que estaban en las habitaciones de la servidumbre, eran felices comparadas con esta joven infortunada, y ya entrada en años.

Federico Bullock, *Esquire*, de la casa de Bullock, Hulker & Bullock, se había casado con María Osborne, no sin vencer muchas dificultades y gruñidos interpuestos por el señor Bullock. Muerto Jorge y borrado del testamento de su padre, Federico insistió que se pasara la mitad de la fortuna del viejo a María, y ciertamente, durante largo tiempo, se rehusó a “cargar con la novia” (eran las propias palabras del señor Federico) en otras condiciones. Osborne dijo que Federiquito se había comprometido a llevarse a su hija con veinte mil libras, y no estaba dispuesto a dar un centavo más. “Puede llevarsela y enhorabuena, o puede dejarla y que se vaya al diablo”. Federiquito, cuyas esperanzas habían crecido cuando Jorge fué desheredado, pensaba que había sido estafado en forma infamante por el viejo mercader, y durante cierto tiempo hizo como que rompía el compromiso. Osborne retiró sus depósitos de Bullock & Hulker, y fue a la Bolsa con un látigo jurando que cruzaría la espalda de cierto canalla que no había por qué nombrar, comportándose con sus habituales maneras violentas. Juana Osborne consolaba a su hermana María durante esta riña familiar.

–Yo siempre te dije, María, que era a tu dinero a quien amaba y no a ti –decía ella lisonjeramente.

–De cualquier manera eligió a mi dinero y a *mí*: no eligió el tuyo y a ti –replacaba María, irguiendo su cabeza.

La ruptura fue, sin embargo, temporaria. El padre de Federiquito y los socios de su padre le aconsejaron que tomase a María, aún con las veinte mil libras fijadas, mitad enseguida, y mitad a la muerte de Osborne, con probabilidades de una mayor participación posterior en la fortuna del viejo. Así, pues, él “capituló” (son nuevamente sus propias palabras), y envió al viejo Hulker con proposiciones de Paz a Osborne. Era su padre, dijo, quien no quería saber nada de dicho casamiento y quien había opuesto las dificultades; él, por su parte, estaba ansioso de que se efectuase. La excusa fue aceptada groseramente por Osborne. Hulker y Bullock era una elevada familia de la aristocracia de la city y vinculada con los “nobles” del West End. Y algo era para el viejo poder decir: “Mi yerno, señor, de la casa de Hulker Bullock & Cía.; la primera de mis hijas, lady María Mango, caballero, hija del excelentísimo conde de Castlemouldy”. En su imaginación veía su casa llena de “nobles”. Perdonó, pues, al joven Bullock y consintió que se celebrase el matrimonio.

Fué un gran acontecimiento: los parientes del novio dieron el banquete de boda, pues tenían sus casas cerca de San Jorge, plaza Hanover, donde tuvo lugar la ceremonia. Fueron invitados los “nobles del West End”, y muchos de ellos firmaron él acta matrimonial. El señor y la señora de María Mango estaban presentes, con las queridas jovencitas Güendolina y Guinevera Mango que actuaron de doncellas de honor de la desposada; el coronel Bludyer de la guardia de dragones (hijo mayor de la casa Bludyer Hermanos, de la calle Mincing), primo también de la novia, y la honorable señora de Bludyer; el honorable Jorge Boulter, hijo de lord Levante, y su esposa, que era también una Mango; lord Visconte Castleoddy; el honorable Santiago MacMull y la señora MacMull (de soltera, señorita Swartz), y un ejército de personas distinguidas, que casadas todas en calle Lombardo¹, habían hecho mucho por ennoblecer Cornhill.

La joven pareja tenía una casa cerca de plaza Berkeley y una pequeña villa en Roehampton, en medio de la colonia de baqueros allí existente. Federiquito era considerado como un muchacho que había hecho más bien un mal casamiento por parte de las mujeres de su familia, cuyo abuelo había estado en un Hospicio de Caridad, y que gracias a sus maridos se habían emparentado con la mejor sangre de Inglaterra. Y María se sintió obligada, a borrar el pecado de su humilde nacimiento, adoptando una actitud orgullosa y teniendo gran cuidado en las anotaciones de su libro de visitas, comprendiendo también que era su deber ver lo menos posible a su padre y a su hermana.

Sería absurdo suponer que rompiese del todo con el viejo, que todavía tenía tantas decenas de miles de libras por dejar. Federiquito Bullock jamás se lo hubiera permitido. Pero como aun era joven e incapaz de disimular sus sentimientos, y al invitar a su padre y a su hermana a reuniones donde concurría gente de tercera categoría, y recibéndolos muy fríamente cuando la visitaban, y evitando ir a verlos a plaza Russell, y rogándole indiscretamente a

¹ La calle Lombardo de la City de Londres es una de las principales, donde están instalados los escritorios de numerosas empresas, financieros, prestamistas, etc. (N. del T.)

su padre que abandonara esa odiosa y vulgar plaza, hacía más daño del que podía remediar toda la diplomacia de Federiquito y ponía en peligro su herencia como una atolondrada criatura sin seso que era.

—Con que plaza Russell no es suficientemente buena para la señora María, ¿eh? —decía el viejo caballero, tamborileando en los cristales del carruaje una noche que él y su hija volvían de comer de casa de su yerno—. ¿Con que invita a su padre y a su hermana a comidas de segunda mano (que el diablo me lleve si ayer no invitó a comer a esos “caballeros”, como ellas los llama) donde no encontramos más que gente de la city y literatos y se reserva para ella los condes, los lores y las ladys? ¿La aristocracia para ella? ¡Aristócratas! ¡Malditos aristócratas! Yo soy un simple comerciante inglés, ya lo sé, pero estoy en condiciones de comprar a toda esa pandilla de pordioseros. Y en cuanto a los lores... ayer vi a uno de ellos hablando con un, pobre diablo de violinista, un sujeto que no hubiese merecido más que mi desprecio. ¿Y no quieren venir a plaza Russell? Apostaría la vida que tengo mejores vinos que ellos y pago marcas más caras, que puedo mostrar un servicio de platería más hermoso y servir una cena mejor en mi mesa de caoba, como nunca han visto ellos otra igual... ¡Adulones! ¡Rastreros! ¡Estúpidos! Apúrate Jaime: quiero volver pronto a plaza Russell... ¡Ja, ja, ja! —Y se hundió en un rincón lanzando una furiosa carcajada. Con tales reflexiones sobre sus méritos superiores, tenía la costumbre de consolarse frecuentemente el viejo caballero.

Juana Osborne río podía menos que abundar en las mismas opiniones con respecto a la conducta de su hermana; y cuando nació el primer hijo de Federico, al que pusieron de nombre Federico Augusto Howard Stanley Devereux Bullock, el viejo Osborne, que había sido invitado al bautismo y que era el padrino, se limitó a enviar al infante una taza de oro con veinte guineas adentro para la niñera. “Es más de lo que cualquiera de esos lores le daría, estoy seguro”, dijo y se rehusó a asistir a la ceremonia.

Lo espléndida del regalo, sin embargo, causó gran satisfacción en la casa de Bullock. María pensó que su padre estaba muy contento con ella y Federico auguró un brillante porvenir para su pequeño hijo y heredero.

Es fácil imaginar la amargura con que la señorita Osborne leía en su aislamiento de plaza Russell el *Morning Post*, donde aparecía aquí y allá el nombre de su hermana en los artículos que se titulaban “Reuniones sociales” y donde tenía ocasión de leer una descripción del vestido de la señora F. Bullock, cuando lady Federica Bullock la presentaba en los salones. La vida de Juana, como hemos dicho, era todo lo contrario de esta vida de grandezas. Llevaba una triste existencia. Tenía que levantarse en las mañanas de invierno cuando aún era de noche para preparar el desayuno a su ceñudo y viejo padre, que hubiera alborotado toda la casa si su té no estaba listo a las ocho y media. Permanecía en silencio frente a él, esperando el silbido de la tetera, y temblando de miedo mientras su padre leía el periódico y consumía su porción acostumbrada de tostadas con el té. A las nueve y media se levantaba e iba a la city, y estaba libre casi hasta la hora de comer, para hacer visitas a la cocina y regañar a los sirvientes, para salir de compras y recibir las prodigiosas atenciones de los comerciantes, para dejar su tarjeta y la de su padre en los domicilios de los respetables amigos de la city, o para sentarse sola en la gran sala a esperar visitas, o a trabajar en una gran alfombra junto al fuego, sobre el sofá, bajo el reloj donde estaba lfigenia, que sonaba y daba las horas con fúnebre gravedad en la triste habita-

ción. El gran espejo que había sobre la chimenea, que estaba colocado frente a otro gran espejo que había sobre la consola, aumentaba y multiplicaba entre ellos la funda de Holanda marrón que recubría la araña, de manera que podíais ver innúmeras fundas marrones que se repetían hasta el infinito y el refugio de la señorita Osborne parecía ser el centro de un vasto sistema de salones. Cuando sacaba el cobertor de cordobán que cubría el gran piano y se aventuraba a tocar unas notas en él, sonaba con fúnebre tristeza, despertando los tristes ecos de la casa. El retrato de Jorge había desaparecido y estaba arrinconado en el desván, y aun cuando se lo tenía presente y padre e hija a menudo sabían instintivamente que ambos estaban pensando en él, nunca se hizo ninguna mención del valiente y otrora querido hijo.

A las cinco de la tarde el señor Osborne volvía a comer, comida que padre e hija celebraban en silencio (raras veces interrumpido, excepto cuando él juraba y se enfurecía cuando los manjares no eran de su gusto), o que participaban dos veces por mes en compañía de aburridos amigos, de la edad y categoría del viejo Osborne. El viejo doctor Gulp y su esposa, de plaza Bloomsbury; el viejo señor Frowser, el abogado de Bedford Row, un gran hombre, que debido a su profesión era tratado con guante de seda por los “nobles de West End”; el viejo coronel Livermore y señora, del ejército de Bombay, de plaza Upper Bedford; el viejo alguacil Toffy y señora, y algunas veces el viejo sir Tomás Coffin y lady Coffin, de plaza Bedford. Sir Tomás tenía fama de ser un juez que había mandado a muchos a la horca y cuando comía en lo de Osborne se servía el mejor de los vinos de Oporto.

Estos señores y los suyos correspondían los solemnes banquetes del comerciante de plaza Russell con otros no menos solemnes. Jugaban solemnes partidas de *whist*, cuando subían al salón después de beber, y sus carruajes eran llamados a las diez y media. Muchas personas ricas, a quienes nosotros los pobres diablos tenemos la costumbre de envidiar, llevan tranquilamente una existencia como la descrita. Juana Osborne apenas si se encontraba con un hombre menor de sesenta años y casi el único soltero que aparecía en sus reuniones era el señor Smirk, el celebrado médico de señoras.

No puedo, sin embargo, decir que nada viniese a alterar la monotonía de esta triste vida: porque el hecho es que en la vida de Juana existió un secreto que tornó aun más huraño y sombrío el carácter que la naturaleza, el orgullo y la vanidad le habían conformado a su padre. Este secreto estaba vinculado a la señorita Wirt, quién tenía un primo artista, el señor Smee, muy celebrado posteriormente como pintor de retratos y miembro de la Real Academia, pero que se conformaba entonces dando, clases de dibujo a las damas elegantes. El señor Smee ya habrá olvidado hoy donde queda plaza Russell pero en el año 1818 sentía el mayor placer en visitarla, cuando daba sus lecciones a la señorita Osborne.

Smee (que había sido discípulo de Sharpe de calle Frith, un hombre disoluto, desordenado y fracasado, pero gran conocedor de su arte), era, como hemos dicho, primo de la señorita Wirt, quién lo presentó a la señorita Osborne —cuya mano y corazón estaban todavía vacantes después de varios amores inconclusos— y se enamoró perdidamente de ella y es de creer que también supo inspirar un amor en el pecho de ella. La señorita Wirt era la confidente de esta intriga. No sé si acostumbraba abandonar la habitación donde el maestro y la alumna estaban pintando a fin de darles ocasión de darse a conocer opiniones y sentimientos que no pueden ser pronunciadas convenientemente en presencia de terceros; tampoco sé si el primo le había

prometido dar una porción de la fortuna que ella le facilitaba conseguir, en caso de lograr casarse con la hija del rico comerciante. Lo cierto es que el viejo Osborne sospechó algo de dicho asunto, volvió un día repentinamente de la city y entró en el salón armado de su bastón de caña de bambú, encontrando al pintor, a la discípula y a la dama de compañía, intensamente pálidos. Echó al primero con amenazas de no dejarle un hueso sano en el cuerpo si no se marchaba inmediatamente y media hora después despidió también a la señorita Wirt, arrojando sus baúles por las escaleras, pisoteándole sus maletas y amenazándola con el puño cuando se alejaba en un coche de punto.

Juana Osborne se mantuvo encerrada en su habitación durante muchos días. En adelante no pudo tener más una dama de compañía. Su padre le juró que no le dejaría ni un solo centavo de su fortuna si contraía cualquier compromiso amoroso sin su consentimiento y como necesitaba una mujer en la casa, no entraba en sus proyectos que se casara, de modo que se vio obligada a abandonar toda ilusión en la que Cupido tuviera alguna participación. Durante la vida de su padre, pues, se resignó a vivir en la forma que hemos descrito y a contentarse con ser una solterona. Su hermana, en cambio, tenía hijos con nombres cada vez más hermosos todos los años y las relaciones entre las dos hermanas fueron en continuo languidecimiento.

–Juana y yo no nos movemos en la misma esfera de vida –decía María–. Aunque, naturalmente, sigo considerándola como a una hermana...

Con ello quería decir... ¿Qué querrá decir una dama cuando dice que considera a Juana como a una hermana?

Bibliografía obligatoria

- HOBBSAWM, ERIC J. (1998), Capítulo 12: “Ciudad, industria y clase obrera”, Capítulo 13: “El mundo burgués”, en: *La Era del Capital, 1848-1875*, Buenos Aires, Crítica, pp. 217-259.
- (1989), Cap. 3 “La era del imperio”, en: *La era de imperio (1875-1914)*, Barcelona, Labor, pp. 56-84.
- MOMMSEN, WOLFGANG (1973), Parte A, Cap. 1 “Las ideologías políticas”, en: *La época del Imperialismo*, Madrid, Siglo XXI, pp. 5-34.
- PALMADE, GUY (1978) Capítulo 3, Sección IV: “Movimientos e ideologías sociales”, en: *La época de la burguesía*, Madrid, Siglo XXI, pp. 196-212.
- THACKERAY, WILLIAM M. (1946), *Feria de Vanidades*, Buenos Aires, Intermundo, pp. 17-23; 29-34; 39-42; 71-73; 85-89; 153-159; 187-188; 204-206; 244-256; 280-283; 509-515.

Bibliografía recomendada

- ABENDROTH, WOLFGANG (1983), Capítulo 2: “La Asociación Internacional de Trabajadores”, en: *Historia social del movimiento obrero*, Barcelona, Laia, pp. 35-50.
- FIELDHOUSE, DAVID K. (1977), Capítulo 4: “Interpretaciones políticas, populares y periféricas del imperialismo”, en: *Economía e imperio. La expansión de Europa, 1830-1914*, Madrid, Siglo XXI, pp. 74-101.
- GAY, PETER (1992), Capítulo 2: “Dulces comuniones burguesas”, en: *La experiencia burguesa. De Victoria a Freud, I. La educación de los sentidos*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 103-158.
- HOBBSAWM, ERIC (1987), Capítulo 9: “La formación de la cultura obrera británica”, en: *El mundo del trabajo*, Barcelona, Crítica, pp. 216-237.
- (1989), Cap. 4: “La política de la democracia”, en: *La era de imperio (1875-1914)*, Barcelona, Labor, pp. 85-112.
- (1991), Chap. 4 “The Transformation of Nationalism”, en: *Nations and Nationalism since 1780. Programme, Myth, Reality*, Cambridge-New York, Cambridge University Press, 1870-1918, pp. 101-130.
- KEMP, TOM (1976), Cap. 3 “El desarrollo económico francés ¿una paradoja?” y Cap. 4 “El nacimiento de la Alemania industrial”, en: *La Revolución industrial en la Europa del siglo XIX*, Barcelona, Fontanella, pp. 79-166.
- KINDER, HERMANN AND HILGEMANN, WERNER (1978): *The Penguin Atlas of World History. Volume II: From the French Revolution to the Present*, Middlesex-New York, Penguin Books, pp. 62-121.
- PALMADE, GUY (1978), Capítulo 3: “La sociedad y los grupos sociales”, en: *La época de la burguesía*, Madrid, Siglo XXI, pp. 133-164.
- PERROT, MICHELLE (1987), “La famille triomphante”, en: Philippe Ariès et George Duby (dir.), *Histoire de la vie privée*. Vol. IV: *De la Revolution à la Grande Guerre*, París.

El siglo XX: la sociedad contemporánea (1914-1991)

5.1 El mundo en crisis (1914-1945)

5.1.1. 1914: continuidades, rupturas y significados

¿El año 1914 puede ser considerado un punto de inflexión en la historia? En rigor, muchos de los elementos que caracterizan al siglo XX, se originaron en el medio siglo que va desde la gran depresión a la guerra mundial: los modernos partidos políticos, los sindicatos obreros, los sistemas de tipo representativo, la internacionalización de la economía, concepciones de la sociedad, el cine, el psicoanálisis, el automóvil, etc. Muchos elementos parecen indicar más continuidades que rupturas. De un modo u otro, 1914 fue considerado un punto de inflexión por sus propios contemporáneos. Para la mayor parte de los europeos de la época, 1914 significaba el fin de una era. La pregunta entonces es ¿por qué los contemporáneos vivieron así esta fecha?, ¿cuáles son las razones de ese significado?

Hacia 1914, nos encontramos con un mundo (sobre todo en las áreas geográficas que interesan para nuestro análisis, Europa y Estados Unidos) densamente poblado. La población europea, por ejemplo, había ascendido de 200 millones en 1800, a 430 millones en 1900. Y esto sin tener en cuenta los movimientos migratorios que habían trasladado europeos a América y Australia. Era un mundo cada vez más integrado por el movimiento de personas, de bienes, de capitales, de servicios y de ideas. Movimientos que se vieron favorecidos por la transformación de las comunicaciones: el ferrocarril, los barcos a vapor, el automóvil, y fundamentalmente, el teléfono y el telégrafo, elementos básicos para la comunicación de masas. Y esta integración estaba dada por la expansión del capitalismo que, ya nadie dudaba, se había transformado en un sistema mundial.

Era un mundo integrado pero a la vez dividido en sociedades “avanzadas” y “atrasadas”, en regiones económicamente ricas y pobres, en países política y militarmente fuertes y débiles. Este panorama de integración y diferenciación, que estuvo ya claramente esbozado antes de 1914, se acentuó en forma notable durante el siglo XX. La relación de la renta *per capita*, por ejemplo, entre países “desarrollados” y “subdesarrollados” fue, en 1880, de 1 a 2; en 1913, de 1 a 3; en 1950 de 1 a 5, y en 1970, de 1 a 7. En síntesis, las diferencias se hicieron cada vez más notable.

Esta diferenciación es económica pero también política. El desarrollo tecnológico, por ejemplo, en los países avanzados no tiene sólo implicancias económicas, sino también militares. Cuando Napoleón invadió Egipto, franceses y mamelucos se enfrentaron con equipos militares más o menos se-

mejantes. Pero esta relación de fuerza fue transformada con la industrialización: para los países “avanzados” fue cada vez más fácil conquistar a un país “atrasado”. Incluso, después de 1914, la relación entre los países avanzados quedó expresada en términos militares y de capacidad bélica en una tendencia que llegó hasta el desarrollo de la tecnología nuclear: el mundo se dividió en áreas que se reconocían en términos de misiles, de acuerdo con su capacidad destructiva. De esta manera se enfrentaron Estados Unidos y la Unión Soviética, hasta alcanzar niveles como el proyecto de la Guerra de las Galaxias durante el gobierno de Ronald Reagan.

En 1914 ya era muy claro que existían países avanzados y países atrasados, sólo que sus límites no estaban claramente establecidos. Muchas zonas de Europa todavía estaban afuera del límite del desarrollo capitalista. Rusia por ejemplo, era un país “atrasado”, área además de inversión imperialista para los capitales franceses. Su desarrollo era incomparablemente inferior al de los Estados Unidos que en 1914 tenía un ritmo de industrialización que permitía prever su futuro de gran potencia. Sin embargo, ningún contemporáneo culto dudaba de que Rusia (o por lo menos la intelectualidad rusa) constituía uno de los más poderosos bastiones de la cultura europea. Eran nombres de las postrimerías del siglo XIX y de comienzos del siglo XX, Dostoievsky, Tchaicovsky, Tolstoi, Borodin, Chejov, Rimski-Korsakov, etc. Eran además nombres incomparables con los pocos que podían proporcionar los Estados Unidos: el escritor Mark Twain y el poeta Walt Whitman. Incluso, el novelista estadounidense Henry James (que muere en 1916), se había radicado en Gran Bretaña en búsqueda de un clima intelectual más favorable para la creación literaria. En síntesis, para cualquier europeo culto, Estados Unidos era sinónimo de salvajismo mientras que Rusia era un relevante centro intelectual. Indudablemente, los límites se clarificaron en los años siguientes.

El mundo “avanzado” se caracterizaba por una serie de procesos que comenzaron antes de 1914 y que se intensificaron a lo largo del siglo XX. En primer lugar, el crecimiento de las ciudades, procesos de urbanización ligados a la industrialización, a la transformación de las estructuras agrícolas, a la mayor complejidad de los servicios y de la administración privada y estatal. En segundo lugar, el desarrollo de modelos de instituciones deseables: un país debía constar de un Estado territorial homogéneo y soberano e integrado por “ciudadanos”, es decir, individuos con derechos legales y políticos. En rigor, estas dos cuestiones se vinculaban con *la irrupción de las masas*, fenómeno que se dio desde las postrimerías del siglo XIX y que caracterizó al desarrollo de todo el siglo XX. Por un lado, las ciudades eran cada vez más conglomerados de individuos, donde se visualizaba con mayor nitidez la presencia de la gente “común”; por otro lado, todo el mundo occidental (incluyendo a Rusia, desde 1905) avanzaba hacia un sistema político basado en un electorado cada vez más amplio, dominado por el peso de esa misma gente “común”.

Esta irrupción de las masas tuvo como corolario la movilización política de las masas, fundamentalmente en épocas eleccionarias. Esta movilización implicó el desarrollo de partidos y organizaciones de masas, políticas de propaganda y desarrollo de medios de comunicación masivos. La prensa “popular”, en los años previos al año 1914, alcanzó una importancia fundamental para los políticos que debían dirigirse a electorados cada vez más masivos.


¿Quiénes integraban esta gente “común” o esta masa? Por un lado, la clase obrera; pero sobre todo los hombres y mujeres integrantes de una nueva clase media de “cuello blanco” (empleados de la administración pública y privada, por ejemplo) que procuraban diferenciarse de la clase obrera (de la que frecuentemente habían salido) a través de la educación, de formas de vestirse y de vida diferentes. Y no sólo aspiraban a diferenciarse de la clase obrera sino que también aspiraban a ascender socialmente a los estratos superiores (ascenso que logran algunos a través de la educación universitaria, por ejemplo). Pero muchos, la mayoría, se sentían atrapados entre los ricos y los obreros y defendieron sus posiciones a través de distintas manifestaciones ideológicas, que, como veremos integraban elementos como la xenofobia y el antisemitismo. El caso Dreyfus (1894-1906) constituye en este sentido un ejemplo significativo.

Los sectores dirigentes no tenían problemas en ampliar los marcos de la participación en tanto pudieran mantener los controles. En este sentido, la gente pequeña se transformó en la base de sus operaciones, la destinataria de un discurso demagógico que apelaba a sus principales temores. Más problemática era la inclusión en el sistema político del socialismo y del movimiento obrero. Ya desde fines del siglo XIX y comienzos del XX, se diseñaron entonces dos tipos de estrategias: en primer lugar, la incorporación de los sectores más moderados al sistema parlamentario, lo que provocó el aislamiento de las minorías más radicalizadas que aspiraban a una salida revolucionaria; en segundo lugar, ante la convicción de que cuanto menos fueran los descontentos, menores serían los problemas: una salida fue el desarrollo de programas de asistencia social, que se alejaban del liberalismo clásico y preanunciaban algunas políticas del Estado de Bienestar. Hacia comienzos de siglo, el triunfo de este sistema de participación política ampliada llevó cada vez más a identificar la democracia con la estabilidad económica del capitalismo.

La irrupción de las masas era también signo de que los viejos mecanismos de subordinación social habían dejado de existir. Las antiguas lealtades campesinas, las relaciones personalizadas de la aldea o aún de la fábrica desaparecían y eran cada vez más reemplazadas por la imagen de una abstracta subordinación de hombres (las mujeres carecían de derechos políticos) supuestamente iguales frente al Estado. El problema era entonces cómo asegurar la lealtad de los ciudadanos al Estado o, dicho de otra manera, como construir la legitimidad del Estado. Y esto se vincula, como dice Hobsbawm, con la “invención de las tradiciones”,

“tradiciones” difundidas por el Estado, a través de circuitos institucionales, como por ejemplo, las escuelas. Es importante recordar que una tradición, si bien hace alusión al pasado, no es un trozo inerte de ese pasado, sino una selección intencional que hace referencia al presente. En síntesis, toda tradición tiene fundamentalmente un significado contemporáneo. Estas “tradiciones” se expresaron en la creación de símbolos y ritos que configuraron el cuerpo de la nación. Los años previos a la guerra (1890-1914) fue el período de auge de la creación de símbolos patrios o de apropiación o de incorporación de símbolos: fue el caso, por ejemplo, de la Marsellesa, que de himno jacobino o “rojo” se transformó en el himno nacional de Francia (lo que a su vez llevó a que el movimiento obrero tuviera que crear un contra-símbolo, la célebre marcha “La Internacional”). Pero el “patriotismo” también se confundió con un nacionalismo que sufrió profundas transformaciones.

 Ver Unidad 4.

 HOBBSAWM, ERIC J. (1983), “Introduction: Inventing Traditions”, HOBBSAWM, ERIC J. and RANGER, TERENCE (ed.): *The Invention of Tradition*, Cambridge-New York, Cambridge University Press, pp. 1-14.

 Ver Unidad 4.

ANDERSON, BENE-
 DICT (1993) *Comu-
 nidades imaginadas. Refle-
 xiones sobre el origen y la
 difusión del nacionalismo*,
 México, Fondo de Cultura
 Económica.




Un nacionalismo con prejuicios raciales prendió en amplios sectores de las masas, antes y después de la Gran Guerra. El prejuicio racial permitía a la gente común, a los pequeños que aspiraban al ascenso social, participar de una ilusoria superioridad y, de este modo, canalizar resentimientos. Dicho de otra manera, permitía compensar la inferioridad social con la ilusión de la superioridad racial. El antisemitismo además no sólo permitía esta compensación, sino que también podía exculpar de males al capitalismo. Al estar dirigido fundamentalmente hacia los banqueros y empresarios, a quienes se identificaba con los prejuicios que el capitalismo infligía a la gente común, era fácil desplazar las responsabilidades.

La xenofobia y el nacionalismo afloraron en sus peores expresiones a comienzos de la guerra. A pesar de que la Internacional, e incluso el Papado, recomendaron la neutralidad y la pacificación, los europeos marcharon con fervor patriótico a la guerra. Los estados pudieron probar la lealtad de los ciudadanos con una guerra que permitió construir la imagen de un “nosotros” víctima de una agresión, frente a un “otro” que representa una amenaza mortal para los valores que encarna el “nosotros”.

Pese a las permanencias, los contemporáneos percibieron el estallido de la guerra, y los años subsiguientes, como una ruptura. ¿Por qué? Porque las burguesías habían vivido durante la última década del siglo XIX anunciando un cataclismo, la guerra o la revolución. Y durante esos años se cumplieron sus peores pesadillas: estalló la Gran Guerra y en Rusia se impuso la revolución bolchevique.

¿Por qué las burguesías habían esperado un cataclismo? Pese a la expansión económica que Europa vivía desde de 1890, la burguesía habían vivido su situación como algo cada vez más incierto. En primer lugar, había sido desplazada de la influencia política por el ascenso de las masas. Excepto un grupo que se constituyó en “grupo dirigente” o “clase política”, la burguesía había dejado de pesar políticamente en un mundo que debía contar con el apoyo de las mayorías. De allí, su abandono del liberalismo y su refugio en el conservadurismo. Pero en segundo lugar, el propio *status* de la burguesía estaba puesto en duda en una sociedad donde el ascenso social y la desaparición de las antiguas jerarquías tornaban a las diferencias de clase en algo cada vez más borroso. La sociedad de 1914 era una sociedad que le costaba reconocerse. La misma sociología de comienzos de siglo expresa esta visión con sus interminables debates sobre clases y status social, con el tácito objetivo de reclasificar a la sociedad.

Por un lado, los límites entre burguesía y aristocracia eran cada vez más difusos: la burguesía no desdeñaba los títulos de nobleza y el dinero era un criterio de aristocracia que opacaba los viejos criterios de nacimiento y la herencia. Pero también eran cada vez más borrosos los criterios que separaban a la burguesía de las otras clases subalternas. La dificultad comenzaba con la expansión del sector terciario, de un trabajo que era subalterno y asalariado pero que no era trabajo manual y que exigía cierta calificación y cierta educación formal. Y es importante el reconocimiento que de sí mismos hacen esos sectores: como señalábamos, se negaban a ser considerados clase obrera y aspiraban, aún a costa de grandes sacrificios, a incorporar el estilo de vida de las clases respetables. De este modo, la movilidad social, por un lado, y, por otro, la difusión de ciertos modos de vida asociados a la burguesía, como el acceso a una educación formal (incluso, universitaria), ciertas formas de ocio (como el

Ver Unidad 4. 

turismo o la práctica de un deporte) comenzaban a borrar los límites de clases.

A esto se sumaba la aparición de grupos sociales nuevos vinculados con la complejización de la administración pública y privada: profesionales de alto rango, ejecutivos asalariados (como los gerentes) y los funcionarios más elevados que muy pronto se confundieron con los empresarios estrictamente burgueses. En síntesis, la identidad burguesa había entrado en crisis.

La idea de ruptura expresa fundamentalmente esta crisis de la identidad burguesa. Y la cuestión aparecía claramente esbozada en el campo de la cultura. En efecto, la alta cultura dejó de ser un coto de la burguesía. La educación de masas amplió el campo a nuevos sectores sociales: la música, la ópera, el ballet comenzaron a ampliar su público. Cada vez más era el número de niñas de familias, que buscaban signos de respetabilidad social, abocadas al estudio del piano. Pero la democratización de la cultura se dio fundamentalmente sobre la base de la combinación entre tecnología y descubrimiento del mercado de masas. La edición de novelas baratas y la aparición de la industria discográfica fueron un claro ejemplo de esto.

Pero tal vez el signo más importante de esta democratización de la cultura que sintetizaba tecnología y mercado de masas fue la aparición del cine. La cinematografía apareció poco antes de 1914 y, después de la guerra, se difundió espectacularmente como la forma de cultura popular por excelencia. La expansión del cine fue un fenómeno sin precedentes dentro del campo de la cultura por la universalidad que alcanzó. Las primeras imágenes en movimiento fueron exhibidas en ferias de diversiones entre 1895 y 1896 en París, Berlín y New York. Sólo diez años después, ya casi todas las ciudades europeas y de Estados Unidos contaban con numerosas salas de cine que apuntaban a un público popular. Además, el cine se mostró muy pronto como un buen negocio y generó una auténtica industria: Universal Films, Warner Brothers y Metro-Goldwyn-Mayer fueron las tres empresas cinematográficas que se iniciaron en Estados Unidos en 1905. En 1912 ya se establece el *film star system*, sistema que creaban los estudios Universal para su principal *star*, Mary Pickford. Dicho de otra manera, ya antes de 1914 se esbozaba el reinado del cine de Hollywood. Era todavía cine "mudo" (el cine sonoro recién comenzará en la década de 1920) lo que constituía una ventaja porque estaba libre de las restricciones idiomáticas.

Además de esta democratización de la cultura, otra área donde se expresa la crisis de identidad es en el ámbito de las ideas, o en un sentido más general, de las concepciones del mundo. Las ideas del progreso, percibido como un progreso indefinido, y de la ciencia, los principios del positivismo y del evolucionismo habían sido los principios rectores del pensamiento en la segunda mitad del siglo XIX. Sin embargo, en los años previos a 1914, el sentimiento de la proximidad del cataclismo llevaron a perder confianza en la razón y la idea del progreso indefinido. Las preocupaciones pusieron entonces el acento en lo irracional. Cobraron cada vez más importancia aquellos aspectos de la realidad que aparecían como ocultos o inexplicables. Dicho de otra manera, la preocupación por lo desconocido o por lo incomprensible ocupaba el primer plano. De allí el éxito que alcanzó Sigmund Freud.

Freud, psiquiatra austríaco -a través del psicoanálisis, una teoría y una terapéutica- señalaba en que lo racional sólo podía ser explicado por las manipulaciones de lo oculto, es decir, del inconsciente. Las teorías de Freud tu-

vieron un alto impacto en ciertas elites ilustradas que ya hacia 1918 comenzaron a incorporar a su lenguaje términos psicoanalíticos. Y este éxito se debió no sólo a esta intención de develar lo oculto, de rescatar la importancia de la irracionalidad, sino también porque Freud incluyó, como punto central de su teoría, otra de las problemáticas que preocupaba a sus contemporáneos: la sexualidad. Freud fue percibido como aquel que rompía con los tabúes sexuales, que indagaba en un campo de la conducta humana que también pertenecía al campo de lo oculto.

Si la aparición del psicoanálisis, con su eje en la importancia de la irracionalidad, es uno de los indicios de la crisis de la identidad de la sociedad burguesa, otro indicio de esta crisis lo encontramos en los desarrollos de la sociología, a partir de los primeros años del siglo XX. Dos fueron los nombres de los sociólogos más significativos: Emile Durkheim (francés) y Max Weber (alemán). La principal pregunta que, cada uno por su lado, intentaba responder fue ¿cómo mantienen la cohesión las sociedades cuando desaparecen de ellas los antiguos elementos de cohesión, como, por ejemplo, la costumbre? La pregunta estaba referida precisamente a las sociedades de masas y la preocupación fundamental era tratar de mantener bajo control los cambios sociales, cómo manejar las situaciones de “anomia”, es decir, de falta de normas. Y no es casual que ambos, Durkheim y Weber -pese a ser hombres manifiestamente ateos- hayan centrado sus estudios en el tema de la religión, para sostener que toda sociedad necesitaba de una religión o de un sustituto de religión para poder mantener su cohesión.

En síntesis, fue esta crisis de la identidad social lo que llevó a la espera de un colapso expresado en la guerra o en la revolución y ambas llegaron finalmente: la guerra en 1914 y la revolución en 1917. De allí la percepción de estos años como una ruptura, como el fin de una época y el comienzo de otra.

5.1.2. La guerra y la revolución

1914: el comienzo de la guerra

Ver Unidad 4. 

El mismo desarrollo capitalista había conducido a la expansión imperialista y a la rivalidad entre potencias. Y finalmente, condujo al enfrentamiento bélico. Esto no significa que los hombres de negocios conscientemente hayan querido la guerra; de hecho, eran quizá de los pocos que no la querían: sabían que la guerra significaba el disloque del mundo de los negocios y la quiebra de los mercados. Estaba muy claro, que por el desarrollo tecnológico alcanzado, por la capacidad de los Estados para movilizar a sus ciudadanos y enviar ejércitos a grandes distancias, la guerra que se anunciaba se presentaba como la más destructiva de bienes y de vidas. Sin embargo, el mismo desarrollo económico había generado una serie de rivalidades que presentaban la guerra como la única vía posible para ajustar las diferencias. Frente a Gran Bretaña se levantaba Alemania cuyo poder económico y su crecimiento industrial la habían colocado como la primera potencia del continente europeo. Cada vez más se identificaba a las grandes potencias por su poder económico, pero también por su poder político, militar y tecnológico. Y esta fusión entre poder económico y poder político-militar hizo al conflicto inevitable.

Hasta ahora la diplomacia, estableciendo claramente sus objetivos (determinando por ejemplo cuáles eran las zonas de influencia de cada país),

había limado las rivalidades, había puesto límites a la expansión. Sin embargo, la lógica de la acumulación capitalista era diferente a la lógica de la política. La acumulación capitalista implica la ausencia de todo límite. Para la *Standard Oil*, por ejemplo, su expansión dependía del control del petróleo este donde esté, independiente de todo control diplomático y de toda zona de influencia. La *Standard Oil* no buscaba petróleo en las zonas de influencia, sino que procuró que el Estado estableciera su zona de influencia allí donde hubiera petróleo. Dicho de otra manera, los antiguos límites impuestos por la diplomacia tendían a desaparecer.



HOBSBAWM, ERIC (1995), Capítulo 1: “La época de la guerra total”, en: *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Barcelona, Crítica, pp. 29-619.

Dentro de esta lógica, la rivalidad de Gran Bretaña y Alemania se intensificó cuando Alemania no respetó sus viejos límites de potencia continental y comenzó la construcción de una gran armada que fue percibida como una amenaza por el Imperio británico. En medio del clima de nacionalismos triunfantes, esta pérdida de límites transformó a las viejas rivalidades entre países (como por ejemplo la de Francia y Alemania después la guerra de francoprusiana) en dos bloques rígidos y cada vez más hostiles: por un lado, Gran Bretaña, Francia y Rusia; por otro, Alemania y el Imperio Austro-Húngaro (posteriormente durante el transcurso de la guerra, Estados Unidos e Italia se habrán de agregar a los primeros y Bulgaria y el Imperio otomano, a los segundos).

En medio de una creciente tensión internacional, la crisis de los Balcanes encendió la pólvora. En 1908, el Imperio austro-húngaro había anexado las provincias serbias de Bosnia y Herzegovina. El 28 de junio de 1914, el archiduque Francisco Fernando, sobrino del emperador Francisco José y heredero del trono, fue asesinado en Sarajevo, por los nacionalistas serbios. El incidente llevó entonces a que el Imperio austro-húngaro declarase la guerra a Serbia. Crisis políticas semejantes ya habían ocurrido y se habían zanjado con pactos diplomáticos más o menos satisfactorios para las partes afectadas. Pero las intenciones de las cancillerías europeas de lograr un nuevo equilibrio no funcionaron. Sería además demasiado simplista pensar que los gobiernos estaban ansiosos por ir a la guerra para superar sus problemas internos (en Francia, el debate por el servicio militar; en Inglaterra, la cuestión irlandesa). Lo cierto es que los países europeos se vieron atrapados en una dinámica que los llevó a un enfrentamiento de proporciones inéditas.

Rusia, sostenida a su vez por las diplomacias británica y francesa, declaró su apoyo a Serbia. De este modo, el 28 de julio de 1914 cuando las tropas imperiales atacaron el territorio serbio, comenzaba la guerra, conocida por sus contemporáneos como la Gran Guerra. Sólo en dos semanas cinco millones de hombres habían sido movilizados, agrupados en unidades militares, equipados para la guerra y enviados a las fronteras, en medio de un clima de patriotismo casi religioso. Las pocas voces que llamaban a la paz no fueron escuchadas sino incluso violentamente silenciadas: Jean Jaurés, cabeza del Partido Socialista francés, fue asesinado por un fanático nacionalista (julio de 1914).



Ver mapa 5.1. La gran guerra

En realidad, se esperaba que la guerra fuera muy breve. Cada uno de los Estados Mayores había preparado un plan ofensivo que les permitiera ganar una batalla decisiva en el menor tiempo posible. Pero en contra de lo esperado, tras la batalla del Marne (septiembre de 1914) que estabilizó el frente occidental, la guerra se prolongó hasta 1918. La moderna tecnología -la aviación fue empleada en los últimos años del conflicto- o, para suplirla, inmensos contingentes de soldados (como los ocho millones de rusos en el frente oriental) constituyeron la maquinaria más mortífera conocida hasta el momento. De este modo, el fin del largo conflicto bélico mostraba a una Europa destruida, con campos calcinados, ciudades desvastadas y una población marcada por la muerte: la guerra había cobrado más de ocho millones de vidas.

Indudablemente, la vida en las trincheras para los hombres que habían estado en el frente había sido muy dura. Pero la guerra también había afectado profundamente a la población civil. Y a medida que pasaba el tiempo y las condiciones se volvían cada vez más difíciles, las consignas nacionalistas que habían apoyado al conflicto se volvían cada vez más vacías de contenido. Para mantener la maquinaria bélica, los gobiernos necesitaban controlar todo el aparato productivo. La economía de guerra implicó entonces una estricta planificación -que se dio en Alemania en su máxima expresión- que supeditaba el abastecimiento de la población a las necesidades del frente. Pero también el bloqueo económico fue un arma de guerra. No sólo se buscaba dificultar el aprovisionamiento de repuestos y suministros militares al enemigo, sino también la extensión del hambre entre los civiles como eficaz medio de desmoralización. La situación era tal que hasta para los propios jefes militares resultaba evidente que no se podía sostener por mucho tiempo el esfuerzo que la guerra implicaba: las protestas no tardarían en llegar. Y así fue. Es cierto que, desde el punto de vista de la política interna, los gobiernos trataron de mantener la paz interior para canalizar todas las energías disponibles hacia la guerra. Pero esto no impidió que desde la izquierda, se tratara de canalizar el descontento. En tal clima, en 1917, en Rusia, estallaba la revolución: era el primer desafío abierto al capitalismo. Las peores pesadillas de la burguesía parecían haberse cumplido.

La revolución rusa de 1917

El análisis de la revolución rusa remite necesariamente a dos cuestiones: la situación de guerra que, como señalamos, agudizó los conflictos sociales y, sobre todo, las condiciones específicamente rusas que llevaron a un movimiento revolucionario. ¿Cuál era la situación de Rusia entre fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX? Comparada con otros países de Europa occidental, la Rusia zarista mostraba un notable atraso: un Estado autocrático se centraba en la figura del zar que ejercía un poder absoluto basado en el principio del derecho divino de los reyes. Ese Estado se apoyaba sobre una sociedad fuertemente polarizada: una aristocracia que basaba su poder y su riqueza en la tierra y un campesinado, que hasta 1861 había estado sometido a la servidumbre.

La permanencia del sistema zarista y la posición privilegiada de la aristocracia en la sociedad rusa parecía verse favorecida por la falta de una burguesía fuerte, comparable con la de Europa occidental. Sin embargo, vinculados a las Universidades, en las últimas décadas del siglo XIX comenzaron

Ver imágenes 5.1. y 5.2. sobre Las formas de la vida cotidiana durante la guerra



a surgir algunos grupos de intelectuales, la *intelligentsia*, que pronto se reconocieron como un factor dinámico dentro de la sociedad. Si bien estaban influenciados por ideas “occidentalistas” e incluso socialistas, no constituían un grupo homogéneo. Los *narodnik* (Amigos del Pueblo) consideraban que la vía capitalista no proporcionaba un modelo válido, ya que la única fuerza revolucionaria en Rusia la constituía el campesinado. Incluso, muchos combatían la idea de un proceso de industrialización porque consideraban que sólo conduciría al empobrecimiento y la miseria del campesinado. Para estos grupos, el modelo de socialismo estaba dada por el *mir*, la comunidad rural rusa. Para otros, en cambio, fascinados por los éxitos de Europa occidental, defendían la industrialización. Consideraban que esta sería el camino no sólo de modernizar Rusia, sino también -según los principios marxistas- de crear un proletariado como clase revolucionaria.

Más allá de sus diferencias, estos grupos adoptaron similares formas: organizaciones secretas, rígidamente centralizadas y disciplinadas, que se consideraban el motor de la actividad revolucionaria destinada a derribar el régimen zarista (era un modelo de acción que tal vez Lenin tuvo en cuenta cuando planteó su tesis del partido como “vanguardia”).

Y sus acciones pronto se dejaron sentir: en 1881, el zar Alejandro II -que había efectuado algunas reformas destinadas a la modernización, como la liberación de los siervos- caía asesinado por la bomba de un terrorista.

Su sucesor, Alejandro III puso fin a todo intento de modernización y concentró sus esfuerzos en restaurar los principios autocráticos. Para acabar con las influencias occidentales, llevó a cabo un plan de “eslavificación”. Para ello, se iniciaron los *pogroms* contra los judíos y se prohibieron las lenguas que no fueran la rusa y las religiones que no fueran la ortodoxa (situación que afectó particularmente a algunas regiones comprendidas dentro del imperio zarista, como el caso de Polonia). En 1894, la llegada al trono de Nicolás II no mejoró las cosas: el nuevo zar continuaba convencido de que era la voz de Dios la que lo convocaba para mantener el poder autocrático.

Sin embargo, paulatinamente la sociedad rusa comenzaba a transformarse. Desde 1890, capitales franceses habían sido invertidos en Rusia. Se comenzó a llevar a cabo la construcción de los ferrocarriles -impulsados por las necesidades estratégicas del Estado- que activó la industria y el comercio. Se empezaron a explotar las minas de carbón y de hierro en Ucrania y en los Urales; aparecieron fábricas en Kiev, en San Petesburgo y en Moscú que comenzaron a adquirir la forma de ciudades industriales. De este modo, la incipiente industrialización comenzaba conformar una burguesía, muy pequeña numéricamente y muy débil, que pronto asumió las ideas del liberalismo. Comenzaba a exigirse participación política dentro de un sistema constitucional que limitase el poder monárquico. Con ese objetivo se formó el *Kadete* (Partido Demócrata Constitucional), que aspiraba a conformar un estado semejante a los de Europa occidental.


Pero la industrialización también llevó a la formación de un proletariado. Era también débil numéricamente, se encontraba concentrado en las pocas ciudades fabriles y estaba bajo la constante presión de los campesinos que, empujados por la miseria, se incorporaban al mercado de trabajo urbano. Sin embargo, a pesar de que las organizaciones obreras debieron permanecer clandestinas y moverse en marcos restrictivos -los sindicatos estaban prohibidos-, ya en 1890 comenzaron las primeras oleadas de huelgas. En



Ver Unidad 4.

Ver Unidad 4. 

ese clima, en 1897, se fundaba el Partido Obrero Socialdemócrata ruso que aspiraba, como su modelo alemán, a transformarse en un gran partido de masas.

Ver Unidad 4. 

En 1905 estalló el movimiento que llevó a algunos teóricos del marxismo, como Rosa Luxemburgo, a analizar el carácter revolucionario de las huelgas. En efecto, en enero de 1905 (el “domingo sangriento”) una masiva manifestación fue reprimida duramente por las tropas zaristas: el saldo fue más de cien muertos y miles de heridos. La indignación provocó una ola de huelgas en las ciudades y levantamientos campesinos. Carecían de objetivos claros, pero una resolución de la Universidad de San Petesburgo -aprobada por unanimidad por alumnos y profesores- se los proporcionó: se exigía la convocatoria a una asamblea constituyente, libertad de prensa, derecho de asociación y de huelga.

Mientras el movimiento de protesta se profundizaba -comenzaron a organizarse los primeros *soviets*, es decir consejos elegidos por los trabajadores en las distintas fábricas-, una serie de derrotas durante la guerra ruso-japonesa mostraba las deficiencias internas del aparato estatal, sin que el gobierno zarista se atreviese a emplear la fuerza para reprimir. Ante la situación dada, el zar Nicolás debió hacer algunas concesiones, incluida la formación de la *Duma*, la asamblea legislativa. Sin embargo, la composición de esta permitía comprobar la ruptura entre la autocracia y la sociedad. La elección -179 representantes del *Kadete*, 94 representantes campesinos, 18 socialdemócratas y solo 15 fieles al zarismo- mostraba el abismo que se abría entre la *Duma* y el Zar. Ante la situación, Nicolás II no dudó. Una vez que hubo contado con capacidad represiva, disolvió la *Duma* para convocar otra de clara composición aristocrática (1907).



CARR, EDWARD H. (1993), *La revolución rusa: De Lenin a Stalin*, Madrid, Alianza, pp. 11-113.

La guerra acentuó el descontento y la conflictividad. En febrero de 1917, la falta de abastecimiento de pan en Petrogrado -la capital había eslavizado su nombre en 1914- impulsó una huelga que, después de inútiles intentos de represión, desembocó en una abierta insurrección. En rigor, la fragilidad del régimen quedó de manifiesto cuando las tropas del zar, incluso los siempre leales cosacos, se negaron a atacar a la multitud y comenzaron a fraternizar con ella. Intentando salvar lo que se podía salvar, la *Duma* solicitó la abdicación de Nicolás II, que fue depuesto sin ninguna resistencia, y designó en su lugar a un Gobierno Provisional. Su objetivo era crear una Rusia liberal con un régimen constitucional.

Pero ello no ocurrió. Lo que sobrevino fue un vacío de poder, en el que convivían un impotente Gobierno Provisional, por un lado, y por otro, una multitud de *soviets*. Como señala Carr, se había establecido “un doble poder”. Sin embargo, los *soviets* que surgían espontáneamente no tenían objetivos demasiado nítidos. Diferentes partidos revolucionarios -bolcheviques, socialdemócratas y otras organizaciones menores que emergían de la clandestinidad- intentaban conseguir que se adhirieran a su política, pero lo único que quedaba claro era que los *soviets* ya no aceptaban ninguna autoridad, ni siquiera la de los dirigentes revolucionarios. La exigencia de los

pobres urbanos era conseguir pan y de los obreros, mayores salarios y jornadas de trabajo reducidas. Y en cuanto al 80 por ciento de la población rusa que vivía de la agricultura reclamaba, como siempre, la tierra. Y todos coincidían en el deseo de que concluyera la guerra.

En contra de la imagen de Lenin que construyó la mitología de la guerra fría -que lo presentó como un hábil organizador de golpes de estado-, el único capital con que contaban los bolcheviques fue el conocimiento de estas aspiraciones que les indicó cómo proceder. (Incluso cuando Lenin comprendió que los campesinos deseaban la tierra, aún en contra del programa socialista, no dudó en comprometerse con el individualismo agrario). Las consignas “Pan, Paz y Tierra” y “Todo el poder a los Soviets” articulaban las difusas aspiraciones de las masas. De allí que los bolcheviques de Lenin pudieran crecer de unos pocos miles en marzo, a casi 250.000 en julio de 1917.

En el mes de octubre, el afianzamiento de los bolcheviques en las principales ciudades rusas, especialmente en Petrogrado y en Moscú, y el debilitamiento del Gobierno Provisional -sobre todo cuando debió recabar el apoyo de las fuerzas de los soviets para sofocar un intento de golpe encabezado por un general monárquico- llevó entonces a la decisión de la toma del poder. El comité central de los bolcheviques aprobó la insurrección armada y se constituyó un Buró político -integrado entre otros por Lenin, Stalin y Trotsky- responsable de llevarla a cabo. Pocos días más tarde, en una rápida operación, cuidadosamente planificada, los bolcheviques ocuparon los principales centros de poder de Petrogrado, y se hicieron del control absoluto de la capital. En rigor, dado el vacío existente, se trató más de ocupar el poder que de tomarlo. Como señala Hobsbawm, hubo más heridos durante el rodaje de *Octubre*, el gran film de Eisenstein (1927) conmemorativo de la revolución, que en el momento de la ocupación del Palacio de Invierno. Para los bolcheviques había sido muy fácil derrocar al Gobierno Provisional. Sustituirlo, establecer un control efectivo sobre el caos en el que estaba sumido el vasto territorio, y establecer un nuevo orden iban a resultar tareas mucho más complejas.

La construcción del mundo soviético

En un principio, los países de Europa occidental observaron la revolución en Rusia, como un suceso con escasas posibilidades de éxito. (El mismo Lenin parecía no tener demasiada confianza cuando transcurridos dos meses y quince días pudo observar con orgullo y alivio: “Hemos durado más que la Comuna de París”). Hubo que afrontar duras tareas: el fin de la guerra, las difíciles relaciones con Alemania, las amenazas contrarrevolucionarias, la caótica y brutal guerra civil. En contra de los pronósticos, la revolución sobrevivió aunque también salió de allí profundamente transformada.

Si bien los bolcheviques tenían el control de la capital, quedaba, no obstante, el resto del país: un país inmenso, en el que muy pronto las fuerzas combinadas de las nacionalidades descontentas con la opresión rusa, los partidarios del zarismo y los simplemente opositores al partido bolchevique dieron lugar a un extenso frente armado que chocaría con el nuevo poder en una guerra civil que se prolongó durante tres años. Pero también estaba el frente externo. La imperiosa necesidad de Rusia de poner fin a la sangría que significaba la guerra permitió que Alemania impusiera en la paz de Brest-Litovsk (3 de marzo de 1918) condiciones que les hicieron perder terri-



5.4. Lenin, líder revolucionario, se dirige a una audiencia cada vez más amplia desde un camión, 1917.



HOBBSAWM, ERIC (1995), Capítulo 2: “La Revolución Mundial”, en: *Historia del Siglo XX, 1914-1991*, Barcelona, Crítica, pp. 62-91.

torios que significaban las tres cuartas partes de recursos mineros. (Si bien también es cierto que la derrota alemana a fines del mismo año hizo que se paliaran parcialmente esas condiciones).

Frente a la situación de inestabilidad, ganar la guerra a los enemigos internos se había transformado en el objetivo principal, aunque para ello se sacrificaran algunos de los principios revolucionarios. Trotsky organizó el Ejército Rojo según los más estrictos criterios de disciplina, pues era la efectividad lo que contaba. A su vez, el poder político se desplazó desde los Soviets -teóricamente los órganos supremos-, al Partido Bolchevique, y dentro de él, a un reducido núcleo con Lenin a la cabeza. De este modo, el nuevo régimen iba en marcha hacia un Estado autoritario, fuertemente centralizado, inflexible con quienes discutían su estrategia, sus tácticas y sus medios. Pero también había otras dificultades. El total desorden de la economía condujo a adoptar, desde 1918, drásticas medidas que posteriormente se conocieron como el “comunismo de guerra”. Se nacionalizó la industria y todo el aparato productivo y la asignación de la mano de obra quedó bajo la dependencia de las necesidades del Estado. Para muchos, este “comunismo de guerra” significaba un avance hacia el socialismo, en la medida que la economía ya no dependía del mercado. Sin embargo, tras la guerra civil, esta imagen utópica chocó con la realidad de una economía devastada.

De este modo, hacia 1921, la NEP (Nueva Política Económica) introducía cierta flexibilidad anteponiendo la mejora de las condiciones de vida, aunque para ello debiera recurrir a la admisión de algunas fórmulas de propiedad privada y de mecanismos de mercado. En síntesis, la NEP constituyó una forma de compromiso entre la industria nacionalizada y las explotaciones campesinas privadas. Se trataba fundamentalmente de generar estímulos a la agricultura: los campesinos luego de pagar al Estado un impuesto en “especie” podían vender en el mercado. Esto incluso constituía un estímulo para la industria liviana. Pero el proceso de recuperación económica que se había iniciado se vio ensombrecido por el comienzo de la larga y fatal enfermedad de Lenin (mayo de 1922).

La ausencia de Lenin había permitido a Stalin convertirse en una figura dirigente dentro del Partido Comunista de modo tal que, tras la muerte del fundador de los bolcheviques (1924), pudo ascender al poder, desde donde profundizó la vía autoritaria.

El problema que se debía afrontar era indudablemente el de la industrialización. En 1927, la ruptura de relaciones con Gran Bretaña y la amenaza de la guerra centró la atención en la defensa militar, y las necesidades de rearme reforzaron la causa de un rápido desarrollo de la industria pesada. También se planteaba el problema de la desocupación, cuya principal causa era la superpoblación rural. La solución parecía residir en la creación de nuevas empresas industriales que absorbieran la mano de obra desocupada.

5.5. Stalin (Josip Visarionovich Djugashvili, 1879-1953).



CARR, EDWARD H. (1985), “Reflexiones sobre la industrialización soviética”, en: EDWARD H. CARR, *1917. Antes y después*, Madrid, Sarpe, pp. 137-155.

Pero la industrialización exigía también otros cambios. Exigía transferir recursos y producir alimentos para una creciente población urbana. El problema

radicaba en la baja productividad de la agricultura. Complicaba la situación la actitud de los *kulaks*, los campesinos ricos, que acaparaban el grano esperando mejores precios para lanzarlo al mercado. Cuando a partir de 1927 la carestía se hizo crónica, se comenzaron a tomar medidas extremas: prestaciones obligatorias y requisas. Fue, como dice Carr, una “declaración de guerra a los *kulaks*”. Pero la medida no sólo afectó a los campesinos ricos, sino también a medianos productores y a otros que apenas tenían reservas mínimas. No obstante el gobierno había obtenido enormes cantidades de cereales acaparadas. Se confió entonces en la política de la “mano dura” y esto llevó a la colectivización de la tierra.



CARR, EDWARD H. (1985), “Revolución desde arriba: la vía hacia la colectivización”, en EDWARD H. CARR, *1917. Antes y después*, Madrid, Sarpe, 1985, pp. 121-136.

La colectivización de la tierra figuraba en el programa del partido como una meta distante. También era coherente con los principios del marxismo: se la consideraba un corolario natural del proceso revolucionario. Pero esto no indicaba el camino que Stalin eligió. A comienzos de 1930, bajo la fuerza de las armas, se procedió a la “liquidación de los *kulaks* como clase”, según la expresión de Stalin, a través de la colectivización de las principales regiones productoras de granos. Allí se introdujeron los *svojsi*, concebidos como “fábricas” mecanizadas de granos, y los *koljozi*, que reunían a la masa campesina. Stalin la definió correctamente como “una revolución desde arriba”, pero agregó en forma errónea que había estado “apoyada desde abajo”. En rigor, los campesinos - y no sólo los *kulaks*- veían a los emisarios de Moscú como invasores que no sólo habían destruido sus formas de vida sino que los sometían a las mismas condiciones de esclavitud de las que los había liberado la primera etapa de la revolución.

Los costos de la transformación no tardaron en hacerse evidentes. La mecanización de la agricultura había estado asociada al proyecto de colectivización. Ya Lenin había anunciado que el campesinado se volcaría al comunismo con 10.000 tractores. Sin embargo, la producción de máquinas no estaba aún suficientemente avanzada como para responder a un proyecto tan amplio. La producción además había quedado desorganizada. Hasta fines de los años treinta, la producción de granos no volvió a los niveles alcanzados antes de la colectivización forzosa. Lo que había sido planeado como una gran transformación terminó como una de las grandes tragedias de la historia soviética.

La reacción producida por la colectivización y las restricciones al consumo para permitir la industrialización generaron fuertes resistencias. El Estado por lo tanto, debió acentuar los controles sobre la sociedad: el Partido se adueñó de todos los resortes del Estado, mientras la figura de Stalin se transformaba en el centro de un verdadero “culto a la personalidad.”

La política represiva culminó con los procesos de Moscú cuando, en 1936, fue ejecutado un numeroso grupo de disidentes. Pero el poder de Stalin no se apoyó sólo en la represión. Su compromiso con la industrialización -atractivo para muchos comunistas convencidos que veían en ella el camino al socialismo- y su compromiso con el reestablecimiento de la grandeza de



Ver las citas cinematográficas 5.6. S. M. Eisenstein: *El acorazado Potemkin* (1925) y 5.7. S. M. Eisenstein: *Alexander Nevsky* (1938). Se recomienda, además, ver completas ambas películas para este tema.

Rusia, en un renovado discurso nacionalista, -atractivo para el ejército y muchos sobrevivientes del régimen zarista- fue la combinación que le permitió mantener un férreo dominio sobre el partido y el Estado. Además hubo éxitos notables: entre 1928 y 1938 la producción -en medio de la crisis de la economía occidental- se multiplicó cinco veces y la URSS ocupó el cuarto lugar entre las naciones industriales. Tal vez por eso, la dictadura de Stalin despertó sentimientos encontrados de admiración y repudio, en una ambigüedad que tardó mucho en disiparse.


5.1.3. La crisis económica

Estados Unidos: la expansión de la década de los veinte

Analizar la crisis del capitalismo que se inició con el crack de la Bolsa de Valores de Nueva York en 1929 y que se prolongó en la profunda depresión económica de los años treinta requiere introducirse en la situación de los Estados Unidos, país que se afirmó como potencia mundial después de la Gran Guerra. Ya en la segunda mitad del siglo XIX, los Estados Unidos habían logrado un considerable desarrollo. Por un lado, la expansión hacia el Oeste -exploradores, tramperos, mineros, vaqueros, agricultores fueron la punta de lanza que permitió a los Estados Unidos una expansión que creó un vasto comercio interregional-; por otro lado, las políticas industrialistas que se intensificaron luego del triunfo de los Estados del norte en la Guerra de Secesión (1861-1866) fueron los factores que favorecieron este crecimiento. En 1917, los Estados Unidos entraron en la guerra que asolaba a Europa, considerando que esto les proporcionaría un lugar de la conferencia de paz y les daría la posibilidad de hacer oír su voz en el futuro. Lo cierto es que, en medio del desastre de la postguerra, Estados Unidos fue la única nación acreedora. Y, a partir de 1918, comenzó a experimentar un crecimiento sin precedentes.

La sociedad norteamericana de la década del veinte fue la primera sociedad de consumo de masas. Ningún otro país había alcanzado esa situación y los europeos no podían dejar de contemplarla con una mezcla de admiración y de envidia, mientras el cine de Hollywood difundía las imágenes de la “buena vida” norteamericana. El crecimiento se basaba en un mercado cada vez más amplio de productos de *consumo durable*: automóviles y artículos eléctricos. Y la formación de dicho mercado había sido posible por varios factores. En primer lugar, en el proceso productivo fueron incorporados avances tecnológicos como la “cadena de producción”, desarrollados durante la guerra para la producción bélica. Incluso los principios de la “gestión científica” de Taylor ya habían sido incorporados por Henry Ford desde 1914. De este modo, los trabajadores podían producir más, bajar costos y reducir los precios al consumidor. En segundo lugar, comenzaron a surgir una serie de mecanismos destinados a modificar las actitudes frente al consumo. La publicidad a través de la radio y los periódicos, la importancia creciente del diseño -un nuevo modelo podía volver obsoleto a otro aún útil-, los sistemas de distribución como las cadenas de almacenes, y las ventas “a plazos”, que permitían crear una demanda para productos caros (como los automóviles), modificaban los hábitos de consumo. En síntesis, se trataba de “crear” un nuevo mercado.

En este sentido, el caso de Henry Ford ejemplifica este proceso de formación de un nuevo mercado de consumo. Anteriormente, los automóviles eran

Ver Unidad 4. 

artículos de lujo empleados para efectuar breves desplazamientos urbanos. Ford, en cambio, advirtió la existencia de un potencial mercado: el rural. Desde 1909 comenzó a fabricar un automóvil, el célebre “Ford T”, alto de ejes, que lo independizaba de las carreteras, y de la mecánica especializada (las piezas de repuesto podían ser adquiridas en cualquier almacén de pueblo). Era posible emplearlo como medio de recreo los domingos, pero en los días de semana constituía un factor de producción que reemplazaba el caballo y la carreta. El éxito fue notable: hacia 1927 habían sido vendidas quince millones de unidades.

Sin embargo, durante la década de 1920 también comenzaron las dificultades para la Ford Motor Company. No sólo su propio mercado parecía saturado, sino que el mismo consumo del automóvil se había modificado: las otras grandes compañías, General Motors y Chrysler, producían automóviles más potentes y más cómodos e incluso de colores -recordemos la importancia del diseño- que competían exitosamente con Ford. Esto lo obligó entonces a reformular la producción. Lo importante es que la producción de automóviles ejercía un efecto multiplicador sobre toda la economía. En primer lugar, esta industria absorbía un alto porcentaje de la producción de acero, pero también requería cristal, níquel, plomo, cueros y textiles. La industria del caucho creció paralelamente a la industria del motor. Y constituyó un importante incentivo para la construcción de carreteras, en su mayor parte a cargo de los gobiernos estatales, dando impulso a la fabricación de cemento.



BAINES, DUDLEY (1979), “Los Estados Unidos entre las dos guerras, 1919-1941”, en: ADAMS, WILLI PAUL (comp.): *Los Estados Unidos de América*, Madrid, Siglo XXI, pp. 257-327.

Pero también el automóvil modificó los modos de vida. Como señala Baines, creó “una nación de nómades”. Las clases más acomodadas optaron por vivir en residencias suburbanas rodeadas de jardines, dotadas de energía eléctrica, y todos los elementos necesarios para el confort: aparatos de radio, aspiradoras, lavarropas y, a finales de la década, heladeras.

Y todo esto resultaba un importante impulso para la industria eléctrica. El automóvil permitió también la construcción de residencias veraniegas en lugares -como el sur de Florida- donde se podía acceder fácilmente por carreteras, donde aparecieron nuevas posibilidades de negocios, desde moteles hasta puestos de venta de salchichas. De este modo, la economía se activaba y parecía ofrecer múltiples oportunidades para todos.

La industria de la construcción recibió un fuerte impulso por la construcción de viviendas particulares, pero también por la construcción de edificios comerciales destinados a oficinas para la administración gubernamental o de los negocios privados, que adquirió gran complejidad. La aplicación de estructuras de acero y la difusión de los ascensores permitieron la construcción de “rascacielos” e hizo que las ciudades crecieran en altura: Manhattan, en Nueva York, y el Loop de Chicago adquirieron su perfil característico en los años veinte. De este modo, la década de los veinte fue la época dorada de la gran ciudad -que creció a un ritmo mayor que la población total-, con su centro y sus barrios suburbanos, y la sociedad americana quedó sometida a una nueva cultura urbana.



Ver imágenes sobre las transformaciones de la vida cotidiana: 5.8. La heladera (o refrigerador) revolucionó la cocina sobre todo a partir de su difusión en los años 20 y 30. 5.9. Desde comienzos de la década del 50, el televisor, en la sala de estar, modifica hábitos y relaciones familiares.

A pesar de las ideas sobre la no intervención del Estado en la economía y la confianza en la fuerza del mercado y la habilidad de los hombres de los negocios, lo cierto es que el gobierno también estimuló este crecimiento económico. Los gobiernos de los estados participaron a través de inversiones como, por ejemplo, la construcción de las carreteras. Pero también el gobierno federal actuó a través de dos mecanismos: aranceles aduaneros que protegían la producción estadounidense (como por ejemplo, la industria química) y políticas de créditos baratos. De este modo, la prosperidad era atribuida fundamentalmente, al gobernante Partido republicano, considerado el “partido de los negocios” y, mientras la prosperidad duró, los republicanos fueron imbatibles en las elecciones. Además, como la prosperidad abarcaba a amplios sectores sociales, parecía confirmarse la convicción sobre el carácter democrático de la sociedad estadounidense, una sociedad que ofrecía “iguales oportunidades para todos”.

Sin embargo, parte de la sociedad quedaba indudablemente excluida de la prosperidad: fundamentalmente, amplios sectores rurales. En efecto, la agricultura no participó de la prosperidad general: los precios agrícolas caían en comparación con los precios industriales. Los productores intentaban compensar sus pérdidas aumentando la superficie cultivada, pero la mayor producción acentuaba -frente a un mercado inelástico como el de los alimentos- la caída de los precios. Además, si bien la exportación hacia los devastados países europeos había constituido una salida que estimuló la ampliación del área cultivada, estas exportaciones se cortaron ya hacia 1920 cuando los europeos normalizaron su producción. Por otra parte, durante la guerra, se introdujeron sucedáneos de materias primas agrícolas, como fibras artificiales que redujeron la demanda de algodón. Esto afectó principalmente a las regiones del Sur de los Estados Unidos, donde muchos aparceros blancos abandonaron sus tierras agobiados por las deudas para ser reemplazados por negros aún más pobres.

Ante la difícil situación, los agricultores comenzaron a exigir al gobierno la “paridad”, es decir, el sostén de los precios con el objeto de garantizar sus ingresos. Se aspiraba a volver a los niveles obtenidos entre 1910 y 1914, lo que implicaba un aumento de los ingresos rurales de aproximadamente un 20 por ciento. Pero esto no ocurrió. Sin embargo, pese a los vetos presidenciales, los agricultores continuaban convencidos de la autenticidad de sus reclamos: consideraban que no sólo merecían la “paridad” por la caída de los precios, sino que merecían también un mejor trato, fundamentalmente, por los valores y las formas de vida que representaban. Ellos constituían la América “auténtica”.

En efecto, las contradicciones entre el campo y la ciudad se tradujeron en un enfrentamiento entre dos formas de vida y dos sistemas de valores: los “tradicionales”, vinculados al área rural y las ciudades pequeñas, y los “modernos”, relacionados con las grandes ciudades en donde los cambios eran más visibles. Durante la década del veinte las radios, las revistas, el cine difundían las nuevas formas de vida, al mismo tiempo que las cuestiones sexuales eran tratadas con creciente libertad. En estas cuestiones, en figuras femeninas que acortaban sus polleras y sus cabellos, en bailes de moda como el *charleston*, en el consumo de alcohol, desde las costumbres tradicionales se visualizaban los avances más claros de la corrupción y del libertinaje.

Como señala Baines, en 1925, la aparición de los automóviles “cerrados” fue percibida como la más clara invitación al pecado.

Ver imagen 5.10. Las transformaciones de las imágenes femeninas: Portada de la revista *Life*, 1927.



Ante los cambios, los sectores más tradicionalistas reaccionaron con total intransigencia, afirmando su fe en los antiguos valores, en Dios, en la austeridad, en la moralidad y en todo lo que definían como el “espíritu” americano. En este clima comenzó a tener particular éxito el *fundamentalismo* religioso, que a partir de la interpretación literal de la Biblia, procuraba afirmar las viejas tradiciones. Estas tendencias tuvieron particular importancia en los estados del Sur -los más afectados por la crisis de la agricultura- en donde lograron, por ejemplo, que, en 1925 en el Estado de Tennessee, se promulgara una ley que prohibía los “ataques” a la Biblia: esto significaba que en las escuelas estaba vedada la enseñanza de la interpretación darwiniana de la evolución humana. Dentro de este clima, en la década del veinte resurgió el *Ku Kux Klan*, secta que defendía la idea de una América tradicional, una América *Wasp*, es decir, blanca (*white*), anglosajona y protestante. El *KKK* recommenzó entonces los violentos ataques a los grupos que consideraban que destruían esa esencia americana: en primer lugar, negros; pero también católicos y judíos.

El gobierno no estaba dispuesto a otorgar a los sectores rurales el reclamo de la “paridad”, pero ante las presiones debió dar lugar a su otra gran reivindicación: la prohibición del consumo de alcohol. En efecto, el consumo de alcohol era percibido por los sectores tradicionalistas como el origen de todos los males. Ya antes de la guerra, habían obtenido su prohibición en algunos Estados, pero a partir de 1920 la “ley seca” se estableció a nivel nacional. Si bien con esta ley se buscaba preservar la moral, sus resultados fueron paradójicos. La “prohibición” fue, en rigor, una invitación a beber ilegalmente, actividad que se revistió de emoción, mientras los locales clandestinos se ponían de moda. Para solucionar el abastecimiento, aparecieron destilerías clandestinas (el *cocktail* se inventó para disimular el mal sabor de algunos de estos productos) y se intensificó el contrabando. No es sorprendente, por lo tanto, que esta actividad quedara controlada por los *gansters*, que se transformaron en los más fervorosos partidarios de la “prohibición”. En estas circunstancias, el célebre Al Capone construyó su primer imperio sobre la base de la producción ilegal de cerveza, mientras comenzaban las primeras guerras entre bandas en Chicago por barrios en que los *gansters* tomaban bajo su “protección”.

Si los valores “tradicionales” y los valores “modernos” enfrentaban a la sociedad estadounidense, en cambio, todos se unificaban en un fuerte nacionalismo. Ya durante la guerra, muchos estadounidenses se habían dedicado ardorosamente a detectar “saboteadores” alemanes. Y cabe aclarar que todo aquel que no entrara estrictamente en las pautas norteamericanas podía ser definido como “saboteador” alemán. Y todos realmente estaban convencidos de que el prejuicio contra los extranjeros constituía un sincero patriotismo. Después de la guerra se mantuvieron estos prejuicios dirigidos, sobre todo, hacia aquellos extranjeros que mantenían sentimientos de lealtad hacia sus países de origen y hacia sus Iglesias, y se reaccionó violentamente contra aquellos rasgos que se consideraban “foráneos”.

Bajo el impacto de la revolución rusa, estos sentimientos se intensificaron y se dirigieron contra los políticos radicales y, sobre todo, contra los sindicalistas. Estos grupos, muchas veces de origen inmigrante, caían entonces bajo un doble estigma: “extranjeros” y “comunistas”. De este modo, cualquier conflicto laboral (como las importantes huelgas de 1919 y 1920 en las minas de carbón y en la industria metalúrgica) podía ser presentado

como una amenaza contra la Constitución. El miedo al “peligro rojo” que invadió a la sociedad norteamericana de los años veinte era bastante infundado: el Partido Comunista tenía sólo 75.000 afiliados, de los cuáles un pequeño grupo era activista. Sin embargo, para muchos era una amenaza real que se tradujo en una verdadera histeria. Se persiguió a dirigentes sindicales, políticos, profesores universitarios, directores de cine (preanunciando el *macartismo* de la década de los cincuenta). Dentro de este clima, dos anarquistas italianos, Sacco y Vanzetti, no lograron ser juzgados de manera imparcial en el estado de Massachusetts y, cuando fueron ejecutados en 1927, el movimiento de protesta fue mínimo.

Pero, más allá del nacionalismo y la xenofobia, sobre todo en las grandes ciudades, muchos de los conflictos sociales podían ser ignorados. Se vivía uno de los momentos de auge económico más duraderos de la historia estadounidense y esto alimentó la creencia de que se había encontrado una maquinaria de prosperidad de movimiento perpetuo. Pero muy pronto, la crisis puso abruptamente fin a la euforia.

El crack del 29 y la depresión de los años treinta

Desde fines de la guerra, la venta de acciones había constituido una de las principales formas de obtener capital para invertir en la industria y, por lo tanto, se había transformado en un factor clave para el crecimiento económico. La confianza que se tenía en el capitalismo se trasladó entonces a la Bolsa de Valores: parecía imposible que allí se pudiera perder dinero. Esta confianza pronto derivó en una verdadera ola especulativa: comprar y vender valores se transformó en un negocio en sí mismo. En medio de la euforia y prosperidad, la Bolsa cobraba una popularidad creciente, era un tema de conversación cotidiana en amplios sectores sociales, mientras que las revistas femeninas como *The Lady Home* publicaban artículos que explicaban cómo un obrero que invirtiera 15 dólares mensuales en acciones en poco tiempo podría obtener 80.000 dólares. La especulación también parecía confirmar la idea de que la sociedad norteamericana ofrecía iguales oportunidades para todos. Y a nadie le parecía importante averiguar si las cotizaciones reflejaban el verdadero estado de la economía.

Sin embargo, el 29 de octubre de 1929 la Bolsa de Valores neoyorquina quebró.

Ya a comienzos del mes habían comenzado las incertidumbres: las acciones habían bajado y empezaron a correr rumores sobre financistas que habían perdido su fortuna y se habían suicidado arrojándose de los “rascacielos”. De este modo, en medio de una ola de pánico, en New York, el lunes 28, se vendieron nueve millones de títulos. Al día siguiente, el fatídico “martes negro”- se vendieron más de 16 millones, pero la Bolsa no pudo responder, las acciones perdieron totalmente su valor y el mercado de valores quebró estrepitosamente. Arrastraba tras de sí a bancos y a empresas. En pocas horas se habían perdido fortunas, mientras los pequeños ahorristas formaban largas filas frente a los bancos tratando, muchas veces infructosamente, de salvar sus ahorros.

¿Cuáles fueron las causas de la crisis? La especulación había llevado a un alza artificial de las acciones y se acentuó la desproporción entre el valor nominal de los títulos y los verdaderos activos que las empresas tenían. En tales circunstancias los dividendos repartidos no podían ser más que

GALBRAITH, JOHN K. (1983), Capítulo IV: “El crepúsculo de una ilusión” y Cap. V: “El crack”, en: *El crack del 29*, Barcelona, Ariel, pp. 108-158.



ficticios. En síntesis, las acciones habían dejado de reflejar la marca de la economía.

En efecto, tras la expansión de comienzos de la década del veinte, el sector productivo comenzaba a registrar señales de estancamiento. Algunos rubros, como la industria de la construcción, mostraban cierta saturación del mercado. Lo mismo ocurría en la industria del automóvil. No se puede dudar de la importancia creciente de los automóviles, incluso como valor “social”: el típico *babbitt* -apellido de una familia protagonista de una novela de Sinclair Lewis que simbolizaba al estadounidense de clase media- prefería no vestirse antes que dejar de moverse en automóvil. Sin embargo, a comienzos de 1929, se vendieron menos de la mitad de los automóviles a compradores “nuevos”. (Dicho de otra manera, compraban automóviles quienes “cambiaban” el viejo modelo por uno reciente, pero se reducían los compradores que accedían al automóvil por primera vez). No se trataba de una crisis de subconsumo del mercado existente, sino de la dificultad de encontrar un mercado “adicional” que ampliase ese mercado existente.

Al mismo tiempo, las empresas habían realizado grandes inversiones en nuevos equipos, en maquinarias más eficaces. De este modo, se estaba incrementando una producción que iba a ser muy difícil de colocar. Por eso, Baines se refiere también a un proceso de *sobreinversión*, ya que estas inversiones crecían más rápidamente que el consumo, carecían de un mercado que las justificase. Pero había más. La caída de los precios agrícolas había llevado a los agricultores a retrasar el pago de los créditos para la compra de maquinarias poniendo en dificultad a algunos bancos. De este modo, como señalábamos, el estancamiento de la producción y las incipientes dificultades de los bancos no correspondía con el alza de valores que, como señalábamos, habían dejado de reflejar la marcha real de la economía.

Otro factor decisivo, para explicar la gran depresión que continuó y que alcanzó niveles mundiales, puede ubicarse en el sector del crédito internacional. En efecto, los aliados habían impuesto a los vencidos fuertes pagos en concepto de reparación por los gastos y la destrucción de la guerra; pero Alemania también había sabido aprovechar la situación: era imprescindible que se la ayudara a reconstruirse si se pretendía obligarla a pagar. Los capitales norteamericanos comenzaron entonces a fluir sobre Alemania y Austria, ya que los altos intereses pagados por los bancos germanos constituían sin duda un poderoso atractivo. Pero ante las dificultades internas, la repatriación de fondos puso al sistema financiero europeo en una grave situación: la quiebra del *Creditanstalt* en Viena generó una ola de pánico. Los banqueros estadounidenses procuraron entonces tratar de adelantarse unos a otros en la repatriación de capitales agudizando la crisis a nivel mundial.

La crisis modificó la fisonomía de los Estados Unidos. Los efectos se sintieron más duramente en algunas ciudades como Detroit y Chicago donde se concentraba la industria pesada, la más afectada por la crisis, y menos en otros centros urbanos como New York donde se producían artículos de “primera necesidad” como zapatos y vestimenta. Pero lo cierto es que una ola de problemas sociales abatió al territorio. Los salarios cayeron estrepitosamente: en 1932, su nivel era un 60 por ciento inferior a 1929. La desocupación alcanzó, en 1931, a más de ocho millones de personas, lo que representaba a una de cada seis familias. Los suicidios masculinos aumentaron en un 20 por ciento. Hubo cambios en la estructura familiar en la medida en que muchas veces los ingresos dependían de las mujeres y los hijos. La de-

socupación disfrazada (como el caso de vendedores ambulantes), la mendicidad, las “ollas” comunes, las *Hoovervilles* -caseríos armados de cartón y hojalata que fueron apodadas con el nombre del presidente Hoover- daban de los Estados Unidos una imagen muy diferente a la de la década anterior.

Ver citas cinematográficas 5.11. y 5.12. de la película *Tiempos Modernos*.



Film obligatorio: Charles Chaplin: *Tiempos Modernos* (1936)
(Ver guía de análisis).

En 1929 no se tenían todavía demasiados indicios para poder predecir que la crisis iba a prolongarse en una depresión tan larga y profunda. Fue un acontecimiento de una magnitud insospechada aún hasta para los críticos más acérrimos del capitalismo. Crisis anteriores habían sido superadas por los mecanismos espontáneos de la economía: cuando los costos de producción disminuían se creaban nuevamente los incentivos para inversión. Pero la depresión se fue prolongando y agravando cada vez más y cuando los costos alcanzaron su punto más bajo, las inversiones no reaccionaron. Había una profunda falta de confianza, la crisis había sido lo suficientemente grave como para que se mantuviera la incertidumbre frente al futuro. Y esto no sólo para los hombres de negocios. Destruyó incluso entre los pequeños ahorristas el estímulo individual al ahorro no pudiéndose recuperar los recursos destinados a la inversión. Ya no se podía confiar en los mecanismos automáticos de la economía y debía actuar algún factor externo. Y ese factor fue el Estado.

La consecuencia política más inmediata de la crisis fue el desprestigio del Partido Republicano considerado, hasta ese momento, como “el partido de los negocios”. No es extraño entonces que el presidente electo en 1932, Franklin Delano Roosevelt, procediese del Partido Demócrata. En su primer discurso a los estadounidenses, Roosevelt prometió un “Nuevo Trato” (*New Deal*), términos con que se definió su política. El *New Deal* consistió en una activa intervención del Estado en la regulación de la economía. Tomando medidas consideradas casi heréticas -muchas de las cuales fueron consideradas anticonstitucionales por la Corte Suprema que centralizó la oposición-, el Estado asumió el control del sistema financiero, se establecieron seguros contra el desempleo, se otorgaron subsidios a los agricultores.

Una de las medidas más significativas del *New Deal* la constituyó la *NIRA* (Ley Nacional de Recuperación Industrial), por la que se autorizó al gobierno a invertir en obras públicas. El objetivo era mitigar la desocupación y paliar el descontento social, pero también crear a través de los salarios, una masa de ingresos que permitiera aumentar el consumo y, por lo tanto, la demanda global. Y la confianza de los estadounidenses en las políticas de Roosevelt quedó expresada en las reelecciones que lo mantuvieron en el gobierno durante cuatro períodos presidenciales, hasta 1945 en que falleció.

Cabe preguntarse hasta qué punto tuvo éxito el *New Deal*. En rigor, la renta per cápita no recuperó su nivel de 1929 hasta 1940, momento en que el motor del crecimiento económico era el rearme. En este sentido pareciera que fue la guerra, y el desarrollo de la industria armamentista, lo que reactivó la economía norteamericana. Pero es indudable que, a partir de *New Deal*, el intervencionismo se transformó en un elemento clave de la política económica. En este sentido, se coincidía con las teorías que el economista


inglés, lord Maynard Keynes formuló en 1936, en *Teoría General del Empleo, del Interés y la Moneda*. Se trataba de lograr el pleno empleo y de sostener la demanda; esto alejaría el conflicto social pero también además estimularía la producción. Y esto no sólo ocurría en los Estados Unidos. Gran Bretaña, por ejemplo, abandonó en 1931 el libre comercio y fue el ejemplo más claro de esta rápida generalización del proteccionismo. En esta línea, los gobiernos se vieron forzados a dar prioridad a las consideraciones sociales sobre las económicas en la formulación de sus políticas para alejar el peligro de la radicalización, tanto de izquierda como de derecha. En síntesis, nació el “Estado de Bienestar”.

5.1.4. La crisis de la política: el fascismo

En 1919, en Milán, se formaban los *Fasci Italiani di Combattimento*, adoptando como símbolo el haz de varas que representaba la autoridad de los magistrados en la antigua Roma. Así, *fascio* puede traducirse como “haz”, o en un sentido más amplio, “unión”. De allí derivó el término *fascismo*. Y esto es más que una anécdota: la vaguedad de ese término tiene su correlato en la ambigüedad ideológica que caracterizó a estos movimientos. Si bien en su origen el término fascismo designó al proceso italiano, pronto se extendió a otras formas autoritarias de modo tal que, en el período de entreguerra, los gobiernos de muchas partes de Europa -e incluso de fuera de Europa- podían ser calificados de fascistas. Muchas veces se empleó también el término, en un sentido peyorativo, para calificar a dictaduras civiles o militares, o a partidos tradicionalistas o conservadores sin límites cronológicos precisos. Pero tal extensión del concepto resulta problemática. Al aplicarlo a una serie de regímenes de características disímiles, el término pierde capacidad explicativa.

¿Qué es el fascismo? A partir de los casos de Alemania e Italia, algunas corrientes historiográficas marxistas, en términos generales, han presentado al fascismo como la dictadura del gran capital. Desde estas perspectivas, en medio de una situación de difícil crisis económica y social, los partidos fascistas instrumentaron las dificultades de la pequeña burguesía para acceder al poder, reprimir a la clase obrera y contener la revolución comunista. Otras corrientes, en cambio consideran al fascismo y al comunismo como dos caras de una misma moneda: el *totalitarismo*. Según Francois Furet, la guerra de 1914 tuvo el carácter de matriz: sentimientos anti-burgueses despertaron una “pasión revolucionaria” que se expresó en estos regímenes inéditos, que convirtieron a la movilización de los ex-soldados en la palanca de dominación de un partido único. Estas corrientes ponen de relieve lo que el fascismo y el comunismo tienen en común desde el punto de vista económico (planificación, y dirigismo), como en el social (uniformización, adoctrinamiento), en el cultural (nacionalismo, exaltación de un líder providencial), y en el político (dictadura de partido único). Consideran que ambos fueron respuestas a una profunda crisis y que esa respuesta se expresó en la negación de la libertad bajo todas sus formas.

En rigor, podemos señalar que el fascismo fue un producto del período inmediatamente posterior a la Gran Guerra. Se trató de un fenómeno profundamente novedoso: fue un movimiento *revolucionario-conservador* que aspiraba a movilizar a las masas a través de la combinación de técnicas modernas, valores tradicionales y una ideología de violencia irracional, cen-

 FURET, FRANCOIS (1995), Capítulo 1: “La pasión revolucionaria”, en: *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 15-45.

Ver Unidad 4.



trada en el nacionalismo. Su novedad no significa que hubiera una ruptura con el pasado, ni que desconociera antecedentes anteriores, como la exaltación nacionalista y el racismo, que modelaron el consenso que indudablemente estos regímenes tuvieron. Nacidos de una grave crisis económica y social y del descrédito de la política, estos movimientos pudieron canalizar el descontento social haciendo uso de los medios de propaganda y a través los grandes desfiles, las inmensas concentraciones, la escenografía de los mítines, un discurso fuertemente emotivo y la sumisión incondicional a un líder. Un discurso antirracionalista articuló las aspiraciones difusas de las masas y establecieron las “causas” concretas de los males.

En efecto, tanto Hitler como Mussolini pudieron interpretar la frustración de vastos sectores sociales que identificaba su situación con la decadencia de la nación. Ambos consideraron a la guerra y al Tratado de Versalles como la causa de todos los males. Tanto Hitler como Mussolini denunciaron la opresión del “capital usurero”. Según Mussolini, “unos cuantos usureros colgados darán un buen ejemplo”, mientras Hitler denostaba a la burguesía judía. Ambos eran hombres “comunes”, hombres de orígenes oscuros que habían alcanzado posiciones preeminentes y con los que resultaba fácil identificarse a los sectores más frustrados. Hitler recordaba insistentemente al “hombre desconocido” que había sido en su juventud. De este modo, el fascismo pudo reemplazar las frustraciones -de soldados que volvían de la guerra cargados de medallas pero que sentían que sus sacrificios habían sido vanos, de padres que no podían dar un futuro a sus hijos, de muchachas sin dote, de pequeños propietarios hundidos en la bancarrota, de comerciantes sin clientes, de universitarios sin empleo- por un sistema de símbolos que nutrió las ansias de poder. Una ideología que proporcionaba seguridad en la obediencia al Duce o al Führer, la exaltación de la nacionalidad a extremos inimaginables y el desprecio por las minorías raciales -el antisemitismo, en el caso alemán- brindaron las oportunidades de acción y dieron salida al resentimiento que generaba la frustración social y económica. En síntesis, el fascismo nació como una respuesta a la profunda crisis europea del período de entreguerras.

Centrar el análisis en los casos de Italia y Alemania no significa desconocer la existencia de otros movimientos autoritarios, surgidos en Europa durante el mismo período, que algunos autores también calificaron como fascistas. Son, por ejemplo, los casos del régimen establecido por Salazar en Portugal, la dictadura de Primo de Rivera y el franquismo en España. Es indudable que la crisis del liberalismo permitió el surgimiento de movimientos autoritarios de derecha en distintas partes del mundo. Y estos movimientos, fuertemente nacionalistas, acusaban el “clima de ideas” de la primavera fascista. Pero también es indudable que los casos de Italia y Alemania, durante el período de entreguerra, son los que representan al fascismo “clásico”.

¿Cuáles habían sido los resultados de la guerra para Europa? El Tratado de Versalles (1919) había intentado rehacer el mapa de Europa. La derrotada Alemania debió devolver Alsacia y Lorena a Francia, y otros territorios a Bélgica y Dinamarca. Danzing se constituyó en ciudad “libre” y las minas carboníferas del Sarre fueron ocupadas por Francia y administradas por la Sociedad de las Naciones. Asimismo, Alemania debía comprometerse al pago de indemnizaciones y de los gastos de guerra, reducir su flota y su ejército a cien mil hombres. Por medio de

otros tratados se entregó Trieste a Italia, se formó Yugoslavia con Serbia, Croacia y Eslovenia y se creó la república de Checoslovaquia sobre la base de Moravia y Bohemia. Polonia recuperó territorios y se le concedió salida al mar a través del “corredor polaco”. Austria debió otorgarle la independencia a Hungría -que a su vez perdió tres cuartas partes de su territorio- y ambos países quedaron constituidos como pequeños estados sin salida al mar. Líbano y Siria pasaron a ser controlados por Francia, mientras Gran Bretaña se reservaba la administración de Palestina, Transjordania e Iraq.

Como corolario se creó la Sociedad de las Naciones. A través de este organismo internacional los países europeos esperaban encontrar un equilibrio, pero muy pronto se evidenció su fracaso. Desde sus comienzos la Sociedad de las Naciones careció de una verdadera representatividad. La Unión Soviética y Alemania habían sido excluidas y los Estados Unidos no participaron al rechazar el convenio. De esta forma sin las principales potencias internacionales, la organización se redujo a una serie de acuerdos entre Gran Bretaña y Francia, y con la guerra chino-japonesa (1937) se hizo evidente su inoperancia. Pero ni los nuevos repartos, ni los acuerdos internacionales podían resolver los graves problemas que aquejaban a los países europeos. La guerra había dejado un saldo de pérdidas desfavorable para todos y, en rigor, ninguno obtuvo mayores beneficios. La excepción la constituían los Estados Unidos, nación acreedora que quedó confirmada como primera potencia mundial. Quedaba claro que el eje del mundo había virado.

El caso italiano

Para Italia, las consecuencias de la guerra no habían sido favorables. Casi setecientos mil muertos y quince millones de dólares como pérdida no eran un saldo considerable. Del Tratado de Versalles solo había obtenido Trieste, ninguna colonia alemana había pasado bajo su control y las ambiciones sobre Fiume, en el Adriático, se habían visto frustradas. Como los mismos italianos decían, “Italia había ganado la guerra, pero perdido la paz”.

La crisis económica de posguerra se hacía sentir con toda su dureza. Además, ante la política de muchos países americanos que para balancear su mano de obra se habían cerrado a la inmigración, Italia veía reducirse el mecanismo al que recurría para superar el desequilibrio interno -las remesas de emigrantes- y se veía obligada a encerrarse en sus propias fronteras. La agitación obrera parecía alcanzar límites extremos: la desocupación, la inflación, la caída de los salarios eran paralelos a huelgas y a la “toma” de fábricas, a la constitución de las “ligas rojas” y al tercio de diputados socialistas que habían ganado las elecciones en 1919. Pero el fenómeno no era sólo urbano ni se reducía al norte industrializado (Milán y Turín, fundamentalmente). También en el sur, campesinos cansados del hambre habían iniciado la ocupación de tierras. Todo parecía indicar que en Italia podían darse las condiciones para reproducir la experiencia rusa de 1917.

También en 1919 nacieron los primeros *Fasci di Combattimento*. Al comienzo resultaron un fenómeno irrelevante. En Milán, donde habían sido fundados, habían recibido en las elecciones 5.000 votos, frente a los 170.000 sufragios socialistas. De qué manera un grupúsculo semejante pudo llegar al poder en sólo tres años es una pregunta que apasionó a historiadores y politólogos. Sin embargo también es cierto que la fuerza del fascismo no puede medirse exclusivamente con datos electorales. Ya en los últimos meses de 1920, el pequeño grupo comenzó a beneficiarse tanto por la tolerancia del gobierno como por el apoyo de los grandes propietarios y de los due-

ños de fábricas alarmados por el curso de los acontecimientos. Los *fasci* cada vez más se fueron convirtiendo en organismos de carácter paramilitar, integrados por excombatientes, y exaltados nacionalistas, dedicados al asalto de sindicatos, de periódicos, de grupos y de partidos de izquierda y de todo aquello que significara el “peligro comunista”. Y lo que había comenzado como un fenómeno urbano, limitado a los centros industriales, pronto se extendió también al medio rural y a las pequeñas ciudades de Toscana, de Emilia y del Valle del Po.

A fines de 1921, se organizaba el Partido Nacional Fascista Italiano. Su crecimiento, en apenas un año había sido espectacular: con 250.000 afiliados se había constituido en el mayor partido de Italia. Su programa también fue perdiendo su retórica revolucionaria poniendo de manifiesto lo que constituiría una de sus principales características: su pragmatismo, su capacidad de adaptación a las circunstancias. Sin duda, el *alma mater* del partido era Benito Mussolini. Desde muy joven Mussolini había militado en el Partido Socialista, en donde había dirigido el periódico *Avanti*. Expulsado del partido por su prédica belicista, pasó a dirigir *Il Popolo d'Italia* y participó en la guerra como soldado raso. En 1919, había sido elegido *Duce*, del *fascio* de Milán. Durante los años siguientes, el prestigio de Mussolini fue en aumento. Y su principal oportunidad se presentó en el transcurso de un motín en Nápoles que le permitió declarar la “revolución” fascista y ordenar la célebre Marcha sobre Roma, en la que 50.000 “camisas negras” tomaron la ciudad (28 de octubre de 1922).

La audacia de Mussolini se vio recompensada. Ante la situación creada, el rey Víctor Manuel III le otorgó el gobierno y le encomendó la formación de un nuevo gabinete. Durante los primeros años, Mussolini actuó con cautela: la autoridad del rey se mantuvo nominal y se respetaron los mecanismos institucionales. Sin embargo, Mussolini fue construyendo un poder omnímodo: como *Duce*, controlaba el partido y como *Capo di Governo* el poder político. Los destinos de Italia estaban en sus manos. Sin embargo, el apoyo que lograba también parecía ser notable: en las elecciones de 1924, la coalición integrada por los fascistas obtenía el 70% de los escaños.

Pronto comenzó a construirse el Estado de “excepción”. En mayo de 1924, el diputado socialista Giacomo Matteotti había lanzado una dura acusación contra los métodos fascistas: denunciaba el clima de intimidación y de violencia en el que se habían celebrado las elecciones. Matteotti fue secuestrado en pleno centro de la ciudad de Roma y su cadáver apareció dos meses después. Y esto marcó un hito. Se intensificaron las medidas represivas contra los disidentes y la marcha hacia el totalitarismo fue un dato inquestionable. El parlamento fue disuelto y reemplazado por el Gran Consejo Fascista, cuerpo consultivo cuyos miembros se elegían bajo la orientación de Mussolini. Los partidos políticos fueron clausurados y se estableció el sistema de “partido único”, el Partido Fascista. Pero no se trataba sólo de reorganizar la política. Se trataba básicamente de “disciplinar” a toda la sociedad, según un modelo militarizado.

En 1932, el ministro de Guerra, general Gazzera podía admirar los logros: “El régimen disciplinario de nuestro ejército gracias al fascismo aparece hoy como arma directiva que tiene valor para toda la nación. Otros ejércitos han tenido y todavía conservan una disciplina formal y rígida. Nosotros tenemos siempre presente el principio de que el ejército está hecho para la guerra y que para ella debe prepararse; la disciplina de paz debe ser, por consiguien-

5.13. Las mujeres en el fascismo: convención de madres prolíficas frente al Altar de la Patria



te, la misma que la de tiempo de guerra... Este sistema ha resistido magníficamente durante una larga y durísima guerra hasta la victoria; es mérito del régimen fascista haber extendido a todo el pueblo italiano una tradición disciplinaria tan insigne”.

En rigor, los resultados obtenidos fueron ambiguos.



TANNENBAUM, EDWARD R. (1975), Capítulo 5: “Socialización fascista y conformismo” y Capítulo 8: “Cultura popular y propaganda”, en: *La experiencia fascista. Sociedad y cultura en Italia (1922-1945)*, Madrid, Alianza, pp. 159-201 / 283-331.

Sin embargo, se construyeron los instrumentos destinados a organizar la sociedad fascista: en 1927 se suprimieron los sindicatos y el movimiento obrero quedó bajo un estricto control. Se cumplía, en este sentido, lo que el mismo Mussolini había declarado: “El sindicalismo fascista es una fuerza que se impone, un poderoso movimiento de masas, completamente controlado por el fascismo y el gobierno, un movimiento de masas que obedece.” También se creó la *Opera Nazionale Dopolavoro*, espacios de recreación, destinados a administrar el tiempo libre de los trabajadores y se estableció una rígida censura sobre la prensa y la educación. Los niños incluso pasaron a formar partes de organizaciones controladas por el fascismo.

Los principales dirigentes sindicales y políticos fueron perseguidos y encarcelados. Entre ellos, Antonio Gramsci, secretario del Partido Comunista, fue acusado de pretender “instaurar por la violencia la república italiana de los soviets” y condenado a veinte años de cárcel. Murió en prisión -en donde escribió los *Cuadernos* que renovaron la teoría marxista- en 1937.

También se desató una cuidadosa campaña de exaltación del “espíritu nacional”. El objetivo era no sólo la consolidación del consenso, sino también crear el clima apropiado para la expansión. Pero para ello era necesario asegurar el orden interno y atraer la adhesión de muchos católicos que miraban al fascismo con cierta desconfianza. Mussolini -ateo declarado y que muchas veces había manifestado su anticlericalismo- comenzó entonces un proceso de acercamiento a la Iglesia católica. Se trataba, fundamentalmente, de resolver la “cuestión romana” que había quedado pendiente desde 1870.

Con este objetivo, tras largas y complejas tratativas, en 1929, se firmaban los Tratados de Letrán, por el que se creó el Estado del Vaticano, particular enclave dentro de la ciudad de Roma. También el Estado Italiano reconocía como religión oficial al catolicismo, cuya enseñanza se implantó en las escuelas. A cambio, el Vaticano se comprometía a no reclamar los territorios perdidos hasta 1870 y controlar a algunos de sus discolos miembros.

En 1931, el papa Pío XI, en la encíclica *Quadragesimo Anno*, daba su aprobación al fascismo. El texto es explícito: “Recientemente, todos los saben, se ha iniciado una especial organización sindical y corporativa [...] Basta un poco de reflexión para ver las ventajas de esta organización, aunque la hayamos descripto sumariamente: la colaboración pacífica de las clases, la represión de las organizaciones y de los intentos socialistas, la acción moderadora de una magistratura especial”. Es cierto que se re-



5.14. La infancia en el fascismo: publicidad fascista, 1928.



Ver Unidad 4.

conocían problemas: “hay quien teme que en esa organización el Estado sustituya a la libre actividad en lugar de limitarse a la necesaria y suficiente asistencia y ayuda”, pero también se consideraba que el problema del “estatismo” podía ser superado por medio de la participación de los católicos: “Cuanto mayor sea la cooperación de la pericia técnica, profesional y social, y más todavía de los principios católicos y de la práctica de los mismos”. De este modo, incitando a los católicos a participar del régimen, la Iglesia transformaba al fascismo en un modelo a seguir.

En la década del treinta, Italia comenzó a expandirse fuera de sus fronteras, al mismo tiempo que intentaba afirmarse como potencia europea. En 1935 se ocupó Etiopía, y el gobierno italiano comenzó a reclamar los territorios de Túnez, Niza y Saboya, que estaban en poder de Francia, mientras Mussolini hacía explícita la intención de recuperar la tradición imperial y hacer del Mediterráneo, un “lago romano”. Desde 1936, Italia participó de la Guerra Civil española, apoyando a las fuerzas de Franco cuya simpatía por los regímenes totalitarios era clara. En ese mismo año, se había formado el llamado Eje Roma-Berlín. A partir de ese momento los acontecimientos parecieron precipitarse: Italia adhirió al Pacto AntiComintern -para “la defensa de la civilización contra el bolcheviquismo”- que habían firmado Alemania y Japón. En 1937, ocupaba Abisinia. Europa se encontraba nuevamente al borde de la guerra.

El caso alemán


Durante los últimos momentos de la Gran Guerra, muchos observadores se atrevieron a predecir para Alemania la inminencia de una revolución similar a la estallada en Rusia un año antes. La huelga general, la ocupación de fábricas, la sublevación de tripulaciones, soviets funcionando en Berlín eran indicios de un ascendente movimiento revolucionario. El armisticio y la crisis interna obligaron finalmente a abdicar al emperador Guillermo II. Ese mismo día se proclamó la República. Ante el vacío de poder creado e intentado mantener una línea “moderada”, los socialdemócratas se colocaron a la cabeza de los sucesos: se convocó un Congreso en Weimar que eligió a Frederick Ebert, primer presidente, y se promulgó la Constitución que establecía un sistema representativo, republicano y federal.

Pero jaqueada desde la izquierda y la derecha, la República de Weimar carecía de bases sólidas. Además, la crisis económica alcanzaba niveles extremos. Ante una enorme deuda externa -sobre Alemania pesaban los gastos e indemnizaciones de guerra- y el caos interior reinante, la inflación se hizo incontrolable. A fines de 1923, la crisis financiera alcanzó su punto más agudo: el marco se desvalorizó totalmente y muchos alemanes se encontraron con que sus ahorros de toda la vida no eran más que una masa de papeles inservibles. En el mes de noviembre, el dólar se cotizaba en Berlín en dos billones y medio de francos. Ese mismo año estallaba el “putsch de la cervecería de Munich”. Era un golpe organizado por uno de los tantos grupúsculos de ultraderecha que se concentraban en Baviera -protegidos por un gobierno católico-conservador-, el Partido Obrero Nacional Socialista Alemán (Partido NAZI, según su sigla), y había estado conducido por un todavía oscuro dirigente, Adolf Hitler, excombatiente que había alcanzado la modesta categoría de cabo. El golpe fracasó y Hitler fue condenado a la cárcel. En prisión, escribió *Mein Kampf* (Mi Lucha) donde se enunciaban los principios nazismo.

Mein Kampf constituye una obra importante no por su originalidad y profundidad sino por todo lo contrario. Es un libro muy elemental, sin grandes ideas donde se mezclan arbitrariamente lo biográfico, y principios de distinta procedencia. Sin embargo es una muestra representativa del concepto nazi de adoctrinamiento: llegar a muchos con pocas ideas, expresadas en forma simple y reiteradas hasta lograr su eficacia. Algunos párrafos pueden servir de ejemplo:

■ ■ “Como una mujer que prefiere someterse al hombre fuerte antes que dominar la débil, así las masas aman más al que manda que al que ruega, y en su fuero íntimo se sienten mucho más satisfechas por una doctrina que no tolera rivales que por la concepción de la libertad propia del régimen liberal; con frecuencia se sienten perdidas al no saber que hacer con ella, y aún fácilmente se consideran abandonadas. Ni llegan a darse cuenta de la imprudencia con que se las aterroriza espiritualmente ni se percatan de la injuriosa restricción de sus libertades humanas, puesto que de ninguna manera caen en la cuenta del engaño de esta doctrina.

“El mitín de masas es necesario, al menos para que el individuo que al adherir a un nuevo movimiento se siente solo y puede ser fácil presa del miedo de sentirse aislado, adquiera por primera vez la visión de una comunidad más grande, es decir, de algo que en muchos produce un efecto fortificante y alentador... él mismo deberá sucumbir a la influencia mágica de lo que llamamos sugestión de masa.” Adolf Hitler, *Mein Kampf* ■ ■


 Ver imagen 5.15. Las concentraciones nazis: desfile de conmemoración del cumpleaños de Hitler, 1939.

 **Film recomendado:** Leni Reifenstahl: *El triunfo de la voluntad*, 1934. Ver citas cinematográficas 5.16. y 5.17. sobre este film.

En los años siguientes la situación económica se estabilizó, sin embargo, -como ya señalamos- la crisis estadounidense tuvo efectos catastróficos en Alemania. En medio de una difícil situación, el prestigio de Hitler fue en aumento: a fines de 1932, el Partido NAZI contaba con el 33 por ciento del electorado y se constituía en la segunda fuerza política. A comienzos de 1933, el presidente Hindenburg llamó a Hitler y le ofreció la jefatura de un gobierno de coalición con otras fuerzas conservadoras. Hitler fue entonces designado Canciller y al año siguiente, tras la muerte del anciano Hindenburg, asumía también la presidencia, decisión que fue ratificada por un plebiscito que le concedía además el título de *Führer* (Caudillo). Comenzaba así el *Tercer Reich*.

La bandera de la república fue reemplazada por la *svástica*, símbolo que representaba la superioridad de la raza aria, mientras que el sistema federal era también reemplazado por un estado unitario. Se disolvieron los sindicatos y se estableció el Frente de Trabajo Alemán controlado por el Estado; el único partido admitido fue el Partido NAZI.

Comenzaba así una dictadura que superaba las peores previsiones: la Gestapo, policía secreta, pronto fue reconocida por su eficacia, mientras comenzaban a funcionar los primeros campos de concentración, dedicados, en una primera etapa a los opositores políticos.

 Ver imagen 5.18. La infancia en el nazismo: niños de las juventudes hitlerianas, 1934.



DIETRICH BRACHER, KARL (1995), Capítulo 7: “Movilización interna y oposición”, en: *La dictadura Alemana/2. Génesis, estructura y consecuencias del nacional socialismo*, Madrid, Alianza, pp. 64-152.

La violencia y el terror se transformaron en verdaderas armas políticas. El terror tenía un claro y definido objetivo. El mismo Hitler había declarado:

■ ■ “¿Habéis notado cómo acuden los babiecas cuando dos granujas se trezan en la calle? La crueldad impone respeto. La crueldad y la brutalidad. El hombre de la calle no respeta más que la fuerza y la bestialidad. Las mujeres también, las mujeres y los niños. La gente experimenta la necesidad de sentir miedo, los alivia el temor. Una reunión pública, pongamos por caso, termina en pugilato, ¿no habéis notado que los que más severo castigo han recibido son los primeros en solicitar su inscripción en el Partido? ¿Y me venís a hablar de crueldad y de torturas? Pero si precisamente lo quieren las masas. Necesitan temblar...” “Lo que no quiero es que los campos de concentración se transformen en pensiones familiares. El terror es el arma política más poderosa y no me privaré de ella so pretexto que resulta chocante para algunos burgueses imbéciles. Mi deber consiste en emplear todos los medios para endurecer al pueblo alemán y prepararlo para la guerra.” ■ ■

Junto con este rígido sistema de control social se estableció también el control sobre la economía que quedó subordinada a los objetivos políticos. El “Plan de Cuatro Años” tenía como objetivo el autoabastecimiento. Al mismo tiempo que se desconocían las determinaciones del Tratado de Versalles que prohibían el rearme, se comenzaron a reclutar nuevamente hombres para el ejército reestableciendo el servicio militar obligatorio, y se orientó la producción hacia las industrias bélicas y químicas. Sin duda, Alemania se preparaba para una expansión que conduciría irremediabilmente hacia la guerra.

5.19. La influencia “degeneradora” del judaísmo: *Le Journal de la Femme*, marzo de 1933.



La prueba más siniestra y evidente de la irracionalidad del nazismo la constituye la persecución desatada contra los judíos. En rigor, la cultura occidental rechazaba en muchos aspectos a los judíos a quienes se responsabilizaba del deicidio. No son escasas las fuentes que ponen en evidencia la exclusión a la que se los pretendía someter ni el hecho de que, desde el medioevo, se les adjudicara la responsabilidad sobre distintas calamidades. Sin embargo, estas actitudes antijudías nunca alcanzaron la amplitud y la radicalización que alcanzarían durante el nazismo. Con la toma del poder quedó libre el camino para transformar en realidad el objetivo que ya figuraba en *Mein Kampf* y en el programa del Partido: eliminar la influencia cultural, política, social y económica judía y proceder a la sistemática expulsión de los judíos del estado nacionalista. El “espíritu ario” no podía ser atacado por ese “fermento de descomposición”.

Desde la radio y la prensa se puso en práctica una activa campaña difamatoria contra los judíos. En las escuelas y en todas las Universidades se estableció como obligatoria una “ciencia de la raza”: se trataba de formar a la juventud alemana en un antisemitismo que constituiría la base de la Gran Alemania “aria” que se procuraba construir. La campaña parecía contar con consenso. En rigor, no se levantaron protestas cuando ya en abril de 1933 se estableció el boicot a los comerciantes judíos. Tampoco las hubo cuando los judíos perdieron los derechos políticos y se estableció que ninguno podía ocupar cargos públicos. No se levantó ninguna ola de indignación entre los profesores de escuelas y universidades cuando fueron expulsados de

las cátedras sus colegas judíos. Tampoco hubo reacciones -más allá de muestras de solidaridad individual- cuando en marzo de 1941 se decidió la exterminación biológica de los judíos, misión encomendada a las tropas de asalto de las S.S. en distintos campos de concentración de los que Auschwitz alcanzó la más trágica celebridad.


La intención de explicar el *Holocausto* ha generado un amplio debate historiográfico. En 1996, en una controvertida obra, Daniel Goldhagen sostenía que los principales perpetradores del Holocausto eran alemanes “comunes” y que la única motivación para el genocidio era el antisemitismo eliminacionista de la cultura alemana, incubado durante mucho tiempo. Desde su perspectiva, este antisemitismo omnipresente y virulento impregnó a la sociedad alemana de una manera distintiva y casi única y transformó a los alemanes corrientes en verdugos voluntarios capaces de llegar a límites extremos, más allá incluso de las políticas diseñadas por el Estado nazi. Era un antisemitismo fundado política e institucionalmente que formaba parte de la misma “identidad” nacional alemana.


El libro de Goldhagen -basado en su tesis doctoral defendida en la Universidad de Harvard- tuvo un gran éxito editorial que alcanzó a un amplio público. Desde los ámbitos estrictamente académicos, en cambio, se cuestionaron muchos de los criterios metodológicos empleados por el autor.


Es cierto que Goldhagen no ensaya ninguna explicación en torno a las condiciones sociales y políticas que permitieron la radicalización del antisemitismo, sin embargo, su interés, al ubicar el problema como intrínseco a la cultura alemana, radica en abrir una línea de investigación que supera otros intentos explicativos del Holocausto.


Las explicaciones clásicas sobre el Holocausto siguieron dos tendencias. Por un lado, la línea representada, entre otros, por Saul Friedlander y Steven Katz hizo hincapié en la importancia del antisemitismo en la determinación de las políticas nazis, las dimensiones irracionales del sistema y la importancia de la figura carismática de Hitler sustentadora de la radicalización racial alemana. Por otro lado, una segunda línea representada por Adorno, Horkheimer y Hannah Ardent, pone énfasis en la racionalidad instrumental y burocrática del exterminio, en los tecnócratas nazis, en el surgimiento de una ciencia racista, y en la crisis de la sociedad occidental.

Más recientemente, una línea de debate fue abierta por Ernest Nolte y Francois Furet. Mientras el historiador alemán Nolte, en una posición “revisionista” que intenta limitar los efectos del Holocausto, considera a los judíos no como víctimas de una empresa infame sino como actores necesarios de una tragedia, el francés Francois Furet sostiene que el antisemitismo moderno estaría basado en una privilegiada relación de los judíos con el mundo de la democracia. En su respuesta a Nolte, Furet señala que mientras el antisemitismo, en el medioevo, está arraigado en el mismo cristianismo -la negativa judía a reconocer la divinidad de Cristo, el diecidio- el moderno, si bien las antiguas motivaciones pueden persistir, “acusa al judío de ocultar, bajo la universalidad abstracta del mundo del dinero y de los Derechos del Hombre, una voluntad de dominación del mundo, que comienza por un complot

 GOLDHAGEN, DANIEL (1998) *Los verdugos voluntarios de Hitler*, Madrid, Taurus,.

 FINCHELSTEIN, FEDERICO (ed.) (1999), *Los alemanes, el holocausto y la culpa colectiva. El debate Goldhagen*, Buenos Aires, Eudeba.

 NOLTE, ERNEST (1996), *La guerra civil europea, 1917-1945. Nacionalismo y bolchevismo*, México, Fondo de Cultura Económica.

 NOLTE, ERNEST, “Sobre revisionismo” y FURET, FRANCOIS, “El antisemitismo moderno”, en FRANCOIS FURET Y ERNEST NOLTE (1998), *Fascismo y comunismo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

en cada nación en particular [...] De muy buena gana reconozco que la representación imaginaria que el antisemita tiene del judío deriva no sólo de una herencia histórica, sino del conjunto de observaciones sobre la parte que los judíos tomaron en la economía capitalista, en los movimientos de izquierda o en las cuestiones del espíritu en las naciones de la Europa democrática”. La transformación de ese juicio, que puede llamarse “racional” aunque sea para deplorar tal estado de cosas, en ideología de exterminio, es lo que caracteriza el paso de lo racional a lo irracional. Y se opera por el deslizamiento de esa idea -el papel desempeñado por los judíos en la modernidad- en un medio de movilización de masas y un imperativo de la acción política. En esta línea, los judíos fueron transformados, en el imaginario colectivo, en agentes constantes y activos de un complot contra la nación. Sin embargo, más allá de las interpretaciones, una cosa queda clara: el Holocausto demuestra el grado de monstruosidad que los hombres y las mujeres somos capaces de alcanzar.

El irracional nacionalismo que se alentó en Alemania tenía como objetivo también la expansión y la guerra. Después de formar el Eje Roma-Berlín, de participar en la Guerra Civil española, de firmar el Pacto AntiComintern con Japón (1936), Hitler anexó Austria (1938) e invadió Checoslovaquia (1939). Ya desde abril de 1939, Hitler había expresado sus intenciones de anexar Danzing y exigió a Polonia la concesión de un camino y un ferrocarril para atravesar el “corredor polaco”. Ante la situación creada, Gran Bretaña y Francia firmaron un tratado militar para garantizar la defensa de Polonia. Finalmente tras una serie de ultimátums que fueron rechazados por el gobierno polaco, las fuerzas alemanas invadieron Polonia el primero de septiembre de 1939. La guerra se reiniciaba.

Ver 5.3 Anexo: De los Frentes Populares a la Guerra Civil española.



1945: El fin de la guerra

En rigor, en su reanudación, la guerra fue un conflicto exclusivamente europeo: una guerra “civil” que enfrentaba a fascistas y antifascistas. En una primera etapa, la guerra fue favorable para los alemanes. Tras una rápida expansión, Alemania controlaba, a mediados de 1940, Austria, Checoslovaquia, Dinamarca, Noruega, Bélgica, Holanda, Polonia y gran parte de Francia; al año siguiente invadía Bulgaria, Yugoslavia y Bélgica. La rapidez de la ocupación demostraba la eficacia de la nueva técnica militar empleada, la *blitzkrieg* (guerra relámpago). Esta consistía en devastadores bombardeos, posibles por la abrumadora superioridad aérea alemana, contra fortificaciones, carreteras, ferrocarriles, fábricas, centrales eléctricas, etc. En medio del caos y la destrucción reinante después de los bombardeos, el segundo paso era, por tierra, el avance de los tanques arrasando lo que quedaba y, tras los tanques, el avance de la infantería, que garantizaba la ocupación del territorio.

Pero esta situación bélica favorable pronto se agotó. En junio de 1940, sin previa declaración de guerra, las fuerzas alemanas invadían la URSS -rompiendo el pacto Nazi-Soviético de 1939, con el que Hitler había buscado garantizar la neutralidad de Stalin- en un frente que se extendía desde el mar Blanco hasta el mar Negro. El ataque a Stalingrado fracasó y con la táctica de “tierra arrasada” los rusos infligieron considerables pérdidas a los alemanes. Además, el invierno ruso hizo fracasar la técnica del *blitzkrieg*. Con una guerra en dos frentes, Alemania se veía condenada a perder posiciones. Además, desde fines de 1941, la guerra nuevamente había dejado

de ser un conflicto europeo: no sólo se había extendido al norte de África, sino que Japón atacó a una base militar estadounidense en el Pacífico.

En Japón también se había instalado un sistema de carácter fuertemente nacionalista que se expresaba en una idea esencial: la concreción del espíritu imperial mediante una política expansionista. En esa línea, después de haber firmado el Pacto AntiComintern, Japón había ocupado el Manchukuo con el objetivo de consolidar su hegemonía. A partir de ese momento (1937) estalló la guerra chino-japonesa que luego se confundió con la guerra general. Y el ataque a Pearl Harbor fue el motivo que determinó al renuente Congreso de los Estados Unidos autorizar al presidente Roosevelt a participar en la guerra (1942). A partir de ese momento la coalición de fuerzas fue la del Eje (Alemania, Italia y Japón), enfrentada a los Aliados (Gran Bretaña, Estados Unidos y la Unión Soviética). En síntesis, en la guerra se enfrentaban nuevamente las principales potencias industriales.

La guerra dependía en gran medida de la capacidad para producir armamentos, lo que implicaba gran concentración de capitales y métodos adecuados de producción en masa. Gracias al “Plan de los Cuatro Años”, Alemania había ingresado en la guerra en coincidencia con una óptima producción; sin embargo la situación varió a partir de 1942. Comenzó a registrarse una aguda crisis de producción y un grave déficit de mano de obra. Se intentaron programas de emergencia, se requisaron las zonas ocupadas y contingentes de mano de obra fueron enviadas a las fábricas alemanas. Pero esto no impidió que en 1943, la crisis alcanzara su punto más aguda y que debiera declararse la “movilización total”. Situaciones similares eran atravesadas por Italia y por Japón. En síntesis, se debilitaba la capacidad de producción del Eje, en el momento en que se daban los ataques cada vez más intensos de los Aliados. Además, la consolidación de los movimientos de resistencia en las zonas ocupadas minaban la “colaboración”.

En julio de 1943, los aliados ocuparon Sicilia y la situación italiana llegaba a un punto crítico. Mussolini fue acusado de “servilismo” con Alemania, depuesto por el Gran Consejo Fascista y apresado por orden del rey Víctor Manuel III. Inmediatamente Italia firmó la capitulación (septiembre de 1943). Ante esto, Alemania invadió el norte de Italia y rescató a Mussolini quien, mediante un golpe de Estado fue nombrado -tras abolir a la monarquía- presidente de la República Social Fascista.

Sin embargo, la suerte del Eje estaba echada y la ofensiva soviética sobre Berlín determinó el fin de la guerra. El 24 de abril de 1945, Mussolini se aprestaba a huir, pero fue capturado y ejecutado por guerrilleros de la resistencia italiana. Dos días más tarde, Hitler, junto con su amante Eva Braun, se suicidaba en los sótanos de la Cancillería de Reich. El 7 de mayo, Alemania firmaba la capitulación. El conflicto aún continuaba en el Pacífico, pero la solución fue drástica: la *bomba atómica* sobre Hiroshima y Nagasaki determinó la rendición de Japón, dejando un incalculable saldo de pérdidas humanas. La guerra había terminado con los regímenes fascistas, pero también había modificado al mundo de la democracia. A partir de ese momento las altas inversiones en armamentos y la revolución tecnológica permanente en el campo bélico habían encontrado una salida para la crisis del capitalismo.

Terminaba entonces la Guerra de los Treinta y Un Años: una guerra iniciada en 1914 con el asesinato del archiduque de Austria en Sarajevo y acabada con la bomba atómica en 1945, dividida por un conflictivo período de entreguerra. Y dejaba a un mundo profundamente transformado.

 **Film recomendado:**
Roberto Rossellini:
Roma Ciudad Abierta,
1947.
Ver cita cinematográfica 5.20. tomada de la película.



HOBBSAWM, ERIC (1995), Capítulo 1: “La época de la guerra total”, en: *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Barcelona, Crítica, pp. 29-61.

Los contemporáneos hablaron de Primera y de Segunda Guerra Mundial. Hubo indudables diferencias entre ambos períodos de la guerra, pero también resulta indiscutible su continuidad. Entre ambas hubo muchas semejanzas. Fueron dos episodios de una carnicería sin posible parangón, que dejaron imágenes de pesadillas tecnológicas -la memoria de los gases tóxicos y de los bombardeos, después de 1918, y de la nube de destrucción nuclear, después de 1945- que marcarían a los sobrevivientes y a la siguiente generación. También ambos conflictos concluyeron con el derrumbamiento y la revolución social en extensas zonas de Europa y Asia. Ambas dejaron a beligerantes extenuados, con la excepción de los Estados Unidos. Pero la continuidad está dada sobre todo por el hecho de que la segunda parte de la guerra concluyó con los problemas que la primera había dejado pendiente. Acabó con los problemas de la economía capitalista -por lo menos por un tiempo- y el progreso de la vida material sostuvo la democracia política occidental. Después de la guerra los viejos enemigos -Alemania y Japón- acabaron integrándose a la economía del mundo occidental, mientras surgían nuevos enemigos -Estados Unidos y la Unión Soviética- que nunca se enfrentarían en el campo de batalla. La guerra cambiaba de escenario y se desplazaba hacia el “tercer mundo”.

5.2. La sociedad contemporánea

5.2.1. El mundo de la posguerra

La guerra fría

Tras la guerra mundial, era indudable que los Estados Unidos y la Unión Soviética se constituirían en las potencias hegemónicas dentro del concierto internacional. Ya entre 1943 y 1945 se había esbozado la línea demarcatoria que dividiría a Europa, tanto en función de las cumbres internacionales en que habían participado Churchill, Stalin y Roosevelt, como por el innegable hecho de que los ejércitos soviéticos eran los que habían derrotado a Alemania. En síntesis, la guerra terminó con el fin del sistema de equilibrio entre las potencias europeas, entretejido desde el siglo XVI. En su lugar surgía un nuevo ordenamiento internacional.

Dentro de ese nuevo ordenamiento, los países europeos dependerían de las relaciones soviético-americanas y podrían influir en su desarrollo según su importancia estratégica para los dos nuevos centros hegemónicos. Estaba claro además que ambas potencias estaban interesadas en la rápida estabilización económica de una Europa que había quedado devastada por la guerra.

5.21. Europa devastada: Berlín, agosto de 1945.



Además era necesario atender urgentes problemas sociales: la desmovilización de los ejércitos, la inserción de masas de gente en la vida civil y productiva, la situa-

ción de los prisioneros de guerra, de los confinados en campos de concentración y de muchos que habían sido desplazados de sus lugares de origen. Ante la difícil situación, el gobierno de los Estados Unidos temía, al acabar la guerra, una nueva crisis de superproducción sin los socios ni los mercados europeos; en la URSS se temía que los debilitados estados europeos cayeran bajo la dependencia de los Estados Unidos que rápidamente habían concedido créditos y suministros de socorro. De este modo, ya desde fines de la guerra, Europa se convirtió en el centro de temores y planes contrapuestos aún antes de que la división en un bloque oriental y un bloque occidental fuese una realidad inalterable.



HOBSBAWM, ERIC (1995) Capítulo 8: “La Guerra Fría” en: *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Barcelona, Crítica, pp.229-259.

La línea comenzó a estabilizarse paulatinamente. En los países europeos, muchos partidos conservadores o de derecha habían quedado desprestigiados por el explícito o implícito apoyo otorgado al fascismo. Al mismo tiempo, crecía el prestigio de la izquierda, en particular del Partido Comunista, prestigio que estaba avalado por el triunfo de la Unión Soviética sobre Alemania y por el papel que los comunistas habían jugado en los movimientos de resistencia. Coaliciones de izquierda se impusieron en Polonia, Yugoslavia, Bulgaria, Rumania, Albania, Hungría y Checoslovaquia, que en distinto grado y en distintas condiciones, quedaron bajo la órbita de la URSS. De este modo, Europa Oriental se separaba de la Occidental por lo que Winston Churchill había definido en 1946 como el “telón de acero”: una línea que se extendía del Báltico hasta el Adriático, pasando por las zonas de ocupación soviética en Alemania.

Pero el éxito de los Partidos Comunistas no se había dado sólo en Europa oriental, también ganaban adeptos en Italia, en Francia, en Grecia. Incluso, en Gran Bretaña, el ascenso de la izquierda se expresó en el triunfo del Partido Laborista en julio de 1945, que desplazó al conservador Winston Churchill como primer ministro. Desde la perspectiva de los Estados Unidos, el ascenso de la izquierda, y fundamentalmente del comunismo, se alimentaba de la pobreza y de la desesperación: era necesario actuar para contener la marea ascendente de esa amenaza. Tal fue el objetivo del *Plan Marshall* (1948) que otorgó ayuda financiera para acelerar la recuperación económica. Pero, desde la perspectiva de la Unión Soviética, esto constituía una indebida intromisión de los Estados Unidos en los asuntos internos de los países europeos. Y con esto comenzaron las tensiones que se definieron como la *Guerra Fría*.

El conflicto se agudizó en torno a la situación de Alemania. En efecto, tras la guerra, Alemania había sido dividida en cuatro zonas que fueron ocupadas por los vencedores. Hacia 1948, Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos comenzaron las gestiones encaminadas hacia la unificación, al mismo tiempo que se tomaban medidas para formar un gobierno elegido por los propios alemanes. En síntesis, se daban los pasos conducentes a la formación la República Federal de Alemania. Ante esto, la Unión Soviética procedió al establecimiento de un gobierno “títere” en Alemania Oriental que pasaría a constituirse en la República Democrática Popular alemana.


Las tensiones que se generaban en una Alemania dividida tuvieron su mayor expresión en la ciudad de Berlín. La antigua capital alemana estaba también repartida entre las distintas fuerzas de ocupación, pero se encontraba enclavada en territorio soviético. En un intento de expulsar a los aliados de Berlín, la URSS cerró los accesos a la ciudad pese a las protestas internacionales. Los aliados pudieron mantener el control, sobre todo de suministros de provisiones para la población urbana, a través de la intensificación de las comunicaciones aéreas. Sin embargo el bloqueo de 1948, si bien fue temporario, anunciaba medidas más definitivas. En efecto, en 1961, para evitar la fuga hacia la zona occidental, las autoridades de Alemania oriental comenzaron la construcción de un sólido muro de cemento que atravesaba la ciudad de norte a sur. La metáfora del “telón de hierro” adquiría consistencia física y el Muro de Berlín se transformó en el símbolo más consistente de la Guerra Fría.

Pero la Guerra Fría no se expresaba sólo en el control de territorios y poblaciones. Ya hacia el fin de la guerra, los Estados Unidos habían demostrado con la bomba atómica que habían desarrollado un armamento de gran potencia destructiva. Pero esta supremacía pronto se acabó: en agosto de 1949 también la Unión Soviética produjo su primera explosión atómica. A partir de ese momento, las carreras armamentistas se transformaron en un elemento central de la Guerra Fría. La cantidad de armamento nuclear o químico, los emplazamientos y el número de cabezas de misiles, es decir, la capacidad destructiva que era capaz de desarrollar cada una de las “superpotencias” se transformó en el eje de la Guerra Fría. Según los discursos gubernamentales, estos armamentos no tenían como objetivo iniciar un ataque, sino que tenían solamente objetivos de defensa o de “disuasión”. Sin embargo, también comenzó a instalarse el temor de que la guerra fría pudiera transformarse en “caliente” provocando un holocausto mundial.

La noticia de la capacidad nuclear de la Unión Soviética llevó al presidente Truman a asumir un discurso donde se presentaba al comunismo como un bloque monolítico y en expansión que sólo podía ser contrarrestado por un programa de contención. La Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), considerado hasta ese entonces como una garantía de protección psicológica, se transformó en un ejército de defensa, después de que el inicio de la Guerra de Corea (1950) provocó un rebrote de los sentimientos anticomunistas y del temor a la expansión soviética. En respuesta a la OTAN, la Unión soviética organizó el Pacto de Varsovia (1955). De este modo, en la década de 1950, los bloques quedaban formalizados.

La imagen difundida por la Guerra Fría, de un mundo dividido en bloques mutuamente amenazantes, que caminaba sobre el filo de una navaja, pasó a formar parte del sentido común de la sociedad. Era una imagen incansablemente repetida y que, por ejemplo, el cine de Hollywood reprodujo sin temor a las reiteraciones.

Sin embargo, como señala Hobsbawm, la singularidad de la Guerra Fría estribaba en que más allá de la retórica de ambos bandos no había ningún peligro inminente de guerra mundial, a pesar de algunos incidentes como la “crisis de los misiles” (1962). Es cierto que en la década de 1970, la Guerra Fría se intensificó: la derrota en la guerra de Vietnam y los conflictos en Oriente Próximo habían debilitado a los Estados Unidos que respondió con una extraordinaria aceleración de la carrera armamentista. Sin embargo, esto tampoco alteró el equilibrio global.

Film recomendado:  Stanley Kubrik: *El Doctor Insólito o cómo aprendí a no preocuparme y a amar la bomba* (1964), Peter Sellers, George Scott. En este *film*, considerado una protesta moral de rechazo contra el paradigma cultural dominante, Kubrik deja al descubierto el irracional terror americano al comunismo de la década de los sesenta y muestra los riesgos de la Guerra Fría.


De allí, las preguntas planteadas por Edward P. Thompson: ¿cuál es el significado de la Guerra Fría?, ¿cuáles son los objetivos a los que efectivamente sirvió?

Indudablemente, la imagen de bloques sólidos, sin ningún tipo de fisuras, que construyeron mutuamente los antagonistas no corresponde a la realidad. Dentro del bloque “libre”, occidental o capitalista no todos los países acataron disciplinadamente las consignas estadounidenses: el laborismo británico, la socialdemocracia alemana, la democracia cristiana, en Italia, muchas veces adoptaron posiciones autónomas. Otro tanto ocurría dentro del bloque comunista, oriental o soviético: la Yugoslavia de Tito (que en 1948 fue expulsada del bloque), los conflictos surgidos en Polonia (1956), en Hungría (1956) y en Rumania (1963), la ruptura de relaciones entre la URSS y China (1964) y la “primavera de Praga” (1967) también fueron expresiones de las tensiones internas.

¿De dónde surgió entonces la imagen de bloque monolítico? Esa imagen fue la que construyó el “otro”, buscando asegurar su propia existencia. Según Thompson, la Guerra Fría fue un “negocio” que se inauguró a partir de 1947, pero que posteriormente se independizó de sus orígenes para transformarse en un fenómeno encerrado en sí mismo; un fenómeno autónomo que, además, se autorreproducía. A medida que el poder militar de cada una de las “superpotencias” crecía año tras año, la Guerra Fría generaba sus propias estructuras. La carrera armamentista contaba con directores, administradores, productores e inversores interesados en que el negocio se ampliara y perdurara. En ambos bloques había intereses materiales muy poderosos: personal militar e industrial, investigadores para el desarrollo de las nuevas tecnologías bélicas, servicios de seguridad y de espionaje. Eran grupos que manejaban importantes y crecientes partidas de recursos, controlaban el desarrollo científico y ejercían una indudable influencia en la vida económica y social. Y el mantenimiento de esa estructura dependía básicamente de la Guerra Fría. Lo importante es marcar el carácter recíproco de este proceso: para que existiera uno debía existir necesariamente el otro. Los proyectiles soviéticos alimentaban a los proyectiles de la OTAN y estos, a los soviéticos y así indefinidamente. En síntesis, la principal característica de la Guerra Fría fue su autorreproducción.

Pero también la Guerra Fría generó una visión del mundo que también se reprodujo. Para definir a un “nosotros” es necesario definir a un “otro”. Y si ese “otro” se presenta como algo amenazador, los vínculos que constituyen al “nosotros” se fortalecen. De esta manera, también la Guerra Fría permitió homogeneizar a la sociedad y construir el consenso dentro de cada bloque. Según Thompson, la amenaza del “otro” se había internalizado de modo tal en la cultura estadounidense y en la soviética que la identidad de muchos de sus ciudadanos estaba íntimamente a las premisas de la Guerra Fría.

En efecto, los Estados Unidos contaban con una población dispersa en medio continente, proveniente de distintas oleadas inmigratorias que no se organizaba tanto horizontalmente, en clases o grupos sociales, como verticalmente según orígenes regionales, étnicos o lingüísticos: negros, hispanos, polacos, italianos judíos, irlandeses, chinos mantenían sus propias estructuras mentales y culturales. Además, el mito norteamericano de las posibilidades de ascenso que los Estados Unidos ofrecían para todos reforzaba el individualismo e impedía trazar objetivos comunes. El modo de contrarrestar esas fuerzas centrífugas fue la ideología de la Guerra Fría. La exis-

 THOMPSON, EDWARD P. (1983) Capítulo 7: “Más allá de la guerra fría”, en: *Opción Cero*, Barcelona, Crítica, pp. 199-240.

tencia de un “otro” amenazador permitió fortalecer la identidad de “norteamericanos libres”. Además, el virulento anticomunismo permitía consolidar la disciplina interna: permitió descabezar sindicatos o marginar de la política. Y esto explica el éxito logrado por las políticas del *maccartismo* en la década del cincuenta.

El clima de la guerra fría preparó indudablemente el terreno al senador republicano Joseph McCarthy que, en febrero de 1950, ya había denunciado la existencia de comunistas en el propio Departamento de Estado de los Estados Unidos. Pero fue el estallido de la Guerra de Corea lo que contribuyó además a crear una atmósfera donde sus denuncias indiscriminadas llegaron a tener gran respaldo popular. Incluso, estas denuncias llevaron a la formación de un Comité en el Senado responsable de las investigaciones. McCarthy -de gran habilidad en el manejo de la prensa, la radio y la televisión- logró que, en medio de sentimientos anticomunistas que alcanzaban la histeria, cualquier pertenencia, presente o pasada, a cualquier organización reformista, liberal o internacionalista resultase sospechosa. El fin de la guerra de Corea, en julio de 1953, restó impulso a las campañas del *maccartismo*. Finalmente, en 1954, las denuncias de McCarthy sobre un supuesto espionaje en las fuerzas armadas le valió una censura del Senado que acabó con su carrera.

En la Unión Soviética sucedía algo semejante. Dentro de un complejo conglomerado de distintas nacionalidades, distintos grupos lingüísticos, religiosos y étnicos, la Guerra Fría cumplió una función de cohesión. En la cultura soviética, la identidad de los ciudadanos surgía de la convicción de ser los herederos de la primera revolución socialista, revolución amenazada por un “otro”, el imperialismo capitalista. Y también la Guerra Fría permitió el disciplinamiento. La amenaza del “otro” transformó a cualquier conflicto social o intelectual en una amenaza para el Estado soviético y legitimó la represión. De este modo se justificaron el terror indiscriminado desatado contra quienes fueron considerados “contrarrevolucionarios” en la época de Stalin, y el avance de los tanques soviéticos aplastando los movimientos disidentes en Hungría (1956) y Checoslovaquia (1968).

En síntesis, también por el papel cumplido dentro de cada uno de los bloques, la Guerra Fría era un fenómeno que había cobrado autonomía. Ante la pérdida de control racional sobre ese fenómeno, para muchos -como para Thompson o como lo muestra el *film* de Kubrik- el problema era entonces la amenaza de una guerra nuclear completamente destructiva para toda la humanidad.

La irrupción del “Tercer” Mundo

Desde fines de la guerra, movimientos revolucionarios e independentistas fueron esbozando el concepto de “Tercer” Mundo. ¿Por qué entre comillas? Porque es un concepto difuso, con una doble acepción económica y política. Supone que incluye países con economías dependientes tanto de uno como de otro bloque, y que aspiran a una independencia que es tanto económica como política. Sin embargo, dentro de tal conceptualización nos encontramos con países socialistas y capitalistas lo que pone en duda la idea de

“tercerismo”. El único punto en común es el de ser países identificados con la dependencia colonial generada por la expansión del imperialismo.

En términos generales, se trataba de regiones caracterizadas por continuar siendo abastecedoras de materias primas y de productos alimenticios, y mercados para los productos industriales y las inversiones de capitales de las metrópolis. Las exportaciones comprendían un número muy escaso de productos claves (por ejemplo: Indonesia, carbón; Birmania, caucho; Filipinas, azúcar). Esto significaba que la economía dependía de la monoproducción. Cualquier problema, como la caída de los precios en el mercado mundial, provocaba inmediatamente una crisis general que afectaba a toda la economía y a todas las capas de la sociedad.


Pero además, la acción de los países metropolitanos había impulsado el desarrollo capitalista en algunas regiones, lo que trajo algunas consecuencias. Se acentuaron los desequilibrios internos, particularmente entre las ciudades y el campo.

Las ciudades fueron los centro de la actividad bancaria y comercial y donde se dieron algunos -aunque limitados- procesos de industrialización, al mismo tiempo que las áreas rurales continuaban manteniendo un marcado carácter tradicional. Pero estos procesos también modificaban la estructura social: en las ciudades comenzaban a surgir nuevos grupos sociales vinculados a las nuevas actividades.

Parte de las burguesías nativas prosperaron al ritmo del comercio de exportación-importación y de las actividades financieras; pero otros sectores, vinculados al mercado interno, debieron afrontar la competencia extranjera en inferioridad de condiciones. De este modo, la actividad política de esta burguesía, a la que se unieron grupos de profesionales e intelectuales, se manifestó en la creación de partidos nacionalistas y en la participación en movimientos democráticos y antiimperialistas. En estas actividades políticas también confluyeron sectores populares. Por un lado, el proletariado crecía en la medida en que evolucionaba el sector capitalista de la economía. Era mano de obra recién emigrada del campo, barata y abundante, que sufría duras condiciones de trabajo. Y muy pronto cualquier conflicto laboral adquirió el carácter de una lucha nacional contra la dominación extranjera. Por otro lado, también en las áreas rurales, los movimientos campesinos contra los grandes propietarios (en muchos casos, extranjeros o empresas extranjeras) también adquirirían la forma de una lucha nacional.

Estos movimientos, que agrupaban a distintas fuerzas sociales, se basaban en el principio de que cada país tenía derecho a elegir su destino político. Además, el logro de la independencia era considerado indisociable de un amplio programa de reformas que incluían puntos referidos al desarrollo de una economía autónoma, al mejoramiento de las condiciones de vida y a la afirmación de una cultura que revalorizase las tradiciones locales. Estos programas eran, por lo general, bastante ambiciosos y los procesos posteriores demostraron que lo más sencillo fue quizá obtener la independencia política. En efecto, una vez lograda esta independencia, las mayores dificultades provinieron de la organización de estos nuevos Estados. Surgieron diferencias entre los distintos grupos sociales, políticos y étnicos que habían integrado los frentes nacionales; pero además los conflictos se agravaron en la medida en que se transformaron en fértil terreno para la Guerra Fría. De esta manera, dentro de cada nuevo Estado los sectores más moderados o más conservadores contaron con el apoyo de los Estados Unidos y los sec-

 Ver Unidad 4.

 Ver imagen 5.22. Los contrastes en la vida urbana: Ahmedabad, India.

Ver Anexo 5.4. El otro comunismo: la revolución china



tores más radicalizados contaron con el apoyo, primero, de la URSS y luego, de China.

En Asia, movimientos nacionalistas que integraron a distintas fuerzas sociales, ya se habían desarrollado desde las primeras décadas del siglo XX. Un ejemplo lo tenemos en los comienzos de la revolución china (1911-1912).

Pero el ejemplo de la revolución rusa, el impacto de la crisis económica de 1930 y de la Guerra Mundial hicieron que, después de 1945, estos movimientos fueran incontenibles. Los movimientos asiáticos estuvieron integrados por distintos elementos. En algunos casos, hubo también grupos que actuaron por motivaciones religiosas. Frente a la penetración de las misiones cristianas, tanto protestantes como católicas, percibidas como elementos estrechamente vinculados al dominio político y económico extranjero, estos grupos intentaron hacer de las religiones tradicionales el símbolo de la identidad nacional. Esto fue característico de algunos países, como Birmania y Camboya, donde las asociaciones budistas se transformaron en núcleos de la propaganda nacionalista.

Sin embargo, los núcleos principales de estos movimientos fueron dos: 1) los partidos nacionalistas, integrados por intelectuales, con aportes de la burguesía y de sectores populares, y 2) los “frentes populares”, organizados por los distintos partidos comunistas nacionales en alianza con otros grupos políticos.

Dentro del primer grupo, tenemos el caso de Indonesia, antigua colonia holandesa, que declaró su independencia bajo la conducción de Sukarno, líder del Partido Nacionalista, en 1945 (y fue reconocida por Holanda en 1947). Pero el caso más notable lo constituyó la India. Ya desde fines del siglo XIX nos encontramos en la India con un movimiento independentista que se institucionalizó en el Partido del Congreso. Esta acción política, después de 1918, se combinó con la acción de Mahatma Gandhi que propuso un movimiento de “resistencia pasiva”, de retiro de colaboración y de boicot a los productos extranjeros, que muy pronto demostró la fragilidad de la hegemonía inglesa.

Después de la guerra, se agudizaron los conflictos entre los ingleses y los nacionalistas indios que finalmente llevaron a la independencia en 1947. Empero, desde ese entonces, la India estuvo sacudida por profundos conflictos internos, regionales y religiosos. Estallaron conflictos entre la India, mayoritariamente hindú, y el Pakistán, musulmán. Incluso, Gandhi cayó asesinado por un fanático hindú ante las concesiones que se habían hecho a los musulmanes pakistaníes. Así, desde el establecimiento de la independencia los conflictos religiosos jalonaron la historia de la India (con picos importantes en 1948, 1965, 1971).

Los movimientos del segundo grupo, los “frentes populares”, también se dirigían contra el dominio extranjero, pero además aspiraban de sistemas políticos y económicos socialistas. En Asia -si bien algunos autores consideran que dentro de este grupo puede encuadrarse la revolución china-, fue especialmente el caso de Indochina, colonia francesa en donde Ho Chi Minh había proclamado la independencia en 1945 y establecido la República Democrática de Viet Nam, de carácter socialista. La independencia de Viet Nam dio origen a una larga y cruenta guerra, que culminó en 1954 cuando los franceses fueron derrotados en Diem Bien Puh. Los Tratados de Ginebra ordenaron el alto al fuego, de modo tal que las tropas de ambos bandos se

Ver imagen 5.23. Gandhi, 1931.



agruparon a cada lado del paralelo 17. El norte, con capital en Hanoi, quedó controlado por el Frente Unificado Nacional, conducido por Ho Chi Minh; el sur, con capital en Saigón, quedó controlado por la dictadura anticomunista de Ngo-Dinh-Diem. Pero el conflicto se reinició cuando en el sur se formó, en 1960, el Frente de Liberación de Viet Nam del Sur y comenzó una guerra que se extendió a Laos y Camboya y en la que los Estados Unidos tuvieron una activa participación. El conflicto terminó en 1976 con la derrota de los Estados Unidos y la reunificación del territorio en la República Socialista de Viet Nam, con capital en Hanoi.

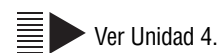
Los movimientos independentistas también se dieron en África. Desde fines del siglo XIX, y principalmente desde 1884, África fue repartida entre los países europeos en distintas áreas de dominación política y económica.

La economía fue organizada fundamentalmente en función de la exportación de productos agrícolas, en grandes plantaciones dedicadas al monocultivo, cacao, café y la explotación del caucho. Dentro de este esquema, el comercio fue monopolizado por grandes empresas agroexportadoras de origen europeo. Con esta base económica, la situación fue particularmente difícil después de la crisis del treinta. La caída de los precios agrícolas obligaba a exportar cada vez más para poder importar más o menos lo mismo. En este contexto, después de la guerra, también en África surgieron vigorosos movimientos nacionalistas.

La administración colonial había dado origen a una capa de nativos educados en Estados Unidos o en Europa. Estos sectores configuraban una capa de funcionarios, empleados, maestros, profesores universitarios, profesionales, e incluso militares que configuraron una *intelligenza* africana que proveyó los líderes nacionalistas. Sobre estas bases, en la década del cincuenta, estallaron una serie de conflictos, aunque los procesos se adaptaron a las distintas condiciones locales. De este modo, nos encontramos con movimientos de diferente tipo según tomemos como referencia el África musulmana o el África negra.

En el caso del África musulmana, los movimientos por la independencia comenzaron en Egipto, antiguo protectorado inglés. La monarquía egipcia estaba sostenida en realidad por el apoyo de Gran Bretaña, cuya presencia, sobre todo expresada en las tropas británicas encargadas de mantener el orden interno, causaba una marcada irritación en la sociedad. Esto no impedía sin embargo que se desataran huelgas, motines, y manifestaciones sin que el gobierno encontrara una salida política. Dentro de ese clima, cobró importancia una organización interna del ejército egipcio, el grupo llamado de "Oficiales libres" que sostenía posiciones nacionalistas y propugnaba un proyecto político de nacionalización e incluso de modernización de la economía. El principal dirigente del grupo fue el coronel Nasser que dio un golpe militar, en 1952, por el que se pudo establecer la República (1953). Nasser llegó además a un acuerdo con Gran Bretaña que comenzó a retirar sus tropas. De este modo, en 1956, cuando culminó este retiro quedó garantizada la independencia de Egipto.

El golpe militar nacionalista en Egipto, en 1952, avivó los sentimientos nacionalistas árabes que impulsaron una serie de movimientos independentistas: en 1952, se estableció la República de Libia; en 1956, Sudán se liberó de la presencia tanto de egipcios como de ingleses y proclamó la República; en 1956, también se dieron los movimientos en Marruecos y en Túnez, que se independizaron de España y de Francia, respectivamente. Y



Ver Unidad 4.

también en 1952 comenzó la lucha por la independencia de Argelia, colonia francesa. Pero este proceso fue mucho más conflictivo y generó una larga guerra. El problema era que en Argelia se había establecido un número considerable de colonos franceses, que tenían un relevante papel dentro de la economía como de la organización política local. Por lo tanto, el movimiento independentista tuvo que enfrentarse no tanto con las tropas francesas como contra estos colonos, muchos de los cuales eran ya nacidos en Argelia, que se negaban a aceptar la independencia. La guerra abierta se declaró en 1954 y fue dirigida por el Frente de Liberación Nacional, de orientación socialista, que después de una lucha bastante cruenta fue consolidando posiciones.

El gobierno francés, que estaba presidido por el general Charles De Gaulle, decidió entonces iniciar las conversaciones destinadas a otorgar la independencia a Argelia. La decisión fue tomada, en parte, por las derrotas militares que los argelinos habían ocasionado, pero también por la presión de la opinión pública francesa. En efecto, cuando se conocieron los cruentos detalles de la guerra, dentro de la misma sociedad francesa pronto surgió un movimiento a favor de la independencia argelina. Pero los colonos sin embargo no estaban dispuestos a admitir que Argelia abandonara su situación colonial y organizaron una fuerza armada, la OAS, dispuestos a resistir. La OAS desencadenó una serie de atentados terroristas tanto en Argelia como en Francia: en alguno de ellos, el mismo De Gaulle salvó sorprendentemente su vida. De este modo, la guerra se prolongó hasta 1962 en que se firmaron los acuerdos de Evian y, después de un sonado plebiscito, se le otorgó la independencia a la antigua colonia.

En el caso de los movimientos independentistas del África Negra, la situación fue muy complicada. La primera vez que se formuló la aspiración a la independencia fue en 1945 cuando se reunió el Congreso Panafricano. Esta aspiración fue formulada por Nkrumah, un líder de la independencia africana quien más tarde sería el presidente de Ghana. Sin embargo, los movimientos nacionalistas surgieron algunos años más tarde, a mediados de la década del 50 y en los años 60 y 70. La mayor dificultad que tuvieron los líderes negros africanos no fue en conseguir la independencia. Aunque en algunos casos hubo enfrentamientos sangrientos, en muchos otros casos, los países europeos estuvieron dispuestos al reconocimiento de las independencias, en gran parte por la presión internacional. El problema mayor fue lograr una mínima cohesión social que sirviera de base a los nuevos estados africanos. Una vez que se obtuvo la independencia, viejos conflictos tribales y regionales -que habían estado tapados por el poder colonial- salieron a la luz y se proyectaron en sanguinarias luchas políticas. El problema, en estos casos, fue inverso a lo que sucedió en los estados árabes donde una lengua y una religión común y una vieja tradición cultural les daba su sostén.

Lo significativo de la constelación de nuevos países asiáticos y africanos, que surgieron en menos de dos décadas, fue que pronto repercutió a nivel mundial. No sólo ingresaron a las Naciones Unidas, atrayendo la atención mundial sobre sus problemas políticos, sociales, económicos y culturales; sino que además si bien recibieron apoyo económico y tecnológico de las grandes potencias, fueron estados que comenzaron a actuar con cierta independencia en materia de política internacional, consolidando el movimiento de los Países no Alineados, que busca incluir a todos los países del llamado Tercer Mundo.

Esto llevó a una transformación de los bloques de poder. Porque si bien en la oposición entre bloques regía el enfrentamiento entre capitalismo y comunismo, eran cada vez más innegables las diferencias que se planteaban entre países “avanzados” o “desarrollados” y países “atrasados” o “subdesarrollados”, independientemente de que sean capitalistas o socialistas. De esta manera, al conflicto entre bloques pronto comenzó a agregarse lo que se considera el enfrentamiento entre otra división del mundo: el Norte (avanzado) y el Sur (atrasado).

La construcción del Estado de Bienestar

Tras la guerra, para los países europeos la prioridad absoluta la constituyó la recuperación económica, de modo tal que ya entre 1949 y 1950 se habían alcanzado los niveles de producción del período de entreguerra. A partir de esta base, en la década de 1950 y, sobre todo, de la de 1960, se produjo un aumento sostenido de la producción industrial. En rigor, el avance de los países europeos, incluso de Japón, fue más rápido que el de los Estados Unidos, ya que para este último país -que indudablemente dominaba la economía mundial- la prosperidad que se iniciaba en la década de los cincuenta implicaba una prolongación de la expansión de los años de guerra. Como señala Hobsbawm, mientras en Estados Unidos se continuaban tendencias, en los países europeos se acortaban las distancias. Ya en la década del cincuenta, Europa occidental aumentaba su participación en la actividad económica global sentando las bases para su prosperidad de los años setenta.



HOBSBAWM, ERIC (1995), Capítulo 9: “Los años dorados”, en: *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Barcelona, Crítica, pp. 260-289.

El resultado de este proceso fue el fortalecimiento de la situación económica de los países capitalistas desarrollados. Y este rápido crecimiento produjo una reestructuración y reformas sustanciales dentro del capitalismo, al mismo tiempo que un avance hacia la globalización y la internacionalización de la economía. La agricultura disminuyó su importancia en casi todas partes, tanto en lo que hace a su participación en el producto como en el empleo, siendo el sector industrial el que verificó los índices de crecimiento mayores. Por su parte, los sectores de servicios (transporte, comunicaciones, construcción, etc.) absorbieron una participación creciente del empleo.

La característica más destacada de este período fue el cambio del papel de los gobiernos respecto a la economía. La reestructuración del capitalismo facilitó a los estados la planificación y la gestión de la modernización económica, dentro de los parámetros de una economía mixta. Los grandes éxitos económicos de la posguerra en los países capitalistas, con contadísimas excepciones -como el caso de Hong Kong-, se debieron a procesos de industrialización efectuada con el apoyo, la supervisión, la dirección y, a veces, la planificación y la gestión de los gobiernos. Y hay ejemplos de esta actividad tanto en Gran Bretaña, Francia y España, en Europa; como en Japón, Singapur y Corea del Sur, en Asia. Al mismo tiempo, el compromiso con el pleno empleo y con la reducción de las desigualdades económicas -para alejar el fantasma de los conflictos sociales y de peligros del comunismo-

es decir, el compromiso con el bienestar de la población y con la seguridad social permitió la expansión de un mercado de consumo masivo.

Durante los años anteriores a la guerra no se habían considerado que esos objetivos -el desarrollo económico, el bienestar de la población- estuvieran incluidos dentro de las responsabilidades gubernamentales. Los objetivos básicos de las políticas económicas habían sido el reestablecimiento de la estabilidad monetaria, el mantenimiento del patrón oro y de presupuestos equilibrados. También los instrumentos de las políticas económicas eran limitados: el arma principal de la administración de la economía era -por lo menos hasta su descrédito en la década de los treinta- la política monetaria a la que se agregaban políticas en materia fiscal.

Pero a partir de la postguerra y, sobre todo, a partir de los años cincuenta, el Estado no sólo aceptó la responsabilidad de mantener el pleno empleo y conseguir un crecimiento más rápido y la estabilidad económica, sino que absorbió una proporción mucho mayor y creciente de recursos nacionales, que en algunos casos supuso una extensión de la propiedad pública en las actividades de la economía. En síntesis, los gobiernos aceptaron un abanico más amplio de responsabilidades -incluyendo la administración global de la actividad económica- y utilizaron una variedad mayor de instrumentos para lograr sus objetivos.

El período de la posguerra también se caracterizó por un elevado nivel de innovación tecnológica -especialmente en aquellas industrias basadas en la investigación científica, como la química y la electrónica- y por la rápida difusión de los avances técnicos entre los principales países industriales. Los circuitos de comunicación de ideas, tecnología y productos se vieron facilitados por la desaparición de algunas barreras mercantiles, el crecimiento del comercio, especialmente de productos manufacturados, el mejoramiento general de las comunicaciones, la expansión de la inversión internacional y la explotación de nuevos productos por las compañías multinacionales. La eliminación de restricciones comerciales y la creación de nuevos tratados tuvieron un impacto favorable particularmente para el comercio europeo. En este sentido, tuvieron particular relevancia el programa de liberalización de la Organización Europea de Cooperación Económica, en 1950; la reducción de aranceles a través de la GATT (acuerdo general sobre tarifas y comercio), y la formación de nuevas entidades como la Comunidad Económica Europea y la Asociación Europea de Libre Comercio, de fines de los años cincuenta. De este modo, la estabilidad económica lograda en este período favoreció el crecimiento. Incluso, a pesar de la división en bloques y de la Guerra Fría, la situación política se mostraba lo suficientemente estable como para estimular un mayor grado de cooperación internacional. Este clima también dispuso a los Estados Unidos a participar.

Como señala Hobsbawm, “El capitalismo de posguerra era una especie de matrimonio entre el liberalismo económico y socialdemocracia (o en versión norteamericana, política rooseveltiana del New Deal) con préstamos sustanciales de la URSS, pionera en planificación económica”. Resultaba evidente además que los gobiernos habían adoptado los principios de Keynes, configurando lo que se llamó el Estado de Bienestar. Algunos autores establecen diferencias entre el Estado de Bienestar y el nuevo Estado keynesiano que se organizó en los años cincuenta. En rigor, el Estado de Bienestar había co-

menzado a esbozarse antes de la guerra apuntando a evitar el conflicto social mediante una redistribución que buscaba permitir a amplios sectores de la sociedad acceder al consumo de bienes y servicios. Era un Estado que respondía a motivaciones políticas y sociales. El Estado de Bienestar keynesiano que surgió en la posguerra tenía, en cambio, motivaciones económicas: paliar, mediante el pleno empleo, los efectos de las crisis cíclicas de la economía.

De un modo u otro, por las políticas asumidas, puede considerarse Estado de Bienestar a los sistemas sociales desarrollados por las democracias capitalistas industriales después de la guerra y que permanecieron más o menos estables hasta mediados de los años setenta. Y estas políticas, como señala Ramesh Mishra, se caracterizaron, en primer lugar, por la intervención estatal en la economía para mantener el pleno empleo o, por lo menos, garantizar un alto nivel de ocupación. La segunda característica fue la provisión pública de una serie de servicios sociales, incluyendo transferencias para cubrir las necesidades básicas de los ciudadanos en sociedades cada vez más complejas y cambiantes (educación, asistencia sanitaria, pensiones, ayudas familiares, vivienda). En síntesis, se trataba de proveer servicios que tenían como objetivo la seguridad social en un sentido amplio. En tercer lugar, el Estado se hacía responsable del mantenimiento de un nivel mínimo de vida, entendido como derecho social, es decir, no como caridad pública para una minoría, sino como un problema de responsabilidad colectiva hacia todos los ciudadanos de una comunidad nacional moderna y democrática.

Estos programas se basaban en la convicción de que el gobierno podía y debía tratar de alcanzar esos objetivos dentro del marco de las democracias capitalistas. Y en este sentido, más allá de algunas controversias -en 1957, el profesor de Harvard J. K. Galbraith, en su obra *La sociedad opulenta*, anunciaba un negro futuro-, no hay dudas de que hasta los años setenta hubo un marcado y significativo consenso sobre el Estado de Bienestar, considerado como una deseable y posible forma de organización social.

5.2.2. La evolución del mundo capitalista

Hacia fines de la década del setenta había terminado la ola de prosperidad. El desempleo, la inflación y la amenaza de la hiperinflación, el estancamiento de la economía, déficits crecientes señalaban una crisis que pronto afectó al Estado de Bienestar. Sobre todo, parecía que las herramientas que habían sido empleadas en los años anteriores, en la economía "mixta" de la posguerra, ya no eran suficientes: los gobiernos se veían superados por la inflación y el desempleo. Comenzó entonces a ponerse en duda la convicción de que el Estado podía asumir la responsabilidad del bienestar de sus ciudadanos en una sociedad capitalista.



HOBSBAWM, ERIC (1995), Capítulo XIV: "Las décadas de crisis", en: *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Barcelona, Crítica, pp. 403-431.



MISHRA, RAMESH (1989), "El Estado de Bienestar después de la crisis. Los años ochenta y más allá", en: Rafael Muñoz de Bustillo (comp.): *Crisis y futuro del estado de bienestar*, Madrid, Alianza.

La crisis del Estado de Bienestar provocó distintas respuestas políticas. Sin embargo, los modelos pueden reducirse a dos. Por un lado, la línea de la so-

cialdemocracia, que se negó a abandonar los objetivos del capitalismo de bienestar, especialmente de pleno empleo, estabilidad y seguridad social. Es el caso, por ejemplo, de Suecia que mantuvo la idea de que la responsabilidad política del bienestar público es posible. Por otro lado, el modelo neoconservador o neoliberal que desmanteló el Estado de Bienestar y se apoyó en el sector privado y en las fuerzas del mercado para alcanzar el crecimiento económico y cubrir la provisión de los servicios sociales. Son los casos de la Gran Bretaña de Margaret Thatcher y, como analizaremos, de los Estados Unidos de Ronald Reagan.

El neoconservadurismo: la era Reagan en los Estados Unidos

En julio de 1979, el presidente demócrata James Carter, definía lo que llamó la “crisis de confianza”. “La mayoría de los ciudadanos no cree que los próximos cinco años serán mejores... Dos tercios de nuestra población ni siquiera vota. La productividad de los obreros ha bajado. Aumenta la falta de respeto hacia el poder estatal. La ruptura entre los ciudadanos de los Estados Unidos y el gobierno jamás fue tan grande como ahora... Esta crisis de confianza es una crisis que afecta el corazón, el alma y el espíritu de nuestra voluntad nacional”.

Sin embargo, también se podía advertir que la crisis no era exclusivamente moral, sino que era expresión de una crisis profunda y global que, desde los comienzos de la década del 70, había alcanzado un nivel mundial. En ese marco, los Estados Unidos parecían visualizar el fin de su hegemonía. En el plano económico, la superioridad financiera, tecnológica y productiva que había favorecido las relaciones norteamericanas con el resto del bloque occidental estaban en una clara disminución y le impedían imponer sus condiciones en forma unilateral. A esto se sumaban los problemas internos. Según datos de la Administración de la Seguridad Social, en 1976, un 12 por ciento de los norteamericanos vivía por debajo del límite de la pobreza. Hacia 1979, la desocupación alcanzaba el 9 por ciento de la población activa. Pero si estas cuestiones habían sido compensadas por el Estado de Bienestar, a través de mecanismos como asistencia sociales y seguros de desempleo, intentando mantener el equilibrio económico y social, el problema radicaba en que también estos lineamientos keynesianos habían entrado en crisis. De este modo, el lema de la década del sesenta, “la lucha contra la miseria” paulatinamente fue dejada en el olvido.

Las dificultades de empleo agudizaron la discriminación social. Jóvenes, mujeres, negros, “chicanos” fueron los más afectados: constituían el 80 por ciento de los desocupados. Además eran los que más sufrían la discriminación en cuanto a los salarios y a los puestos de trabajo. Las dificultades mayores eran para los más jóvenes, para los que buscaban trabajo por primera vez. Hacia 1979, constituían el 25 por ciento de los desocupados. Al mismo tiempo, el acceso a la enseñanza universitaria se hacía cada vez más difícil por sus altos costos. Aunque este acceso tampoco constituía una solución. Según datos de la Organización Internacional del Trabajo, de 1974 a 1985, 950.000 egresados de universidades estadounidenses no encontraban posibilidades de un empleo de acuerdo con su calificación. En síntesis, la educación superior se había transformado en “un pasaje para ningún lado”. Todas estas dificultades, la desocupación, la insatisfacción con el presente y la pérdida de confianza en el futuro, pudieron ser vinculadas con el aumento

de la criminalidad y de la delincuencia, con la violencia dentro de la familia (mujeres y niños golpeados), y con el aumento del alcoholismo y la drogadicción que alcanzaba a escolares de 10 a 12 años. Eran expresiones de la “crisis de confianza”.

En 1976 -cuando los Estados Unidos celebraban el bicentenario de su independencia, con un impresionante aparato publicitario dedicado a la exaltación de la nacionalidad-, la bajísima participación en las elecciones (votó el 54 por ciento de los inscriptos en padrones electorales) indicaba también que la crisis de confianza se había extendido a la política. Por un lado, la participación en la guerra de Vietnam -guerra considerada por amplios sectores sociales injusta e inconstitucional- puso en evidencia que la política había entrado en contradicción con los ideales democráticos de muchos norteamericanos. La derrota fue además el indicio más claro de la crisis de la hegemonía norteamericana. Pero fue sobre todo el escándalo de Watergate, que obligó a Nixon a renunciar a la presidencia (1974), lo que produjo la quiebra entre la sociedad y el Estado. En efecto, desde George Washington, la figura del presidente era una instancia imprescindible para las emociones patrióticas y los juicios de valor colectivos. Cada cuatro años se efectuaban elecciones de las que surgía un presidente, una figura simbólica que representaba las virtudes, los ideales y las esperanzas de todo el país. Con Watergate, entró en crisis el significado de esta figura simbólica y los principios que se habían creído inmutables.

Dentro de ese clima, signado por la recesión económica y la “crisis de confianza”, desde 1977 la administración de Carter no parecía encontrar los caminos adecuados. Su política exterior, basada en la defensa de los derechos humanos, no parecía reestablecer el consenso interno ni frenar la carrera armamentista. Su política interna tampoco encontraba soluciones para la inflación, la desocupación, ni para la crisis energética (el problema del petróleo que se vinculaba a las presiones de los países árabes) ni para una política económica que provocaba fuertes críticas ya que se basaba en la intensificación de la presión fiscal. El empeoramiento de la situación del norteamericano medio y la falta de respuestas políticas eficaces reafirmaba la idea de que a fines de la década del 70 la “búsqueda de la felicidad” que había guiado a la sociedad estadounidense de las décadas del 50 y del 60, no era ya asunto del Estado sino una búsqueda privada, asunto del individuo, de sus esfuerzos y de su suerte. Dicho de otra manera, el bienestar no era una cuestión pública, sino privada. Dentro de este clima de ideas, reanudaron muy pronto sus actividades los círculos más conservadores.

Desde fines de la década del 70 comenzó a cobrar cohesión una nueva corriente de pensamiento, el neoliberalismo o el neoconservadurismo, producto de la actividad de un grupo de intelectuales (como Daniel Bell, Jean Kirkpatrick, Herman Kahn, y el economista Milton Friedman) convencidos de la necesidad de salvaguardar al sistema capitalista de su colapso. Para los neoconservadores, el rasgo distintivo de la crisis era la pérdida de legitimidad de los gobiernos democráticos y de sus clases gobernantes. Era una crisis cultural, producto de la acción de intelectuales liberales que, desde las universidades, los medios de comunicación y los aparatos gubernamentales, habían minado los valores fundamentales de la sociedad americana al fomentar un Estado de Bienestar, un estado intervencionista que conllevaba un socialismo encubierto. Según los neoconservadores, la ampliación de funciones del estado -en salud, comunicación, educación, seguros sociales-

derivaba no sólo en una crisis fiscal sino también en una crisis de credibilidad porque el Estado se mostraba ya incapaz de cumplir con todas las expectativas. Se consideraba que el keynesianismo había exarcebado las demandas igualitarias y conducido el estado a la crisis, al mismo tiempo que lo debilitó al colocarlo en una situación de excesiva dependencia con respecto al consenso de la sociedad.

Para estos neoconservadores, por lo tanto, la salida era la recuperación de los viejos valores centrados en el esfuerzo individual y en la libre empresa, al mismo tiempo que afianzar la autoridad y la eficacia de los gobiernos deslindándolos de las excesivas cargas sociales. Y estos principios neoconservadores sirvieron como plataforma para el Partido Republicano, en 1980, y fueron la base de los discursos de Ronald Reagan durante su campaña electoral. Reagan insistió en que su política económica tendría como objetivo reducir la actividad gubernamental y colocar al mercado nuevamente como centro de la economía. Los mecanismos para equilibrar el funcionamiento económico serían la reducción de los impuestos y el control del presupuesto, evitando la socialización de áreas como salud y educación. En política exterior, el eje de su discurso fue la reconstitución de la posición hegemónica de los Estados Unidos que debería reconquistar el liderazgo mundial.

Sobre estas bases, Ronald Reagan accedió a la presidencia de los Estados Unidos en 1981. Sin embargo, las elecciones no habían provocado demasiado entusiasmo: Reagan fue electo por el 29 por ciento del electorado, lo que demostraba el escepticismo de los ciudadanos.

¿Quién es Ronald Reagan? Nació en un pequeño pueblo del Medio Oeste, en 1911, hijo de un modesto vendedor de zapatos. Estudió ciencias económicas pero muy pronto abandonó sus estudios y entre 1933 y 1937 trabajó en radio como locutor deportivo. En 1937, consiguió un contrato como actor en la Warner Brothers, donde filmó la primera de sus 51 películas. En Hollywood, se consolidó como actor de películas de clase B filmadas prácticamente en serie. Pero sus actividades actorales fueron combinadas con el sindicalismo y, en 1946, fue elegido presidente del sindicato de actores. Participó activamente en la campaña maccartista, denunciando en el Comité de Actividades Antinorteamericanas la “infiltración” comunista en Hollywood. En 1964, participó también de la campaña presidencial del candidato ultraderechista y racista Barry Goldwater y al año siguiente, 1965, lanzó su propia candidatura para gobernador de California, cargo al que llegó en 1966, y en el que fue reelecto en 1970. Y en 1980, sobre la base de los principios neoconservadores, fue elegido como el cuadragésimo presidente de los Estados Unidos.

Pese al escepticismo inicial, ya en los años 1983 y 1984 parecían advertirse signos de reactivación económica. La propaganda republicana insistía en que la inflación anual en 1984, que había llegado con Carter al 12 por ciento, había bajado al 5 por ciento; que el desempleo, que en 1982 era del 10 por ciento, había bajado al 7 por ciento. Indudablemente Reagan fue reelecto en 1984 por estos aspectos más visibles de la nueva prosperidad. Sin embargo, la recuperación presentaba ciertas debilidades (que son las que explican la recesión de comienzos de la década del 90).

Las debilidades radicarón en el modo en que se reacomodó la economía estadounidense en el mercado mundial. Dentro de ese reacomodamiento in-


ternacional, las principales corporaciones industriales abandonaron los mercados de masas para dirigirse a la producción de alta tecnología y servicios financieros. Si iniciaba la época de auge de los grandes proveedores informáticos, como IBM y Texas Instrument, y de las empresas dedicadas a la electrónica, como ITT y Standart Electric. Esta reactivación se fundó en la captación de capitales extranjeros (europeos y japoneses) que fueron atraídos por altas tasas de interés. Por otra parte, la apertura del mercado inundó a los Estados Unidos de productos de consumo masivo -desde automóviles hasta vestimenta y alimentos- importados. Esto arruinó a muchas industrias que no pudieron competir con las importaciones más baratas. Esta contradictoria reactivación favoreció otras economías nacionales, especialmente al Japón y a Corea, Taiwan, Singapur y Tailandia que encontraron en el mercado norteamericano la salida para una producción de muy bajos costos debidos a una superexplotación del trabajo.

De este modo, el área del Pacífico surgió como el área más dinámica de la economía. En 1983, el intercambio comercial de Estados Unidos con los países del Pacífico superó ampliamente al intercambio con Europa. También en los Estados Unidos fue la región del Pacífico, sobre todo California, la que presentó el mayor desarrollo relativo. Allí se instalaron las industrias “de punta”, con fuertes inversiones y tecnología de vanguardia. Y la prosperidad californiana se reflejó en el ostentoso “megaconsumo” de las clases más altas. Este “megaconsumo” fue, sin embargo, un problema de la economía norteamericana. El auge de la industria de la construcción y el desarrollo de empresas de servicios habían absorbido una parte importante de la riqueza transformándose en una amenaza para la estabilidad financiera. Además, el “megaconsumo” hacía evidente la desigual redistribución de los ingresos: mostraba la agudización de las diferencias sociales.

Tras la derrota en Vietnam, el papel internacional de los Estados Unidos parecía haber sido puesto en tela de juicio. El problema se agravó cuando, en abril de 1980, el presidente Carter en un breve comunicado hizo público que una misión comando enviada a Irán para el rescate de 53 rehenes norteamericanos había fracasado.

Estas cuestiones permitieron que Reagan durante su campaña hiciese de la “defensa nacional” un objetivo prioritario. Era un discurso grato para el Pentágono, pero también para muchos norteamericanos que vivían su propia situación, basada en la inflación y en la desocupación, como la decadencia de la Nación. Nuevamente, las aspiraciones al ascenso social y económico fueron reemplazadas por un sistema de símbolos basados en la grandeza de la nación: para ser una gran potencia era necesario recuperar el liderazgo internacional.

Este renovado nacionalismo se combinó con el viejo anticomunismo que nutría a la Guerra Fría. De este modo, durante la primera presidencia de Reagan, se justificó la formación de la mayor fuerza militar que haya visto el mundo. Se instalaron nuevas bases militares y construyeron nuevos y sofisticados armamentos; se continuaron proyectos como la construcción de los Trident, una nueva generación de submarinos nucleares armados con misiles intercontinentales, y se iniciaron otros nuevos: el desarrollo de nuevos sistemas de misiles, despliegue de armas químicas y la experimentación de la bomba neutrónica. En síntesis, se aspiraba a utilizar el poderío militar para compensar la pérdida de poder en el campo económico.

 Ver Anexo 5.5: Los conflictos en Medio Oriente.

El crecimiento y sofisticación de los nuevos armamentos generó oposición entre los grupos pacifistas y ecologistas que temían por la destrucción del mundo. y que llamaron a este sistema “Destrucción Mutua Asegurada”, cuya sigla en inglés es MAD (loco). Dentro de los planes militares del reaganismo, el que mayor oposición provocó fue la llamada “guerra de las galaxias”. Hasta ese momento, la guerra fría había tenido límites geográficos, pero con el reaganismo se aspiró a liberarse de esos límites para ganar el espacio. El objetivo era la militarización espacial. El mismo Reagan en marzo de 1983, comunicó por televisión a atónitos espectadores, este proyecto que según él estaba destinado a cambiar el curso de la humanidad. El proyecto -llamado oficialmente Iniciativa de Defensa Estratégica- consistía en establecer una especie de “paraguas” defensivo de armas espaciales que destruirían a los misiles intercontinentales soviéticos antes que tocaran el suelo norteamericano. Este proyecto, que también suponía una revolución industrial sin precedentes, desencadenó una serie de debates sobre la legitimidad moral de militarizar el espacio y sobre su factibilidad, tanto en términos económicos (sus costos iban a ser desorbitantes) como tecnológicos (nadie estaba seguro de que la teoría era practicable).

El reaganismo también se apoyó en una decidida política cultural que permitió el avance de los sectores más conservadores. Nuevamente se rescataron los viejos valores puritanos, considerados fundacionales de la sociedad norteamericana, y se persiguió a todo aquello que amenazara el “espíritu americano” expresado en el fe en Dios, la moralidad y el esfuerzo individual. Se configuraba así un discurso que si bien apelaba a la ética era fundamentalmente un discurso nacionalista: lo positivo equivalía a lo americano. Estas concepciones coincidían con las de distintos grupos que desde comienzos de la década de 1980 habían conocido una marcha ascendente. La coalición “por la familia y los valores tradicionales” estaba formada por grupos ultraconservadores que desde 1974 integraban la Nueva Derecha. Desde 1977, aparecieron aliados con grupos Pro-Vida, en acciones contra la legislación contra el aborto y, desde 1977, con las iglesias fundamentalistas, a favor de la enseñanza religiosa y el rezo obligatorio en las escuelas. Y la acción de estos sectores permitió generar una cultura populista conservadora que sustentó las políticas de Reagan.

El conservadurismo se expresó en la educación. En 1981, en California hubo una nueva ofensiva contra la enseñanza del evolucionismo en las escuelas elementales y medias. Pero también se expresó en la enseñanza superior y en publicaciones especializadas donde se atacaron las tendencias intelectuales consideradas responsables de debilitar los valores nacionales. Se combatieron las influencias liberales y se procuró que las Universidades dejaran de ser ámbitos de pensamiento libre y crítico y se fijaran como objetivo adiestrar profesionales con una marcada orientación pragmática y, sobre todo, infundir valores. Pero el conservadurismo también alcanzó los medios masivos de comunicación, con una importancia fundamental para la constitución de ese nuevo populismo conservador. Grupos religiosos y conservadores controlaron emisoras de radios y la difusión de los canales a “cable” les permitió acceder a la televisión hasta entonces controlada por las grandes redes comerciales. Desde allí se destacaron temáticas como la revisión de la Guerra de Vietnam, para rechazar lo que se consideraban las desviaciones liberales. En esta línea, también contribuyó la cinematografía a

través de *films* como la serie de *Rambo*, cuyo protagonista reinicia individualmente una guerra que no considera terminada. Pero tal vez fue la serie de *films* de *Rocky* -también interpretada por el popular actor Sylvester Stallone, la que mejor expresó la política cultural reaganiana: son la historia del éxito del héroe mítico que afirma los valores tradicionales y la identidad estadounidense.

Pero los modelos culturales no brindaban soluciones a algunos de los más graves problemas que aquejaban a la sociedad de los Estados Unidos. Uno de los fenómenos más visibles era el auge de la delincuencia juvenil en las grandes ciudades, como New York. Allí se concentraban casi doscientas bandas que reunían a más de 6.000 miembros. Todos ellos tenían características semejantes: eran negros o hispanoparlantes, habían pasado la mayor parte de sus vidas en los barrios más pobres, habían dejado la escuela a edad temprana, habían trabajado sólo ocasionalmente y tenían muy poco futuro dentro de la sociedad. En un medio basado en la exaltación del individualismo, la banda era lo único que proporcionaba la sensación de seguridad y pertenencia. En síntesis, surgía una nueva clase de pobres, más jóvenes y menos educados, marginada por una sociedad que no les daba cabida.

A mediados de la década del ochenta, la política de la Guerra Fría parecía mostrar signos de cambio. En medio de la expectativa internacional, se realizó la “cumbre” entre Ronald Reagan y Mikhail Gorbachov, líder de la Unión Soviética, en Ginebra en noviembre de 1985. La reunión, celebrada en medio de las mayores medidas de seguridad, había despertado resquemores en los Estados Unidos. Mientras el Pentágono daba a conocer un informe donde se formulaban implícitos interrogantes sobre la oportunidad de llegar a nuevos acuerdos con Moscú, el *Washington Post* anunciaba el temor de algunas empresas comprometidas con los planes armamentistas de una reducción de armamentos antes de que algunas piezas entraran en la fase remunerativa de la producción. El temor radicaba tanto en que el mentado “encanto personal” del líder soviético debilitara la inflexibilidad de Reagan, como que el anciano presidente -enfermo y sin posibilidad de reelección- decidiese pasar a la historia por su acción en favor de la paz. Sin embargo, nada de esto pasó: todo se redujo a una declaración mutua de buena voluntad y a la promesa de reuniones anuales. En rigor, la reunión demostraba los cambios que se estaban registrando en la URSS.

5.2.3. La evolución del socialismo “real”

Las transformaciones de la Unión Soviética

La Guerra Fría permitió que el férreo dominio que Stalin ejercía sobre Europa del Este se endureciera aún más. Siguiendo los principios que marcaba lo que se llamó el “centralismo democrático” se habían impuesto constituciones -que situaban el poder en el Politburó- y economías planificadas de corte soviético en Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Alemania Oriental, Albania y Bulgaria. Además, para completar las reformas (1948), se declaró abolida la propiedad privada y el Estado se hizo cargo de los medios de producción como representante de la clase obrera. En síntesis, el “centralismo democrático” concentraba, además del poder político, el económico, en manos del Estado, en una fusión que subrayaba la autoridad incuestionable del Par-



Film recomendado:
Rocky IV (1985), dirigida e interpretada por Sylvester Stallone.
Ver cita cinematográfica 5.24. sobre esta película.

tido Comunista. De este modo, entre 1948 y 1953, la “estalinización” que había caracterizado a la Unión Soviética también se transformó en la característica dominante del mundo socialista.



HOBBSAWM, ERIC (1995), Capítulo XIII: “El socialismo “real”, en: *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Barcelona, Crítica, pp. 372-399.

Tras la muerte de Stalin (1953), comenzó a afirmarse el liderazgo de Nikita Krushev. Su prestigio se fundamentaba en su fama de reformista, pero se consolidó en el inicio de la “desestalinización”. En efecto, en 1956, en el Vigésimo Congreso del Partido Comunista, Krushev lanzó un duro ataque contra las políticas de Stalin, donde condenó tanto los métodos empleados como el “culto a la personalidad”. Indudablemente, Krushev estaba motivado por el deseo de sacudir a la pesada burocracia soviética y generar el clima necesario destinado a promover un plan de reformas. En efecto, tras el rápido crecimiento económico de la URSS, surgía el fantasma del estancamiento. Era necesario además tomar medidas que mejoraran el nivel de vida de la población. De allí, la importancia de introducir modificaciones en el sistema económico.

Bajo la administración de Krushev, se mantuvo la autoridad del Politburó sobre las repúblicas soviéticas, pero se intentó iniciar un debate político y público sobre las reformas económicas. Para ello se crearon entonces asambleas locales y regionales, al mismo tiempo que se promovía el cultivo de nuevas tierras, la modernización de la agricultura y se modificaban los objetivos de la producción industrial: si bien se mantuvo el dominio de la industria pesada, también se intensificó la producción de bienes de consumo. Sin embargo, ya en 1960 se advertían los límites de las medidas tomadas. Y el estancamiento de la economía sumado a la “crisis de los misiles” (1962) llevaron a un debilitamiento de la autoridad de Krushev que fue destituido en 1964.

Después del nombramiento de Bresnev, hasta las más tímidas reformas fueron rechazadas a favor del mantenimiento del *statu quo*. De este modo, durante su gobierno no hubo cambios drásticos sino una lenta, constante e inexorable caída hacia el estancamiento. El único cambio lo constituyó la intensificación del peso de las fuerzas armadas en la vida soviética. En efecto, el aumento de la autoridad y de los recursos a disposición de las fuerzas armadas reforzaron el papel de la Unión Soviética en el campo de la política internacional. Pero los problemas de la agricultura y la industria continuaron sin resolver. En rigor, la acumulación de arsenal soviético sólo sirvió para acentuar el desequilibrio crónico entre la producción de la industria pesada y la producción de bienes de consumo.

Desde la “perestroika” a la caída de la URSS

Hacia finales de la era Bresnev, y de sus sucesores, el estancamiento era la principal amenaza que cernía sobre la URSS. Dentro de este panorama, en 1985, el liberazgo caía en Mikhail Gorbachov -de la llamada “nueva generación”- quien era designado Secretario del Partido Comunista.



VEIGA, FRANCISCO, DA CAL, ENRIQUE Y DUARTE, ANGEL (1997), V Parte: "El miedo relegado", en: *La paz simulada. Una historia de la Guerra Fría*, Madrid, Alianza, pp. 305-371.

Gorbachov, de 53 años, era un hombre relativamente joven para los parámetros políticos soviéticos y pronto mostró además una nueva actitud ante los problemas que se debían enfrentar. En primer lugar, mostró una posición más abierta hacia los intelectuales permitiéndoles expresarse en los medios de comunicación; pero además encargó informes científicos para conocer la real situación de la URSS. Y dichos informes, que mostraban sin ocultamientos la desastrosa situación económica y social soviética, fueron la base de las políticas reformistas. Indudablemente Gorbachov no actuaba solo sino que junto a él trabajaba un equipo dispuesto a asumir tanto las críticas pasadas como presentes. Tal vez ignoraban que esto llevaría al cuestionamiento global de la realidad soviética.

En 1986, Gorbachov inauguró el nuevo estilo. En el XXVII Congreso del Partido Comunista planteó abiertamente la necesidad de la "transparencia" (*glanost*) como premisa básica para la "reconstrucción" (*perestroika*) de la URSS. Y ambos términos pronto se transformaron en los principios de las reformas impulsadas por el gobierno. Poco después, el accidente nuclear de Chernobil, en Ucrania (abril de 1986), cuyos efectos equivalieron a los de una guerra nuclear limitada, aceleró la toma de medidas. Chernobil demostraba el deterioro de la economía y de la tecnología soviética, pero también la información brindada era demostrativa de la *glanost*.

Para dinamizar la economía se introdujeron medidas destinadas a fomentar la creación de sistema de autogestión que ponía fin a la planificación centralizada y que permitió la formación, entre 1987 y 1988, de numerosas empresas cooperativas semiprivadas. Sin embargo, las intenciones de hacer más rentable a la economía exigían atenuar una carrera armamentista que consumía la mayor parte del presupuesto estatal. Y ese fue el objetivo que, ya a fines de 1985, impulsó a Gorbachov a reunirse con Reagan en la Cumbre de Ginebra. En esta línea, en 1987, se firmaban con los Estados Unidos tratados destinados a suprimir los misiles de alcance intermedio.

Las intenciones de desarme contribuyeron a consolidar el prestigio internacional de Gorbachov y a otorgar credibilidad a su propuesta de *perestroika*. Pero la Unión Soviética daría aún pasos más espectaculares que los tratados con Estados Unidos. En abril de 1988 se anunciaba el retiro de las tropas de Afganistán -considerado el Vietnam soviético- y, en diciembre de ese mismo año, Gorbachov comunicaba en la Asamblea de las Naciones Unidas el retiro de un importante contingente de fuerzas militares de los países de Europa oriental: a comienzos de 1989, retornaban a la Unión Soviética desde las bases de los países satélites 240.000 soldados y 10.000 carros de combate. Indudablemente se trataban de pasos destinados a reducir el presupuesto militar, con el objetivo de rentabilizar el sistema soviético; sin embargo, sus efectos serían insospechados.

Con respecto a los países del Este, el objetivo que se planteaba era también dinamizar sus economías, liberalizando las trabas para generar mayor producción de bienes de consumo e iniciar libres contactos con las economías occidentales. De esta manera, desde la perspectiva soviética, los países de Este dejarían de cumplir el papel de barreras defensivas -inú-

tiles además en la era de los misiles intercontinentales- para transformarse en el nexo con Occidente, sus inversiones y sus capacidades tecnológicas. Sin embargo, no pudo calcularse el impacto emocional que significó el retiro de las tropas. En Polonia, por ejemplo, en las elecciones parlamentarias de 1989, triunfaban los candidatos del sindicato católico -religión que definía a la identidad polaca- *Solidarnosc* (Solidaridad) en una clara muestra de afirmación de autonomía frente a la Unión Soviética. En Hungría, también se comenzó a desmontar el sistema buscando el camino hacia el pluralismo político. Pero el efecto más importante de la liberalización húngara fue la apertura de la frontera con Austria: desde allí comenzó a afluir una oleada de alemanes del Este deseosos de alcanzar la República Federal alemana.

Este aperturismo también influyó en la misma Alemania Oriental e importantes y tumultuosas manifestaciones comenzaron a exigirlo en varias ciudades. Tras varias incertidumbres -Moscú desaconsejaba rotundamente la represión- y un recambio de autoridades, la noticia de que se otorgarían pases de salida hacia la zona occidental de Alemania (9 de noviembre de 1989) lanzó en Berlín a la multitud contra el Muro, mientras la guardia fronteriza quedaba desbordada. La caída del Muro de Berlín se transformó en un disparador. Al día siguiente, en Bulgaria, un golpe palaciego derribaba al viejo líder Zhivkov; en Praga, la multitud en la calle hacía caer sin violencia al régimen comunista; el 17 de diciembre, se iniciaba la insurrección en Rumania.

El mundo occidental estaba eufórico. Gorbachov había demostrado sobradamente su espíritu conciliador. Eliminado el bloque oriental, abierta la vía para la reunificación de Alemania (que se consumó el 3 de octubre de 1990), la Guerra Fría llegaba a su fin. Francis Fukuyama podía anunciar “el fin de la Historia” al haberse quedado Occidente sin oponentes ideológicos. En síntesis, 1990 traía la confirmación de lo que pasó a llamarse el Nuevo Orden Internacional. Sin embargo, no todo el optimismo estaba justificado. En primer lugar, surgían conflictos en tableros hasta entonces secundarios, como lo fue la Guerra del Golfo. Pero también el Nuevo Orden, con su magnitud planetaria, no parecía impresionar a los pequeños nacionalismos de objetivos limitados: en 1991, el mundo se paralizaba ante el estallido de la guerra entre Eslovenia y Croacia.

También los conflictos comenzaron a sacudir a la Unión Soviética. Las medidas económicas no habían dado los resultados previstos. Los afanes capitalistas chocaban contra la mentalidad de muchos ciudadanos acostumbrados a pensar en contra de ellos durante la mayor parte del siglo. La desaparición de la planificación centralizada no había dado paso a la formación de un mercado libre, sólo había dejado a la economía soviética descabezada. Las huelgas proliferaban sin que nadie fuese capaz de controlarlas. El mercado negro crecía sin control y con él crecían las “mafias.” Pero el aligeramiento de los controles también había permitido surgir desde un auge de los nacionalismos.

En efecto, a lo largo de 1988, los nacionalismos se afianzaron en los puntos más conflictivos de la Unión Soviética, mientras Gorbachov caía en la contradicción de reconocer el derecho a la soberanía de los estados del Este, mientras lo negaba a las repúblicas que constituían la Unión Soviética. Pero esto no hubiera pasado a mayores sin las tensiones que atravesaban a Moscú. Ya a comienzos de 1990, Gorbachov se encontraba encajonado entre dos tendencias diferentes. Por un lado, un sector más conservador aspi-

Ver Anexo 5.5: Los conflictos de Medio Oriente.



raba a hacer más lentos los cambios de la *perestroika*, y no faltaban además quienes proponían el retorno a la antigua ortodoxia. Por otro lado, un grupo, muy difuso en sus límites, propiciaba la aceleración de las reformas, e incluso al abandono total del comunismo. Dentro de estos últimos, la cabeza visible era la de Boris Yeltsin.

El auge de los separatismos brindó a Yeltsin la oportunidad de actuar. Habiendo sido electo presidente de la República Soviética Federativa Rusa - la mayor de la URSS- en mayo de 1990, tomó una serie de desafiantes medidas: declaró la supremacía de las leyes rusas sobre las soviéticas, proclamó la autonomía de Rusia y finalmente abandonó el Partido Comunista. Desde allí, comenzó a presionar para el abandono definitivo del sistema soviético y para una rápida transición a la economía de mercado, algo a lo que nunca Gorbachov había estado dispuesto. La crisis política se sumaba a la inflación, a la corrupción y a un estancamiento general de la economía, mientras que las privaciones que pasaba la población agudizaban el descontento. Pero el descontento mayor era el que atravesaba a las fuerzas armadas, privadas del protagonismo anterior, con un presupuesto disminuido y con una tecnología cada vez más obsoleta. La retirada de Afganistán, la incapacidad de controlar los brotes nacionalistas, el abandono de las defensas en los países del Este habían sido golpes difíciles de asimilar. Más aún, la “hazaña” del joven alemán Mathias Rust aterrizando impunemente en la Plaza Roja -y violando el sector más vital del espacio aéreo soviético- constituía una humillación que los enfrentaba con su incapacidad para la defensa.

En agosto de 1991 se intentó un golpe contra Gorbachov de objetivos poco claros. Lo único que permitió el golpe fue la consolidación de la figura de Yeltsin que logró erigirse como líder “carismático” antigolpista. Pero el liderazgo de Gorbachov, ya muy deteriorado frente a la opinión pública, sobreviviría sólo unos meses, mientras que el proceso de fragmentación se hacía incontenible. En esa coyuntura, Yeltsin -que había llegado a declarar la ilegalidad del Partido Comunista en Rusia- firmaba con los líderes de Ucrania y de Bielorrusia un tratado por el que se comprometían a crear una Comunidad de Estados Independientes. El 25 de diciembre, Gorbachov presentaba su renuncia; se arrió la bandera roja del Kremlin y se izó la rusa: la Unión Soviética había dejado de existir. Con ella, poco después terminaba también, el siglo XX. Pero son muchos los interrogantes que quedan abiertos.



5.25. Sarajevo en 1994, es decir, ochenta años después del inicio de la Guerra Mundial.

5.3. Anexo: De los Frentes Populares a la Guerra Civil española

Mientras en países como Italia y Alemania se asistía a la consolidación del fascismo, en otros como, en Francia y en España, se registraba un ascenso de la izquierda que complejizaba el panorama político europeo.

5.3.1. El caso francés

La situación económica en Francia también había entrado en crisis después de 1930, con la consiguiente caída de la producción de los salarios, aunque la desocupación no alcanzó los niveles de Alemania. También en Francia comenzaron a actuar grupos de derecha, de orientación fascista, como la Cruz

de Fuego (1927) y Solidaridad Francesa (1932). Este último estaba constituido por los “camisas azules”, un grupo paramilitar que se preparaba para un golpe de Estado y producía enfrentamientos con sindicalistas y grupos de izquierda. Y ambos estaban financiados, entre otros, por el perfumista francés Francois Coty.

A partir de 1934, estos grupos provocaron una serie de graves desórdenes. A fines 1933, se habían descubierto las actividades de un financista, Stavinky, acusado de fraude al Estado. Varios diputados aparecieron además comprometidos con la estafa. Fueron acusados de corrupción, lo que provocó, en enero de 1934, una gran concentración fascista frente a la Cámara de Diputados exigiendo la disolución del parlamento. Hubo enfrentamientos que culminaron con cerca de 20 muertos y más de 1000 heridos.

Lo ocurrido en enero de 1934, recordó a muchos franceses la toma de Roma por parte de Mussolini. Para prevenir la situación se organizó una gran coalición de partidos de izquierda, el llamado *Frente Popular*, impulsada por comunistas e integrada por radicales y socialistas. Esta coalición ganó las elecciones en 1936 y llevó al gobierno al socialista León Blum, que integró su gobierno con miembros de la coalición. Sin embargo, la suerte del Frente Popular fue efímera. El temor al fascismo había favorecido su triunfo, pero las medidas sociales que comenzó a tomar Blum (aumentos salariales, establecimiento de la semana laboral de 40 horas, vacaciones pagas, etc.) generó el temor ante el ascenso de la izquierda entre amplios sectores de la clase media. Por otra parte, la drástica división de la sociedad francesa en izquierdas y derechas inconciliables hizo pensar a muchos que Francia se encontraba al borde de una guerra civil semejante a la que estaba asolando a España durante esos mismos años.

A fines de 1937, Blum (que era hostilizado además por la prensa de derecha por su origen judío) renunció a la presidencia y fue reemplazado por un radical, Daladier, que para calmar la situación interna intentó anular algunas de las medidas sociales, sin conformar a nadie y sin poder anular las críticas que venían tanto de la derecha como de socialistas y comunistas. Estos agudos conflictos internos permiten explicar, en parte, la facilidad con que Alemania pudo ocupar gran parte de Francia una vez declarada la guerra. Mientras comunistas, socialistas y radicales enfrentados entre sí observaron impotentes la ocupación nazi, la derecha le dio la bienvenida esperando que los alemanes pusiesen finalmente en orden la situación francesa.

5.3.2. El caso español

Desde su instauración en 1931, la república española se había visto sacudida por conflictos sociales y por la lucha política entre la derecha y la izquierda. Dentro de ese clima, se había organizado un Frente Popular -sindicalistas, socialistas y comunistas- que ganaron las elecciones para diputados a comienzos de 1936. Ante el ascenso de la izquierda, en julio de 1936, se produjo la sublevación militar encabezada por el general Francisco Franco. El golpe militar fracasó en su intento de tomar el gobierno, pero desencadenó una guerra civil que se prolongó hasta 1939.

La guerra civil española fue una guerra entre distintos grupos políticos: por un lado republicanos, socialistas, anarquistas y comunistas; por otro lado, los “nacionales”, es decir, monárquicos y la derecha junto con un grupo,

la Falange, de clara orientación fascista. Además la Iglesia católica apoyaba a los nacionales mientras consideraba la guerra como una nueva “cruzada”. Pero la guerra fue también un conflicto regional: autonomistas catalanes y vascos apoyaban a los republicanos, mientras que los nacionales eran apoyados por el oeste y el sur (Galicia y Andalucía).

Si bien esta era una guerra civil, pronto cobró una dimensión internacional. Alemania e Italia apoyaban y enviaban su ayuda a los nacionales, como lo demostró el célebre episodio de Guernica; mientras que los republicanos recibían la ayuda de la Unión Soviética. Incluso los partidos comunistas organizaron en distintos países las llamadas “Brigadas Internacionales”, que fueron a la guerra en apoyo republicano. Sin embargo, la ayuda que recibieron estos últimos fue más débil que la recibida por los nacionales, ya que Gran Bretaña mantuvo su neutralidad y la agitada Francia que gobernaba León Blum poco apoyo pudo brindarles.

De esta manera, en marzo de 1937, Franco completó la conquista de las provincias vascas del norte y, a comienzos de 1938, lograba aislar al ejército republicano de Cataluña de la comunicación con Madrid que terminó capitulando tras un asedio de 29 meses, en marzo de 1939. De esta manera en España, el generalísimo Franco se hizo cargo del gobierno, asumiendo el título de Caudillo de España por la Gracia de Dios e iniciando una larga dictadura que duró hasta su muerte en la década de 1970.

5.4. Anexo. El otro comunismo: la revolución china

Si bien la constitución del bloque socialista había girado alrededor de la Unión Soviética, poco después de acabada la guerra mundial, en 1947 se consolidó otro proceso que constituyó a China como un país comunista, al mismo tiempo que generó un nuevo modelo tanto revolucionario como de concepción del comunismo.

Desde mediados del siglo XIX, el imperio chino había quedado abierto al comercio y a las inversiones de los países imperialistas occidentales. El impacto de Occidente sobre la estructura económica y social de China había generado la existencia de dos mundos yuxtapuestos: una economía “moderna” ubicada en los puertos de exportación y en algunas ciudades vinculadas al comercio (Shangai, Cantón, Tientsin) y una economía “tradicional”, rural y ampliamente autosuficiente, localizada en el interior. El sector “moderno” estaba constituido por un área de inversiones extranjeras, con mayor interés en el comercio que en la industria. La mayor parte de las inversiones se daban en bancos y en transporte marítimo. Incluso dentro de la industria, el interés estaba puesto más en las manufacturas de consumo inmediato (textiles, cigarrillos) que en la industria pesada. Además, esta economía se caracterizaba por su dualidad (empresas autóctonas coexistían con empresas extranjeras) y por bajas tarifas, impuestas por los tratados comerciales que frenaban el desarrollo nacional.

A este sector se encontraba ligada una incipiente burguesía, que a medida que advertía las desventajas de la competencia imperialista, descubría el nacionalismo. También se encontraba un embrionario proletariado, generalmente recién emigrados del campo, sumergido en miserables condiciones de vida: hacinamiento, bajos salarios, mano de obra infantil y femenina, extensas jornadas de trabajo, severas reglamentaciones, etc. Dentro de esos gru-

pos, el actor dinamizante fueron intelectuales y estudiantes que organizaron ideológicamente los principios del nacionalismo para como base de la lucha contra el orden establecido. Incluso, ya desde la década de 1920, muchos de estos grupos intelectuales fueron influenciados por las ideas del marxismo, intentando encontrar el método para transformar a la sociedad china.

La presencia de una burguesía y de un proletariado incipientes no ejercía un peso relevante en la estructura de la sociedad china que seguía siendo fundamentalmente una sociedad campesina. El campesinado chino vivía en condiciones que apenas superaban el límite de la subsistencia. En parte, el bajo nivel de vida se debía a la explotación que los sometían los *ti-chu* (terratenientes); pero en gran parte se debía también a problemas estructurales: el peso de la demografía y el retraso de la economía rural. Los demógrafos ignoran los motivos que llevaron a que la población china subiese de 400 millones en 1850 a 500 millones en 1930 y a 700 millones en 1965. Hay explicaciones parciales sobre la difusión de cultivos como el arroz y el trigo que dieron la base para un *boom* demográfico que constituyó a su vez la base de una reproducción que sigue los patrones de los países subdesarrollados. Pero la cuestión está muy lejos de haber quedado completamente resuelta.

Una tierra excesivamente parcelada llevó a que la agricultura china fuese prácticamente un trabajo de jardinería. A esto se agregaban herramientas primitivas, falta de capitales y abonos, dificultades para sistemas de drenaje y de irrigación (por la excesiva parcelación) y prácticas culturales profundamente arraigadas. Entre estas prácticas culturales, el culto a los antepasados llenaba de tumbas las tierras familiares, quitándolas para el cultivo. Sobre estos campesinos también caía un formidable sistema impositivo, que les quitaba la mitad de la cosecha, cada vez que el gobierno local necesitaba recursos extraordinarios. Se cobraban además sobretasas, que quedaron después establecidas en forma permanente, para la construcción de obras públicas o para la represión del bandolerismo, que era otra de las plagas del campo. Era bastante usual que las familias campesinas debieran recurrir a préstamos de los usureros y la imposibilidad de cumplir con los pagos era una de las causas más frecuentes de la proletarización. Los usureros del pueblo y los recaudadores de impuestos solían pertenecer a una aristocracia rural (*ti-chu*) que vivía de rentas y monopolizaba el comercio de granos. Era además la clase de los letrados (la mayoría campesina era analfabeta), por lo tanto detentaban el prestigio intelectual, y controlaban el poder político de la región.

La presión de los países imperialistas sobre China puso en evidencia la debilidad de la dinastía de origen manchú (que para muchos chinos continuaba siendo vista como una dinastía extranjera). De esta manera, el último cuarto del siglo XIX estuvo jalonado por formación de sociedades secretas y una serie de disturbios. Incluso las tentativas de modernización económica que -por presión de los países occidentales- intentaba hacer el gobierno imperial chino conoció el enfrentamiento generado por los Boxer, una sociedad secreta que provocó un grave enfrentamiento con base en el tradicionalismo religioso, en la destrucción de las máquinas y la expulsión de los extranjeros. Si bien la guerra de los Boxers (1899-1901) terminó con el aniquilamiento de éstos, la lucha civil había quedado enquistada. Los conflictos se sucedieron hasta que en 1911 finalmente una revolución acabó con el imperio chino y estableció la república.

El primer período de la república se extendió desde 1912 a 1927. Su principal característica fue la anarquía reinante. Las instituciones democráticas y liberales que los intelectuales nacionalistas chinos habían aspirado a imponer resultaban completamente extrañas a la tradición y a la clase política china. Además la opinión pública era algo absolutamente inexistente y lo que contaba efectivamente en política era el apoyo financiero de las potencias imperialistas y la actitud de los gobernadores de provincia y de los generales del ejército. Además, después del caos que siguió a la caída del imperio, aparecieron nuevas figuras en el interior de China que fueron generando un poder basado en el personalismo. Eran los llamados “señores de la guerra”, que intentaron afirmar su dominio combatiendo entre sí.

Sin embargo, en este período se encuentra también la génesis de la revolución china. Una fecha importante fue el 4 de mayo de 1919, el día del levantamiento de los estudiantes de Pekín. Esta rebelión de los estudiantes tuvo como motivo las concesiones que China efectuó frente a Japón (reconocimiento de derechos sobre la provincia de Santung). En este sentido, fue una reacción del nacionalismo chino que además se extendió a otros centros urbanos (de Pekín a Shangai, Cantón y otras grandes ciudades) y a otros grupos sociales. Hubo, por ejemplo, huelgas de comerciantes, que reforzaron las manifestaciones estudiantiles. Pero el movimiento también incluyó la renovación intelectual: los estudiantes comenzaron a impugnar el sistema ideológico sobre el que descansaba toda la estructura social china, el *confucionismo*. Atacaron las prácticas y los valores tradicionales las jerarquías sociales, la obediencia y la sumisión del súbdito al soberano, del hijo al padre y de la mujer al marido; el respeto a los ancianos, la sumisión a códigos y ritos, el conformismo, los matrimonios concertados, la práctica de los pies vendados en las mujeres, etc. Pero además sostenían un proyecto de reforma que desde la perspectiva del confucionismo era considerado herético: propusieron que los publicistas y literatos abandonaran el uso de la lengua clásica (*wen-yen*) comprendida sólo por una minoría y emplearan para escribir la lengua vulgar (*pai-hai*) empleada por la mayoría. Esto significaba un golpe para las minorías letradas, en particular para el grupo de la burocracia estatal, los *mandarines*, que con la escritura controlaban un instrumento de dominación.

El problema estribaba en cómo conciliar estas demandas, de qué manera un movimiento nacionalista podía atacar los fundamentos culturales chinos. En rigor, las demandas no eran contradictorias: se aspiraba construir la nación barriendo con los obstáculos culturales que impedían que China se integrase en un mundo caracterizado por los avances de la tecnología y la competencia. En síntesis, se consolidaba un nacionalismo moderno. A partir de estos principios se formó el Partido Nacionalista, el *Kuomintang*, que en 1922 se aliaba con el recién fundado Partido Comunista chino, muy débil numéricamente, pero integrado por un sólido núcleo de intelectuales.

En 1924, comenzó la organización de un Ejército Revolucionario (integrado por comunistas y nacionalistas) que quedó al mando del dirigente del *Kuomintang*, Chiang Kai Chek. La campaña que desarrolló el ejército con el objetivo de unificar China, permitió tomar Shanghai y Nankín y controlar las regiones centrales y meridionales del país. Pero la expedición hacia el Norte se detuvo durante más de un año: comunistas y nacionalistas estaban demasiado ocupados con sus propias diferencias como para continuar la lucha contra los “señores de la guerra”. En abril de 1927, Chiang Kai Chek -que

aspiraba a la unificación pero no a la revolución social- se volvió contra los comunistas a quienes masacró según los procedimientos descritos por André Malraux en *La Condición Humana*. Esto no impidió que la era de los “señores de la guerra” quedara cerrada: en 1928, tras nuevas conquistas y nuevas alianzas, el conjunto de China reconocía al nuevo gobierno al mando de Chiang Kai Chek -que reestableció el confucianismo y una ideología impregnada de muchos de los principios del fascismo- con sede en Nankin.

Sin embargo, los comunistas no abandonaron la lucha. Los levantamientos se dieron en el campo y estuvieron dirigidos por el hijo de un campesino, Mao Tse-Tung. Pudieron instalarse en la provincia de Kiang Si, en donde comenzaron a repartir tierras entre los campesinos y, en 1931, establecieron la República Soviética China. Si bien habían podido resistir varios ataques de las fuerzas de Chiang Kai Chek, un último ataque (1934), reforzado por el asesoramiento técnico y armamento alemanes, derrotó al Ejército Rojo. Para escapar del aniquilamiento, los comunistas comenzaron a evacuar el terreno, iniciando la Larga Marcha (1934 a 1935) que les permitió ubicarse en el norte del país.

La invasión japonesa en 1937 cambió la situación de los comunistas. No sólo los comunistas se mostraron como celosos defensores de la integridad nacional, sino que desde el bando nacionalista primaba la opinión de que no se podían dispersar las fuerzas, sino que era necesario formar un frente común. La participación en la guerra chino-japonesa -que se confundió a partir de 1939 con la Guerra Mundial- permitió a los comunistas consolidar su posición frente a los campesinos como campeones de la resistencia frente a los invasores. De este modo, cuando terminó la guerra, en 1945, habían logrado un poder que les era muy difícil de negar. Sin embargo, Chiang Kai Chek no aceptó organizar un gobierno de coalición y la guerra civil recommenzó en 1946, ya en el marco de la incipiente Guerra Fría: el bando nacionalista con apoyo de los Estados Unidos y el bando comunista con apoyo de la Unión Soviética. Sin embargo, la superioridad del Ejército Rojo no puede medirse en términos exclusivamente militares. La lucha fue indisoluble de la reforma agraria: significaba para los campesinos liberarse del poder de terratenientes y recibir una parcela de tierra. Dicho de otra manera, los comunistas habían logrado movilizar a la masa campesina, sentando las bases de la táctica del maoísmo: asentamiento de bases revolucionarias rurales y toma militar del poder. De este modo, se logró tomar la ciudad de Pekin donde, en octubre de 1949, se estableció la República Popular China. Por su parte, Chiang Kai Chek se retiró a la isla de Taiwan, donde estableció como contrapartida, la República Nacionalista China.

La construcción del socialismo en China tuvo que salvar dos obstáculos: la presión demográfica y el atraso económico. Los primeros años (1949-1953) tuvieron como objetivo la reconstrucción económica del país devastado por la guerra (era necesario reconstruir las vías férreas, por ejemplo) pero también el adoctrinamiento y el encuadramiento ideológico de la población. Hubo juicios en masa y ejecuciones de los “contrarrevolucionarios”, y pronto empezaron también las depuraciones dentro del propio partido en el marco de la lucha contra la corrupción, el burocratismo y el despilfarro. Pero la coacción fue combinada también con lo que se llamó la “reforma del pensamiento”, una tarea de adoctrinamiento, destinada a que la gente rompiera los lazos emocionales con la vieja sociedad. Y esto era necesario no sólo para introducir el socialismo sino también nuevas formas de vida. El tradicionalismo era muy fuerte en China y algunas medidas que

se habían tomado como la prohibición de los matrimonios de niños u organizados por los padres, y del concubinato y la bigamia eran medidas que encontraban grandes resistencias sociales.

El segundo período (1953-1957) coincidió con el Primer Plan Quinquenal que se planteó como objetivo la colectivización y la industrialización. El objetivo era, indudablemente, la construcción de una industria de base que garantizara el desarrollo económico de China. La colectivización de la tierra era considerada, como lo había sido en el caso de la Unión Soviética, el paso previo a la industrialización. Sin embargo, el ejemplo de la URSS estuvo presente y la colectivización agrícola se dio en pasos paulatinos. Esta política económica coincidió con la campaña de las “Cien Flores” (“Flores” era la metáfora con que Mao, que además era poeta, se refería a las distintas escuelas de pensamiento). La finalidad fue dar cierta libertad de pensamiento para ganar a intelectuales y profesionales que miraban remisos a la revolución, con el objetivo de ganar colaboración técnica para el desarrollo.

El tercer período fue el llamado “Gran Salto adelante” que abarcó de 1958-1965. El Primer Plan Quinquenal había logrado importantes objetivos de industrialización, pero en lugar de buscar la estabilización de esta etapa, China se lanzó al “Gran Salto” con el objetivo de superar la industrialización de Gran Bretaña. Para ello se propuso encontrar un camino más breve hacia el desarrollo a través de la implementación de las llamadas “comunidades populares”, cada una dedicada a organizar su propia industria y su propia agricultura, al mismo tiempo que cada una funcionaba como unidad administrativa y militar autónoma. Sin embargo esta experiencia no dio los resultados esperados: hubo errores de planificación, faltaron controles de calidad de la producción, las máquinas se deterioraron por el uso intensivo. A esto se sumó el retiro, por fricciones políticas, de la asistencia técnica soviética. En síntesis, el “Gran Salto” terminó en la crisis económica de 1960. Sin embargo, también pareciera que los observadores occidentales exageraron los efectos de la crisis del 60 (en este sentido, también la información que se brindaba formaba parte de la Guerra Fría). En rigor, China pudo reestablecer rápidamente el nivel de su producción industrial, basada en una elaborada tecnología. Hacia 1964, ya controlaba la energía atómica y los datos de 1965 mostraron que había duplicado la producción con respecto a 1957.

Mientras tanto se fueron agudizando los conflictos entre China y la Unión Soviética. Conflictos fronterizos se sumaron a tradiciones culturales diferentes y llevaron a Mao a acusar a los dirigentes de la URSS de “revisionismo”, lo que significaba abandonar los principios de Lenin para aproximarse al occidente capitalista. Los ataques principales se centraron sobre la figura de Krushev, al que un artículo en 1963 -que finalmente signa la ruptura entre los dos países- lo acusa de “pseudocomunismo”. La lucha contra el “revisionismo” y el “pseudocomunismo” también se aplicó para depurar las propias filas del partido comunista chino, sobre todo, de algunos dirigentes que se oponían a la política que Mao estaba implementando en contra de la URSS.

Ante las protestas que generó la “depuración” del partido, Mao tomó una medida extraordinaria: la Revolución Cultural, que se extendió entre 1965 y 1969 y se desarrolló con el apoyo del ejército. Primero se dirigió contra todos aquellos, desde literatos hasta burócratas, que habían disentido con Mao; luego la limpieza se dirigió a las universidades, intelectuales, centros de producción artística controlando toda expresión de pensamiento que se

considera disidente. Por último, bajo el control de las Guardias Rojas, se logró que todas las manifestaciones culturales tuvieran como centro a Mao, construyendo un efectivo culto a su personalidad. Para fortalecer esta orientación se establecieron en todos los puntos del país los “comités revolucionarios” destinados a un control estricto sobre la población.

Esta orientación no impidió que la Revolución China se transformara para muchos en un modelo a seguir, alternativo al modelo que proporcionaba la Unión Soviética. En los sectores marxistas de Occidente, sobre todo entre los jóvenes e intelectuales en los años sesenta y setenta, el maoísmo despertó grandes esperanzas. Se consideraba que era el verdadero camino a la revolución que los burócratas soviéticos habían traicionado. En las Universidades, entre los estudiantes y los profesores más radicalizados se aceptaba con fruición el nuevo comunismo chino con su insistencia en la inevitabilidad de la guerra contra el imperialismo, y el énfasis en la combatividad y creatividad de las masas.

5.5. Anexo: los conflictos de Medio Oriente

5.5.1. La nueva presencia del mundo árabe

Uno de los rasgos de los años setenta, que se prolonga a nuestros días, es la nueva presencia del mundo árabe, basada en una peculiar cultura y una fuerte conciencia religiosa. Muchos de los estados árabes habían estado bajo el dominio occidental, tras la desintegración del imperio otomano después de la Gran Guerra. Ya en 1916, Francia e Inglaterra habían firmado una serie de tratados por los cuales se repartían esas regiones en áreas de influencia. Así por ejemplo, entre otros territorios, Siria y el Líbano, correspondieron a Francia; y Egipto, Irak y la amplia región de Palestina quedó bajo la administración inglesa. Pero a diferencia de la colonización en otras zonas, el occidente cristiano europeo no pudo vencer la fuerza del Islam que continuó siendo la religión y la cultura dominante.

Su posición de proveedores de materias primas y, en algunos casos de petróleo, dejó a la economía de estos países fuertemente subordinada a la economía occidental, al mismo tiempo que la invasión de mercaderías importadas europeas arruinó a las artesanías tradicionales. Con respecto a la explotación de petróleo, el Irak cumplió un papel clave lo mismo que Palestina, en donde, en la región de Haifa, estaba una de las estaciones finales del oleoducto. De allí la importancia estratégica que el control de Irak y de Palestina, y también del Canal de Suez tenía para Inglaterra durante los años de entreguerra.

En 1950 comenzaron a gestarse los movimientos independentistas. Sin embargo, en estos primeros movimientos fue el nacionalismo y la intención de modernizar a estos países lo que guió la conducta de los líderes independentistas: en los años cincuenta las motivaciones culturales y religiosas ocuparon un segundo plano. En este sentido, el punto de partida fue el movimiento encabezado por Nasser a favor de la independencia de Egipto, movimiento que se transformó en un hecho paradigmático para los otros países árabes a lo largo de la década del sesenta.

En los años setenta, en cambio, los movimientos de los países árabes cambiaron sus contenidos, abandonaron el nacionalismo y los planes de

modernización económica, para acentuar los contenidos religiosos y los valores tradicionales de la cultura. Para esto concurrieron varios factores. El peso económico de muchos de estos países radicaba en su riqueza petrolera, con la que incluso pudieron presionar con el control de los precios y la suspensión de ventas al occidente capitalista, generando incluso una importante crisis energética, a comienzos de la década. Esta posibilidad afirmó su sentimiento nacional, pero también creó para muchos nacionalistas un dilema: la modernización y la industrialización implicaban muchas veces perder las viejas pautas culturales e incorporar de forma cada vez más creciente formas de vida y valores occidentales. Y esto produjo como reacción una verdadera “reislamización” de los países árabes.

El ejemplo más tipo de la “reislamización” lo encontramos en el caso de Irán (la antigua Persia). Después de la guerra mundial, Irán había quedado bajo el control indirecto de los Estados Unidos. En 1951 el Frente Nacional, encabezado por el líder nacionalista Mossadeq, triunfó en las elecciones, como primer ministro y logró que el petróleo sea nacionalizado. Ante esto, en 1953, un golpe de estado -en el que se denunció la participación de la CIA, central de inteligencia norteamericana- lo derrocó y otorgó al monarca, el Sha, poderes casi absolutos. Incluso, en 1961, fueron disueltas las cámaras legislativas y en 1967, el Sha y su esposa fueron coronados emperadores del Irán. El gobierno del Sha estaba prácticamente sostenido por los empréstitos y el apoyo militar de los Estados Unidos. A cambio, de esto, el mayor porcentaje de la producción de petróleo pasó ser controlada por empresas estadounidenses.

Pero además de perder de vista los objetivos nacionalistas, el gobierno del Sha, introdujo una serie de medidas de modernización, que le ganaron la oposición de los grupos religiosos más tradicionales. Desde 1962, las mujeres obtuvieron derecho al voto, se les otorgó también la tenencia de sus hijos en caso de divorcio, y hubo planes de alfabetización para los campesinos. Sin embargo, esta modernización no debe engañar con respecto a la naturaleza del gobierno del Sha: una verdadera dictadura unipersonal, sin ningún tipo de mecanismo de participación política y con una gran represión policíaca contra todo intento de oposición política.

Desde 1963 estallaron serios conflictos antigubernamentales en Teherán. Estos descontentos, que se extendieron pese a la represión durante las décadas de 1960 y 1970, fueron canalizados por un líder religioso, que se encontraba en el destierro, el ayatollah Jomeini. Jomeini dirigió, en 1979, una huelga general que hizo a la situación incontrolable. El Sha debió dестerrarse y Jomeini volvió a Irán donde se proclamó la República Islámica. En diciembre de 1979, se establecía entonces una nueva Constitución, cuya fuente de inspiración fue el Corán, y donde volvían a reestablecerse las viejas costumbres culturales y religiosas (las mujeres deben usar chador, se impone la pena de muerte por adulterio, etc.). Jomeini murió en 1989, pero sus sucesores mantuvieron el carácter de esta república religiosa, donde lo secular y lo sagrado aparecían totalmente confundidos.

Pero la revolución iraní fue también un desafío para occidente. Cuando, durante la insurrección, la situación se hizo incontrolable, en noviembre de 1979, un grupo de estudiantes extremistas ocupó la embajada de Estados Unidos en Teherán tomando 53 rehenes. El objetivo declarado era “canjearlos” por el Sha, que enfermo de cáncer se encontraba internado en una clínica de New York. Pero indudablemente era mucho más que un canje: se tra-

taba de desafiar al orden internacional, de humillar a la potencia que establecía el orden en el mundo. Y la humillación se cumplió cuando el presidente Carter ordenó una operación rescate que fracasó estrepitosamente (abril de 1980).

5.5.2. El Estado de Israel y Palestina

La presencia del fundamentalismo islámico donde lo político y lo religioso se confunde, se intensificó por el enclave dentro de mundo árabe de otro estado donde también la organización política se confunde con la religión, que es el Estado de Israel. Después de la primera guerra mundial, Palestina había sido otra de las regiones que habían pasado a control británico. Pero en esa región había comenzado a darse una paulatina inmigración judía, favorecida por el surgimiento del movimiento sionista que aspiraba a la construcción de un estado que se identificara con la nacionalidad judía.

Para constituir un Estado era necesario conseguir territorios, de allí que la adquisición de tierras, la colonización agrícola y el establecimiento de *kibutz*, granjas colectivas, fueron los primeros pasos para el asentamiento. Durante el período nazi la inmigración judía se acrecentó, lo que no dejó de ocasionar una serie de conflictos, porque el territorio que se buscaba habitar estaba ocupado por la población árabe de Palestina. Para mantener la calma interna, los británicos intentaron detener esta inmigración judía, lo que desencadenó una serie de atentados y guerra de guerrillas por parte de organizaciones judías. Ante el conflicto, Gran Bretaña acudió, después de la guerra, ante las Naciones Unidas que propusieron que en el territorio de Palestina se crearan dos Estados, uno árabe y otro judío, pero tanto unos como otros rechazaron la propuesta. Los conflictos armados continuaron hasta que finalmente, los judíos proclamaron el Estado de Israel que fue reconocido internacionalmente en 1949.

Sin embargo, el conflicto original, entre árabes e israelíes parece no encontrar una solución. El Estado de Israel intentó evitar la organización de un estado palestino, formado por árabes, que podría constituirse en un rival de peso. Para esto desarrolló una política de anexión de territorios que impediría la unificación de Palestina. Las guerras árabes-israelíes de 1956, 1967 y 1973 fueron parte de un conflicto que todavía parece no encontrar solución.

5.5.3. La guerra del Golfo

Si bien el resurgimiento del islamismo tuvo como centro Irán, muy pronto se extendió a otros países árabes. Sin embargo, hablar de islamismo no significa hablar de unanimidad religiosa. En parte porque el islamismo está fracturado en dos corrientes religiosas, el *shismo* y el *sunismo*, enfrentadas entre sí muchas veces en forma violenta, además de otros grupos. Pero por otra parte, la unidad en el islamismo no es suficiente para evitar conflictos por intereses nacionales. De este modo, dos países fuertemente islámicos, Irán e Irak se vieron envueltos en una serie de conflictos fronterizos que finalmente desembocaron en la guerra.

Irak era también un centro de producción petrolera donde se jugaban poderosos intereses internacionales. También en la década del cincuenta nos encontramos con un movimiento nacionalista y republicano que culminó con el derrocamiento del rey Faisal y el establecimiento de la república de Irak.

Sin embargo la política de la nueva república fue muy inestable hasta que en 1979, se hizo cargo de la presidencia y de numerosos cargos (en una suerte de “suma” del poder público) el líder militar Saddam Hussein. En septiembre de 1980, un conflicto fronterizo había desencadenado una larga guerra entre Irán e Irak, que finalizó recién en 1988. En esa guerra, Irak había logrado apoderarse de algunos territorios; sin embargo, el saldo no le fue favorable. Irak había quedado con una situación económica muy crítica, con un ejército sobredimensionado, y con numerosos conflictos internos. La población *shiita* se sublevaba contra el régimen *sunita* de Saddam Hussein; mientras que la población de origen kurdo continuaba con sus levantamientos.

En medio de este clima político, Irak invadió el emirato de Kuwait. Kuwait es un pequeño territorio que hacia 1989 contaba con sólo dos millones de habitantes, pero su escaso territorio es compensado por la riqueza petrolera: en 1934, empresas británicas y estadounidenses habían organizado la *Kuwait Oil Company* que transformó al país en el principal productor de petróleo del Medio Oriente. En 1961, si bien los intereses económicos anglobritánicos se mantuvieron, se organizó el primer emirato independiente. Se estableció una monarquía constitucional, aunque en la práctica el poder era detentado por el Emir y un estrecho grupo de familiares y allegados (que son, por otra parte, las familias más ricas del mundo). Desde 1989, comenzaron las tensiones con Irak, por el reclamo que Kuwait hizo sobre la isla de Babián en el Golfo Pérsico. Las tensiones se agudizaron de modo tal que Irak invadió Kuwait y lo anexó en agosto de 1990.

Ante la situación planteada, en 1991, una fuerza internacional integrada por los Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y Arabia Saudita inició las operaciones, que condujeron a la derrota de Irak y al reestablecimiento de la independencia de Kuwait (febrero de 1991). La guerra significó para Kuwait grandes pérdidas materiales que afectaron la producción petrolera. Pero también la guerra fue el inicio de transformaciones internas. Tras la vuelta al poder del emir al-Jaber comenzaron una serie de movilizaciones internas que demandaban reformas de tipo democrático. De este modo, en julio de 1991, se debió reestablecer la Asamblea Nacional como órgano legislativo.

Cronología

- 1914.** Tras el incidente de Sarajevo, en Europa estalla la guerra.
- 1917.** En Rusia estalla la revolución bolchevique. Los Estados Unidos entran en la Gran Guerra.
- 1918.** Alemania y Rusia firman la paz de Brest-Litovsk. En Rusia comienzan las medidas que configuran el “comunismo de guerra”.
- 1919.** El Tratado de Versalles rehace el mapa europeo.
En Milán se forman los *Fasci Italiani di Combattimento*.
En Alemania, el Congreso de Weimar establece la república.
La sublevación de los estudiantes en Pekín inicia un movimiento reformista.
- 1920.** La caída de los precios afecta a los agricultores en los Estados Unidos. Entra en vigor la ley que prohíbe el consumo de alcohol.
- 1921.** En la URSS se inicia la Nueva Política Económica.
Se funda el Partido Nacional Fascista Italiano.
- 1922.** Tras la “marcha sobre Roma”, el rey Víctor Manuel III encomienda a Benito Mussolini la formación de un nuevo gabinete.
- 1923.** En Alemania, la crisis económica alcanza su punto más agudo. En Munich estalla un golpe dirigido por Hitler que fracasa.
- 1924.** La muerte de Lenin consolida en la URSS la posición de Stalin.
Tras el asesinato del diputado socialista Giacomo Matteotti, en Italia, se intensifican las acciones totalitarias del fascismo.
En China se organiza el Ejército Revolucionario, integrado por comunistas y nacionalistas.
- 1925.** En la URSS, Eisenstein filma *El acorazado Potemkin* en conmemoración del aniversario de la revolución de 1905.
- 1927.** En la URSS se inician las medidas económicas destinadas a la colectivización de la tierra y la industrialización intensiva.
En Estados Unidos son ejecutados los anarquistas italianos, Sacco y Vanzetti.
En Francia comienza la acción de grupos pro-fascistas.
En China se produce la ruptura entre comunistas y nacionalistas.
- 1929.** Se produce la caída de la Bolsa de Nueva York.
En Italia se firman con el papado los Tratados de Letrán que crean el Estado del Vaticano.

- 1930.** Se inicia en los Estados Unidos una larga depresión económica que tiene efectos mundiales.
- 1931.** En Gran Bretaña comienzan a implementarse políticas económicas proteccionistas.
El papa Pío XI publica la encíclica *Quadragesimo Anno*.
En España se implanta la República.
- 1932.** En Estados Unidos es electo presidente el demócrata Franklin Delano Roosevelt quien inicia la política del *New Deal*.
En Alemania, el Partido Nazi se constituye en la segunda fuerza política.
- 1933.** Hitler es designado Canciller de Alemania; comienzan las medidas antijudías.
- 1934.** En Alemania, Hitler asume la presidencia, un plebiscito le otorga el título de *Führer*. Leni Reifentahl filma *El triunfo de la voluntad*, documentando la concentración del Partido Nazi en Nuremberg.
Para huir de la persecución del gobierno nacionalista, los comunistas, dirigidos por Mao Tsé-Tung inician la “Larga Marcha”.
Empresas británicas y estadounidenses organizan la *Kuwait Oil Company* que transformó a Kuwait en el principal productor de petróleo del Medio Oriente.
- 1935.** Italia ocupa Etiopía.
- 1936.** Tras los “procesos de Moscú” son ejecutados disidentes del stalinismo.
En Estados Unidos, Charles Chaplin filma *Tiempos Modernos*.
En Gran Bretaña, Maynard Keynes publica la *Teoría General del Empleo, del Interés y la Moneda*.
Hitler y Mussolini forman el Eje Roma-Berlín. Se firma el Pacto Anti-Comintern con Japón.
En Francia se impone en las elecciones el Frente Popular que lleva a la presidencia al socialista León Blum.
En la República española triunfa en las elecciones el Frente Popular, el levantamiento del general Franco inicia la Guerra Civil.
- 1937.** Estalla la guerra chino-japonesa.
Italia ocupa Abisinia.
- 1938.** Hitler anexa Austria.
- 1939.** Hitler invade Checoslovaquia. La invasión alemana a Polonia desencadena nuevamente la guerra mundial.
Tras una larga resistencia, la capitulación de Madrid pone fin a la guerra civil española.
- 1940.** La técnica del *blitzkrieg* (guerra relámpago) favorece la rápida expansión alemana. Comienza la invasión a la URSS.
- 1941.** En Alemania se decide la exterminación de los judíos.

- 1942.** El ataque a Pearl Harbor incorpora a los Estados Unidos a la guerra.
- 1943.** En Alemania comienza una crisis de producción.
Los aliados ocupan Sicilia. Mussolini es depuesto e Italia firma la capitulación, la invasión alemana repone a Mussolini como presidente de la República Social Fascista.
Roosevelt, Churchill y Stalin se reúnen en la Conferencia de Teherán.
- 1944.** Distintas reuniones entre los representantes de los Aliados fijan las “esferas de intereses” en la Europa de posguerra.
- 1945.** Roosevelt, Churchill y Stalin se reúnen en la Conferencia de Yalta.
Termina la Guerra de los Treinta y Un años.
Estados Unidos arroja la *bomba atómica* sobre Hiroshima y Nagasaki.
Se funda la Organización de las Naciones Unidas.
Muere Roosevelt, el vicepresidente Harry Truman completa el período presidencial.
El Congreso Panafricano expresa la aspiración a la independencia.
Indonesia, bajo el liderazgo de Sukarno, declara la independencia.
Viet-Nam declara la independencia, comienza la guerra contra Francia.
- 1946.** Comienza a registrarse el ascenso del Partido Comunista en varios países europeos.
- 1947.** La India, con el liderazgo de Gandhi, declara la independencia.
Roberto Rossellini filma *Roma Ciudad Abierta*, considerado un clásico del neorrealismo italiano.
- 1948.** Estados Unidos implementa el *Plan Marshall* para la reconstrucción de Europa occidental.
Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos inician las gestiones encaminadas hacia la unificación de Alemania. Comienzan las tensiones de la Guerra Fría.
En los países de Europa del Este se establecen sistemas centralizados y planificados de corte soviético. Por las disidencias de Tito con Stalin, Yugoslavia es expulsada del bloque.
- 1949.** La URSS produce su primera explosión atómica.
Se establece la República Popular China.
El Estado de Israel es reconocido internacionalmente.
- 1950.** Se inicia la Guerra de Corea.
En Estados Unidos comienzan las campañas del macartismo.
Se forma la Organización Europea de Cooperación Económica.
- 1951.** En Irán, triunfa en las elecciones Mossadeq, quien nacionalizará el petróleo.
- 1952.** En Egipto estalla un golpe militar que establece la república.

- 1953.** Finaliza la Guerra de Corea.
Tras la muerte de Stalin, en la URSS se consolida el liderazgo de Krushev.
Asume la presidencia de los Estados Unidos el republicano Dwight D. Eisenhower.
En Irán, un golpe derroca a Mossadeq y otorga al Sha poderes absolutos.
- 1954.** En Viet-Nam, los franceses son derrotados en Diem Bien Puh; el territorio queda dividido en dos regímenes. Comienza la guerra de Argelia.
- 1955.** La Unión Soviética organiza el Pacto de Varsovia, formalizando el “bloque oriental”.
- 1956.** La insurrección húngara es sofocada por las fuerzas soviéticas. Krushev inicia la campaña de “desestabilización”, destinada a introducir reformas en la URSS.
Comienzan movimientos independentistas en Sudán, Marruecos y Túnez.
- 1959.** En Cuba triunfa la revolución encabezada por Fidel Castro.
- 1960.** Comienza la guerra de Viet-Nam.
Se profundiza la crisis económica en la URSS.
- 1961.** Comienza la construcción del Muro de Berlín.
En Estados Unidos llega a la presidencia el demócrata John F. Kennedy que inaugura un nuevo estilo político.
- 1962.** Estalla la crisis de los misiles soviéticos en Cuba.
Francia reconoce la independencia de Argelia.
- 1963.** El presidente Kennedy es asesinado, completa el período presidencial Lyndon Johnson.
- 1964.** Se rompen las relaciones entre la URSS y China. Krushev es destituido. Después de la designación de Bresnev se suspenden todos los intentos de reforma.
En Estados Unidos se garantizan los derechos civiles de la población negra.
Stanley Kubrik filma *El Doctor Insólito o cómo aprendí a no preocuparme y a amar la bomba*, sátira a la Guerra Fría.
- 1965.** Comienza la Revolución Cultural china.
- 1967.** Las tropas soviéticas en Checoslovaquia terminan con la “primavera de Praga”
- 1968.** En Francia estalla la rebelión estudiantil.
- 1973.** Comienzan a registrarse datos de la crisis del Estado de Bienestar.

- 1974.** En Estados Unidos se intensifica la acción de grupos ultraconservadores. Tras el escándalo de Watergate, Nixon renuncia a la presidencia.
- 1976.** Termina la guerra de Viet-Nam con la derrota de los Estados Unidos, que celebra el bicentenario de la independencia.
- 1979.** En Irán se establece la República Islámica.
En Irak, llega al poder el líder militar Saddam Hussein.
- 1980.** Fracasa una misión estadounidense destinada a rescatar a los rehenes en Irán.
Comienza la guerra entre Irán e Irak.
- 1981.** El republicano Ronald Reagan llega a la presidencia de los Estados Unidos dispuesto a implementar el programa neoliberal. Grupos fundamentalistas lanzan campañas en el campo de la educación.
- 1983.** El intercambio comercial de los Estados Unidos con los países del Pacífico supera al de Europa.
- 1984.** Reagan es reelecto presidente de los Estados Unidos.
- 1985.** Mikhail Gorbachov es designado Secretario del Partido Comunista. Reagan y Gorbachov se reúnen en Ginebra con el objetivo de limitar las carreras armamentistas.
- 1986.** Gorbachov plantea la necesidad de la “transparencia” (*glasnost*) como premisa para la “reconstrucción” (*perestroika*) de la URSS.
- 1987.** Entre Estados Unidos y la Unión soviética se firman tratados destinados a suprimir misiles.
- 1988.** Se retiran las tropas soviéticas de Afganistán. Se afianzan los nacionalismos en los puntos más conflictivos de la URSS.
En los Estados Unidos, triunfa en las elecciones el republicano George Bush.
- 1989.** Se retiran las tropas soviéticas de los países del Este. En Polonia en las elecciones parlamentarias triunfan los candidatos del sindicato católico Solidaridad. Cae el Muro de Berlín.
- 1990.** El ideólogo Francis Fukuyama anuncia “el fin de la Historia” al haberse quedado Occidente sin oponentes ideológicos.
Boris Yeltsin que se afirma como líder de los sectores más renovadores, es electo presidente de la República Soviética Federativa Rusa, la más importante de la URSS
Irak invade Kuwait, se inicia la Guerra del Golfo.
- 1991.** Estalla la guerra entre Eslovenia y Croacia.
La Unión Soviética deja de existir.

Guías de lectura y actividades



HOBBSAWM, ERIC (1995), Capítulo 1: “La época de la guerra total”, en: *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Barcelona, Crítica, pp. 29-61.



1.
 - a. Describa las principales características de la primera etapa de la Guerra (Primera Guerra Mundial) y explique las principales consideraciones que debieron tenerse en cuenta en la firma de la paz
 - b. Describa las principales características de la segunda etapa de la Guerra (Segunda Guerra Mundial)
 - c. Explique los principales resultados sociales y económicos de la guerra
 - d. ¿Por qué Hobsbawm se refiere a la “Guerra de los Treinta y Un Años”?



CARR, EDWARD H. (1993), *La revolución rusa: De Lenin a Stalin*, Madrid, Alianza, pp. 11-113.



2.
 - a. Describa el proceso revolucionario. Explique por qué Carr habla de un “doble poder” tras la caída del zarismo y cuál era la posición de Lenin al respecto. Refiérase a las primeras medidas revolucionarias.
 - b. Explique el problema del dualismo entre el “internacionalismo” y la constitución de un Estado nacional.
 - c. Explique en qué sentido la guerra civil consolida la imagen de “dos mundos”.
 - d. Refiérase a los problemas que debe resolver el “comunismo de guerra” y explique sus efectos en la organización del trabajo y el papel de los sindicatos. ¿Por qué, según Carr, sus consecuencias fueron la concentración y la centralización de la economía?
 - e. Explique cuáles fueron los objetivos de la Nueva Política Económica (NEP) ¿Cómo se vinculan con los problemas de la agricultura?

- f. Explique cómo y por qué se organiza el régimen político soviético. Refiérase al papel del Partido Comunista.
- g. Describa los lineamientos de la política exterior a comienzos de la década del veinte.
- h. ¿Cuáles fueron los problemas de la NEP que llevaron a la “crisis de las tijeras” ¿En qué consiste esta crisis?
- i. Describa el proceso que llevó a Stalin al poder.



CARR, EDWARD H. (1985), “Reflexiones sobre la industrialización soviética”, en EDWARD H. CARR, *1917. Antes y después*, Madrid, Sarpe, 1985, pp. 137-155.



- 3.
 - a. Explique las características de la industrialización soviética en el contexto europeo y compárelas con la británica.
 - b. Describa las etapas de la industrialización en Rusia.
 - c. Explique cuáles fueron las condiciones que llevaron en la Unión Soviética a una industrialización acelerada.
 - d. Explique por qué Carr señala que “la industrialización soviética no constituye ni un fenómeno único ni una desviación de un modelo establecido y aceptado, sino un estadio importante del proceso de desarrollo que se inició aproximadamente hace dos siglos...”
 - e. Describa los principales rasgos de la industrialización planificada de la Unión Soviética.



CARR, EDWARD H. (1985), “Revolución desde arriba: la vía hacia la colectivización”, en EDWARD H. CARR, *1917. Antes y después*, Madrid, Sarpe, 1985, pp. 121-155.



- 4.
 - a. Describa cuál era la posición soviética respecto a la colectivización de la tierra antes de 1929.
 - b. Explique los problemas que planteaba la relación entre industrialización y agricultura.
 - c. Explique cuáles eran los problemas que afectaban a la agricultura.

- d.** Refiérase a los problemas que implicó la “colectivización forzosa.”



BAINES, DUDLEY (1979), “Los Estados Unidos entre las dos guerras, 1919-1941”, en: ADAMS, WILLI PAUL (comp.): *Los Estados Unidos de América*, Madrid, Siglo XXI, pp. 257-327.



- 5.**
- a.** Analice el impacto de la guerra en la política y la sociedad estadounidense a través de 1) el “aislacionismo”; 2) el nacionalismo y el “miedo a los rojos”
- b.** Describa el proceso de expansión industrial de la década del veinte. Explique el impacto de la industria automotriz.
- c.** Explique por qué Baines señala que en la década del veinte, la sociedad estadounidense quedó sometida a una cultura urbana.
- d.** Refiérase a la participación gubernamental en dicho proceso de expansión.
- e.** Describa la situación de la agricultura y explique sus motivos. Refiérase a las demandas de los agricultores.
- f.** Describa los resultados políticos de la prosperidad.
- g.** Explique por qué la crisis de la agricultura se expresó en un conflicto entre “dos sistemas de valores.” Describa los principales rasgos de este conflicto.
- h.** Explique por qué, según Baines, se produjo el derrumbe de la Bolsa de Nueva York. Describa las características del consumo y la inversión y su relación con la crisis.
- i.** Refiérase a las características de la “gran depresión”. Explique, según Baines, por qué la depresión fue tan larga y profunda.
- j.** Explique cómo y por qué la crisis estadounidense se transformó en una crisis mundial.
- k.** Describa las consecuencias políticas y sociales de la depresión.
- l.** Describa las principales medidas y etapas del New Deal, refiérase a sus dificultades.
- m.** Refiérase al impacto de la guerra en este proceso.



TANNENBAUM, EDWARD R. (1975), Capítulo 5: “Socialización fascista y conformismo” y Capítulo 8: “Cultura popular y propaganda”, en: *La experiencia fascista. Sociedad y cultura en Italia (1922-1945)*, Madrid, Alianza, pp. 159-201 / 283-331.



6.
Capítulo 5: “Socialización fascista y conformismo,” (pp. 159-201)

a. Explique por qué el autor considera que una de las características del fascismo italiano fue su esfuerzo para encuadrar a la sociedad en organizaciones de masas y por qué esto reforzó las normas de conducta existentes, a través del análisis de:

- I. las organizaciones juveniles y sus objetivos
- II. las organizaciones de clase media y su ideología implícita
- III. los objetivos de la militarización y de los deportes
- IV. las actividades culturales y universitarias y sus efectos sobre los jóvenes
- V. las organizaciones femeninas y sus ideas respecto al papel de las mujeres
- VI. las actividades recreativas y sus contenidos sociales

b. Refiérase a los resultados de la política fascista sobre la sociedad

Capítulo 8: “Cultura popular y propaganda,” (pp. 283-331)

c. Refiérase al papel y a los límites del empleo de la comunicación de masas en el fascismo italiano. Explique cómo se relacionaba con las imágenes tradicionales de la cultura popular italiana y la función de las formas retóricas.

d. Explique el papel jugado por el “chauvinismo” y el populismo.

e. Describa la función de la prensa y de la radio. Refiérase a las características de sus contenidos.

f. Describa el desarrollo de la cinematografía.

g. Relacione la ineficacia de la propaganda fascista en relación al racismo antisemita y a la alianza con Alemania.

h. Sintetice los resultados de las políticas descriptas anteriormente.



DIETRICH BRACHER, KARL (1995), Capítulo 7: “Movilización interna y oposición”, en: *La dictadura Alemana/2. Génesis, estructura y consecuencias del nacional socialismo*, Madrid, Alianza, pp. 64-152.



- 7.
- a. Explique las características de la política económica del nazismo, sus objetivos y sus contradicciones con los principios enunciados. Refiérase a las políticas dirigidas al trabajo, a la industria, a la agricultura, y al papel social de las mujeres.
 - b. Explique por qué, según el autor, las políticas y los principios organizativos permitieron una transformación de la sociedad alemana aunque permanecieran las estructuras de la distribución de la renta y del sistema capitalista.
 - c. Describa el concepto de moderno de “caudillismo” y las etapas de implementación y contenidos de tal principio. Explique sus diferencias con la dictadura soviética.
 - d. Analice el influjo del principio caudillista en relación al Estado a través de su aplicación en el ejército, la burocracia estatal, la política exterior, la legislación y la justicia. Explique la relevancia de Hitler dentro de tal construcción.
 - e. Explique las contradicciones de la aplicación práctica del principio del caudillismo.
 - f. Describa las características y función del Partido Nazi como partido “único” y su relación con el Estado.
 - g. Explique la relación entre las medidas jurídico legales y la aplicación del “terror”. Describa la formación del “estado de Policía”.
 - h. Explique las causas del ascenso de las SS, sus características y el papel desempeñado durante la guerra en los países ocupados. Describa el papel de los campos de concentración y su justificación.
 - i. Analice el principio de la relación amigo-enemigo y su aplicación en la persecución a los judíos.
 - j. Explique los problemas que limitaban y fragmentaban la oposición al régimen, a través de:
 - I. la izquierda política: situación, límites y tácticas de socialdemócratas y comunistas
 - II. las Iglesias: los protestantismos frente al nazismo; la Iglesia católica y el Concordato. Sus límites.
 - III. el Ejército: la evolución de las relaciones entre el Ejército y el nazismo. Los planes militares en contra de Hitler, sus causas.



HOBBSAWM, ERIC (1995), Capítulo 8: “La Guerra Fría”, en: *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Barcelona, Crítica, pp. 229-259.



8.

- a.** Describa las principales características del período definido como la Guerra Fría.
- b.** Describa sus principales etapas.
- c.** Explique cuál fue la función interna que cumplió la Guerra Fría y su visión del mundo dividido en “bloques”.
- d.** Explique de qué modo la Guerra Fría transforma la escena internacional.



HOBBSAWM, ERIC (1995), Capítulo 9: “Los años dorados”, en: *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Barcelona, Crítica, pp. 260-289.



9.

- a.** Explique por qué los años entre 1950 y 1970 pueden caracterizarse como una “edad de oro.”
- b.** Describa las principales características de ese período en el plano económico.
- c.** Explique transformaciones del capitalismo y el papel cumplido por el Estado.
- d.** Explique por qué durante estos años los estados capitalistas avanzados se convierten en “estados de bienestar”.



HOBBSAWM, ERIC (1995), Capítulo 14: “Las décadas de crisis”, en: *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Barcelona, Crítica, pp. 403-431.



10.

- a.** Explique por qué a partir de los años setenta el mundo económico era menos estable. Refiérase al significado del problema del desempleo y la pobreza.
- b.** Describa los puntos de debate entre los keynesianos y los teóricos del neoliberalismo.
- c.** Explique el papel de la innovación tecnológica y la internacionalización en las décadas de crisis.

- d. Describa los principales aspectos de la crisis en el mundo del socialismo “real”.
- e. Refiérase al nuevo nacionalismo separatista. Explique el papel jugado en este fenómeno de lo que Hobsbawm llama “la resistencia de los estados-nación existentes”, “el egoísmo colectivo de la riqueza y las crecientes disparidades económicas entre continentes, países y regiones”, y “La revolución cultural” de la segunda mitad del siglo.



HOBSBAWM, ERIC (1995), Capítulo 13: “El socialismo “real””, en: *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Barcelona, Crítica, pp. 372-399.



- 11.**
- a. Describa la evolución de la Unión Soviética en el período stalinista.
 - b. Refiérase a las explicaciones que Hobsbawm formula sobre ese período.
 - c. Compare con las formulaciones de Carr sobre la industrialización y la colectivización forzada.
 - d. Explique por qué Hobsbawm juzga inadecuado el término “totalitarismo” aplicado a este período.
 - e. Describa la situación de los países del Este. ¿Cuáles son las “grietas” que se abren en el bloque?



VEIGA, FRANCISCO, DA CAL, ENRIQUE Y DUARTE, ANGEL (1997), V Parte: “El miedo relegado”, en: *La paz simulada. Una historia de la Guerra Fría*, Madrid, Alianza, pp. 305-371.



- 12.**
- a. Explique cuáles fueron los factores que profundizaron la Guerra Fría en la década de 1980. Describa los principales episodios y explique por qué hubo resistencias dentro del bloque “occidental” a las políticas de Reagan.
 - b. Describa las transformaciones de la economía capitalista y explique por qué las “revoluciones conservadoras” en Estados Unidos, Inglaterra y Alemania respondían a tendencias estructurales.

- c. Explique cuáles fueron los objetivos de las políticas de Gorbachov para la Unión Soviética y de las intenciones de desactivar la Guerra Fría.
- d. Describa el cambio de las políticas soviéticas hacia los países del Europa del Este, explique cuáles fueron sus objetivos y cuáles fueron sus resultados.
- e. Explique por qué pese a la euforia frente a lo que se consideró el “fin de la historia”, los autores consideran que los occidentales deben enfrentarse a una crisis sin solución de continuidad en los “tableros secundarios”, a través del análisis de I. la Guerra del Golfo, II. la situación de los países de Europa oriental.
- f. Describa las contradicciones internas y los pasos que condujeron al desmantelamiento de la Unión Soviética
- g. Explique por qué puede considerarse que la Guerra Fría se prolongó en el escenario asiático.
- h. Explique por qué los autores pueden preguntarse, en el final de la Guerra Fría, “Victoria sí, ¿pero de quién? a través del análisis de:
 - I. la situación interna de los Estados Unidos
 - II. los problemas de Europa
 - III. el fundamentalismo islámico
 - IV. la situación de África
 - V. la situación de América Latina
- i. Sintetice las expresiones culturales del conflicto a través del análisis de:
 - I. las nuevas imágenes de la política y el surgimiento del discurso posmoderno
 - II. las nuevas expresiones de la sociedad: los fundamentalismos religiosos, la ecología, feminismo y minorías sexuales.



Film obligatorio: Charles Chaplin: *Tiempos modernos* (1936), Charles Chaplin, Paulette Godard



13. Guía de análisis:

- a. El mundo del trabajo
 - I. Características de la producción industrial
 - I.1. Tipo de producción
 - I.2. La nueva tecnología. Avances de la maquinación.
 - I.3. La racionalización empresaria
 - el “taylorismo” (el trabajo en cinta)

- el control sobre el trabajo, el control del tiempo laboral
- los criterios de eficacia (utilidad versus moral)

II. La deshumanización de las relaciones sociales

- masificación/deshumanización
- la comunicación mecánica, el lenguaje en códigos
- la alienación, el trabajo humano como engranaje de una máquina

b. Los Estados Unidos de la Depresión

I. La desocupación

II. Los problemas sociales

- La quiebra de las normas (robo, pillaje)
- Los conflictos sociales: manifestaciones obreras, huelgas. El temor al comunismo
- La represión y las instituciones. La policía. La iglesia. La asistencia social como represión.
- El tema del hambre/la comida
- La contraposición cárcel/"afuera"

c. La vida urbana

I. La vida urbana como marco de la deshumanización

II. Los ámbitos de la vida cotidiana:

III. Barrios marginales (zona portuaria)

IV. Los nuevos modelos de vida suburbana. La caricaturización de la vida burguesa. El hogar "soñado" versus el hogar "real"

V. La parodia de los gestos burgueses. La ironía sobre la sociedad opulenta.

VI. Las nuevas formas de comercialización: los grandes almacenes. La contraposición entre formas de vida

VII. Los deportes populares: el fútbol americano

VIII. La salida de la ciudad como búsqueda

d. Los rasgos expresivos

A pesar de que ya existía el cine "sonoro", en *Tiempos Modernos*, Chaplin hace un uso muy parco de la palabra y del sonido. Preste atención a los momentos en que éstos aparecen y explique por qué puede afirmarse que:

- Chaplin considera que:

I. el sonido y la palabra son hostiles a la vida humana.

II. la voz humana no es un medio de comunicación

e. Síntesis:

I. A través del análisis de los puntos anteriormente señalados describa la visión de Chaplin de la sociedad de su época y explique cuáles son las causas de tal visión.

II. Explique de qué modo los recursos expresivos anteriormente señalados son una parte constitutiva de la visión de la sociedad de Chaplin.

Bibliografía obligatoria

- BAINES, DUDLEY (1979), "Los Estados Unidos entre las dos guerras, 1919-1941", en: ADAMS, WILLI PAUL (comp.): *Los Estados Unidos de América*, Madrid, Siglo XXI, pp. 257-327.
- CARR, EDWARD H. (1985), "Revolución desde arriba: la vía hacia la colectivización" y "Reflexiones sobre la industrialización soviética", en EDWARD H. CARR, 1917. *Antes y después*, Madrid, Sarpe, 1985, pp. 121-155.
- (1993), *La revolución rusa: De Lenin a Stalin*, Madrid, Alianza, pp. 11-113.
- DIETRICH BRACHER, KARL (1995), Capítulo 7: "Movilización interna y oposición", en: *La dictadura Alemana/2. Génesis, estructura y consecuencias del nacional socialismo*, Madrid, Alianza, pp. 64-152.
- HOBBSAWM, ERIC (1995), Capítulo 1: "La época de la guerra total", Capítulo 8: "La Guerra Fría", Capítulo 9: "Los años dorados", Capítulo 13: "El socialismo "real"", Capítulo 14: "Las décadas de crisis", en: *Historia del siglo XX, 1914-1991*, Barcelona, Crítica, pp. 29-61, 229-259, 260-289, 372-399, 403-431.
- TANNENBAUM, EDWARD R. (1975), Capítulo 5: "Socialización fascista y conformismo" y Capítulo 8: "Cultura popular y propaganda", en: *La experiencia fascista. Sociedad y cultura en Italia (1922-1945)*, Madrid, Alianza, pp. 159-201 / 283-331.
- VEIGA, FRANCISCO, DA CAL, ENRIQUE Y DUARTE, ANGEL (1997), V Parte: "El miedo relegado", en: *La paz simulada. Una historia de la Guerra Fría*, Madrid, Alianza, pp. 305-371.

Bibliografía recomendada

- ANDERSON, BENEDICT (1993) *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- FINCHELSTEIN, FEDERICO (ed.) (1999), *Los alemanes, el holocausto y la culpa colectiva. El debate Goldhagen*, Buenos Aires, Eudeba.
- FURET, FRANCOIS (1995), Capítulo 1: "La pasión revolucionaria", en: *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*, México, Fondo de Cultura Económica, pp. 15-45.
- GALBRAITH, JOHN K. (1983), Capítulo IV: "El crepúsculo de una ilusión" y Cap. V: "El crac", en: *El crac del 29*, Barcelona, Ariel, pp. 108-158.
- GOLDHAGEN, DANIEL (1998) *Los verdugos voluntarios de Hitler*, Madrid, Taurus.
- HOBBSAWM, ERIC (1995), Capítulo 2: "La Revolución Mundial", en: *Historia del Siglo XX, 1914-1991*, Barcelona, Crítica, pp. 62-91.
- (1983), "Introduction: Inventing Traditions", HOBBSAWM, ERIC J. and RANGER, TERENCE (ed.): *The Invention of Tradition*, Cambridge-New York, Cambridge University Press, pp. 1-14.

- MISHRA, RAMESH (1989), "El Estado de Bienestar después de la crisis. Los años ochenta y más allá", en: Rafael Muñoz de Bustillo (comp.): *Crisis y futuro del estado de bienestar*, Madrid, Alianza.
- NOLTE, ERNEST (1996), *La guerra civil europea, 1917-1945. Nacionalsocialismo y bolchevismo*, México, Fondo de Cultura Económica.
- NOLTE, ERNEST, "Sobre revisionismo" y FURET, FRANCOIS, "El antisemitismo moderno", en FRANCOIS FURET Y ERNEST NOLTE (1998), *Fascismo y comunismo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- THOMPSON, EDWARD P. (1983) Capítulo 7: "Más allá de la guerra fría", en: *Opción Cero*, Barcelona, Crítica, pp. 199-240.